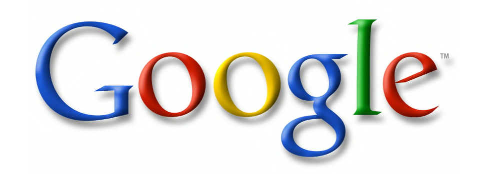
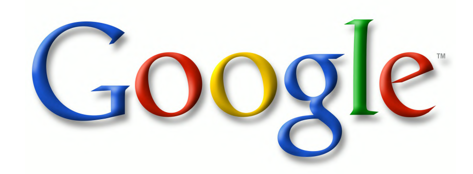
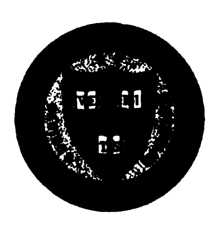

Google





HISTORIA DE UNA ALMA.

HISTORIA DE UNA ALMA.

MEMORIAS ÍNTIMAS

Y DE HISTORIA CONTEMPORANEA,

ESCRITAS POR

JOSÉ MARÍA SAMPER.

1834 Á 1881.

BOGOTA.
Imprenta de Zalamea Hermanos.
1881.

Á MIS HIJAS.

Este libro que os dedico, amadas hijas mias, no es fruto de una inspiracion momentánea, sino de un prolijo exámen de conciencia. He nacido para el sacrificio, y el mayor que puedo hacer á mi patria es el contenido en esta confesion general, que puede ser útil para otros hombres, ó tentados á pecar, ó pecadores como yo. Estoy seguro de haber vivido solicitando siempre la verdad y la luz, y sin embargo ... cuántas veces no he profesado el error y no me he agitado entre tinieblas!

Ninguna pasion me ha movido á componer, con el candor de las confidencias sinceras, este libro. No la vanidad, porque aquí hallareis, hijas mias, ingenuas confesiones, muchas de ellas, por cierto, de faltas, errores y debilidades. No la ambicion, porque ya ha pasado la época de aquélla, la única, pero profunda, que agitó mi alma desde la primera juventud: la de alcanzar una alta gloria, fundada principalmente en la virtud del patriotismo, engrandecido hasta el sacrificio, que es la suprema filantropía del cristiano. Tampoco el odio ni el resentimiento, porque he recogido mis recuerdos en la soledad y en dias de calma y apaciguamiento, he interrogado severamente mi conciencia, y siento ya cicatrizadas las heridas que muchos agravios y dolores dejaron por largo tiempo en el fondo de mi corazon, manando hiel y sangre....

Es muy posible que este libro, sin pretension alguna de mi parte, sea para algunos de sus lectores enseñanza; de seguro es para mí mismo expiacion y consuelo. Expiacion, porque en éstas páginas me juzgo, y muchas veces me condeno; consuelo, porque al recorrer con la memoria la crónica de las vicisitudes de mi vida, —mar de sentimientos y pasiones, esperanzas y dudas que ha sido borrascoso,—siento que estoy pisando en firme sobre la inconmovible roca del puerto á donde he logrado arribar; y pensando en lo pasado, con tristeza, pero sin

amargura ni zozobra, bendigo con inefable gratitud la obra de misericordia que Dios ha realizado en mi agitada existencia.

En rigor de verdad, hay en mi vida tres edades distintas. Si cuento los años corridos desde el dia de mi nacimiento hasta la fecha, y las cenizas que ya me blanquean el rostro, tengo rendida una jornada de poco más de medio siglo. Si pongo la mano sobre mi corazon, y cuento sus palpitaciones de esperanza y amor, y me gozo con mis indestructibles ilusiones y mi inquebrantable fe en el bien, y siento que me sostiene el resorte de mi vigorosa voluntad y mi confianza en la Humanidad, razon me sobra para afirmar que estoy en plena juventud ó "primavera de la vida," por mucho que salpiquen su verdura las derrumbadas nieves del invierno. Pero si hago la cuenta de mis desengaños y dolores, de la ingratitud de los hombres, de mis numerosas faltas y flaquezas, y del tiempo perdido en dudar y errar; si considero lo mucho que he sentido y amado, que he emprendido y pensado, que he gozado con el bien y sufrido con el mal, que he perseguido quimeras y esperado, que he reido y llorado, tambien podré decir que he vivido —vida del alma— por lo ménos un siglo.....

Voy á narrar en este libro las impresiones y peripecias de cuarenta y seis años de ese siglo moral. Esta es la historia de mi alma. Ella, servida con fidelidad por el poder de la memoria, se ha seguido á sí misma, desde el principio de su florescencia hasta el comienzo de su otoño; ha estudiado su propio desarrollo, sus titubeos y sus contradicciones, sus desfallecimientos momentáneos y sus esfuerzos de reaccion, sus grandes luchas, sostenidas en persecusion de la verdad. así como sus dudas y caidas, sus ímpetus de soberbia y sus desahogos de melancolía.

Pero esta alma de niño, de adolescente, de jóven y de hombre maduro, que luégo, si la Divina Providencia lo permite, será de anciano; esta alma de hijo, de hermano, de amigo, de ciudadano, de pensador, de trabajador incansable, de esposo y de padre, nunca ha vivido sola, sino agitándose bajo la mirada de Dios y en medio del torbellino social; ha vivido de la atmósfera humana, en estrecha relacion con muchas otras almas, grandes ó pequeñas, buenas ó malas. Así la historia íntima de esta alma es tambien la de muchos hombres y aconte-

cimientos; es, en no pequeña parte, la historia de la Patria: historia anecdótica, escrita puramente de memoria, familiar en sus formas y su tono, lealmente recordada y narrada con ingenuidad.

Si de esta verídica narracion resultaren merecidas censuras para mí, que ella os sirva de severa leccion, hijas mias, no obstante vuestra pureza de alma y lo apacible de vuestra vida. Si resultare alguna honra para mí, que ésta os sirva de herencia,—la mejor, acaso la única que os podré dejar.

JOSE M. SAMPER.

Bogotá, Julio 19 de 1881.

PRIMERA PARTE.

I

El Angelus.

Mis recuerdos de la infancia, enteramente claros, alcanzan hasta 1834, época en que empezaron algunos sucesos que me impresionaron por extremo. Jamas su memoria se ha borrado de mi mente, y en el momento actual, á la distancia de nueve lustros, me parece estar sintiendo lo que en aquel tiempo sentí. Yo tenia entónces seis años, y era feliz, con toda la felicidad de la inocencia, en el seno de una honrada familia, no rica ni brillante, pero sí acomodada y notable. Yo no conocia sino la risa y el gozo retozon de la vida, y el amor de los mios; ignoraba aún las amarguras de la lucha humana, las locuras de la esperanza, las tristezas del dolor, y el enorme peso que tiene de suyo esta carga de la existencia que se llama *responsabilidad.*

Eran cerca de las seis de la tarde, y el cielo, como de ordinario en mi ciudad natal, tenia todo el apacible esplendor de su belleza en las tardes de verano. De los tres barrios que componen la ciudad, uno es alto, —remate de una dilatada planicie que domina como á cien piés el nivel profundo de los rios, — y los otros dos se extienden abajo sobre la márgen occidental del Magdalena y las orillas de su risueño y bullicioso afluente. Si estos dos barrios eran algo ruidosos por estar concentrado en su recinto el tráfico de la ciudad, el del *Alto ó del Rosario,*— en su mayor parte compuesto de casas de techo pajizo,— era silencioso y tranquilo durante todas las horas del dia y todos los dias de la semana, excepto los domingos.

Pero si este barrio era solitario, y áun triste, por falta de mercaderes y negocios, en compensacion era pintoresco, ameno y relativamente delicioso, por sus abundosas arboledas, sus graciosos jardines y sus frescas y perfumadas auras. Cada casa tenia su huerto ó su jardin, si no entrambas cosas, y sus umbríos grupos de

árboles se mecian por la tarde al soplo de las brisas de los rios, que subian á sacudir, sobre los emparrados de los patios, las copas de innumerables cocoteros. No obstante el silencio que reinaba en las calles, se oia donde quiera el sordo y fragoroso rumor producido por el *Salto*, prolongada sucesion de poderosos pedriscos de granito, sobre cuyo lecho tormentoso precipita sus ondas el Magdalena en tumultuoso movimiento y con estruendo.

Los últimos rayos del sol, casi horizontales, arrojaban franjas de oro sobre las cumbres de mi casa paterna, ó pasaban, como hilos de topacio líquido cernido, al traves del follaje espeso de los árboles más empinados que daban sombra al patio y al solar. Se acercaba la hora, llena de melancólica solemnidad, en que el toque del *Angelus* marca la misteriosa separacion que hay entre el bullicio del dia y el silencio de la noche; y en casa todo estaba en la mayor tranquilidad. Mi padre no habia regresado aún de su cercana hacienda del *Caimital* (á donde iba casi todos los dias), ni de la escuela mis hermanos mayores. Los tres menores que hasta entónces habian nacido (Antonio, Agripina, y Rodulfo) eran chiquillos que poco ó nada daban que hacer.

La casa de mis padres se componia en su totalidad, con el solar ó huerto, de dos grandes cuadriláteros. El cuerpo que daba frente á la calle tenia, á más de un corredor interior ó galería abierta en dos ángulos, uno exterior, de planta bastante más alta que el piso de la calle, cerrado por barandas rojas en toda su extension y accesible en el centro por una gradería situada frente á la entrada principal. El cuerpo del costado derecho, casi independiente del central, estaba destinado al alojamiento de los numerosos amigos que mi padre solia recibir en calidad de huéspedes (1); y el del costado izquierdo, que contenia las habitaciones de la familia, tenia al lado un jardin con árboles frutales y una tupida enramada compuesta por el follaje de un espléndido *badeo* (2), enredado sobre una vasta armazon de estacas y guaduas. Cerraba el primer cuadrilátero un

(1) No habia fondas ni posadas en la ciudad, en aquel tiempo, porque los forasteros recibian siempre franca hospitalidad en las casas particulares.

(2) Planta trepadora de la familia de las pasifloras, que da un fruto muy voluminoso y exquisito.

cuerpo separado, al frente del principal, donde se hallaban la cocina, la despensa, los cuartos de los criados y la caballeriza,—edificio muy sencillo y flanqueado por dos hermosos ciruelos indígenas y un corpulento chirimoyo.

El segundo cuadrilátero lo formaba el huerto, comprendido entre el cuerpo de la cocina y servidumbre y tres altos cercados que lo encerraban, en ángulos rectos. Si en el centro habia un vasto espacio limpio, que me servia de plaza para jugar al toro y á las carreras, con mis hermanos y dos negritos hijos de esclavos pertenecientes á mi padre, sobre las tres zonas de los cercados todo estaba sombreado por una espesa y hermosa vegetacion. Abundaban allí los naranjos y limoneros, los anoneros y guanábanos, los guayabos, cafetos y otros árboles frutales, amén de algunos tiernos cocoteros; y bajo la sombra de aquella riquísima verdura se sentia constantemente, con la ambrosía de cien aromas deliciosos, el aleteo, el canto ó el arrullo de multitud de *azulejos* y *cardenales*, tortolillas y *cucaracheros* (1) que anidaban tranquilamente en el ramaje de los árboles. Aun no estaba yo en edad de trepar sin miedo á esos ramajes, á caza de los pajarillos que estaban en sus nidos, por lo cual gozaban de entera inmunidad.

El patio principal era en su mayor extension un vasto jardin, ornado en su centro de un magnífico emparrado. Allí abundaban todas las flores de las tierras calientes que se cultivan con aprecio, y particularmente los jazmines, y las mosquetas — rositas blancas y de pétalos sencillos — de aroma delicioso, que se producen con profusion en ramilletes. De un lado se alzaba, como á tres piés de altura, una especie de terrado (vulgarmente llamado *arriata*), formado por un vasto pretil oblongo y cerrado, lleno de tierra abonada, donde florecian con algunas rosas muchas siemprevivas, amapolas, nardos y narcisos. En el opuesto lado del patio se extendia en cien arcos casi concéntricos, sobre horcones y varas, un opulento jazmin de flores blancas y estrelladas, cuyo aroma embalsamaba el ambiente, sobre todo despues de la puesta del sol.

El emparrado del centro ocupaba un espacio como

---

(1) El *cucarachero*, que trae su nombre del hábito de alimentarse con cucarachitas y otros insectos, es un pajarillo gris, abundante en las tierras calientes y templadas, cuyos alegres, rápidos y maravillosos trinos se asemejan mucho á los del canario y del jilgueto.

de ochenta varas cuadradas. Cuatro robustas vides, diestramente podadas cada seis meses, trepaban sobre las varas y los horcones que sostenian el emparrado, lo cubrian todo con sus sarmientos y follaje sin igual, produciendo espesísima sombra sobre un suelo limpio y terso, y descolgaban despues, por Enero y Julio de cada año, sus apetitosos racimos de gruesas uvas moradas, deliciosa provocacion de pajarillos y chicuelos.

Tal era el sitio predilecto de mi familia para su solaz y sus conversaciones de la tarde: allí era donde, bajo la sombra nocturna, que contrastaba con la iluminacion producida por los apacibles rayos de la luna, me contaban las criadas para entretenerme, ya sus cuentos de brujas y mohanes, duendes y aparecidos, ya las alarmantes historias de la *Candileja* (1), ya, en fin, las curiosas anécdotas, que no carecen de enseñanza, relativas á la vida de *Pedro Urdemálas* y de *Juan Paranada*, tipos ideales de casi las dos mitades de la especie humana. Allí, bajo aquel emparrado, era donde mi madre solia sentarse á prima noche á rezar silenciosamente su rosario, cuando no á enseñarme algunas oraciones y darme sus más dulces caricias.... Oh santa y buena madre mia! qué bien tu ternura me hizo adivinar y comprender el amor en todas sus manifestaciones fecundas y benéficas!

En la bella tarde á que he aludido al comenzar mi relato, mi madre estaba, á la sombra del emparrado, sentada en una gran silla de brazos de vaqueta rosada, adornada con hileras de tachuelas de cobre; se entretenia cosiendo silenciosamente, y para hacerlo con más comodidad se mantenia recostada contra el pretil del terrado, muy cerca de un lozano rosal cubierto de mosquetas. Junto á mi madre estaba yo, y si bien por momentos me sentaba sobre una estera de Chingalé extendida en el suelo, á jugar con unos muñecos de palo, de cuando en cuando me deleitaba haciendo hoyos al pié de los horcones del emparrado, ó produciendo un ruido deliciosamente infernal con un tamborcillo que por aquel tiempo era mi juguete favorito.

De cuando en cuando me miraba mi madre, se sonreia, gozando en sus adentros con mis travesuras, y me decia:

(1) Nombre que da el vulgo á los fuegos fatuos.

" Quieto, Pepe; no hagas más hoyos;" ó bien "Niño, no hagas tanto ruido."

Al cabo, viendo que ya el sol se ponia, me dijo, sin suspender su grata costura:

" Anda á ver si yá llega tu papá ó vienen de la escuela tus hermanos."

Corrí hácia la puerta de la calle, atravesando la vasta sala, miré en la direccion que debia, y sólo vi una pobre mujer que se acercaba á la gradería exterior. Volví corriendo y dije:

—Mamá, no parecen; la que viene es la cieguecita.

—Cuál? hay tántas aquí!

—La cieguecita negra.

—Ah! y qué pide?

—Nada ha dicho; pero querrá su limosnita.

—Pues hay que dársela.

—Bueno; ¿me das un cuartillo para ella?

—Sí, hijo mio; te daré dos: uno para la ciega y otro para ti.

Mi madre me puso en la mano los dos cuartillos y al punto fuí á dar la limosna (1). Pero al salir á la galería exterior encontré que tras de la cieguecita habia llegado otra pordiosera. Sin pensar en lo que hacia, apenado al ver que no llevaba limosna para la segunda, la dí el cuartillo que mi madre acababa de regalarme, dejando igualmente agradecidas á las dos pobres mujeres.

Cuando torné al sitio donde estaba mi madre, ésta me preguntó:

—¿Y qué piensas comprar mañana con tu cuartillo?

—Nada, mamá.

—Qué! ¿vas, pues á guardarlo?

—Si se lo dí á la coja!

—¿Cuál coja?

—La de las muletas. Llegó detras de la cieguecita y me dió lástima....

—Ah! ven acá, hijo mio! Has hecho muy bien; y ahora te daré un beso y.... medio real de premio en lugar de tu cuartillo.

Me sentí doblemente gozoso en los brazos de mi

---

(1) Conviene advertir á los lectores del exterior, que nuestro *cuartillo* ó cuarto de *real* equivale á dos y medio centavos de *peso* de la ley de 0,900.

madre, que siempre me daba ejemplos de dulzura de corazon y de caridad; y, feliz con el beso y el medio real, me senté á jugar con mis muñecos con mucha formalidad.

Algunos momentos despues sonaron lentamente las campanas de la cercana iglesia parroquial, y mi madre se puso en pié para rezar. La miré con una mezcla de curiosidad y veneracion instintiva, y cuando vi que se persignaba la dije:

—¿Por qué te has levantado, mamá?

—Porque están tocando á oraciones.

—¿Qué son oraciones?

—Son los ruegos que dirigimos á Dios.

—¿Y qué le ruegas á Dios?

—Que nos haga á todos buenos y nos favorezca con su misericordia.

—¿Y Dios qué es?

—Es el padre de todos que está en el cielo.

—¿Luego tenemos otro padre á más de papá?

—Sí, hijo mio. Dios nos ha hecho nacer á todos: lo mismo á los de casa que á los de fuera.

—¿Entónces Dios es padre de papá, y tuyo, y mio y de mis hermanos?

—De todos.

—¿Y tambien de la cieguecita y de la coja?

—Tambien.

—¿Y de Damiana, Simona y todas las criadas?

—Igualmente.

—¿Y Dios nos quiere á todos lo mismo?

—A todos con igual amor.

—¿Y él tambien da cuartillos y medios?

—Sí, hijo; pero no en dinero, sino de otros modos.

—¿Y dónde está Dios?

—En el cielo y en todas partes.

—¿Pero cómo es Dios, mamá?

—Es un espíritu divino, infinitamente grande, bueno, justo y poderoso.

Nada de cuanto me dijo mi madre comprendí; pero me quedé silencioso y pensativo, prestando solamente atencion al ruido de las campanas de la iglesia, como si ese ruido pudiera explicar algo á mi alma infantil.... ¿En qué podia pensar? No lo sé, y probablemente no concebí ni un solo pensamiento determinado. La vaga idea de Dios sorprendia y desfloraba por primera vez

algo de mi mente, —mejor dicho, asaltaba la inocencia de mi espíritu y me hacia empezar una especie de confusa cavilacion; pero si me impresionaba tal idea, de seguro no era por la fuerza que ella misma contenia, sino por la seduccion amorosa de la persona que me la insinuaba. A mis ojos, instintivamente, mi madre era en aquellos momentos la providencia y la forma de Dios... Comencé á amarle por amor á mi madre.

Ay! quién me hubiera predicho entónces el drama que habria de agitar mi alma el dia que, al hundirse aquella adorable mujer entre las sombras del sepulcro, su espíritu me dijera desde léjos: "Hasta luégo!"

II

Mi familia.

Por los años de 1788 á 1790 llegaron á la costa del Nuevo Reino de Granada, en el Atlántico, tres hermanos, hijos de Zaragoza y miembros de una antigua familia española, de orígen frances, que habia ocupado alta posicion en la extinguida corte de los Alfonsos de Aragon. Llamábanse don Joaquin, don Antonio y don Manuel Sanz de Samper. (1) El primero, que era capitan de fragata de la Marina real, tornó á España, donde tuvo familia y falleció; el segundo venia con el carácter de Gobernador de Santa-Marta, y allí dejó descendencia; y el tercero, que traia nombramiento de Recaudador de las Rentas reales, vivió sucesivamente en Mompox y Neiva y en la villa de Guáduas, donde acabó sus dias. Este último fué mi abuelo paterno.

De primeras nupcias, contraidas en Mompox con una señora Mudarra (de quien era pariente el despues General Rafael Mendoza) tuvo dos hijos: don Joaquin, que hácia 1812 sentó plaza de soldado cadete, en servicio de la Independencia, y llegó hasta obtener el grado de Teniente-Coronel, peleando en Venezuela y Nueva Granada; y don Manuel Francisco, que, como Diputado por Guáduas, fué uno de los miembros del "Serenísimo Colegio constituyente y Electoral" que dió á nuestro pais su primera constitucion de Estado independiente el 30 de Marzo de 1811.

---

(1) Parece que primitivamente lo escribian *Sampère*, y que, por corrupcion, segun el sonido, quedó *Samper*.

Casó mi abuelo en segundas nupcias en Guáduas, con doña Josefa Blanco y Millan, de orígen castellano, y tuvo de este matrimonio ocho hijos, varones los cinco, siendo el segundo de éstos mi padre, don José María, y el tercero don Juan Antonio. Bien que hijos de español realista (*godo ó chapeton*, como llamaban en Colombia á los peninsulares), todos fueron patriotas en sus sentimientos y republicanos decididos ; y mi tio Juan Antonio, que en Enero de 1814, á la edad de quince años, sentó tambien plaza de soldado cadete, llegó hasta ser Teniente-Coronel efectivo, con grado de Coronel, combatiendo con mucho valor en las campañas de Venezuela, hasta 1826, y prestando sus servicios hasta 1829.

Mi abuelo, que era hombre incontrastable en sus ideas, á fuer de español y empleado real creia estar obligido personalmente á una indeclinable fidelidad á la causa *del Rey*, contra la Independencia, y siempre consideró la revolucion de 1810 como desacordada y perniciosa. Pero tambien reconocia que sus hijos, nacidos en este pais, tenian el deber de ser *patriotas*, y nunca llevó á mal que sirvieran á la República. Mi padre, nacido en Setiembre de 1797, no alcanzó el honor de combatir por la Patria ; pero fué al ménos miliciano, y como tál prestó sus servicios, y en todo el curso de su vida nunca escaseó los que, en su modesta condicion de hombre poco ilustrado, pero buen ciudadano, tuvo ocasion de prestar á la ciudad y provincia de su domicilio y á la Nacion entera.

Al morir mi abuelo paterno, reunió á todos sus hijos en torno de su lecho y les dijo : " Aquí teneis todos los papeles que establecen mi procedencia y prueban que sois bien nacidos; leedlos para que estimeis á vuestros mayores. Pero os aconsejo que no hagais ningun uso de ellos. Esta tierra es y ha de ser una República, y cada dia será más democrática. Tratad de crearos nuevas ejecutorias con la honradez, el trabajo y el patriotismo, que han de valeros más que estos papeles."

Mis tios y mi padre, siguiendo tan discreto consejo, continuaron siendo patriotas y republicanos, y mantuvieron la costumbre que ya tenian de firmar con sólo su segundo apellido, suprimiendo la partícula y el primero. Por mí sé decir que, si me ha causado siempre gran satisfaccion íntima la idea de ser " bien nacido," segun las antiguas tradiciones, mucho más me ha enorgullecido

la ejecutoria que me dejaron, con su patriotismo republicano, mi padre y mis tios. Esta nobleza generosa, á cuya clase pueden elevarse todos los ciudadanos por la virtud, es tan compatible con la igualdad democrática, que en verdad contiene el mejor estímulo para las almas intrépidas dispuestas á servir con desinteres y abnegacion á la Patria.

Mi abuelo fué muy pobre, y así murió, como acontece á todos los hombres honrados que sirven empleos públicos por largo tiempo. Así fué que, al morir, ningunos bienes de fortuna dejó á su familia. A mi padre, que no tenia arriba de veinte años, le tocó en herencia, por junto, un catre y un par de baúles vacíos. Vendió los baúles y la armazon del catre, reservando la lona para mandarse hacer un vestido de viaje, y con tan exiguo producto y unos diez y seis pesos que tenia guardados en alcancía, de los reales y medios que le regalaban, formó un *capital* de cerca de veinticinco pesos y se puso á trabajar en el comercio.

Sus negocios fueron muy sencillos en un principio: se reducian á comprar en Guáduas, en los mercados de los sábados por la tarde, sombreros de paja, de unos muy baratos y modestos que allí tejian para la gente pobre, y llevarlos á vender en Honda, donde en cambio compraba ramos secos, de Mompox, para tejer de aquellos mismos sombreros, y llevarlos á Guáduas. Ya en 1819 habia logrado elevar su capitalito á trescientos pesos libres, cuando le ocurrió una aventura por extremo desagradable.

Regresaba de Honda, trayendo una carga de mercancías y cosa de doscientos cincuenta pesos en dinero en los *cojinetes* ó bolsones delanteros de la silla, cuando en una mala estrechura del camino se encontró con un cabo ó sargento español que iba á pié y armado hasta los dientes.

—Alto ahí! exclamó el cabo ó sargento, echando mano á las riendas de mi padre.

—¿Qué se le ofrece á usted? preguntó éste, asustado, pero procurando disimular su azoramiento.

—Necesito esa mula en que usted va montado.

—¿Para qué?

—Toma! pues para montarla yo! Estoy cansado y he de llegar á Honda.

—Pero si usted se lleva mi mula ¿ cómo seguiré yo mi camino ?

—A pié, como he venido yo.

—Hombre ! eso no puede ser....

—Vamos ! despache usted, que no estoy para bromas.

—No puedo consentir en tal tropelía !

—No ? pues hablará mi bayoneta, insurgente !

Y el chapeton hizo el ademan más amenazante.

—No me mate usted ! exclamó mi padre ! todo se puede arreglar....

—Cómo ?

—Le prestaré á usted mi mula de carga, enjalmada, dejando la carga en la próxima venta....

—No tal ! quiero la de silla, y con montura y todo.

—Oh, señor ! esa es una iniquidad....

El chapeton amagó otra vez á usar de su bayoneta con suma indiscrecion, y mi padre tuvo que apearse prontamente y ceder. El chapeton se montó en la mula de silla, y se marchó á todo trote ; mi padre descargó apriesa la otra mula, dejando la carga en un rancho del camino, y se fué en seguimiento del español, con la esperanza de recuperar su mula, su dinero y su montura ; pero el sargento no pareció por ninguna parte y todo se perdió.

Mi padre se revistió de entereza, cogió á dos manos su valor moral, y suspirando se dijo : " Malditos chapetones ! Vamos ! y qué haré ? Pues volver comenzar el trabajo."....

La educacion de mi padre, como la de todos mis tios, fué muy limitada, á causa de la pobreza de mi abuelo, con tan numerosa familia. Mi padre sólo aprendió á leer, á escribir, en gruesos rasgos de letra española, las principales operaciones de la aritmética, y las obligadas nociones de doctrina cristiana é historia sagrada. Pero tenia grande inteligencia, carácter resuelto y varonil, facilidad de elocucion, muy buena presencia y soltura de maneras ; lo que le servió para abrirse camino en la sociedad y procurarse ventajosas relaciones. Tenia el humor jovial, franco y festivo ; gustábanle mucho la danza y los entretenimientos de la buena sociedad ; se complacia en contar chascarillos y anécdotas chistosas ; detestaba del juego y de la intemperancia en la bebida ; comia siempre con frugalidad ; amaba el trabajo con pasion ;

era incrédulo en religion, con cierto espíritu volteriano, pero rara vez hablaba de asuntos religiosos; se interesaba mucho por las cosas públicas, y era antiboliviano y muy liberal, bien que no tenia estimacion por el General Santander. Sus ideas políticas le inclinaban más al liberalismo avanzado del doctor Vicente Azuero, y nombraba frecuentemente como tipos de probidad y patriotismo, á don Félix Restrepo, al doctor Castillo Rada y al doctor Francisco Soto.

En uno de sus frecuentes viajes á Honda conoció mi padre á mi madre, hija de don Miguel Agudelo, oriundo de Andalucía, y doña Brígida Tafur, natural de aquella ciudad; familia muy respetable por ambas líneas y que fué muy considerada en la provincia. Mi madre, hermosa y modesta jóven de diez y siete años, habia sido educada conforme al rigor de las antiguas costumbres españolas. La habian enseñado á leer en libro para que pudiese aprender todo linaje de oraciones y conocer vidas de santos; pero no á escribir, por cuanto la escritura podia ser pecaminosa, ni á leer manuscritos, porque esto facilitaba la lectura de cartas ó billeticos de amores.

Los dos jóvenes se conocieron, y ocurrió lo que acontece siempre. Cuando á una corriente de agua le cierran un camino, ella se busca otro. Mi padre se relacionó en una casa que casi daba frente á la de mi madre, y allí cantaba algunas coplitas amorosas acompañándose con un tiple. Mi madre entendió las indirectillas del cantor, y el tiple, sirviendo mejor que las vedadas declaraciones epistolares, comenzó lo que el cura y el sacristan hubieron de completar. Así en 1823 contrajeron matrimonio el rubio y gallardo guaduero y la piadosa y bella hondana.

Mi tio Juan Antonio se estableció tambien en Honda años despues, cuando hubo puesto fin á sus campañas y renunciado á la carrera militar, y áun organizó compañía con mi padre para algunos negocios comerciales. De aquí provino la grande intimidad de mi tio en casa, donde vivió por largo tiempo, siendo á la sazon soltero, y como era muy generoso y desprendido, y muy tierno y retozon con los muchachos, todos le adorábamos.

El trato familiar con que aquel valeroso tio, veterano de nuestras guerras de la Independencia y hombre de mucha energía y carácter muy independiente, influyó bastante en mi primera educacion. Yo le oia con embeleso, desde la edad de seis años, referir anédoctas muy inte-

resantes sobre las guerras venezolanas, y sus relaciones me infundian un entusiasmo que con el tiempo se volvió ardiente patriotismo. Mi tio tenia ideas muy avanzadas, y en 1833 escribió y dirigió al Congreso una peticion, que publicó en seguida, en la cual reclamaba para la República tres reformas: la abolicion del fuero militar, la abolicion del monopolio del tabaco, y la abolicion de la pena de muerte; reformas que fueron adoptadas muchos años despues.

Por lo visto, mi tio Juan Antonio era un abolicionista muy resuelto. El General Santander se irritó mucho con la "escandalosa" peticion de mi tio, y más aún con su publicacion en hoja suelta (hoja que tuve entre mis papeles hasta 1851), y le reconvino muy sériamente, á título de Jefe del partido liberal y Presidente de la República. La respuesta de mi tio á tan altiva reconvencion, fué pedir su licencia absoluta, la que obtuvo, perdiendo así el fruto de trece años de campañas y algunos más de servicios.

De todas las anédoctas históricas que mi tio contaba frecuentemente, sólo recuerdo una que me impresionó por extremo. Tenia yo cosa de nueve años cuando mi padre y mi tio me llevaron, con dos ó tres de mis hermanos, á conocer en Santa Ana las afamadas minas de plata. El Director de ellas, que era un inglés muy estimable y amigo de bromas y chuscadas, y en cuya casa nos hospedámos, nos hizo servir un exquisito plato que tomámos en la inteligencia de que era anguilla; y cuando lo estábamos digiriendo nos descubrió y probó que habíamos comido culebra cazadora. Como todos reíamos, haciéndonos burla recíprocamente, mi tio exclamó:

—Bah! ¿y qué tiene de particular que comamos culebra guisada? Con buena hambre puede uno comer tambien hasta indio asado!

—¿Indio asado? preguntó el Director, con asombro.

—Sí, señor.

—¿Y usted seria capaz de comerlo?

—Toma! pues si lo he comido!

—¿Es usted antropófago, Coronel?

—Dios me libre de serlo! pero lo he sido una vez sin saberlo, así como ahora he comido serpiente muy bien guisada.

—Cuéntenos usted cómo sucedió eso.

Mi tio refirió entónces, en sustancia, lo siguiente :

" En 1817, los patriotas fuimos derrotados por los chapetones en un combate que nos dieron por sorpresa. Quedámos cortados, y tuvimos que internarnos á pié en una inmensa selva, en la cual á poco nos desorientámos y perdimos por completo. Nadie llevaba provisiones, y como habíamos perdido nuestro parque y agotado casi todas las municiones en el combate, no teníamos ni modo de matar uno que otro animal que hallábamos en los bosques. Éramos cosa de veinticinco los de la partida, y el tercer dia ya nos moríamos literalmente de hambre. Llegámos á un sitio donde nos sentámos á deliberar sobre si echábamos suertes para que uno de nosotros sirviera de alimento á los demas, y ya se habia hecho el primer sorteo, cuando un sargento que era muy perspicaz dijo :

—Creo haber sentido un ruido como de pasos.

—¿Por dónde ? preguntámos varios.

—Por allí cerca. Talvez sea un oso ú otra fiera. Déjenme ustedes ir á observar lo que sea, y si fuere un animal grande, podremos salvarnos todos teniendo qué comer, sin llevar á efecto el sorteo.

—Pues vaya usted volando ! se le dijo.

" El sargento se alejó de nosotros, internándose en el bosque, y á los diez ó doce minutos oímos una detonacion de fusil. Aquél conservaba en reserva dos ó tres cartuchos, y aprovechó uno para matar el animal que solicitaba. Casi todos estábamos exánimes y no pudimos movernos del sitio donde nos habíamos detenido. Sólo unos tres soldados tuvieron fuerzas para internarse en el bosque en solicitud del sargento, que tardaba en volver.

Pasó como média hora más, durante la cual estuvimos en la más cruel ansiedad, horriblemente atormentados por el hambre y la incertidumbre. Al cabo regresó uno de los soldados y me dijo :

—Buenas noticias, mi Capitan !

—Qué hay ? le pregunté con dolorosa vehemencia.

—El sargento hizo caza, á algunas cuadras de distancia de aquí ; se ha prendido fuego y se está asando el oso.

—¿ Era un oso ?

—Sí, mi Capitan ; un oso hembra.

—¿ Y comeremos pronto ?

—Tan luégo como se acabe de asar la carne se traerá á este sitio.

Con efecto, á poco rato llegaron el sargento y los demas soldados, llevándonos muchos trozos de carne asada, todavía tibja. Tal era el hambre que teníamos que no reparámos siquiera en la forma y color de las presas que nos dieron. Cuando hube satisfecho el apetito, el sargento me dijo, mirándome con cierto aire entre azorado y picaresco :

—¿ Qué tal le ha parecido la carne, mi Capitan ?

—Muy tierna, pero de un sabor extraño, le contesté. No es el sabor de res, ni de ningun animal de monte de los que he comido.

—Sin duda. Mi Capitan no debe de haber comido ántes carne de......

—De qué ?

—De india.

—India ? ¿ Qué cuadrúpedo llaman por aquí con ese nombre ?

—No es cuadrúpedo.

—¿ Pues qué es ?

—Hembra de indio.

—De indio !

—Sí, mi Capitan ; de indio salvaje.

—Oh ! oh ! qué horror ! exclamé.

Hé aquí lo que me refirieron para explicarme el misterio, relacion que escuché con horror:

"El sargento anduvo un trecho como de trescientas varas de bosque, buscando primero y siguiendo despues las huellas del sér cuyos lejanos pasos habia sentido, y súbitamente salió á una especie de plazoleta limpia, abierta en medio de la selva. Entónces se presentó á su vista un miserable rancho de indios salvajes, y un instante despues vió asomar uno de éstos momentáneamente por un lado de la plazoleta, y volverse á ocultar lanzando un silbido ó especie de grito muy significativo. Al punto salió á la puerta del rancho una hermosa india, robusta y bien tallada, y miró hácia diversos lados como muy asustada. Comprendió el sargento que los indios huirian amedrentados y no nos quedaria esperanza de salvacion. Sintió un vértigo de hambre, y sin pensar en lo que hacia tendió su fusil, apuntó hácia el rancho, cerró los ojos y soltó el tiro.... Cuando los abrió como aturdido, vió el cadáver de la india tendido en el suelo á la entrada

del rancho.... Aguardó un rato para ver en qué paraba este suceso que le habia sido aconsejado por la horrible necesidad en que estábamos, y en eso sintió los pasos de los soldados que le andaban buscando. Juntos se acercaron con precaucion al rancho, y lo hallaron enteramente escueto y solo: no habia más criatura humana que la india muerta. Se trajeron el cadáver, volviendo sobre sus pasos, y metidos en el bosque prendieron fuego con hojas y ramas secas y pusieron á asar las mejores y más carnudas piezas del cuerpo de la salvaje..."

Mi tio, que era muy valiente, se estremecia horrorizado al referir este dramático suceso. El homicidio ejecutado por el sargento habia salvado á cosa de veinticinco soldados de la Independencia; pero el acto era monstruoso, y mi tio sentia náuceas y profundo horror cuando recordaba que habia sido antropófago; bien que sin saberlo de antemano, pues el sargento habia tenido la delicadeza de tomar precauciones para que todos los que ignoraban el caso comiesen la carne asada, sin conocer primero lo que se les servia para matar el hambre y salvarse.

Otro de mis tios, don Rafael, que siempre fué agricultor en Guáduas, tenia un carácter singular. Apacible en apariencia y muy modesto, tenia un valor tranquilo para desafiar todo peligro, que rayaba en la temeridad, y era sumamente ágil y esforzado. Poseyó una pequeña hacienda, llamada la *Picota*, y á fuer de campesino era insigne sangrador y curandero de bestias; por lo cual muchos campesinos, acaso por un instinto de asimilacion involuntaria, le habilitaron de médico y cirujano para ellos. Los cinco grandes remedios, casi panaceas, que empleaba mi tio Rafael eran el agua, el zumo de limon, la sal, el aguardiente y la lanceta. Cuando él se hería de cualquier modo, en sus faenas campestres, se restregaba sin pestañear las heridas con sal, ó limon ó aguardiente, y no hacia más caso de ellas, dejándolas sanar con tales cauterios.

Una tarde se sintió muy malo de la garganta, pero no prestó atencion al mal y despues se acostó á dormir. Cuando despertó, en altas horas de la noche, la angina le asfixiaba. Comprendiendo el peligro, ni buscó el yesquero, la pajuela y la vela para encender lumbre: en la oscuridad alargó el brazo, echó mano á su chaqueta, colgada junto á la cabecera, sacó y abrió su lanceta de san-

grar caballos y se picó la vena principal de la garganta, salvándose con una copiosa sangría.

En cierta ocasion un tigre cebado le mató y comió su mejor mula de silla. Mi tio, furioso, resolvió al punto irse á buscar al tigre, á pié y lanza en mano y cuchillo al cinto. Se internó en el monte, dió con el tigre, que estaba en el fondo de un barranco y se abalanzó encima á matarlo. Huyó la fiera espantada, pero al caer mi tio en la hondura se halló al lado de una enorme serpiente cascabel que iba á morderle. Anduvo listo y agarró la serpiente por el cuello, apretándola con furor convulsivo. El terrible reptil se le enroscó en el brazo y en el pescuezo, sacudiendo con furia los cascabeles, cuyo lúgubre ruido era al propio tiempo causa de terror y estímulo para triplicar las fuerzas y luchar hasta salvarse.

Daba mi tio lamentables gritos pidiendo socorro, pero nadie le oia, y entre tanto el reptil, no sólo se retorcia y casi le ahogaba con sus frias roscas, sino que llegó hasta herirle, metiéndole entre las narices la extremidad de la cola, con lo que le hizo arrojar mucha sangre....Mi tio, sintiéndose casi vencido, hizo un supremo esfuerzo, y dando con su brazo un terrible golpe contra un árbol logró reducir á la inercia al horrible crótalo. Seguramente con el golpe le rompió la espina dorsal, y esto le salvó. Cuando llegó gente en su auxilio, mi tio estaba exánime, tendido en el suelo, con el monstruoso reptil enroscado en el brazo; y tal habia sido la crispatura nerviosa de la mano con que agarró el cuello del animal, y la del cuerpo de éste, que fué menester arrancérselo cortado á pedazos, porque no tenia movimiento en la mano ni en el brazo.

De este linaje eran las proezas de mi tio Rafael, hombre sencillo y honradote que jamas conoció el miedo. Los ejemplos de mis tios, y algunos de mi padre, me infundieron desde mi primera adolescencia bastante ánimo para desafiar todo peligro.

III

EL PRIMER CADÁVER.

Yo no comprendia la muerte sino como la comprenden los niños: la pérdida del movimiento, sin angustias, ni dolor, ni agonía, ni significacion moral alguna, ni renacimiento, ni inmortalidad; tal como aquéllos la ven en el insecto ó inofensivo reptil que destrozan sin conciencia

del mal, ó en el pajarillo que hacen perecer con violentas caricias para jugar despues enterrándolo. La idea de la muerte no se apodera del alma sino despues de haber asaltado á ésta dos ideas preliminares: la del *peligro*, como cosa que puede tener consecuencias, y la del *dolor*, como hecho moral.

Yo ignoraba igualmente el peligro y el dolor moral, cuando vi alzarse delante de mí el primer sepulcro. Llegó ocasionalmente á mi ciudad natal el menor de mis numerosos tios, (don Silvestre) se alojó en casa, enfermó gravemente y á poco falleció. No tengo recuerdo alguno de su fisonomía, ni de su voz ni su estatura, y mi memoria de su corta existencia casi se reduce á la memoria de su muerte.

Recuerdo que á eso de las siete de una noche muy oscura la casa se llenó de gente, y que lloraban mi padre, mi madre, dos de mis hermanos y los sirvientes. Muchísimas personas llegaron con cirios encendidos, y entre ellas figuraban el cura párroco, el sacristan y los acólitos, vestidos de negro y blanco y con cruz alta y ciriales. Sacaron de un aposento, donde habia estado mi tio enfermo, un largo cajon forrado en género negro, y lo levantaron entre muchos para llevárselo en procesion. Alcancé á ver dentro del cajon el cuerpo inmóvil de mi tio Silvestre, y me pareció que estaba dormido, pero amarillento y desfigurado; tánto, que al verle así tuve miedo....Yo no lloraba porque no sabia que hubiera motivo para ello, y si me afligia era sólo por el gran disgusto de que se llevaran de casa á mi tio, á quien habia cobrado cariño, y porque veia que mis padres lloraban.

Al salir el séquito á la calle comenzaron á cantar de un modo muy triste, diferente del canto que yo habia oido en la iglesia cuando mi madre me llevaba á alguna fiesta solemne, como las de Córpus ó Navidad. La música no era ménos patética, y el silencio de los muchos que no cantaban era imponente....Yo contemplaba con una mezcla de cándida curiosidad y asombro la larga procesion que desfilaba lentamente....La calle quedó toda iluminada por las luces de más de doscientos cirios, y tal iluminacion, lúgubre para cualquier hombre formado, sólo me pareció extraordinaria... Sus reflejos

tenian no sé qué de verde blanquecino que turbaba mis reducidas ideas sobre la luz. Jamas se ha borrado de mi mente el recuerdo de aquella extraña iluminacion nocturna, medrosa por demas, y cuyo objeto no podia yo comprender.

Entrámos todos en la iglesia (una negra esclava me llevaba de la mano) y me pareció sentir algo como un calor que enfriaba... La nave central y las dos laterales del templo, así como los bastiones y paredes en que se apoyan, tomaron á mis ojos un aspecto tristísimo... Se me apretó el corazon, sin explicarme ni sospechar por qué, é instintivamente me arrimé lo más que pude á la criada que me acompañaba, cual si buscase un refugio. Al cabo la gente fué saliendo de la iglesia y ésta quedó desierta, con el ataud cubierto, en el centro, y rodeado de hachones ó grandes cirios encendidos.

—¿Y mi tio Silvestre? pregunté á la criada sorprendido; ¿no le vuelven á llevar á casa?

—No, mi amito: aquí le dejan, respondió ella.

—¿Así dormido?

—Si no está dormido, sino muerto!

—¿Y cómo es muerto?

—Ah! pues sin resuello ni vida!

La pobre negra era poco ménos que yo incapaz para explicar la muerte.

Se apoderó de mí un miedo terrible, un verdadero terror, al ver que dejaban encerrado en la iglesia á mi pobre tio, enteramente solo y metido entre un cajon negro y tapado.... Ay! cuántas veces no he tenido que pronunciar despues en el curso de mi vida los nombres lúgubres que en 1834 ignoraba: *muerte, cadáver*, ataud ó *féretro* y *sepulcro!* y cuántas no he llorado sobre reliquias adoradas ó preciosas!

Solamente recuerdo que torné á casa impresionado por extremo, queriendo llorar, aunque sin saber por qué, lleno de un vago espanto é impaciente por refugiarme en el regazo de mi madre.

—Mamá, díjela al llegar á casa, ¿por qué han dejado á mi tio Silvestre encerrado en la iglesia? Él no ha hecho nada malo,

—No, hijo mio. Dios se le ha llevado.

—Á dónde?

—Al cielo.

—¿Pero cómo puede subir al cielo, que es tan alto?

—Es el alma la que se va y sube; el cuerpo queda aquí.

—Vivo?

—No, muerto.

—¿Y qué hacen con él?

—Lo entierran en el cementerio en un sepulcro.

—¿Y el alma qué hará?

—Se estará con Dios.

—¿Pero qué es el alma?

—Hijo, creo que es la luz de Dios que ilumina al hombre y le da vida....

—¿Pero la vida no se acaba, pues, como la de mi tio Silvestre?

—La del cuerpo sí; la del alma no.

Quedéme perplejo sin comprender aquellas razones de mi madre, y ella me mandó luégo que me acostara. Pero me fué imposible entrar siquiera en el dormitorio comun miéntras que no entrara y se acostara mi madre; y áun estando mi cama cerca de la suya no pude dormir en toda la noche. Veia en medio de las sombras, — no obstante la lamparilla cuya luz titilaba dentro de un opaco velador,— todas las cosas que me habian impresionado; y me parecia que mi tio, tan afectuoso hasta pocos dias ántes, alargaba una mano para asirme y acostarme junto con él en su ataud....

No puedo dar idea de lo que luégo sucedió en mi espíritu, ni cómo se fueron desarrollando mis ideas. Ello fué que, viendo á mis padres serios, tristes y vestidos de negro, y notando que mi tio no volvia del cementerio (á donde mi madre no me permitió ir), comencé á cavilar en lo que seria la muerte, que no comprendia. Al cabo, por entónces, imaginé que era simplemente un viaje muy largo y extraordinario que afligia mucho á los parientes que se quedaban; pero no pude comprender lo del alma que se desprendia del cuerpo y se volvia á buscar á Dios en el cielo.... Cuando, mucho tiempo despues, leí la biografía del sabio Francisco José de Cáldas, la *O larga y negra, partida* que dejó pintada como un adios al mundo en la pared de su calabozo, me explicó, cual clave admirable digna de un genio inmortal, lo que era en

realidad la muerte.... Una larga partida.... pero de regreso á la patria nativa del alma! (1)

Es lo cierto que algun tiempo despues del fallecimiento de mi tio tuve miedo á la muerte; mas no aquel temor saludable que indica la conciencia de los altos fines de la vida, y la luz de una fe religiosa bien formada, sino aquel terror momentáneo y cobarde que se llama espanto y se alimenta con preocupaciones, como los cuentos de ánimas errantes y de aparecidos. Al cabo la experiencia me ha hecho saber que el temor cerval de la muerte, el *miedo*, sólo se apodera de las conciencias perturbadas por el delito ó de las almas descreidas que temen *perderlo todo* al fallecer para el mundo; y he podido observar que los hombres de estas categorías se parecen mucho, cuando piensan en la muerte, á los muchachos de ocho á diez años. Se llenan de miedo, porque no tienen idea clara de la esperanza, ó de *lo que habrá* para el alma despues de la existencia en la tierra.

Como quiera, la impresion que causó en mi alma la vista del primer cadáver y el primer entierro fué profunda, si bien indefinible para los pocos alcances de mi inteligencia infantil. Desde el fallecimiento de mi tio tuve horror á la muerte de todo sér humano, y cada dia cavilaba más y más sobre lo que era en realidad este hecho. Andando el tiempo, hube de familiarizarme con la final tragedia de la vida, contemplada en muchas personas, algunas ¡ay! pedazos de mi corazon.... y siempre he hallado en todo cadáver la más solemne enseñanza. Aquella inmovilidad, despues de tanta agitacion; aquella fealdad sublime, despues de tanta vanidad por la hermosura del cuerpo; aquella putrefaccion que comienza en la materia junto con la ausencia silenciosa del alma; aquel silencio eterno de lo que ha hecho tanto ruido; en fin, aquella *nada* física y social que sucede á la orgullosa confianza en lo mucho de la vida, ¿no son pruebas patentes de la impotencia del hombre para resolver los problemas relativos al eterno pasado y al eterno futuro?

Por mí sé decir que, desde la infancia, nada ha edu-

---

(1) Muchos compatriotas recuerdan que el inmortal Cáldas, ejecutado por órden de Morillo en 1816, dejó pintada en una pared de su calabozo, á manera de jeroglífico fúnebre y exclamacion final, una **O** muy larga, negra y partida por la mitad, cuya traduccion, alusiva á su muerte, era: "Oh larga y negra partida"!

cado tánto mi alma, mi vida moral é intelectual, como el espectáculo de la muerte!

PRIMERA EDUCACION DE MI ALMA.

IV.

La educacion del alma es muy análoga á la del cuerpo: si la segunda es asunto de ejercicio, la primera lo es de impresiones. Si para el cuerpo hay una gimnástica de los músculos y de todos los sentidos, para el alma hay otra de todas las facultades de la sensibilidad moral y del pensamiento. Así todo aquello que nos impresiona y sirve de ejemplo, que nos induce á formar ideas y adquirir nociones de la vida y de las cosas que nos rodean, nos va educando el alma. Ella viene de Dios completa en su esencia y perfecta en sus elementos ó facultades de accion, y estas facultades se desarrollan más ó ménos, se perfeccionan, previerten ó deprimen, segun la direccion que se les imprime con la educacion y el influjo de la herencia.

Todo lo que se ve y oye, lo que se siente y palpa educa, bien ó mal. Pero acaso lo que más contribuye á educar el cuerpo, así como el alma, es el medio físico, el domicilio en que uno vive, principalmente durante la infancia. Esta verdad la he comprendido al recordar y analizar, despues de ser adulto, el influjo que sobre mí ejercieron ciertas circunstancias del hogar paterno y de los primeros años de mi niñez, y las localidades donde los pasé.

Todo hombre es más ó ménos un reflejo de la tierra en que ha nacido y vivido. La infancia ha subsistido en mí en gran parte, y ella recibió fuertemente el sello de las impresiones que la acompañaron. Honda es una ciudad extraña, asiento de curiosos contrastes; su suelo es profundo y fértil, y las montañas que lo encierran son elevadas y estériles. Desde la gran catástrofe de 1805 aquella ciudad, esencialmente mercantil, quedó siendo mitad bodega ó almacen y mitad cementerio. Cada ruina, cada muralla destrozada es una tumba sobre la cual crecen con frondosidad numerosos árboles y arbustos. La parte baja de la ciudad, casi toda compuesta de edificios de sólida mampostería y techos de teja, contrasta con la parte alta, formada en general por humildes ranchos de bahareque y palma. Abajo, el pequeño

movimiento de los negocios; arriba, el silencio y la inanicion. La prosa y la poesía se disputan el campo en aquella ciudad, donde centenares de cocoteros y miles de otros árboles frutales, cultivados entre escombros, mecen su follaje sobre una poblacion híbrida de negociantes y transeuntes.

El rio Magdalena, haciendo allí un codo repentino, se precipita turbulento á la vera de la ciudad, por una sucesion de raudales estruendosos. El lindo rio Gualí, que divide la ciudad en dos partes, como una línea perpendicular tirada sobre el Magdalena, encanta con el rumor de sus ondas, ántes diáfanas, que se estrellan contra grandes pedriscos y escombros hacinados sobre una y otra márgen y sombreados por árboles corpulentos. Aquel estruendo de los rios; aquella magnificencia de la vegetacion; aquel silencio de tantas ruinas solitarias; lo escampado de las vecinas montañas y de la hermosa llanura que se extiende entre Honda y su rival en ruinas, Mariquita; el contraste permanente de bullicio y silencio, de actividad y soledad, de cosas poéticas y cosas prosaicas, de goces y tristezas: todo eso que componia el medio físico y moral en que yo habia nacido y debia pasar mi infancia, imprimió en mi mente un sin número de ideas y reminiscencias perdurables. Por tanto, mi vida hubo de ser un reflejo de la turbulencia de los rios que arrullaron mi cuna con su ruido, y de la tristeza grabada en los solitarios escombros de la ciudad; mezcla de aspiraciones poéticas é inquietudes y preocupaciones sociales; permanente antítesis de pensamientos tumultuarios que sólo el tiempo y la experiencia del mundo podian sosegar.

Así desde muy temprano mostré toda la inquietud de un genio activo, audaz, borrascoso y pronto á la lucha, al propio tiempo que una inclinacion marcada hácia la poesía y cuanto da pábulo al sentimiento y la imaginacion. Todo me divertia, y lloraba por cualquier cosa: me rebelaba contra la injusticia, y una palabra cariñosa me enternecia: era comunicativo y fácilmente afectuoso con todos, pero tambien pronto á reñir con todos: tenia el diablo en el cuerpo y no descansaba ni dejaba descansar á nadie, y manifestaba la exquisita sensibilidad de una niña ingenua y la travesura dañina de un muchacho al parecer incorregible: habia en mí, al propio tiempo, algo de las turbias ondas del Magdalena y de las

linfas puras y transparentes del Gualí. En una palabra, por mis disposiciones, podia llegar á ser un hombre de provecho, al recibir buena educacion; así como al ser abandonado á mis impulsos entusiásticos, habria podido ser un insigne calavera. Mi padre, mi madre y algunos de mis hermanos me libraron de caer en el despeñadero.

Cuando yo era niño, la esclavitud subsistia en Colombia, bien que la ley redentora de 1821 habia puesto remedio al mal, en lo posible. Los esclavos eran los mejores obreros en las fincas rurales y los mejores sirvientes en las casas. Servian á sus amos con fidelidad y áun con afectuosa adhesion, y eran muy bien tratados en mi vieja provincia, así como en casi toda la República. La domesticidad esclava hacia parte de la familia, y las mujeres, sobre todo, envejecian en los hogares, sirviendo como de madres ó nodrizas á los niños. Así estos las querian con ternura, creciendo al lado de ellas de tal modo, que miraban poco ménos que como amigos y parientes á los negritos ó mulaticos libertos.

Mi padre era no sólo patriota sino filántropo. Le gustaba hacer un negocio poco lucrativo pero de buenos resultados morales: cuando le ofrecian buenos esclavos les compraba para el servicio de su casa ó de su hacienda, les trataba muy bien, y les daba su carta de libertad gratúitamente, al cabo de tres, cuatro ó cinco años, si le habian servido con cariño, fidelidad y esmero. Una vez libres, los esclavos, ya habituados á la casa ó la hacienda, habian cobrado amor á la familia y al relativo bienestar de que gozaban, y en vez de irse á otra parte preferian quedarse con mi padre, trabajando como asalariados. Aquellos sirvientes ó trabajadores eran por lo comun preferidos por mi padre á los primitivamente libres, porque eran ménos perezosos, tenian costumbres más morales y servian con una fidelidad á toda prueba.

Dos de las esclavas que tuvo mi padre en casa fueron mis predilectas: llamábase la una Nicolasa, enteramente negra, y la otra (una gallarda mulata) Josefa. La primera tenia un hijo con los piés torcidos y valetudinario, y la segunda apénas estaba recien casada cuando nací. Hacia poco que mi madre me habia dado á luz cuando enfermó, no pudiendo alimentarme durante dos ó tres meses. Nicolasa, que tenia abundante y rica leche, fué mi nodriza miéntras que mi madre estuvo enferma, y la cobré un tierno cariño que jamas se entibió.

A la sazon estaban construyendo un puente sobre el torrentoso y pintoresco rio *Gualí*, y no habia modo de pasar de un lado al otro sino en canoa. Como la familia solariega de mi madre vivia en el barrio de *San José* ó del *Remolino* (que de ambos modos llaman al más bajo) con alguna frecuencia tenian las dos familias que ocurrir, para comunicarse, al paso en canoa. Una tarde.... (tenia yo cosa de cinco meses de edád) pasaba mi madre el rio, llevándome consigo en brazos de Josefa, la hermosa mulata, que á la sazon servia de niñera. Entróse en la canoa un hombre ebrio, y la agitó de tal manera que la hizo volcar, por fortuna á corta distancia de la orilla. Cayó mi madre de cabeza al agua, quedando toda envuelta en su ropa, y cuando logró desembarazarse, hacer fondo y descubrirse el rostro.... vió que su hijo iba yáléjos llevado por las ondas. Con la violencia del vuelco, Josefa me habia soltado de los brazos, quedando yo en peligro inminente, y ella tambien toda embrollada con su paño de muselina y sus enáguas.... Mi madre, al ver que yo me ahogaba, dió los más lamentables gritos y, sin saber nadar, quiso arrojarse á la corriente; pero Josefa no la dió tiempo, y diciendo: " no tenga sumerced cuidado! " se arrojó á las ondas. Nadaba muy bien, á brazo tendido, y á las pocas braceadas logró darme alcance y sacarme sano y salvo. Los pañales que me envolvian y todo el ajuar me habian mantenido á flote en la rápida corriente.

Al dia siguiente por la mañana mi padre hizo llamar á Josefa á su presencia, y dándola un papel y cincuenta pesos en dinero la dijo:

" Me has salvado mi hijo y mereces mi gratitud y una recompensa. Tóma tu carta de libertad y esta gratificacion para que trabajes."

Josefa aceptó lo uno y lo otro, llorando de gratitud; pero se quedó en la casa en clase de sirvienta libre, y destinó los cincuenta pesos para contribuir al rescate de su marido. Este fué elevado en la hacienda á la categoría de mayordomo.

Cuando tenia yo cosa de seis á siete años oí á mi madre referir estos sucesos á un campadre suyo. Así vine á saber que una negra esclava habia sido mi nodriza durante cerca de tres meses, y que yo debia la vida, despues de Dios y mis padres, á una mulata esclava tambien... No sé en qué grado la rica leche de la buena negra in-

fluiria en mi organizacion y mi vida física y moral; pero sí recuerdo bien que desde mi infancia sentí tierna conmiseracion por los esclavos, gratitud por Nicolasa y Josefa, y una simpatía por su raza que se puso despues de manifiesto en muchos de mis escritos, discursos y actos, y me indujo á ser ardiente filántropo y demócrata decidido.

Otra circunstancia influyó mucho en mi ánimo desde la infancia. Estaba yo en la escuela primaria y tenia cosa de ocho años, cuando tuve la desgracia, por travesura, de treparme á un enorme ciruelo á coger las amarillas y rojas frutas que tanto incitaban á mis condiscípulos, como á mí mismo. Un chicuelo, hijo de pobres gentes y alumno de la escuela, llamado Dionisio Varela, me recogia las ciruelas que yo arrojaba á manotadas desde lo más alto del frágil ramaje. De súbito se quebró la rama en que me apoyaba, y descendí como una bola, cayendo sobre los hombros del pobre muchacho...Quedé sin sentido, y durante un mes me tuvieron entablillado de la cabeza á los piés, todo dislocado; pero el chico Varela quedó peor, casi desbaratado, y tuvo para seis meses de cama. Bien que no habia culpa de mi parte, mi padre costeó la curacion del muchacho, y durante mucho tiempo estuvo socorriendo á su pobre familia.

Este ejemplo de caridad y de justicia moral produjo en mi alma una impresion tan saludable, que por muchos años me hizo ver en Dionisio Varela una especie de hermano para quien yo me sentia obligado.

Las iglesias, las ruinas, los huertos y arboledas de la ciudad, y los rios Magdalena y Gualí, fueron, con mi familia, la hacienda de mi padre y ciertas costumbres populares, los elementos decisivos de mi primera educacion. Que el lector me permita, por ahora, describirle mi ciudad y las costumbres religiosas que en ella privaban, á contentamiénto de todas las clases sociales.

La ciudad, como he dicho ántes, se compone de tres barrios diferentes. Cuatro formaciones de serranías, que aparecen en completa solucion de continuidad é independencia recíprocas, bien que se acercan unas á otras, arrojan sus ásperos contrafuertes ó estribos sobre la honda cuenca de la ciudad, formándole un cerco roto por cuatro aberturas. De éstas, dos corresponden al Magdalena, hácia arriba y hácia abajo, otra á la llanura,—anti-

guo valle ó lecho del rio Gualí, hoy dia de cauce profundo,—y otra al estrecho valle de un riachuelo llamado la *Quebrada-seca*. Así la ciudad suele ser batida por brisas que soplan en todas direcciones y temperan, en las mañanas y las noches, el ardor del clima, tan cálido que su temperatura média es como de 30 á 32 grados del centígrado.

Es curioso notar, como rasgo talvez único en la orografía de Colombia, que si dos de los grupos de cerros (los del Sur y el Sudoeste) son formaciones aisladas del norte del Tolima) las serranías que giran por el Oriente y el Noroeste pertenecen á las cordilleras oriental y central de los Andes, y despues de encerrar la vieja ciudad, corren paralelas hácia el Norte, encajonando, por decirlo así, el Magdalena. De esta suerte, dos serranías que son como prolongaciones indirectas de tan distantes y poderosas formaciones (la oriental, donde predominan las heladas cumbres de *Sumapaz*, y la central, donde ostentan sus nevadas cimas el *Tolima*, el *Santa Isabel* y el *Ruiz*), vienen casi á juntarse, á darse los brazos sobre las dos orillas del bajo Magdalena, cual si dieran la muestra con una especie de fraternidad de las montañas, de la fraternidad que Dios ha querido hacer reinar entre los pueblos colombianos, hijos de esas montañas y de los valles intermedios.

El tremendo terremoto de 1805 (época en que habia nacido mi madre) arruinó la ciudad casi por completo. Pocas casas resistieron á la violencia de la catástrofe, sobre todo las de pisos altos; talvez ninguna habia sido reedificada hasta 1834, y la mayor parte de las nuevas eran de bahareque y techo pajizo. Si en la parte baja central, residencia del tráfico, subsistia el aspecto hispano-morisco de las construcciones, y casi todas las casas tenian un no sé qué de árido, severo y desapacible, en el barrio de *Alto* todo era risueño y pintoresco, y en el de *San José* los huertos y los escombros se confundian formando una extraña armonía de lo melancólico y lo ameno, lo fúnebre y lo florido. Donde quiera hermosos grupos de cocoteros alzaban sus empinados penachos, y los patios estaban sembrados de nísperos y mangos, naranjos y limoneros, guanábanos, guayabos y multitud de otros árboles frutales, amén de mil graciosos arbustos y plantas de jardin. Por en medio de aquellos barrios repletos de ruinas de templos y conventos y de

grandes casas, salpicados de verdes arboledas y cubiertos de arenas reververantes, corria ó saltaba el Gualí, rio encantador de ondas azules y orillas pedregosas; y á la vera de la ciudad se precipitaba turbio y magnífico el Magdalena, ensordeciendo á los hondanos con el eterno rumor de sus tumultuosas ondas.......

Raro dia dejaba yo de bañarme en el Gualí, deliciosa escuela de natacion, donde todos los muchachos, sin otro maestro que el arrojo, aprendíamos á nadar como peces. Recuerdo que en mi aficion á la natacion era tan incansable, que una vez aposté doce reales con un camarada de la escuela al que pasara el rio mayor número de veces, de seguida y sin detenerse despues de hacer pié en cada orilla. Gané la apuesta, alcanzando á pasar siete veces, en un trayecto como de trescientos metros, á traves de grandes piedras graníticas; pero en la última vez, al llegar á la orilla me quedé exánime y sin sentido. Tan escasa idea tenia yo del peligro, que á la edad de nueve años, por travesura, me arrojé varias veces, montado en un trozo de balso, á los formidables chorros del *Salto*, bajando el Magdalena desde el sitio del *Estanquillo* hasta la confluencia del Gualí.

Probablemente estos ejercicios de natacion, y los que hice en la hacienda de mi padre, ya toreando becerros bravos, ya corriendo á caballo por los pastales, ya dándome á la caza en montañas espesas donde habia culebras y tigres; ora invigilando á los peones en las rocerías ó en los cortes de cañas, y quitándoles á ratos los machetes para ponerme á tumbar yo mismo árboles delgados ó cortar las matas del cañaveral, me inspiraron insensiblemente aficion á la lucha, y me prepararon para desafiar despues con resolucion todos los peligros de la vida política, que en nuestro pais se agravan mucho con la violencia de las pasiones. Tengo para mí que todo aquello que familiariza con el peligro, siquiera sean impensados los actos de valor, constituye una excelente escuela para las almas que han de sufrir grandes dolores y pasar por muy amargas pruebas.

No omitiré decir que desde mi infancia me gustó el pugilato, como que era inquieto, belicoso y nada paciente, y que muchas veces ejercité los puños con mis condiscípulos en la escuela, en los colegios y en la Universidad. Agréguese é esto que yo tenia suma agilidad y cabeza naturalmente fuerte para trepar á los árboles

y cercados, á los altos murallones arruinados y los campanarios, sin desvanecerme nunca; así como me perecia por hacer maroma en columpio y en cuerda tesa. Recuerdo que una vez, á la edad de trece años, por juego, me tiré de un alto balcon á la calle; y muchas veces me arrojé de cabeza en profundos pozos del Gualí, desde los estribos de sus puentes. Todavía ahora, ya casi viejo y achacoso, cuando estoy de humor en algun campo ó algun huerto trepo con agilidad á muy altos árboles, sin que para ello me estorben los vestidos ni las botas.

Dos objetos me llamaban particularmente la atencion: los jardines y los rios. No obstante la inquietud borrascosa de mi genio, gozábame todos los dias durante horas enteras contemplando en casa los arbustos y las flores de los jardines. Casi estoy seguro de recordar que la primera redondilla ó cuarteta que compuse, cuando me dió por hacer versos de memoria, fué inspirada por el florido jazmin que habia en el patio principal de la casa paterna.

Cuando me iba á bañar, trabajo costaba hacerme salir de entre las ondas del Gualí; pero siempre, al vestirme, me ponia involuntariamente á contemplar los árboles de las orillas, los grandes escombros hacinados en ellas ó entre el agua, el cielo, de un azul brillante y purísimo, y las ondas que se atropellaban en tumbos azulosos y de ópalo admirable.... Todo aquello me impresionaba por extremo y me hacia cavilar vagamente.... Un dia que, sentado sobre una piedra, contemplaba yo todo aquello, don Mariano Escobar (padrino de uno de mis hermanos) que cerca de mí salia del baño, me dijo súbitamente:

—¿En qué piensas, Pepillo?

—¿A donde va á morir este rio? le repuse á modo de respuesta, siguiendo en mi cavilacion.

—¿Pues no ves que muere allí cerca en el Magdalena? me contestó.

—¿Y el Magdalena á donde va?

—Al mar.

—¿Y el mar?

—El mar.... á todas partes, y á ninguna.

No pude comprender esta expresion, y seguí cavilando por explicarme de algun modo el problema, que me parecia ser un misterio.... Sólo el estudio de las matemáticas, la física, la cosmografía y la geografía

habia de darme, con el tiempo, la explicacion que mi débil inteligencia de niño era incapaz de hallar por sí sola.

No dudo que, si llegué á ser poeta, no fué por herencia; pues mi padre, si bien era muy entusiasta y patriota, tenia mucho de positivista, y mi madre no tenia más ideal que Dios, la familia y el cumplimiento del deber. Lo que hizo brotar en mi alma la poesía, como una flor cuyo gérmen está en todo corazon humano, fué la *educacion*; educacion determinada por el conjunto de admirables objetos que me rodeaban: el Magdalena, que contenia lo formidable; el Gualí, que era una risa líquida y azul de la Naturaleza; las arboledas y los huertos y jardines de la ciudad, que eran lo ameno y encantador prodigado bajo un sol de fuego; los cerros circunvecinos, que contenian la majestad y aspereza de lo fuerte y eterno; los innumerables escombros de la ciudad, en cuyo seno se abrigaba toda la elocuente melancolía de lo pasado; la hacienda de mi padre, donde yo encontraba la rudeza del trabajo, y el peligro y la lucha; y aquel cielo incomparable, ya de un azul y una limpieza prodigiosamente bellos, ya repleto de terribles tempestades.

No he sido ingrato para con aquellas admirables bellezas que educaron mi alma; pues mi lira ha cantado de diversos modos y en distintas ocasiones las bellezas del Magdalena y del Gualí, las ruinas y memorias de Honda y Mariquita, y todas las magnificencias de la poética *Marquetá* de nuestros extinguidos *Panches* y *Gualíes*, nuestros *Yaporajes* y *Pantágoros*.

V

OTRAS IMPRESIONES.

En la época de mi infancia y mi adolescencia, y todavía muchos años despues, las gentes de mi ciudad natal se distinguian por tres buenas cualidades: un serio sentimiento de religiosidad, un espíritu general muy hospitalario, y una notable moralidad en las costumbres. Casi toda la poblacion se componia de gentes oriundas de la ciudad misma ó sus contornos, y raros eran los forasteros que allí se establecian, porque ni habia industria que atrajese inmigrantes, ni el comercio, de mero tránsito y detal, ofrecia alicientes para muchos brazos.

Tan religiosos eran los vecinos, que las fiestas de iglesia eran muy frecuentes y suntuosas, en gran parte costeadas voluntariamente por las personas acomodadas y las limosnas de los pobres. Nadie queria pasar por irreligioso ; y recuerdo que áun mi padre, que era libre pensador y verdaderamente incrédulo (y así lo fué hasta el último instante de su vida con indomable energía), contribuia gustosamente para las fiestas de iglesia, bien que jamas concurria á ellas ni á la misa siquiera. Despues explicaré de qué provino la incredulidad de mi padre, tan opuesta á su caracter generoso y su espíritu de caridad y benevolencia.

Las grandes fiestas religiosas de Honda eran las de los Reyes y la Semana Santa, la Cruz, el Córpus y el Octavario, San Juan y San Pedro, San Bartolomé (patrono de la ciudad) y la pascua de Navidad, con su largo prólogo del Aguinaldo y Noche-buena. Pero si algunas de estas festividades despertaban realmente el celo y fervor religiosos, otras servian de pretexto para grandes diversiones populares. De este linaje eran principalmente el Córpus y las fiestas de los tres apóstoles citados, así como la Cruz, la Noche-buena y pascua de Navidad.

Un recuerdo tengo muy vivo de cierto incidente, y lo aduciré como prueba del espíritu de partido que se apodera de todo en todas partes y principalmente entre nosotros. Tenia yo como trece años y me hallaba en vacaciones del colegio, cuando fué nombrado cura de la ciudad un doctor Aguillon, hombre locuaz, innovador, inquieto de espíritu y no poco inteligente é instruido, pero indiscreto. Habia sido fraile y logrado, merced á un viaje hecho á Roma, pasar del estado regular al seglar. Al instalarse en su nuevo curato, el doctor Aguillon cogió cierta ojeriza á la estatua de plomo, muy pequeña pero pesadísima, que en la iglesia parroquial representaba al santo patrono, y le declaró la guerra.

Dió por razon para esto el señor cura que el Santo no inspiraba respeto ni reverencia, y se propuso remplazarlo con otro de madera y cuerpo entero, casi gigantesco, pero que no habia ganado en la ciudad méritos ningunos. A poco hizo la sustitucion, con aplauso de la gente reformadora y gran descontento de los viejos y viejas que en la ciudad conservaban las tradicciones de los antiguos tiempos.

Es fama que aquel San Bartolomé chiquito hizo grandes milagros, y yo oia contar á los viejos que en lejanos tiempos, cuando ocurrian grandes avenidas del Magdalena y se inundaban algunas calles de la parte baja de la ciudad, sacaban al Santo en procesion solemne, lo embarcaban en una canoa para recorrer las calles inundadas, le ungian los piés con algodones mojados en el agua del rio, y á poco de arrojarlos á las ondas éstas comenzaban á retroceder rápidamente hasta dejar las calles enjutas y todos los edificios sanos. San Bartolomé era, pues, muy venerado en Honda y muy querido, mayormente cuando su festividad acarreaba cada año fiestas populares con corridas de toros, juegos públicos, bailes, etc.

Pero en realidad no era precisamente la persona moral del apóstol horriblemente martirizado la que habia ganado tanta veneracion, sino que ésta se fijaba en la imágen ó estatua. Así fué que al emprender su indiscreta reforma el cura, se formaron en la ciudad dos partidos: uno *por el San Bartolomé chiquito*, y otro *por el grande.* Fuerte agitacion hubo con tal motivo, los ánimos se agriaron y poco faltó para que entre los dos partidos hubiera hostilidades muy sérias. El cura triunfó por el momento, arrinconando el santito de plomo; mas despues hubo de transigir, relegando en el año siguiente el de madera á la sacristía. Por mí sé decir que fuí, por instintos innovadores é imitacion, partidario del grande. Acaso en castigo de mi infidelidad al antiguo y acreditado, he sido tan desollado en este mundo, y de mil modos, á semejanza del patrono de mi ciudad natal!

Si el dia primero de cada año todos estrenaban algo nuevo en su vestido, y daban ó pedian, segun sus circunstancias, regalos de *año nuevo;* y si el dia de los Reyes era celebrado en todas las casas con suculentas cenas, en las que solian reunirse todos los parientes ó miembros de cada familia, en realidad aquellas festividades, más que regocijos que iniciaban cada año nuevo, eran como apéndices de la gran fiesta religiosa y popular de Diciembre, compuesta del Aguinaldo (nueve dias de rosarios y diversiones), la Noche buena y la pascua de Navidad; todo lo cual, hasta el dia de Reyes, formaba una sucesion de veintiuno ó veintidos dias de gratos entretenimientos, con los que se ponian muy de manifiesto las viejas costumbres de la ciudad.

La fiesta de la Cruz, que la iglesia celebra el 3 de Mayo, tenia de particular, á más de las escenas religiosas y populares, un hecho natural infalible. A causa de las lluvias generales que caian sobre las cordilleras oriental y central y sobre las vastas llanuras y selvas del valle del alto Magdalena, este gran rio experimentaba indefectiblemente enormes avenidas, que jamas fallaban para el 2 de Febrero, el 3 de Mayo y el 2 de Noviembre. Así eran inseparables en el espíritu de la poblacion, las grandes crecientes del Magdalena y las fiestas religiosas y populares de la Candelaria, la Cruz y Todos los Santos. En estas épocas el rio tomaba proporciones formidables y de ordinario amenazantes, suspendíanse casi por completo los baños, la navegacion y la pesca, y con frecuencia habia que deplorar los gravísimos estragos que causaban las avenidas.

La fiesta de la Cruz era particularmente interesante en Honda. No solamente se renovaba el vestido de ramos tiernos ó cogollos de palmeras y arrayanes con que la poética piedad de las gentes cubria las seis ú ocho grandes cruces de madera sobre peana de calicanto que existian desde antiguo en varias plazuelas y puntos importantes de la ciudad, y se adornaban las de las iglesias y capillas, sino que en toda casa de campo se celebraba la fiesta de la Cruz, ya erigiendo una nueva en algun sitio conveniente para poner la casa bajo su proteccion, ya adornando y embelleciendo la que existia. Desde el amanecer estaba la Cruz cubierta de ramos, flores y guirnaldas, adornada con cintas de seda, espejitos y otras baratijas, y durante el dia se quemaban miles de cohetes. Por la tarde se hacia la adoracion, agrupándose las gentes alegremente, á són de música y con gran acompañamiento de gritos, aclamaciones y cohetes, y luégo se bailaba al pié de la Cruz y al aire libre, al compas de vihuelas, panderos y otros instrumentos populares.

Desde entónces tomé grande aficion á la danza, y tanto, que cuando tenia apénas de doce á trece años bailaba el valse nacional llamado *capuchinada*, las danzas populares denominadas *bambuco*, *torbellino*, *caña y gallinazo*, y las españolas conocidas por los nombres del *ondú*, la *cachucha*, la *jota aragonesa* y la *contradanza*, que me enseñó el célebre don Pepe González, insigne bailarin é ingenioso violinista de antaño. Don Pepe tocaba guitarra por detras de las espaldas y bailando, y violin me-

tiendo el arco por entre las piernas, lo que me parecia el colmo de la habilidad y de la gracia. Si desde la adolescencia fuí tan entusiasta por el baile, no es de extrañar que luégo aprendiese fácilmente en Bogotá el *vals de Strauss*, la *polka*, la *cuadrilla*, la *mazurca*, los *lanceros* y otros bailes elegantes. Hoy todavía, cuando estoy en alegre tertulia y de buen humor, y faltan caballeros para que no *coman pavo* las señoras, á pesar de mis cincuenta y tres años y mis achaques sacudo las piernas con la agilidad de un muchacho, sin haber perdido la aficion, el entusiasmo ni el compas.

Pero el gran acto de la fiesta era la ascension al cerro de la Cruz, vulgarmente llamado de *Cacao-en-pelota*. En la cumbre de este erecto y escarpadísimo cerro, que se alza como un inmenso fuerte de piedra entre el Magdalena y la Quebrada-seca, ha sido costumbre mantener desde tiempo inmemorial una gran cruz de madera, que el pueblo en masa iba cada año, el 3 de Mayo, á reverenciar y cubrir de adornos, á la vista y con gran placer de toda la ciudad. La ascension es difícil y penosa, se hace forzosamente á pié y dura cosa de dos horas. Yo la hice con los sirvientes de casa, en 1836 y 1837, y sobrado compensado quedé de mis fatigas, ya con las alegres escenas de la cumbre, donde todos tomábamos refrescos, al compas de alegres músicas y cantos populares, desplegando banderas de diversos colores y quemando innumerables cohetes, ya con el admirable espectáculo que desde aquella riscosa cima se contempla.

No tenia yo á la edad de nueve años la claridad de espíritu ni el sentimiento estético necesarios para formarme verdadera idea de lo bello; pero sí era ya capaz de impresionarme, y recuerdo que el espectáculo me llenó de asombro.... Abajo, como en el fondo de un abismo de seiscientos piés de profundidad, se veia la ciudad, mezcla curiosa de escombros y verdura, de edificios tristes y discordantes y amenos paisajes; todo cortado por los dos rios y la Quebrada-seca; y en derredor, levantando la mirada, se divisaban las altas cordilleras á lo léjos, y más ó ménos cerca un maravilloso laberinto de serranías, valles y llanuras que, surcado de sur á norte por el rio Magdalena, y en opuestas direcciones por multitud de pequeños rios afluentes, componen en lo

principal la pàrte baja ó ardiente de la antigua provincia de Mariquita.

Sea que yo tuviese natural é irresistible inclinacion á la poesía, sea que aquel espectáculo inconcientemente contemplado desde la cumbre del cerro de la Cruz me hubiese producido inspiracion, revelándome por primera vez mi sentimiento innato de admiracion por la belleza, es lo cierto que no insistí en componer mis chavacanos versos de aquel tiempo, sino pocos dias despues de mi segunda ascension.

La Semana Santa, el Córpus y la Noche buena contribuyeron poderosamente, así como las fiestas de San Juan y San Pedro, á impresionarme y educar al propio tiempo mi alma y mis fuerzas corporales. En la época de mi infancia y mi primera adolescencia, era notable el fervor religioso de los vecinos de Honda, y todos desplegaban durante la Semana Santa, no sólo gran celo en la piedad, sino tambien suntuosidad y magnificencia en todas las ceremonias. Largas y espléndidas procesiones de todos los dias, con gran número de alumbrantes y penitentes; ejercicios espirituales y *tinieblas*, con todas las viejas prácticas de nuestros pueblos, formaban para todos, y particularmente para los niños y la masa popular, una grande escuela de enseñanza objetiva; tanto más interesante y eficaz cuanto mayor era el esmero con que se preparaban en las iglesias los *monumentos*, el *lavatorio* de los pobres que representaban á los Apóstoles, y la adoracion de la Cruz, el *Calvario* y el *Descendimiento*, el Santo sepulcro y la Resurreccion. Si en los dias de fiesta me escabullia yo en ocasiones para subir á lo alto del campanario y ponerme á repicar con furor, en los de la Semana Santa en que no se hacian sonar las campanas me andaba por las calles disputando á los demas chicuelos la posesion de la matraca, que todos sacudíamos con entusiasmo, sirviendo así como de campanarios ambulantes.

VI

FIESTAS Y DIVERSIONES.

Seria inacabable mi relacion, si yo intentara dar razon minuciosa de todas las festividades y diversiones populares que eran el encanto de todos en los tiempos á que me refiero. En una de mis novelas de costumbres

colombianas he descrito por extenso la antigua fiesta del Córpus, interesante sobre todo por la animacion y el color local que imprimia á la ciudad, y por el entusiasmo y la espontaneidad con que todos los vecinos contribuian á darle magnificencia, esplendor y originalidad. Las enramadas, los altares, los bosques y paraísos y las colgaduras que cubrian las calles; la profusion de incienso y flores, música y canto que ilustraban las procesiones; los acompañamientos de *ninfas*, *ángeles* y demas grupos alegóricos, y las *danzas* que imitaban tribus humanas y animales: todo daba á la fiesta un carácter que dejaba en el alma inolvidables impresiones.

Recuerdo que en 1837 un señor Zuleta, muy piadoso y entusiasta, tuvo la idea de organizar una danza de los siete Sacramentos, y para formarla ocurrió al auxilio de las principales familias. Los siete adolescentes debian ser ataviados con gran lujo de joyas y vestidos de seda; y mi madre tuvo la condescendencia de contribuir con dos de sus hijos. Mi hermano Rafael (quince meses mayor que yo) que era un hermoso muchacho, sumamente rubio y blanco, muy juicioso y de bellísimas prendas de carácter, fué escogido para el papel de *Bautismo* y capitan de la danza. Yo, que tenia mucho desparpajo y decia (seguramente más por atender á la rima que por conciencia del asunto) que deseaba ejercer las profesiones de *abogado* y *casado*, fuí escogido para representar el *Matrimonio*. Todos teníamos que cantar sucesivamente una décima en solo y en seguida una cuarteta de estribillo en coro, y despues bailar una especie de contradanza de muy graciosas figuras. Salímos del paso con lucimiento, así en la procesion del Córpus como danzando y cantando en muchas casas, y nuestra donosa danza fué el acontecimiento y lujo de la fiesta, de tal modo que las gentes hicieron muy poco caso de los *matachines* y *leones*, los *negritos* y los *indios*, las *cucambas* y áun la monumental *tarasca*, terror de los muchachos.

Llegó la fiesta de San Juan, San Eloy, San Pedro y San Pablo,—que era asunto para diversion y locura popular del 24 al 30 de Junio,—y los hijos de Honda sacaron á lucir (si no á deslucir algunos) todos sus caballos. Hubo gran paseo del Santo, que llegó de viaje á la ciudad por la llanura del poniente, con gran equipaje de almofrejes y petacas viejas y todo linaje de trastos portátiles y utensilios extravagantes; amén de todo lo

obligado: los anuncios de la Magdalena y la loa de San Juan, las carreras de caballos á todas horas del dia, las horcas y entierros de gallos, las grandes cabalgatas para ir á tomar baños y refrescos, y luégo, innumerables bailes más ó ménos borrascosos,—unos aristocráticos, al són de violines y trompas, flautas y clarinetes, con el inevitable bombo,—y los más, de vihuelas y bandolas, tiples y panderos.

Un grave accidente pudo haber costado la vida á mi padre el dia de San Pedro. Como la principal diversion consistia en correr por todas las calles en animadísimos grupos, gritando todos: "San Juan! San Juan!"—sin perjuicio de tomar muchos tragos que alegraban demasiado á los jinetes,—ó en salir al llano á echar carreras con apuestas, hasta dejar los caballos casi exánimes, no pocas veces ocurrian encuentros terribles y lances muy peligrosos que acarreaban accidentes de consideracion. Cosa de trecientas personas andábamos corriendo á caballo por toda la ciudad, y hácia el fin de la tarde nos precipitábamos todos por una de las empinadas cuestas (empedradas por lo general con grandes guijarros graníticos muy lisos) que conducen del barrio del Rosario á los de abajo. En medio del inmenso grupo de jinetes enloquecidos resbaló en la mitad de la cuesta el caballo que montaba mi padre, yéndose de bruces. Cayó éste muy violentamente, y como todo el tropel se le fué encima, sin que nadie pudiera evitarlo por el pronto, fué pisoteado y horriblemente estropeado. Lleváronle al punto á casa sin sentido y con muy graves dislocaciones, principalmente en los hombros y brazos, que hicieron temer por su vida.

En los momentos en que acostaban á mi padre en una hamaca, llegó á la puerta de casa, caballero en una hermosa mula, el doctor Ricardo N. Cheyne, que años despues fué célebre en Colombia como médico y cirujano eminente. Era á la sazon médico de la compañía inglesa que explotaba las minas de plata de Santa Ana, y como tenia amistad con mi padre, cuando iba á Honda se hospedaba en casa, así como lo hacian el Director, el señor Fallon y otros empleados de las minas. Miéntras que todos clamaban en confusion por que sangrasen á mi padre inmediatamente, el doctor Cheyne le examinó y dijo:

" Vamos á curarle con una pequeña operacion, y entre tanto, que le den un vaso de vino generoso."

Bebió mi padre el vino ó se lo hicieron tragar, y á poco recobró el conocimiento. Entónces el doctor le hizo liar de cierta manera, con fuertes fajas, las piernas, los brazos, el cuerpo y el cuello; le ató á la faja de la nuca una fuerte soga que hizo echar por encima de una viga y la templó, haciendo poner al enfermo de pié sobre una banqueta, sostenido por dos personas. A una señal del doctor, zafaron la banqueta, en tanto que templaron la soga, y durante uno á dos segundos estuvo mi padre suspendido en el aire como un ajusticiado en la horca. Dió un tremendo grito y agitó todos los miembros con violencia, y cuando al punto le bajaron y acostaron toda dislocacion habia desaparecido. Diéronle en seguida, por órden del doctor, un baño completo de agua fría y vinagre, y varias pócimas á beber. A poco se durmió y no despertó en muchas horas. No tardó en estar enteramente repuesto, sin haberle quedado lesion alguna; caso que fué la admiracion de todos. Era chistoso oir luégo á mi padre cuando decia, burlándose de su accidente: "El doctor Cheyne ha descubierto el modo de devolver la vida ahorcando al moribundo; y yo puedo decir que he sido ahorcado sin haber cometido crímen alguno, y que debo mi perfecta salud á la horca."

Ya he dicho que la fiesta de San Bartolomé, —salvo la gran misa cantada, la procesion, que era suntuosa, y el sermon, en el que el párroco echaba el resto de su erudicion teológica,— sólo servia de pretexto para las fiestas populares de cada año. Yo me deleitaba entónces con los *encierros* y corridas de toros, las *rifas* nocturnas en la plaza (á veces retardadas para jugar el *toro encandelillado* ó la *vaca loca*, de siete á ocho de la noche), las suculentas cenas de empanadas, ensaladas, buñuelos &ª, y los bailes de disfraces que iba á ver con singular curiosidad. Desde entónces tuve aquella grande aficion al baile, á que ántes he aludido. Tengo para mí que los hombres más hoscos, frios, intolerantes y de áspero carácter son los que nunca han bailado, porque la danza es, sin duda, una de las más graciosas formas de la fraternidad. Nada civiliza tanto como aquel ejercicio, puesto que educa el cuerpo y el alma, desarrolla el sentimiento artístico, el entusiasmo por la belleza, la cultura en los

modales, la delicadeza del gusto y el más fino respeto por la gracia y el pudor de la mujer. Con las danzas nacen los amores nobles y delicados, las amistades desinteresadas y los más exquisitos hábitos de sociabilidad; y el que sabe bailar con elegancia y distincion siempre hace notable papel en los salones de la sociedad culta y amable.

Yà tendré ocasion de hacer notar cuánto ha influido sobre mi carácter, mis costumbres y mi vida política y literaria mi grande aficion á la caza y la natacion, al baile, la poesía, el dibujo, la música, el teatro, el juego del volante, de la pelota y del ajedrez, y otros entretenimientos amenos, que me han preservado de muchas faltas y locuras. Pluguiera á Dios que áun les hubiera prestado mayor atencion, así como á las lecturas sérias y la escritura, y no pocas faltas habria evitado cometer!

Fáltame hacer algunos recuerdos de la Noche-buena. ¿Quién no los tiene gratísimos de esa fiesta de las fiestas? No sin razon los pueblos cristianos, miéntras mayor es su piedad, muestran mayor entusiasmo al celebrar el nacimiento de Jesus. No sin motivo ponen de manifiesto en la segunda mitad de Diciembre su más espontáneo gozo, sus más dulces alegrías del hogar, sus más risueñas esperanzas respecto del año que en breve ha de comenzar, y los más gratos recuerdos de los tiempos pasados.... Hay tánta belleza y ternura en la historia del nacimiento de Jesus! mostró Dios tan inefable bondad y sabiduría al encarnar en el Hijo del Hombre para que éste apareciese en los tiempos verificando su propia redencion! Por mí sé decir que, sin comprender en manera alguna este misterio, me causaba el más dulce embeleso y sumo enternecimiento la enseñanza objetiva de los *Nacimientos*; á tal punto, que yo sentia con su espectáculo encantador acrecentarse el candoroso amor con que amaba á mi madre. Parecíame que en esta habia algo ó mucho de María, así como, sin la menor idea de sacrilegio, yo mismo me sentia algo *Jesus*, por ser hijo, y por aquello de que todos éramos hijos de un padre comun que estaba en el cielo....

Pero si la parte religiosa de aquella prolongada fiesta me impresionaba mucho, siquiera careciese de claras nociones de religion, me encantaba por extremo todo aquello que componia la fiesta popular. Me enloquecian

de gozo los rosarios de aguinaldo, en procesion nocturna con centenares de luces, girando por calles de arbolillos espinosos cargados de frutas y flores, de velas encendidas y farolillos blancos y de colores; y saltaba como un loco por encima de las numerosas fogatas que, en forma de jaulas de leña, encendian en todo el ámbito de la plaza para aumentar la rústica iluminacion y la alegría de todos; gozábame con los alegres repiques de campanas, la música y los fuegos artificiales; anhelaba por concurrir á la *misa de gallo*, sufriendo estrujones en medio de la muchedumbre; alborotaba la casa y las calles con clarinetes de hoja de palma y zambombas de estrindente ruido; y reclamaba con delicia mis *aguinaldos*, *noche-buena* y *pascuas*, amén de las obligadas cenas de pavos rellenos, empanadas de horno, ensalada de calabazas y buñuelos de arroz combinados con exquisito dulce de limon; cenas domésticas, presididas por los buenos padres, que en todas las casas mantenian y perpetuaban al propio tiempo las tradicciones de familia y las enseñanzas ó nociones religiosas que á ellas se aliaban.

Crecí bajo tales impresiones y enseñanzas; y hoy dia, al ver que todas aquellas costumbres van desapareciendo, ó perdiendo su originalidad, su espontaneidad y su poesía, no sólo siento, por los muchos años corridos, que estoy á larguísima distancia de lo que componia mi dulce vida infantil, sino que me parece vivir en tierra extraña, extranjero en mi patria, habitar otro mundo distinto y estar rodeado de una sociedad que en poco se parece á la que conocí cuando empecé á sentir las primeras alegrías y concebir las primeras esperanzas! ¿Ha adelantado mucho nuestra sociedad por haber dejado atras muchas cosas de nuestros mayores?.... Lo que sé es que hoy dia para gozar de ciertas cosas buenas, hay que retroceder mucho con la imaginacion y la memoria, y buscarlas entre las profundidades de un pasado cubierto de tinieblas......

VII

EDUCACION MORAL Y PRIMARIA.

Faltábanme dos ó tres meses para cumplir siete años (pues nací del 31 de Marzo al 1º de Abril de 1828), cuando mi padre me hizo matricular en la escuela

primaria, á la cual fué reunida un año despues la normal, sirviéndolas un solo preceptor. Habia un número tan considerable de alumnos que el Director-maestro no alcanzaba materialmente, no obstante su capacidad y aplicacion, á enseñarnos cosa mayor. Me encomendaban para los certámenes públicos la recitacion de la *resunta* (discurso de órden compuesto por el Director) únicamente á mérito de mi desparpajo y falta de miedo delante del público, y de ciertas disposiciones que tenia —por mi fuerte voz y facilidad de accion— para la oratoria. Jamas imaginé entónces, no obstante mi locuacidad (con frecuencia empalagosa, por excesiva y sobrado ruidosa), que con el tiempo seria tribuno popular y orador parlamentario, académico y.... lo peor de todo, de honras fúnebres!

En la escuela aprendí, desde luégo, á pelear con muchos camaradas y ejercitar mis fuerzas en el pugilato; y sólo saqué de ella en limpio, en tres años de tareas muy poco metódicas, el saber leer, el conocimiento de la doctrina cristiana, algo de historia sagrada y de aritmética, un medio barniz de urbanidad teórica, nociones muy elementales de gramática, no pocos verdugones causados por los puños de mis condicípulos, y una mala forma de letra entre española y francesa. Con el tiempo, las lecciones de maestros que tenian letra inglesa y el mucho escribir, reformé mi escritura y quedé con una letra parecida á mí: sumamente clara, franca y abierta, sin ambajes ni falta de perfiles, de formas inequívocas, pero sin regularidad ni sistema, gruesa y en cierto modo anárquica.

Tambien saqué de la escuela una importante enseñanza. Un dia provoqué con mis impertinencias á un condiscípulo más fuerte que yo: peleámos, recibí numerosos puñetazos y llegué á casa con los ojos acardenalados, llorando y quejándome. Averiguando el caso y sabiendo que la culpa era mia, mi padre (que estaba montado á la antigua en materia de castigos, segun la educacion que habia recibido) me administró por añadidura cosa de cuatro ó cinco azotes, "por atrevido y buscapleitos." Aleccionado con esto y temeroso de ser castigado, algunas semanas despues toleré la provocacion de un condiscípulo brutal y de mal genio, me dejé pegar y torné de la escuela á casa con las narices reventadas. Me interrogó mi padre (que irritado era muy se-

vero), y le conté la verdad. Entónces me administró cosa de ocho á diez azotes, dándome racion doble "por la cobardía de haberme dejado ultrajar sin motivo y teniendo la razon de mi parte."

No eché la leccion en saco roto; por lo que en el curso de mi vida, si nunca he sido rencoroso ni vengativo, jamas, despues de recibir una bofetada moral ó material, he puesto la otra mejilla para recibir la siguiente, sino que he dado las vueltas, sin quedarme debiendo un saldo. No juzgo la moralidad ó filosofía de este modo de proceder; pero digo ingenuamente cuál ha sido mi regla, porque así me enseñaron á proceder. Durante mi vida pública me ha salvado de muchos ataques y ultrajes la energía y resolucion con que, sin temor al peligro, he rechazado siempre las ofensas y las tentativas hostiles. A falta de cultura y moderacion en todos y de seguridad social, sólo se hace respetar el hombre que tiene valor para desafiar el peligro y exponerse á todo por defender su dignidad.

Cuando muchacho tuve mucho miedo á los *espantos* y cosas que llamaban "del otro mundo;" pero una vez que supe, con la experiencia de la vida, que los verdaderos espantos no son los muertos sino los vivos, perdí el único miedo que habia tenido.

Despues no he sentido otro linaje de miedo (en el alma, pues en el cuerpo sí lo he experimentado en varias ocasiones) sino éste: el de comprometer ó perder con algun acto mi reputacion. Las vicisitudes de la vida me han probado que el secreto para contar con las tres cuartas partes del buen éxito en todas las cosas, está en dos fuerzas: la seguridad de que uno tiene de su parte la razon, ó por lo ménos la buena intencion, y el valor para desafiar todo peligro; valor que consiste en someter la instintiva flojedad de los nervios á la energía de la voluntad.

Desde que yo estaba en la escuela hasta que concluí mis estudios universitarios, oí frecuentemente á mi padre ciertas máximas, de cuya práctica me dió muchos ejemplos, ya como padre de familia ó como simple particular, ya con otro carácter en Bogotá, ejerciendo el empleo de Senador de la República. Sus principales máximas eran éstas:

No se debe dejar nunca para despues lo que se pue-de hacer bien al instante mismo.

Jamas se debe tener vergüenza de ningun trabajo ó faena, para servicio propio ó ajeno, que no sea vil, infame ó pernicioso.

Conviene siempre aprender y saber algo de todo, porque toda la vida es un aprendizaje.

El mejor sirviente de uno es uno mismo. Este es el criado más fiel qúe se puede tener, y de balde muchas veces.

A falta de buena ocupacion, vale más hacer algo para desbaratarlo en seguida, que estarse ocioso.

Todo padre debe procurar á sus hijos lo necesario; jamas lo superfluo. Esto, que se lo procuren ellos con su trabajo.

Valerse á sí mismo en todo caso que ocurra, sin aguardar ayuda de sirvientes ó extraños, es un gran recurso y una verdadera riqueza.

Si álguien merece *seis* azotes por *atacar* á otro injustamente, merece *doce* cuando, por cobardía, se deja ultrajar, teniendo el derecho y los medios de *defensa*.

Por regla general, las compañías de negocios con extraños, son funestas para los hombres generosos y honrados.

No se debe dejar de hacer bien á quien lo ha menester; pero nunca es prudente contar con la gratitud de ningun beneficiado, sino más bien con el interes del que espera un beneficio.

No se debe reparar en nada con parientes, amigos ó menesterosos, cuando se trata de servicios de familia, de amistad ó de caridad; pero en los *negocios*, en lo que es comprado, ó prestado, ó alquilado, ó manejado por cuenta ajena, se debe cobrar y pagar hasta el último centavo.

Yo podria referir muchas anécdotas que fueron la prueba de las máximas de mi padre, pero sólo reuniré aquí unas pocas bien significativas.

Un dia que mis hermanos y yo habíamos hecho mucha basura con papeles en el sala de la casa, empeñados en fabricar cometas (arte en que llegué á ser maestro) llegó de visita á casa una familia, compuesta de una señora y dos ó tres señoritas. Mi madre, azorada, me hizo ir corriendo á llamar á uno de los criados para que recogiera la basura; mas dió la casualidad que en aquel

momento no habia en la casa más sirviente que la cocinera, demasiado ocupada, por lo que la sala continuó hecha un basurero de palitroques, papeles, cuerdas, &ª En eso llegó de la calle mi padre, é indignado al ver aquel desaseo me preguntó por qué estaba así la sala. Díjele que no habia por el momento ningun criado que barriese, y al punto me replicó, entre aconsejando y reprendiendo:

"Pues cóge tú mismo la escoba y ponte á barrer."

Hube de hacerlo, avergonzado y todo, y despues comprendí que era muy bueno saber barrer. Sucesivamente, andando el tiempo, yo mismo he barrido, con gran satisfaccion, primero, mi cuarto de estudiante; despues, los de algunas sucias posadas en los caminos; en 1875, mi calabozo en el cuartel donde por muchas semanas me tuvieron encerrado el miedo, la pequeñez y la saña de un presidente-dictador á quien hice oposicion por la prensa; en 1854 y 1876, durante mis campañas, y en el 77 y el 78, proscrito de mi patria, en los alojamientos que ocupaba en Venezuela.

Un dia que yo habia pedido un caballo de la hacienda de mi padre para salir de paseo, el muchacho quiso ensillarlo ántes de irse tambien á pasear. Mi padre le detuvo, diciéndole: "Vete, que Pepe mismo ensillará." Volví á mirarle con cierta extrañeza, y él añadió: "Aprende, hijo, á ensillar tu caballo, sin necesidad de criados; así montarás siempre más pronto y con mayor seguridad." En efecto, los criados siempre me han ensillado mal mis cabalgaduras, por lo que he tenido la costumbre de hacerlo yo mismo, con ventaja y á mi gusto.

En cierta ocasion iba mi padre por la calle con mi tio Juan Antonio, quien, como he dicho, era muy generoso y desprendido: pidióle limosna un pordiosero, y como buscase en sus bolsillos y no hallase dinero menudo, dijo á mi tio: "Préstame medio real para dárselo á este pobre;" y lo recibió. Olvidóse mi padre de esta bagatela, y al dia siguiente, en casa, mi tio le dijo:

—José María, me debes medio real; págamelo.

—¿De que te debo tal bicoca?

—El medio que te presté ayer para dar una limosna. Como fué *prestado*, te lo cobro.

—Tienes razon; así debe ser.

Al dia siguiente mi tio Juan Antonio, que así re-

clamaba de mi padre medio real, le envió un hermoso y finísimo caballo goajiro que acababa de comprar para regalárselo á mi madre.

Nuestro vasto solar y uno más extenso con pasto artificial, situado al frente de la casa, estaban cercados con latas de guadua picada que se sujetaban con bejucos á numerosas y sólidas estacas. Renováronse los cercados en cierta ocasion, quedaron por el suelo enormes montones de lata vieja, al parecer inútil, y mi padre, al tiempo de montar una mañana para irse á dar vuelta á su hacienda, le dijo á un criado: "Búscate unos peones para que recojan toda esa lata vieja y la boten al Magdalena." Cuando se iba á ejecutar la órden, tuve una idea y le dije al criado: "Aguarda un poco, ántes de llamar los peones."

Yo tenia trece años y estaba en casa por causa de vacaciones del colegio. Habia oido decir que la vieja lata de guaduas era el mejor combustible para cocer pan, y me ocurrió hacer un negocio. Fuíme á tomar informes con muchas panaderas, y logré contratar á dos reales cada tercio ó brazada de aquella excelente leña, siendo de cargo de las panaderas el recogerla y llevársela. De este modo ahorré á mi padre el gasto de más de cinco pesos en peones para botar aquel combustible, y obtuve en dinero más de veinte que entregué á mi madre.

Cuando hácia la noche tornó mi padre á casa y supo lo ocurrido, encomió con gran satisfaccion mi conducta, y áun dijo: "Nada hay enteramente inútil; Pepe me ha dado, sin pensarlo, una buena leccion." Al dia siguiente, al levantarnos de almorzar, no sólo me elogió mucho delante de toda la familia y me obligó, á pesar de mi primera negativa, á guardar para mí el dinero obtenido con la leña, sino que, sacando de su cigarrera unos cuantos cigarros (que usaba muy largos y delgaditos) me dijo:

"Toma para que fumes. Há tiempo que fumas á escondidas y yo lo sé. Ahora puedes procurarte esta superfluidad, puesto que ya has ganado dinero con tu industria y diligencia."

Habia un punto, sin embargo, en que mi padre no andaba en conformidad con la razon, y era el sistema penal. Sabia recompensar con acierto los buenos actos de sus hijos y sus sirvientes, pero no sabia castigar. Sus castigos eran por lo comun excesivos, y no daba sufi-

mente importancia á las penas morales; por lo que me-cudeaba la de azotes considerándola como la de mayor eficacia. Así le habian criado y educacado desde los primeros dias de este siglo hasta 1816 ó 1817, y si bien habia sido muy patriota y fué siempre muy liberal, pudieron más en él, para educar sus hijos, los hábitos que habia heredado en lo tocante á penas y recompensas. Por lo demas, mi padre era hombre de gran talento natural, muy confiado y muy prespicaz, generoso, hospitatalario y benévolo, y en sociedad estaba siempre de buen humor y era muy franco, jovial y comunicativo. Su educacion habia sido muy imperfecta, por causa de la pobreza de mi abuelo, y tenia muy limitada instruccion teórica; lo que no le estorbó para servir con acierto varios empleos, cemo los de Jefe político del canton de Honda, Gobernador de la provincia, Diputado á la Cámara provincial y Senador.

Era mi padre, (y perdónenseme algunas repeticiones que me dictan el amor y la veneracion); era mi padre, á fuer de hijo de aragones y de una señora de orígen castellano, muy blanco y rubio, de buena talla, ancho de pechos y de espalda, y caminaba siempre apriesa y con la cabeza agachada. Tenia la frente muy espaciosa, las cejas espesas, los ojos muy azules, vivos, pequeños y penetrantes, la nariz aguileña y fina, los pómulos salientes y el rostro bien perfilado. Picábase de ser despreocupado y tenia carácter muy varonil; amaba á todos sus hijos con ardor, y nunca excusó sacrificio alguno para procurarnos la mejor educacion posible; el trabajo era su mayor encanto, y en todas sus cosas era positivista, leal, sincero y cumplido. No sé hasta qué punto me haya parecido yo á mi padre; pero es lo cierto que de él heredé muchas cosas, y que procuré imitar sus ejemplos respecto de muchos rasgos que le eran propios.

VIII

LO QUE ERA YO ENTÓNCES.

Desde mi infancia dejé conocer evidentemente algunas cualidades naturales; pero tambien me distinguia por no pocos defectos. Era inclinado al bien, querendon con las buenas gentes, nada miedoso y sumamente franco y sincero; pero al propio tiempo era un muchacho terri-

blemente inquieto y travieso, griton y lloron, camorrista por majaderías, indiscreto en palabras, más locuaz de lo necesario, demasiado independiente en mis inclinaciones y muy poco aplicado al estudio. Si con el tiempo fuí corrigiéndome de algunos de estos defectos, otros me quedaron para siempre como irremediables. Era sobre todo notable una circunstancia de mi carácter: sumamente dócil y sensible al trato bondadoso y afable, era indomable por las malas; por lo que siempre las correcciones de mi madre fueron más eficaces que las de mi padre. Cuando no me forzaban al trabajo, espontáneamente me aplicaba, talvez por inquietud y travesura, á muchas cosas. Así es que con mi madre y las criadas aprendí á coser, aplanchar y algo de cocina y repostería (lo que me ha servido en muchas ocasiones), y con frecuencia emprendia ardorosamente, á manera de juegos, trabajos de albañilería y carpintería; formalidad momentánea que no obstaba para que yo fuese un insigne jugador de trompos, bolas y *chócolo*, y que fabricase zambombas y clarines, tambores y caramillos con cuya *música* ensordecia la casa.

No recuerdo con fijeza qué facciones tenia yo cuando muchacho, salvo los ojos azules y el cabello sumamente ensortijado, abundantísimo y de un rubio ceniciento. Con el tiempo fuí cambiando hasta que, cuando tenia unos veintidos años, mis facciones quedaron definitivamente determinadas. Cuerpo más bien alto que mediano, ancho de pecho y espalda y de muy vigoroza constitucion; ágil para todo y esforzado, pero torpe para mover los dedos con finura; el cabello me quedó rubio oscuro; el andar, como el de mi padre; la frente alta y despejada y bastante deprimida en las sienes; la nariz recta y perfilada, la boca algo grande y gruesa; la piel blanca y la barba rizada, algo tupida y de color castaño tirando á rubio; la voz muy fuerte, fácil y estentórea; la mirada franca y cordial, la risa estrepitosa, y en toda la fisonomía cierto aire de resolucion para la lucha y de confianza en la vida.

De un atento estudio que hice de mi individuo, cuando tenia diez y seis años, mirándome mucho en mi espejo, deduje éstas conclusiones: "No soy hermoso ni feo, ni seductivo ni antipático, ni grande ni chico, ni gordo ni flaco, ni brillante ni ridículo. Por tanto, ni tengo el riesgo de engreirme con mi persona y volverme fatuo,

ni tengo el de que se rian de mí, sólo por mi figura. A nadie causaré envidia, ni nadie me despreciará; ninguna mujer se morirá por mí, ni me tratará como á un pobre mascaron. Soy, pues, *regular* y *pasadero*." Esta conviccion que adquirí respecto de mí mismo, y fué profunda é indestructible, me ha sido sumamente provechosa en el curso de mi vida, pues me ha preservado de no pocas ridiculeces, y me ha inspirado siempre el propósito de lucir más por lo que pueda valer en lo moral é intelectual, que por las condiciones físicas.

No obstante mi poca aplicacion al estudio en la escuela, falta proveniente de la inquietud de mi genio, la curiosidad me hacia buscar, de cuando en cuando, entre los pocos libros de mi padre, algunos cuya lectura me parecia entretenida: como él no era hombre de papeles sino de negocios, su biblioteca se reducia á cinco obras, fuera de una multitud de opúsculos nacionales y colecciones de leyes del pais, á saber: el *Eusebio*, obra anecdótica de educacion, los *Viajes de Antenor*, el *Quijote*, el *Gil Blas de Santillana*, y el *Plutarco*. El primer libro de que eché mano fué el Eusebio, que me encantó por la narracion de las aventuras del héroe infantil; pero no saqué provecho alguno de la moraleja. Con tal motivo me hicieron leer la historia de *Pepillo el de las peras*, que me divirtió mucho, pero sin saludable efecto, pues yo de ordinario tomaba la miel del medicamento y la gustaba, sin digerir el ruibarbo que contenia.

Los Viajes de Antenor, bien que no los entendia, me hicieron soñar mucho. Deliraba con la idea de viajar, y cuando mi padre me llevaba á su hacienda, cuya casa distaba de Honda apénas como una legua, ó á Mariquita, que dista cuatro leguas escasas, me parecia que era otro Antenor comenzando sus peregrinaciones. La extrema curiosidad é inquietnd de mi genio debian predisponerme á solicitar las emociones diversas de los viajes. Años despues, en mis primeras vacaciones, leí con gusto el Gil Blas, bien que no pude penetrar su ingeniosa combinacion de sátiras y observaciones sociales. Mucho ménos comprendí el Quijote, aunque me enloquecia de risa al leerlo; y confieso que sólo á la cuarta lectura, hecha despues de mis veinticinco años, pude formar idea completa del gran pensamiento social y moralizador que guió á Cervántes al escribir su inmortal historia del inquieto hijo de Argamacillas, que bien pudo haber

nacido en cualquier otro pueblo donde se hablase la lengua de Castilla.

Hasta la edad de catorce años no habia sentido moverse en mi alma ningun resorte poderoso, ninguna tendencia verdaderamente fecunda, ni habia mostrado sino la movilidad turbulenta de una índole traviesa. Durante largas vacaciones de que disfruté en 1842, miéntras se reorganizaban las universidades del pais, mi hermano Manuel, que ya era comerciante, me tuvo á su lado, en Ambalema, ocupándome en sus negocios. Entónces, en mis ratos de ocio, leí muchos volúmenes del Plutarco; lectura que me impresionó profundamente. Sin ser capaz de apreciar en su verdadero valor, por ignorancia y falta de perspicacia y buen criterio, la grandeza inmortal de unos hombres como Solon, Arístides, Focion, Milcíades, los Catones y tantos otros héroes ó genios de la antigüedad, sus luchas me sobrecogian de admiracion, sus doctrinas y virtudes me inspiraban un respeto casi religioso, sus ejemplos me entusiasmaban, y muchas veces me complacia en componer en mi mente la imágen de aquellos hombres de talla colosal, procurando idearla en armonía con sus pensamientos y sus hechos. Aquellas lecturas y emociones, combinándose en extraño contraste con las impresiones de la vida mercantil que se me habia procurado transitoriamente, influyeron mucho en el giro de mis ideas y el desarrollo de mi carácter.

Quizas debo á tan estimulante lectura mucho de la filantropía y de la ambicion de gloria que han sido los principales resortes de mi vida, así como mi constante y marcada inclinacion á escribir biografías, obras de historia y de viajes, y novelas descriptivas y de costumbres.

Habia entre las ideas de mi madre y mi padre una contradiccion que influyó mucho sobre las mias, bien que ella, por prudencia, se callaba de ordinario cuando él emitia sus opiniones. Mi madre nada tenia de beata, ni fanática, ni superticiosa, no obstante la educacion que en su tiempo se daba de ordinario á las mujeres; pero era profundamente creyente y muy piadosa. Jamas faltó al cumplimiento de sus deberes religiosos; rezaba todas las oraciones del dia, y de noche y á solas el rosario silenciosamente; nos enseñó á todos en casa á rezar, y cuidaba mucho de que todos observásemos lo prescrito por la Iglesia. Pero mi padre no era así: era libre pensador, incrédulo, ó simplemente deista; desde que se casó no

volvió á confesarse, y murió en su ley con una firmeza de conviccion negativa que deploro en el alma. Se burlaba de casi todos los sacerdotes, detestaba de los frailes y sostenia que todas las comunidades religiosas eran funestas. Provenia esta prevencion de la injusta enemiga con que su padre habia sido incomodado y perseguido por un clérigo (muy malo y disoluto, por cierto), y de un lance público y muy desagradable que él mismo habia tenido con un rudo fraile capellan, asunto que habia parado en proceso eclesiástico y excomunion temporal.

Seguramente andaba desacordado en esto mi honrado padre, puesto que de dos malos casos conocidos sacaba una regla general; mas la verdad es que él era incrédulo por conviccion tambien, y que si hacia todo el bien posible y obraba como hombre honrado y justo, las palabras antireligiosas que frecuentemente se le escapaban y su alejamiento de la iglesia, me daban ejemplos que me inducian á dudar de lo que piadosamente me enseñaba mi madre. Con todo, hice mi primera confesion con mucha formalidad y devocion, á la edad de nueve años; y puedo decir que salí despues del lado de mi madre llevando en el alma el fecundo gérmen de la fe. Mis crencias eran entónces, por supuesto, las de un niño: por entero candorosas y sin la menor mezcla de razonamiento de mi parte. Puede decirse que Dios estaba en mi corazon junto con mi madre y por estar allí ella, y que mi fe era la crédula simpatía y la inocente gratitud de la criatura respecto del Sér no comprendido, á quien, segun las enseñanzas recibidas, respetaba y amaba como á su Criador.

Con todo, llevaba tambien yo en el alma el gérmen de la duda, — más aún, del volterianismo y de la incredulidad, tanto más temible cuanto fuese desinteresada y sincera. ¿Cómo podia yo resolver, siendo un niño, quién tenia razon entre mi madre, que era creyente y me enseñaba la piedad, y mi padre, que era libre pensador é indirectamente me inducia, sin quererlo, á la incredulidad? Si á mis ojos eran y debian ser, en mi simple calidad de hijo, tan respetables y fundadas las creencias religiosas de mi tierna y virtuosa madre, como las opiniones contrarias de mi generoso y honrado padre ¿qué debia yo pensar, creer y practicar? Dios mio! qué problema! Sólo sé decir que en todo el curso de mi vida aquellas

ideas contradictorias se han librado lucha tenaz en mi conciencia, y que si en unas épocas ha predominado el deismo paterno, en otras ha tenido la ventaja el piadoso catolicismo de mi madre. ¿A quién cupo la victoria definitiva? Ya lo sabrá el lector en tiempo y lugar convenientes.

Mi padre comprendia toda la importancia de una buena educacion, y tenia grande admiracion por los hombres ilustrados. Así fué que, despues de tener á todos sus hijos en la escuela por dos ó tres años, nos fué enviando sucesivamente á estudiar en los colegios y la Universidad de Bogotá. Hubo época en que tuvo á cinco de sus ocho hijos en los colegios, y entre tanto él trabajaba con teson y economizaba cuanto podia. Frecuentemente decia á sus amigos: "Tengo ocho hijos y vivo casi solo con mi esposa; pero vivo contento, porque con la educacion les preparo el mejor capital posible."

Faltábanme tres meses para cumplir diez años cuando, el 2 de Enero de 1838, emprendí viaje para Bogotá, con mi excelente hermano Rafael, á comenzar estudios secundarios. Un primo nuéstro, hombre inmejorable por su bondad y dulzura, nos acompañaba. La despedida fué triste y dolorosa y mi buena madre se quedó llorando. "Pobres hijitos mios, cómo les irá!" decia cuando nos arrancábamos de sus amantes brazos; y nosotros llorábamos como ella, bien que nos aguijoneaba lo desconocido que veníamos á ver en *la capital*....

Sencillos provinciales como éramos, y "calentanos," como aquí llaman á los de tierras cálidas, grande fué la impresion que nos causaron los caminos y paisajes de la cordillera y el espectáculo de las tierras frias. En lugar de andar por tersas llanuras á caballo, veníamos, montados en socarronas y molondras mulas, por unos despeñaderos que llamaban el camino *real*, capaces de aterrar á una cabra. En 1838 las posadas eran pésimas y escasas (algun progreso se ha alcanzado, puesto que ahora son tan numerosas como malas), y casi todos los terrenos estaban sin desmontar, por lo que el camino giraba en general por en medio de espesos bosques. (En esta parte algo se ha progresado en cuarenta y un años). Si el frio del *Aserradero* y *Botello* nos pareció terrible, el espectáculo de la sabana del Funza nos desagradó. Hallámos un horizonte vasto, pero triste y monótono, porque á más de ser horribles las casas de techo pajizo de los pueblos,

las ventas y haciendas, era muy triste á nuestros ojos una inmensa campiña sin árboles y cercada de cerros desnudos y de suma aspereza, cuando en nuestra provincia nos habíamos habituado á ver amenas llanuras, salpicadas de huertos y arboledas y orilladas por serranías montuosas y llenas de gracia y variedad.

Al cabo entrámos en Bogotá llenos de asombro. La *capital*, con sus basureros, su gente envuelta en capas y mantillas, sus malos empedrados, sus innumerables pordioseros, su riguroso frio, sus hediondas chicherías y todo, nos pareció una maravilla. En breve quedámos encerrados en el colegio, en calidad de internos, como pollos en corral ajeno, y comenzó para nosotros, despues de la vida de la infancia y la escuela, la vida estudiantil, tan fecunda en variadas é inolvidables impresiones.

IX

EL COLEGIO.

El director del colegio (1) era un hombre excelente, piadoso, muy ilustrado en asuntos de historia y teología, amante de las letras, escritor agudo y ameno, de carácter recto y bondadoso, y severo en el cumplimiento de sus deberes. He tenido no há mucho ocasion de hacer justicia á su memoria, escribiendo y dando á la estampa su "boceto biográfico," y siempre conservaré de él un gratísimo recuerdo. No era idéntico á él un hermano suyo, compañero ó auxiliar en la direccion del colegio, pues si bien era inteligente y muy honrado, llevaba la severidad de disciplina hasta la aspereza, y era algo errado su método de enseñar. Tenia, eso sí, una excelente letra inglesa, de la que, por el gran temor que él me inspiraba, apénas logré imitar algunos rasgos y algo del estilo. En cuanto á la señora del director, no he conocido mujer más angélica por su bondad y su trato, y su figura era tan hermosa y espléndida como su alma. Nos trataba á todos los alumnos como á hijos, y su bondad nos estimulaba más que todo á comportarnos bien.

Aunque desde mi entrada en el colegio me hicieron repasar lo que de aritmética é historia sagrada habia aprendido en la escuela, y me sometieron á constantes

---

(1) Don José Manuel Groot, despues ilustre.

ejercicios de escritura, los cursos á que de rigor hube de aplicarme fueron los de gramática castellana y latina, geometría elemental y álgebra. Ademas, todos los alumnos que pagábamos la enseñanza especial del dibujo, la recibíamos, y hube de comenzar delineando orejas, bocas y narices para ascender hasta sombrear y pintar luégo á la aguada.

Pero ¡ cosa curiosa que pone de manifiesto lo atrasados y áun empíricos que eran entónces los métodos de enseñanza ! en realidad no nos enseñaban á dibujar. Ninguna nocion de prespectiva ni dibujo geométrico ó lineal recibíamos, y al cabo de dos años yo habia copiado á la aguada un Napoleon, un Cambrone y otros generales franceses, y pintado unos cuantos ramilletes de flores, canastillas con frutas y áun paisajes, sin saber regla alguna sobre la forma, la altura, la proporcion y la distancia de los objetos, y era incapaz de dibujar nada con acierto al natural. Cuando, muchos años despues, me dió por dibujar paisajes campestres, hacia mil filigranas con el lápiz, trabajando con exceso, pero mis pobres paisajes carecian casi enteramente de naturalidad y perspectiva. El dibujo del colegio jamas me sirvió para maldita la cosa.

Lo propio me aconteció con el latin, en cuyo estudio no pasé de menores, porque le cogí horror al método de enseñanza. Era éste el de Nebrija, el más estúpido, aplicado en Bogotá, que jamas se haya imaginado. Consistia en meterle á uno en la cabeza, de memoria, unas cuantas reglas de declinacion y conjugacion, escritas en latin (que los alumnos repetíamos sin conocer en manera alguna su sentido) ; y el *musa–musæ*, y el *bonus – bona – bonum*, – y *amo – amas – amare – amabi – amatum*, eran inoculados en nuestros cerebros por el conducto indirecto de las palmas de las manos, es decir, á fuerza de *ages* que aparejaban ferulazos terribles. Con aquel método, sin comenzar por enseñarle á uno á pronunciar el alfabeto latino ni suministrarle reglas y nociones elementales que fuesen inteligibles, habia que saber latin para aprender latin !.. No sin razon todos detestábamos de esta hermosa lengua madre, sin cuyo conocimiento no hay verdadera ni segura instruccion literaria, y, ó no la aprendimos, ó la aprendimos muy á médias.

Años despues, cuando yo estudiaba jurisprudencia, la necesidad de leer los códigos romanos y los antiguos

expositores del derecho español me obligó á esforzarme por entender el bello latin de Justiniano y el macarrónico de las *Glosas* de Gregorio López; y deploré en el alma la ignorancia en que me dejaron en el primer colegio, no obstante el *mascula sunt maribus que dantur nomina solum* y demas amenidades del Nebrija. Es curioso que me sucediera lo mismo que á Benjamin Franklin. En 1869, época en que tuve un conocimiento algo avanzado de mi propia lengua, y hablaba y escribia corrientemente el frances y aprendí el italiano, fué cuando se me vino á facilitar, por estas tres lenguas latinas, una mediana inteligencia de la lengua madre. Prueba concluyente, á mi ver, de lo absurdo que es el tratar de conocer lo muerto, sin empezar por un buen estudio de lo vivo derivado de aquéllo.

El capítulo de la religion era sostenido con particular esmero en el colegio. Habia oratorio consagrado en él, y todas las noches los alumnos internos rezábamos allí el rosario, presididos por el director. Los domingos oíamos allí mismo la misa, y si álguien faltaba era privado de salir de paseo ó ir á su casa, si tenia familia en Bogotá. Hácia el fin de la cuaresma tuvimos ejercicios espirituales, muy severos y sostenidos con suma devocion, y todos nos confesámos para comulgar el juéves santo ó el domingo de pascua. Yo comenzaba ya á comprender la religion católica, y confieso que si sus dogmas me parecian severos y combinados con asombroso espíritu de unidad, en cuanto podía medio comprenderlos, hallaba sus ceremonias muy poéticas, sublimes unas y otras tiernamente conmovedoras. Así puedo decir que siempre hice con seriedad y conciencia lo que la iglesia católica mandaba, á pesar de ser un adolescente, y que hasta mi edad de diez y seis á diez y siete años el influjo de mi madre estuvo predominando en mi alma.

A propósito de mi madre, no debo omitir aquí un tierno episodio que la retrata, dando clara idea de su carácter. En los viejos tiempos de nuestra tierra, las niñas eran criadas únicamente en el temor de Dios y casi nada las enseñaban, aparte de la doctrina cristiana y los oficios domésticos. Segun este sistema fué educada mi buena madre, bien que pertenecia á una de las primeras familias de Honda y que era una hermosa jóven nacida para ser amada. Apénas, como en otro lugar lo

he dicho, sabia leer en libro y trabajosamente en carta, cuando se casó, pero no sabia escribir. Así su mayor dolor, cuando sus hijos nos despedíamos de ella para venir al colegio á Bogotá, era el no saber escribir para corresponderse con nosotros. Pero ¡ah! el amor y la voluntad pueden mucho!

A los pocos meses de mi separacion del hogar paterno, llegó á Honda un frances que, mediante el pago de una suma relativamente considerable, enseñaba á escribir á personas que no supieran hacer ni un palote, y esto, en sólo seis semanas. Mi madre, entusiasmada, hizo llamar al frances. Dejó de mano la costura y demas quehaceres, relegándolos á la noche, y de dia se atareaba á escribir. Ello fué que el dia ménos pensado mis hermanos y yo recibímos en el colegio (éramos cuatro allí) una sencilla y ternísima carta de puño y letra de nuestra madre, más dichosa que nunca porque ya podia corresponderse con sus hijos.... A fuerza de voluntad y aplicacion habia aprendido á escribir en treinta y siete dias! Bendita seas mil veces en el cielo, madre mia, como lo fuiste en la tierra! Bendito sea tambien, doquier que se halle, si por acaso vive, el frances que te enseñó el modo de enviarme en tus cartas tus dulces besos y caricias y tus santos consejos!

Bogotá fué para mí, á pesar de la falta de mi familia y de las penas del colegio, una fuente de variadas y gratas inpresiones; lo amé desde 1838 con verdadero entusiasmo, bien que en su seno me faltaban mi delicioso *Gualí*, los caballos, el *Caimital*, mi huerta y mil cosas queridas; y desde entónces me he considerado, por el interes público, el afecto y los recuerdos, como un verdadero bogotano.

Los numerosos templos de la ciudad, sus malos paseos, sus tiendas y confiterías, su abundante y bullicioso mercado, sus fiestas populares y religiosas: todo me llamó la atencion; pareciéndome entónces el *non plus ultra* de lo civilizado. Pero mis mayores preferencias fueron para los baños del *Fucha*, los cerezos y curubos de algunos huertos, y las uvas *camaronas* que cosechaba en ocasiones por las ásperas alturas de la *Peña*.

Cada cual, en el colegio, se forma sus amistades y tiene sus amigos predilectos. Si en la Universidad trabé despues amistad, nunca desmentida y siempre leal y fina, con Manuel Pombo, Salvador Camacho Roldan y Nico-

las Pereira Gamba, en el primer colegio fué casi mi único amigo un jovencito esquivo y quisquilloso, Emilio Levy, hijo de un inglés muy liberal casado con una señora del pais. Él era alumno externo, congenió conmigo, y jugábamos y nos queríamos mucho, sin perjuicio de pelear de cuando en cuando. A los trece años de aquel tiempo vino á ser mi cuñado, siendo él ya doctor en medicina y cirugía y yo en jurisprudencia. La Providencia, al hacernos amigos casi desde el primer dia que nos vimos, quiso, sin duda, prepararnos para ser despues hermanos......

Talvez no sea impertinente el referir aquí algunas circunstancias de mi vida de colegial, durante los primeros años.

En lo tocante á juegos, el predilecto de todos era el de la pelota, que requiere agilidad y fuerza. Yo, que jamas he conocido la pereza, era por mi agilidad particularmente apto para el juego de pelota, y lo practiqué con destreza, debiéndole en gran parte la robustez que me distinguia. El segundo juego preferido era el de la *golosa*, ya suprimido entre nuestros estudiantes del dia, sobrado petimetres y políticos. Consistia en una serie de arcadas simétricamente superpuestas, que trazábamos con tiza en el pavimento de un claustro, sobre el cual habia que arrojar desde cierta distancia un tacon de bota, para entrar despues en las arcadas, saltando en un pié, y sacar en seguida el tacon, impulsándolo mañosa y sucesivamente de espacio en espacio, de manera que jamas quedára sobre línea, ni pisára ninguna el jugador. Estas evoluciones acababan con nuestres botines, pero nos eran higiénicamente muy provechosas, á mas de hacernos ejercitar la constancia, la destreza y la paciencia.

Si yo era eximio en los juegos de pelota y golósa, estaba muy léjos de serlo en geometría y álgebra. Mi espíritu inquieto y desde temprano imaginativo y dado á la discusion en todo, no se acomodaba á la precision rigurósa, la atencion fria y el dogmatismo axiomático que son inherentes á las matemáticas. La matemática es la lógica de la cantidad y la extension, y al propio tiempo es para el espíritu que calcula, lo que un principio de autoridad indiscutible para las almas creyentes; y yo tenia el carácter sobrado independiente para someterme con gusto á unos estudios en que el absolutismo

del axioma se me imponia con inflexible fuerza. Reconozco, desde mucho tiempo há, que sin la posesion de las matemáticas no es posible aprender á pensar y discurrir bien; pero no lo comprendí así cuando las estudiaba, y nunca adelanté cosa mayor en la materia. Lo deploro en el alma.

En lo tocante á lecturas, lenguaje y maneras, habia mucho rigor en el colegio, así como en lo relativo á moralidad. No ocurrian entre los alumnos actos indecentes, ni riñas ó disputas de mala ley, ni se oian expresiones indecorosas, ni se toleraban rasgos de patanería, ni era permitido llevar al colegio más libros que los adoptados como textos de enseñanza. Pero sí era general un vicio que todos reputábamos como acto digno de aplauso, cuando era ejecutado con gracia y habilidad: el hurto de comestibles ó cosas análogas. En esto seguíamos, sin saberlo, las ideas de Licurgo, pero modificadas. Era deshonroso hurtar dinero, libros, prendas de vestido ú otros objetos llamados impropiamente de *valor*; pero todo lo comible y potable era materia de piratería recíproca, siquiera hubiese que ocurrir á la efraccion y hacer funcionar las ganzúas, fabricadas fácilmente con varillas de paráguas. ¡ Cuánto no se modifican las ideas desde que uno viene á ser hombre y está obligado á tener vergüenza y honor! La sustraccion de lo ajeno, que nos habia parecido lícita y plausible, en siendo chistosa y de travesura, nos viene á parecer indigna y deshonrosa en toda forma y sea cual fuere el objeto sustraido. Así lo requieren la dignidad y la clara nocion del deber.

Entre los profesores del colegio habia dos que nos llamaban mucho la atencion: el doctor Mariano Becerra, tipo del profesor antiguo, y el doctor Isidro Arroyo, hombre original y muy notable. Ambos han fallecido, y me es muy grato dedicarles aquí un afectuoso recuerdo.

En el doctor Becerra se realizaba el ideal de los profesores de la vieja escuela: tieso, severo, horriblemente puntual, amante de las letras por pasion y hábito y amigo de la enseñanza por amor á la juventud. No podia vivir sino en compañía de los jóvenes; pero tenia un modo de querer tan contundente!.... Jamas hubo entre nosotros maestro latino más consumado; pero, Dios mio! con qué magistral energía administraba ferulazos! Puede decirse que nos hacia entrar por las manos los efluvios de los clásicos latinos. Sabia mucho y sacudia mucho

la férula; circunstancias que para un *cachifo* ó aprendiz de latin eran terribles: de mí sé decir que me hizo comprender á Júpiter tonante hablando en latin con los dioses inferiores, y que tuve ímpetus de ser desde mi adolescencia enemigo personal de Ciceron, Virgilio, Horacio y compañeros martirizantes.

Liberal decidido, por conviccion, austero en sus costumbres, estirado en su porte, pero sencillo en sus hábitos, severo en la disciplina y honrado en sus principios, formaba un curioso contraste al ejercer sus dos profesiones favoritas: como médico, era suave, caritativo y modesto; como profesor de latinidad, era la personificacion de Mario y Sila. Vivió despues arrinconado este venerable anciano, benemérito de la patria en el profesorado; lo que no bastaba para que no tuviese ni un centavo de pension (sin duda porque en el escalafon del profesorado no habia generales ni coroneles) ni ocupase la posicion que merecia.

El doctor Arroyo fué siempre un hombre raro, encarnacion de la puntualidad; pero de una puntualidad desoladora, implacable para el estudiante. Fué maestro de todo el mundo en Bogotá, tanto en colegios de hombres como de señoritas, desde 1835. En él se habian incrustado ciertas ciencias como la amonita en la materia plástica; en términos que, al hacerse su diseccion, se habria encontrado que su lengua era una gramática, su cerebro una aritmética, su corazon un tratado de geografía, sus pulmones un juego de libros en partida doble. La enseñanza era su segunda vida, su temperamento moral, y el dia que dejara de ser catedrático se habria muerto de tedio. Jamas le detuvo ningun obstáculo para concurrir puntualmente á las clases que regentaba: pasaba al traves de un tumulto ó de una procesion, indiferente á todo, abriéndose camino con los hombros, por no dejar sus cátedras vacantes ni un minuto; era un profesor-reloj, infalible en sus horas. Todas las revoluciones le respetaron. Miéntras en la plaza pública se estaba decidiendo de la suerte de la patria, él penetraba por los huecos de los batallones, armado de su viejo baston y firme en su cojera, hasta llegar á las puertas de los colegios. Nunca el viento, la lluvia ni el granizo le detuvieron ni obligaron á tomar precaucion alguna, ni áun de usar paráguas, pues de ello le servian más cómodamente el sombrero y la levita. Si los caños de la ciu-

dad se desbordaban con las lluvias, y no podia saltarlos de un sólo paso, metia guapamente los piés en el arroyo, lo mismo que al llover metia el cuerpo debajo de las nubes, desdeñando ponerse á cubierto de los chorros de los tejados. Léjos de arredrarse, parecia como que gozaba en desafiar cuanto los elementos húmedos tenian de prosaico y desagradable. Así los estudiantes no nos alucinábamos con librarnos del aula cuando llovia á la hora en que debia llegar el doctor Arroyo; llegaba como los aroyos de la calle, en lo más recio del aguacero, y sin sacudirse siquiera ocupaba su silla de catedrático.

Su sistema era opuesto al del doctor Becerra: ni exigia que sus dicípulos aprendiesen de memoria sus lecciones, ni aplicaba jamas castigos corporales; se dirigia siempre á la inteligencia y al pundonor del discípulo, y en vez de ferulazos administraba zumbas y epigramas que avergonzaban mucho á los desaplicados. Su lenguaje era preciso, conciso y en ocasiones cáustico: sus enseñanzas claras y sin fraseología; iba siempre derecho á la sustancia de las cosas; y como ordinariamente estaba mascando algun palito ó esparto, alguna hojita ó cosa semejante, parecia estar rumiando una palabra punzante ó una explicacion ingeniosa. (*)

X.

BOGOTÁ Y LA UNIVERSIDAD.

Ya á mediados de 1839 habia salido yo del internado, dejando el colegio menor de los señores Groot para pasar, en calidad de externo, al colegio mayor de San Bartolomé, centro de la Universidad de Bogotá. Las enseñanzas de aquel colegio eran muy secundarias, miéntras que en San Bartolomé iba yo á estudiar materias más adelantadas, tales como la trigonometría, la agrimensura, las ciencias intelectuales, la alta geometría y algo de frances, literatura y bellas artes.

Mi vida fué entónces muy diferente de la anterior, pues si bien estaba sujeto á mi acudiente, —el doctor Cayetano Franco Pinzon, sujeto estimable por todos conceptos, que habia sido mi maestro en Honda, des-

(*) He publicado su "boceto biográfico" en mi "Galería nacional," tomo I, pp. 97 á 108.

pues del doctor Nicolas Rocha,— y vivia con mis hermanos en casa comun con dicho acudiente y otros señores, andaba con entera libertad en mis idas y venidas al colegio, y allí me hombreaba en cierto modo con muchos estudiantes de facultad mayor. Sentia cierta satisfaccion de amor propio al hallarme estudiando en la Universidad, cual si fuera estudiante de mayor rango; y el recuerdo que tengo de esta circunstancia me prueba que la vanidad es de todas las edades, sin que deje de ser general esta mala inclinacion por sólo cambiar de *forma* ó modo de manifestarse.

Era tambien motivo de vanidad, y no solamente para mí, sino para rodos los estudiantes, la calidad de *bartolinos*, como nos llamábamos los de San Bartolomé. Habia desaparecido ya la antigua *República bartolina*, de borrascosa memoria, mas no la tradiccional rivalidad entre los colegios de Nuestra Señora del Rosario, llamado tambien de Santo Tomas, y San Bartolomé. Los primeros nos denominaban por mofa *bartolos*, y nosotros les devolvíamos la zumba llamándoles *tomados*, en vez de *tomistas*; y donde quiera que nos encontrábamos, andando de paseo ó en asistencia en comunidad, nos disputábamos el paso y nos lanzábamos mutuamente mil chuflas y chocarrerías. Esta rivalidad apasionada, aparentemente estéril, no dejaba de ser un estimulante de la aplicacion en los estudios y de lucha en el lucimiento y renombre de las dos corporaciones.

Lo más notable que hallé en la Universidad fué el tipo del viejo colegial "patan," en contraste con el del "cachifo" bien calificado. De todos los rasgos característicos del primero, el más notable era el hábito de *echar culebrilla*. Llamábase culebrilla la especie de escala de gruesas cuerdas con grandes nudos, pero sin peldaños, por la cual se descolgaban de noche y subian luégo con suma agilidad los estudiantes internos, fijándola á los balcones ó ventanas exteriores del colegio. Por ampliacion se llamó despues "echar culebrilla" á toda escapatoria clandestina. Poca era la vigilancia que habia respecto de los externos, y casi ninguna la disciplina que sujetase á los internos; pero de todos modos, eran tan diestros los *culebrilleros* en sus maniobras, y les jugaban tan proverbiales partidas á los superiores, que nadie podia impedirles el salir á la busca de aventuras y vagabunderías. El patan más diestro en la culebrilla y en

hacer pilatunas, gozaba siempre del mayor renombre y de la más envidiable popularidad en los claustros, mayormente si se acreditaba de *jaque* por su valor y audacia y su fuerza y habilidad para el pugilato.

Más adelante daré completa idea de los tipos memorables del " cachifo " y el " patan" de mi tiempo, hoy dia suplantados por el " pepito " de colegio y el petimetre político universitario, amoldado por el utilitarismo teórico y el charlatanismo filosófico. Si el *cachifo*, con la edad, la educacion y el estudio, podia llegar á ser un alumno estimable y despues un hombre de provecho, para el *patan* nato, que lo era por carácter, no habia más porvenir que el de la perpetua patanería.

Se comprende que á la categoría de los *intermedios* llegábamos sucesivamente los cachifos, á medida que pasábamos de los estudios inferiores á los de literatura y filosofía, y despues á facultades mayores; salvo los casos en que el cachifo, por su mala índole, habia de convertirse, al crecer y cobrar años, en *patan* auténtico. Me es grato reconocer que si en la época universitaria que finalizó á mediados de 1843, abundaban mucho los patanes en San Bartolomé, vinieron á ser rarísimos de 1843 en adelante, época en que la juventud de la Universidad se distinguió por su cultura, aplicacion, espíritu de progreso y buena conducta, mostrándose siempre desinteresada y patriota, y sin asomo de ambicion, ni ménos de impiedad ni petulancia.

El más curioso personaje que habia en el cuerpo de profesores era el doctor Pedro Herrera Espada, hombre que pasaba por literato de la vieja escuela y entendido filólogo. Dictaba lecciones de una jerga que llamaba literatura, así como de lengua inglesa y francesa; pero su elocuencia era bombástica y huera, y maldito lo que se parecian su pronunciacion y acentuacion á las verdaderas de aquellos idiomas. En la cátedra se calzaba el coturno y tomaba actitudes de melodrama anticuado, y como sus discípulos reíamos para nuestro capote, poco provecho sacábamos de las lecciones de retórica y lenguas. Por lo demas, el doctor Herrera Espada, si no era famosa *espada* que digamos para enseñar, á pesar de su segundo apellido, era un sujeto muy estimable, bastante instruido en antiguas humanidades, siquiera trasnochadas, y correcto caballero. Debo reconocer que ni una palabra de lo poco que sé de lenguas, literatura y bellas

artes fué recogida de aquellas enseñanzas, pues todo ha sido fruto de estudios posteriores. Los de aquel tiempo que se hacian en la Universidad eran muy poco metódicos y de escaso provecho. Faltaban en muchas enseñanzas la verdadera ciencia, y en todas, la vigilancia, la disciplina y estímulos poderosos. Se habia pensado más en facilitar á la juventud el acceso á los claustros, que en dar solidez á la instruccion; y en cuanto á la educacion, el descuido era conpleto. El peligro de la corrupcion era permanente, y su contagio casi inevitable.

Tan marcada era mi aficion á la política, desde mi adolescencia, que yo no perdia ocasion, cuando el estudio y la asistencia á las clases me dejaban algun vagar para ello, de ir á las barras del Congreso nacional. Allí conocí, desde 1839 ó 1840, á muchos hombres públicos, Senadores ó Representantes, que yá eran ó vinieron luégo á ser ilustres. Principalmente recuerdo entre ellos (y tengo muy presentes sus fisonomías y modo de hablar) á Santander, el doctor Vicente Azuero, los Generales Mantilla y Borrero, don Clímaco Ordóñez, el Coronel Joaquin Acosta (despues General), el doctor Ezequiel Rójas, don Rafael Mosquera, Florentino González y el doctor Mallarino. Justamente fuí testigo de aquellas dos gravísimas sesiones del mes de Abril de 1840, en las que Borrero y Santander estuvieron en lucha, y de las cuales se originó indirectamente la muerte del segundo.

El fallecimiento del General Santander, ocurrido el dia 6 de Mayo, fué un gran suceso nacional que me impresionó mucho. Yo sabia que aquel personaje era un grande hombre, por sus talentos políticos y el papel que habia hecho desde la época de la Independencia, y que era el jefe, ostensiblemente civil y pacífico, del partido liberal. Como yo habia ido creciendo al influjo de una atmósfera de liberalismo, consideré el fallecimiento de aquel ilustre General, lo mismo que lo consideraron todos los liberales: como una calamidad pública.

Con el tiempo, cuando conocí por lecturas y conversaciones la vida de Santander, y comprendí la verdadera índole y las tendencias de los dos grandes partidos que existian en aquel tiempo, me convencí de que si aquel personaje, como hombre de gobierno, habia sido, en su calidad de émulo y antagonista del Libertador, jefe del partido liberal, en realidad tenia el temperamen-

to mucho más conservador que liberal y habia modificado mucho sus ideas de 1828 á 1840. Creo firmemente que si hubiera vivido diez á quince años más, habria acabado por ser el jefe del verdadero conservatismo neogranadino.

Nada es más curioso que el estudio de las transformaciones morales y de doctrina que han experimentado nuestros hombres públicos y partidos políticos, durante el medio siglo transcurrido de 1830 á 1880. Ya tendré ocasion de poner de manifiesto aquellas transformaciones, que han dado á nuestros partidos y á su política la más heterogénea combinacion de ideas y de personas.

El Gobierno conservador que existia en 1840 hizo pomposas exéquias á Santander, tratándole con sin igual miramiento, no obstante la guerra civil que destrozaba al pais, —guerra que los ministeriales imputaban á sugestiones ó influencias del ilustre difunto. Pero casi todos los hombres importantes del partido conservador de entónces habian sido copartidarios de Santander y le respetaban mucho; y ademas, en aquel tiempo ambos partidos, aunque se odiaban y hacian mutua guerra, se respetaban lo bastante para no faltar á las consideraciones debidas á los ciudadanos eminentes, siquiera fuesen sus adversarios.

Durante tres dias tuvieron expuesto el cuerpo de Santander, embalsamado y con gran suntuosidad fúnebre, en varios lugares; y recuerdo que le visité con infantil veneracion en la iglesia de la Veracruz, en la sala rectoral de San Bartolomé y en la Catedral.

Parecióme ver la imágen de un grande hombre de los tiempos antiguos, y su fisonomía, grave y tranquila en el reposo de la muerte, me causaba una emocion casi religiosa que no acertaré á definir, acrecentada despues por el espectáculo de los grandes honores fúnebres que se le tributaron, no obstante la situacion desventajosa en que se hallaba el partido liberal por causa de la guerra civil. Comprendí que la gloria era una cosa imponente y sublime, que el patriotismo tenia su aureola superior á la muerte, y que en los grandes hombres se personificaba mucha parte de la grandeza de la patria. La idea de la gloria me asaltó desde entónces, y el patriotismo apareció á mis ojos no sólo como un deber que yá comprendia, sino tambien como un resultado necesario del destino inmortal del hombre. Otro tanto me su-

cedió, tiempo adelante, con ocasion de haber fallecido sucesivamente el doctor Vicente Azuero y otros hombres importantes. Es cosa notable en mi vida, que las impresiones más decisivas de mi vocacion y mi modo de ser me hayan venido de la contemplacion de algunos cadáveres.

El entierro de Santander fué hecho con extraordinaria pompa, y lo acompañaron todas las autoridades, el Congreso y un concurso inmenso. En el cementerio pronunciaron numerosos discursos, y me electrizó el más elocuente, que fué el del doctor José Duque Gómez, antioqueño ilustrado, de muy claro talento, y muy donoso, apuesto y distinguido. Desde entónces sentí la tentacion de cultivar algun dia la oratoria; y no tardé muchos años en aficionarme á ella con entusiasmo, haciendo mi primer ensayo en el cementerio católico de Bogotá.

XI.

UN AÑO DE CONFLICTOS.

El año de 1840 fué para mí de doloroso aprendizaje práctico de la vida. Descompuesto el antiguo partido liberal, ya por causa de muchos desaciertos de su jefe, el General Santander, ya por necesidades sociales que hacian inevitable la existencia de dos grandes partidos para mantener el equilibrio de la libertad y el órden, del progreso y la conservacion, el elemento moderado ó de mayores afinidades con el conservatismo universal triunfó en las elecciones de 1836; y con el advenimiento del doctor José Ignacio de Márquez á la presidencia de la República, la política tomó nuevo giro y los dos grandes partidos históricos quedaron deslindados. No pudieron los viejos liberales resignarse á la pérdida parcial del poder (parcial digo, porque el doctor Márquez empleó á muchos de sus adversarios ó les mantuvo en sus puestos, y se mostró muy tolerante y conciliador hasta fines de 1840), y, sobre todo, el espíritu militar quiso hacer su último esfuerzo por recuperar la direccion de la República. De esto provino la larga y desastrosa revolucion llamada de 1840, que comenzó en el 39 y finalizó sofocada en el 41; revolucion que exacerbó por extremo las pasiones é hizo derramar en todo el pais torrentes de sangre. Tocóme en suerte sentir sus efectos desde la temprana edad de doce años, y no poco las impresiones

que me causó contribuyeron á impulsar mi espíritu en el sentido de la política, y á engendrar en mi alma aquellas fuertes pasiones, buenas y malas, que agitan á los hombres y los pueblos donde quiera que las guerras civiles ponen en conflicto el principio de libertad con el de autoridad.

No he conocido en mi patria revolucion más popular, ni que contara con mayores elementos de triunfo, ni que fuera ménos motivada ó justificable; y sin embargo, fué vencida. Provino esto de que no se apoyaba en ningun principio salvador, ni era inspirada por el patriotismo, ni tuvo plan ni verdadera direccion. Y el haber sido tan popular patentiza lo avezados que estaban nuestros pueblos á dejarse arrastrar y conducir por caudillos militares, puesto que ella sólo tuvo por jefes á unos cuantos hombres de espada: Carmona, Buitrago, Hernández y Herrera, en las provincias del Atlántico; Obando, en las del Sur; González, Vanégas, Réyes Patria y Farfan, en el Norte, y Córdoba y Vezga en el Centro. En rigor el partido liberal hizo aquella revolucion solamente por el interes de recuperar el poder; por despecho y rabia de la derrota electoral sufrida; por hacer causa con Obando, personalmente acusado de un crímen que no era sólo suyo; y sin ningun motivo verdaderamente patriótico, ni invocar un principio regenerador de la República.

En Bogotá reinaba una exaltacion extraordinaria. El Gobierno se creia perdido, y él y sus defensores tenian miedo y rabia, sentimientos que eran consejeros de errores, extravagancias é iniquidades. Así, los liberales eran generalmente perseguidos, y bastaba tener el apellido de un faccioso para estar sujeto á la vigilancia de las autoridades y áun á sufrir muchos véjamenes. Todos pensaban, hablaban y escribian con exaltacion, bien que en esto, y especialmente usando de la imprenta, los ministeriales tenian carta blanca.

Aunque yo era un niño, simpaticé con la revolucion y procuré servir á su causa en lo que podia. ¿Por qué? Por la sola razon de haberse lanzado en ella mi tio Juan Antonio, á quien yo queria con prediieccion entre mis tios. Franco, generoso, desinteresado é intrépido, conservaba las buenas cualidades del soldado patriota, sencillo, de ideas enteramente civiles, y no tenia ni asomo de ambicion alguna. Habia dejado ocasionalmente su

domicilio de Honda, por Mayo ó Junio de 1840, y ocupaba una casa en la calle que ántes llamaban de los *Carneros*, hoy dia denominada 5ª al Norte.

Con él vivian, ocultos, dos escritores públicos, polemistas ardientes: Manuel Azuero, el menor de la ilustre familia de este nombre, y Fernando Nágera, jóven modesto, natural de Ocaña, de sangre mestiza, espíritu audaz y grande inteligencia. Publicaban entónces *El Latigazo*, periódico político, semanal, anónimo, terriblemente oposicionista y revolucionario, que gozaba de gran popularidad entre los liberales y tenia exasperados á los gobernantes. Varias veces lo habian hecho acusar, pero aparecian como responsables gentes oscuras á quienes habria sido absurdo castigar, y los verdaderos redactores permanecian invisibles.

Azuero infundia la pasion en el *Latigazo*, convirtiéndolo en un verdadero látigo, implacable en sus censuras de los actos del Gobierno y de las ideas de sus partidarios. En Nágera se personificaba la idea, el pensamiento audaz y elevado: aquél, ardiente y activo, más hombre de partido y de accion que de ideal ó doctrina; éste, al contrario, hombre de imaginacion, casi un poeta político, impresionable como todo mestizo, abundante en grandes pero vagas concepciones, y de espíritu soñador, semejante al que en nuestros últimos tiempos manifestó con pintoresca verbosidad el doctor Ricardo de la Parra.

Como la libertad de imprenta estaba limitada por la ley, y áun más restringida por los gobernantes, Azuero y Nágera guardaban el anónimo y cubrian su responsabilidad con firmas de hombres insignificantes. Así los redactores del *Latigazo* eran muy solicitados; pero tenian la *modestia* de esconderse, porque sabian que quien les solicitaba era la arbitrariedad y que la cárcel les aguardaba si salian á luz. Vivian, pues, muy ocultos, y escribian su periódico en un cuarto interior de la casa del Coronel Samper.

Mi hermano Rafael y yo recibíamos los manuscritos y los llevávamos sigilosamente á la imprenta, donde con igual sigilo nos entregaban las pruebas. Mi hermano se complacia en esta complicidad por inclinacion patriótica y fidelidad á nuestro tio; yo era cómplice por algo más: por una parte, la fruta prohibida tenia para mí un sabor

exquisito; por otra, tenia en el alma, sin sentirlo aún, el demonio que debia dominar y atormentar toda mi vida: la pasion por la publicidad.

A fines de Agosto, el Coronel Samper, entristecido por amarguras que desde luégo se habrian disipado, perdió un dia la esperanza en la felicidad, abandonó familia y bienes, partió de Bogotá hácia el Norte y se lanzó á los azares de la revolucion. Poco despues Azuero fué aprehendido, y al cabo de algunos meses murió martirizado en una de las cárceles de Bogotá. Nágera, aprehendido tambien, fué juzgado y condenado á presidio como conspirador, es decir, como reo político *de pluma*, y sus amigos tuvimos el dolor de verle en las calles de Bogotá limpiando acequias y cargando basura. Poco despues logró fugarse, escapó con vida y no volví á verle. Se asiló en los llanos de Casanare, y vivió allí desconocido hasta hace unos trece años, terminando oscuramente una existencia que en mejores tiempos no habria sido estéril para la patria, como tampoco lo hubiera sido la de Azuero.

Hácia fines de Octubre de 1840 se aproximaba á Bogotá el *ejército* revolucionario del Norte, comandado por el General Réyes Patria. Su segundo era el Coronel González, á la cabeza de la reserva; el Coronel Samper mandaba la vanguardia, y el Coronel José María Gaitan, despues General, tenia bajo sus órdenes inmediatas la caballería, Aquel ejército era relativamente numeroso, bien que poco disciplinado y aguerrido, pero habia obtenido ventajas que le envalentonaban; se componia de hombres de las provincias del Norte, que han dado siempre á nuestras guerras civiles excelentes soldados de infantería y caballería.

En Bogotá reinaba la mayor consternacion. Aquí toda la tropa del Gobierno se reducia á la sazon á dos compañías veteranas de infantería y un escuadron de lanceros; lo demas eran unos pocos milicianos reclutas. El doctor Márquez, Presidente de la República, se creyó perdido, y tánto, que dejó el Gobierno en manos del General Caicedo, Vicepresidente, y en siete dias hizo el prodigioso viaje de Bogotá á Popayan, buscando seguridad en medio de las tropas de Herran y Mosquera. Miéntras que los liberales, en secreto, estaban de fiesta, los ministeriales vivian llenos de terror. La derrota de éstos estaba como en la atmósfera, ó me-

jor dicho, en el miedo que se había apoderado de casi todos los partidarios del Gobierno.

Ese miedo hizó inventar una monstruosa calumnia: se dijo en Bogotá que al entrar triunfantes los liberales del Norte, la ciudad sería entregada á saco, sin respeto por cosa alguna; gran calamidad que no podría evitarse, sino mediante dos milagros: la improvisación de un ejército capaz de detener y resistir al del Norte, y el hallazgo de un Jefe de valor y prestigio que dirigiera la defensa. Dijose que estos dos milagros los hizo la venerada efigie de Jesus Nazareno, la cual, condecorada con el título de *General* y con arreos de tal (gravísima profanación!) fué sacada de la capilla de San Agustín y paseada en procesión solemne por las calles, pidiéndole que asumiera las funciones de Dios de los ejércitos, y se afiliara en el partido de los ministeriales, á quienes procuraría la victoria. Yo concurrí á esa procesión.

Mientras que los devotos creían poner á Jesus Nazareno de su parte, el doctor Andrés Aguilar, á la sazón Jefe político de Bogotá, hacía un llamamiento desesperado á todos los habitantes de la capital, recordándoles la aciaga época de 1813. Si los cartelones impresos, fijados en las esquinas de las calles, llamaban á las armas á los ciudadanos, con todo el apremio de los decretos gubernativos, el toque de generala no cesaba de dar la voz de alarma, ejerciendo el prestigio de la autoridad militar. En breve, miles de ciudadanos (jóvenes artesanos y aun empleados y hombres provectos, padres de familia) se alistaron en la milicia; al mismo tiempo que se hacían otros preparativos de defensa, ya levantando trincheras en la plaza principal y en las entradas del poniente y norte de la ciudad, ya acopiando armas y municiones en los parques. Pero todo aquel movimiento parecía infructuoso, porque nadie tenía confianza en el buen éxito de la defensa: faltaba un Jefe de resolución y prestigio que reuniera los elementos de resistencia, prometiese la victoria y comunicase á los gobiernistas la fuerza moral de su entusiasmo y su fe.

El Coronel Juan José Neira llegó entónces súbitamente á Bogotá, causando gran sorpresa su llegada. Había estado en campaña en el Norte, y acababa de escapar milagrosamente en Paipa, donde los liberales le habían dado una sorpresa y tenídole casi prisionero. Neira venía poseido de tres furores: el de su valentía,

el de su patriotismo y el de su derrota. Con estos tres furores reunidos habia de sobra para componer un héroe.

Recorrió las calles con un piquete de húsares, concitando al combate y fulminando miradas ardientes como el rayo. Aun me parece que le veo pasar, en su caballo moro azul, por el pié del átrio de la Catedral, mirando de hito en hito á cuantos se hallaban cerca, como si quisiese aterrar á unos y apostrofar á otros por su cobardía ó su egoismo. Llegó al extremo de la calle del Comercio, junto al puente de San Francisco, y en un rapto de furor hizo arrojar á la calle y pisotear todos los papeles impresos de una tienda donde se vendia *El Latigazo*; y pocos momentos despues hizo despedazar la imprenta que lo publicaba. Verdad es que á los pocos dias el dueño de la tienda y el impresor fueron indemnizados por Neira, de su peculio; pero el hecho habia sido escandaloso. El sable proclamaba resueltamente su soberanía en medio del conflicto: Neira era su sacerdote. En aquel tiempo se veian actos de nobleza, como el de Neira, que reparaba los arrebatos de la pasion política. Despues las costumbres han progresado: muchos expropiadores se han guardado con llaneza y tranquilidad de conciencia, para su uso personal, el fruto de sus *patrióticas* expropiaciones.

Aquel hombre hermoso, pero de una hermosura semi-salvaje, como la del montañes siciliano; aquel hombre irascible, audaz, violento, caballeresco y de apostura singularmente marcial, tuvo el dón de electrizar á todos sus copartidarios. Entusiasmó á los atemorizados, intimidó á los esperanzados, y en pocos dias formó una columna de seiscientos hombres, con la que salió en busca del enemigo, encontrándole el 28 de Octubre, en el campo de la *Culebrera ó Buenavista*, entre Funza y Chía.

En Buenavista sólo acampaba la vanguardia de los revolucionarios, habiéndose detenido el grueso de sus tropas entre Cipaquirá y Chía. El General Réyes Patria quedaba muy atras, el Coronel González no alcanzó á pasar de aquel último pueblo, y hubo algun otro jefe que no pareció por ninguna parte. El Coronel Samper habia tenido el presentimiento de su muerte, ó acaso estaba resuelto á buscarla, puesto que, contra su costumbre, ántes del combate se confesó y comulgó; peleó solo

y batió á Neira en reñido y rápido combate, tomándole prisionera casi toda su infantería, de manera que vió en sus manos la victoria, bien que desde el principio de la accion fué herido en un cuadril, y que para decidirla no faltaba sino una carga de caballería; pero el jefe de ésta no pudo acudir á donde le llamaban, no sé sabe por qué.

Entre tanto el heroico Neira, que mortalmente herido ocultaba su agonía, hizo nuevos esfuerzos, apoyado por su caballería, y restableció el combate con alguna ventaja. El Coronel Samper se adelantó á sus filas, pretendiendo contener á trabucazos la caballería de sus contrarios, y cuando más enardecido avanzaba, un soldado de los prisioneros de la Polonia, incorporado en su tropa, le dió por detras á mansalva una fiera lanzada, con que le atravesó de parte á parte, dejándole metida el asta. Exangüe y vacilante, se dirigió á la puerta de una próxima casuca solitaria, se tiró del caballo al suelo, se sacó del cuerpo la lanza, y un momento despues espiró en brazos de su fiel asistente ú ordenanza.

Sus tropas, al verse sin jefe, cejaron y en breve se pusieron en plena derrota, y Neira, que seguia disimulando heroicamente su agonía, se tornó de vencido en vencedor. Su palma triunfadora fué una corona de ciprés: el heroismo fué su gaje, como el sacrificio, y otros *ganaron* la victoria. Neira y Samper eran dignos de medir sus espadas, y lo eran tambian de morir en mejor campo de batalla.

Otros, incapaces de saber morir, pero muy *hábiles* en especular con la victoria, se apresuraron, pasado el peligro, á cosechar los despojos del campo. Cinco jefes y oficiales, cuyos nombres callo por respeto al sepulcro que ya les cubre (murieron todos de muerte natural, excepto uno) llegaron á la casucha donde nadaba en su sangre el cadáver de Samper: uno de ellos se llevó el caballo y la montura, otro las pistolas y el reloj; tál, tuvo por botin el dolman y las charreteras; cuál, un rico anillo de brillantes. Sólo la espada se salvó porque acertó á esconderla el ordenanza, oculto en un vallado y en expectativa. El mayor de mis hermanos conserva esta fúnebre prenda.

Aquellos beduinos anduvieron apriesa y dejaron el cadáver casi desnudo. Y al punto echaron á correr, como si tuvieran miedo al cadáver saqueado, y entraron luégo

en Bogotá, á guisa de vendedores, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "Viva el Gobierno! Viva la religion! mueran los ladrones!"...

Otros se mostraron entónces muy entusiastas ministeriales, llegando hasta pedir con empeño el fusilamiento, ó cuando ménos la más rigurosa proscripcion de todos los liberales prisioneros; y algunos de aquellos héroes de partida, pero uniformados con ruanas y zamarros, que no alcanzaron á oler la pólvora ni á teñir de sangre sus virgíneas lanzas para mostrarlas en Bogotá, como testimonio de la carnicería que habian hecho con la imaginacion. Conocí muchísimos conservadores ó ministeriales de entónces, que desde 1849 ó 1850 se fueron volviendo, por entusiasmo ó para el negocio, liberales hasta el rojismo. Y algunos de éstos se han desgañitado despues llamando *tránsfugas* y *apóstatas* á los liberales que, por desengaños políticos y convicción, han venido á las filas del conservatismo derrotado y caido!

Por lo que hace á Neira, el caso fué curioso y único en su especie: algunos meses despues de su muerte, el Congreso de la República le reconoció el grado de General, y á su familia la pension consiguiente. En aquel tiempo el escalafon militar necesitaba sacar un héroe del sepulcro para condecorarle, porque habia hombres gloriosos; hoy dia... son pocos los vivos que merecen la gloria y ciertos grados obtenidos...

XII

VARIOS EPISODIOS.

En el mes de Agosto ó de Setiembre ocurrió un curiosísimo episodio que en un periódico narré muchos años há, en forma distinta de la presente. Vale la pena de relatarlo nuevamente, así por ser característico de la época, y pintura de mi carácter, como porque se refiere á un hombre que muchos años despues hizo gran papel en la República, hasta 1872.

Un dia, cinco estudiantes de jurisprudencia, de San Bartolomé, entre ellos mi hermano Manuel, iban riendo de cualquier cosa, con el buen humor de los estudiantes de aquel tiempo, y pasaban por la tercera cuadra de la calle de *Florian* (hoy dia "Carrera primera al Occidente"

ter,") sin caer en la cuenta de que iban por el frente de la puerta del cuartel ó *Parque* de Artillería, localidad que ahora ocupan la Capilla presbiteriana y las casas de mi amigo Lázaro María Pérez y otros sujetos.

Estaba recostado á un lado de la puerta del cuartel, sentado en una gran silla de vaqueta, el Mayor del batallon de Artillería, llamado "el Comandante S.," que era cojo, viejo y feo, cualidades propias, cuando están reunidas, para que quien las posee se sienta, con sobra de susceptibilidad, dispuesto á suponer que de él se han de reir todos los que rien en su presencia. El Comandante, al ver que los cinco estudiantes que pasaban por delante del cuartel iban riendo, pensó que él podia ser el objeto risible, y sin más averiguacion, ni formalidad alguna, hizo al punto salir un piquete de la guardia, mandó aprehender á los supuestos culpables del delito de carcajadas y les alojó en un calabozo.

Mi hermano Rafael y yo, que vivíamos en una casa particular al cuidado de nuestro hermano Manuel, nos llenámos de consternacion al saber que éste estaba preso. Al primero, que era muy juicioso, no le ocurrió que pudiéramos hacer otra cosa, sino correr á valernos de amigos de nuestro padre (tales como el doctor Rufino Cuervo y don Lino de Pombo), para obtener la libertad de Manuel. Yo, que era travieso y amigo de chuscadas hasta dar en la truhanería, dije:

—Me ocurre algo mejor y más expeditivo.

—Qué cosa ? preguntó Rafael.

—Que vamos á vernos con el mismo Comandante que nos ha hecho el mal.

—¿ Y qué adelantarémos con eso ?

—Mucho. Ya lo verás.

—¿ Qué harémos, pues ?

—Déjame; yo tengo mi idea. Tú, vete á traer tres mozos de cordel, y suficiente provision de pan, dulces, queso y bizcochos.

—¿ Y tú qué harás ?

—Yo, entre tanto, prepararé las cosas aquí.

Un rato despues, cuando Rafael estuvo de regreso con las provisiones y los mozos, yo tenia arreglados tres grandes lios compuestos de nuestros colchones y almohadas, ropa de cama y otros objetos. Al punto emprendímos marcha para el cuartel de Artillería.

Al llegar al frente de la puerta y de su inseparable comandante cojo, puse en formacion á los tres mozos y tomando un aire marcial les grité :

—Colchoneros ! firmes ! Descansen los colchones ! áus !

—¿Que significa esto? preguntó el Comandante algo azorado.

—Significa, señor Comandante, le contesté, que nosotros estamos al cuidado de nuestro hermano Manuel, á quien usted ha hecho aprisionar, y como es menester que no quedemos abandonados, venimos á pedir á usted, ó que ponga en libertad á nuestro hermano para que él cuide de nosotros en casa, ó que nos deje entrar para que nos invigile en el calabozo.

—Cómo es eso ! exclamó el Comandante : ¿un muchacho viene á burlarse de mí?

—No, señor ; no me burlo. Lo que pedimos es justo.

—Vamos ! lárguense de aquí !

—No nos iremos. Aquí están los colchones y todo lo necesario para hacer las camas adentro.

—Pues no entrarán !

—Pues tenemos que entrar, ó el hermano ha de salir ! repuse entre resuelto y burlon.

Entre tanto se habia aglomerado mucha gente en la calle, y la escena era tan grotesca que el Comandante empezó á comprender que todos se reian de él. Ya algo exasperado, gritó.

—Vamos ! despejen el campo !

Yo grité entónces tambien :

—Baterías de colchones ! firmes !

—Insolente ! exclamó el Comandante.

—¿En qué quedamos ? le pregunté. ¿Entramos por fin ?

—Sí, sí, sí ! dijo el Comandante lleno de ira. Ahora mismo encierro á estos *cachifos* insolentes.

—Bueno ! repuse ; así nos cuidará adentro nuestro hermano.

Y añadí con voz estentórea :

—Colchones al hombro ! áus !

—Pues no entrarán ! gritó el Comandante ya furioso.

—Entónces.... que salga el preso.

La escena habia llegado hasta ser una rechifla, y los pilluelos de la calle y los *cachacos* que pasaban hacian su gasto de zumbas á expensas del Comandante. Este quiso salir del paso y exclamó:

—Cabo de guardia! haga usted que salga ese estudiante!

—¿Cuál de los cinco, mi Comandante?

—El Samper! el hermano de este demonio que está ahí fastidiándome!

—Bueno! bueno! eso era lo que yo queria! exclamé alborozado.

Y todos en la calle aplaudieron desternillándose de risa. Un instante despues echaron fuera á mi hermano Manuel, y yo, implacable en la zumba, di la voz de mando:

—Colchoneros! Colchones al hombro! áus! De frente en retirada! á discrecion! marchen!

Nos alejámos del cuartel en triunfo, y en tanto que mi hermano Manuel reia mucho de mi ocurrencia, Rafael se hacia cruces admirado de tanta audacia de estudiante travieso.

De los cuatro presos que quedaban en el cuartel, un Orbegozo y dos Azueros fueron puestos en libertad el mismo dia, merced á los empeños de sus familias. El otro, que era muy pobre, sin familia en Bogotá y desconocido, no halló quien se empeñara por él con buen éxito y permaneció preso. A los pocos dias fué filiado como recluta, y le hicieron salir de la ciudad incorporado en un batallon que salió á campaña, hácia el Norte, en persecucion de la famosa "Guerrilla de los Rodríguez" de Chocontá.

En la primera escaramuza que hubo, el estudiante recluta, que era liberal y estaba furioso, se pasó al enemigo; y luégo, durante algunos meses, anduvo entre los facciosos, en campaña activa, combatiendo contra el Gobierno. Un dia cayó prisionero, trajéronle á Bogotá, donde, por ser desconocido, no pensaron en fusilarle, y le dejaron como perdido entre los muchos presos de un cuartel.

Al cabo de algun tiempo el honrado doctor Quevedo, Juez de Hacienda, hubo de hacer una visita de cárcel en la principal de Bogotá. Despues de contar los presos y leer la lista que de éstos le presentó el Alcaide, reconoció que, ó sobraba un preso, ó faltaba un nombre en la lista.

Hecha la confrontacion, hizo poner á un lado al individuo sobrante, y hubo entre el Juez y el Alcaide el siguiente curioso diálogo:

—¿Cómo se llama ese individuo cuyo nombre no está en lista?

—No lo sé.

—¿Por órden de quién está preso?

—Lo ignoro.

—¿Desde cuándo está en la cárcel?

—No sabré decirlo.

—¿Por qué le mantiene usted preso?

—Porque me le entregaron en bulto, y no por lista, cuando entré á ser Alcaide.

—¿Le ha dado usted raciones?

—Nunca. Como no estaba en la lista, no habia raciones para él.

—¿Y cómo se ha mantenido?

—Con las sobras que le daban los demas presos.

—Póngale usted en libertad inmediatamente.

Así salió de la cárcel aquel pobre preso, andrajoso y en el más miserable estado, pues el *vestido* que tenia lo llevaba en el cuerpo hacia algunos meses y nadie le habia conocido ni amparado.

¿Quién era aquel preso devuelto á la libertad? Era el quinto de los estudiantes apresados por el Comandante S. en Agosto ó Setiembre de 1840, y por tanto, víctima de unas inocentes carcajadas. Muchos años despues fué Representante del pueblo, General de Division, Senador, Presidente de un Estado y Presidente de la República. Se llamaba SANTOS GUTIERREZ!

La muerte de mi tio me llenó de resentimiento y de indignacion, y tan muchacho como era mostraba en el colegio mis sentimientos sin reserva. Aun en la calle apostrofé terriblemente á un Jefe que se jactaba de haber sido el matador, probándole yo de un modo irrecusable que su proeza habia consistido en robarle algunas prendas al cadáver de mi tio. Ello fué que mis hermanos y yo, muy exaltados, tuvimos varios lances desagradables con la policía y algunos militares, y éramos muy invigilados; por lo que mi padre, aprovechando la suspension de los estudios universitarios, hubo de venir á sacarnos de Bogotá, foco de las más exacerbadas pasiones, y llevarnos á Honda.

Mas no hacia más de un mes que allí nos holgába-

mos en vacaciones, cuando estalló la revolucion de la provincia, encabezada por su Gobernador, el Coronel José M. Vezga, quien asumió el título de Jefe Supremo, civil y militar del *Estado* de Mariquita. La moda entónces era titular Estados federales las provincias insurrectas. Un sentimiento de excesiva generosidad (el deseo de impedir violencias y proteger á muchos amigos personales que eran partidarios decididos del Gobierno), y álgo tambien el profundo dolor y la irritacion que sentia por la pérdida de mi tio, movieron á mi padre á exponerlo todo, —familia, fortuna y su propia persona,— aceptando el puesto oneroso de Consejero de Estado, al lado del Coronel Vezga; con lo que sufrió amargamente los percances de la guerra civil, sin tener vocacion alguna para ingerirse en tales cosas.

Referiré un curioso episodio de aquellos dias de revolucion en Honda.

Tenia mi padre asilados bajo su fianza, en la hacienda, á dos ó tres amigos, y otros dos en la casa, todos ministeriales notables, y uno de los últimos era don Rudecindo Gálvis, hombre inofensivo, benéfico y de raras ideas y considerable fortuna, domiciliado en Piédras. Al pasar por allí el Teniente-Coronel Tadeo Galindo, pronunciado en Ibagué, exigió á Gálvis un fuerte empréstito forzoso, y como éste no quisiera ó no pudiera darlo por el momento, le llevó preso á Honda como á enemigo de la causa. Al punto mi padre, bien que no tenia mayores relaciones con el preso, le sacó libre con fianza, llevándole á casa, y así el respetable y original don Rudecindo fué nuestro huésped durante cosa de dos meses.

Un dia que él hacia por la calle su cotidiano ejercicio, se encontró con al Comandante Galindo, y éste, sin más preámbulo, disgustado de verle libre, le mandó aprehender, disponiendo que una escolta le llevase á la playa de la Bodega para ser desterrado y embarcado con destino á las provincias del Atlántico. Debo advertir que si el Comandante era precipitado y muy impresionable, en el fondo tenia un carácter generoso, incapaz de aborrecer á nadie, y era hombre de humor festivo, y muy franco y locuaz. Al saber yo lo ocurrido, sin consultar á nadie me fuí corriendo á casa del Coronel Vezga, que me queria mucho, y me hice introducir por el oficial de guardia, diciéndole que el caso era urgente. Salió al salon el Coronel, y al verme, me dijo con su amable jovia-

lidad de siempre :

—¿ Qué hay, Pepito ? qué ocurre ?

Bien que el diminutivo no se compadecia con el aire solemne que yo llevava, contesté sin turbarme y en tono de melodrama.

—Vengo á pedir al señor Jefe Supremo justicia contra un atentado.

—¿ Qué ha sucedido ,pues ?

Referí el suceso de don Rudecindo.

—Cosas de Tadeo ! exclamó el Coronel cuando oyó mi relato. Ah, Tadeo !

Y luégo añadió :

—Ahora mismo remediarémos el atropello.

—Señor Jefe Supremo....

—Eh ?

—Le suplico á Usía que dé órden para que inmediatamente me entreguen bajo mi fianza la persona del señor Gálvis.

—Cómo ! ¿ bajo tu fianza, Pepito ?

—Sí, señor.

Soltó el Coronel una ruidosa carcajada que humilló la importancia de *hombre* que yo me daba con mucha seriedad, y repuso :

—Vamos ! la ocurrencia me hace mucha gracia, y en un chico de doce años es doblemente meritoria.

Al punto hizo escribir y firmó la órden, y yo salí corriendo para ir á casa á ensillar dos caballos. Volé á la Bodega ó la Playa, llevando del diestro uno de los caballos, y fué grande mi gozo al rescatar á don Rudecindo, á quien ademas llevé provisiones de boca muy oportunas.

Miéntras que todo esto sucedia, mi padre se habia encontrado en la calle con Galindo y le habia reconvenido fuertemente, llegando en el calor de la disputa hasta llamarle arbitrario y amigo desleal. Galindo desafió á mi padre, éste aceptó, bien que nada entendia de armas, y aquél eligió la lanza como arma de combate, fuese por broma ó por intimidar á su adversario. Ello fué que concurrieron al lugar de la cita; pero Galindo llevaba, en vez de lanza, unas botellas de champaña, y abrazando á mi padre y dándole excusas lo volvió todo broma. Él queria mucho á mi padre; éste le queria tambien, y ambos, dándose mutuas excusas, reconocieron que un duelo entre los dos era absurdo en supremo grado.

Infeliz comandante Galindo! al año siguiente engrandeció en el cadalso, en Medellin, con el martirio político, un carácter que hasta entónces habia sido ruidosamente jovial, comunicativo y entusiasta.

La revolucion de la provincia de Mariquita tuvo un fin proporcionado á su principio. Habia comenzado á la diabla, y acabó lo mismo. Ya para el 8 de Enero de 1841 las tropas del Gobierno se acercaban á Honda, y un combate muy desigual era inevitable. El 9, desde muy temprano, apareció por el cerro de la Cruz y la orilla izquierda del Magdalena la infantería de una division que comandaban el General Joaquin Paris y el Coronel Ramon Espina, en tanto que la caballería, á órdenes de un Coronel Forero, tambien con alguna infantería, atacaba por la llanura del poniente.

Allí se libró el primer combate, y luégo se hizo general y fué sostenido en las calles de la ciudad, y particularmente sobre el rio Gualí, durante todo el dia. Vezga no tenia bajo sus órdenes arriba de trecientos hombres mal armados, miéntras que Paris llevaba mil doscientos. El combate fué muy sostenido, merced á la artillería con que contaba Vezga, y á la segura defensa que le procuraba la línea del Gualí, con los puentes cortados. Por lo demas, el General Paris, deseando evitar lo más posible la efusion de sangre, condujo las cosas con firmeza y benevolencia al propio tiempo, procurando llegar á un avenimiento, si Vezga capitulaba.

Durante la batalla, mi casa sirvió de cuartel y fortaleza á nuestros adversarios, y todos estuvimos en la mayor consternacion, corriendo mi madre y toda la familia serios peligros, principalmente á causa de las muchas balas y los proyectiles de artillería que de las filas y posiciones de Vezga llovian sobre nuestra casa, por el empeño de desalojar de allí al enemigo. Merced á la nobleza del General Paris (1) se minoraron mucho nuestras desgracias, pero fueron considerables por todos respectos. Mi padre quedó casi arruinado, perdiendo mucho en sus intereses, y hubo de someterse á juicio por rebelion, saliendo despues absuelto, á mérito de las buenas pruebas que adujo.

Al llegar la noche los fuegos habian cesado por completo, y dos parlamentarios entraron en negociaciones para tratar de capitulacion. Pero no hubo tal cosa. En

(1) Véase su "boceto biográfico" en mi GALERÍA NACIONAL, tomo I, pp. 315 á 327.

el silencio y oscuridad de la noche, Vezga y todos sus compañeros abandonaron el barrio que habian defendido, se fueron hácia la Playa, y allí se embarcaron en champanes, yéndose rio abajo unos para Antioquia y otros para las provincias del Atlántico. Vezga, despues de sostener la guerra en apoyo del Coronel Córdoba, fué vencido en Salamina, juzgado por el Tribunal de Antioquia, y fusilado en Medellin junto con Galindo. Así acabó su carrera aquel valeroso y noble soldado de la Independencia, hombre de muy bellas prendas y que habia ganado con sus servicios anteriores muy merecidas glorias.

Mi padre no quiso huir, sino que aceptó en Honda las consecuencias de su conducta, corriendo la suerte de los vencidos. Presentóse al General Paris, y éste, que era nuestro huésped, le ofreció indulto y le dió por cárcel su propia casa. No quiso mi padre aceptar el indulto y prefirió someterse á juicio.

XIII.

AVENTURAS DE UN CORONEL.

Corria el año de 1841, época luctuosa en que la revolucion liberal, por una parte, y la represion gubernativa, por otra, habian cubierto de luto la República, ensangrentándola, así en numerosos campos de batalla como en las plazas y los sitios donde la mano de Mosquera habia hecho levantar, sin fórmula de juicio, tántos patíbulos....

Cosa terrible para la hoja de servicios de aquel caudillo! *El sólo*, en 1840 y 1841, como Comandante en jefe de los ejércitos del Gobierno, habia hecho fusilar, á despecho de toda resistencia y toda súplica de sus subalternos, de generosas damas y de muchos empleados, nada ménos que *ochenta y ocho* ciudadanos (otros dicen 112), casi todos prisioneros de guerra; y de esas ochenta y ocho víctimas, solamente *dos* habian sido objeto de *juicio* formal y *sentencia* condenatoria....

Y aquel General, ebrio de sangre, que tenia el privilegio de monopolizar la matanza y hacer del cadalso un *principio personal* ¿ ganaba siquiera las batallas ó los combates que le servian de pretexto para sus fusilamientos ?.... No. Se practicaba el principio económico de la division del trabajo. Barriga se encargaba, con otros

Jefes, de *vencer* en la *Chanca;* Henao triunfaba en Salamina, y Diago y otros más gañaban la gloria combatiendo; y Mosquera cosechaba los laureles y se encargaba de la parte lúgubre de la guerra,—de levantar cadalsos,—para deshonrar las victorias que usurpaba á sus segundos y subalternos.... Tal era la partija de la guerra!

Con pasaporte del General Paris y acompañado simplemente de un oficial, mi padre fué dejado en libertad, para venir á presentarse al Jefe del Gobierno en Bogotá. En el tránsito enfermó gravemente, y hubo de quedarse en Guáduas, bajo la garantía de su palabra. La enfermedad fué grave y de más de cuatro meses. Yo rayaba entónces en los trece años, estaba en vacaciones forzadas y acompañaba á la sazon á mi padre, que casi siempre se hallaba postrado en la cama.

Un dia le entregaron misteriosamente á mi madre una carta, enviada de Honda por posta. En ella le avisaban á mi padre que el Coronel Tomas Murray, su amigo, habia sido apresado en las montañas de Sonson y trasladado á Honda, y que inmediatamente una escolta le conduciria á Bogotá, donde, sin duda, seria juzgado y fusilado. Al punto mi padre me hizo llamar á su alcoba y me dijo:

"Vete volando, hijo, á llamarme al doctor Garnica y al Alcalde; diles que necesito urgentemente hablar con ellos y les suplico vengan á verme."

Antes de quince minutos estuvieron los dos sujetos junto á la cama de mi padre.

El doctor Garnica era el médico y la providencia curativa de Guáduas: hombre admirablemente benéfico y caritativo, que prodigaba el bien, así á pobres como á ricos, y sobre todo á los primeros. Curaba al estilo antiguo,—con fomentos, cataplasmas, purgantes y colirios,— pero curaba. Por lo mismo, habia estado tratando con esmero la disenteria que tenia á mi padre postrado.

El Alcalde era un sencillo servidor del Gobierno, por temperamento pacífico y adhesion á la legalidad, pero simpatizaba con los "progresistas" ó liberales de entónces, y era grande amigo de mi padre.

Cuando los dos personajes del distrito estuveron sentados junto al lecho de mi padre, éste les dijo:

—Mis amigos, tengo para con ustedes un empeño.

—Cuál? preguntó el Alcalde.

—¿Algun *antojo* de convaleciente? preguntó el doctor Garnica.

—No; les llamo á ustedes para que hagan una obra de caridad.

—Pues diga usted lo que sea, repuso el Alcalde.

—La cosa es delicada, mis amigos.

—No importa, observó el doctor.

—Se trata, añadió mi padre, de salvar del patíbulo á un extranjero, valiente servidor de la patria, que es mi amigo.

—¿Y quién es? dijo el Alcalde.

—El Coronel Murray.

—Justamente, observó aquél, acabo de recibir de Honda un pliego en que me avisan que llegará mañana una fuerte escolta, la cual conduce al Coronel; y se me ordena que prepare cuartel para el alojamiento y bestias para el preso y los oficiales de la escolta.

—Pues, mi amigo, repuso mi padre dirigiéndose al Alcalde, todo lo que pido á usted es que procure no hallar pronto las bestias; que escoja para cuartel una casa *ventajosamente* situada, y que si el Coronel resulta enfermo, no le obligue usted á continuar el viaje.

El Alcalde *comprendió* al punto lo que mi padre deseaba y dijo:

—La humanidad no se opone al deber; será usted servido, señor don José María.

Lo demas fué concertado con el doctor Garnica; y yo, siquiera fuese un chico travieso, ó acaso por lo mismo, fuí puesto al corriente de todo para ser el instrumento de lo que mi padre se proponia hacer desde su cama.

Al dia siguiente, á eso de las cinco de la tarde, llegó la escolta con el Coronel Murray, y se acuarteló en una casa de paja y bahareque, situada en la esquina meridional de la plazuela que despues fué donada por el General Joaquin Acosta, dándole el nombre de "plazuela de *Herran*," y que hoy dia llaman de "la Pola," en memoria de la inmortal heroína Policarpa Salabarrieta.

La casa tenia al frente la plazuela, á la izquierda el camino del *Hato*, que sale hácia el Sur, y por detras, como límite del solar, la barranca que da sobre el riachuelo llamado el *Limonal*. Por todo el costado izquierdo, sobre el camino, corria una cerca de *guadua picada*, sustentada en parte por algunos naranjos y un guaná-

bano, y detras se extendia la campiña casi solitaria.

Hacia poco más de una hora que el Coronel y su escolta habian llegado, cuando me presenté á la puerta del improvisado cuartel y, saludando al teniente 1º que comandaba la pequeña tropa, le dije:

—¿Podrá usted permitirme ver al preso?

—¿De parte de quién? me preguntó.

—De parte de don José María Samper, mi papá.

—Ah! ¿don José María está aquí? Lo celebro mucho, pues le debo un servicio y tendré mucho gusto en ir á visitarle.

—Mi papá, añadí, es amigo del señor Coronel, y aunque está enfermo, en cama, desea servir en lo que pueda al preso.

—Pues éntre usted.

Un sargento me introdujo hasta un rincon de la sala, donde el Coronel estaba acostado, en el suelo, sobre una estera y unas mantas. Le saludé, le dí el recado de mi padre y conversámos. El Coronel Murray era un irlandes jovial, franco y de buen carácter, muy blanco de cútiz, pequeño de cuerpo y regordete, y hombre entusiasta y valeroso.

A poco de estar conversando le ofrecí un cigarro, y le dí otro al sargento. Sacó éste su yesquero y eslabon para encender lumbre, y yo, acercándome más al Coronel, le dije en voz baja: "No se fume usted el cigarro; dentro hay un papel." Y poco despues me retiré.

En efecto, dentro de la *tripa* del cigarro iba un billetito de mi letra, dictado por mi padre, que decia:

"A todo trance *enférmese* usted; el médico irá á reconocerle. Hay que ganar tiempo miéntras se concierta la fuga de usted."

A las ocho de la noche el Coronel estaba tiritando de *frio* (frio de fiebre) y se quejaba mucho y con gran desasosiego. Como el accidente continuaba, el jefe de la escolta dió parte al Alcalde, y éste le dijo:

"El médico del lugar irá á ver al enfermo. En todo caso, juzgo que usted debe suspender la marcha; mayormente cuando no es posible conseguir bestias para mañana."

Al dia siguiente, muy temprano, el doctor Garnica visitó al Coronel, y despues de examinarle declaró que tenia el principio de una fiebre peligrosa y que se ex-

pondria la vida del enfermo si se le hacia continuar el viaje.

Una hora despues estuve en la puerta del cuartel, llevando en la mano una botella de excelente oporto con un rótulo que decia : " Las copitas." Este era el remedio para el enfermo.

Pero la botella contenia una cosa mejor : del corcho pendia, entre el vino, una bolita de migajon de pan, envuelta en cera negra, dentro de la cual iba un papel con estas palabras :

" Logre usted esta noche que le permitan acostarse en el corredorcito que da sobre el patio, y esté listo para saltar por encima del poyo que encierra ese corredor ; cuando usted oiga maullar un gato, sálgase por el pié del segundo árbol, donde le aguardarán : Todo estará listo para la fuga: tenga usted confianza y déjese conducir."

Aquella noche hubo " baile de contribucion," segun se dijo, en una casa situada á cuatro ó cinco cuadras del cuartel improvisado en que se hallaba el Coronel Murray. El Coronel habia suplicado que le permitiesen (por estar muy acalorado con la fiebre) hacer sacar su cama, compuesta solamente de una estera y unas mantas, al corredorcito que daba sobre el patio. Una forma de pequeño tabique ó poyo de un metro de altura, levantado enfrente á la pared, encerraba el corredorcito, haciendo de éste una especie de cajon. El teniente que comandaba la escolta permitió que el Coronel se acostase allí ; pero hizo colocar un cabo y dos soldados en el centro de la salita, dejando abierta la puerta que daba salida al corredor, de manera que el preso estuviese invigilado, no obtante la postracion en que parecia estar.

A eso de las nueve de la noche, los oficiales, invitados al baile, se fueron á sacudir las piernas con las muchachas guadueras, entre las cuales, por cierto, han abundado las buenas mozas ; algunos de los soldados se acostaron á dormir en la sala ; y unos cinco ó seis, sentados en el suelo sobre un cuero de res, se pusieron á jugar con naipes el juego de *primera y flux*.

Yo observaba todo esto desde la plazuela, protegido por la profunda oscuridad de la noche, y cuando me cercioré así de que todo iba bien, fuí á dar, segun las instrucciones de mi padre, el aviso necesario á mi tio Ra-

fael, encargado de hacer preparar el peon y las bestias para la fuga del Coronel.

Mi padre quedó encantado cuando le informé de todo, y volvió á recomendarme suma discrecion; pero yo estaba tan orondo con ser el instrumento de una aventura tan grave, que, no obstante mi genial travesura, tomaba la cosa muy en serio y estaba seguro de proceder con tino.

Despues de aguardar con anhelosa impaciencia, durante dos horas mortales, salí de casa solo, poco despues de las once y média de la noche, vestido de ruana negra y *calzado* con alpargates, llevando en la mano un buen cuchillo y al cinto un excelente par de pistolas de caballería.

Al acercarme (habiendo seguido un tortuoso camino por calles excusadas) á la casa donde se hallaba el Coronel, me palpitaba el corazon terriblemente, inquietado por el temor de que se frustrara la empresa; pero cobré ánimo al reconocer que todo estaba solitario y en silencio en torno mio, y que, al propio tiempo que habian cerrado la puerta exterior del *cuartel*, estaba abierta la interior.

En efecto, al arrimar los ojos á la cerca del solar, á la sombra de un naranjo, vi que los soldados seguian jugando á los naipes, y noté que en la casa reinaba el mayor silencio. Inmediatamente me puse á trabajar con mi cuchillo, cortando arriba y abajo los bejucos que sujetaban las *guáduas* en medio de las *cintas* ó listones de la cerca; y cuando esta operacion quedó hecha, alcé las guáduas, en un espacio como de medio metro, de modo que abrí un portillo suficiente para que el Coronel, agachándose algo, pudiera salir.

Yo he tenido, desde muchacho, una habilidad notable para imitar muy diversas voces de hombres y las de muchos animales, y particularmente podia fingir perfectamente, cosa de engañar á cualquiera, los ladridos de los perros, el canto de los gallos y los maullidos de los gatos. Hice con perfeccion el último de estos ruidos, y aguardé, lleno de angustia....

Tres minutos despues de mis maullidos sentí pasos muy quedos del lado de adentro de la cerca, y un instante despues la voz del Coronel me decia muy suavemente:

—Amiguito.... ¿está usted ahí?

—Si ; todo está listo ! vámonos pronto !

—Cómo no !

Y el Coronel salió por el portillo y me abrazó. Pero al punto exclamó :

—Diantre ! he olvidado mi ruana !

—¿ Y qué importa una ruana ? le dije ; usted hallará las necesarias en su montura.

Pero el Coronel no me escuchó, y sin darme tiempo para detenerle, se entró por el portillo, se alejó de la cerca, y volvió á saltar, en busca de su manta, por encima del tabiquillo que encerraba su cama.

Pasaron dos ó tres minutos que fueron de suprema ansiedad para mí.... Al cabo el Coronel volvió, salió otra vez del solar, y me siguió á toda priesa hácia la orilla del riachuelo cercano. En breve pasámos silenciosamente por encima de dos cercas, dejando el camino del Hato á la izquierda, y nos dirigímos, á traves de unos potreros de la señora Ana María Acosta, en derechura hácia el rio *Guadual.*

Yo era un muchacho animoso y andariego, que conocia á palmos todos los campos circunvecinos, particularmente del lado de la hacienda del *Paramillo* ; por lo que, sin vacilar, no obstante la profunda oscuridad de la noche, marchaba delante del Coronel. Cuando ya íbamos á buena distancia del camino, no pude ménos que romper el silencio, que para mí ha sido siempre penoso, y decir :

—Me hizo usted temblar de angustia, señor Coronel.

—¿ Por qué, amiguito ? preguntó él tranquilamente.

—Porque usted, despues de la primera salida, se entró en el solar, exponiendo su vida.

—Lo hice por esta ruana pastusa, replicó, mostrándome una que llevaba doblada sobre el hombro izquierdo.

—Por una ruana ! exclamé asombrado.

—Ah, sí, respondió el Coronel con una sencillez heroica : es un regalo que me hizo el General Obando, y yo no podia dejarla olvidada.

Aquella ocurrencia me pareció entónces apénas curiosa, bien que yá yo habia leido, sin comprenderlas en gran parte, es verdad, las *Vidas* de hombres ilustres de Plutarco. Años despues, cuando recapacité en lo de la ruana y traté de cerca al General Obando (José María),

comprendí los sentimientos de adhesion que él podia inspirar, y el acto del Coronel Murray me pareció sublime.

Al llegar á cierto sitio de la vega del Guadual, silbé tres veces, dejando espacios, y otras tantas contestó á mi silbido un mozo fiel que nos aguardaba. Al punto pasó el riachuelo á caballo, trayendo otro del diestro, y entónces le dije al Coronel:

—Ahora puede usted montar y nos separarémos....

—Ah! mi amiguito! creo que debo la vida á usted y á su papá....

Y la emocion que sentia le cortó la voz por un momento.

—Mi papá, repuse, me encarga decir á usted que estas pistolas que le he dado y este sable-espada que tiene en la mano el criado, fueron del uso de mi tio Juan Antonio....

—Oh! oh! exclamó el Coronel, queriendo decir mucho con sus dos exclamaciones.

—Aquí tiene usted, añadí, una bolsa con dinero. Ahora, parta usted con toda confianza. Usted será conducido, por *Chapaima* y *Méndez*, siguiendo luégo caminos excusados, hasta nuestra hacienda del *Caimital*, cerca de Honda. Allá le recibirá mi hermano Rafael, y él se encargará de mantenerle oculto hasta que cese todo peligro.

El Coronel se ciñó el sable, metió las pistolas en los espaciosos bolsones del galápago, y ántes de montar me estrechó tiernamente en los brazos y me dijo muy conmovido:

—Adios: mil cosas y un íntimo abrazo á don José María!....

Un instante despues se perdió en la oscuridad, y en breve dejé de oir las pisadas de los caballos.

Al quedarme solo, debajo de un corpulento guamo, sentí miedo... ¿Miedo de qué? No lo sé; yo no creia en espantos ni brujas, pero tuve miedo á la oscuridad, la soledad y el silencio....Sin embargo, cogí mi miedo á dos manos, y eché á andar directamente hácia el *Limonal*; mas no para pasarlo por el camino del Hato, sino para ir á salir al *Llano*, al poniente del poblado, segun el itinerario que mi padre me habia trazado. Cuando, al pasar el riachuelo á vado, oí cantar un gallo, se me acabó el miedo; caminé apriesa, y á las dos de la mañana entré en casa.

Mi padre y mi madre estaban en vela, y ambos tan intranquilos, que á las tiernas reconvenciones de ella, por los peligros á que se me habia expuesto, contestaba él con alguna zozobra.

—Dios mio! aquí está! exclamó mi madre alborozada, al verme entrar.

—Mi hijo! ¿nada te ha sucedido? me preguntó mi padre muy conmovido.

—Nada, papá.

—¿Y el Coronel?

—En salvo.

—Dios sea bendito!

Cuatro dias despues regresó el peon con los caballos, dando las mejores noticias.

Mi hermano Rafael, bien que apénas tenia catorce años y meses, era un jóven de mucho juicio y discrecion, muy apto naturalmente para los negocios, y estaba encargado de la administracion de la hacienda del *Caimital.* Habia sido advertido por posta, y tenia preparado allí un excelente escondite, para lo cual habia hecho construir á la ligera un pobrísimo rancho, sobre la meseta de un alto y escarpado cerro, cerca de un manantial. Un negro liberto que servia en la hacienda y era de toda confianza, llevaba todos los dias al Coronel los víveres y demas objetos.

En aquel escondite alcanzó á pasar el Coronel Murray cerca de dos meses. Sin embargo, todas las sospechas de su fuga habian recaido sobre mi padre, á quien acusaban en Guáduas, por lo bajo, de haberla preparado desde su cama. Esto hizo que en Honda sospecharan tambien que el Coronel estuviese oculto en nuestra hacienda, por lo que varias veces fueron á rondarla.

En la última de aquellas rondas, el negro liberto fué sorprendido debajo de unos árboles, con el canasto de los víveres. Le amenazó de muerte el Alcalde que conducia la escolta, y le forzó á guiarle hasta el escondite.

Cuando ménos lo pensó el Coronel, que estaba tendido en una hamaca, sintió que su rancho se hallaba cercado de tropa por tres lados: por el otro habia un peñasco de más de veinte piés de altura que dominaba las asperezas del cerro.... Se tiró por allí el Coronel, y al caer se dislocó un pié y no pudo escapar. Pronto le cayeron encima y le amarraron y echaron sobre un caballo, no sin darle primero dos bayonetazos en un muslo....

Cuando el prisionero fué dado de alta en el hospital militar de Honda, y le volvieron á conducir hácia Bogotá, el Gobierno habia expedido un indulto, merced á la derrota sufrida por el General Carmona en Tescua, que fué el final de la guerra civil. Ya toda medida de rigor fué absurda, y todo fusilamiento, siquiera fuese jurídico, hubiera sido una monstruosidad. La demora de dos meses obtenida con la fuga del Coronel Murray, le habia salvado pues, la vida.

Fué Murray (Secretario de Guerra y Marina en 1853) un buen soldado de nuestra Independencia, la cual vino á defender enrolado en la célebre *Legion Irlandesa.* Era hombre de ideas muy liberales y muy adicto á los pueblos colombianos. Verdad es que solia pecar mortalmente por el lado de la *galantería*; pero toda su vida pública fué honrada, y su espada de irlandes se hizo digna de la gloriosa patria adoptiva que ayudó á libertar.

XIV.

OTRA VEZ EN EL COLEGIO.

La revolucion habia dejado á mi padre en triste situacion, reducido á la propiedad de su hacienda, sin ganados y sin la considerable renta que ántes derivaba de ella; pero él resolvió hacer un esfuerzo supremo para sostener la educacion del mayor número posible de sus hijos, trabajando en la agricultura, por su parte, miéntras que el mayor de mis hermanos, Manuel, emprendia carrera comercial. Miguel, por un lado, siguió estudiando en Bogotá, protegido por mi tio Manuel Francisco, su padrino; Agripina (que con el tiempo habia de ser la poetisa y escritora PIA-RIGAN) vino á educarse en el Colegio provincial de la Merced; y Rafael, Antonio y yo entrámos de alumnos internos en otro que habia fundado el doctor Mariano Francisco Becerra, de quien he hablado en otro lugar.

Algo más de un año pasé allí, estudiando con vario provecho frances, física y geografía, altas matemáticas, lógica y cosmografía, sin perjuicio de continuar ejercitándome en el dibujo y la pintura á la aguada, y de aprender algo de música. Mi guitarra y yo fuímos recíprocamente víctima y victimario; pero la guitarra acabó su carrera á virtud de un formidable golpe que me le dieron un dia jugando á la pelota; el pelotazo la rajó de tal modo que

ella pasó á mejor vida, sin que yo sintiese mucho su fallecimiento.

En aquel colegio conocí á Ricardo Becerra, chicuelo á quien entónces llevaba yo cosa de siete años de edad. Era un bonito muchacho, pero muy lloron, desaplicado y empalagoso. ¡Quién me hubiera dicho entónces que Ricardo vendria á ser con el tiempo un gallardo caballero, hombre de mucho valor, de clarísimo talento, insigne diarista y muy digno hombre de Estado que hiciese notable papel en Colombia, Venezuela, Perú y Chile; y á más de todo esto, para mí, un amigo afectuoso y siempre consecuente!

Era difícil determinar la categoría á que yo perteneciese, como estudiante, en materia de aprovechamiento. Habia sido singularmente desaplicado en algunos estudios y era muy aprovechado en otros. Con excepcion de la aritmética, que no me habia disgustado mucho, miraba con horror las matémicas: mi cerebro no estaba organizado para la inflexible rigidez de esas ciencias, ni tenia paciencia para tan áridos estudios; desgracia que siempre he lamentado.

Al contrario, mi espíritu era muy accesible á todo lo que de algun modo podia excitar mi imaginacion y sentimiento artístico, mi curiosidad de fenómenos ó mi necesidad de comunicacion expansiva. Así, el dibujo, la música y la arquitectura me encantaban, las ciencias intelectuales y los estudios literarios me gustaban mucho, la física, la cosmografía y la geografía me causaban gratísimas impresiones, y las lenguas extranjeras despertaban mucho mi curiosidad. Pero el latin me inspiraba repugnancia, á causa del empirismo repelente con que se enseñaba entre nosotros la lengua de las lenguas.

Un dia cierto condiscípulo externo no supo su leccion y tocóme corregirle; se amostazó, y al salir de la clase me provocó á querella. Para mayor abundamiento, el filosofillo aquél pertenecia á una familia ministerial, y como entónces los muchachos hablábamos de política lo mismo que de jugar á la pelota ó la *coca* (el juego que en frances llaman *bilboquet*, boliche) me ofendió llamándome *faccioso*. Yo que no aguantaba pulgas y era muy resuelto, alcé la mano y le dí un bofeton: ademas, hablé contra el Gobierno calificándolo de tiránico. El mozuelo se fué muy resentido, se quejó á su padre, y

éste me denunció, no supe ante quién, así como á mis hermanos.

Ello fué que al dia siguiente, á eso de las once de la mañana, se presentó en el colegio don N. N, alcalde de la ciudad, exigiendo que el Director le entregase los tres hermanos Samperes, " sindicados, segun dijo, de espíritu revolucionario y culpables de haber proferido expresiones sediciosas, ofensivas para el Gobierno." De estos tres revolucionarios el mayor tenia apénas quince años, el segundo, que era yo, no habia cumplido catorce, y el tercero tenia doce. Por tanto, con los tres juntos, á lo sumo habia materia para formar un mal faccioso. Así era la política en aquel tiempo, en que estaban en auge las " medidas de seguridad," y lo ha sido en otras épocas bajo el régimen liberal.

Todo el personal del colegio quedó consternado con la intimacion hecha por el Alcalde, quien decia obedecer á una órden terminante del Gobernador de la provincia. La cosa sucedia " siendo Gobernador de Bogotá el señor Alfonso Acevedo Tejada," sujeto que se hizo célebre, algunos años despues, por su terrible periódico *Libertad y Orden*, publicado casi exclusivamente contra el General Mosquera. Ello fué que el doctor Becerra hizo observaciones, que su señora rogó en nuestro favor, y que los alumnos, excepto el denunciante, suplicaron pidiendo gracia ; pero todo fué inútil, á lo ménos respecto de mí. El Alcalde, ostentando generosidad, apénas consintió en dejar en el colegio, *apercibidos* y con fianza del doctor Becerra, á mis hermanos : yo tuve que marchar, en medio de una escolta, con direccion al cuartel de San Agustin. Sin fórmula alguna, y siendo impúber, se me condenaba nada ménos que á servir en el ejército.

Pero mi desquite comenzó desde la puerta del colegio. El Alcalde tenia cierto modo de caminar oscilatorio, que le daba el aire de una de aquellas efigies de santos que suelen sacar en ándas en nuestras procesiones y que por falta de una cuña oscilan sobre su peana : así el digno personaje era muy conocido en la ciudad por el sobrenombre de *San Juan sin cuña.* Al partir la escolta conmigo vi que los balcones de las casas vecinas estaban llenos de señoras, cuya curiosidad se habia excitado con el incidente ocurrido. El Alcalde iba adelante, blandiendo su baston, á guisa de General victorioso que

entraba en una ciudad con su séquito de prisioneros. Me puse á caminar como él, remedándole perfectamente y muerto de risa: los de la escolta reventaban de ganas de reir, las gentes de la calle y los balcones lo hacian á carcajadas, y el Alcalde, que no caía en la cuenta, iba marchando muy orondo y sereno.

Por lo pronto me dejaron solo en la sala de armas del cuartel de San Agustin, situada en el piso alto y dando frente á la plazuela; pero al encierro precedió un sermon del Alcalde, que me pareció poco edificante, respecto de los inconvenientes del espíritu revoltoso. La sala aquélla estaba enteramente solitaria, y como me encerraron no me quedó por lo pronto medio alguno de entretenimiento. Me arrimé á una ventana y me puse á contemplar alternativamente la gente que pasaba, el agua del menguado y sucio riachuelo llamado Manzanáres, los desnudos cerros de Guadalupe y Monserrate, las golondrinas que revoloteaban encima de la torre de San Agustin, y hasta el obeso busto de un fraile dormilon que parecia leer medio asomado á una ventana del convento vecino.

Pero yo necesitaba ocupacion activa, y aquella contemplacion me fastidió. Felizmente pude proporcionarme un entretenimiento muy divertido: me puse á inspeccionar la sala de armas. Habia en ella como cuatrocientos fusiles recostados en filas contra las paredes, y de éstas pendian unos cuantos mazos de velas de sebo, sin duda destinadas para el alumbrado del cuartel; este era todo el *mobiliario*.

"Bueno! dije para mí; puesto que me destinan á ser soldado, me ejercitaré en cargar fusiles."

Al cabo de una hora la mayor parte de los fusiles estaban cargados....Con qué? en vez de cartucho embalado cada fusil tenia adentro una vela de sebo bien atacada. Hoy pienso que aquella idea fué luminosa: cuán felices no serian muchos pueblos si todos los soldados, que tan costosamente mantienen, tiraran con velas de sebo en lugar de balas!

Un oficial subió á la sala de armas y me sorprendió casi al terminar mi operacion.

—Hola, amiguito! me preguntó: ¿qué hace usted con esos fusiles?

—El ejercicio, mi teniente! le respondí.

—¿Qué ejercicio?

—Aprendo á cargar en tres movimientos.

—Pero ese modo de cargar..... observó el oficial, poniendo mal ceño al notar que por la boca del fusil que yo tenia en la mano asomaba la punta de una vela.

—Es un nuevo sistema, repuse con seriedad fingida.

—Maldito cachifo! gritó mi interlocutor al observar lo que yo habia hecho; pues no há dañado todos los fusiles!

Á los dos minutos me trasladaron al cuarto de los oficiales, en el cuerpo de guardia, á fin de que allí me vigilasen de cerca. En aquel momento comenzaron á llover provisiones de boca que me enviaban del Colegio y de varias casas vecinas: una de estas casas, situada en frente á la del colegio (la célebre casa *de Grau* que fué incendiada en 1862, durante el combate de San Agustin) era habitada por la familia Lombana, patriota, entusiasta y estimablé en todos sentidos.

Al recibir las provisiones que me enviaban me puse á distribuirlas, en gran parte, entre los oficiales que me cercaban, y quedámos muy amigos. Uno de ellos poseia una guitarra, instrumento ingrato y rebelde que yo tenia el mal gusto de estar aprendiendo, como he dicho, á rasguñar pésimamente. Talvez mi aficion á la guitarra habia nacido de la historia de los amores de mi padre y mi madre; en cierto modo, yo debia el sér á una guitarra. Ello fué que al punto acordé como pude el instrumento, y como ya perpetraba algunos valses y contradanzas, me puse á tocar y cantar. Es innecesario asegurar bajo mi palabra de honor que yo tocaba indignamente y cantaba peor; siempre he tenido los dedos torpes para la música, y una voz que sólo podia estallar con honor en un concierto de cataratas y truenos. Pero lo esencial para mí era divertirme. Canté unas cuantas redondillas improvisadas (pues ya empezaba á delinquir contra las Musas), suficientemente cojas y majaderas, pero que tenian el mérito de ser dedicadas al señor Alcalde; y recuerdo que en una de ellas la palabra *pezuña* rimaba con el sobrenombre de *San Juan sin cuña.*

Miéntras que yo ejecutaba en el cuerpo de guardia todas las truhanerías imaginables, divirtiendo mucho á los oficiales y soldados, mis hermanos se habian puesto en campaña y para "echar empeños" en mi favor. Bastó la intervencion de don Lino de Pombo, amigo de mi padre, para sacarme de la apretura: aquel digno sujeto,

de quien fuí despues justo admirador y fiel amigo, fué á la Gobernacion, habló con el señor Acevedo y le hizo ver lo violento y ridículo del procedimiento adoptado contra mí. El Gobernador se disculpó diciendo que éran " cosas del Alcalde" (porque entónces todos los Alcaldes eran hombres de *cosas*), y ordenó que inmediatamente me pusieran en libertad.

Lo hizo en efecto el Alcalde, no sin administrarme la segunda edicion de su prédica de la mañana, y salí del cuartel con aire de triunfo é ínfulas de mártir imberbe de la libertad, y jurando que tarde ó temprano me vengaria del Alcalde. Por demas está decir que jamas pensé luégo en vengarme: tengo la felicidad de no haber codiciado ni saboreado nunca ese brevaje horrible que llaman la venganza.

XV.

DOS HOMBRES RAROS.

Desde los balcones de la casa de mi colegio veía yo casi todos los dias á un sujeto que me llamaba mucho la atencion, por ser personaje típico, padre de una familia vecina por quien yo tenia sincero aprecio: era el doctor José Félix Merizalde, con cuya pluma cambió la mia, en varias polémicas, años despues, una que otra pulla sin consecuencia. Viejo patriota de la época de la Independencia, de ideas singulares y carácter raro, me pareció siempre la personificacion de la inquietud, la actividad y la constancia en todas las cosas; su biografía se enlaza mucho con la crónica de Bogotá, en lo tocante al presente siglo.

Este sujeto, que la muerte arrebató á la ciencia en 1868, fué el hombre que en esta tierra hizo más clases de medicina; el que recetó á mayor número de mujeres y muchachos, vacunó más gente, contó más anécdotas, publicó más hojas sueltas y oyó más misas. Fué tambien el hombre más nervioso y jovial que yo conociera, viéndole siempre de buen humor, con las apariencias de la seriedad ó del desagrado. Se le vió intervenir en casi todas las polémicas de la prensa bogotana, ora políticas, religiosas ó de ciencia médica, siendo miembro de todas las juntas de sanidad posibles, y conjuntamente médico, militar, boticario, escritor público y profesor. Infatigable en su aplicacion al servicio de las ciencias

médicas, fué el hombre más benemérito en Colombia por su constancia en la propagacion de la vacuna. Hasta 1867, con cerca de ochenta años de vida, conservaba enteros su carácter, su energía y actividad, y hacia todos los dias lo que medio siglo ántes. Así, entre los hombres notables de este pais, ninguno, en toda la extension de la palabra, *vivió* tanto como el doctor Merizalde. Su memoria merece ser conservada con estimacion y respeto.

Mis tempranas relaciones de amistad con la familia del doctor Vicente Lombana me procuraron más tarde las de este importante sujeto, que, sin figurar constantemente en la política y acaso por esto mismo, en parte, fué uno de los hombres más populares en Bogotá. Me impuso respeto cuando le conocí, recien vuelto del destierro á que le condenaron por "medida de seguridad," como culpable de liberalismo; pero al oirle pronunciar la primera palabra sentí ganas de reir, y á la segunda reí por entero. Era imposible mantenerse serio al lado de aquel hombre singularmente agudo, ingenioso, cáustico, pronto y espontáneo en sus dichos y siempre oportuno en sus comparaciones y comentarios respecto de los hombres y de las cosas. Se podria formar un grueso y bien interesante volúmen con las anécdotas muy conocidas en que él figuró como autor de alguna ocurrencia burlona, crítica ó punzante.

Al verle no más, se conocia que su cara aristofánica coincidia con un espiritu ingenioso, un carácter independiente y casi rudo en sus tendencias, y una palabra acerada. Su alma libre y severa no transigia con ninguna bajeza, y su temple de republicano le hacia juzgar sin lástima toda prevaricacion y toda falsedad. Cuantas veces figuró como funcionario público, ya en los congresos ó en magistraturas políticas, sus actos y palabras tuvieron el sello de la integridad, la firmeza y la moderacion.

Abogado, médico, cirujano y farmaceuta al mismo tiempo, amigo de ocuparse, aunque platónicamente por lo comun, en las cosas políticas, y hombre de sociedad como pocos, sabia combinar en su espíritu la solidez de la ciencia, el gusto por la buena literatura, la benevolencia para con los pacientes, la movilidad imprevista de nuestra crónica social y el aticismo de cierta crítica inflexible. La cosa más sencilla que se dijese delante de él, provocaba de su parte una observacion picante, un

chiste ingenioso y enteramente original, que caía siempre instantáneamente sobre el asunto de la conversacion como el cuchillo de la guillotina sobre el cuello de un reo.

La seriedad de su vida y de su semblante le daban de continuo aire grave y áspero, y con la severidad de un juez pronunciaba agudezas que eran como fallos inapelables. Si su posicion era de hombre serio y positivo, su espíritu era, si se me permite la expresion, él más *cachaco* que yo haya conocido. Otros tratan y deciden las cuestiones con discursos ó largos escritos: él las condensaba en una palabra, las reducia á su más simple expresion, y las resolvia con algun chiste profundo ó alguna comparacion *contundente*. Su palabra cortaba unas veces como escoplo, otras punzaba como daga, ó bien aplastaba cual pesado martillo. Ello fué que su autoridad se volvió decisiva en materia de agudezas y epigramas. Cuando ocurria en Bogotá algo que diera márgen á censuras ó burlas, todos preguntaban: "¿Y qué dice de esto el doctor Lombana?" Dichoso entónces el primer *cachaco* que podia repetir la correspondiente ocurrencia del espiritual farmaceuta!

Se hizo tan probervial su sarcástica ironía, su causticidad algunas veces *mortífera*, que algunos, juzgándole por las apariencias, le calificaron de maldiciente y mordaz. No estimo justos estos calificativos: el doctor Lombana fué simplemente un contendor de la justicia. Jamas su palabra cortante hirió al amigo fiel, al hombre de bien, al débil indefenso ó al desgraciado: él no atacaba sino á los fuertes; era un vengador de la sociedad; sus chistes y agudezas castigaban muchas iniquidades de aquellas que el código penal no definia, ó que los jueces ó la opinion pública dejaban impunes. Así, fué en Bogotá una verdadera potencia moral: comprobó con toda su vida que el ingenio es cosa de gran valía, y que las injusticias que triunfan algunas veces de la ley jamas resisten al ridículo, que es la sancion penal de las debilidades vulgares (1)

XVI.

MERCURIO Y THÉMIS.

A virtud de resoluciones del Gobierno, los estudios universitarios debian quedar suspendidos desde media-

(1) Murió en Bogotá el 19 de Noviembre de 1880.

dos de 1842 hasta el 2 de Enero del siguiente año, á fin de ganar tiempo para una completa reorganizacion de de las Universidades de la República y la adopcion de un nuevo plan de estudios. Mis vacaciones debian durar, por tanto, de cinco á seis meses, despues de concluidos los estudios de " literatura y filosofía " ; y mi padre, para que yo no estuviera ocioso y aprendiera desde temprano á trabajar, sirviendo de algo de una vez, dispuso que durante mis largas vacaciones acompañase al mayor de mis hermanos, ya establecido entónces en el comercio, ayudándole en su gran tienda que mantenia en Ambalema.

No me disgustó aquel lugar, bien que en 1842 era casi todo un poblachon ó grande aldea de casas de bahareque y paja, donde sólo era notable, por tener cubierta de tejas, el edificio de la Factoría. En tres épocas trabajé en el comercio en Ambalema, y por muchos motivos conservo de ese lugar recuerdos tan profundos como variados. Habia en aquel pueblo (años despues muy mejorado en lo material y elevado al rango de ciudad) considerable movimiento, así en los puertos del rio Magdalena como en las calles, principalmente los sábados y domingos, motivado por los negocios que se hacian con el tabaco y todos los objetos necesarios para su cultivo y manipulacion. Estaba en su fuerza y vigor el monopolio oficial de aquel producto, y casi todos los cosecheros eran muy pobres ; sólo el Gobierno y los contrabandistas lucraban, y el excelente tabaco de Ambalema, que no podia ser exportado, pero ni áun producido en grande escala, ni mejorado en calidad, era enteramente desconocido en el exterior. Recuerdo que el primer dia de mercado compré cigarros de cosechero á una campesina : eran pésimos, pero me costaron á razon de 20 por un cuartillo, ó sea 100 por 12½ centavos de peso de ley actual. Hoy dia el ciento cuesta, de poco mejor calidad, 80 centavos, de manera que, no obstante la libertad, por la gran extension del consumo y otras causas, en treinta y nueve años el aumento de valor ha sido de 540 por 100.

Las costumbres en Ambalema eran en 1842 sobrado libres, defecto que se fué acrecentando hasta ir muy léjos, en 1857, última fecha en que visité la ciudad. Ignoro si allí habrán perdido la mala costumbre de tener aquellas costumbres, y sólo sé por la notoriedad, que

despues de haber llegado á su más alto grado de prosperidad en 1859, la ciudad cayó en prolongada crísis económica y vino á quedar en lamentable pobreza y sumo estancamiento. Es posible que un dia renazca de su desventurada situacion, si á ello concurren todos los esfuerzos necesarios.

La tienda de mi hermano contenia de todo y él vendia de todo: ropas y mercería, ferretería y quincallería, especies, licores y hasta drogas; mezcolanza propia del pais y que me hacia trabajar mucho pero me agradaba. La *especialidad* en el trabajo y los negocios (signo seguro de progreso industrial, porque la division del trabajo es una ley fecunda), no existia ni existe aún en nuestros pueblos; y áun en Bogotá está muy léjos de haber sido establecida. Nada es ménos económico de tiempo, capital y esfuerzos que la confusion de negocios, trabajos y surtidos de mercaderías; pero así trabajamos todos en Colombia; y del propio modo que el soldado se vuelve gobernante y el abogado coronel ó general, el comerciante es hasta droguista y boticario en casi todas nuestras localidades.

Me encantó el comercio, le cogí aficion y pronto aprendí á vender con el acierto suficiente. En mis ratos de ocio hacia en la tienda, por falta de compradores, dos operaciones interesantes: componia versos, y formaba cucuruchitos para llenarlos de pimienta, clavo de olor y cominos, que vendia por cuartillos y medios cuartillos, sin perjucio de los que vendia por quintales y arrobas. Me jacto de haber tenido desde entónces gran destreza para hacer perfectos cucuruchos. Si así hubiera hecho tambien los versos! ó acaso mejor para mi suerte: si jamas hubiera compuesto ninguno! Más me hubiera valido hacer sólo cucuruchos para vender clavo, cominos y pimienta, en lugar de confeccionar estas especies en forma de artículos y comedias, fábulas, epigramas y estrofas filosóficas!

Desde los primeros dias de Enero de 1843 hube de decir adios no solamente á mi familia, sino al comercio, á las fiestas populares y á la tierra caliente. Al llegar á Bogotá iba á comenzar para mí una nueva vida, puesto que me iniciaba en los estudios de jurisprudencia, áun ántes de haber cumplido quince años. A este propósito debo consignar aquí un testimonio de gratitud, refiriendo una anécdota.

Mi padre no podia yá costear los estudios del mayor número de sus hijos. Habia que escoger entre mi hermano Rafael y yo para que el uno siguiera trabajando en el comercio y el otro continuara su carrera. Mi padre preferia enviar á la Universidad á Rafael, que queria ser médico y cirujano, dando por razon que éste era juicioso; pero mi hermano Manuel le hizo esta observacion: "Precisamente por ser juicioso Rafael, no ha menester completa educacion universitaria, miéntras que *Pepe*, por ser indiscreto, de genio muy pronto y de imaginacion fosfórica, necesita recibir esa educacion para no ser desgraciado."

Triunfó la opinion de mi hermano, y yo fuí el escogido por mi padre. ¿Se logró lo que se deseaba? Punto es éste que no sabré resolver yo. Mi hermano Rafael fué un comerciante modelo, cumplidísimo caballero muy estimado; se enriqueció, nunca tomó cartas directamente en la política, dejó en parte sin cultura su clarísima capacidad, se hizo querer de todos y fué dichoso hasta el dia de su lamentable fallecimiento.... Yo... yo vine á ser poeta y literato, abogado y político, hombre público y hasta militar cuando el deber lo ha exigido; he pasado por mil vicisitudes y sostenido tremendas luchas; he saboreado grandes dichas y llorado y soportado grandes infortunios; he llevado una vida... de increible laboriosidad y sacrificios y pruebas; y al cabo, ya entrado en la vejez, he salido de mis conflictos pobre pero puro, creándome un nombre que acaso será estimado por la posteridad.... En suma, no me quejo de lo que me ha tocado en suerte, y bendigo con infinita gratitud el buen consejo de mi hermano Manuel y la generosa resolucion de mi padre.

Héme aquí, pues, fuera del templo de Mercurio y matriculado como alumno del de Thémis. ¿Qué ideas traia al comenzar mis nuevos estudios? Ninguna suficientemente clara; pero sí una aspiracion bien determinada á ser abogado para tener una profesion provechosa, y el vivo deseo de instruirme para llegar á distinguirme un dia entre mis compatriotas. Sólo recuerdo con seguridad que señoreaban mi alma adolescente estos sentimientos: un patriotismo ardiente que yo traducia con la pasion del liberalismo de tradicion ó de familia; una gran curiosidad de saber y de conocer la *vida ó vivir*

con amplitud; y un marcadísimo entusiasmo por la poesía, debido, por una parte, á la natural ardentía de mi imaginacion, y por otra, al cúmulo de impresiones que habia recibido en mi infancia y los años subsiguientes. Puedo decir que mi alma se hallaba en estado plástico, dispuesta á impresionarse y modificarse conforme al movimiento y á la direccion que se la imprimiera; y en realidad, los cuatro años de vida universitaria decidieron en gran parte de mi suerte. ¡Qué de pruebas no me aguardaban desde muy temprano, debidas á la inquietud y actividad de mi carácter!

Hasta 1842 la instruccion pública habia sido principalmente obra del liberalismo, organizada y dirigida conforme á las ideas y tendencias del General Santander y su partido; y era notorio el influjo ejercido por el sistema de educacion adoptado, sobre la juventud que se habia formado en las Universidades y particularmente en la de Bogotá. Aquella juventud habia sido más ó ménos revolucionaria, desde 1828 hasta 1841, y no poco la habian inclinado hácia el sensualismo las enseñanzas de legislacion dictadas segun los textos de Jeremías Bentham. El doctor Mariano Ospina, alma de la Administracion nacional presidida por el General Herran de 1841 á 1845, y encarnacion del antiguo conservatismo, al mismo tiempo que acometió y llevó á cabo otras muchas y graves reformas de las instituciones, en el sentido de sus ideas, comprendió que una gran parte de la resolucion del problema político y social debia estar en la direccion que se diese á la instruccion pública. De aquí el Plan de enseñanzas universitarias elaborado y expedido en 1842 y que iba á ser practicado desde el 2 de Enero del siguiente año.

Tres ideas cardinales dominaban en aquel plan: la primera, sujetar los alumnos á severa disciplina, así en sus costumbres y moralidad como en sus estudios y adquisicion de grados profesionales; la segunda, introducir el elemento religioso en la direccion universitaria, completando la instruccion con la *educacion*; y la tercera, reorganizar las enseñanzas de manera que en ellas se introdujesen elementos conservadores (como el estudio del derecho romano, por ejemplo) y algunos de literatura y humanidades que habian sido muy descuidados, y que al mismo tiempo se proscribiesen ciertas enseñanzas calificadas de *peligrosas* por el Gobierno, tales como las de

ciencia de la legislacion, ciencia constitucional y administrativa y táctica de las asambleas.

¿ Anduvo acertado el doctor Ospina en sus propósitos? El tiempo me hizo ver con claridad que él tenia sobrada razon en lo tocante á la primera de las ideas apuntadas, pues la juventud habia carecido totalmente de disciplina que la moralizase y de reglas severas en lo relativo á estudios y colacion de grados, que sirviesen de verdaderas garantías de idoneidad, dado el régimen del privilegio profesional y de las enseñanzas sostenidas por el Estado. Jamas, sin aquella disciplina, se lograrán entre nosotros resultados satisfactorios en materia de instruccion pública.

Muy cuerdo era procurar que la *educacion moral y religiosa* (tan descuidada ántes de 1843) completase la instruccion. Mas en la práctica del plan del doctor Ospina fueron las cosas demasiado léjos, á tal punto que se dió á la Universidad de Bogotá un aspecto casi clerical. Clérigos eran el Rector y el Inspector, y jesuitas tres de los profesores de San Bartolomé, sin contar todos los catedráticos y empleados de la facultad de teolgía; y tánto rigor habia en las prácticas religiosas, que el exceso suscitaba de parte del mayor número de alumnos una reaccion en sentido contrario.

En cuanto al tercer objeto cardinal de la reforma, el doctor Ospina se excedió tambien, y su accion fué *contraproducentem*. La juventud comprendió que la querian *hacer* conservadora ó amoldarla de cierto modo, y por espíritu de contradiccion se volvió toda liberal ó incrédula. Muy bueno era el estudio del derecho romano, base necesaria de todo conocimiento de la jurisprudencia, así como lo era el de todos los códigos y de los procedimientos jurídicos, muy descuidado ántes; mas no era razonable por esto suprimir la enseñanza de las ciencias constitucional y administrativa; y de que fueran perniciosas las doctrinas utilitaristas de Bentham, no se desprendia racionalmente la conveniencia de abolir la enseñanza de la vasta é importantísima ciencia de la legislacion. ¿ Y cuál habia de ser el resultado ? El que no se hizo esperar. Despertándose con el estudio del *derecho* constitucional y administrativo y de toda la legislacion, el espíritu investigador de los alumnos de jurisprudencia, y no habiendo en la Universidad enseñanza alguna de la *filosofía* del derecho, todos nos aplicámos como pudimos

á estudiar por fuera y como de contrabando estas materias, y cada cual se formó las ideas que pudo, sin método ni direccion, resultando de aquí la anarquía y la exageracion. Casi todos caímos en los errores del *Contrato social*, y al salir de la Universidad fuímos *radicales* hasta la extravagancia. No se cierran impunemente y en absoluto las puertas á la curiosidad humana, sobre todo á la juvenil, porque ella se abre camino, y; sin direccion ni método para *descubrir*, fácilmente se precipita en los más graves errores.

Una prueba terrible (fruto del principio monstruoso de la delacion secreta, consignado en los reglamentos) hube de sufrir en los primeros meses de mis estudios de jurisprudencia. Desde el dia de mi ingreso á San Bartolomé un estudiante, sin darle yo motivo alguno personal, me cogió ojeriza y procuró hacerme mal. Yo era inquieto, travieso, á las veces insoportablemente truhan y amigo de burlas, y con frecuencia ayudaba con mis gritos al alboroto general; pero un dia que acerté á estar enteramente juicioso, por casualidad, fuí precisamente víctima de una iniquidad. Pasaban por delante del colegio unos indios con bueyes enjalmados, cargadores de carbon, y unos cuantos estudiantes tuvieron la ocurrencia de aguijar los animales hácia la portería, hacerlos recorrer los claustros bajos, subir la grande escalera y por los claustros altos llegar hasta la puerta de la sala rectoral. Miéntras que esto acontecia, yo estudiaba asiduamente mi leccion de derecho civil, tranquilamente sentado en un rincon de otro de los claustros altos, y no tuve ni la mínima participacion en la colegialada referida. El Rector se indignó mucho con ella, como era natural, y procuró indagar quiénes eran los culpados. Al dia siguiente, sin prévia reconvencion, sin fórmula alguna, se me notificó que quedaba expulsado de la Universidad, como reo de la diablura hecha con los bueyes!....

Se comprenderá cuáles serian mi asombro y desesperacion. La vergüenza de verme expulsado, la iniquidad del acto, el grave perjuicio que iba á sufrir, y la pena que todo esto causaría á mi familia, eran motivos para indignarme y acongojarme. Protesté en vano proclamando mi absoluta inocencia y pidiendo se me oyese y se me presentasen las pruebas que hubiese contra mí; pero no me hicieron caso.... De paso diré que un año

despues el Rector mismo me reveló, en confianza, que yo habia sido condenado á *mérito* de la secreta acusacion calumniosa del estudiante que me habia cogido ojeriza. Muchos años despues tuve ocasiones de hacerle importantes favores, y no las desperdicié.

Comoquiera, mi expulsion duró mes y medio. Hice mil diligencias para recabar la revocatoria, y al cabo la obtuve del Director general de Instruccion pública, con la condicion de someterme á exámen, por una hora, sobre todo lo que habian estudiado mis condiscípulos de derechos romano y civil durante mi ausencia; y fuí aprobado con plenitud. Entre otros documentos justificativos presenté uno muy precioso que conservo: fué una peticion hecha en mi favor, suscrita por cosa de ciento cincuenta alumnos de la Universidad, en la cual afirmaban, con elogio, que yo era del todo inocente del hecho que habia motivado la expulsion, y merecedor del cariño de todos aquellos camaradas. Casi todos los que firmaron aquel documento han figurado despues en la República con honor y brillo en diversas profesiones, y entre sus nombres citaré (para dar idea de lo precioso del autógrafo) los de Salvador Camacho Roldan, Cárlos Martin, Manuel Pombo, el inolvidable Gregorio Gutiérrez González, Antonio María Pradilla, Nicolás Pereira Gamba, Manuel Narvaez, Juan de Dios Restrepo y Emigdio Palau. Doy por bien sufrida la pena de la injusta expulsion, en gracia de haberme procurado tan precioso documento.

XVI.

LA UNIVERSIDAD EN 1842.

El nuevo Plan de estudios era apénas un hábil extracto del código de instruccion pública de España, y venia á sustituir un régimen de excesiva libertad universitaria. Entré por segunda vez, como llevo dicho, en el colegio de San Bartolomé, que iba á formar con el de Santo Tomas, el Seminario y la Escuela de medicina, la Universidad del primer distrito. Sin vacilar elegí la carrera de la jurisprudencia, que armonizaba con mis inclinaciones.

Confieso que el derecho romano se me indigestó desde el primer dia, y que el civil de don Juan Sala me pareció muy mazorral. Yo leia con fastidio la exposi-

cion de la antigua legislacion romana, que en gran parte ha servido de base á la del mundo moderno, sábiamente combinada para el equilibrio de los poderes públicos, pero sumamente complicada en su sistema y sus pormenores y fundada en la conquista, la esclavitud, la desigualdad de clases, el privilegio, la violencia bajo todas sus formas de aparente legalidad. Así el estudio del derecho romano, léjos de causarme el efecto que el Plan de estudios parecia proponerse con la juventud, avivó mis instintos democráticos y me hizo detestar los privilegios y abusos.

Mi espíritu no encontró el campo de expansion que le convenia, sino cuando entré á investigar los interesantes problemas de filosofía política ó ciencia social contenidos en las ciencias constitucional y administrativa, el derecho de gentes, la economía política y la ciencia de la legislacion. Y sin embargo, hube de tropezar con las dificultades que presentaba el Plan de estudios, haciendo como á hurtadillas mis más importantes lecturas, conforme al consejo del doctor Ezequiel Rójas, uno de los más antiguos profesores de la Universidad.

En cuanto á la disciplina, el Plan de estudio, tendia á producir el hábito de la obediencia pasiva, del espionaje y la delacion entre los estudiantes, de las ceremonias de aparato, de las formalidades preventivas, de la reglamentacion exorbitante y la sujecion de las inteligencias al cartabon de ciertas prescripciones inflexibles. Teníamos exámenes semanales, llamados sabatinas, exámenes semestrales en todos los cursos, exámenes anuales, exámenes para grados, certámenes públicos, colacion de grados, &c, &c, y luégo, las propinas eran numerosas, comenzando desde la matrícula, que nunca fué gratuita. Evidentemente el Plan de estudios de Santander era mucho más liberal que el del doctor Ospina, para el estudiante pobre y escaso de buenas relaciones.

Sin embargo, justo es reconocer que el segundo régimen tenia tambien ventajas muy notables. Prestábase mucha atencion á la educacion de los modales, á la moralidad de las costumbres y á las nociones y prácticas religiosas: estimulábase enérgicamente la emulacion entre los estudiantes, ya obligándoles á trabajar con aplicacion y á preparar discursos ó tésis en ciertas

ocasiones, ya exhibiéndoles en frecuentes exámenes y con la publicidad que se daba á las calificaciones, cosas que excitaban mucho en la juventud los sentimientos de honor y de amor propio.

La verdad es que aquel régimen universitario, que á los estudiantes nos parecia opresivo y áun vejatorio, formó muchos hombres de provecho que hoy hoy son ciudadanos muy distinguidos, y elevó el nivel moral y social de la juventud; bien que, como de ordinario sucede, el rigor que reinaba en las Universidades, léjos de inclinar los espíritus hácia la reaccion, les volvió decididamente liberales, contra lo que el doctor Ospina esperaba. Dígase lo que se quiera, la libertad ilimitada es sumamente perniciosa para la educacion é instruccion de la juventud: aprender á sufrir, á reprimir sus apetitos y á tener regla y medida en las cosas, es la primera condicion de una educacion saludable y fecunda; y el espíritu del jóven necesita para no extraviarse, que haya una autoridad respetable que le guie y, en caso necesario, le contenga ó corrija. Pero si la libertad excesiva es perniciosa para la juventud, no lo es ménos la represion exagerada: ésta provoca la rebelion de los instintos generosos del jóven, y frecuentemente produce efectos contrarios á los que se desean.

Viene aquí oportunamente un parangon entre los estudiantes de las tres épocas por las cuales ha pasado en nuestro pais la enseñanza pública, á saber:

La de las universidades libres, de 1826 á 1842;

La de las universidades sujetas á extensos estudios y rigurosa disciplina, de 1843 á 1851 ó 1852; y

La de los colegios libres, públicos y privados, desde 1852, coincidiendo con la abolicion completa de las universidades y los grados académicos.

En la primera época florecieron el *cachifo*, el *patan* y el jóven liberal más ó ménos revolucionario. En la segunda se formaron en las universidades, particularmente en la de Bogotá, el *cachaco* elegante (muy diferente del primitivo "cachaco" caparótà de Santafé), el literato imberbe, el poeta romántico á la Zorrilla, el publicista precoz, el abogado filósofo, el orador impetuoso, el radical doctrinario, reformador intrépido, esclavo de la lógica de los principios. La tercera época ha producido..... qué? muchos pedantes afrancesados; ha producido la figura almibarada del *pepito*, especie de

petit monsieur de la tierra, gastado y sin entusiasmo á los diez y seis años; ó mejor dicho, no ha producido nada! No, me equivoco: entre esta generacion de pepitos hay una falange de *espíritus fuertes* que resuelven todas las cuestiones y sostienen todos los despropósitos y absurdos imaginable con el *principio de utilidad*, tan peligroso para los ignorantes como dañoso en boca de los impudentes y bribones.

Alcancé á conocer en la Universidad de Bogotá, en 1839 y 1840, la especie curiosa del "cachifo" y la inaudita del "patan." El primero era el *mico* de la familia universitaria; el segundo era el formidable *gorrilla* de los claustros. Pertenecí en aquel tiempo á la primera categoría; felizmente jamas obtuve los honores del *patanazgo*. Tampoco alcancé á ser cachaco, ni de gran tono ni de pequeño: pasé sin transicion de cachito á literato en ciérnes y aprendiz de publicista. ¡ Dios sabe cuánto ha debido influir semejante salto en la calidad de mis escritos y en la naturaleza de mis actos públicos!

El cachifo nunca fué repelente ni odioso; veníale su nombre del que se daba á los primeros estudios de latinidad (*cachifa*), y por ampliacion se habia extendido á los muchachos de cierta clase que estudiaban idiomas, matemáticas ó filosofía. El cachifo solia ser risible pero jamas ridículo: era, en rigor, un pilluelo universitario. En cuanto á su parte física ó sus atavíos, la descripcion es fácil. Si usaba sombrero, lo llevaba siempre ajado, sucio y con las alas torcidas; pero le sentaba mucho mejor la cachucha de paño, negro ó azul, con visera de cuero charolado, caida hácia atras en términos de formar bolsa sobre la nuca. La camisa estaba por lo comun desgarrada y sucia; los pantalones, algo zancones, tenian en la region crítica de las rodillas cráteres más ó ménos abiertos, y estaban sostenidos con calzonarias reventadas, disparejas y llenas de nudos, cuando no hechas con biladillos ó cordones indescribibles. Aquella pieza carecia siempre del noventa por ciento de sus botones primitivos, porque el propietario se los arrancaba para jugar con ellos al *chócolo*. La chaqueta era un arnero y dejaba asomar los codos con franqueza; el chaleco, ajustado con dos ó tres botones disparejos, trepaba hasta arriba del abdómen, dejando en vergüenza pública sobre el vientre la pretina de los pantalones, llena de surcidos, y la bolsa irregular de la camisa, desgarrada á causa de

los esfuerzos hechos al jugar á la pelota ó la *golosa.* La corbata andaba fugitiva, y los calcetines solian acompañarla en su ausencia. Los botines, de cordoban, de vaqueta ó gamuza amarilla, siëmpre raspados, agujereados, sin lustre alguno y con las suelas entreabiertas, carecian de tacones, porque la mano del cachifo se los arrancaba sin lástima para convertirlos en instrumentos de la *golosa.* Encima de todo aquello lucia un capote de "calamaco" ó tartan escocés, digno de figurar en nuestro museo nacional al lado de las despedazadas banderas de Pizarro.

No era ménos raro el cachifo en su parte moral: pilluelo de buenas partes, jugeton, curioso, travieso, desaplicado y naturalmente ingenioso en sus travesuras. Entre nosotros se usa mucho, familiarmente, la palabra *chinche,* en la muy bien aplicada acepcion de fastidioso y desagradable: creo que esta acepcion debió de ser inven tada para algun cachifo de mala ley. Cuando un sujeto de la especie tenia candor, sinceridad, gracia y agudeza, era muy simpático; si le faltaban estas dotes, siendo solamente perdido, malcriado y desaliñado, inspiraba disgusto y provocaba á darle coscorrones. Por lo demas, el nombre de cachifo imprimia carácter muchas veces; algunos estudiantes del tiempo á que me refiero, y áun de época posterior, han conservado el nombre antonomástico de *cachifo*, así como otros han envejecido con el de *patan.*

El patan era al cachifo lo que el asno al cabrito, ó lo que el buitre al cernícalo. El asno cocea y rebuzna, y el cabrito salta y trisca con gracia; el buitre se deja caer brutalmente sobre su presa, miéntras que el cernícalo revolotea para picoteorla con frecuencia. El patan de 1839 era una especie de jayan que no tenia piés sino *patas*, suficientemente rudo, ordinairo, malcriado, vulgar, vagabundo, pendenciero, desaseado, enemigo de toda cultura: vivia por lo comun roto, desgreñado y dado al diablo. Verdaderamente caparota, vestia de un modo bárbaro y estrafalario; era el cachifo envejecido y hecho rinoceronte; brutal en sus maneras, truhan en todo y con todos, indelicado en sus gustos, sensual en sus apetitos, vulgar en sus aspiraciones, obsceno en su lenguaje, informal en sus compromisos, voraz para tragarse las provisiones que solia robarse de la despensa del colegio, de los armarios del Rector ó de los baúles

de sus camaradas. Así como tenia destreza para el manejo de la ganzúa, se perecia por "echar culebrilla," es decir, escaparse del colegio por escala de cuerdas, en altas horas de la noche, para irse á entretener en galanterías de la peor ley; y en toda fiesta ó diversion pública buscaba modo de mezclarse en pendencias. Nunca gastaba con las señoras galantería ni finura, ni empleaba en la conversacion agudezas ó alguna palabra espiritual, ni en el cúmulo de sus escasas ideas se encontraban pensamientos elevados.

He dicho que el cachifo, el patan y el *cachaco* formaban la masa principal de la poblacion universitaria; pero advertiré que si el cachifo solia convertirse en cachaco, ó á veces en patan, éste último subsistia hasta el fin de sus dias. En él se pertrificaban, por decirlo así, los defectos y los vicios. No así el cachaco, que podia seguir uno de dos caminos: si carecia de aplicacion, energía de voluntad, estímulos y medios para elevarse en la escala social, subsistia *cachaco*, frecuentemente agudo y chistoso, pobre y oscuro, sin pasar nunca á la categoría de los hombres de provecho; ó bien iba á perderse en la nulidad de su parroquia ó villa natal, ocupado en cualquiera especulacion ó ejerciendo tristemente la abogacía ante los juzgados de distrito. Si, al contrario, tenia talento, ambicion y espíritu activo, se abria paso en la sociedad, y con el tiempo venia á ser jurisconsulto de gran nota, hombre de Estado importante, ó publicista de alta reputacion, como tantos que han figurado en nuestro pais y figuran todavía.

La Universidad de Bogotá, tal como la organizó el doctor Ospina, formó á la juventud muy diferente de la anterior. Desde 1843 el cachifo desapareció casi enteramente, y el patan fué planta rara en los colegios: el primero no podia medrar bajo el riguroso régimen de las sabatinas; y el segundo no hallaba campo de accion en unos claustros severamente vigilados. El Plan de estudios sólo podia producir dos clases de jóvenes: ó abyectos ó distinguidos. El rigorismo de la disciplina era tál, que suscitaba entre los estudiantes cierto espíritu de reaccion liberal muy pronunciado. Por otra parte, como aquella disciplina nos obligaba á la compostura y nos ponia constantemente bajo la sancion pública, aprendimos á ser corteses con nuestros iguales, respetuosos con los superiores, galantes y comedidos con las

damas. Al ver pasar por calle á una señora, nunca nos atrevíamos á dirigirla expresiones irrespetuosas ó indelicadas, ni dejábamos de efrecerla la mano con urbanidad para ayudarla á pasar el caño ó subir á un atrio.

La actividad universitaria suscitó entre los estudiantes tan poderosa emulacion y tan vehemente anhelo por sobresalir, que de San Bastolomé salió, entre 1844 y 1852, una falange numerosísima de poetas y literatos, oradores y publicistas, abogados y médicos muy distinguidos, miéntras que yá en el Colegio Militar se formaba un interesante núcleo de ingenieros civiles y oficiales entendidos. Lo más brillante de nuestras nuevas generaciones data de aquel tiempo.

En mis tiempos de colegio, los estudiantes no teníamos reloj, ni caballo, ni vestidos costosos, ni álbum de retratos; ni usábamos guantes (que aquí son tan caros), sino en circunstancias muy solemnes; ni contábamos con dinero para jugar, enamorar, dar banquetes, beber brandy y ajenjos, comprar joyas y bastones elegantes, entrar en rifas ó costear bailes. A mucho tener, disponíamos de dos pesetas para ir al teatro. Aun los hijos de hombres acaudalados estaban sujetos á cierto máximum de gastos, y nunca andaban lujosos ni soberbios. Así todos aprendíamos á sufrir privaciones, á reprimir nuestros apetitos, á respetar la dignidad de la pobreza, á conformarnos con una condicion humilde, lo que constituye la gran ciencia de la vida. El dinero no nos deslumbraba ni seducia, porque no lo manejábamos: con cuatro reales era dichoso cualquiera de nosotros, y la modestia de nuestra apostura nunca nos avergonzaba. De ahí nuestra inclinacion hácia las cosas del espíritu y nuestro culto por los grandes sentimientos y los grandes hechos.

Por desgracia el partido liberal, ansioso por llevar á todas partes el nivel de la libertad,—y tánto, que pecó mucho por exceso de lógica en sus doctrinas,—fué demasiado léjos con algunas de sus reformas, de 1849 á 1854. No se contentó con decretar la plena libertad de la enseñanza, lo que era muy justo y necesario en cuanto á los colegios privados, sino que suprimió las Universidades, primero, y despues los Colegios nacionales que las reemplazaron; abolió la institucion fecunda de los grados académicos, que en nada se oponen á la abolicion de privilegios profesionales, y últimamente destruyó el

Colegio Militar, más á causa de su nombre, antipático entónces, que por motivos serios. Todas esas fueron faltas graves; faltas que en gran parte aplaudí yo mismo entónces, y que hoy dia, aleccionado por la experiencia, deploro con todo mi corazon. Por una parte, se faltó á sagrados deberes de filantropía, privando á la juventud pobre del medio de instruirse gratúitamente y elevarse en educacion y dignidad; por otra, se desorganizó la enseñanza pública, haciéndole perder su unidad de recursos y sistema, y por lo mismo su fecundidad.

Suprimidas como fueron las Universidades, y con ellas los grados académicos, pulularon los colegios privados, fruto evidente del espíritu de especulacion. Dejando de ser gratúita la enseñanza, sobre todo en materias profesionales, sólo pudieron seguir educándose los hijos de los ricos, quienes llevaron á los colegios los hábitos propios de su aventajada condicion social. El estudiante dejó de ser un ente libre, puesto á prueba, sujeto á fizcalizacion pública y personalmente responsable de sus actos. A falta de verdaderos doctores que habian producido las Universidades, de los colegios privados salieron casi únicamente *bachilleres* ó doctorcillos á la violeta. El estudiante se volvió afeminado, insustancial y petulante: quedó fuera de la grande escuela del sufrimiento, que es la que forma hombres de provecho. Si de las Universidades habian salido innumerables patriotas, porque la enseñanza gratúita infundia gratitud hácia la patria benefactora, de los colegios privados salieron luégo, en vez de ciudadanos, pisaverdes que debian su mediana instruccion á la riqueza de sus padres y muchos que no habian educado su carácter en la igualdad democrática de los nobles claustros, donde muchos desheredados de otro tiempo se volvieron hombres eminentes.

La raquítica, almibarada y estéril raza de los *pepitos* apareció entónces. El pepito fué al mismo tiempo lujosa excrescencia de los colegios y peste de los salones elegantes. Aquellos niños impertinentes, más ó ménos grandes pero siempre *niños*, nunca llegaron á ser *jóvenes*, y áun dudo que luégo hayan alcanzado á ser hombres. Cultivaron su vanidad en vez de su talento natural; aprendieron á galantear ántes de ser púberes; usaron lente ántes de los quince años, y al saludar hacian piruetas de polka y mazurka. Antes de haber comenzado á *vivir*, es decir, á pensar, amar profundamente, trabajar y

sufrir, gozaban con superfluidades, se embriagaban con los placeres, sobre todo el del lujo vano, gastaban su corazon, se mostraban fastidiados de la vida, y áun aprendian á tomar ajenjos para estimular su débil apetito. Ello fué que el *pepitismo* (perdónesenos la palabra) se apoderó del campo social : de los corrillos de las calles pasó á los salones de tertulia, de éstos á la literatura, y al fin penetró hasta en el periodismo político y en las Cámaras legislativas.

XVII.

GRANDES SUCESOS Y EMOCIONES.

Desde el año de 1843, bien que apénas contaba quince años, comencé á ser hombre. Por qué? Fácil es explicarlo.

Porque comencé á pensar verdaderamente, y á escribir lo que pensaba;

Porque experimenté el primer sufrimiento grande y profundo ;

Porque contraje algunas de las más dulces y durables relaciones de amistad que he cultivado durante mi vida;

Porque me inicié en los misterios de aquella cosa inmensa y sublime que se llama el amor......

Desde luégo el estudio del Derecho romano y del Derecho civil abrió delante de mi alma el horizonte de dos grandes cosas, —una que proviene de Dios directamente y es más ó ménos bien comprendida por la Humanidad, y otra creada por la accion del hombre en su desarrollo á traves de los tiempos,—es decir: el principio de la Justicia, equilibrio del Deber y el Derecho, y la Historia. Sólo al tender la vista del alma por aquel vastísimo horizonte, empecé á sentir que realmente *pensaba.*

Ademas, la lectura frecuente de los pocos periódicos que por entónces se publicaban en Bogotá, y los estudios que hacia al seguir un curso especial de literatura castellana que se estableció en San Bartolomé como obligatorio, áun para los alumnos de jurisprudencia, me incitaron vivamente á comenzar lecturas literarias, á las cuales tomé muy decidida aficion. Bien que sin método, poco á poco fuí leyendo, á medida que podia procurárme-

los, muchos de los clásicos españoles, desde los de los siglos XV y siguientes hasta los contemporáneos ; mas no tardé en volverme romántico entusiasta, á influjo de las obras de Espronceda y Zorrilla, los Bermúdez de Castro, García Tásara y áun el duque de Rívas, el malogrado Larra y García Gutiérrez, que formaron con su estilo poético escuela entre la juventud de Nueva Granada, Venezuela yotros pueblos hispano-americanos.

Al propio tiempo empezaba yo á nutrir mi espíritu, desordenadamente ó sin método, con otras lecturas de muy distintas escuelas. Las obras de Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand, de Lamartine y A. Dumas, Víctor Hugo y otros escritores franceses fueron enriqueciendo la luz de mi alma y multiplicando las impresiones que diariamente recibia. Volví á leer el Quijote y sucesivamente las Vidas de Plutarco. Pero lo que más me impresionó fué la lectura de las obras de Walter Scott. Dí por casualidad con dos minas de las novelas de aquel gran poeta y prosador, inmortal por su sagacidad moral, su estilo y sus cuadros históricos y de costumbres : la una, en la botica del señor Santamaría, la otra, en la tienda del doctor Andres Aguilar, inolvidable para mí, y cuyo nombre se hizo en 1861 lúgubre para nuestra historia.... Cada vez que tenia yo, á fuerza de ahorros, los reales necesarios, iba y compraba una novela de Walter Scott : la leia y releia, la saboreaba durante uno ó dos meses, y luégo la revendia ó rifaba en San Bartolomé, con alguna pérdida, para comprar otra y otras. Así logré leer cosa de diez y seis ó diez y ocho, de 1843 á 1845, agotando todas las que pude hallar. Acaso mi aficion á escribir novelas fué engendrada principalmente por las tempranas lecturas de Walter Scott, Víctor Hugo y Dumas, que me dejaron muy hondas y durables impresiones. A la edad de diez y seis años escribí mi primera novela, que, felizmente para las letras y para mí, jamas salió á luz : era una concepcion absurda, inverosímil, intitulada : *Gato por liebre*, cuyo manuscrito conserva Manuel Pombo como una curiosidad. La segunda (tambien dichosamente inédita), escrita pocos meses despues, era verídica, como que pintaba á lo vivo costumbres domésticas ; y la intitulé : *Los misterios de la casa de don Juan* **, por cuanto estaban de moda entónces los misterios de Paris y de todas las capitales posibles. Cuando uno considera el punto á que ha llegado, sin maestro, ni escuela

ni estímulo alguno, y aquel de donde partió, no puede ménos que decirse: "Cuánto no he trabajado y cuánto papel no he tenido que embarrar con tinta para llegar á escribir algo de provecho!"

Mi vocacion de escritor público fué irresistible y manifiesta desde muy temprano, Tenia apénas quince años cuando escribí mi primer artículo de periódico. Por cierto que lo enderecé contra el doctor Ospina y su Plan de estudios, pues era un desahogo de la irritacion que me habia causado la inicua expulsion á que he aludido. Era entónces editor de *El Dia* don José María Cualla, benemérito entre nuestros viejos impresores, hombre sencillo y campechano, amigo de la libre y extensa publicidad, liberal en sus condiciones de impresion, y muy inclinado á favorecer con su benevolencia á la juventud para abrirla fácil camino en la prensa. Aceptó mi artículo, sonriendo al ver la figurilla del adolescente escritor, lo dió á luz en su periódico (que publicaba todo lo imaginable, sin distincion de estilos ni opiniones), y cuando *me ví en letra de molde*, bien que mi *factum* salió anónimo, me creí dichoso y en camino para el templo de la gloria; me sentí hombre y fuerte, diciéndome: "Tendré con el tiempo un capital y una arma en mi pluma." Oh! ilusiones y ensueños de la adolescencia!.....

A medida que fuí aclimatándome en los claustros de la Universidad, fuí contrayendo afectos y trabando amistades, y abriendo, por lo mismo, el alma no solamente á las gratas emociones que nacen del nobilísimo culto de la amistad, sino tambien á la comunicacion de ideas y sentimientos que hace tan fecundo este amor monosexual. Algunos de los amigos que desde entónces *tuve* me han sido, con el tiempo, infieles, y, arrastrados por la pasion política ó el interes personal ó de partido, me han hecho ó procurado hacer todo el mal posible. Por toda venganza pasaré sus nombres en silencio, como inadvertidos. Otros, amigos íntimos ó nó, y á las veces algunos transitoriamente en desacuerdo conmigo, han dejado en mi alma un recuerdo imborrable. Citaré principalmente algunos de los más notables entre mis camaradas de la Universidad.

Los tres más antiguos son Salvador Camacho Roldan, Manuel Pombo y Nicolas Pereira Gamba. Su amistad ha sido inalterable; jamas he dejado de quererles ni estimarles; nunca me han lastimado en lo mínimo, ni yo

á ellos ; nuestra vida ha estado en frecuente contacto, y los tres han hecho parte, en mi corazon, de mi familia moral. ¿ Quién no sabe lo que es Salvador Camacho Roldan ? Es uno de los más grandes y nobles ciudadanos de Colombia ; es una eminencia moral é intelectual, á cuyo lado suelo reposarme, consolándome de muchas pequeñeces y miserias de mi desventurada patria....

Manuel Pombo es una deliciosa tradicion que habla, y tiene el alma tan sana y correcta como la inteligencia. Nadie hay que sepa conversar mejor que él ni evocar dulces memorias ; nadie más benévolo para ensalzar virtudes y disimular faltas ajenas. Cuando Pombo está de buen humor para hablar de lo presente y lo pasado, se engaña uno deliciosamente creyendo que todos los hombres son buenos, y goza con la perdida felicidad de *otros tiempos*....

Pereira Gamba, cuya actividad ha sido prodigiosa, y en muy diversos terrenos, ha sido el gran soñador entre nuestros hombres de empresas. Ha vivido agitando una pila de Volta para mover á muchos y poner en movimiento mil intereses, y ha encontrado en todas partes la inercia y el desengaño. En Francia, Pereira hubiera podido ser un Péreire ó un Lesseps ; entre nosotros ha encallado ; pero ha probado que tenia sobre todo un gran carácter. Despues de pasar por muchas vicisitudes, este activo empresario de todo lo posible ha dejado los negocios, retirándose á un modesto campo ; allí reniega á su sabor de la política, y si hace algunos castillos en el aire es dándoles el carácter de retrospectivos.

En la segunda escala de mis amistades de colegio estaban Gregorio Gutiérrez González, Antonio María Pradilla y Cárlos Martin, y en la tercera Juan de Dios Restrepo, Manuel Ignacio Narváez y algunos otros. Por último, sin ser mi amigo en realidad, entónces, llamóme mucho la atencion un camarada de singulares calidades : Joaquin Pablo Posada.

Gutiérrez González habia nacido poeta, y lo fué despues de gran talla entre nosotros. Su alma era tan sensible como rica y *nueva* su imaginacion. Era vergonzoso y tímido, desaplicado y desidioso, y en los libros jamas buscaba luz, sino impresiones. Ninguna lira ha merecido ser más popular que la suya en Colombia, y sus preciosos cantos han penetrado en todos los hogares donde se ama lo bello. Era hijo de Antioquia, y nadie fué ménos

antioqueño que él. Sus cantos arrancaban lágrimas, y él vivia riéndose de todo, bien que sin estrépito. Yo le quise desde el colegio por su talento y su dulzura, y despues le amé por sus inspiraciones y su gloria.

Pradilla era un hermoso jóven, simpático en todo, de mediano valor y mediana capacidad, amable, cultísimo por carácter y con modales de dama. Despues de salir de la Universidad se hizo querer de todos y en toda situacion, pero nunca se hizo admirar por ningun acto, ni obra. Fué siempre fino y consecuente con sus amigos, y habiendo nacido y criádose como conservador, vivió y murió como radical. Su vida fué suave para sus conciudadanos, y su muerte (acaecida en Marzo de 1879) no causó gran sensacion ni hizo ruido. Pradilla fué un contraste viviente: en su vida privada, un inmerecido y casi constante infortunio, de los más dolorosos que yo haya conocido; y en su vida pública, una serie incesante de fortunas extraordinarias. Excepto General y presidente de la República, logró ser todo lo que quiso, y siempre obtuvo todo lo que solicitó. Murió sin dejar ni un solo malqueriente ni una huella de gloria.

En otro lugar he publicado el boceto de Cárlos Martin. Sólo añadiré algunos rasgos que le eran propios desde los claustros de San Bartolomé. Era macizo, muy robusto y esforzado, de talla á lo más mediana, algo miope, rosado y cariredondo como una manzana, sumamente insinuante y de modales naturalmente agasajadores, y al propio tiempo dominante. Si por acaso se irritaba alguna vez, tenia la ventaja de no dejarlo conocer nunca. Desde el Colegio ponia de manifiesto su resuelto valor personal, su tendencia á ser siempre el jefe, el director ó la cabeza de algo, y su actividad para obrar sobre el espíritu de los demas. Era, por su capacidad clarísima y suma sagacidad, muy buen estudiante, pero leia poco y carecia de laboriosidad para el trabajo intelectual. No poco aficionado era, desde entónces, á procurar imponer su opinion ó su influencia, y dejaba conocer un espíritu ambicioso de popularidad y poder.

Tambien he retratado con la pluma á Juan de Dios Restrepo. Era, desde muy jóven, un filósofo desencantado, descontento de todo, un misántropo que andaba casi siempre solitario. Más le gustaba estudiar el derecho civil en Víctor Hugo que en don Juan Sala; la literatura

era su única pasion en 1843, y se echaba de ver que su talento observador le conduciria á ser un crítico muy notáble. No tenia casi amigos, por su carácter entre tími- y uraño, pero se adivinaban en él un espíritu enérgico y un corazon apasionado.

Manuel Narváez era la dulzura misma : aire y acento casi femeninos, carácter pudibundo y del todo inofensivo, y espíritu muy claro. Era prodigiosamente aplicado al estudio y nadie aprendia mejor que él las conferencias de memoria. Todos le mirábamos con simpatía y sin asomo de rivalidad, y le estimábamos. Con el tiempo fué un excelente abogado, y siempre buen amigo, conservador en todos sentidos y en religion creyente y observante. Murió no há muchos años sinceramente lamentado por todos sus amigos y relacionados.

" Joaquin Pablo Posada, que á todos nos llamába la atencion por más de un motivo, era en San Bartolomé, si se me permite la expresion, una especialidad. Tenia todos los rasgos prominentes de la belleza física é intelectual, todas las condiciones propias de un ingenio sobresaliente, y tambien, por desgracia, todos los caractéres distintivos del calavera. En vez de estudiar con aplicacion se lo pasaba improvisando ó recitando versos, diciendo chístes muy agudos, relatando anécdotas saladas y burlándose de todos, porque su gran talento, que á todo se prestaba con maravillosa elasticidad, le permitia aprender las lecciones con sólo una lectura, saliendo siempre del paso airosamente. Tenia felicísimas aptitudes para las matemáticas, lo mismo que para la poesía, y tanto para las lenguas y la gramática general como para las ciencias intelectuales y las políticas.

" Posada nos hacia pensar en *Malek-Adel* y en *Mudarra* á los que habíamos leido la *Matilde ó las Cruzadas* y á los que leíamos por aquel tiempo el *Moro Expósito*. Su acento era una mezcla del cartagenero y el bogotano, pues tenia no poco del dejo cadencioso de los hijos de Calamar y de la enegía y el tono serio del habla de los del Funza ; pero en su fisonomía no sólo estaba impreso el sello de lo gallardamente andaluz, sino que se veia el tipo de una especie de *árabe blanco* ó si se quiere, *moro español*. Frente magnífica, ojos admirables, nariz aguileña llena de energía, boca sensual y burlona, y todo, en el rostro y en el resuelto y franco ademan, propio para inspirar simpatía ó recelo, amor ó miedo, segun que él

fuese amigo ó enemigo, que en todo caso lo era con lealtad y á cara descubierta. Su facilidad de palabra y de respuesta y réplica; la increible prontitud y soltura con que discurria en prosa ó improvisaba en verso, y la acerada agudeza de sus dichos, anunciaban que en él bullian el fuego y la chispa de un notabilísimo ingenio.

Muy lógicamente vivió despues Posada, segun lo que en el colegio dejaba colegir para lo futuro: malgastando, dilapidando un valor de caballero Bayardo, una belleza y robustez físicas de primer órden, un talento poético maravilloso, y un vigor de carácter y caudal de aptitudes y conocimientos que, al ser bien empleados, hubieran dado los mejores frutos. La audacia era, desde el colegio, el rasgo más caracterísco de Posada, y tánto, que áun para tener talento, agudeza y originalidad ha sido más audaz que nadie. Exagerando sus cualidades por intemperancia de aticismo, y poco favorecido por la suerte, vivió luchando con gran parte de la sociedad y con su propio destino; y, como todos los grandes calaveras, hizo cosas muy buenas y cosas muy malas; pero hizo todas sus calaveradas de poeta con talento y gracia, y fué para nuestra literatura una ingeniosísima *especialidad*. En sus luchas de ingenio hirió y golpeó á muchos, pero nunca á manosalva.

No sé qué cosa, que el vulgo llama *Dèstino* y los creyentes llamamos *Responsabilidad* ó *Providencia*, persiguió á Joaquin Pablo Posada, desde su infancia (que estuvo entregada á un abandono relativo), y su primera juventud (que acaso corrió con sobrada libertad), hasta poco há; pero siempre sobrellevó de buen humor su mala fortuna, riéndose del dolor, de los hombres y de sí mismo. Desde hacia muchos años, siendo jóven aún, tenia el aspecto de un anciano decrépito. ¡Quién no hubiera deseado la mayor cordura y la más grande felicidad para un hombre de la gallarda valentía y el enorme talento de Joaquin Pablo Posada!

Era original en todas sus cosas, uniendo á su clarísima inteligencia mucha agudeza y muy penetrante espíritu de observacion y crítica; pero no tenia idealismo ni riqueza de imaginacion, cualidades que se avienen mal con el genio burlon y epigramático. Por desgracia, su educacion habia sido mal dirigida, probablemente á causa de la separacion forzosa á que le condenaba la ca-

rrera militar de su padre; desde niño habia tenido hábitos de excesiva libertad, creciendo como uno de tantos árboles de nuestros huertos descuidados, que por falta de poda producen prematuramente frutos exuberantes pero de áspero sabor. Le habia faltado la presion constante de una mano vigorosa que le formase el carácter en armonía con su gran talento, con su rica organizacion, su alma generosa y heroica, su aticismo espontáneo y privilegiado, su facilidad de lenguaje y otras dotes que le distinguian.

Si hubiese tenido aquel carácter; si desde temprano hubiera sabido luchar dignamente con la pobreza y las dificultades de la vida, dominando la impetuosidad de sus pasiones, fácilmente hubiera podido ser un gran ciudadano y uno de nuestros más eminentes escritores. Pero arrastrado por la ligereza de su índole, cometió la grave falta de ponerse un dia en lucha abierta con la sociedad, en vez de luchar consigo mismo. Así, sólo se hizo notable por tres rasgos dominantes de su vida: su valor audaz é indomable, unido á cierta manera de generosidad belicosa y de hidalguía ruda y violenta; su ingenio admirable, como poeta satírico y jocoso, y áun como crítico burlon, lleno de agudeza, originalidad y maravillosa facilidad para versificar con maestría; y su desgracia permanente, implacable, que le persiguió y acosó en todas partes, sin que le valiesen sus dias y años de expiacion, ni sus actos de generosidad, ni las numerosas pruebas que dió de su temple vigoroso.

Un rasgo de Joaquin P. Posada, entre muchos que yo pudiera citar, manifiesta su carácter. En 1857 era todavía mi enemigo, ó por lo ménos malqueriente: en cierta ocasion en que se daba en Bogotá la quinta representacion de mi comedia de costumbres intitulada: *Un alcalde á la antigua*, asistió al teatro y aplaudió la pieza con mucho entusiasmo. Súpelo al dia siguiente, á tiempo que Posada, ponderando generosamente mi comedia, decia en una de las tiendas de la calle del Comercio: "Yo le daria los parabienes á Samper, si no temiese de us parte un desprecio, ultraje que nunca soporto." Por casualidad acerté á pasar por allí en aquel momento, y un amigo comun (Ricardo Becerra) me refirió la especie; sin vacilar entré en la tienda consabida, y tendiendo la mano á mi antiguo enemigo, le dije: "Señor Posada, jamas desprecio á los hombres de corazon y de talento."

Me abrió los brazos y me estrechó en ellos, con los ojos humedecidos.... Despues selló su reconciliacion procurando estarme agradecido.

Pobre Joaqnin ! Al cabo de mil pruebas y amarguras, de cuarenta años de calaveradas, falleció en Barranquilla, en Agosto de 1880, en las mayores congojas. Sea profundo el olvido de sus deslices, de parte de la posteridad, y durable el recuerdo de las pruebas que dió de su maravilloso ingenio !

Otro de los muy notables estudiantes que habia en la Universidad era José María Rójas Garrido. Cuando entró en la clase de derecho romano tenia más de veintiun años, y habia ejercido yá la abogacía empírica en el juzgado parroquial de Villavieja, su lugar natal. No sé por qué le habian puesto el apodo de *guala*, nombre de una de las variedades de nuestros gallinazos. Mostraba mucha aficion á la poesía, porque tenia fuerte imaginacion; pero aunque despues hiciera buenos versos no podia ser verdadero poeta, porque le faltaba lo principal : corazon y conciencia. Así como hay tenores que cantan con voz *de cabeza* y no *de pecho*, Rójas Garrido tenia que ser un versificador ó artista de mera voluntad y fantasía, que no de sentimiento y verdad, porque no *sentia* sus estrofas ni ménos sus pensamientos.

Rójas habia nacido para ser un consumado dialéctico, y por lo mismo, con suma facilidad, un sofista. Tenia clarísima capacidad, palabra muy fácil y florida, suma prontitud para la réplica, destreza para la argumentacion, y tenacidad para buscar recursos de dialéctica que alucinaban, aunque no convencian. Pero rara vez era sincero en sus argumentos, y sabia disimular mucho lo que realmente sentia y creia. Tenia la vanidad de no dejarse arrastrar por ningun sentimentalismo ; no creia que la conciencia significase nada ; era incrédulo por ostentacion de independencia de espíritu, y hacia alarde de profesar un raro cinismo intelectual.

Recuerdo que un dia hubo en la clase de Derecho constitucional una discusion muy interesante sobre las ventajas y la necesidad del régimen representativo ; y Rójas Garrido sostuvo la doctrina con tánto talento, tal brillo de elocucion y tan irresistible fuerza, que todos considerámos como vencido al profesor, cuyas ideas eran casi contrarias al principio representativo y parlamentario. Al salir del aula, todos los condiscípulos felicitá-

mos con entusiasmo al futuro orador y dialéctico, muy inclinado, es verdad, á hacer afirmaciones absolutas, dar por probado lo que debia probar, y complicar ó embrollar la discusion con silogismos artificiosos.

Rójas Garrido, despues de recibir muchos abrazos, mirándonos con are malicioso y casi burlesco, y dejando vagar en los labios una sonrisa más que sardónica, como zumbona, nos dijo:

—Y qué! ¿ están pensando ustedes que todo lo que acabo decir en la clase es verdad?

—Y cómo no! respondimos varios.

—Bah! replicó él: todas esas teorías son papa rruchas.

—Paparruchas? repuso alguno.

—Sin duda; y en prueba de ello voy á probarles á ustedes todo lo contrario de lo que acabo de sostener en la clase.

Y al efecto, al punto inprovisó una brillante y diestra argumentacion contra la teoría del gobierno representativo.

Mi condiscípulo S. C. R. y yo nos indignámos, y él, hablándome aparte, en tono muy severo y mostrando á Rójas Garrido, me dijo:

—Ese no tiene conciencia! Ese.... ese va á ser un gran .... cínico (el sustantívo fué peor).

¿ Se habrá cumplido acaso la profecía?

Vuelvo á ocuparme de mí mismo, puesto que mi principal asunto es la historia de mi alma. Si ella ha sabido mantener el culto de la amistad, tambien conoció desde temprano el del amor. No hay sentimiento que revele tánto á una alma su propia existencia y su índole, como el del amor. La vida moral es una iniciacion de adorables misterios que proviene siempre de dos clases de mujeres: una, la madre, que hace adivinar y desear el bien; y otra, la *amada*, que hace palpitar, soñar y esperar....

A fines de Noviembre de 1843 concurrí á los certámenes del colegio de la Merced: me interesaban mucho porque allí estaba mi hermana Agripina que hacia sus estudios. Tocóme el primer dia tomar asiento detras de la fila de señoritas alumnas que presentaban certámen, y por suerte, delante de mí, casi tocando yo el espaldar de su silla, estaba colocada una jóven de catorce años, morena, de muy notable familia, pero que me era entera-

mente desconocida. Cuando á su vez hubo de ser interrogada sobre historia sagrada, el profesor fué haciéndola preguntas, y por el acento con que ella respondia comprendí que estaba muy turbada. Era en realidad muy tímida y la presencia de los espectadores la tenia toda cortada.

"¿Dónde se detuvo durante el diluvio universal el arca de Noé?" preguntó el examinador.

La señorita T** titubeó, se azoró mucho más, y como no contestaba pronto la dije en voz muy baja: "Sobre el monte Ararat." Repitió ella al punto la respuesta y salió del paso. Pero la hicieron otra pregunta, tornó ella á titubear y yo torné á *soplarla* la respuesta, con lo que el examinador, satisfecho, pasó á interogar á otra de las alumnas. Un instante despues la tímida señorita T** volvió el rostro hacia mí para darme las gracias con una mirada llena de recato y gratitud. Aquella mirada salia de dos ojos pardos, grandes y hermosísimos, reveladores de una alma tímida y séria pero evidentemente sensible.... Desde que sentí en el fondo de la mia la luz de aquella mirada.... quedé seducido; y este amor, aunque fué amor de muchacho, sin séria correspondencia ni lance alguno particular, sino bastante tonto de mi parte, fué el compañero íntimo de cuatro años de mi adolescencia y primera juventud, me hizo poeta, me hizo hombre y fué el gérmen de todos mis esfuerzos de aquel tiempo! Nada más diré de esta pasioncilla enteramente juvenil; que mil y mil consideraciones me obligan á ser discreto, dejando bajo la sombra del silencio lo que nació para fecundar mi alma y morir, sin dejar rastro alguno.

Sólo haré notar un hecho importante. Aquel amor, inspirándome tendencias espirituales y artísticas y un fuerte sentimiento del honor, me preservó de corromperme; me apartó de muchos peligros que suelen ser escollo de la juventud; me movió al anhelo por la gloria y al deseo de hacerme amar sobresaliendo entre mi generacion, y de procurar ilustrarme. Con todo, debo advertir que mis amores se parecieron mucho á las relaciones epistolares de cierto Jefe del tiempo de la Independencia, que se jactaba mucho de "mantener frecuente correspondencia con el Libertador." El caso era que dicho Jefe le dirigia muchas cartas á Bolívar, pero éste no se las contestaba. Yo nunca dirigí cartas, pero sí muy ardorosas

miradas, y cada noche hacia algunos versos á mi "dulce tormento"; pero sospecho que jamas fuí correspondido, y que mi amor fué más ilusion que realidad. Así y todo me hizo gran provecho, como escuela para mi alma.

XIX.

UN IMPRESOR FAMOSO.

En Marzo de 1843 me asaltó, como ya he dicho, la tentacion de escribir un artículo de periódico. Yo no entendia ni jota del oficio, pero tenia inquietud de espíritu y atrevimiento, y estas dos facultades hacen muchas cosas en el mundo.

Claro es que para un estudiante el asunto más natural para escribir era el *Plan de estudios* vigente en la Universidad: escribí, pues, como pude mi fárrago contra aquel decreto, y, de ribete, contra su autor. Pero la cuestion más difícil era encontrar el modo de publicarlo: este fué para mí asunto de mucha importancia. Sin sospecharlo, preparaba todo mi porvenir al empeñarme en dar á luz aquel oscurísimo ensayo.

Me presenté en casa del impresor que ántes he nombrado, y entré francamente en el corredor de la planta baja del edificio, que era una casa de la calle principal del barrio de las Niéves. El aspecto interior de aquella casa, bien que muy modesto, me encantó. Miéntras el impresor podia salir á recibirme, púseme á observar con mucha curiosidad alternativamente el trabajo de los cajistas y prensistas. Nunca habia visto el mecanismo de una imprenta; así es que devoraba los artículos de periódico y algunos libros, á semejanza del gastrónomo que gusta una exquisita carne de monte sin conocer el animal ni la escopeta que le ha dado muerte.

Aquellos tipos de plomo que tan ingeniosa y exactamente reproducian el pensamiento; aquellos humildes obreros de luz, mecánicos de la verdad escrita, cómplices de la fecunda accion de las ideas; aquellas prensas que multiplicaban tan rápidamente la obra producida por los tipos; aquellos encuadernadores, silenciosos costureros de revoluciones y reacciones ruidosas, tan impasibles en su tarea que parecian no tener conciencia del bien ó el mal á que estaban contribuyendo: todo eso me impresionó profundamente, me reveló el valor del patriotismo, la

importancia social del escritor, la solidaridad de todos los servidores de la imprenta y la idea de la colaboracion recíproca del escritor y el lector en la inmensa obra de la civilizacion. Todo aquello me hizo descubrir mi vocacion de escritor (desgraciada vocacion, por cierto !) y me inculcó el ensueño de la gloria.

Contemplaba yo con embeleso las prensas y los prensistas que trabajaban en el corredor, cuando se me presentó un sujeto que parecia rayar en los cuarenta y cinco años, mediano de cuerpo y aventajado de nariz, de ancho rostro y expresion plácidamente maliciosa, sencillo en su porte, bondadoso en sus maneras, franco y campechano en el decir y siempre con la risa en los labios. En su mirada habia un no sé qué del candor de la probidad, así como de las marrullerías de un hombre habituado á manejar el mundo y ser depositario de muchos secretos, divergentes y áun opuestos. Aquel personaje era don JOSE ANTONIO CUALLA, el veterano, el generalísimo de los impresores de Bogotá, benemérito de la prensa en grado eminente.

—¿ Me necesita usted, caballerito ? dijo don José Antonio al verme.

—Sí. señor, le contesté : traigo un artículo para *El Dia*.

—Hola ! ¿ con que yá usted maneja la pluma ?

—Deseo manejarla, y ahora no más empiezo.

—Pues muy temprano comienza usted y larga la lleva, repuso el impresor sonriéndose.

—Este es mi primer artículo, añadí.

—¿ Y de qué trata ?

—Es una censura del *Plan de estudios*.....

—Entónces.... ya caigo : ¿ usted es estudiante ?

—De jurisprudencia.

—Los estudiantes son traviesos.

—Al ménos.... esa fama tenemos.

—Pues veremos si se puede insertar el artículo ; con tal que no sea largo....

—Es corto : á lo sumo ocupará una columna de *El Dia*.

—Está bien : démelo usted.

—¿ Y cuánto me costará la insercion ?

—Nada.

—Cómo ! nada absolutamente ?

—Acostumbro publicar grátis en el periódico los artículos de interes público, sobre todo si son obras de jóvenes que empiezan á formarse para el oficio.

—Doy á usted mil gracias por sus bondades.

—Pero eso sí, le advierto una cosa....

—Qué?

—Que no se amostace luégo si le *dan carga* por su artículo. *El Dia* es para todos, como su nombre lo indica; yo admito el pro y el contra en toda cuestion, y allá se las avengan los escritores con el público y el jurado. Practico la libertad por igual. ¿Le gusta á usted así?

—Perfectamente, señor Cualla.

Don José Antonio usaba un enorme chaqueton provisto de grandes bolsillos, en los cuales hundia, como en los compartimientos de un armario, los materiales que recibia para sus publicaciones: un bolsillo servia de naveta ó cajon para *El Dia*, otro para la *Gaceta oficial*, &ª Y es fama que algunas veces el honrado impresor tenia sus trocatintas de bolsillos, y luégo salia en la *Gaceta* alguna mala necrología (si las hay buenas) ó un trozo de folletin, al mismo tiempo que en *El Dia* figuraba alguna circular sobre diezmos ó papel sellado en la seccion literaria. Pero áun con este riesgo, la imprenta del señor Cualla era la mejor de Bogotá, y don José Antonio el más amable y generoso de los impresores posibles.

Mi artículo fué prontamente publicado, y hubo para mí la curiosa coincidencia de que en esos dias cumpliera mis quince años; desde entónces guardé un profundo sentimiento de gratitud hácia el señor Cualla. No hubo hombre alguno en Colombia á quien las letras, el periodismo, la libertad práctica de la prensa y la educacion política de la juventud debieran servicios más considerables. Fué impresor durante casi toda su vida, talvez más por amor al oficio que por especulacion: hizo de los tipos su tesoro y una parte esencial de su familia: las prensas fueron siempre los muebles más preciosos de sus hogar. Si hoy dia tenemos en Bogotá numerosas y buenas imprentas, débese principalmente á la constancia con que el señor Cualla formó y disciplinó muchos obreros hábiles en los diversos ramos del servicio de imprenta.

Bajo su generosa proteccion, pues siempre fué benévolo, pronto á favorecer la publicidad, nos formámos como escritores más de un centenar de colombianos,

sin distincion de nombres, colores políticos ni escuelas literarias. Lo mismo acogió él y puso en escena al liberal que al conservador, al blanco que al mestizo, al romántico que al clásico, al católico ortodoxo que al libre pensador. Es incalculable el bien que su tolerancia y práctica liberalidad hicieron á la República; más que ningun hombre de Estado, más que ningun partido y que ninguna ley, hizo práctica la libertad de imprenta y la igualdad de los escritores delante del público; influyendo así poderosamente sobre nuestras costumbres políticas. En un pais como el nuéstro, donde sobran instituciones liberales y faltan costumbres republicanas, practicar y hacer agradable la tolerancia, es servir á la libertad y la justicia con verdadera eficacia. El señor Cualla fué un hombre humilde y raro, que pudo morir con la seguridad de que su nombre no caeria en el olvido ni seria oscuro para la posteridad. Por mi parte, le rindo aquí el homenaje de mi gratitud como escritor y de mi estimacion como patriota.

XX.

UN HOMBRE DESGRACIADO.

Entre los empleados de la Universidad llamaban particularmente la atencion el Rector y el primer Pasante. El doctor Ospina quiso resucitar la tradicion de mantener sacerdotes en el rectorado: nuestro rector era el doctor Pablo Agustin Calderon, presbítero entónces y despues canónigo, que en paz descanse. Era muy rígido en todo, y tenia cierto aire aterrador, voz estridente y carácter franco y minucioso. Por lo demas, creo que ignoraba casi todo lo que no fuese teología, y decia con mucha seriedad *dotor*, *medecina*, y otras liviandades contra la gramática.

Yo imitaba perfectamente muchas voces distintas, y entre otras la del Rector. En cierta ocasion, fingiéndola, oculto detras de un pilar, desde uno de los claustros dí órden al primer Pasante de conceder asueto á los estudiantes; colegialada que costó una reconvencion y no pocos disgustos con sus subordinados, al pobre subalterno. Si era rígido de suyo, se volvió más severo en la vigilancia, á fin de conjurar otras colegialadas. Su severidad nos provocó á odiarle, y áun algo peor: á ridiculi-

zarle. Oh! qué injusticia! aquel hombre desgraciado fué uno de los más nobles, más jutsos y heroicos que yo haya conocido.

Si no hubiera sido muy feo, pobre y desventurado, habria podido ser un hombre muy distinguido, pues tenia admirable corazon y temple de alma antiguo: se llamaba JOSE MARIA OSORIO.

Era el deber encarnado en un hombre: para él no habia más principios que el deber, el honor y la delicadeza, y de éstos derivaba todas sus convicciones, todas sus palabras y todos sus actos. Era no solamente feo, como he dicho, sino demasiado feo, muy pecoso y de estatura diminuta y tiesa, la que, agravada con su original vestido permanente, le daba cierto aire de estiramiento muy marcado. Habia sido militar, lo que no le impedia ser doctor en jurisprudencia, y conservaba en su apostura tal rigidez marcial, en contraste con su desgraciada fisonomía, que constantemente provocaba á la burla de los estudiantes. Vestia siempre frac con las puntas de los faldones muy agudas, en forma de pluma de escribir; al pararse ó al ponerse de pié, infaliblemente se cuadraba como un soldado en formacion, y llevaba la mano izquierda cruzada sobre el pecho, debajo de la solapa del frac, como si estuviese dando voces de mando. De ahí el terrible sobrenombre que le habian puesto, alusivo al mismo tiempo á su apostura y al color oscuro de su cútiz: le llamaban *Napoleon de panela.* (1)

En la Universidad hacíamos gala, cuál más, cuál ménos, de burlarnos del honrado comandante Osorio, cuya formalidad rigurosa nos irritaba. El estudiante es de suyo maligno, porque su edad es de transicion, entre la infancia, que de ordinario es amorosa y tierna, y la juventud, vigorosa y casi siempre noble y gallarda. Durante la transicion, es decir, en la adolescencia, el carácter humano jamas está bien definido: en este período, que es de modificacion fisiológica y vaguedad ó indecision psicológica, es en el que más se despiertan y agitan los malos instintos, las pasiones que pueden ser característícas de cada temperamento, y sobre todo, la malignidad, traviesa é inconsciente, pero muy activa é ingeniosa, de que es suceptible la criatura humana. De ahí la tendencia del adolescente á burlarse de todo lo

(1) La *panela* es llamada *papelon* en Venezuela y *chancaca* en el Perú.

que ofrece algun asidero al sarcasmo y la mofa, sin piedad por ninguna de aquellas almas nobles y humildes que, por su humildad y nobleza mismas, soportan con paciencia los tiros, voluntarios ó involuntarios, de la malignidad. Yo que, años despues, estimé de todo corazon al comandante Osorio, y le admiré por su virtud y me condolí de su mala suerte, en San Bartolomé me mofaba de él como el que más, y lo confieso con remordimiento....

Aquel hombre tan mofado era en su vida privada la virtud misma, la austeridad y la pureza: era casto y pudibundo como una monja. En las cosas públicas, patriota y entusiasta, republicano sincero, filósofo y creyente al propio tiempo. Amó con delirio; amó hasta el heroismo de la humildad y la constancia, y su amor fué verdadera *pasion*, siendo por muchos años su cruz y su martirio. Vivia soñando, y frecuentemente conversaba consigo mismo, preocupado, y distraido de lo demas. Tenia la honrada intolerancia de la virtud, que es siempre respetuosa pero inflexible: no consentia que se dijera ni hiciese cosa alguna que no fuera conforme con la razon y la justicia, y hacia con la mayor seriedad las cosas más extrañas. Recuerdo que un dia nos convocó á varios estudiantes para leernos un discurso de dos pliegos, escrito por él en taquigrafía, cuyo objeto era demostrar que él *no era Napoleon*, y que en caso de serlo, no lo seria *de panela*. Nos reimos á carcajadas y no se mostró ofendido: su tolerancia llegaba, en cuanto á las ofensas que le hacian, hasta lo sublime de la magnanimidad.

Su vida fué de humildad resignada, de honradez, de estudio, de trabajo incesante y de amarguras. La revolucion de 1860 le sometió á la última prueba. Su deber de buen ciudadano le señaló su bandera en la lucha fratricida: peleó con increible bizarría, en defensa del Gobierno constitucional, volvió gravemente herido de la batalla del *Oratorio*, no desmayó un momento, dió ejemplos de virtud civil y militar, siendo su tropa la más moral de todo el ejército, y el 18 de Julio de 1861 se hizo alzar y atar sobre un caballo, inválido y casi sin fuerzas, para combatir y morir heroicamente. Su brazo fué el último de los vencidos que mantuvo la espada en alto, y su alma, de seguro, la más pura que aquel dia se elevó hácia Dios entre el fragor de la batalla....

La muerte de este hidalgo ciudadano fué horrible: no

la refiero por honor de mi pais; pero sí recordaré una circunstancia que completó dignamente la vida del bravo comandante Osorio. Al recibir, en la primera calle de Florian, la última lanzada, exclamó: "No me maten!"; pero cuando pocos momentos despues iba á espirar, sus únicas palabras fueron éstas, que dirigió á los que le auxiliaban: "Tuve un momento de debilidad pidiendo que no me mataran; pero me arrepiento y pido á ustedes perdon de esa debilidad." Aquel hombre tan cruelmente tratado por la sociedad, fué gallardo hasta en el momento de despedirse de ella para siempre....

Al dia siguiente conducian su cadáver, sobre una tabla, al cementerio; el conductor, que iba sólo, era Ricardo Carrasquilla. Se encontró en una calle con el doctor Ancízar, y éste le acompañó en su piadosa peregrinacion. El séquito era, pues, muy escaso y silencioso, pero se componia de un publicista hombre de Estado y un poeta institutor, ámbos hombres de bien: esto era suficiente para el honrado Osorio....

Que el lector no lleve á mal este recuerdo, dedicado á un hombre oscuro y sin importancia histórica; seria grave injusticia, seria un acto de crueldad póstuma para con aquel mártir del amor y del patriotismo, esclavo del deber, el dejar su nombre en el olvido. Hay figuras humildes que en su aparente pequeñez tienen grandeza colosal: la de la virtud!

XXI.

LA BIBLIOTECA NACIONAL.

En Diciembre de 1844, á los pocos dias de vacaciones comencé á fastidiarme: me hacia falta San Bartolomé, que era yá como mi segunda patria, y mi espíritu inquieto no se conformaba con carecer del bullicio y confraternidad retozona de los claustros del colegio. Por otra parte, Diciembre es el gran mes de los bogotanos: la época del frio sabroso, de las diversiones más populares y del buen humor general; y yo tenia el bolsillo muy enjuto, mejor dicho, no tenia bolsillo para gastar y divertirme algo. Y nada es tan fastidioso como la carencia de dinero, cuando se ama el placer.

Un dia me ocurrió la idea de ir á matar el tedio en la Biblioteca Nacional: entré, y me llamó la atencion

don Vicente Nariño, Bibliotecario entónces, hijo del ilustre revolucionario y prócer bogotano que reveló en Colombia los "*Derechos del hombre.*" Don Vicente parecia haberse petrificado en la Biblioteca, formando masa comun con los pergaminos en folio : era como un estante viviente, pero sin libros ; una especie de biblioteca muda y sin índice, y vegetaba allí como hubiera podido vegetar en una vasta botica un hombre extraño de la farmacia. Nadie entre nosotros habia manejado más libros que él, pero nadie era ménos literato ni erudito. Conservaba los libros en buen estado ; tenia sus índices reducidos á lo estrictamente necesario para buscar lo que se le pedia ; jamas faltaba en la Bibloteca, y suministraba con inalterable condescendencia y bondad los libros que se le exigian.

El diálogo con el Bibliotecario se reducia ordinariamente á estas pocas palabras :

—Buenos dias, señor don Vicente.

—Buenos los tenga usted, caballero.

—Yo desearia saber si *tal* libro se halla en la Biblioteca.

—Debe de estar : busquemos en el índice.

—Por lo visto, sí está. ¿ Tendrá usted la bondad de prestármelo ?

—Sin duda : búsquelo nsted en aquél rincon del estante. Allí tiene usted una silla en qué sentarse á leer.

—Mil gracias.

El dia que entré en la Biblioteca por primera vez, tuvimos esta conversacion :

—Señor don Vicente, yo quisiera leer algun libro bien entretenido.

—Lea usted los viajes de Antenor.

—Fué la segunda obra que leí, siendo muchacho.

—Pues el Gil Blas de Santillana.

—Esa fué la tercera.

—Entónces el Quijote.

—Esa fué la cuarta.

—Válgame Dios ! ¿ le gustaria á usted la Casandra ?

—Tiene fama de ser un libro muy majadero.

—¿ Y el Amadis de Gaula ?

—Es rococó.

—Vamos ! los Viajes de Wanton ?

—¿ Viajes por dónde, ó á donde ?

—Al *país de las monas.*

—El título es curioso ; veámoslo....

—Verá usted qué le gusta esta obra.

—¿ Es muy divertida ?

—Pues cómo no ! Imagínese usted que todos los monos tienen nombres muy raros, todos gastronónicos, y que viven y hablan como los hombres y las mujeres.

—¿ Ni más ni ménos ?

—Pero no tome usted las cosas á la letra, pues sospecho que el libro es una sátira no más.

—Ya caigo : ¿ Y los monos representan á los hombres y las monas á las mujeres ?

—Cabal.

Indudablemente el digno Bibliotecario era hombre perspicaz.

A fin de leer cómodamente los Viajes de Enrique Wanton, me instalé en un rincon de la Biblioteca, cuyos estantes y vericuetos escudriñaba de cuando en cuando por curiosidad. Un dia noté que detras de algunos de aquellos estantes yacian en el suelo enormes pilas de viejos periódicos llenos de polvo y telarañas.

—¿ Qué papeles son esos, señor don Vicente ? pregunté.

—Papeles inútiles ; verdadera basura, me respondió.

—Por qué ?

—¿ Pues no ve usted que están en inglés ?

Yo, que en aquella época áun no sabia palabra de la lengua inglesa, apénas pude ver que los papeles tenian por título *The Times*, que habian sido publicados en *London* y que databan de 1823 á 1830.

Al dia siguiente de mi conversacion con el Bibliotecario entré en una tienda de la plaza principal de Bogotá, que segun los tiempos ha ido cambiando de nombre, llamada primero *Mayor*, despues, *de la Catedral*, luégo, *de la Constitucion*, y últimamente, *de Bolívar*. Aquella tienda era de un amigo y condiscípulo mio de quien luégo hablaré. En el momento en que yo entraba á saludarle, álguien ofrecia en venta, al peso, papeles impresos para cucuruchos y envoltorios.

—¿ Tú compras papel de esta clase ? pregunté á mi condiscípulo.

—Si ; lo pago á tres pesos arroba.

—¿ Todo el que te traigan á vender ?

—Todo, porque es buen negocio la reventa.

Tuve entónces una idea luminosa: recordé que mi bolsillo estaba enteramente vacío, y pensé que al conseguir dinero podia pasar mis vacaciones muy divertido.

Los *Aguinaldos* se acercaban, y yo no podia resolverme á pasarlos en seco. Fuíme derechamente á la Biblioteca Nacional.

—Señor don Vicente, dije al entrar, con el acento más meloso de que era capaz mi voz: ¿ me haria usted el favor de regalarme algunas de *aquellas* gacetas inútiles?

—Hombre!

—¿No le hacen, pues, estorbo?

—Sí, pero....

—Pero usted quiere guardar para recreo unos papeles que de nada sirven.... Papeles ingleses!

Don Vicente, que no entendia palabra de inglés (y en esto no tenia culpa) sintió halagado su amor propio, es decir, su desden por lo que no entendia.

—Es verdad que no sirven, repuso. ¿Y para qué quiere usted papeles?

—Para hacer un globo y echarlo á volar.

—Oiga! ¿con que usted echa globos?

—No; pero echaré, si usted me ayuda.

—Bueno: lleve usted papeles; pero que nadie lo sepa.

—Oh! no tenga usted cuidado.

—Y no hay que llevar ni uno frances ni español!

—Cuente usted con ello.

Don Vicente, que leia en español, esto se comprende, y en latin y en frances, sintió que mi promesa tranquilizaba su conciencia.

Mi primer saqueo fué moderado: apénas me llevé, bien ocultas debajo de mi capa (ya tenia el honor de usar capa de paño en vez del capote de tartan) unas cincuenta libras de papel. Al cabo de un cuarto de hora tenia en mi bolsillo cosa de cinco pesos, honrado fruto de mi industria; de mi empleo, diré, puesto que me habia constituido en agente de policía de la Biblioteca Nacional. Me apresuré á gastar aquellos realitos en la fonda de François (despues café de la *Rosa Blanca*), en compañía de dos íntimos amigos: Juan Emilio Levy y Guillermo Pereira Gamba.

—Diantre! exclamó el segundo al beberse el primer vaso de cerveza; ¿de dónde has sacado *tánto* dinero?

—He descubierto una mina.

—Conversacion!

—Como lo oyes.

—¿Has dado con el tesoro del *Pico de la guacamaya?*

—No tan léjos; no hay que subir por el cerro de Monserrate.

—¿En dónde, pues?

—En *el pais de las monas.*

—No te comprendo.

—Este dinero, repuse, es el fruto de mis estudios y observaciones en la Biblioteca Nacional. Allí preparan un *beefsteak* exquisito, añadí (aludiendo al que comíamos en la fonda), y muy buena cerveza.

—Explícate, por fin, dijo Levy.

Entónces revelé á mis amigos lo de las gacetas inglesas, y les invité á explotar conmigo la mina, en grande escala. Al punto organizámos, sin capital fijo ni gastos de instalacion ni escritura, una compañía para realizar tan proficua empresa. Trazámos nuestro plan, y al dia siguiente lo pusimos por obra.

Llegué primero á la Biblioteca y formulé mi peticion. Don Vicente no puso dificultad, y comencé á formar mi monton de gacetas. Un rato despues llegó Pereira y se sentó á fingir que leia cualquier libro, sin reparar en mí. A poco entró Levy, saludó con mucho cariño á don Vicente, pidió el Quijote y se puso á leer con un ojo, miéntras que con otro me miraba al soslayo.

De pronto me miró Pereira y dijo:

—Hola! tú por aquí? ¿qué haces en ese rincon?

—Estoy apartando los papeles inútiles.

—¿Para qué?

Fingí que me azoraba, miré á don Vicente y le dije:

—¿Le digo para qué?

—Hombre! qué curiosidad!

—Estos papeles son para hacer un globo.

—¿Y te los regala don Vicente? preguntó Levy, tomando parte en el diálogo.

—Sí; por tal de limpiar estos rincones, cuyas telarañas son un descrédito.

—¿Quiere usted que ayudemos á limpiar, señor don Vicente? dijo Pereira.

—Diantre! respondió aquel; ¿ustedes quieren saquear la Biblioteca?

—¿Un saqueo de telarañas? repùso Levy entre risueño y desdeñoso.

—¿Y qué quiere hacer usted con esa basura de papeles viejos é inútiles? añadí.

—Es verdad que sólo sirven de estorbo.

—Y luégo, observó Levy, nosotros pondremos en órden los papeles españoles y franceses y dejarémos el campo limpio.

—Bueno; pero... ¿para qué tánto papel?

—Haremos un globo inmenso, respondí; y esto divertirá, sin duda, al pueblo.

Don Vicente, á fuer de hijo de un gran prócer de la patria, era filántropo, y ademas, le gustaba el aseo; razones muy buenas para limpiar la Biblioteca, convirtiendo sus empolvadas gacetas en globos útiles para el pueblo de Bogotá, á ménos que se quemasen al echarlos á volar. Ello fué que aquel dia nos llevámos cerca de ocho arrobas de números del *Times* y otros papeles ingleses, que al punto nos compró, no sin mucha admiracion y curiosidad, mi condiscípulo comerciante de la plaza de Bolívar.

Don Vicente Nariño no tuvo la satisfaccion de ver elevarse bajo el hermoso cielo de Bogotá ninguno de los globos-monstruos que le prometíamos fabricar, porque si no "se quemaban," los echábamos "en San Victorino" ó "en San Diego." El saqueo nos produjo más de setenta pesos, sin que nuestra conciencia se turbase, ya porque á los quince años tiene uno escasa conciencia, sobre todo si es estudiante, ya porque casi creíamos servir á la patria, contribuyendo á la buena policía de la Biblioteca Nacional.

Ello fué tambien que pasámos el Diciembre deliciosamente; aquél fué acaso el más divertido de mi vida. Mas, sea dicho en honor de nuestro honrado sentimiento de gratitud, que cuando cenábamos opíparamente en la fonda, todos nuestros bríndis, hechos con cerveza, eran entusiásticos homenajes tributados á la munificencia filantrópica del Bibliotecario.

XXII.

PRINCIPIO DE VIDA PÚBLICA.

Los años de 1844 y 1845 hicièron época en mi vida. Durante ellos, en cuanto esto era compatible con mi humilde condicion de estudiante, comencé mi vida pública. Sin embargo, el de 1844 no comenzó bien para mí, porque sufrí mucho á causa de un accidente inesperado. En los últimos dias de Diciembre del año anterior hubo fiestas populares con corridas de toros. Todos los dias, para poner algun órden y evitar desgracias, un batallon del ejército nacional hacia un *despejo*, poco ántes de comenzar la corrida de toros, y en seguida sólo podian entrar en la liza, dentro de las barreras, los toreadores y jinetes de ordenanza. Los soldados formaban filas al pié de las barreras y expulsaban á todos los intrusos. En una de aquellas tardes, yo estaba sentado sobre la más alta vara de una barrera, cuando un empellon de los vecinos allí amontonados como racimos me hizo caer á la orilla de la liza. Al punto un soldado brutal se abalanzó sobre mí y me dió un tremendo culatazo en partes muy delicadas del cuerpo. Caí al suelo de espaldas, y me sacaron fuera de la barrera sin sentido. De tan violento golpe me provino al punto una grande y dolorosa hinchazon, con mucha fiebre, que me redujo á la cama.

Durante cerca de un mes estuve condenado á la quietud, sufriendo así doble pena; pero esto me indujo á estudiar mucho para no perder el primer mes de mis nuevos cursos (Derechos constitucional, administrativo y penal), de tal suerte, que cuando pude concurrir á las clases, en Febrero de 1844, sabia más que casi todos mis condiscípulos, porque habia estudiado mucho más que ellos. Yo estaba alojado en casa de don José María Duque, —hombre larguísimo, flaquísimo, seco, moreno, y muy honrado y laborioso, viejo solteron, que desempeñaba el cargo de maestro de la escuela pública de varones, en el barrio de las Niéves. El piso alto y delantero de la casa (cascaron antiquísimo y horrible) estaba ocupado por la escuela, y hácia atras, en la planta baja, con un extenso patio cuadrado de por medio, estaban las habitaciones del maestro y su señora madre. Allí tenia yo mi cuarto, tan desmedrado y triste que daba grima.

Sin embargo, si el cuarto era triste, la casa horrible

y los escolares muy gritones, en compensacion habia algunas cosas que me gustaban: habia mucha luz y muchas flores, y en uno de los costados un cuarto donde tenia mi hospedero una famosa cria de *curíes*, con cuya vista me divertia yo frecuentemente. Qué prodigiosa fecundidad de animalitos! Las hembras ofrecian su fruto cada quince dias, dando á luz una multitud de lechoncitos, y el señor Duque enviaba á vender á la plaza de mercado todos los viérnes dos, tres ó más docenas. Aquel animal, que es muy bonito, como una especie de cerdo en miniatura y de conejito de orejas cortas, me pareció por extremo simpático, y al ver yo las manadas me decia: "Si así nacieran hombres buenos en mi tierra, cuán feliz no seria ésta!"

El patio estaba colmado de tazas de barro y éras repletas de flores, que exhalaban á toda hora la más rica ambrosía. Pero lo mejor era el inmenso solar que habia en el interior de la casa. Lo tenia el señor Duque literalmente cubierto de flores y legumbres finas, que vendia profusamente, procurándose una buena renta, y sabia cultivar sus plantas con inteligencia y asiduidad. Allí comí por primera vez varias legumbres que en 1844 eran muy nuevas y casi desconocidas en Bogotá, como los apios y espárragos, las remolachas y zanahorias de especie delicada, las escaloras y las lechugas romanas, el salsafí y otras muy sabrosas.

El señor Duque me enseñó los nombres de la infinidad de preciosas flores que cultivaba, nativas del país unas, españolas ó francesas de orígen otras, que daban á nuestros jardines aspecto nacional, pintoresco, amenísimo y cierta originalidad encantadora. Entónces eran estimadas unas cuantas flores graciosas, como el *ridículo*, la *espuela de caballero*, el *doncenon*, el *farolillo*, las *amapolas* de gran tomaño, &ª que luégo han ido desapareciendo de nuestros jardines, expulsadas por las flores exóticas. Ya nuestros jardines están *arreglados* á la francesa, como nuestra política y tántas otras cosas, y á decir verdad, nó sé lo que hayamos ganado con la reforma.

A principios de Octubre de 1844 tuvieron los liberales la más dolorosa sorpresa: el doctor Vicente Azuero acababa de morir casi súbitamente el 28 de Septiembre, en la Mesa, y su cadáver fué trasladado á Bogotá. La muerte de este ciudadano debia impresionar fuertemente tanto á sus amigos como á sus adversarios. Era

él el más ilustre miembro de una familia de patriotas ardorosos; habia sido uno de los republicanos de temple más enérgico, hombre de pensamiento audaz y de accion, de concepciones vastas, carácter muy resuelto y ambicion política sostenida. Sus tendencias le habian hecho aparecer como doctrinario de lógica inflexible y revolucionario ardiente á quien no arredraban dificultades. Era el verdadero creador de nuestras instituciones municipales más avanzadas, y su agresiva pluma y varonil palabra habian iniciado en cierto modo, desde 1827, la escuela radical que se organizó en 1852.

La grande epopeya de la Independencia colombiana produjo tan eminentes escritores, tribunos y hombres de Estado como heroicos soldados; pero entre tantos patriotas ilustres de esa gloriosa época, en que la grandeza de los caractéres armonizó con la del teatro y la de los acontecimientos, principios é intereses que estuvieron en accion, pocos se mostraron, desde que la primera Colombia se constituyó, tan notables por su audacia y valentía civil como el doctor Azuero. A su laboriosidad debemos principalmente el Código penal de la República, expedido desde 1837, que luégo ha subsistido en la Union y servido de modelo al Código penal de cada uno de los Estados.

Nunca he olvidado la impresion que me causaron la figura y la palabra del doctor Azuero, al verle por primera vez, en 1840, discurriendo en la Cámara de Representantes. Era yo casi un niño, cuando la curiosidad me llevó á la barra de aquella Cámara, donde sobresalian hombres da la talla de Santander y Azuero y otros ciudadanos importantes. Cuando entré en el recinto de la barra, precisamente estaba Azuero discurriendo acerca de la revolucion que agitaba entónces al pais, y su expresion vigorosa y su voz llena de energía me dominaron. Azuero era un pensador, en todo caso, pero mucho más fuerte como escritor que como orador: no tenia elecuencia de imágenes ni de diccion, ni de gesto, ni áun su acento era verdaderamente robusto; pero en las chispeantes miradas que despedia se patentizaba la energía de su carácter, la audacia de sus convicciones y la vivacidad de sus pasiones, que le movian á la lucha.

Algunas veces empleaba un lenguaje acerado y gresivo, es verdad, y con razon le calificaban como á ombre de fuertes pasiones; pero más que todo era un

pensador convencido, esencialmente doctrinario, enemigo de la fuerza brutal, valeroso en sus opiniones y que iba siempre adelante en la política. Talvez de los liberales de su tiempo era el que mejor comprendia las verdades de las ciencias políticas, la lógica de la República y las necesidades de nuestra jóven democracia. Por lo demas, aunque de mediana estatura, tenia gallarda presencia y una fisonomía hermosa, expresiva y qué imponia respeto. Yo le tenia entónces por un grande hombre, casi sin tacha. Con el tiempo, al conocer la historia nacional, modifiqué algo el concepto que habia formado de la elevacion de su carácter y de la bondad de sus actos públicos; pero siempre le tuve por el más notable de los antiguos radicales de Colombia y Nueva Granada.

Al tener noticia del fallecimiento de Azuero, los estudiantes de San Bartolomé que nos hallábamos en los claustros resolvimos, por aclamacion, designar á uno de nosotros para que representase al Colegio, como orador, en los honores fúnebres que se iban á tributar al gran ciudadano. Él habia sido uno de los más eminentes alumnos de San Bartolomé, semillero de patriotas, cuyo personal se mostró en otro tiempo fiel á las tradiciones del Colegio, y el homenaje era muy justo de nuestra parte.

Pero la dificultad estaba en hallar un estudiante que, siendo capaz de componer una buena oracion fúnebre, tuviera el arrojo bastante para subir sin miedo á la tribuna mortuoria y pronunciarla. Muchos habia de aventajada capacidad, pero sin audacia: mi desparpajo me hizo obtener tan delicada comision, que acepté sin vacilar, y al punto me retiré á componer mi oracion. Me urgia prepararla inmediatamente para tener tiempo de aprendérmela de memoria; y Dios sabe cuáles fueron mis angustias por salir dignamente del aprieto.

El subsiguiente fué el dia de los funerales. El séquito era inmenso y todos íbamos con recogimiento en pos del cadáver, porque en éste se veia la ruina terrenal de una de las más ilustres glorias civiles de la patria. Nombrar al doctor Vicente Azuero era evocar todos los rocuerdos de la gran Colombia y de Nueva Granada. Él habia sido, por decirlo así, la juventud de la Revolucion y la energía de la política: su muerte dejaba como huérfano á un gran partido, puesto que Santander estaba

en la tumba y Obando en el destierro, y enlutaba la historia de nuestro periodismo, de nuestra magistratura, de nuestra tribuna parlamentaria y nuestra legislacion republicana.

Mi padre fué entusiasta admirador de Azuero, á quien preferia entre todos los hombres de Estado de la República, y yo habia heredado su entusiasmo; así, la muerte de tan eminente ciudadano me afligia mucho. Yo caminaba á corta distancia del féretro, muy conmovido y agitado: tenia miedo y temblaba, porque tenia conciencia de la grandeza del objeto, de mi pequeñez ó nulidad, de la responsabilidad que mis palabras podian hacer redundar sobre la juventud de la Universidad, y de las consecuencias que tendrian en lo tocante á mi porvenir personal.

Llegó el momento solemne y creció mi emocion: detuvieron el cadáver al pié de la alta cruz exterior del cementerio, cuyo pedestal servia de tribuna en las grandes ocasiones. Bien que, al discurrir en pos de otros oradores, corria el riesgo de quedar enteramente anulado áun ántes de comenzar, juzgué que lo más respetuoso y acertado era dejar que otros perorasen primero, y no hacerlo por mi parte sino en caso de que mi oracion pudiese tener algun interes y originalidad.

En efecto, tres oradores hablaron sucesivamente, y recuerdo que uno de ellos fué el doctor Lorenzo María Lléras. Cuando éste descendió del pedestal de la cruz, algunos amigos me alzaron de súbito y me plantaron encima. Al sentir que me levantaban temblé como un delincuente; pero luégo enderecé la cabeza, tendí una mirada por todo el ámbito circunvecino y, como por encanto, instantáneamente recobré todo el ánimo. Todos me miraban con simpática curiosidad que me alentaba, y creí leer en todas las miradas esta pregunta: "¿Qué vendrá á decirnos este adolescente desconocido? Oigámosle con benevolencia y atencion."

Yo veia á mis piés, en derredor, un mar de cabezas descubiertas, de cuerpos enlutados, de semblantes tristes y objetos que expresaban dolor; estaba al pié y bajo el amparo de la cruz, é iba á evocar la memoria de un gran ciudadano, en nombre de la juventud liberal, que era casi su obra y comenzaba á ser su posteridad. Pequeño y humilde, yo era sin embargo instrumento de a historia. Hablé primero con calma y vigor, y luégo

con mucha emocion, y ésta fué tál, que mi acento vibró de verdadero dolor y los ojos se me llenaron de lágrimas.... Ello fué que todo el auditorio me aplaudió, áun olvidando la severidad de tan fúnebre acto, y que recibí luégo muchos abrazos y felicitaciones.

Desde aquel dia fuí talvez el más conocido de los estudiantes de la Universidad: puedo decir que nací políticamente al pié de la tumba de Azuero! Desde ese momento comprendí que tenia abierto mi porvenir: me sentí estimulado, y todas mis facultades de actividad se sobreexcitaron. Si no vislumbré la gloria en lontananza (ay! por desgracia me ha sido tan esquiva!) á lo ménos la adiviné y comencé á tributarle culto: sobre todo, me sentí capaz de llegar á ser buen cuidadano, puesto que habia llorado libre y sinceramente sobre el sepulcro de un eminente compatriota!

Una ventaja obtuve, sin saberlo entónces, sino al cabo de muchos años, que he estimado en mucho. Al oirme discurrir en el cementerio, me cobró gran cariño, que despues ha sido una nobilísima amistad, un niño de alma entusiasta y generosa y muy clara inteligencia. Con el tiempo ha venido á ser un hábil farmaceuta y profesor de medicina, un escritor patriota y muy estimable, y sobre todo, un perfecto caballero que brilla por su ardiente caridad y otras muchas virtudes. Me refiero á mi buen amigo el señor doctor Pedro Pablo Cervántes.

XXIII.

LA CASA DE UN HOMBRE JUSTO.

En la época de mi estreno en la oratoria vivia yo en una honrada casa, como en familia, merced al favor con que en ella me habia recibido, en calidad de pensionista, la madre de uno de mis más queridos condiscípulos. Su digno esposo se hallaba en Venezuela, y si ella tenia el gobierno de la familia, su hijo mayor, áun haciendo sus cursos en la Universidad, contribuia con su trabajo á sostenerla. Meses despues de hallarme instalado en aquella casa, tornó al hogar el venerable anciano que de ella habia faltado. Era éste el doctor Salvador Camacho, antiguo servidor de la patria. Estuvo desterrado de la República, únicamente por sus opiniones políticas, á

virtud de la inicua ley " sobre medidas de seguridad," fruto del exceso de autoridad del partido vencedor en 1841; ley que servia para proscribir á los reos de pensamientos ó ideas liberales.

Entónces era el partido conservador (aunque sin este nombre, pues simplemente se llamaba " ministerial ") el que practicaba tan deplorable politica, ó al ménos la dejaba practicar por sus servidores oficiales. Despues, *mutátis mutándis*, hizo lo propio el viejo partido liberal, cuando conquistó el poder; y á su vez, cuando le tocó gobernar, el radical, durante muchos años, estuvo persiguiendo y proscribiendo á obispos, clérigos y conservadores, en nombre de *la idea*, de " la doctrina pura " y de los principios de *progreso*.... Así ha vivido nuestra pobre *República democrática*, más ó ménos hasta principios de 1880, gobernada con injusticia ó viodencia por las pasiones de partido. Pero, tiranía por tiranía, paréceme más odiosa, por su hipocresía ó su cinismo, —que los estremos se tocan,— aquella que se ejerce en nombre de la libertad é invocando las doctrinas más aparentemente favorables al derecho.

El tiempo que pasé en la honrada casa á que me refiero fué él más feliz y fecundo de mi primera juventud. La compañía de Salvador, mi condiscípulo, me era tan grata como provechosa, porque hablábamos de todo con intimidad, discutíamos cuanto lográbamos leer, y nuestras almas, en cierto modo, se desarrollaban en armonía. Yo trabajaba entónces con actividad febril, llenando numerosos cuadernos y resmas de papel con mis precoces y desordenados ensayos de literatura. Mi espírittu, como la mano del niño que anda á tientas, buscaba el camino que le convenia, y no pudiéndolo encontrar aún, erraba por diversos senderos y se diluia en la exuberancia de una vitalidad casi monstruosa. Mis malos versos y peores artículos de costumbres, mis discursos y ensayos informes de novelas, dramas y romances, eran, respecto de la literatura amena, lo que pudiera ser un campo húmedo, cubierto de espesos matorrales, malvas y ortigas, comparado con un jardin de bellas flores y esbeltos arbustos plantados con regularidad y buen gusto.

El doctor Camacho pensaba, hablaba y se conducia como filósofo, y sus costumbres dométicas eran patriarcales. Por ejemplo, recuerdo una circunstancia que le era habitual: todos los dias, al tornar á su casa, compraba

en una tienda cercana un voluminoso pan de dulce que guardaba debajo de su capa; su mayor placer era sentarse en medio de sus siete hijos y repartirles aquel pan. El buen anciano hacia siempre ocho partes, y la octava era para "el bachiller," como me llamaba familiarmente, no sé si aludiendo á mi grado universitario ó á mi charla. Aquella escena íntima, diariamente repetida, era conmovedora por su sencillez y su saludable significacion. El digno anciano representaba su corazon con el pan que repartia, y sus hijos aprendian á vivir y trabajar unidos y á comprender el alto mérito que tiene la dignidad de la pobreza. Yo, por mi parte, queria con gratitud y veneracion al honrado patriarca, y sus hijos eran para mí como hermanos. He sido fiel á estos recuerdos, y espero que siempre lo seré.

Tenia el doctor Camacho temple de romano antiguo, ideas de jóven y corazon muy americano: su fe en la libertad y el progreso era incontrastable, y nunca transigia con cosa alguna que le pareciese contraria á la probidad de las ideas. Su credo político era una religion, y la patria le parecia tan grande, como pequeño todo sacrificio que se le hiciera. Era católico filósofo; jamas se apartaba del amor á Dios y á la Humanidad, ni del horror á la supersticion, la mentira, el dolo y la hipocrecía, y nunca se mostró intolerante. Pobre como era, se distinguia por el ejercicio de la caridad. En sus últimos años acostumbraba caminar mucho á pié, á tal punto que todos los dias daba la vuelta al rededor de Bogotá. Antes de comenzar sus largos paseos se llenaba los bolsillos de pan, dulces secos y bizcochos, que repartia entre los pobres muchachos que encontraba cerca de las chozas de los alrededores, regañándoles dulcemente con palabras como éstas: "Tóma, y no seas lloron;" "Tóma, y lávate la cara;" "Lléva este pan á tu madre, y no te estés ocioso por las calles."

Si el doctor Camacho me daba los más saludables ejemplos y elevaba mi espíritu con sus consejos y estimulantes palabras, el círculo de sus relaciones íntimas me abria en cierto modo un vasto horizonte. Nada predispone tánto el ánimo de un adolescente á los esfuerzos del patriotismo, como la vista frecuente y la conversacion de hombres que han dado á la patria páginas de gloria, haciéndole servicios importantes. En las modestas tertulias del doctor Camacho, siempre íntimas,

se hablaba mucho de historia nacional y de política; y aquellas conversaciones de hombres de avanzada edad, liberales de temple muy probado y que tenian notable papel en la escena política, me instruian sobre muchas cosas importantes y contribuian á formar mi carácter y mis ideas.

La casa del viejo patriota, visitada siempre por hombres ilustres, estaba llena de recuerdos. Dos cosas me impresionaban particularmente: un excelente retrato de Santander, y un estrecho corredor alto donde este gran ciudadano estuvo paseándose, en la noche del 25 de Setiembre de 1828, lleno de tristeza y angustia, en tanto que se oian los tiros del combate trabado por los conspiradores. El doctor Camacho tenia la conviccion de que Santander, no sólo no tuvo parte alguna en aquella terrible conspiracion, sino que la desaprobó resueltamente, al sospecharla no más, y la consideró como calamitosa áun ántes de su sangriento y doloroso desenlace.

Entre los tertulios de la casa recuerdo á tres como los más notables: el General José María Mantilla, el General Antonio Obando, y el doctor Romualdo Liévano. Una ó dos veces vi tambien al doctor Diego Fernando Gómez, republicano impetuoso, hombre de gran capacidad, de integridad inflexible, de mucho saber, de carácter áspero, y sin embargo locuaz, chistoso en su conversacion y muchas veces jovial en su trato y su lenguaje.

Oir al General Mantilla en tertulia familiar, era lo mismo que oirle discurriendo en el Senado, donde habia figurado constantemente en representacion de la antigua provincia de Pamplona. Nunca peroraba: conversaba siempre, y consideraba la tribuna como una silla poltrona, en la que se arrellanaba á sus anchas para *platicar* con sus colegas y los Secretarios de Estado. Sus reflexiones eran siempre dichos, proverbios, fábulas y cuentecitos, y sus recursos oratorios, sarcasmos llenos de oportunidad y de agudeza bonachona. Así, cuando él pedia la palabra todo su auditorio se preparaba á reir. Tenia el dón de picar mucho á sus adversarios ó contrincantes, sin que éstos pudieran desquitarse del mismo modo, porque él conservaba inalterable calma, ó si acaso la perdia por momentos, rara vez dejaba conocer su irritacion.

Alto, grueso, aventajado de abdómen y notable por su fisonomía amable y maliciosa, (algo semejante á la del célebre don Andres Bello) y su aire de bondad y tolerancia geniales, tenia la apostura ménos marcial que se puede imaginar. No se notaba su categoría militar, sino por la serenidad y la independencia franca y ruda con que expresaba sus opiniones, desafiando toda contrariedad ú oposicion. Era hombre verdaderamente civil, aunque mucho más hombre de partido que de ideas elevadas, y no consideraba sus servicios militares, sino como actos ejecutados por un ciudadano en el pleno ejercicio de su libertad republicana y en cumplimiento de su deber como patriota.

Tuvo larga vida y por mucho tiempo intervino en la política dèl pais, en circunstancias graves y sirviendo altos empleos ; y sin embargo murió muy pobre y casi olvidado, y al bajar á oscuro sepulcro no obtuvo su nombre, ni ha obtenido despues, los honores que merecia. Esto prueba que fué hombre de bien y que no cortejó la popularidad. Era liberal á la antigua, y sus ideas políticas se habian aferrado al programa de 1832. Así, ni aceptó ni pudo comprender el radicalismo de 1852 á 1854, que le pareció peligroso y funesto. A fuer de hombre de partido, y por lo mismo poco doctrinario, su patriotismo suspicaz se alarmó con un movimiento reformador que, en su concepto, se extraviaba por exceso de liberalismo y preparaba la ruina del partido liberal. Ello fué que, apartándose por primera y única vez del camino del deber, tuvo la desgracia de apoyar el movimiento reaccionario encabezado en 1853 por el General Obando, y luégo la insurreccion de Melo, en 1854, y estas faltas le acarrearon su muerte moral.

Nuestros partidos, intolerantes por extremo, á las veces envidiosos, juzgan á los hombres políticos del propio modo que el vulgo juzga sobre la virtud de las mujeres. ¡ Ay del que llegue á tener un desliz, en momentos de pasion ó arrebato, aunque toda su vida anterior haya sido de pureza, virtud y abnegacion ! El General Mantilla habia llamado la atencion y merecido el respeto de todos, amigos y adversarios, gracias á su larga vida llena de integridad y patriotismo, de desinteres y constante lealtad á la República ; pero un dia incurrió en la falta á que he aludido, y eso no como autor principal, sino aceptando el hecho, y las turbas de Catones *á la violeta*

en que abundan nuestros partidos se apresuraron á llenarle de contumelia. Y sin embargo, ¡ cuánta tolerancia no han mostrado muchos de esos Catones respecto de algunos hombres audaces y corrompidos, pero afortunados, que, teniendo *habilidad* para mentir, intrigar, corromper é intimidar, han llogrado imponer su voluntad á la Nacion ! Pero ¡ ay ! el General Mantilla era modesto, y lo fué en su virtud como en su falta ; y sólo los que delinquen con insolencia se hacen perdonar fácilmente !

Pero la posteridad debe hacer justicia al honrado patriota, soldado de nuestra Independencia : su nombre debe ser venerado como el de uno de los militares más puros, más generosos en sus intenciones y sus actos, y más incontrastables en sus ideas republicanas, que produjo nuestra gran revolucion en 1810.

El General ANTONIO OBANDO habia sido militar valiente y sufrido, hombre útil en la administracion, como Secretario de Guerra y Marina principalmente, y era patriota de inflexible firmeza en el cumplimiento de su deber, y sobre todo hombre honrado. En su semblante rudo pero respetable y digno ; en su voz áspera y de franca entonacion ; en la seriedad de sus maneras, y en la austeridad de sus costumbres, tenia un no sé qué de antiguo y patriarcal. Su modestia y filosofía en la vida privada, eran conformes con la serenidad que habia mostrado en los combates y la entereza de su vida pública. El buen viejo Obando era uno de los más valientes vencedores de *Boyacá*, fiel á la escuela política de Santander y entusiasta admirador de la *vieja* patria. Vivió y murió pobre, y supo siempre sobrellevar con digna sencillez su pobreza ; género de virtud que yá es raro en nuestra sociedad.

Bien que liberal de antigua fecha y muy probado, el doctor LIÉVANO era casi de otra escuela : se inclinaba mucho más que Mantilla y Obando á las innovaciones, y en esto pensaba como el doctor Camacho, viejo de ideas juveniles. Hase notado entre nosotros generalmente, y esto es natural si se hace cuenta del *medio* moral en que cada cual vive, que nuestros militares, con rarísimas excepciones, áun los más liberales, han tenido miedo á las reformas ; en tanto que los abogados siempre han procurado ir más léjos en su liberalismo. De ahí la especie de dualidad de escuelas en que han aparecido nuestros liberales, presentando dos grupos :

uno en que sucesivamente se ha visto á Santander Obando (José María), Mantilla, &ª; otro en que han figurado hombres como Azuero, Gómez y Murillo. ¿Será que el manejo de la espada y el hábito del mando predisponen al liberalismo estrecho, miéntras que el estudio de las leyes y el hábito de escribir inclinan el espíritu hácia una concepcion más ámplia, pero á las veces errónea, del derecho?

Las ideas del doctor Liévano eran en 1846 como un guion entre el viejo liberalismo revulucionario de 1828 á 1832 y el radicalismo doctrinario que reinó del 51 al 57. Hombre de modesta condicion, como tantos personajes entre nosotros, se habia elevado á muy notable posicion social, merced á su clara capacidad, su instruccion, su firmeza de carácter y su integridad. Era uno de los más respetables abogados del pais, y aunque no tenia dotes oratorias particulares, hablaba en el foro y en las cámaras con claridad, precision, buena lógica y sólido criterio. En la convervacion era poco ameno ycarecia de agudeza, pero sus observaciones nunca dejaban de ser oportunas, y su lenguaje, aunque seco, era incisivo y nada desaliñado. Jóven por su corazony de espíritu despreocupado, no mostraba prevencion contra ninguna idea nueva que contuviese el gérmen de un progreso; fué hombre poco popular, pero mereció y obtuvo siempre dos cosas que valen mucho más que la popularidad: la estimacion de sus amigos y el respeto de sus adversarios.

XXIV.

RECUERDOS LITERARIOS Y OTROS.

Mis conversaciones con Salvador Camacho Roldan eran de todos los momentos y siempre íntimas y cordiales, y nuestra vida comun subsistió en 1844 y 1846. Aun en nuestras camas seguíamos charlando despues de acostarnos. El trabajaba en una tienda de ferretería y especería, con lo que á duras penas podia sostener á su padre desterrado y su familia; y al propio tiempo seguia los mismos cursos que yo en la Universidad. Estudiaba, pues, de noche con suma asiduidad, no pudiendo hacerlo de dia, y por esta causa contrajo una irritacion crónica en los párpados, de la que nunca se ha curado por completo, porque nunca ha dejado de estudiar. Mostra-

ba Camacho desde entónces clarísima y fuerte inteligencia, mucho espíritu de análisis, memoria asombrosa para todo, un profundo sentimiento de probidad y dignidad, mucha viveza de imaginacion, un carácter tan impresionable para el optimismo como para el pesimismo, y una marcada inclinacion á las ideas absolutas. Tanto le encantaba la lectura de los buenos poetas como se aplicaba al estudio del derecho; y tenia mucho de soñador generoso, con fuerte aficion á las investigaciones estadísticas. Sin embargo de su gusto por la poesía, me hacia constantemente burla por mi furor literario y poético, seguramente porque lo que le gustaba en poesía era lo bueno y sublime. Casi todas las mañanas me preguntataba: "*Tostado* ¿ cuántas centenas de versos has confeccionado anoche? ¿ Qué tal de novelas dramáticas y dramas novelescos?"

Y en realidad yo comenzaba con furor esta vida de *Tostado* que no ha cesado para mí en treinta y ocho años. Escribia discursos para tribunas imaginarias; componia versos en todos los metros posibles y áun imposibles; borrajeaba dramas, comedias y novelas cuyo menor defecto era una inverosimilitud fabulosa; y en todo aquello dominaba un romanticismo *zorrillesco* que me hacia ver cadáveres entre las flores, escombros en lo más ameno, tempestades en el silencio de mi tranquilo cuarto de estudiante, y sombras y tinieblas en torno de la risueña luz de mi juventud. De los quince á los diez y nueve años produje una increible cantidad de versos, y los ménos malos y detestables (como la décima parte del inmenso fárrago) los dí á la estampa en 1849, en un malhadado tomo de 200 páginas, que ojalá no hubiera contenido más de ocho ó diez! Allí estaban la expresion de mis candorosas pasiones, mis ensueños y esperanzas de los dias del comienzo de la vida, y sin bargo, aquel *factum* juvenil se intitulaba: *Flores marchitas*, ¡como para significar que á los 19 años de edad yá todo habia muerto para mí!....El romanticismo me asfixiaba, falseando la sencilla manifestacion de mis sentimientos, y haciéndome escribir mil dislates. Y con todo, no deploro mis *Flores marchitas* ni me avergüenzo de ellas como poeta: fueron mis ensayos y estrenos, mis primeros esfuerzos para formarme sin maestro ni guia, y por algo habia de comenzar. Acaso no he pasado nunca de ser un mediano poeta; pero....cuán grande no es la

distancia que hay de los *Ecos de los Andes* á las *Flores marchitas* y de los *Ultimos cantares* á los *Ecos de los Andes* mismos! He aprendido á pensar y progresar á fuerza de amar, sufrir y trabajar, y para obtener algunos triunfos he tenido que pasar por muchas derrotas, infligidas.... por mí mismo en su mayor parte.

Algo de vanidad muy tonta (por distinguirme entre mis condiscípulos), y el deseo de ser leido por....aquel par de grandes ojos que en el certámen del Colegio de la Merced se habian enseñoreado de mi mente, todavía como en estado plástico, me movieron á publicar algunas poesías en los periódicos, desde 1844. Muchas inepcias y rapsodias literarias publicaba la prensa en aquel tiempo, sin que nadie parara mientes en ellas; y sin embargo, apénas publicaba yo algo, cuando caian sobre mí, sin compasion, ciertos criticastros, entre ellos dos de mis condiscípulos, que fingian estimular mis ensayos y luégo, á manosalva, por medio de publicaciones anónimos, me atacaban. Confieso que sus burlas me hacian saltar; pero me aprovecharon, no por lo que ellas me enseñaran, pues sólo las inspiraba un própósito maligno y nada valian, sino porque me hicieron comprender que el modo seguro de premunirme contra censuras respetables era estudiar, pensar bien lo que escribia, limar mis escritos y reprimir el apetito desordenado de publicidad.

Yo era ya bachiller en jurisprudencia (en 1845), grado que habia obtenido en Noviembre del año anterior, previo exámen general de hora y média sobre los cinco primeros cursos. En aquel tiempo no habia habilitáciones ni condescendencias, y los grados eran bien merecidos, porque habia sumo rigor en todo. La disciplina diaria de estudios y clases jamas se relajaba, y era muy rigurosa, sobre todo por la frecuencia y seriedad de los exámenes y certámenes á que éramos sometidos todos los alumnos para optar sucesivamente los grados de bachiller, licenciado y doctor en cada facultad. Tuve la buena suerte de salir con lucimiento en mis exámenes y grados, y sobre todo, en los necesarios para la licenciatura y el doctorado, así como para ser recibido abogado con diploma nacional.

Considero como un debèr el consignar aquí un recuerdo, siquiera muy somero, de los catedráticos que regentaron mis clases en los nueve cursos de jurispruden-

18

cia que seguí para llegar al doctorado. Eran los siguientes:

En Derecho romano, el ilustre y benemérito doctor José Ignacio de Márquez, jurisconsulto insigne que habia brillado en todos los campos de la vida pública, desde 1821, habia sido presidente de la República de 1837 á 1841, y sobresalia por su variado sabér, su elocuencia de grande orador y su piedad religiosa.

En Derecho constitucional y administrativo, el doctor Manuel María Pardo, bastante jóven á la sazon, y que durante casi toda su vida ha estado dedicado al comercio; hombre piadoso y de mucha conciencia, muy honrado y estudioso, y siempre severo en el cumplimiento de su deber y austero en sus costumbres, lo que no le impedia ser muy sociable.

En Derecho civil, el doctor Francisco J. Zaldúa, abogado integérrimo, de conciencia incorruptible, prodigiosamente aplicado al estudio de la jurisprudencia. dotado de maravillosa memoria, y que, habiendo sido pobrísimo, no obstante su procedencia de muy notables familias, se habian elevado en el foro y en la sociedad con sus perseverantes esfuerzos, hasta muy alta posicion, y era yá un profesor de gran nota.

En Derecho internacional y Diplomacia, el doctor Rufino Cuervo, personaje muy notable en el mundo político, y hombre de variada ilustracion, galante, agudo y florido en su lenguaje, perspicaz y de mucho mundo, que igualmente brillaba en los salones y en los gabinetes.

En Derecho canónico y Derecho penal, el doctor Estanislao Vergara, un pozo de ciencia, la memoria hecha hombre, inmensamente erudito, hasta ser como una biblioteca ambulante. Habia sido ministro de los gobiernos de Bolívar y Urdaneta, y ocupado altos puestos en la magistratura; conocia á fondo, como pocos, todos los incidentes y secretos de la historia nacional; trataba con paternal cariño y suma benovolencia á los jóvenes de la Universidad; gustaba mucho de sazonar sus enseñanzas con anécdotas de crónica y de historia en sus diversos ramos; y era el catedrático más popular entre los estudiantes, por ser el ménos puntual en su asistencia.

En Procedimientos y Práctica forense, el doctor Ezequiel Rójas, obogado muy notable y de rica clientela, perpetuo miembro de la Cámara de Representantes,

orador puramente dialéctico, y en este género muy hábil y fuerte; economista y utilitarista insigne, que con la mayor constancia y de muy buena fe habia inoculado en la juventud las doctrinas de Jeremías Bentham, y tenia el mérito de ser en el pais el más decidido y constante propagador de la Economía política. Con el tiempo su nombre tuvo más celebridad, con motivo de ardientes y apasionadas discusiones relativas al utilitarismo, tan funesto para Colombia.

En Economía política tuve tres catedráticos sucesivos, por causa de circunstancias personales que los hicieron alternarse: los doctores Manuel Cañarete, Bernardo Herrara y Cerbeleon Pinzon.

El doctor Cañarete era hombre muy original: siempre estaba de buen humor; se perecia por contar chascarrillos y anédotas chistosas, no obtante la disenteria que le minaba; era la integridad misma, como hombre y como magistrado, y se distinguia por su agudeza picante y zumbona y su modo extraño de considerar la filosofía de la vida.

El doctor Herrera, abogado y sujeto de muy clara capacidad, se habia dedicado principalmente á los negocios y servia la cátedra de un modo ocasional. Era notable por su severa probidad, su genio entre burlon y brusco, su liberalismo muy marcado, y su gran talla y gallarda figura.

Por último, el doctor Pinzon era amable como una dama, humilde como un cartujo, florido en su lenguaje como un jardin viviente, honradote con sencillez, y aunaba á su talento flamante y su patriotismo ajeno á la ambicion, una palabra fácil y elegante, una exquisita benevolencia y una robustez llena de lozanía que hacia amar en él la vida y la dulzura.

De estos nueve catedráticos de jurisprudencia á cuyas clases asistí, sólo viven dos doctores Pardo, Zaldúa y Herrera. A muertos y á vivos tributo el homenaje de mi respeto y agradecimiento, por lo que me enseñaron y los favores que me hicieron.

XXV.

SITUACIONES CRÍTICAS.

Comencé el año de 1845 matriculándome para seguir

los cursos de Economía política y Derecho internacional, despues de haber hecho los de Derechos romano y civil y Derechos constitucional, administrativo y penal. Al ganar estos cursos habia obtenido, como llevo dicho, el grado de bachiller en jurisprudencia; y á decir verdad, en lo tocante á política, asunto sobre el cual hablaba yo hasta por los codos con el más vivo interes, bien merecia que me llamaran *bachiller*....en sentido irónico y burlesco.

Un viejo liberal, abogado, hombre de espíritu muy revolucionario, escritor mediano, de genio zumbon y epigramático, austeramente honrado, pero de muy fuertes pasiones, —el doctor Juan Nepomuceno Várgas,— alto, flaco y bilioso, habia fundado un periódico de oposicion, intitulado *La Noche*, como para contrastar con *El Dia*, que era ministerial. Curioso era que *El Dia* fuese órgano de los consevadores, llamados "retrógrados" y la *Noche* lo fuese de los liberales ó "progresistas." Desde que comenzó á *salir á luz* "La Noche," fuí á casa del redactor y le dije: "Soy José María Samper, y deseo colaborar en el periódico de usted, aceptando todo, riesgo." El doctor Várgas me admitió de mil amores, mayormente cuando tenia mucho aprecio por mi familia y habia sido amigo de mi tio Juan Antonio.

Comencé, pues, á escribir artículos para *La Noche*, suscribiéndolos con pseudónimos, y rompí la marcha con una serie metódica de ataques dirigidos á los Jesuitas. El periódico hizo mucho ruido, y yo senté plaza de periodista en la Universidad; sin perjuicio, eso sí, de la poesía, que en mucha parte dominaba mi corazon y absorbia mi pensamiento.

La llamada "cuestion Jesuitas" habia venido á ser asunto de capital importancia para el pais. Fuese movido por miras políticas, si por suerte los Jesuitas podian servir á ellas directa ó indirectamente; fuese por corregir en las costumbres y la educacion social los defectos y vicios que no habia podido corregir el clero nacional, el doctor Mariano Ospina habia creido necesario traer misioneros al pais en número considerable. Así, en su calidad de Secretario del Interior, habia propuesto y obtenido en 1842 una ley que autorizaba al Gobierno para hacer venir aquellos misioneros.

He oido afirmar á sujetos respetables que, habiendo sido interpelado el doctor Ospina acerca de sus inten-

ciones, habia prometido que los dichos misioneros no serian jesuitas, y que á mérito de esta promesa fué otorgada la autorizacion; pero nunca he podido verificar con documento oficial alguno la exactitud de aquella afirmacion:

Sea esto como fuere, es lo cierto que el Gobierno se apresuró á traer jesuitas y á establecerles con colegios seminarios en los principales centros de la República: Bogotá, Medellin y Popayan; y tal fué la pasion que á poco se apoderó de todos los ánimos, así en favor como en contra de la Compañía de Jesus, que en breve hombres y mujeres, ancianos y niños nos distinguíamos más por los calificativos de *jesuita* y *antijesuita*, que por los de retrógrados y progresistas, ó ministeriales y oposicionistas. Hubo luégo fanáticos del odio á los Jesuitas, lo mismo que fanáticos en la admiracion é idolatría; y ellos supieron despertar el entusiasmo religioso y apoderarse en gran parte de la enseñanza pública, sin ofrecer por esto motivo ni pretexto para que se les tachara con justicia.

Lo que en ellos, excelentes sacerdotes españoles, se miraba mal, era la institucion; y los liberales de entónces la detestábamos con una intolerancia que llegaba hasta el odio, y no pocas veces hasta la diatriba, la injuria y la calumnia; con lo cual se patentizaba que en nuestro pais el espíritu liberal andaba reñido con el de tolerancia. Los contrarios no eran ménos intolerantes, y llamaban impio y enemigo de la religion á todo el que se mostraba adverso á los Jesuitas.

Ello es que aquellos buenos sacerdotes, que enseñaban mucho y bien y se distinguian por sus intachables costumbres y su habilidad de predicadores, vinieron á servir como de bandera política. La religion quedó así complicada con la política, y ésta con la religion, y nuestros partidos tomaron desde entónces un aspecto como de sectas enemigas. Era una gloria fructuosa el defender con calor á los Jesuitas, y el atacarles un acto de valor y audacia; de suerte que la prensa tomó el más apasionado giro y áspero lenguaje, en pro y en contra de la Compañía de Jesus. Nada podia ser más pernicioso que esta situacion de la política, así para la causa de la libertad republicana como para la del catolicismo.

Fundándome en la *Mónita secreta*, libro que yo tenia

por auténtico, califiqué de "infames," en uno de mis artículos de *La Noche*, ciertas doctrinas de los Jesuitas, y traté muy rudamente á San Ignacio de Loyola. El artículo en que tal cosa hice fué asunto de queja oficial del Nuncio, y el General Mosquera, á la sazon Presidente de la República, mandó inmediatamente, por medio de su Secretario de Relaciones Exteriores, General Eusebio Borrero, que se promoviese acusacion de oficio contra mis artículos. Cumplió la órden el Agente fiscal, que lo era entónces el doctor Alejo Moráles, y mis escritos fueron denunciados ante el Juez; con lo que me vi amenazado, tan luégo como se diese á luz mi firma de autor, de ser sometido á un ruidoso juicio de imprenta. Pero esto, léjos de asustarme, me causó placer, pues, fuese por patriotismo, fuese por vanidad, gozábame con la idea de ser perseguido y sufrir, cuando era un mozuelo de 17 años, por servir á lo que llamaba "la causa de la libertad"; y no poco me halagaba la esperanza de meter mucho riudo con mi defensa, hacerme conocer como periodista y ganar aplausos de los liberales y anti-jesuitas.

Reunióse el jurado de acusacion, consideró mis artículos, que el Agente Fiscal habia denunciado por los delitos de "blasfemia y herejía" —blasfemia contra un santo de la Iglesia, y herejía contra una máxima de Jesucristo,— máxima que yo habia vituperado sin saber que estaba en los Evangelios, y halló que no habia lo uno ni lo otro, sino declamaciones sin consecuencia; por lo que áquel jurado, de cuyos siete miembros tres eran beatos calificados y sólo dos liberales (uno de éstos el doctor Zaldúa) declaró, por *unanimidad* de votos, no haber lugar á formacion de causa. Algo chasqueado quedé yo, por cuanto se me escapaba una ocasion "de lucirme," segun creia; pero sí saqué en limpio del incidente, que por entónces eran más liberales ó más respetuosos por la libertad del pensamiento y de la prensa los conservadores y beatos, que el General Mosquera y el General Borrero, éste, candidato presidencial de los liberales, adoptado y sostenido en **1844 y 1845.**

Y cómo cambian los tiempos y los hombres! Quién me dijera entónces que habian de llegar épocas en que el doctor Moráles figuraria como un valeroso General liberal, y que desde 1861 Mosquera seria el más terrible enemigo de los Jesuitas y de la Iglesia católica! En

cuanto á mí, yá se verá por este libro á qué circunstancias políticas y personales hube de llegar.

El año de 1844 habia sido de alguna agitacion política. Agobiado y desorganizado como estaba el partido liberal, ni áun pudo tener candidato propio en la eleccion de Presidente de la República; pero queriendo tomar parte en ella, escogió entre los candidatos "ministeriales" (que entónces no existia la denominacion de "conservadores") el que le pareció ménos adicto á los principios del Gobierno. Eran candidatos los Generales Mosquera y Borrero y el doctor Cuervo, y los liberales, como dije, optaron por el segundo. La lucha fué pacífica y casi toda de periódicos, y yo fuí un *borrerista* entusiasta por extremo. Escribí mucho contra Mosquera, el candidato temible, por ser hombre de espada y por las influencias oficiales y de familia que tenia á su favor, y ya que no podia votar por falta de edad, hice en las elecciones primarias toda la bulla posible.

Mosquera fué elegido, y llegó al gobierno, el 1º de Abril de 1845, con algunas veleidades de reformador, bien que en un principio sólo se rodeó de sus copartidarios. Algun tiempo despues, hallando entre éstos resistencias, metió la cabeza por el camino de las reformas y liberalizó mucho su política.

Un incidente curioso pondrá aquí de manifiesto el exceso de llaneza de nuestras costumbres y el poco respeto que se tiene aquí por la autoridad, sobre todo cuando ella no se hace respetar. Sabiendo Mosquera que no era popular en Bogotá, promovió unas ruidosas fiestas, en Julio del 45, para celebrar el trigésimo quinto aniversario de la Independencia nacional, y todos los dias presidió las cabalgatas, los encierros y las corridas de toros, gastando dinero con profusion. Queriendo hacerse popular, principalmente entre la juventud, en uno de los dias de fiestas hizo servir en plena plaza un gran refresco y mandó que invitasen á todos los jóvenes decentes á tomar con él una copa de champaña. Quién dijo tal! En pocos momentos el General-Presidente, que yá tenia en la cabeza algunos humos, se vió rodeado de *cachacos* y estudiantes, y en su gozo se puso á perorar y beber con todos nosotros. En breve se achispó en regla.

Me alcanzó á ver, y como á él nada se le escapaba y sabia que yo le habia combatido por la prensa y le hacia

alguna oposicion, llamándome por mi nombre en diminutivo y dándome una copa llena me dijo:

—Sampercito, venga usted á beber con "el temible General," como usted me ha llamado. Quiero que seamos amigos y vea usted de cerca que no soy *temible*, sino muy franco, republicano y amable.

—Bueno, señor General, repuse con desembarazo: si usted no es yá "el temible," sino "el amable," beberé por usted personalmente, pero no por su gobierno.

—Corriente! gritó un *cachaco*.

—Viva *Mascachochas*! gruñó otro.(*)

—Vamos! un bríndis en alta voz por *Mascachochas*! añadió un tercero.

—Lo acepto, con sobrenombre y todo, contestó el General-Presidente.

Entónces, entre varios *cachacos* me subieron sobre la mesa del refresco. Todos estábamos más que alegrones, y yo brindé así:

—Señores, porque el Presidente lleve adelante su programa de reformas, fomentando el progreso de la República y su emancipacion liberal, para que un dia, en vez de darle el apodo de *Mascacochas*, le llamemos con justicia: *el Regenerador de la Patria*!

Estallaron los aplausos, y el General Mosquera anduvo loco de placer enmedio de la inmensa turba de estudiantes y cachacos, más ó ménos achispados como él.

¿No era esta escena tan propia de la índole del General Mosquera como característica de nuestras costumbres?

Al dia siguiente del de la escena que acabo de narrar me ocurrió un incidente que puso en peligro mi vida y me dió cierta notoriedad. Estábamos en la corrida de toros, y en cierto momento, yendo yo de paseo por el interior de la liza con un compañero de colegio, Juan de Dios Ortiz, tuvo este jóven el loco antojo de lanzarse á torear súbitamente y provocar al toro, que era un grande, tosco, rugoso y feroz animal de crespo pelaje, de la renombrada raza de la "Conejera." Apénas sí Ortiz habia llamado al toro, muy cerca de mí y á considerable distancia de la barrera, cuando la fiera se abalanzó violentamente sobre nosotros, y como aquél no acertó á

(*)Tenia Mosquera este apodo popular, á causa de su modo de hablar, motivado por la fractura de una quijada.

défender el cuerpo, el toro le cogió enmedio de los cuernos y le dió tan rudo golpe que le hizo volar alto y caer por tierra como una masa inerte. Mas quiso el animal cebarse en su víctima y se lanzó á despedazarla en el suelo.... No pensé lo que hice, y considerando el peligro de mi amigo, envolví mi pañuelo en mi varita ó bastoncito y me arrojé sobre el toro para apartarlo de Ortiz.

La horrible fiera partió entónces sobre mí como un rayo, cuyo relámpago vi en sus ojos de fuego. No perdí la serenidad ni el terrible punto de vista, y como era ágil y habia toreado cuando era muchacho, saqué bien el lance. Un ruidoso palmoteo estalló en toda la plaza, que me animó mucho, y la escena fué interesante, porque el toro se empecinó en embestirme sin darme tiempo para huir. Si habia hecho el primer lance por salvar á Ortiz tenia que hacer otros por salvarme yo mismo. Once ó doce veces me embistió el toro, y siempre me defendí con agilidad, en tanto que todos me aplaudian y que sacaban de la plaza á Ortiz como muerto. Al cabo llegaron en mi auxilio varios toreadores, y uno de ellos muy renombrado, llamado *el negro Justo*, llamó la atencion al toro y me libró de sus ataques. A Ortiz, á quien llevaron á la casa más cercana, —la quinta de don Mariano Calvo,— le administraron una sangría copiosa, un baño y otros remedios, le volvieron á la vida, y dos semanas despues estuvo bueno y sano.

Al dia siguiente jugaba yo á la pelota en uno de los claustros de San Bartolomé, cuando me avisaron que una señora preguntaba por mí en la portería: salí al punto á verla, y ella, al saber que yo era el jóven á quien solicitaba, se arrojó á mis brazos llorando.... Era la madre ó la abuela de Juan de Dios Ortiz (no estoy seguro sobre la persona) que iba á darme las gracias por haberle salvado su hijo..... Aquel abrazo y aquellas lágrimas recompensaron con usura mi acto de abnegacion impremeditado. Pobre Juan de Dios! en vano le salvé entónces la vida: rindióla despues gloriosamente, por defender su causa política, en 1861, en la sangrienta batalla de Subachoque, donde tántas preciosas vidas pagaron su tributo al furor de la guerra civil, hija de la ambicion y el despecho de unos y de la obstinacion política de otros.

XXVI.

ESTADO PSICOLÓGICO.

Por aquel tiempo, —quiero decir, de mediados de 1844 á fines de 1846,— mi espíritu se hallaba, sin caer yo en la cuenta, en situacion muy crítica. El demonio de la curiosidad, que parece ser exclusivo tentador de las mujeres, pero lo es de todos y en todo tiempo, se habia apoderado de mi alma; yo sentia la séd de lo desconocido y una constante inquietud mental y moral que me inducia á un trabajo incesante de investigacion de cuanto me rodeaba, para ir descubriendo cada dia algo más entre lo mucho que ignoraba. Por lo mismo que el amor, la poesía, las letras y la inclinacion á las cosas políticas me preservaban de caer en ciertas debilidades que corrompen el corazon del jóven, y áun le degradan á las veces, yo estaba en gran peligro de exagerar el trabaio de mi mente y llevarlo demasiado léjos

Con motivo de mis estudios de Economía política y Derecho internacional (materias que, con la ciencia de la legislacion y las ciencias constitucional y administrativa eran mis predilectas), yo compraba cuantos libros podia, unos sobre literatura y otros sobre derecho y ciencias sociales, porque deseaba tener conocimientos mucho más extensos que los que podia derivar de los textos universitarios. La tienda donde se encontraban mejores libros era la del doctor Andrea Aguilar, y yo iba con frecuencia á comprarle los que necesitaba.

El doctor Aguilar era un solteron raro y curioso, poco amigo del ruido mundanal y al propio tiempo muy sociable. Era conservador en política y en religion completamente ateo (quizas el único sincero, convencido y modesto que yo haya conocido); leia mucho, y su conversacion era siempre un extraño tejido de circunloquios, agudezas dichas con seriedad y paradojas increibles. Un dia que le compré no sé qué obra nueva me dijo, con aquel acento sacudido y como soltado por fracciones, que le era propio:

—He notado, amiguito, que Ud. es muy aplicado á leer buenos libros.

—Así es, señor doctor, le respondí.

—Me intereso mucho por la sólida instruccion de usted.

—Mil y mil gracias, señor doctor.

—Deseo que usted eduque su espíritu con método, porque en la Universidad no hay libertad ni método para enseñar.

—¿Y cómo cree usted, señor doctor, que debo estudiar?

—Yo voy á suministrar á usted una serie de obras muy interesantes que le proporcionarán mucha luz y mucha fuerza de espíritu. Y para comenzar, tome usted este librito, que es precioso.

Me dió al punto un tomito que tenia este título: "*Ensayo sobre las preocupaciones*," por Dumarsais.

Este libro tan pequeñito contenia.... una enorme cantidad de veneno. Él inició positivamente la modificacion de mi alma, conduciéndola á la incredulidad de un estéril deismo!

En breve el doctor Aguilar, con la mejor buena fe del mundo, segun creo y lo creí siempre, me proporcionó sucesivamente todas estas obras:

Deontología y *Legislacion*, de Bentham.

Ideología, de Destut de Tracy.

Las *Ruinas*, de Volney.

Moral universal, de Holbach.

El *Emilio* y el *Contrato social*, de Rousseau.

Diccionario filosófico, de Voltaire.

Varias obras de Diderot y D' Alembert.

Historia de la decadencia del imperio ramano, por Gibbon;

Y otras que he olvidado.

Con absoluta ingenuidad diré que hasta entónces mis creencias religiosas no habian sufrido alteracion. Yo era creyente sin ninguna ciencia religiosa, tal como mi madre me habia formado: con frecuencia rezaba al acostarme; oia misa con puntualidad y alguna devocion; cada año me confesaba y comulgaba, y no habia procurado embrollar mi espíritu con investigaciones metafísicas ni cavilaciones relativas á lo sobrenatural. Yo aceptaba y amaba á Dios y creia en él como católico, sin entusiasmo y sin darme cuenta de ningun problema religioso, es decir, por fidelidad á mi madre y á mi infancia y por costumbre, y no poco por sentimiento, pues el amor y la poesía mantenian en mi alma el instinto religioso.

Pero, en realidad, yo no tenia entónces ninguna conviccion religiosa.

Sin embargo, tres cosas me movian á irritacion ó á ciertos arranques de burla volteriana: el rigor con que en la Universidad nos habian pretendido *imponer* unas prácticas religiosas que debian ser voluntarias; la presencia y los progresos de los Jesuitas en el pais, á quienes yo detestaba, no como á sacerdotes, sino por espíritu de partido, considerándoles como auxiliares políticos del partido conservador; y las costumbres del clero de Bogotá, que me parecian en mucha parte grotescas.

Pero á medida que fuí leyendo los libros comprados al doctor Aguilar y que éste me habia recomendado, fué poco á poco apoderándose de mi alma un doble sentimiento: una gran desconfianza de todo lo que tradicionalmente habia tenido por verdades, —que empecé á mirar como á fruto de inveteradas preocupaciones, —y una ardiente curiosidad, yá confundida con mi ideal poético, de sondear los misterios del pensamiento, de la conciencia y del mundo sobrenatural. No tardé mucho tiempo en pasar de estos sentimientos á una cosa indefinible y amarga que contrariaba mis más bellas ilusiones: la *duda*, especie de claro-oscuro formado en el alma, de vacilacion y vaguedad de pensamiento, que á las veces me exasperaba interiormente.

Ello fué que al cabo de tres años de aquellas lecturas y cavilaciones, de aquella desconfianza respecto de lo conocido ántes y aquel continuo dudar, teniendo un carácter entusiasta y comunicativo, franco é ingenuo, emprendedor y resuelto, no hallé otro camino para *salir* (así lo imaginaba) de mi difícil situacion psicológica, sino éste: la incredulidad, y por lo mismo, el alejamiento moral y material de la *comunion* católica y de toda práctica religiosa. Aun no era ciudadano de la República, en 1848, cuando yá repudiaba yo la autoridad de Jesucristo, refugiándome en un deismo contradictorio y confuso que yo mismo no acertaba á explicarme.

Pobre doctor Aguilar! quién le hubiera dicho, cuando de buena fe trataba de inocular su ateismo, que diez y seis años despues el que era en aquel tiempo Presidente, Mosquera, hecho jefe del partido liberal y dictador, le habia de enviar al patíbulo por sorpresa, sin darle tiempo para pensar en Dios, acusándole del delito de servidor de la causa de los "clericales y fanáticos!"

Confió en que el doctor Aguilar salvaria su alma, por dos razones: primera, porque fué un hombre veraz, caritativo y honrado; segunda, porque su martirio, el horrendo asesinato político de que fué víctima, le haria implorar silenciosamente, por un minuto siquiera en el momento supremo, la misericordia divina, y Dios no se la negaria...... Cuántas veces toda una vida de incredulidad puede ser rescatada en un minuto de arrepentimiento, de oracion y fe!

Para mayor desgracia mia, algun amigo me prestó dos libros que causaron en mi alma grande estrago: el *Fausto* y el *Werter* de Goëthe. El primero me hizo sentir más que ninguna otra lectura el terrible aguijon de la curiosidad, y al propio tiempo que me la excitó me causó amargo desencanto. El segundo exaltó en mi alma el romanticismo suscitado por Zorrilla, Espronceda y Víctor Hugo, pero me llenó de melancolía, y melancolía tanto más dañosa, por ser artificial, cuanto estaba en contradiccion con mi genio alegre y confiado, expansivo, optimista y resuelto. Mis poesías de aquel tiempo daban idea de un absurdo desencanto de la vida, que era puramente obra de la imaginacion, excitada por imprudentes lecturas y locas cavilaciones.

Rarísimo era en mi época de estudios el estudiante que tenia comodidades y gastaba lujo. Por acomodados que fueran nuestros padres, nunca nos suministraban, segun las ideas de su generacion (la generacion libertadora que conquistó la Independencia y creó la República), sino lo estrictamente necesario para nuestro alojamiento y vestido, así como para comprar los textos de enseñanza, los útiles de escritorio, &ª Jamas (y perdóneseme que repita estas cosas) usámos (salvo casos muy excepcionales de estudiantes ricos y bien dotados) baston ni casaca, ni reloj, ni joyas de ninguna clase, ni mucho ménos caballos, binóculos ú otras superfluidades. Vivíamos contentos con nuestra pobreza ó medianía, que la capa encubria en la calle (cuando no el tradicional capote de tartan de lana, muy ligero, á cuadros rojos, verdes, azules y amarillos muy vivos); y cuando teníamos una peseta que gastar nos sentíamos dichosos. No pocas veces yo (que por consideracion á mi padre vivia muy modestamente) hube de vender algun libro literario para procurarme los cuatro, seis ú ocho reales indis-

pensables para ir al teatro, entretenimiento que me encantaba sobremanera.

Conviene señalar aquí un rasgo que caracterizó mucho á la juventud de mi tienpo, y con el cual ha contrastado la índole de la moderna juventud colombiana. Sin desconocer que la regla tiene muchas excepciones, no puede negarse que la juventud actual se distingue por la frivolidad, y la impaciencia en la ambicion: la frivolidad, entre los hijos de familias conservadoras, seguramente por falta de horizonte y de medios políticos para elevarse; y la ambicion, entre los jóvenes liberales, acaso porque éstos han contado ó cuentan demasiado con el favor de las instituciones, del poder que han tenido los partidos liberales y del espíritu del tiempo.

La juventud conservadora, educada con ejemplos piadosos y enseñanzas cristianas, no ha caido en las miserias de la incredulidad ni en el envilecimiento del sensualismo; pero teniendo cerrados todos los caminos, y principalmente el de la política, que entre nosotros abre y complica todas las carreras, se ha estancado en su desarrollo moral é intelectual, cayendo en la frivolidad, así en sus costumbres, inclinadas al lujo vano, como en sus ideas.

La juventud liberal, al contrario, —mejor dicho, radical,— no es frívola, sino intelectualmente inepta, no obstante su audacia y presuncion, y en lo moral muy poco escrupulosa, sin ideal alguno ni elevacion ni delicadeza de sentimientos. Educada con ejemplos patentes de desprecio por toda religion, de violencia en el gobierno y desden por el deber y el derecho, y con enseñanzas sensualistas y de un utilitarismo que envilece las almas y degrada los caractéres, se ha habituado desde temprano á despreciar todo lo grande y noble, á solicitar únicamente el goce, á no estimar otro ideal que la satisfaccion del deseo ambicioso, sin tener la menor idea de la grandeza y la gloria del sacrificio. Ademas, ha tenido abierto desde temprano el camino de la política, y viendo que todo le es fácil, su precoz ambicion se ha dejado llevar de la impaciencia hasta escandalizar con su audacia en las aspiraciones, sin escrúpulo mostradas.

Nunca en la Universidad, de 1843 á 1847, fuimos ambiciosos, ni participámos de ningun acto de corrupcion política. Ninguno de nosotros pretendió ser diputado ni obtener otro empleo, ni vivir á expensas de la

Nacion, y en las elecciones populares nunca intervinímos en fraude alguno ni en motines ó tumultos que violentasen el sufragio. Por instinto y por educacion éramos casi todos muy galantes para con las damas y muy corteses delante de las personas respetables. Jamas se nos veia en los billares, ni frecuentando las tiendas donde otros practicaban la intemperancia; pero siempre vivíamos alegres y de buen humor, contentos con nuestra suerte y sin mostrarnos pretensiosos, pedantes ni egoistas.

Por Diciembre de 1845 estuvo muy de moda la vecina aldea de Chapinero, donde muchas familias distinguidas pasaban una temporada, tratándose con franqueza y cordialidad y divirtiéndose mucho. Con frecuencia hacian allí deliciosos bailes á escote, cuyos *alféreces* los costeaban por turno. Los jóvenes de pocos recursos iban á pié. Varios estudiantes entusiastas por el baile, que ni teníamos caballos ni queríamos andar á pié por entre el polvo ó el barro en un trayecto de una legua, resolvíamos el problema adoptando un término medio. Hacíamos recoger en la *plazuela* de San Diego cuantas burras de alfareros andaban sueltas, las atábamos con cuerdas y nos servíamos de nuestros viejos capotes ó de nuestras ruanas de viaje como de sillas ó aperos de montar. Al llegar cerca de Chapinero encerrábamos las burras en un solar, nos acepillábamos la ropa, nos presentábamos muy frescos y acicalados en el baile, bailábamos hasta las cuatro de la mañana, y en San Diego, de regreso, dejábamos en libertad las burras. Qué mala idea no habrian tenido de sus amorosos estudiantes las señoritas que eran objeto de nuestros galanteos, si hubieran sabido que el amor ó la galantería nos hacian ir á verlas *caballeros en burras!* Cuántas veces la causa mas poética no es servida por los más prosaicos médios!

XXVII.

ÚLTIMO TIEMPO DE PRUEBA.

La política habia tomado nueva direccion en el pais, bajo el influjo de Mosquera. Por una parte, este Presidente se mostraba resuelto á promover muchas reformas administrativas, particularmente en los departamentos fiscales, y ellas eran objeto de muy animadas discuciones, así en las cámaras como en la prensa, y al

propio tiempo un elemento de division en el partido ministerial, que empezaba á desorientarse y no tener rumbo bien determinado, una vez que le faltaba la fuerte direccion oficial del doctor Ospina. Por otra, el General Mosquera, —fuese porque tuviese realmente mucho de liberal, sin caer en la cuenta de ello, ó porque quisiese vencer las resistencias de sus amigos y dar brillo á su Administracion con cierto barniz de tolerancia,— iba llamando algunos liberales muy notables á ocupar puestos públicos importantes, y el espíritu de muchos de sus actos era de progreso y mejoras materiales. Con esto, el liberalismo cobró aliento y fuerza, comenzó á contar sus falangues y ensayar nuevamente sus recursos, y no tardó en resolverse á emprender gran campaña electoral, reorganizado y con bandera propia, para proporcionarse la victoria.

Si las ardientes discusiones relativas á los Jesuitas eran causa de division en el Clero y de marcado antagonismo de los dos grandes partidos (bien que muchos conservadores no eran adictos á la Compañía de Jesus), y si la prensa iba recobrando su actividad, merced al interes que despertaban las cuestiones de hacienda y de mejoras materiales, — por otro lado, la juventud iniciaba ó en su seno se producia un gran movimiento literario. Mucho tuvo este movimiento de novelero y descaminado, por el espíritu que lo animó y por falta de carácter propio ó nacional, es decir, de originalidad; pero así y todo, fué el comienzo de una especie de renacimiento, y dió ocasion á que se pusiesen de manifiesto muchos talentos juveniles.

Dos corrientes literarias, una española y otra francesa obraban sobre los espíritus: por un lado, las obras de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, de Lamartine y Eugenio Sue, movian los ánimos en el sentido de la novela social, de la poesía grandiosa y atrevida y de los estudios de historia política; y esta tendencia era caracterizada por dos obras, á cual más ruidosa y apasionada: la *Historia de los Girondinos*, de Lamatine, y el *Judio errante*, novela revolucionaria de Sue. Por el otro, los libros de poesías españolas modernas, empapadas en romanticismo, entre los que principalmente llamaban la atencion los de Espronceda y Zorrilla; obras que despertaron en la juventud un fuerte sentimiento poético, desarreglado y de imitacion en mucha parte, pero siempre fecundo

para las imaginaciones ricas y los talentos bien dotados.

Por aquel tiempo conocí á un jóven que fué mi amigo en breve, de quien luégo me apartaron algo las luchas políticas, con quien hoy dia me liga la comunidad de ideas, y cuya lealtad y franqueza de carácter he estimado siempre y aprecio mucho. Era un oficial de artillería recien venido á Bogotá, que apénas contaba unos cuatro años más que yo, corpulento y robusto, de poderosísimos pulmones, poco simpático al parecer, por causa de su ruidosa voz y algun extravismo en la mirada, pero de trato muy jovial, instintos generosos, claro talento, valor personal muy notable y espíritu caballeroso. La poesía, más que las armas, era su encanto, y más escribia versos en su cuartel que cosa alguna militar. Llevóme muchas veces á su cuarto de oficiales de la Artillería y me leyó su *Maga*, y otros romances y muchas poesías líricas. Parecióme que tenia gran facilidad para versificar y que su versificacion era robusta, rica y de alta entonacion, siquier algo incorrecta ; que su estilo abundaba en imágenes, con marcada tendencia al romanticismo, y que él era hombre de sentimiento ingenuo y vigoroso ; pero no le hallé entónces suficiente cantidad de ideal, ni espíritu fuertemente investigador y verdaderamente filosófico. Este amigo, este poeta, futuro periodista y hombre político, era Lázaro María Pérez.

Hácia fines de 1845 fundámos entre unos cuantos jóvenes, casi todos estudiantes de derecho, una sociedad denominada *Literaria*. Sus objetos eran : promover el progreso general de la literatura, hacer estudios metódicos en la materia, criticarnos y corregirnos recíprocamente, por medio de comisiones, los trabajos literarios que ejecutásemos, y publicar y sostener un periódico quincenal, bien nutrido, dedicado á servir á las ciencias, la literatura y las bellas artes. Lo dímos á luz bajo el título de *El albor literario*, y en un principio casi todos fuímos asiduos en la asistencia á las sesiones, que eran semanales, y en los trabajos de colaboracion periodística. Entre los miembros recuerdo los nombres de Salvador Camacho R. y Manuel Pombo, Lázaro María Pérez y Próspero Pereira Gamba, José María Rójas G. y Scipion García Herréros, Cárlos Martin y José Eusebio Ricaurte, Gregorio Gutiérrez G. y Antonio María Pra-

dilla. El más notable por sus aptitudes literarias, y de mayor edad, era don José Caicedo Rójas. Por junto éramos como veinte, y yá de ellos han fallecido cinco ó seis.

Pero aconteció con nuestra sociedad lo que con casi todas las literarias, en cuyo seno se agitan por lo comun muchas rivalidades de vanidad y se pagan pocas cotizaciones mensuales. Los más asiduos trabajábamos bastante, suministrando principalmente artículos de costumbres, poesías y breves estudios históricos, con lo que sosteníamos el periódico; y los haraganes se entretenian casi todos en intrigas para obtener la presidencia, la vicepresidencia y demas puestos de honor. Ello fué que no tardó en haber desagrados, que el *Albor* sólo alcanzó á vivir hasta su número 8º y que á los seis meses se disolvió la sociedad, minada por tontas rivalidades, fruto de una más tonta vanidad.

Llegó el mes de Noviembre de 1846 y yo concluí mis estudios propiamente universitarios. Era ya licenciado, y previo un exámen general de dos horas sobre los últimos cursos (Derecho canónico, Procedimientos, Práctica civil y criminal &ª) se me confirió el grado y diploma de doctor en jurisprudencia. Faltábanme aún otras pruebas para ser recibido abogado, pero aproveché las vacaciones para volver é mi ciudad natal y pasar algunas semanas con mi familia. Cuánto más grata y amable no fué entónces para mí la vida de familia, al amor del hogar paterno !

Un incidente me ocurrió en aquel año, que pudo haberme costado muy caro.

Una tarde, en el atrio de la Catedral, nos hallábamos cinco ó seis estudiantes formando corro, cuando acertaron á pasar por el pié de la gradería, del lado de la plaza, un hombre y una mujer, gente plebeya, que iban disputando y diciéndose malas palabras. Debian de ser marido y mujer, segun su aspecto y modo de tratarse, y el hombre parecia estar ebrio. Súbitamente el bárbaro le dió á la mujer tan fuerte puñetazo que la tiró al suelo, y en seguida cayó sobre ella á darla golpes, llamándola " gran puerca," " condenada *guaricha*" &.ª conforme al ameno diccionario de nuestra gente más soez.

Sin pensar yo en lo que hacia, dominado por la indignacion, de dos saltos bajé del atrio á la plaza, y

cayendo sobre el brutal marido le dí un violento puntapié que le hizó rodar por el empedrado, al propio tiempo que le decia:

"Miserable! cómo se atreve usted á estropear así á una débil mujer!"

Y miéntras que tendí los brazos á ésta para levantarla del suelo, el hombre se incorporó y se fué sobre mí, sacando de la vaina un cuchillo de carnicero que llevaba al cinto. Tan rápidamente se movió el hombre y me tiró la cuchillada al pecho, que apénas tuve tiempo para quitarme el sombrero y defenderme con éste, sacando el cuerpo ileso. Entre tanto, la *guaricha* me insultaba llamándome "*cachaco, pati-aforrao, entremetido,*" y diciéndome que su marido era libre para aporrearla como quisiera.

Intervinieron en el lance mis camaradas y otras personas, protegiéndome; la policía se llevó al hombre para la cárcel, y la verdadera víctima fué mi sombrero *cubilete*, abierto medio á medio por la cuchillada del patan. De estos percances acontecen cuando uno se mete á defender á gente zafia y bruta.

Al fin de Diciembre regresé á Bogotá, y pasé los tres primeros meses de 1847 practicando en los juzgados y entregado asiduamente al estudio. Tenia que refrescar muchas lecturas, preparándome para someterme á los grandes exámenes de jurisprudencia. En Abril solicité ante la Corte Suprema mi recepcion de abogado, y al punto ella designó los tres profesores que, durante dos horas y média ó tres, habian de examinarme sobre la parte teórica de todos los cursos. Salí de esta prueba con toda felicidad, y en seguida sostuve en la Corte, por dos horas, el exámen sobre la práctica, con no menor lucimiento, segun las calificaciones que me dieron. En breve se me expidió mi título de abogado, y me sentí dichoso, libre y aliviado, habiendo, despues de doce años de estudios desde la escuela, completado mi carrera para adquirir una profesion y poder ser útil á mi familia y á mi patria. A la edad de diez y siete años y ocho meses fuí doctor, bajo todo el rigor del Plan de estudios y á los pocos dias de cumplir los diez y ocho era abogado. Faltábame ahora comenzar á vivir realmente, es decir á trabajar y luchar, siendo responsable de mis actos.

Pero no hice mis últimos estudios ni obtuve mi

último grado para coronar mi carrerra universitaria, sin pasar por pruebas de otro linaje. Un episodio enteramente inesperado me puso en muy desagradables diligencias y apuros, y á esto contribuyó mucho la prevencion que contra mí existia por causa de mis opiniones contrarias á los Jesuisas, ruidosamente manifestadas.

Habia llegado el mes de Febrero de 1846, y con el domingo anterior al miércoles de ceniza empezaban las carnestolentas, fiesta que convida á nuestras muchedumbres al paseo y á la huelga. Si en mi ciudad natal y en casi todos los pueblos de nuestras tierras calientes (particularmente los de la costa del Atlántico) subsistia la costumbre de celebrar los tres dias de carnaval ó carnestolendas de una manera borrascosa y sobrado libre, á la usanza italiana, en Bogotá la fiesta se reducia á un paseo de todas las tardes, durante los tres dias sacramentales, subiendo más ó ménos por la falda del cerro de Guadalupe hasta la altura de la capilla de la *Peña*. Habia allí un pequeño caserío, y éste, y las casas situadas á las dos veras de la cuesta (todas pobres y de techo de paja), así como los numerosísimos toldos que donde quiera se levantaban, servian de fondas y tiendas de licores, dulces, frutas y otros refrescos y colaciones para la inmensa concurrencia. Veíanse en ésta aparentemente mezcladas todas las clases sociales, y eran curiosas las mil escenas de costumbres á que era ocasionado aquel alegre y variadísimo hormiguero de gente que subia y bajaba á pié y á caballo.

Hallábanse muchos estudiantes en la elevada plazuela de la Peña, formando bulliciosos corrillos, cuando llegó por allí, á la entrada de un toldo, un italiano (cocinero de monseñor Savo, nuncio de Su Santidad) en compañía de dos ó tres hombres de ruana, todos caballeros en corredores jacos. Allegáronse, por en medio de los apiñados grupos, al frente de muchas señoras y señoritas que ocupaban los corredores exteriores de dos casas, pidieron de beber, y se echaron sendos tragos á la vista de toda la gente, con lo que se achisparon más de lo que estaban. Algunos estudiantes les hicieron burla por su pública intemperancia, y el cocinero, montado en cólera más que en su cabalgadura, se abalanzó encima de los grupos de estudiantes atropellándoles á todos con su caballo.

Me incorporaba yo en aquel momento en el gru-

po más atropellado, y por evitar que el caballo del italiano me pisara ó echara á tierra, eché mano á la riendas y le contuve. Encabritóse el animal, aguijoneado furiosamente por su jinete, y al propio tiempo un camarada mio le dió un golpe con la cabeza de su baston al desacordado bebedor; de lo cual resultó herido en la mitad de la nariz y chorreando sangre. El baston tenia á modo de empuñadura una cabeza de caballo, y como ésta era de bronce el golpe debió de ser algo fuerte.... Alejóse el cocinero muy corrido, y concluyó el incidente; pero al siguiente dia el Nuncio puso la queja por la via diplomática, el cocinero dió su denuncio jurado, y sus tres compañeros sus declaraciones, y á poco, el dia ménos pensado, se me notificó auto del juez, por el cual se declaraba con lugar á formacion de causa contra mí, por el delito de heridas, como culpable del bastonazo. Al mismo tiempo enjuiciaban á mi camarada como cómplice ó auxiliador, "por haber cogido las riendas al caballo del cocinero y facilitado así la herida...."

Evidentemente el cocinero y sus testigos habian trocado los frenos (sin duda á causa de los humos de la chispa), acusando á mi camarada por lo que yo habia hecho, y á mí por lo que él habia ejecutado. Nada ventajoso era para nosotros el vernos encausados, siquiera fuese por un hecho involuntario y sin gravedad moral; pero ya que el caso ocurria era necesario defendernos, y nuestros contrarios nos ofrecian, sin quererlo, un medio seguro. Mi "cómplice" era Santiago Izquierdo, *cachaco* desde su más tiernos años y conocido despues en la República bajo el nombre popular de "el *chato* Izquierdo" (chato por ser muy aventajado de nariz!), y yo, á más de tenerle cariño, era incapaz de cometer un acto de egoismo. Mi defensa hubiera sido muy sencilla, pues me habria bastado decir *toda* la verdad; pero con esto habria hecho condenar al simpático *Chato*. Así, al rendir mi *confesion* (que entónces era de regla en los juicios criminales) referí lo que habia pasado, y al llegar á lo más crítico dije: "Es absolutamente falso que Izquierdo haya tomado las riendas al caballo del Italiano, así como es absolutamente falso que yo le haya golpeado ni herido, pues ni siquiera llevaba baston."

Sobre esta base levantámos numerosísimas y muy respetables pruebas, resultando contestes en nuestro favor todas las declaraciones. Uno de los declarantes

acertó á ser José Manuel Marroquin (despues insigne filólogo, poeta satírico y jocoso muy notable, y académico), y con tal motivo trabámos cordial amistad, que en treinta y cinco años ha sido inalterable y es una de las que tengo en mayor estima y agrado.

Dicho declarante, que habia sido testigo presencial del suceso de la Peña, llevó el juego de palabras hasta decir en su declaracion: "Yo lo ví todo perfectamente muy de cerca, y no sólo me consta y aseguro que ni Izquierdo detuvo el caballo del Italiano cogiéndole las riendas, ni Samper le dió golpe alguno, pues ni tenia baston, sino que estoy cierto que el golpe y la herida fueron solamente obra de la *cabeza del caballo.*" El testigo aludia mentalmente á la cabeza del caballo de bronce que tenia el baston de Izquierdo, pero ostensiblemente parecia aludir á la cabeza del caballo encabritado del cacinero... Por la cuenta, el hombre de ingenio se revelaba yá en una simple declaracion judicial.

Ello fué que el juez nos absolvió de la instancia, y que aquel percance de 1846 no tuvo consecuencias, bien que me sirvió para practicar algo la abogacia, ántes de ser recibido de abogado. No deja de ser el foro en todas partes, y especialmente entre nosotros, una cuestion de trocatintas y confusiones, voluntarias ó involuntarias, de nombres, hechos ó cosas.

XVIII.

VIDA LIBRE.

El primer uso que hice de mi descanso, en 1847, fué la asidua concurrencia á las barras del Congreso, cuyas sesiones me interesaban mucho, mayormente cuando mi padre era entónces Señador, por un período de cuatro años. Mi padre, lo repito, no tenia ilustracion, pero sí clarísimo talento, mucha perspicacia y un honrado patriotismo que en las cosas públicas era su mejor base de criterio. Como liberal que era, votaba con los liberales en todos los asuntos de elecciones ó de confianza política; pero procedia con mucha independencia en todas las cuestiones sobre gobierno y administracion, votando con quien le parecia tener la razon. Jamas fué *hombre de partido*, y siempre procuró obrar conforme á lo que su conciencia le señalaba como justo ó benéfico.

Esta manera de proceder en el Senado granjeó á mi padre la estimacion de sus colegas, y el General Mosquera le hizo significar que apreciaba mucho el apoyo que allí prestaba á las reformas propuestas por los secretarios de éste sobre hacienda, mejoras materiales y otros ramos. Mosquera sabia sostener rumbosamente el tono de la presidencia de la República ; y fuese por hábitos de sociabilidad ó por hacer sentir mejor su influencia, gustábale mucho rodearse de todos los hombres eminentes ó notables del pais y de otros que contribuyesen de algun modo á darle popularidad. Durante toda su vida soñó Mosquera con la popularidad, y esta versátil diosa de los políticos sin convicciones le inspiró la mayor parte de sus actos públicos.

Todos los sábados, y en mayor escala en las épocas de Congreso, tenia el General Mosquera tertulias en el palacio presidencial, en las que principalmente se veia á los miembros de las Cámaras, los periodistas y los altos empleados. No solamente invitó á mi padre, como era de regla, sino que le instó para que llevara á sus dos hijos residentes en Bogotá,—Miguel y yo. Tratónos con mucha amabilidad, y áun nos hizo participar de las conversaciones relativas á la política del pais y á las reformas que él habia iniciado.

Seis hombres me llamaron particularmente la atencion, aparte de Mosquera, en aquellas interesantes tertulias : Florentino González, grande espíritu y gran carácter, que era, como Secretario de Hacienda, el alma de la Administracion ; el General Paris, siempre simpático, modesto y sériamente jovial, que solia jugar tresillo en alguna mesita; el doctor Mallarino, hombre cultísimo, brillante, y que hacia notabilísimo papel en las Cámaras ; José Eusebio Caro, cuya enorme frente estaba en armonía con su poderoso genio y enormísimo talento, y cuyo ceño adusto indicaba que con el alma del poeta se confundian el espíritu del moralista y la rigidez del matemático; el doctor Manuel de Jesus Quijano, vigoroso orador y hombre de formas atléticas, hermoso y simpático ; y Plácido Moráles, tipo acabado del viejo *cachaco* y del cortesano siempre agudo y chistoso. En tanto que otros discurrian sériamente sobre la política, él resolvia todas las cuestiones con chistes, anécdotas originales y agudezas, y andaba de grupo en grupo amenizando la conversacion. Varias veces vi tam-

bien en las tertulias al doctor Agüilar.... Quién hubiera dicho á estos dos hombres de tan distinto carácter, cuando tomaban el té al lado de Mosquera y le admiraban; "Ese General, hoy dia conservador, será de aquí á muchos años *dictador* y jefe del partido liberal, y como tál, os enviará al patíbulo, y os hará fusilar sin fórmula alguna, al són del bambuco".... Ah! si uno pudiera con tiempo adivinar quiénes han de ser sus victimarios!

Recuerdo que la primera ocasion en que concurrí á las tertulias del General Mosquera, me ocurrió un curioso caso de apretura, en el que fuí cortesano por la primera y última vez de mi vida. En cierto momento púseme á jugar unas partidas de ajedrez con el doctor Quijano. Ganóme la primera, le gané la segunda, y en la tercera jugué de tal modo que el jaque mate llegó á ser inevitable para él. En aquel momento se acercó á nuestra mesa el General Mosquera, vió el juego y dijo:

—Doctor Quijano, se está usted dejando dar jaque mate!

—Pues no veo modo yá de evitarlo, dijo el robusto y talentoso payanes.

—Oh! yo tomaria sus piezas y lo evitaria, repuso Mosquera.

—Pues tómelas usted, señor General, dijo Quijano con su habitual flema risueña.

El General tomó su puesto y movió una pieza. El juego estaba de tal modo que mi contrario no podia hacer sino una de dos cosas: ó rendirse de una vez, ó sacrificar sucesivamante tres ó cuatro piezas para tener luégo que sufrir el mate. Púseme á pensar lo que haria. Mi juego consistia en mantener firmes dos peones que paralizaban el del contrario, y obrar solamente con un alfil y dos caballos; pero de este modo el mate era inevitable, lo que no soportaria talvez la vanidad del General Mosquera, que se picaba de ser superior en todo y principalmente gran estratégico. Moví, pues, uno de mis peones esenciales para tomar la pieza que él me sacrificaba, y desde aquel momento abrí camino á la réina contraria y le falicité la defensa de su rey. Ello fué que á las cuatro ó cinco jugadas el mate estuvo evitado, y que al fin se entabló la partida, quedando ambos sólo con rey y reina.

Levantóse de la mesa muy orondo el General Mosquera, y cuando él se hubo apartado me dijo el doctor Quijano muy maliciosamente:

—Me parece que usted ha jugado más como cortesano que como *ajedrecista*, pues ha hecho todo lo posible por perder la partida,

—Ah! ¿ y qué queria usted que yo hiciera ? repuse. Si el General Mosquera hubiese perdido la partida, jamas me lo habria perdonado. No me conviene su malquerencia.

—Vamos ! pues por lo visto, yá usted conoce bien al General.

—Como no, si por ciertos aspectos es transparente!

El General Mosquera, en efecto, me tomó cariño, ó al ménos mostró algun interes por darme una posicion, puesto que un dia le dijo á mi padre :

" Señor Samper, deseo que su hijo José María haga carrera viajando, en lugar de quedarse en el pais ejerciendo la abogacia y ocupándose en los trabajos de un ardoroso pero estéril periodismo. Estoy pronto á nombrarle oficial adjunto de una legacion de primera clase que voy á enviar al Perú, confiada al doctor José Vicente Martínez, y cuyo secretario será el doctor Cerbeleon Pinzon." Mi padre le dió las gracias debidamente, y aceptó *sub conditione*. Era menester no sólo que me agradase el empleo, sino tambien que yo tuviera garantías de correr buena suerte en tierras extranjeras.

Mi padre habló sobre el asunto con el doctor Martínez, que era su amigo, y éste nos prometió con exquisita benevolencia que seria para mí como un padre, durante todo el viaje, y haria por mí cuanto pudiera; lo que me indujo á decir al General Mosquera que aceptaba el nombramiento. Pero en breve una circunstancia muy desgraciada fustró para mí aquel principio de carrera diplomática. Casi súbditamente, ó apénas despues de dos ó tres dias de enfermedad, falleció el doctor Martínez, á la sazon presidente del Senado, en el mes de Marzo, y como yo no tenia, ni mi padre, relaciones algunas de amistad con el señor Juan de Francisco Martin, en quien recayó despues el nombramiento de ministro, preferí no ir por entónces al Perú, y avisé al General Mosquera que podia disponer del empleo que me tenia ofrecido.

Profundamente sentida por toda la sociedad culta fué la muerte del doctor Martínez, caballero muy distinguido, hermoso y gallardo como pocos y muy simpático y estimado. Se llegó á decir por muchos dias que aquel

hombre eminente habia sido envenenado por los Jesuitas, por cuanto apoyaba decididamente en el Senado un proyecto de ley que ordenaba la expulsion de aquéstos, medida muy discutida y ruidosa y que al cabo fué rechazada. Pero aquella especie carecia de todo fundamento, y en mi concepto fué una gratúita suposicion de los más apasionados liberales, imbuidos en la idea de que los Jesuitas no se paraban en medios para suprimir estorbos, segun les habia pintado Eugenio Sué en el *Judío errante.* Con igual interes que al doctor Martínez habian podido envenenar á mi padre y otros Senadores mucho ménos importantes que aquél, partidarios, en mayoría en su cámara, de la expulsion; y sin embargo, ninguno tuvo la menor novedad.

Concluidos como estaban mis estudios de jurisprudencia, tuve muchos deseos de estudiar medicina en seguida. Por una parte, creia yo que esta profesion era más universal y segura como medio de ganarse uno la vida y una posicion sólida, á más de ser un excelente recurso de familia para casos extraordinarios y un elemento sin igual para ejercer la caridad. Por otra, yo tenia la conviccion de que no era posible ser *buen* abogado, sin conocer la fisiología, la patología y la medicina legal, ni hábil literato en muchos ramos, sin poser tambien la anatomía y la fisiología, así como la botánica y la química, la patología y otras ciencias médicas. En mi sentir el literato y el artista, el médico y el abogado se completaban, y el que fuera las cuatro cosas á una vez podia ser un hombre eminente.

Pero mi padre rechazó mi súplica, y con razon, ya porque habia gastado mucho en mi educacion, ya porque me necesitaba en Honda para atender á sus negocios. Juntos, pues, nos alejámos de Bogotá, él á continuar su tranquila existencia de hombre laborioso y buen padre de familia,y yo á comenzar la práctica de la vida y el ejercicio activo de mi profesion. Torné, pues, á mi vieja ciudad, diciendo adios á los goces juveniles que me habian hecho amar á Bogotá con profundo cariño. Era yá hombre por completo, cuando contaba apénas diez y ocho años y dos meses, tenia una profesion y carrera abierta, y en mi alma se abrian vastos horizontes. Iba á comenzar mi vida verdaderamente responsable: ¿cómo la conduciria? Grave problema que encerraba todo mi porvenir!

SEGUNDA PARTE.

I

EN FAMILIA.

Al cabo, despues de tantos años de estudios universitarios y casi constante alejamiento de mi vieja ciudad y mi hogar solariego, habia tornado yo á la vida de familia, combinando con ella, como era natural, cierta independencia de accion, propia de mi título y carrera de abogado.

Mi posicion era curiosamente extraña. Yo no tenia ni un real de capital propio, pero estaba asociado á mi padre y mis hermanos mayores, en calidad de socio industrial y copartícipe futuro de la modesta fortuna de mi padre. Era doctor en jurisprudencia y abogado, y al propio tiempo hijo de familia, pues teniendo apénas diez y ocho años cumplidos dependia, conforme á las leyes, de la autoridad de mis padres. En fin, tenia yá alguna reputacion de poeta y publicista, y sin embargo, ni siquiera podia obrar como ciudadano, por no tener la edad requerida para ejercer funciones públicas.

A estas anomalías es ocasionada la precocidad con que en Colombia se desarrolla la juventud y comienzan su carrera muchos jóvenes, y yo no habia de sustraerme á las consecuencias de mis tempranos estudios y mi precoz intervencion en las cosas públicas.

Al hallarme otra vez en Honda volví á sentir aquel inefable goce de todos los momentos que acompaña al hombre sensible y amoroso cuando habita su propio hogar, en el seno de su familia, amando y venerando de cerca á sus padres, y reposándose de una lucha de no pocos años en medio de los mil queridos objetos que hacen tan preciosa la tierra natal. Cuando pienso en estas cosas me persuado más y más de esta verdad: que el hombre no tiene en realidad una patria, sino tres, que corresponden á sus tres elementos de vida.

Y en efecto, hay una patria corporal ó del corazon, que es el querido, inolvidable rincon del mundo donde uno ha nacido, compuesta de mil pequeñeces, de mil

nadas adorables, de mil objetos é incidentes, insignificantes para los demas, entre los cuales se alcanzan á ver siempre tres cosas de incomparable grandeza para la vida personal del individuo que las ama: su propia cuna, el campanario de la primera iglesia que conoció y en cuyo recinto oró sencillamente, y el cementerio donde reposan ó reposaron sus padres....

Hay otra patria moral, que sólo reside propiamente en la inteligencia y la memoria, y se compone de todas las relaciones sociales, de las impresiones que uno ha recibido como hombre, no como niño, de las instituciones que le caracterizan su nacionalidad, de la literatura que ha creado junto con sus compañeros en la comun obra del progreso nacional, de la historia del pabellon que ha mirado como símbolo de su pais político, y en fin, de los derechos y deberes que ha tenido que defender ó cumplir como ciudadano.

Y hay, por último, una patria misteriosa, invisible, la patria del alma.... aquella que nuestra esperanza nos hace imaginar, desear y solicitar con insaciable anhelo; que jamas hallamos en el mundo porque no está en él; que creemos haber conocido, sin saber cuándo ni cómo, cual si hubiéramos sido proscritos de ella al nacer, para tornar á su seno algun dia, pero llevándola en cierta manera como entrañada en nuestra alma.... Esa patria de la esperanza, llámela cada cual como quiera, para mí es la INMORTALIDAD, patria del alma......

Al tornar á vivir de lleno con mi familia se me ofrecia la ocasion de estudiarla y conocerla á fondo, con la sagacidad de la razon, pues hasta entónces yo no la habia conocido sino con el corazon, amándola desde niño. Durante mis ocho años de estudios en Bogotá yo habia vivido más ó ménos junto con algunos de mis hermanos, ya con Manuel, Miguel y Rafael, en 1838; ya con el primero y tercero en 1839 y 1840; ora con Rafael y Antonio, de 1841 á 1842; ora, en fin, con Miguel solamente, en 1845.

Todos teníamos muy marcados el aire y carácter de familia, si bien se notaba que el tipo de de mi padre predominaba en Miguel, Rafael, Antonio y Silvestre, el de mi madre en Manuel, en mí y en Rodulfo, y el de los dos —Samper y Agudelo juntos— muy bien combinado, en Agripina.

Nada particular añadiré en lo tocante á mis padres, porque todas mis observaciones hechas en la intimidad de hijo hecho homdre, me confirmaron en mis setimientos de la niñez y de la adolescencia. Mi padre me pareció un sujeto muy respetable, hombre de bien, patriota sencillo, caballero, generoso y muy desinteresado, y yo le queria con mucho respeto, estimacion y gratitud. Mi madre era una mujer adorable por su candor, su dulzura y bondad, nos queria á todos entrañablemente, sin hacer la menor distincion, era muy piadosa, modelo de esposas fieles y madres abnegadas, y yo la adoraba con ternura y entusiasmo, gozándome mucho en acariciarla con frecuencia. Como ella se llamaba Tomasa, yo vivia protestando y he protestado constantemente contra el gracioso adagio español que dice no ser bueno tener "hombre Pedro en casa, ni mujer que se llame Tomasa."

Mi hermano Manuel era jóven muy buen mozo y gallardo, insigne bailador y nadador, cantaba muy bien, con dulce voz de tenor, tocaba con destreza la guitarra, era muy zumbon ó amigo de burlas y chascarrillos, tenia muy clara inteligencia, sobre todo para el comercio, mucho valor personal, y aunque era no poco irascible, por su temperamento sanguíneo, se distinguia tambien por su generosidad y su grande *espíritu de familia.* Frecuentemente se burlaba de mí por mis versos, y sin embargo, se complacia mucho cuando álguien le hablaba de mis escritos con elogio, y siempre me dió muy buenos consejos.

Miguel, que habia sido muy bonito muchacho ántes de que le atacase la epidemia de las viruelas, tenia magnífica frente, reveladora de su clarísima inteligencia, y se distinguia por su moderacion, su espíritu sériamente metódico y analítico, sus modales suaves, simpáticos y urbanos; su gran laboriosidad en todo lo que emprendia ó le ocupaba, su rectitud de sentimientos y de juicio, y el aplomo y circunspeccion con que hacia todas las cosas.

Rafael, el tercero de la familia, muy rubio, gallardo y seductivo, parecia una dama por sus maneras, y las mujeres le querian con predileccion. Era muy hacendoso y minucioso en todo, tímido y circunspecto, irrascible y dado á la contradiccion, sumamente desconfiado de los demas, porque en el fondo desconfiaba de sí mismo, y al propio tiempo sumamente benéfico y generoso,

constante y fino en sus relaciones de amistad, —que no en las amorosas, pues no ereia en el amor sincero del sexo *contrario.*

Antonio ofrecia un curioso contraste. Como sabia dominarse mucho y tenia cierto aire como socarron, parecia que fuese miedoso ó disimulado; y sin embargo, era capaz de portarse con el coraje de un leon, cuando se le forzaba á salir de su afectuosa mansedumbre, y si de ordinario era reservado, jamas dejaba de ser absolutamente sincero. Nadaba como pez, con singular gallardía, montaba á caballo con agilidad, bailaba primorosamente, y se perecia por las tertulias íntimas y la guitarra; era muy amigo de chuscadas y dichos agudos, sobre todo en conversacion con las mujeres; se encantaba haciendo con la mayor seriedad graciosas é inofensivas pilatunas; tenia gran talento natural y mucha inclinacion al foro; mostraba optimismo en los negocios y gran disposicion á iniciar especulaciones nuevas; y era generoso con sumo desprendimiento y muy leal en sus amistades, sobre todo con las gentes pobres. Para complemento de todo, prodigiosamente aficionado á comer golosinas, lo que costó, con el tiempo, muy caro á su salud.

Agripina era muy tímida y de carácter dulce pero algo retraido; una linda niña del genio más inofensivo, y con una alma tiernamente soñadora que la inclinaba mucho á la poesía. Puedo decir que si ella, por su amante corazon y espíritu reflexivo, nació para ser poetiza, y por su grande amor al estudio habia de ser mujer instruida y séria, yo la *hice* poetiza y escritora, porque, al descubrir su vocacion, la estimulé constantemente á que ensayara sus fuerzas y diera vuelo á su fantasía. Ella se recataba mucho de hacerlo, por temor al desagrado de mi padre, que detestaba de los versos y de casi todo trabajo literario.

Rodulfo y Silvestre, los dos hermanos menores, eran muy diferentes: el primero, alto, elegante, buen mozo; los ojos negros, grandes, aterciopelados y sumamente acariciadores; el andar lento, la salud delicada y el temperamento algo linfático; no poco inclinado á vestirse con distincion, crecia para tener el aire de un andaluz, pero de fisonomía melancólica; y era muy tímido y vergonzoso y poco espontáneo y comunicativo. Silvestre, pequeño de talla, ancho de espaldas, bastante rubio, luchador muy ágil y de carácter resuelto y muy

valeroso, tenia el aire " de un boticario aleman," como decia un señor Lequerica (cubano); y desde temprano fué muy inteligente para los negocios, aficionado á escribir sobre asuntos económicos, desdeñoso, por sistema, de toda elegancia, poco expansivo en su lenguaje, pero afectuoso en el trato, y buen calculador y positivista en todo.

Por lo demas, todos teníamos profundo espíritu de familia, y siempre fuímos muy hermanables, muy unidos, prontos á servirnos, defendernos y auxiliarnos recíprocamente, con desinteres y benevolencia inalterables.

Así yo queria mucho á mis hermanos, y todos ellos me querian y consideraban, llegando, por cariño, hasta enorgullecerse un tanto, con anticipacion, de lo que aguardaban de mi capacidad, que seguramente apreciaban en más de la que era y prometia; y jamas hubo entre nosotros ningun disgusto serio, ningun resentimiento ni rivalidad, ninguna de aquellas discordancias que dividen las familias, afligen á los padres y preparan amargas competencias.

Al tornar yo á vivir en Honda, tornaron á ser mis mayores encantos, —amén de la lectura asidua y el mucho escribir á que tánto me habia habituado en Bogotá,— el espectáculo y los grandes rumores del Magdalena y el Gualí, los melancólicos paisajes formados por las ruinas y arboledas de la ciudad, los frecuentes bailes y tertulias que promovíamos los jóvenes, los paseos á caballo, la natacion y la caza.

Yo habia comprado en Bogotá una linda perra perdiguera, de color muy simpático (tenia toda la piel salpicada de menudas pintas blancas y negras), y este inteligente y gracioso animal me queria mucho y me acompañaba en todos mis paseos. Muchas tardes iba yo, sin más compañero que *Tisbe*, mi fiel perrra, á vagar por las llanuras del poniente y perderme en los bosques, más entregado á poéticas lucubraciones que al placer de la caza; y siempre hacia mis excursiones á pié, ya por hacer un ejercicio que me vigorizase más, ya por andar con entera libertad, tirándome al fondo de los barrancos montuosos ó hundiéndome en lo más espeso de los bosques, cosas que no hubiera podido hacer al andar á caballo. Muchas veces me sucedió que *Tisbe* tuviera, inquieta é impaciente, que sacarme de mis cavilaciones

cuando una gran manada de perdices, algun par de conejos ó un venado se ofrecian á la vista. Yo, que desde muy léjos distinguia las formas de cualquier pájaro, á las veces no veia un venado que estuviera á veinte pasos, porque solia distraerme contemplando un bello celaje, un árbol coposo y elegante, ó los círculos que trazaba en el aire, á grande altura, el vuelo de un buitre solitario.

Mi mayor gusto, como cazador, era matar con alguna destreza y de modo que mis tiros,—así lo pensába engañándome con un sofisma,—no fueran aleves. Así, cuando veia alguna manada de perdices, enviaba á *Tisbe* á levantarlas, y no tiraba sobre ellas sino al vuelo. Caundo se presentaba un venado, hacia que aquella lo espantase, y no le soltaba el tiro sino cuando yá iba corriendo. Mi método consistia en apuntar adelante del animal, y oprimir el gatillo de uno de los dos cañones de mi escopeta cuando veia acercarse delante de la línea visual la sombra de la cabeza del cuadrúpedo. Así yo era un cazador muy diestro.

Habia en la ciudad una familia muy honrada y estimable, y muy pobre, cuyas relaciones cultivábamos mis hermanos y yo con mucho aprecio: la de un señor Córtabarría, expendedor de papel sellado. Uno de su hijos (*Josecito* le llamábamos) cazaba mucho en las tierras de mi padre, y lo hacia por contribuir con la caza al mantenimiento de su familia. Una tarde, hallándome en el borde de un montuoso barranco que domina el vallecito de *Chirirí*, vi un hermoso venado: le hice fuego y le dejé muerto, pero noté que otro tiro de escopeta habia estallado al mismo tiempo que el mio. Corrí hácia el venado muerto, y le hallé las señales patentes de dos tiros que habian partido de distintas direcciones. Un instante despues vi á Josecito, en una quiebra del barranco, inmóvil al pié de un árbol.

—Ah! mi amigo, exclamé; creo que hemos muerto el venado en compañía.

—No tal; usted se equivoca, contestó.

—Y en todo caso, añadió, usted tiene mayor derecho.

—Por qué?

—Porque usted es dueño de la tierra.

Comprendí la delicadeza de Josecito, y formando instantáneamente mi resolucion le dije:

—Está bien ; el venado es mio. Despues será usted más afortunado.

Me llevé el venado sobre el anca de mi caballo, y atravesé muy orondo todo el barrio del Rosario hasta llegar á casa. Cuando cerró la noche le envié el venado, de regalo, á la familia Cortabarría; con lo cual dejé conciliada mi vanidad de cazador con mis sentimientos generosos.

Una tarde me aconteció en la caza, en la *Sabana Alta*, casi al pié de la meseta de los *Mamones*, un caso muy curioso. Yo iba á pié, y desde lo limpio hice fuego sobre una multitud de palomas torcaces que revoloteaban sobre un bosquecillo de altos arrayanes. Vi caer cosa de cuatro ó cinco, y me interné á buscarlas en el bosquecillo. Las recogí y las guardé en mi maleta, y cuando yá me retiraba vi en el suelo una especie de nido de hojas secas, en cuyo fondo estaba un objeto que á primera vista me pareció ser una gran serpiente enroscada, con pintas blancas y de un rojo de castaña. Era una venadita que tendria dos ó tres dias de nacida.... Qué hallazgo para hacerle el regalo á mi hermana Agripina !

Comprendí al punto que la madre podria estar muy cerca; preparé bien mi escopeta, le puse el pié con suavidad al lindo animalito para hacerlo chillar, y aguardé con ansiedad, mirando hácia todos lados.... Un instante despues se presentó la hermosa venada, á diez ó doce pasos de mí, le hice fuego y quedó muerta. Con mil trabajos logré salir del bosquecillo, llevando en un brazo la escopeta y la venadita, y arrastrando con la otra mano la venada.

Pero fué el caso que no hubo en toda la llanura alma viviente ; no hallé ni una leñadora que pudiera ayudarme á llevar el rico y variado botin de mi caza. Qué hacer? Lo que pude: me tercié la escopeta á la espalda, me eché la venada sobre la nuca (que he tenido siempre sólida y fuerte), y tomé con el brazo izquierdo la venadita.

Iba camiando lentamente por el llano en tan estrambótica apostura, cuando se me presentó, atravesada en el camino, una enorme serpiente. Era una *talla équis* (así llaman á las serpientes que tienen en el dorso una serie de équis negras y rojas) de cerca de dos metros de largo y casi medio de circunferencia en el vien-

tre; y segun toda probabilidad era la misma serpiente que, yá muy cebada en aquel llano, le habia matado á mi padre cosa de ocho á diez reses de cria.

Yo no podia perder la oportunidad de matar aquel monstruo, é hice lo siguiente: me alejé algunos pasos á reculones y con lentitud para no espantar la serpiente, dejé caer al suelo la venada, pusé una rodilla en tierra para mantener debajo la venadita, con mucho cuidado, y al punto disparé mi escopeta. La équis se azotó contra el suelo durante unos momentos, retorciéndose en su agonía, y en breve quedó muerta.

Pensar dejarla allí era absurdo para la vanidad de un cazador, pues aquel monstruo merecia ser exhibido en la ciudad; y ademas, yo queria darme el placer de mostrársela á mi padre, diciéndole: "Ya claudicó el demonio que mataba las novillas del llano." Así, amarré la *équis* con una cuerda, me até la punta de ésta á la cintura, y eché á andar como ántes pero adornado con el nuevo aditanento. De este modo, si visto en la parte alta del cuerpo tenia yo aspecto como de *Buen Pastor*, y de cazador en el centro, en la parte baja parecia un gran mono por el enorme rabo que iba arrastrando. Yo iba riéndome de mí mismo, y diciendo para mis adentros: "Vaya una estampa de poeta y doctor!"

Al cabo di con un grupo de leñadoras á quienes pagué para que me aliviaran del rabo serpentino y del peso de la venada, y á eso de las seis de la tarde hice mi entrada triunfal en la ciudad.

II.

FORO Y COMERCIO

Raro es el hombre entre nosotros que vive ó puede vivir exclusivamente de una profesion liberal. No hay suficientes elementos sociales para que el abogado se sostenga y haga fortuna solamente con la abogacía, ni el médico-cirujano con la medicina y cirugía, ni el ingeniero con los trabajos de ingeniería. El profesorado, el comercio, la agricultura y áun los puestos públicos son por lo comun auxiliares casi necesarios de aquellas otras profesiones; y poco medraria el que se atuviera á la especialidad de la profesion aquirida mediante el estudio universitario. Á esta ley de la necesidad hube de

sometérme en Honda, dedicándome en mucha parte al comercio, profesion que yo no repugnaba, y á la cual estaban dedicados mis tres hermanos mayores, y en parte mi padre.

Si yo pasaba la mayor parte del dia en el almacen, trabajando con mi hermano Manuel (manejaba la caja y su libro, y ayudaba en las ventas y otras operaciones laboriosas), en otras horas, las mañanas sobre todo, estudiaba mis expedientes y cuestiones forenses, que marchaban al par con los negocios. La prima noche era para las visitas, y las demas horas, hasta la de acostarme, para la literatura y la política; con lo que mi vida era sumamente laboriosa. Así lo fué constantemente, desde mediados de 1847 hasta Junio de 1849, época en que cambié de posicion.

Al llegar á Honda tuve el placer y el honor de conocer á uno de los más dignos y estimables Jefes que ha tenido nuestro ejército en las cuatro últimas décadas: era el Coronel (despues General) Francisco de Paula Diago, gobernador en 1847 de la provincia de mi nacimiento. Encontré desde luégo en él un cumplido caballero y patriota, hombre franco, independiente, íntegro á carta cabal, progresista entusiasta, hábil militar, de mucha iniciativa en los asuntos públicos y muy aficionado á escribir para la prensa. Hoy dia es un venerable anciano, inválido, y vive tranquilo con su familia y con la satisfaccion de haber honrado siempre sus charreteras. Presisamente al escribir estas páginas le oia yo todas las noches, desde mi gabinete (abierto á todos los vientos para que no me abrumase un calor de 30 grados del centígrado), cuando él, sentado en su balcon, en frente al mio, departia jovialmente con los amigos que le visitaban. (1) En 1847 y 1848 nos veíamos todos los dias y recíprocamente nos consultábamos nuestros escritos, así oficiales como destinados á la prensa, y siempre nuestras relaciones fueron tan cordiales como francas. El General Diago ha sido entre nosotros un militar modelo : soldado de la ley y solamente de la ley.

Tan llena de humo de liberalismo exagerado tenia yo la cabeza en aquel tiempo, que hice de muy buena fe una grandísima diablura. Subsistian entónces las leyes que requerian el tener título de abogado para poder

(1) La mayor parte de este libro ha sido escrita en Honda, del primero de Enero al 20 de Septiembre de 1880.

ejercer todas las funciones (sobre todo la de sentenciar) de Juez *letrado* de circúito ó magistrado de algun Tribunal; y hallándose vacante en Honda la judicatura "de letras," la ejercia en interinidad un suplente. No siendo éste letrado, tenia que *asesorarse* para pronunciar cualquier fallo, ya fuese civil ó criminal; y apénas sí hube llegado á Honda cuando el juez comenzó á pedirme asesorías.

El primer negocio que me consultó fué una causa seguida á un pobre diablo por contrabando de tabaco. Como en estos negocios de fraude á las rentas no habia excarcelacion, el infeliz reo llevaba siete ú ocho meses de horrible prision (la cárcel de Honda es una de las más espantosas que se conocen en este pais), bien que toda la cuestion se reducia á la venta clandestina de unas pocas libras de tabaco, y que en realidad la pena legal era menor que el terrible sufrimiento de una larga prision preventiva. En el punto de vista puramente legal, la cuestion era sencillísima: el hecho estaba probado, el reo convicto y confeso, y habia que condenarle sin tener en cuenta ninguna consideracion filosófica.

Pero yo veia las cosas más con ojos de reformador liberal que de abogado y juez. Mi sentencia, en sustancia, fué la siguiente:

" Considerando, que el contrabando es un delito puramente artificial, inventado por la ley misma, en fuerza del establecimiento del monopolio.

" Considerando, que es inicuo y monstruoso no admitir la excarcelacion del reo, durante el seguimiento del juicio, por un delito que nada tiene de atroz ni filosóficamente es inmoral.

" Considerando que el reo ha sufrido, como simple preso, una pena mucho mayor y más cruel que la que la ley asigna á su delito.....

" Administrando justicia &.ª

" Se absuelve de todo cargo &.ª, y póngase al reo en libertad."

El juez, al leer mi sentencia, se quedó pasmado. Corrió luégo á buscarme y me dijo:

—¿Bien sériamente me aconseja usted fallar así?

—Muy sériamente, le contesté.

—¿Y si me conformo con la sentencia?

—Quedaré muy contento.

—¿Y no seré responsable?

—Lo será usted, y yo tambien ; pero yo más que usted.

—Las ideas de usted me gustan, señor doctor.

—Tanto mejor, señor juez.

—Pues me conformo con la sentencia.

—Está bien.

—¿ Pero tendré que consultarla ?

—Sin duda.

—Ah ! esto es lo grave, porque el Tribunal superior....

—¿ Pensará de otro modo ?

—Seguramente.

—Entónces vea usted lo que hace.

El juez resolvió una cosa muy sencilla : conformarse con la sentencia, ejecutarla sin confirmacion superior, y callarse la boca, con lo que se ponia á cubierto de responsabilidad, siempre que el agente del Ministerio público se callara tambien. Ambos empleados estaban sumamente fastidiados con cosa de cuarenta y ocho á cincuenta causas pendientes por contrabando de tabaco y aguardiente, cuyos respectivos reos hormigueban llenos de miseria en una cárcel infecta y horrorosa. Mi sistema de sentencias filosóficas agradó mucho al Juez y su Secretario, al Fiscal y al Alcaide de la cárcel ; se me pasaron en asesoría todas las causas pendientes sobre contrabando, muchas de ellas demoradas por seis, ocho y diez meses y hasta un año, y á virtud de mis asesorías en poco tiempo quedó la cárcel casi vacía. Muy caro me pudo haber costado mi filosofía filantrópica, de todo punto ilegal y que aparejaba séria responsabilidad ; pero nunca me arrepentí de haber sido así caritativo y moralmente justo.

Fué una fortuna que hubiese poco despues revocado el Tribunal el nombramiento que espontáneamente hizo en mí para el importante empleo del juez del circúito de Ambalema; revocatoria proveniente de haberse caido en la cuenta de que yo no era aún *ciudadano*, por falta de edad, y que por lo mismo no podia ser juez. Yo, si por mi rectitud de conciencia podia ser buen juez, hubiera hecho más disparates acaso, con la mejor intencion, dejándome dominar de unas teorías filosóficas que no se compadecian con la estricta legalidad.

Como dejo insinuado, fué extraordinaria mi actividad y variedad en el trabajo, durante los primeros

años, despues de la conclusion de mis estudios, y estas mismas condiciones me han caracterizado en todos los posteriores años de mi vida. Yo abusaba de mi robustez y vigor, y no consultaba, al trabajar tan asiduamente, las reglas de la higiene. Jamas me fatigaba, ó mejor dicho, descansaba siempre de un trabajo con otro. Adquirí el hábito de dormir solamente seis horas (rara vez siete) sin que me hiciera falta mayor reposo, y siempre de un solo sueño, sin que siquiera se me percibiese el ruido de la respiracion. Despierto, nadie era más inquieto que yo; dormido, mi tranquilidad física era absoluta, bien que muy frecuentemente soñaba. Muchas veces hablaba dormido, y si me preguntaban algo con cautela, sostenia la conversacion durante algunos minutos sin despertar. Mi sueño era ligero, y siempre recordaba por completo lo que habia soñado.

Como no tenia pereza para nada, y escribia rápidamente y me gustaba hacer las cosas con prontitud, me alcanzaba el tiempo para todo. Desde temprano contraje ciertos hábitos de escritor no poco favorables á la fecundidad y claridad del pensamiento. Por una parte, escribia en letra muy clara y abierta, y cuando tenia que poner en limpio algun borrador, lo hacia yo mismo á fin de corregir mejor mis escritos y fijar más las ideas en la memoria. Acostumbraba escribir todos los pensamientos importantes que me ocurrian; y la experiencia de muchos años me ha probado que nada se aprende tánto como aquello que se escribe. Gran parte de lo muy poco que sé lo he adquirido escribiendo, porque así he pensado más lo adquirido por la lectura ó la conversacion; y el simple trabajo lógico de la extension, la comparacion, la deduccion y la induccion ha multiplicado mis nociones.

Desde 1847 he acostumbrado tener sobre mi escritorio unos cuantos pliegos de papel en blanco, con sus encabezamientos de artículos de periódicos, poesías, capítulos de obras, cartas importantes &ª y junto al tintero média docena de plumas preparadas en sus mangos, para escribir. Cuando un artículo me ha fatigado el cerebro (lo que percibo al sentir que se me detiene la pluma por momentos ó que mi pensamiento titubea), cambio de asunto, papel y pluma, y sigo trabajando, con lo cual descanso. Si al cabo me fatigo de escribir, inmediatamente tomo un libro y me pongo á leer; y si luégo

una lectura me cansa, la cambio por otra y tambien así descanso. Jamas he descansado de un trabajo con la ociosidad, sino con un trabajo distinto.

Cuando voy de paseo, enteramente solo, ó me acuesto y tarda el sueño en venir, estoy siampre componiendo mentalmente : preparo así la *armazon* y las principales ideas de mi asunto, y despues, al escribir, improviso con tanta facilidad como al hablar, quedando mis borradores como copias en limpio. Si al tratar de conciliar el sueño me ocurren pensamientos muy importantes, salto de la cama, enciendo luz y los escribo en sustancia. Con este sistema, seguido en todas sus partes desde 1847, los dias han sido para mí como de cuarenta y ocho horas, he cultivado lo más posible mi espíritu, he vivido con el pensamiento el doble de mi edad, y he podido producir hasta los cincuenta y tres años, lo que muchos hombres laboriosos no alcanzarian á producir (uno solo, se entiende) en un siglo.

Al propio tiempo que yo ejercia mi profesion de abogado, que trabajaba asiduamente en el comercio, y que solia divertirme segun mi carácter y mi edad, colaboraba activamente en muchos periódicos, enviando artículos (en diversas épocas de los dos años) al *Dia*, la *Prensa*, el *Duende*, el *Aviso* y la *América*, de Bogotá; á la *Gaceta Mercantil*, que publicaba el doctor M. Murillo en Santamarta; al *Fanal*, de Cartagena, que redactaban varios escritores, entre ellos Lázaro María Pérez; al *Brujo*, pupublicado en Medellin por el malogrado y valeroso Justo Pabon, y al *Cabrion*, que el mismo Pérez estableció despues en Ocaña. Y esto no me bastaba: escribia versos sin tener misericordia á las Musas, y ensayaba mis fuerzas en multitud de asuntos políticos y literarios.

En 1848 tornó mi padre á Bogotá, debiendo concurrir al Congreso, y llevó la familia consigo. Durante la temporada ocurrió un incidente de familia que hizo necesaria mi repentina traslacion á la capital, y pasé en ésta cosa de tres semanas. En la vecindad de nuestro domicilio, tocándose los solares ó patios interiores de las dos casas, vivia uno de mis íntimos amigos y compañeros de colegio, el más antiguo de todos. Con ocasion de visitarle, vi varias veces á su preciosa hermana *Elvira*, jóven que era muy estimada y querida en Bogotá, tan pobre en bienes de fortuna y comodidades como rica en dotes personales. Era apénas año y medio menor que

yo, y nos habíamos tratado hasta entónces con mucha cordialidad, bien que sin intimidad alguna, á causa de mis relaciones con su hermano; pero como yo habia tenido, hasta principios de 1846, ocupado el pensamiento con mis amores de adolescente, que en nada pararon á la postre, nunca habia fijado la atencion suficientemente en Elvira, por notorios que fuesen su mérito y sus gracias. La vecindad en que vivíamos ocasionó en 1848 la frecuencia de mis visitas, con ellas nació la intimidad, y de ésta un grande acrecentamiento de estimacion y simpatía. Ello fué que, sin ligarme con declaracion alguna ni el menor compromiso, al regresar de Bogotá salí creyendo que estaba prendado de Elvira, pero sin tener seguridad de ello. Tocóme entónces reemplazar á uno de mis hermanos en Ambalema (pues todos trabajábamos formando con nuestro padre una sola compañía), y allí continué ocupado en el comercio y ejerciendo la abogacía.

A la sazon se agitaban mucho los ánimos con la próxima eleccion de presidente de la República, para la cual eran candidatos: el General José Hilario López, del partido liberal, y los doctores José Joaquin Gori y Rufino Cuervo, de dos fuertes fracciones del partido conservador. El general Mosquera, enemigo mortal de Gori por cuestiones baladíes, fingia apoyar á Cuervo con el prestigio del Gobierno, aunque le gustaba la candidatura del doctor Florentino González, muy poco popular; los conservadores que se llamaban "independientes" ó moderados, sostenian á Gori, y el partido liberal en masa, con un programa claramente formulado, en el sentido de las más trascendentales reformas, sostenia con entusiasmo á López y esperaba triunfar.

Naturalmente, como que era liberal, fuí *lopista*, y trabajé y escribí cuanto pude en favor de mi candidato. Y sin embargo, al verificarse las votaciones primarias no pudieron hacerme *elector*, porque no tenia la edad necesaria, y sólo pude ser *sufragante* (en la votacion de primer grado), por cuanto habia entrado en los 21 años, sin tenerlos *cumplidos*, lo que la ley no exigia. Tal fué mi primer acto verdaderamente político, y acaso ningun otro voto he dado en mi vida con tanta satisfaccion como aquél, ni con mayor entusiasmo.

La lucha de los partidos en aquel año fué franca, ·eal y decente, sin que ocurrieran en parte alguna dis-

turbios ni violencias ; y los votos de los electores se distribuyeron (si mi memoria no me es infiel) poco más ó ménos as :

735 por el General López ;
410 por el doctor Gori ;
304 por el doctor Cuervo ; y
70 por el doctor Florentino González, candidato de un círculo semi-liberal y semi-mosquerista.

En realidad, el partido liberal habia obtenido la mayoría ; pero como la Constitucion la exigia absoluta y no relativa, habia que perfeccionar la eleccion, escogiendo el Congreso entre los tres principales candidatos. Grandes fueron entónces la exaltacion y expectativa de los ánimos y las intrigas adelantadas por los jefes de los partidos ; mayormente cuando el programa adoptado por los liberales y aceptado por López aparejaba reformas que, al ser ejecutadas, traerian consigo una profunda transformacion política, social y administrativa de la República. En breve iban á presentarse dias de solemne prueba y muy graves acontecimientos.

III.

EL 7 DE MARZO Y SUS CONSECUENCIAS.

Comenzaba el año de 1849 cuando, con aquella impaciencia por la publicidad que es propia de la juventud, porque la animan juntamente el anhelo de servir á las letras y no poca vanidad ó presuncion, publiqué mi primer libro. Era un volúmen de poesías líricas de 200 páginas en 8º, fruto de mis románticas lucubraciones de los 15 á los 19 años. Yá he dicho lo que pienso de aquel primer libro. De todo él sólo dejaria subsistir unas veinte páginas, con incorrecciones y todo, si me fuera dado revocar lo pasado : todas las demas las condenaria al fuego sin misericordia, pues sólo para extirpar el mal gusto me parecen buenos, siquiera sean en gran parte ineficaces, los autos de fe. ¡ Quién pudiera borrar con el codo mucho de lo que ha escrito con la mano !

Como quiera, al ser autor de mi primer libro, ó darlo á luz, cual una mujer que alumbra un niño ántes de tiempo, me sentí dichoso, no tanto por la obra misma, cuanto por ser ella el comienzo de una prolongadísima serie de trabajos que mi incansable laboriosidad habia

de producir. Bien que habia publicado yá con mi firma un centenar por lo ménos de artículos y poesías, en los periódicos, no dejaba de sentir algun encogimiento, como poeta y escritor, delante del público; pero las *Flores marchitas* (verdes, ó marchitas ó descoloridas) me hicieron perder el miedo al público para emprender trabajos serios. Creia yo, y en ello me ha confirmado la exriencia, que un hombre *de letras ó de ciencia* no es verdaderamente escritor público miéntras no ha patentizado su aptitud y habilidad para escribir un *libro;* y que si la tarea del periodista puede ser muy importante, benéfica y áun decisiva, su obra no deja por lo comun huellas profundas en el campo de las letras, ni verdaderos monumentos para la historia nacional, las ciencias y la literatura.

Recuerdo que Manuel Pombo, al ver que yo escribia tánto cuando éramos condiscípulos, me hacia de broma una prediccion: "Tú serás, me decia, el *Tostado* de esta tierra; y no pasarán muchos años sin que se vean en las bibliotecas muchos volúmenes con estos títulos: *Obras de Samper; Oeuvres de Samper; Samper's works, &ª*" Antojábaseme que habia de cumplirse, siquiera en la parte española, la prediccion de Pombo; y no poco influyó esta idea para inducirme á ser tan laborioso como he sido.

Si la publicacion de mi primer libro (del cual no hicieron caso los literatos titulados, bien que fué leido por la juventud y las mujeres, no sin agrado, por lo que habia cundido el romanticismo), fué el principio algo serio y formal de mi carrera literaria, el 7 de Marzo me abrió el camino para la carrera política. Mi padre era amigo del General López y le habia dado su voto para Presidente, como Senador que era, en la sesion que se volvió histórica en alto grado con aquella memorable fecha. Ademas, el Presidente habia leido algunos de mis escritos, y me estimaba y queria que yo hiciera carrera política y contribuyese á sostener su administracion. Por otra parte, yo era amigo entusiasta, desde cuatro ó cinco años antes, del doctor Murillo, el más jóven y emprendedor de los secretarios del General López, y él tambien procuraba, y con mayor empeño por la completa identidad de ideas que entónces nos ligaba, ayudar espontáneamente en el propósito de llevarme á ocupar un puesto público importante.

Fuí, pues, nombrado Jefe de la seccion de Contabilidad de la Secretaría de Hacienda, donde precisamente iba á ser colaborador de Murillo, y en Junio de 1849 me trasladé á Bogotá y me aposesioné de mi empleo. Muy pocas semanas despues fuí nombrado tambien catedrático de Ciencia y Derecho constitucional y Ciencia y Derecho administrativo de la Universidad central, y entré en ejercicio teniendo un número considerable de alumnos. Cosa bien curiosa: muchos de estos alumnos vinieron á ser mis contradictores en ideas y adversarios políticos, llegando no pocos á figurar como personajes. Entre los doctores que fueron mis discípulos en la Universidad he contado despues cuatro ó cinco Generales, hijos de nuestras guerras civiles: Sergio Camargo, el más brillante de todos, José María Louis Herrera, Daniel Aldana, Peregrino Santacoloma y quizas algun otro ;.... de los demas, han hecho notable papel, bueno ó malo, pero á veces en filas opuestas á las mias, Aníbal Galindo, Nicolas Pardo y muchos otros. Así como las madres jamas saben lo que crian, nunca los profesores pueden contar con que la semilla que riegan en el corazon de sus discípulos fructifique despues como ellos lo desean.

El General López me acogió y trató con particular benevolencia el dia que fuí á saludarle y darle las gracias por el honroso nombramiento con que me habia favorecido; y desde entónces fué para mí un fino, inalterable amigo, al propio tiempo paternal y muy considerado en su trato, á quien siempre debí, hasta el dia de su muerte, las más cordiales muestras de estimacion y aprecio. En varias épocas mantuvimos posteriormente activa y franca correspondencia, y conservo de él, como preciosas reliquias, muchísimas cartas que le ponen de manifiesto tal cual era: ingenuo como un niño, desinteresado y patriota en supremo grado, hombre leal y de conciencia honrada, modesto en el fondo, con algunas apariencias de vanidad, valeroso y abnegado en todo, y ardoroso amigo y defensor de la libertad y la justicia. Tengo la absoluta conviccion de que las faltas políticas que cometiera el General López durante su noble vida, sólo provinieron de falta de luz mental en algunos casos, en otros, de la presion ó los consejos de sus amigos y copartidarios, ó del exceso de hostilidad de sus contrarios, y en algunos tambien, del fervor y desinteres de

un patriotismo que sólo podia extraviarse en su *modus operandi*, jamas en su intencion.

Por primera vez, al hallarme en Bogotá sirviendo empleos públicos, viví enteramente solo y como dueño de casa, en absoluta libertad. Habia tomado para mi vivienda una casita en la calle de San Miguel, tenia mi cocinera y mi criado, con mi moblaje y modesto servicio propios, y vivia á mi gusto. Jamas fué más pura ni arreglada mi conducta privada que en aquel tiempo de entera libertad; y si despues renuncié á este modo de vivir y me mudé á una respetable fonda, fué solamente porque una dolorosa enfermedad que sufrí del estómago me hizo comprender que la soledad de domicilio no convenia ni á mi carácter esencialmente comunicativo y sociable, ni á la seguridad de mi salud.

Fué curioso el modo como *me curé*. Llevaba ya viente dias de fuerte disenteria, sufriendo mucho; y despues de diez de tomar inútilmente glúbulos homeopáticos de don Víctor San Miguel (padre del célebre y raro don Peregrino, digno de su nombre bautismal), y de otros diez de atormentarme con los fomentos, menjurges y *otras cosas* de la medicina alopática, iba á peor la enfermedad. Yo comenzaba ya á graduarme de esqueleto, cuando un dia me llevaron una *plancha* de invitacion para un banquete masónico. "Pues iré, me dije, suceda lo que suceda, que yá estoy fastidiado de mi mal y los remedios." Me vestí trabajosamente, porque estaba muy débil, fuí al banquete nocturno, comí de casi todo lo que podia matarme, bien que principalmente me atuve al jamon y los salchichones, y bebí únicamente vino Burdeos. Aquella noche dormí larga y deliciosamente, y al siguiente dia me levanté sintiéndome fuerte, de buen humor y enteramente curado. A nadie aconsejaré un régimen terapéutico *banquetero*, tal como el que me curó por completo; pero es lo cierto que me curó.

Al regresar á Bogotá, mi primera visita, como era natural, habia sido para Elvira, y al verla sentí un gozo profundo, un verdadero estremecimiento de placer; y sin embargo, pude analizar y comprender la naturaleza del sentimiento que habia en mí. ¿Me amaba ella con ardor ó con ternura? Mas de un año despues me confesó que me amaba con toda el alma desde 1848; pero eran tales su compostura y recato y me trataba con tal cordialidad de *amiga*, que ántes de aquella confesion, hecha

á su tiempo, no pude descernir lo que ella sentia. En cuantó á mí, evidentemente á los ojos de mi alma yo no estaba *enamorado* : no me agitaba aquel apasionado sentimiento de abandono personal, de adoracion íntima y de aspiracion á un *ideal*, solicitado y hallado en una mujer, que constituye el verdadero amor. Lo que yo sentia por Elvira era una deliciosa y tranquila combinacion de simpatía contenta, casi fraternal, y de profunda estimacion por las preciosas cualidades que la adornaban. El verdadero amor, el *grande* amor, aquel que señorea el alma en absoluto y arrastra á la suprema dicha ó la suprema desgracia, no se insinúa lentamente ni se va formando y educando : nace súbitamente y se impone, se apodera del alma, sin que ésta tenga *conciencia* de su dulce ó dolorosa esclavitud, y no deja tiempo á la reflexion. Mi cariño por Elvira era en mucha parte un afecto *pensado*, analizado, discutido conmigo mismo, porque yo habia tenido muchos años para conocerla é *irla queriendo*. Así mi amor no era, si se me permite la expresion, un *bloque* entero de gran *roca* moral, sino algo como un *conglomerado* que se habia ido formando por *aluviones* sucesivos, en *sedimentos* sólidos pero compuestos de varias piezas.

Despues de reanudar mis gratas relaciones con Elvira y su familia y de aposesionarme de mi empleo, mis primeros empeños habian sido tres: incorporarme en la *Sociedad Democrática*, fundar un periódico y hacerme iniciar en la francmasonería. ¡A cuántos prodigios de actividad y laboriosidad no me obligaron estas tres cosas, y cuántos desengaños, conflictos y amarguras no me ocasionaron! Puesto que escribo la historia de mi alma, bueno es que yo hable con ingenuidad de todas estas cosas, mayormente cuando no hay motivo para guardar secreto sobre ellas.

La sociedad Democrática en Bogotá, creada en 1848, fué invencion de varios *lopiztas*, entre ellos José María Vergara Tenorio (jóven de gran capacidad, considerable instruccion y mucho valor moral) y Fernando Conde, que redactaban el *Aviso*, Ricardo Vanégas, redactor de la *América*, y otros liberales entusiastas, á quienes pareció conveniente mover las masas populares por medio de los artesanos, con el fin de hacer triunfar la candidatura del General López. Los artesanos de Bogotá, en su gran mayoría, habian sido hasta entónces gobier-

nistas, mejor dicho, materia disponible para servir como soldados y sufragantes al Gobierno, bajo la influencia de los jefes y capitalistas conservadores y del clero. ¿Cómo sustraerles é esta influencia y ponerles del lado del liberalismo? Se creyó que lo más eficaz para el logro de este fin era halagar sus pasiones (porque *ideas* no tenian), hablándoles de *emancipacion, igualdad* y *derechos* (jamas de deberes), y su amor propio, con la perspectiva de convertirse ellos, á su vez, en una potencia política y social, mediante la asociacion permanente de sus unidades dispersas. Por eso la sociedad fué llamada Democrática de *Artesanos*.

Así ellos, bien que en realidad eran *dirigidos* como unos instrumentos por los jefes de la Sociedad, todos hombres políticos, *se creian* dueños del campo y de su voluntad, con el poder bastante para decidir de todas las elecciones y pesar sobre el Gobierno. Se comprendió en breve que esta creencia se les convertia en sustancia, y que, por tanto, siendo ellos fuertes por el número, convenia neutralizar su fuerza material con otra más inteligente; y tanto por esta conveniencia como por entusiasmo democrático, centenares de jóvenes é individuos que no era artesanos se hicieron recibir miembros de la Democrática. Yo fuí de este número y entré con todo el calor de un liberal sincero, ardoroso en la lucha y entusiasta por todo lo que aparejase *réformas*. Reformas! esta era la palabra sacramental, la voz de órden, la expresion de todas las pasiones, todos los intereses y todas las ideas del liberalismo; y como entónces estaba de moda la República francesa (Francia influye tanto sobre el mundo con sus ideas como con sus pomadas), por todas partes, entre nosotros, se veia la misma divisa de la revolucion francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

¿Qué hacíamos todos en la Democrática? Perorar, diciendo casi todos los más estupendos dislates, agitar las pasiones, practicar la política tumultuaria y organizar las fuerzas brutas del liberalismo. Jóvenes y artesanos proponíamos y proclamábamos las cosas más estrafalarias, dejando el herrero su yunque y el jóven elegante los salones de la alta sociedad para ir á ensayarnos en la oratoria populachera y declamadora, alzándonos sobre una tribuna que olia á cuero curtido, en medio de cofrades vestidos de ruana en su mayor número, que á

las veces inspiraban sus peroratas en la tradicional *totuma* de licor amarillo. En breve las Democráticas se multiplicaron en toda la República, estrechamente relacionadas y organizadas en una inmensa falange de batallones, sin armas ni disciplina, pero prontas á la lucha; y llegaron á ser, no sólo una gran potencia política, una especie de Estado voluntarioso y engreido, dentro del Estado legal, sino un grande estorbo y dificultad permanente para los gobernantes y un serio peligro para la sociedad entera.

La experiencia me ha probado que, si las sociedades permanentes son excelente cosa para suscitar y conducir los progresos de la ciencia y la literatura, del crédito y de la industria, son en absoluto funestas para la política. Si el *meeting* ó junta ocasional produce muy buenos resultados, como medio de accion transitoria y *ad hoc* de la opinion pública, el *club* político no es sino un tumulto organizado, un elemento permanente de perturbacion y violencia. Todo club político se engrie, se apasiona en un sentido, aspira á la direccion de la política, á formar una fuerza militante y temible, y acaba por quererse imponer y se impone al Gobierno que le deja obrar como potencia directiva. Comienza todo club por *manifestar* su espíritu, despues *pide*, luégo *exige* y al cabo *ordena* y *hace* lo que quiere; y como siempre bajo las apariencias del número hay unos pocos espíritus ocultos que le dirigen, resulta así que la potencia de un club es la fuerza anónima de los que quieren triunfar, dominar ú oprimir sin responsabilidad, por medio de ciegas muchedumbres. Esta es la demagogia organizada, la más temible de todas las tiranías.

Bien que yo tenia la cabeza muy montada al aire en 1849, á poco de figurar como uno de los más activos tribunos de la Democrática de Bogotá comprendí que aquel juego de peroraciones desarregladas seria estéril, si no pernicioso para casi todos, á ménos que se procurase la educacion moral y política de los artesanos, casi todos ignorantes é incultos por extremo. Tomé interes, por tanto, en que se organizase, cumpliendo con uno de los objetos reglamentarios de la Sociedad, un sistema de enseñanzas gratúitas; y dando el ejemplo, establecí dos clases por mi parte, dictando lecciones orales de Moral y Derecho constitucional en dos noches de cada semana. Mis lecciones eran escuchadas con placer por más de 300

artesanos, y muchos de ellos, en las demas noches en que no habia sesiones, asistian á clase de escritura, de historia patria, &ª Pude notar que los artesanos de Bogotá eran muy inteligentes y tenian verdadero deseo de intruirse y adelantar en civilidad y cultura.

Una compañía dramática, compuesta de españoles, que llegó por aquel tiempo á Bogotá, y era una de las mejores que yo haya conocido en los teatros hispano-americanos (la de Fournier, Belaval y González), puso de moda entre nosotros la francmasonería, que desde 1830 habia perdido todo su auge en el interior, quedando relegada á dos ó tres ciudades de nuestras costas. Entre los Comediantes, casi todos francmasones, el *caraqueño* Tórres (célebre entre los *cachacos* por el cigarrillo, el tresillo y las cenas suculentas), don José Vallarino, Ancízar, algunos venezolanos, y otros viejos *hijos de la luz*, fundaron en Bogotá la logia *Estrella del Tequendama*, poniéndola bajo la suprema autoridad del Grande Oriente de Paris, conforme al Antiguo rito escocés. En breve fueron entrando en la logia muchos jóvenes de la capital, y se tomó particular empeño en catequizar á unos cuantos sacerdotes y á todos los hombres políticos que ejercian altos empleps. Habláronme de la francmasonería como de una institucion altamente humanitaria que trabajaba solamente por la fraternidad, la libertad, la caridad y la ilustracion universales, y la acepté con entusiasmo. La idea de formar una asociacion que se extendia á traves de los siglos por el mundo entero para hacer el bien, sin distincion de razas, religiones ni gobiernos, halagaba mucho mis sentimientos de filantropía y cosmopolitismo; y sólo me desplacia la obligacion de ligarme con juramentos y obrar en secreto, lo que pugnaba con mi carácter independiente, franco y transparente.

A pesar de estos defectos de la institucion, entré en la logia con entusiasmo. Me recibieron con placer, dispensándome casi todas las pruebas físicas, por cuanto no era un palurdo, y no tardaron mucho en darme ascensos de grados ó "aumentos de salario" para no trabajar como *aprendiz* en "la piedra bruta," segun las expresio nes consagradas en la jerga de la comunidad. Me gustó el templo, por sus símbolos, pero me disgustaron mucho dos cosas: primera, la absoluta incapacidad reglamentaria de los aprendices y compañeros para hablar por boca propia (tenian que hacerlo por boca de los *vigilan-*

tes) por lo que mi forzado silencio me impacientaba; segunda, la multitud y variedad de ceremonias, casi todas risibles, propias sólo para convertir en mito la palabra humana y crear una *ciencia* artificial de majaderías, fundamento y estímulo de los aumentos de salario; y tercero, la ridícula importancia que se daban, á título de altos grados ó personajes masónicos, unos cuantos hombres enteramente nulos ó insignificantes que nada valian ni podian valer en el mundo profano. Nada era más contrario á la justicia, en mi sentir, que aquellas preeminencias de nulidades, fundadas en ceremonias, y no en verdaderos méritos, y realzadas con suntuosas bandas, cruces, collares, mandiles y otros relumbrones; y nada me pareció más semejante que la francmasonería á una de aquellas tristes aristocracias de títulos comprados, que siempre han dado la preeminencia á los ineptos, ricos ó intrigantes sobre los hombres capaces é ilustrados, pero pobres.

A los cuatro ó cinco meses de ser miembro de la "Estrella" me eligieron orador, y entónces estuve en mi elemento. Como tál, no sólo tracé muchas planchas y columnas (que de ordenanza eran aplaudidas), sino que me tocó examinar ó interrogar en su iniciacion á unos cuantos personajes políticos. Llegóme á tocar, en algunos casos excepcionales, presidir la logia en calidad de *Venerable pro tempore*, y en 1864, siendo desde muchos años ántes *Past master*, *Caballero de Oriente y Occidente* y *Soberano príncipe Rosa-cruz*, fuí elegido presidente del capítulo de Rosacruces, y como tal me llamaban en las tenidas *el muy Sabio*. ¿No era soberanamente grotesco que un jóven como yo, inexperto, novicio en mil cosas y sin ninguna respetabilidad fuese llamado *maestro*, *venerable* y *muy sabio*, sólo porque ocupaba ciertos puestos? ¿No era risible á mis propios ojos que yo, republicano demócrata, tuviera títulos de caballero y príncipe soberano, así como unos cuantos alcornoques tenian los de *príncipes* del *real* secreto, grandes *inquisidores*, etcétera? Esta me pareció ser una de las grandes flaquezas de la institucion, la ménos adecuada, por su orígen, su ritual y su carácter secreto y de perpetuas obligaciones, para unos hombres de alma libre y digno proceder, como deben ser todos los cuidadanos republicanos.

En la época en que figuré en la francmasonería, ésta

no tenia, lo afirmo con absoluta seguridad, ningun propósito anti-religioso. Los objetos principales eran, para el mayor número: pasar el tiempo cultivando gratas relaciones sociales, y cenar sabrosamente con alguna frecuencia. Para unos pocos era una especulacion, pues con los *derechos* por iniciaciones y aumentos de salario, los productos del *tronco de los pobres* y las frecuentes suscriciones voluntarias "para socorrer á hijos de viudas" y á "hermanos pobres en desgracia," medraban algunos, cosechando el fruto de su *celo* masónico. Sin embargo de la absoluta tolerancia religiosa que habia en la Logia y de una aparente abstencion política, ella trabajaba activamente contra los Jesuitas. Este era su principal objetivo, y tánto, que todas las noches, al cerrar las tenidas, el Venerable nos hacia jurar á todos solemnemente: "Odio eterno á la tiranía y á los tiranos" (lo que era de regla universal), y "Guerra á la Compañía de Jesus," lo que era un aditamento particular de nuestra logia. Ya se verá adelante lo que la Logia y los francmasones hicimos para lograr en 1850 la expulsion oficial de los Jesuitas, á quienes álguien ha llamado "los francmasones de la iglesia romana."

IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Mi vida era modesta y yo gastaba poco y economizaba mucho. ¿Por qué y para qué? Me parecia que teniendo dos sueldos que me producian cosa de ciento cuarenta pesos mensuales, y no teniendo obligaciones de familia, estaba moralmente obligado, despues de atendidas mis necesidades, á gastar el sobrante en bien de la patria; y como para mí el bien de la patria consistia en la realizacion del programa liberal, me apliqué por mi parte á este fin y dediqué á él todos mis ahorros. De ahí el haber fundado el *Sur-Americano*, periódico semanal primero y despues bisemanal, que sostuve yo solo con mi pluma y mis recursos personales. A fin de darle toda la variedad posible, lo compuse de ocho ó nueve secciones, y excepto las de anuncios, remitidos y noticias extranjeras yo escribia todas las demas. Desde un principio dí mi nombre al público, asumiendo toda la

responsabilidad, y para que los lectores creyeran que se les servian platos de diversas cocinas, yo firmaba con muy distintos pseudónimos el *folletin*, las *variedades*, la *crónica interior*, los artículos de *fondo*, los de *costumbres* y *crítica*, y otras secciones. Esta misma operacion me ha servido en varias épocas para amenizar los muchos periódicos que he redactado, así en Bogotá como en Lima; y digo *amenizar*, porque el comun de los lectores de periódicos se fijan ménos en el estilo que en el nombre que suscribe cada artículo.

Cuando empecé á publicar mi periódico (cuyos productos, por cierto, se volvieron cuentas y embrollos en manos de ciertos agentes) la actividad y laboriosidad de mi vida eran verdaderamente prodigiosas. Yo despachaba con tal acuciosidad mi oficina en la Secretaría de Hacienda, que siempre la dejaba al corriente con el dia, y frecuentemente faltaba tiempo al doctor Murillo para firmar oportunamente las resoluciones que yo le proponia; servia mis cátedras con rígida puntualidad, siendo muy querido de mis discípulos; hacia mis clases gratúitas en la Democrática, en dos noches de cada semana, y nunca faltaba á sus sesiones ordinarias; concurria asiduamente á todas las tenidas de la Logia; visitaba todas las tardes á Elvira, haciéndola en regla mi corte de aspirante *in pectore* á marido; jamas faltaba al teatro los juéves y domingos; concurria á bailes y tertulias, juntas políticas, &c; cultivaba todas mis relaciones, y áun me sobraba tiempo para escribir dramas y ensayos novelescos, poesías y otros trabajos literarios.

Mi método de enseñanza en la Universidad era sencillo. No habia texto alguno, porque se habian agotado las ediciones de los más apropiados que se conocian: el tratado de Ciencia constitucional del doctor Pinzon y el de Ciencia administrativa del doctor González. Tanto por esta circunstancia como por conviccion de que los textos de enseñanza por lo comun disuaden al estudiante de buscar la verdad donde quiera que esté y le estrechan el horizonte de sus estudios é indagaciones, preferí dictar lecciones orales, que iba escribiendo para redactar un curso de Ciencia constitucional; y entre tanto compuse un laborioso "Cuadro sinóptico" para facilitar la fijacion de las ideas, que contenia toda la sustancia de la materia. Mi propósito era obligar á los alumnos á prestar atencion y á pensar, y evitar que aplicasen á estériles

trabajos de la memoria las facultades que debian dedicar á la reflexion, la meditacion, el esfuerzo lógico y la discusion crítica. Con este sistema, mis discípulos (que escribian el resúmen de mis lecciones, redactándolo como mejor podian) no poseian texto alguno; pero comprendian claramente los principios científicos, aprendian á pensar con método y á discurrir y discutir, y podian luégo adquirir por sí solos todos los conocimientos necesarios.

Yo era miembro de la Junta de Inspeccion y Gobierno de la Universidad, á quien incumbia nombrar los catedráticos suplentes para casos accidentales. Me ocurrió hacer nombrar suplente mio á uno de mis discípulos, y propuse al jóven Aníbal Galindo, á quien particularmente distinguia. Mi doble objeto era procurar á este jóven un medio de abrirse camino y hacer conocer su talento, y fomentar entre los alumnos una saludable emulacion. Tres ó cuatro veces me fingí indispuesto, y avisaba con anticipacion á Galindo: "Mañana hará usted la clase porque estaré enfermo." Llegó un tiempo, muchos años despues (1875) en que un Presidente de la República á cuya elevacion contribuí mucho, me privó de otra cátedra (la de economía política), quedando yo suplantado por mi antiguo discípulo; así como me ha sucedido que han vuelto su pluma contra mí para injuriarme jóvenes á quienes, siendo yo redactor de varios periódicos, les lavé la ropa sucia enseñándoles casi á escribir y rehaciéndoles sus escritos ó composiciones de novicios. Con todo, no me pesa el bien que les hice, y si pudieran presentarse análogas situaciones haria otro tanto.

Otro objeto que por aquel tiempo llamaba mucho la atencion eran los conciertos filarmónicos, magníficos entónces en Bogotá y no poco numerosos. Yo era entusiasta por la música, y tenia un gusto natural que me ha servido y he logrado educar, no obstante mi completa ignorancia del arte musical. Persuadido de que no tenia dedos para guitarrista ni boca para flautista, desde 1845 habia renunciado por completo al manejo de cualquier instrumento material, reduciéndome á "pulsar la lira" mentalmente, como decimos los poetas; y al cabo olvidé toda nocion teórica sobre claves y diapasones, fusas y corcheas, á tal punto que apénas distingo los tonos menores de los mayores. Tengo, con todo, memoria mu-

sical, y retengo en la mente todos los trozos de ópera y demas piezas que me gustan.

Estaba muy en boga en 1850 la Sociedad Filarmónica, y yo era miembro de ella y asistia á todos sus conciertos, que eran muy concurridos, reuniéndose en ellos lo más brillante y distinguido de la sociedad bogotana.

Pero mucho más gozaba yo con los deliciosos conciertos de don Nicolas Quevedo, venezolano por los cuatro costados y gran maestro de música. Su familia era toda de artistas y muy interesante y simpática, y él, apasionado en el arte como nadie, á más de su gran concierto del 28 de Octubre, dia de San Simon, dado todos los años en honor de la memoria del Libertador, obsequiaba frecuentemente á sus amigos y amigas con muy agradables conciertos privados que llamaba siempre *ensayos*. Era supremamente intolerante de todo ruido que pudiera distraer la atencion áun respecto de la más insignificante nota, y rígido en la ejecucion de sus programas; y su mayor empeño era hacer de Margarita, su hija mayor, una insigne cantatriz de salon, y de su hijo mayor, Julio, un músico eminente.

Margarita, grande amiga de Elvira, y yo, nos tratábamos con mucha cordialidad, y yo la estimaba y distinguia como á mujer, tanto como la admiraba y aplaudia como á una artista encantadora. Era una jóven lozana y esbelta, de rostro pálido y algunas facciones defectuosas (la frente y la nariz), pero de muy hermoso conjunto. Tenia magníficos ojos, linda boca, cuello primoroso, manos que parecian de nardos y cuerpo elegantísimo; pero al cantar era más que hermosa, era divina. Su admirable voz de *mezzo soprano*, que muchas veces se levantaba á las vigorosas notas del *contralto*, vibraba como una arpa de metal, y al ver su actitud cuando cantaba y las palpitaciones de su virgíneo seno, se adivinaba que su alma era toda de artista y habia en ella toda la belleza de un elevado ideal. Por lo demas, Margarita era bastante instruida, sobre todo en botánica (aparte de la música y el canto), bailaba con majestad y donaire y conversaba deliciosamente, mostrándose siempre tál cual era: sencilla, bondadosa y modesta. Por eso era uno de los diamantes de la sociedad bogotana.

Julio, simpático por su dulzura y humildad de carácter y por su enfermedad natural (habia nacido defor-

me de ambos piés, ó *chapin*, como dicen en Colombia), erá un verdadero genio. Vestido comunmente de blusa de bayeta, concentrado en su inspiracion íntima, hablaba poco y andaba siempre cabizbajo y melancólico. Debia de sentir un gran dolor secreto al comprender que, si con su violin, su violoncelo ó su corneta de piston seducia, encantaba, hacia llorar ó reir y arrancaba entusiásticos aplausos á las más bellas mujeres, su extrema pobreza personal, su cuerpo desairado y sus piés de pateta le cerraban el camino del amor!....Tener gran genio y no poder amar ni ser amado; ser capaz de producir en las demas almas la divina llama del amor, y estar condenado á privarse de su resplandeciente luz y su calor vivificante! Oh! la fábula antigua no inventó ningun tormento como aquéste! Y Julio tenia gran genio. Se veia en su mirada algo como el reflejo y la titilacion del fuego interior que en él bullia; y siendo tan jóven, un adolescente, era yá un artista notable y manejaba cuatro instrumentos muy difíciles. Despues ha figurado como compositor, constante profesor de música y director de orquestas, y ha sido muy desgraciado.... Ninguno más merecedor que Julio Quevedo de ser feliz!

Al mudar de alojamiento, en 1849, tuve la fortuna de encontrar, en vivienda contigua á la mia, un compañero con quien no contaba. Era este caballero un personaje político, al propio tiempo que un hombre distinguido por su porte, educacion y maneras, respetable por su ilustracion y talentos y simpático por su conversacion, rara mezcla de sencillez y compostura. Habia sido el fundador y redactor de *El Neo-Granadino* y creador de la mejor imprenta del pais, por lo que yo le conocia desde 1848, bien que no habia trabado amistad con él, y cuando fuimos vecinos de vivienda ó compañeros de hotel servia la Direccion general de Rentas. Éramos, pues, en cierto modo, compañeros tambien en la Secretaría de Hacienda y asímismo colegas de profesorado en la Universidad, donde él desempeñaba la cátedra de Derecho internacional. Se comprenderá que aludo al doctor Manuel Ancízar. Nuestras relaciones se fueron estrechando cada dia más, y vivímos juntos hasta mediados de 1850, época en que el Gobierno le comprometió á ser el primer colaborador de Codazzi en la Comision Corográfica.

Codazzi (entónces Coronel) de orígen piamontés

habia combatido por nuestra causa en la guerra de la Independencia, y despues fijado su domicilio en Venezuela, donde, como ingeniero, habia ejecutado grandes trabajos geodésicos y topográficos. El general Mosquera le llamó á Nueva Granada para que hiciera aquí otro tanto, ó más, si era posible. El Coronel Codazzi, que era grande amigo de Ancízar, iba con frecuencia á visitarle, y esto me dió ocasion para relacionarme con él. De su dialecto piamontés, mezclado con el castellano, habia hecho él una lengua especial y muy crespa que costaba trabajo entenderle ; pero así y todo su conversacion era agradable, porque él hablaba siempre con animacion y franqueza, tratando con jovialidad las cuestiones más áridas de ingeniería y geografía. Tenia gran pasion por las ciencias, amaba á estas Repúblicas como á su patria, y su mayor felicidad era andar por riscos y montañas desdescubriendo nuevas comarcas, describiéndolas y fijando alturas, distancias, grados de temperatura &ª Su régimen de vida era tan sobrio como frugal, y en sus viajes casi se conformaba con tomar café negro sin dulce y agua de panela. Por defectuosos é incompletos que fuesen á la postre los trabajos de Codazzi, á causa de las enormes dificultades materiales que embarazaban toda obra de corografía, la de aquel hombre benemérito fué inmensa y de gran provecho para el pais. Por lo ménos dió clara idea de la composicion, forma y extension generales de nuestro territorio, y dejó echadas las bases para completar nuestra cartografía, cuando lo permitan mayores recursos, con trabajos más rigurosamente científicos y acabados.

Uno de los sucesos importantes que dimanaron de la administracion del General López fué el regreso del General Obando al pais. Mosquera, implacable en su persecucion, no habia querido tener la gloria de mostrarse generoso por completo, y tenia excluido á Obando de todo indulto político ó amnistía. López, al encargarse del gobierno ejecutivo, se apresuró á revocar el ostracismo de cuantos ciudadanos permanecian proscriptos ; y algunos meses despues pudo el desgraciado Obando emprender desde Lima su viaje de regreso, al cabo de ocho años de proscripcion. Bien que el personal del partido liberal se habia modificado mucho, engrosándose con gran número de jóvenes de talento, y faltando yá muchos liberales importantes que habian fallecido, y no

obstante el nuevo giro que tomaba el liberalismo, con muy marcadas tendencias civiles, y *radicales*, Obando era todavía una especie de ídolo político y de caudillo militar, particularmente para las muchedumbres democráticas. Su recepcion en Bogotá fué entusiástica y espléndida, y el partido liberal creyó haber recobrado con él su principal espada.

Los jóvenes que no le conocian, así como los que solamente le habíamos conocido de vista hasta 1839, corrimos á rodearle, tanto por curiosidad y por indemnizarle algo de sus sufrimientos, con nuestro afecto, como porque deseábamos ver de cerca aquel mito de nuestra política y comprenderle y valuar su verdadera importancia. Por mi parte, no tardé mucho en formar mi opinion. Desde luégo el resultado de mis impresiones fué éste: *quererle* por sus cualidades personales, su abnegacion y los grandes dolores que habia sufrido, y perder casi toda *ilusion* en lo tocante al personaje político. El *hombre* me pareció bueno, excelente, y el *político* muy mediano. No descubrí que tuviera un ideal político ni clara comprension de los problemas sociales; me pareció gran guerrillero, pero no militar eminente, y no hallé en su carácter y su espíritu las fuerzas necesarias al hombre de Estado. Los acontecimientos no tardaron mucho en justificar los conceptos que formé, poniendo de manifiesto que Obando, muy inferior á su buena y mala reputacion (segun las pasiones de los partidos) no tenia aptitudes para gobernante.

Estaba reunido el Congreso de 1850 y la cuestion de los Jesuitas era el asunto que más ardientemente apasionaba los ánimos. Yo habia hecho de esta cuestion mi *delenda est Carthago*, y en cada número de *El Sur-Americano* reclamaba el cumplimiento del programa liberal, entre cuyos parágrafos figuraba, como uno de los principales, la promesa de la expulsion de la Compañía de Jesus. No habia mayoría liberal en una de las Cámaras, porque sus miembros habian sido elegidos en 1848, y se hacia suma resistencia á muchos proyectos de reformas, con lo que se paralizaba en gran parte la accion del Gobierno. De esta difícil situacion resultó la imposibilidad de dar una ley sobre expulsion de los Jesuitas que revocase la de 1842, la cual habia autorizado implícitamente su introduccion oficial en el pais. Los liberales creyeron entónces que era llegado el caso de que e

Poder Ejecutivo decretase la expulsion; pero el General López tenia grandes escrúpulos de legalidad y de principios constitucionales. El creia que de una república nadie podia ser expulsado sin fórmula de juicio, y que todas nuestras constituciones habian autorizado la libre residencia de todo extranjero en el pais; y por lo mismo, no reconocia la vigencia sofística de la famosa pragmática de Cárlos III de España.

Para vencer esta repugnancia del honrado General López, los anti-jesuitas, apasionados por extremo en ésta y otras cuestiones, apelámos á todos los recursos que la política nos ofrecia: exigencias de los miembros del Congreso y de algunos del Ministerio, sobre todo Murillo y Parédes; peticiones de la Democráticas; accion enérgica de la prensa y presion de los francmasones. Era ésta una verdadera conjuracion de poderes contra la Compañía de Jesus, considerada como el más poderoso auxiliar de la tremenda oposicion que el partido conservador hacia al Gobierno, oposicion iniciada desde el dia siguiente al de la eleccion del General López.

Un dia salió el *Sur-Américano* más violento que nunca en lo tocante á los Jesuitas, reclamando como urgente la expulsion, y pocas horas despues el General López me mandó llamar al palacio presidencial. Recibióme con cariño y consideracion como siempre, pero se mostró muy afectado, diciéndome que yá mis editoriales sobre los Jesuitas rayaban en oposicion y le hacian daño, porque comenzaban á desprestigiar al Gobierno.

—Señor General, le dije: Yo no puedo escribir de otro modo, porque la cuestion es de honor y vida ó muerte para el partido liberal.

—Sin embargo, podria usted, me observó, tratar el asunto con cierta reserva y diplomacia....

—No acierto á distinguir el tono diplomático del patriótico, y....

—Oh! oh! estoy exasperado con estas cosas! interrumpió el General, que era bastante irascible.

—Si así es, señor General, lo siento vivamente por la mortificacion que usted pueda sufrir; mas siendo yo un empleado del Gobierno y no pudiendo modificar mis opiniones, pongo á la disposicion de usted el empleo y las cátedras que sirvo.

—Vamos! no se trata de eso, doctor. Yo estimo mucho el carácter de usted y respeto la independencia

de sus ideas, por lo que sus escritos en nada pueden afectar su posicion oficial. Lo que deseo es.... que se trate la cuestion con más calma y se deje tiempo al Gobierno para considerar el asunto, preverlo todo y allanar inconvenientes.

—Lo comprendo. Pero usted mismo, señor General, ¿no compromete su popularidad con la demora en la adopcion de una medida tan cardinal, que usted prometió tomar cuando aceptó el programa de su candidatura?

—Sin duda. Tengo empeñada mi palabra, y sinceramente deseo cumplirla. Pero tambien tengo escrúpulos muy fundados que nadie hasta ahora ha desvanecido.

—Ya no es tiempo, señor General, repuse, de considerar escrúpulos, porque las cosas están muy adelantadas.

—Es verdad. ¿Pero no me arrebatan ustedes el mérito de la libertad y espontaneidad de resolucion, ejerciendo todos sobre el Gobierno una presion pública y vehemente?

—Reconozco que hay en esto alguna razon. Pero tambien hay que reconocer que la oposicion nos ataca de tál modo, y nos arroja el guante con tánta audacia, que para contenerla necesitamos darle el golpe político más terrible: la expulsion de *sus* Jesuitas.

—Bien! bien! esto tendrá que suceder. Creen que les tengo miedo y se equivocan. Yo no temo á la oposicion, sino á mi conciencia, á la ley, á la opinion y á la historia! (*)

—¿Es decir que podemos contar con el decreto de expulsion?

—Si; solamente necesito un plazo de dos meses para obrar y combinar las cosas con libertad y calma.

—Pues cuente usted, señor General, le dije, con la reserva y *diplomacia* que me ha exigido.

—Muy bien, mi amigo.

Nos separámos, y desde el siguiente número el *Sur-Americano* habló con cierta reserva y se mostró mucho ménos impaciente. Al punto dijo álguien, bajo el anónimo, en el *Dia:* "El presidente le ha tapado la boca al redactor del *Sur-Americano*, acaso echándole alguna ruda reprimenda"....Pero otro escritor, que conocia

(*) Puedo afirmar que estas palabras son textuales.

mi carácter, dijo en otro periódico: "Cuando aquel periodista se aplaca y guarda reserva, es porque cuenta con promesas formales que le han dejado satisfecho."..
Y en efecto, dos semanas despues (como en seguida lo Relataré) recibí la prueba inequívoca de la abnegacion con que el General López se sacrificaba por cumplir con su palabra.

En efecto, una mañana fué á casa un criado á llamarme de parte del doctor Murillo, quien en aquellos dias estaba accidentalmente encargado de la Secretaría de Gobierno. A poco de estar yo en casa de Murillo llegó tambien Salvador Camacho Roldan, Subdirector de Rentas en la Secretaría de Hacienda. Murillo nos explicó el motivo de su llamamiento diciéndonos:

"Se trata del más grave y delicado asunto de nuestra política, y sólo á ustedes puedo confiar una tarea que durará todo el dia. El Gobierno ha resuelto que la expulsion de los Jesuitas se verifique el 20 de Mayo próximo, simultáneamente en Bogotá, Popayan, Medellin y demas puntos donde ellos residen, y para obrar con unidad y vigor es necesario enviar desde ahora todas las instrucciones necesarias á los agentes que en diversos lugares deben ejecutar el decreto. Este es el trabajo que quiero encomendar á la inteligencia y discrecion de ustedes."

Aceptada como fué por Camacho y yo aquella comision, el doctor Murillo nos dió sus instrucciones verbales y al punto, encerrándonos en un cuarto, nos pusimos á trabajar. Por la tarde teníamos ya redactadas cosa de quince comunicaciones con todas las órdenes del caso, previniéndolo todo, y tambien de nuestro puño y letra dejámos copias de todos los oficios en un libro especial que se mantuvo secreto. El doctor Murillo los firmó todos, y al dia siguiente fueron despachados por la posta.

Mas no participa impumnemente de combinaciones de estado secretas un hombre ingenuo y comunicativo como yo. Por la noche fuí al teatro, y mis amigos me decian, notando mi semblante satisfecho: "¿Qué te ha acontecido que tienes como un aire de pascua?" Yo disimulaba cuanto podia mis sentimientos en aquella situacion: me propuse echarme candado en la boca, por decirlo así, y durante un mes sufrí una especie de tortura, á causa del secreto que guardaba sobre un asunto

que en opuestos sentidos apasionaba al pais entero y le tenia en ansiosa expectativa.

Al cabo llegó el 20 de Mayo y se publicó en Bogotá el decreto de expulsion. Camacho y yo habíamos sido designados por el General Mantilla, Gobernador de la provincia de Bogotá, para acompañar como testigo á su Secretario, doctor Januario Salgar, cuando éste fuera á notificar el decreto al Superior de los Jesuitas. Al bajar la escalera de la Casa consistorial (donde estaba entónces instalada la Gobernacion, así como la Democrática) subia el doctor Cárlos Martin. Preguntónos á donde íbamos, y al enterarle del objeto, nos dijo que si no habia inconveniente él se asociaba á nosotros en calidad tambien de testigo, y en efecto nos acompañó.

Pocos minutos despues golpeábamos á la puerta del antiguo Seminario, donde los Jesuitas tenian su Colegio y habitaciones. Nos introdujeron á lo largo del oscuro corredor de la planta baja, y nos rogó el introductor, un novicio, que aguardásenos en un cuartito, —especie de celda de recibo, situada junto al descanso de de la escalera, en el primer piso. A poco se presentó el superior (no recuerdo bien si lo era entónces el padre Gil ó un padre García) y nos trató con mucha amabilidad y cortesía.

—Venimos á cumplir con una penosa comision.... dijo el doctor Salgar.

—Ah ! si ; ¿ lo del decreto ?

—Precisamente.

—Yo lo aguardaba.

—Tanto mejor, repuso Salgar : así nos ahorramos la pena de causar á usted y á sus compañeros una sorpresa desagradable.

Y una sonrisa de Salgar y otra del Jesuita se cruzaron, como para decirse :

—Nos entendemos.

Se leyó el decreto y se hizo la notificacion en regla, que fué firmada por todos.

—Con que nos expulsa el Gobierno.... dijo el Jesuita con aire medio festivo. ¿ Pero de qué suerte le hemos ofendido ?

—Ese es punto que no estoy encargado de discutir, contestó Salgar con flema.

—Pero al ménos.... añadió el padre ¿ nos concederá el Gobierno un plazo para preparar el viaje ?

—Todo está preparado, respondió Salgar, y el decreto debe ser ejecutado mañana mismo.

—Oh! oh! Pero si tenemos algunos hermanos que no están en capacidad de emprender á pié una marcha penosa.....

—Todos ustedes irán á caballo y serán tratados con la mayores consideraciones.

—Pero tenemos mucho equipaje de libros, ropa y demas objetos de nuestro servicio.

—Pueden ustedes arreglarlo, pues para todo él habrá mulas.

Con esto nos despedímos, haciéndonos recíprocamente muchas cortesías.

A la noche siguiente salieron de Bogotá los Jesuitas, sin que ocurriera novedad alguna, y pocos dias despues fueron embarcados en Honda, donde el Jefe político les proporcionó todas las comodidades posibles. Al mismo tiempo se ejecutaba en toda la República el decreto de expulsion, sin que ocurriera ningun conflicto.

V.

VARIOS EPISODIOS GRAVES Ó CURIOSOS.

Muchos y notables episodios marcaron la actividad de mi vida, á más de los que llevo relatados, durante el año de 1850, y á ellos están ligados los nombres de sujetos que han hecho en el pais muy considerable papel, en un campo ú otro, tales como Murillo, Fernández Madrid, Caro, Florentino González, Madiedo y otros.

Promediaba el año y se acercaba el dia de la reunion de las asambleas electorales, á quienes incumbia, conforme á la Constitucion vigente (la de 1843) elegir los Representantes al Congreso, y una noche, hallándome en el teatro y de visita en el palco del General Lóbez, entró el doctor Murillo y un momento despues me llamó aparte y me dijo:

—Se pierde la eleccion de Representantes por la provincia de Bogotá.

—¿Y por qué se pierde? ¿No tenemos, pues, mayoría? le pregunté.

—Sin duda. Pero nuestros electores han sido engañados con listas falsas y están divididos, miéntras que los contrarios obran en perfecto acuerdo.

—¿ Y cómo podrá remediarse el mal, si pasado mañana se hará la eleccion y no hay tiempo yá para uniformar la votacion ?

—Usted puede remediarlo todo.

—Yo ? no comprendo....

—La Asamblea de Guáduas es la más considerable: se compone de 29 electores, de los cuales sólo uno es de la oposicion. Si usted llega á Guáduas á tiempo para hablar con los electores y hacerles ver cuál es la verdadera lista liberal, estoy seguro de que se compactarán, y triunfarémos.

—La cosa es poco ménos que imposible, repuse: el camino está infernal, no tengo bestias listas y mañana en doce horas no podré hacer la jornada, que es de diez y siete leguas endiabladas de fangales, atolladeros y barrancos.

—La cuestion no es de irse mañana, sino esta noche. Si usted hace este sacrificio en bien de la causa, yo le conseguiré bestias, y luégo la licencia para ausentarse por cinco dias.

—Estoy pronto á partir.

Inmediatamente el doctor Murillo hizo llamar á su grande amigo don Eustacio Latorre, hacendado de muchos recursos, y le dijo :

—Necesito para el amigo Samper dos bestias superiores, —una que esté á la puerta de su casa dentro de una hora, y otra que ha de recibir en el Aserradero. Es cuestion de partido y de gobierno, así como de amistad.

—Doctor Samper, me dijo don Eustacio, cuente usted con las bestias.

—Entónces.... adios ! repuse. Dejo el teatro y me voy á preparar mi maleta.

Una hora despues, á eso de média noche, estuvo el caballo listo á la puerta de mi casa, y me entregaron una órden para recibir otro de repuesto. La noche estaba muy oscura y el camino abominable; pero me amaneció en el alto del Roble, y á las cinco de la tarde estuve en Guáduas. No habian pasado tres horas cuando ya habia hablado yo con todos los electores liberales. Al dia siguiente se reunió la Asamblea, y resultaron cerrados, con sorpresa de los contrarios, 28 votos por los candidatos que el Gobierno deseaba fuesen preferidos. Merced á mi actividad, que secundaba la de Murillo, fueron elegi-

dos Representantes los señores Pedro Fernández Madrid, Lorenzo María Lléras, José Caicedo Rójas y Cárlos Martin.

Y son de notar algunas circunstancias curiosas: andando el tiempo, todos fuimos adversarios de Murillo; Fernández Madrid y Caicedo Rójas se afiliaron, años despues, en el partido conservador, y yo mismo vine á ser una de las víctimas del partido liberal, por cuyo triunfo hice tantos esfuerzos y tan prolongados sacrificios.

Por aquel tiempo estaba sobre la carpeta de la política una cuestion que apasionaba mucho los ánimos y tenia al Gobierno intranquilo: era la cuestion llamada del "alza de derechos." Pretendian los artesanos (y los más vehementes en sus exigencias eran los de Bogotá) que se alzasen de tal modo los derechos sobre los artículos extranjeros de consumo llamados *artefactos*, tales como el calzado, las sillas de montar, los productos de herrería, las obras de sastrería, &ª, que la industria nacional recibiese una proteccion eficaz, en términos de dar á la incapacidad fabril de nuestros artesanos los medios de luchar ventajosamente con la produccion extranjera. Todos los jóvenes que habíamos estudiado la economía política, y muchos que pensaban guiados por el simple sentido comun, éramos adversos al alza de derechos, y yo la combatia en el *Sur-Americano*, como medida injusta y perniciosa, en tanto cuanto la proteccion pudiera encarecer los consumos y volverse casi prohibitiva.

Un dia hubo en la *Democrática* sesion extraordinaria convocada para resolver si se firmaba una peticion al Congreso en el sentido de exigir un alza fuerte de derechos. Concurrí á la sesion, encontré reunidos más de 300 miembros, y al punto comprendí que los artesanos estaban muy fuertemente apasionados y no entendian palabra del asunto. Pedí la palabra, subí á la tribuna y expuse con claridad los fenómenos de reciprocidad que enlazaban estrechamente la produccion y el consumo de la riqueza. Hice ver que cada individuo era productor de una sola cosa y consumidor de muchísimas, y que en una y otra situacion estaba sujeto á la ley inevitable de la competencia. Demostré que habiendo en el pais muchos productos fabriles, tales como mantas, lienzos, ruanas y otros tejidos, sombreros de paja, cueros curtidos, licores, &ª &ª, seria monstruosamente injusto que no se extendiese á todos los productores de estos artículos la

proteccion que se exigia para los simples "artefactos" designados por los artesanos, es decir, artículos de zapatería, sastrería, talabartería, carpintería, y herrería. Demostré, en fin, que al concederse á todos la proteccion, segun la justicia en la igualdad, todos los artículos de consumo, favorecidos por la proteccion subirian necesariamente de precio; con lo que la vida vendria á ser artificialmente más cara para todos, y los artesanos que fuesen favorecidos en sus respectivas industrias perderian lo que en ellas ganaran, y algo ó mucho más, á virtud del alza de precio de todo lo que tendrian que consumir.

¿Pero qué fuerza podian tener estos razonamientos económicos y de justicia, en el ánimo de unos artesanos que, si eran por lo general hombres de bien y patriotas, tambien eran casi todos muy ignorantes, sobre todo en asuntos de ciencia? En vez de agradecerme el interes que tomaba por el bien de los artesanos, casi todos se montaron en cólera al escuchar mis razones, y uno de ellos, —un maestro herrero, Miguel Leon, muy conocido por sus desatinadas peroratas sobre la "tiraniberia" y otras cosas de este jaez (1) —pidió á gritos que se me hiciese bajar de la tribuna.

—Aun no bajaré, dije al interruptor, porque no he concluido.

—Con lo dicho basta! gritó otro. Yá sabemos que usted está contra nosotros!

—Léjos de eso, estoy en favor de ustedes, puesto que combato un error pernicioso para todos y principalmente para los artesanos mismos.

—Nosotros entendemos las cosas de otro modo! Que baje el orador!

—¿No hay, pues, libertad de pensamiento y de palabra? exclamé.

—Contra los enemigos sí; contra nosotros no! replicó un zapatero de campanillas (2)

—Que baje el orador!

—No he concluido!

—No importa! abajo! abajo!

—¿Por la fuerza?

(1) El pobre hombre habia oido hablar de la *tirana Iberia* de otros tiempos, y habia formado un extraño sustantivo aquivalente á tiranía en general.

(2) Esta expresion era gráfica del espíritu de partido de los liberales.

—Si es necesario, á palos!

—No os molesteis, repuse. La causa de unos hombres que se conducen como ustedes, no merece que se le haga ningun sacrificio! Bajaré de la tribuna, pero será para no volver jamas á esta sociedad.

Me bajé en efecto, atravesé el salon mirando á la asamblea democrática con supremo desden, y nunca volví á ninguna de sus sesiones.

Otro asunto en que puse de manifiesto la independencia de mi espíritu. Tratábase de elegir el nuevo Vice-presidente de la República para 1851, y yo adopté decididamente la candidatura del doctor Florentino González, uno de los más conspicuos representantes del neo-liberalismo, enteramente civil, no de pasiones sino de principios. La prensa se dividió, así como las Cámaras y la opinion pública, entre la candidatura del doctor González y la del señor José de Obaldía, candidato semi-oficial, orador elocuente, y patriota sincero desinteresado, excesivamente locuaz, escritor fácil y galano, pero poco profundo como político, hombre honrado y candoroso, y miembro del viejo partido liberal-obandista. En una junta convocada para decidir sobre el escogimiento definitivo de candidato, nos jugaron una treta á los *gonzalistas*, por lo que perdimos la eleccion por un voto. Por evitar la division del partido liberal hubimos de resignarnos á sostener en seguida la candidatura del señor de Obaldía, cuya eleccion fué luégo popular. Creo que su influencia sobre la política fué, por debilidad de carácter, notablemente perniciosa entónces y despues para el liberalismo doctrinario.

Yo sostenia la polémica por la prensa con excesivo ardor, lo que me proporcionó muchos disgustos y algunos lances muy sérios. El más grave de todos los episodios fué un conflicto con el doctor Manuel María Madiedo. Yo habia tenido amistad con él en Honda, hasta 1849; pero despues él se habia lanzado en el terreno de la oposicion violenta, y nuestra relaciones se habian entibiado. En cierta ocasion relató él, en un artículo de *El Dia*, un incidente tumultuoso ocurrido en Ambalema, é imputó equivocadamente actos violentos á varios de mis amigos de esa ciudad. Le contradije en el *Sur-Americano*, y él replicó injuriándome y llamándome *Zurdo-americano*. Siempre ha sido inclinado el doctor Madiedo, cuando ha

querido herir con su pluma, á servirse de juegos de palabras por el estilo. A mi vez le injurié tambien, sin quedarme corto; pero mi adversario hizo entónces degenerar la polémica, de personal, en colectiva. Como yo era muy jóven y nada se me podia enrostrar, ni áun aprovechando apariencias ó ajenas calumnias, el doctor Madiedo, queriendo herirme en lo más vivo del alma y sin razon alguna (como algun tiempo despues lo reconoció), atacó y ultrajó atrozmente á toda mi familia (padre, tios y hermanos) por la prensa, firmando con un pseudónimo. Al punto le hice exigir retractacion, ó en su defecto, satisfaccion por medio de las armas. Aceptó el duelo y nombró por testigo al Comandante José María Rójas Pinzon. El mio fué Camacho Roldan. Como ninguno de los contendientes sabia manejar arma blanca, los testigos escogieron para el combate la pistola, señalando para éste la tarde del dia siguiente. Madiedo llevaba evidentemente ventaja porque era buen tirador: yo jamas habia tirado sino con escopeta, como cazador que habia sido, en mis vacaciones, muy apasionado; pero alguna arma se habia de escoger.

Pasé la noche preparando mi espíritu para una muerte posible, y escribiendo cartas para mi padre y Elvira y una especie de testamento íntimo. Al dia siguiente me ejercité algo con unas pistolas excelentes de desafío que me prestó un amigo, y entre la una y las dos de la tarde fuí á visitar á Elvira. Dos veces me dijo ella:

—¿Qué tiene usted hoy?

—¿Por qué esa pregunta? la respondí.

—No sé qué cosa particular noto en la fisonomía de usted; paréceme como algo preocupado.

—De ningun modo, Elvira. Tal vez lo que usted nota proviene de que voy á emprender una obra delicada, y naturalmente......

—Tanto mejor.

La hora inusitada de mi visita influia tambien, como despues me lo dijo Elvira, para causarla cierta vaga aprehension.

A las cinco de la tarde nos hallábamos Madiedo y Rójas, Camacho y yo detras de las altas paredes del *Aserrío*, cerca del riachuelo Fucha. Nos saludámos cortesmente, y los testigos midieron los diez y seis pasos convenidos y nos colocaron en nuestros puestos. A la tercera voz disparámos, sin tocarnos. Las pistolas tenian tal

fuerza explosiva (eran unas grandes pistolas de caballería del Coronel Briceño), que la mia se me escapó de la mano al disparar. Pedí que volvieran á cargarlas, y el doctor Madiedo, que siempre ha sido valeroso, apoyó mi peticion. Yo ardia en resentimiento, y confieso que deseaba matarle. Pero los testigos declararon que no consentian en autorizar más el duelo; que lo hecho les parecia suficiente para satisfacer el honor, mayormente cuando el lance provenia de deslices de pluma ocasionados por el calor de una polémica deplorable. Yo declaré entónces que, como las ofensas del doctor Madiedo eran colectivas, si por el pronto yo consentia, como él, en que concluyera el asunto, esta determinacion se referia á mí solamente, y de ningun modo á los miembros de mi familia, cuyos derechos subsistian intactos. No hubo, pues, reconciliacion sino tregua.

Al tornar yo á la ciudad, mi primer cuidado fué ir á tranquilizar y satisfacer á Elvira. Vióme en la mano derecha una ligerísima herida que me habia sido causada por mi pistola al disparar, y me reconvino muy alarmada. La referí lo que habia pasado, y, llorando al pensar en el peligro que yo habia corrido, me dijo, estrechándome una mano:

—Ah! qué crueles son los hombres con sus cuestiones de honor! Pero....en fin, cómo ha de ser! lloro, porque el corazon no puede ménos que sufrir; mas.... reconozco que usted ha cumplido con su deber.

—Crea usted, la dije, que yo hubiera despreciado toda injuria personal; pero estaba de por medio el honor de mi padre y toda mi familia, y poco debia importarme la vida para defenderlo.

—Ha hecho usted muy bien. Y sin embargo...... el duelo es cosa absurda!

—Así es; pero con este absurdo nos sucede á todos como á Galileo cuando infirmaba su teoría: *E pur si muove!*

Más adelante referiré en qué vino á parar el conflicto de familia con el doctor Madiedo, hombre notabilísimo pero incomprensible, y cuya carrera política y literaria ha sido una eminencia, á semejanza de la cima de un cerro de muy variados aspectos, de donde han corrido en todas direcciones torrentes de las más contradictorias sustancias para bajar á engrosar las más opuestas corrientes.

Otro episodio, y gravísimo por sus consecuencias:

Un tal Camilo Rodríguez liberal de muy mala ley, poco ménos que un facineroso, habia sido nombrado Jefe del Cuerpo de policía de Bogotá, y este nombramiento y la fea conducta de tal individuo fueron acremente censurados, por la prensa, por un señor Cárdenas, artista notable y conservador muy exaltado. Como estaban vigentes las leyes conservadoras que limitaban la libertad de imprenta, —ampliada solamente por la entera tolerancia del Gobierno,— Rodríguez acusó á Cárdenas, y el primer Jurado declaró con lugar á formacion de causa. Al reunirse el segundo Jurado, el debate fué vehemente y borrascoso, y hubo en las barras violentas escenas verdaderamente tumultuarias. Al cabo el Jurado condenó á Cárdenas como calumniador, bien que luégo quedó éste libre de pena, y se alegó por la oposicion que la barra liberal habia hecho coaccion al jurado.

Miéntras que tales escenas ocurrian estaba yo en la Universidad haciendo clase de Derecho penal, y cuando salia de San Bartolomé con mis alumnos concluia el conflicto en la Casa consistorial. Cuál no seria mi sorpresa al saber al dia siguiente que, en una queja elevada al Gobernador de la provincia, con varonil energía y desafiando todo peligro, el señor José Eusebio Caro, —el ilustre escritor, el insigne poeta y moralista de encumbrado genio, que era uno de los redactores de la *Civilizacion*,— me denunciaba como á uno de los amotinados para violentar al Jurado; y de nada ménos me acusaba que de haber ejercido tal violencia á la cabeza de mis discípulos.

Caro era hombre característicamente honrado é incapaz de mentir ni calumuiar á sabiendas; por lo que, evidentemente para mí, él habia sido mal informado. Pero la acusacion, por infundada que fuese, era muy grave, mayormente viniendo de pluma tan respetable y autorizada como la de Caro. El hecho que él me imputaba era un delito deshonroso y que tenia señalada pena corporal é infamante. Yo tenia que defenderme, y esta necesidad subió de punto cuando el acusador reprodujo su escrito en la *Civilizacion*.

Inmediatamente dirigí una carta al señor Caro, que encomendé á Vicente Herrera, uno de mis más queridos amigos, en la cual le decia en sustancia:

—Señor, usted ha sido mal informado. Ni yo ni

ninguno de mis dicípulos hemos concurrido á la barra del Jurado. Cuando ocurria el tumulto, yo estaba haciendo clase en San Bartolomé. Si mi palabra no bastare á usted, puedo comprobar mi afirmacion con el dicho de todos mis discípulos (más de treinta) y de otras personas. Espero, por tanto, que usted, guiado por un sentimiento de equidad, se servirá declarar al señor Gobernador, y en la *Civilizacion*, en obsequio mi honor vulnerado, que usted ha sido mal imformado en lo tocante á mí, y que reconoce mi inocencia."

Caro era entónces no sólo un gran poeta y un gran escritor, sino un titan: era el abanderado y formidable vocero de la oposicion. Seguramente creyó que su reputacion y la de su periódico se amenguarian con la.... no *retractacion*, sino *rectificacion* de un error involuntario; por lo que contestó á mi carta simplemente y de palabra: "Ni respondo ni retracto nada"....

Como la cuestion era para mí de honra, solicité reparacion judicial para comprobar hasta la evidencia lo infundado del cargo, y presenté ante el Juez mi denuncia contra la *Civilizacion*. Al mismo tiempo Joaquin Pablo Posada, injuriado por Caro en el mismo periódico, formuló otra denunciacion por su parte. Reuniéronse los jurados de acusacion y declararon con lugar á formacion de causa. Caro no se dejó notificar los veredictos y se ocultó.

Entónces volví á suplicarle por conducto de José María Tórres Caicedo, —mi amigo de colegio y adversario político entónces,— que consintiese en acceder á mi justa exigencia. Hícele decir que yo no le acusaba por perseguirle, sino por defender mi honor atacado; que yo no exigia una retractacion humillante, sino una rectificacion sencilla, perfectamente fundada y honrosa; y que al obtenerla, inmediatamente desistiria de mi queja. Caro, por desgracia, persistió en su negativa con sumo desden; y, creyendo que se habia organizado contra él una persecucion sistemática, prefirió huir de Bogotá, encaminándose con sigilo y á marchas forzadas hácia Cúcuta, donde se embarcó para Maracaibo y los Estados Unidos del Norte (*) Así se condenó al ostracismo aquel grande hombre, alejándose de su patria y familia....para siempre! Cuando en 1855 regresaba al pais, sucumbió en

(*) Al instante de saber yo que Caro habia salido de Bogotá, desistí de mi queja y quedó terminado el asunto.

Santa Marta, sin haber alcanzado á ver la restauracion de su causa yá triunfante. La inflexibilidad de su carácter fué causa indirecta de la temprana desaparicion de aquel hombre de gran corazon y encumbradísimo pensamiento!

Mi conciencia nunca me ha acusado como á responsable en lo mínimo, siquiera indirectamente, de la muerte de Caro; pero sí he creido despues que pude haber escogido otro medio para vindicarme, y que era muy impropio de un periodista el acusar por delito de imprenta á un adversario que era su cofrade en la prensa. Lo más natural hubiera sido levantar una informacion que destruyese completamente la equivocada afirmacion de Caro, presentarla al Gobernador, ante quien hube de rendir una declaracion, motivada por la denuncia de mi eminente adversario, y publicarla, para la satisfaccion de mi honra, por la prensa.

Pero me obcequé y apelé á un recurso que no cuadraba bien á un periodista partidario decidido de la absoluta libertad de la prensa; y nunca me he perdonado el haber contribuido así, sin que tal pudiera ser ni remotamente mi intencion, al deplorable ostracismo de Caro. Acaso la pena que por esto he tenido siempre, ha contribuido bastante á infundirme grande afecto y estimacion por los hijos del ilustre poeta y publicista de quien fuí adversario político. Mi corazon, como por instinto, ha querido rescatar, queriendo y estimando mucho á los hijos, la ligereza cometida respecto del padre y con perjuicio para su familia.

VI.

INCIDENTES INTERESANTES.

A fines de Julio de 1850, al dia siguiente de un gran baile donde yo habia podido apreciar mejor que nunca el bello carácter y la modestia y donosura de Elvira, la hice súbitamente una declaracion formal y la ofrecí mi mano. Quedé desde entónces comprometido formalmente, desposándonos los dos por palabra recíprocamente dada, y en lo sucesivo nos tratámos con la intimidad de dos novios que se prometen hallar la felicidad en la union. Yo iba todas las noches á casa de Elvira, y allí pasaba dos ó tres horas muy agradables. Unas veces

hacíamos lecturas literarias, otras nos entreteníamos en afectuosos coloquios, ó nos ocupábamos, Elvira en hacer lindos tejidos de *crochet*, y yo en cortar grabados de periódicos ilustrados y acomodarlos y pegarlos con arte, segun su tamaño y forma y sus armonías de asunto, en un enorme álbum formado con papel de imprenta empastado. Don Juan, el padre de Elvira, que era muy pobre, colocaba despues en rifas, entre sus buenos amigos, aquellos curiosos *albums*, cada uno de los cuales le producia ciento ó más pesos, sin más costo que el del libro en blanco, pues las ilustraciones se las regalaban.

Elvira se admiraba de la paciencia con que yo ejecutaba aquel trabajo de tijera, combinacion de láminas y brocha, que parecia no compadecerse con mi natural inquietud, propia de un temperamento nervioso-sanguíneo que era verdaderamente " motor." Gustábame mucho aquel entretenimiento, así porque con él contribuia indirectamente al sostenimiento de la familia de don Juan, cuya pobreza me contristaba, como porque, á más de adquirir con la *Illustracion* de Paris y el *Illustrated London News* muchas nociones de arte y de geografía, desarrollaba con la observacion y las combinaciones de los grabados que pegaba en los *albums* el profundo sentimiento artístico que bullia en mi alma. Nada eleva tánto el espíritu ni lo educa para la accion y la meditacion, como el sentimiento y culto de lo bello; y ya que yo no era ni podia ser artista sino en el campo de la poesía, gozábame con suma delicia al descubrir en mí el instinto de la admiracion por toda obra de arte y toda reproduccion de las grandes bellezas de la Naturaleza.

Solian acompañarnos en nuestras íntimas conversaciones dos jóvenes muy interesantes: Elisa A. y Martin M. (1) Elisa, prima de Elvira y su amiga íntima desde la niñez, era una espléndida señorita, amable, antojadiza, mimada por su padre y por lo mismo caprichosa, cuya única ocupacion era....ser hermosa y adorable. Martin, poeta y muy jóven tambien, la adoraba, y ellos vivian entregados al encanto de un eterno idilio.....Al verles entónces, tan gentiles y galiardos, llenos de vida y de toda la graciosa petulancia de la juventud, nadie hubiera imaginado que, ántes de un año, á los veintiocho dias de casados, ella moriria, víctima de un balazo casual dado

(1) Un sentimiento de respeto por personas que yá no existen, me obliga á designarlas con nombres distintos de los que tenian.

por su propio amante y marido, y éste se hallaria condenado por la suerte á arrastrar una desventurada existencia que habia de acabar de la manera más lamentable! Oh! cuánto no difiere frecuentemente de los locos ensueños de la juventud, la realidad de lo que se alcanza en la vida despues de mil afanes!

Hácia fines de 1850 mi posicion personal habia cambiado y mejorado mucho. A virtud de renuncia presentada por el doctor José Antonio Plaza, fuí promovido en su lugar al empleo de Redactor y Editor oficial, encargado de la publicacion de todos los documentos oficiales y de su correccion, así como de redactar la parte no oficial de la *Gaceta*, que era muy considerable. Este empleo era mucho más delicado y laborioso que el anterior, pero tenia para mí la doble ventaja de estar mucho mejor dotado y armonizar enteramente con mis estudios y actividad de publicista y literato, en lugar de unos trabajos de contabilidad fiscal que cuadraban poco á mis gustos intelectuales. Yo trabajaba sin descanso, dia y noche, para llenar cumplidamente mis deberes, pero tenia estímulos para ello y estaba contento.

Sin embargo, no permanecí por más de seis meses en aquella posicion. El Congreso de 1851 estimó, y con razon, que la *Gaceta* debia ser un órgano puramente *oficial*, sin ningun espíritu de propaganda ni tendencias literarias ni científicas, y resolvió reducirla á la condicion neutral que habia tenido ántes. Desde aquel momento yo no podia permanecer en un puesto que se reducia á la correccion de pruebas y edicion de documentos oficiales; por lo que al punto renuncié mi empleo. Aceptó el Gobierno mi renuncia, nombrándome al mismo tiempo Subsecretario del ministerio de Relaciones exteriores y Mejoras internas, y Jefe del primero de estos departamentos ó secciones. Allí desplegué la misma ó mayor laboriosidad que ántes, y hallando muy atrasado, el despacho general y más aún el de Relaciones exteriores, en breve los tuve al corriente. Hube entónces de aplicarme al estudio de la lengua inglesa, y aprendí en pocos dias á traducir el portugues, con motivo de las notas que se recibian de Portugal, del Brasil y de la isla de Madera. El portugues me pareció desde entónces ser simplemente un castellano corrompido y mal escrito, si bien muy rico en elementos latinos y arábigos, así como siempre he tenido á

los portugueses por españoles modificados.....en bien y en mal.

Desde la exaltacion del General López á la presidencia de la República, la situacion política habia adquirido todos los caractéres de una lucha intensa y vehemente. Al dia siguiente del 7 de Marzo no más, el partido hasta entónces ministerial habia declarado la guerra á la Administracion que debia inaugurarse el 1.° de Abril, comenzando por calificarla de inconstitucional é inmoral, nacida de la violencia y el crímen; de suerte que, al comenzar el General López á gobernar, no solamente se hallaba atacado por una oposicion ardiente y apasionada de la prensa y de gran parte de los ciudadanos, sino tambien en las Cámaras. En una de éstas esa oposicion estaba en mayoría, lo que paralizaba necesariamente la accion del nuevo Gobierno.

Uno de los síntomas notables de la política, desde Abril de 1849, era la condensacion de las fuerzas contendientes. El espíritu de partido lo señoreaba todo, de tal suerte que en cada bando se compactaban las filas para sostener la lucha con ardor, sin que de ningun lado hubiera asomo de tolerancia ó de algun espíritu de conciliacion. Todo ó nada! decia cada cual, cómo si únicamente los hombres de los dos partidos compusieran la patria. Si así pensaban los hombres de edad madura y de experiencia ¿qué mucho que los jóvenes de uno y otro partido fuéramos exaltados, exagerados en opiniones y vehementes en todo? Yo lo era como el que más, bien que, fiel á mis sentimientos, rechazaba toda violencia de hecho.

Los partidos se habian caracterizado yá con nombres bien determinados, llamándose decididamente "conservadores" (acaso por un error de aplicacion de un término de la política europea) los mismos que se habian denominado simplemente "ministeriales" durante sus doce años de gobierno. El partido contrario, el que habia elevado al General López, se llamaba lisa y llanamente partido "liberal."

Los opuestos programas caracterizaban áun más que los nombres á los dos únicos y grandes partidos: el uno apellidaba la religion y la moral, y el otro el progreso y la libertad. El conservador se aferraba á todas las instituciones antiguas, y buscaba sus principales puntos de apoyo en el Clero y entre los propie-

tarios de fincas raices; y el liberal mostraba una especie de apetito desordenado de reformas y procuraba fincar su mayor fuerza en la juventud y las masas populares.

De este antagonismo provenia el de dos potencias que en épocas anteriores habian sido nulas. La Compañía de Jesus era el baluarte conservador, así como las Democráticas eran, en una vasta organizacion, la gran palanca liberal. Del desarrollo y de la accion desordenada de las Democráticas emanaron muchos desórdenes, de los cuales los más escandalosos, intensos, durables y funestos fueron los de las provincias del Cauca. Allí se volvieron habituales la vapulacion, la destruccion de cercos de las heredades y muchos otros crímenes de mayor monta; atentados que el doctor Murillo, bien conocedor del mal carácter que tenian, denominó en 1843, en conversacion privada, "retozos democráticos."

A pesar de la violencia con que el General López fué atacado desde ántes de aposesionarse del gobierno ejecutivo, su buen corazon y patriotismo y su carácter conciliador le inclinaron á dar prendas de moderacion al partido conservador. Por una parte, tuvo el propósito de no separar de sus empleos á los empleados que tuviesen período fijo y careciesen de carácter político. Por otra, tuvo empeño en que uno de sus Secretarios fuese conservador, á fin de que la oposicion viese en ello una garantía que le daba el Gobierno. Pero el primer ministerio fué íntegramente liberal, tal como lo designaron los *lopiztas* de las Cámaras. Lo compusieron los señores:

Doctor Francisco Javier Zaldúa, jurisconsulto eminente, de Gobierno.

Doctor Manuel Murillo, de Relaciones exteriores;

Doctor Ezequiel Rójas, insigne economista y abogado, de Hacienda; y

Coronel Tomas Herrera, de Guerra y Marina.

Pero no tardó en ocurrir una modificacion ministerial. El doctor Rójas, economista y todo, se opuso á la abolicion del monopolio del tabaco y á otras reformas fiscales, por cuanto con ellas se privaba de valiosos recursos á la Administracion; y no queriendo asumir responsabilidad ni hacer frente á la nueva situacion, dejó el puesto. Le sucedió en la Secretaría de Hacienda el doctor Murillo, cuyas tendencias eran notoriamente radica-

les, y el General López aprovechó la ocasion para nombrar Secretario de Relaciones exteriores á un conservador moderado, hombre muy digno y caballeroso, inteligente, sincero y leal y justamente estimado áun por los liberales: el General José Acevedo Tejada.

Con no ménos modestia que desinteres resistió Acevedo aceptar el nombramiento. Hizo presente al General López que el partido liberal clamaba por un gobierno *de partido*, y que, por tanto, al no ser homogéneo el Gabinete, el mismo Presidente perderia mucho de su prestigio entre los liberales, sin ganar cosa mayor entre los conservadores, cuya oposicion era demasiado apasionada. Pero el General López insistió, rogó y Acevedo tuvo que aceptar el puesto.

En breve comenzó la desconfianza entre los liberales y destemplada grita contra la presencia de un conservador en el Gabinete; en tanto que los conservadores seguian atacando rudamente á la Administracion. Hubo activísimas intrigas, y muchos liberales hablaron vehementemente al General López exigiéndole la separacion de Acevedo, no obstante la intachable conducta de este digno ciudadano. Ello fué que al cabo el Presidente incurrió en la debilidad de ceder, sacrificando injustamente á su Secretario en aras del espíritu de partido y cometiendo una verdadera falta política. Exigió su renuncia al general Acevedo, quien comenzó por decir lo que debia: "Usted me llamó con instancia y me hizo aceptar á pesar de mis objeciones; ahora no debo renunciar sino dejarme destituir;" pero luégo tuvo la generosa condescendencia de renunciar su cartera, y en su lugar fué nombrado el señor Victoriano de Diego Parédes.

Dede aquel momento se vió claramente que no habia sino gobierno de partido, y que el General López no tendria la entereza suficiente para resistir á las exigencias de sus copartidarios. Por su parte los conservadores, que no habian sabido apreciar la garantía dada con el nombramiento de Acevedo, pusieron el grito en el cielo, lo que sólo podia servir para irritar más al General López y sus amigos. Pero lo más curioso del episodio fué el chasco de los liberales que más habian intrigado contra Acevedo esperando sucederle. El nombrado fué el que ménos se esperaba, pues ni áun era conocido como hombre político. De estas carambolas

suelen ocurrir en el juego de la política y de los partidos. Tocóme luégo estar bajo las órdenes del señor Paredes, al servir mi segundo y tercer empleo, y siempre me trató con la mayor consideracion y cordialidad.

Acercábase el promedio de 1851 cuando ocurrió un terrible episodio que consternó á Bogotá y ejerció un influjo decisivo sobre mi vida privada y mi carrera pública. Pero ántes de narrarlo brevemente, hablaré de mi situacion doméstica. Satisfaciendo tanto á mi corazon como á mi espíritu, celebré mi matrimonio el 1º de Marzo, cuando me faltaba un mes para cumplir mis veintitres años. Yo sentí verdadera satisfaccion al sustraer á Elvira, si no á la medianía de condicion,—pues yo era pobre individualmente, y sólo contaba y queria contar con mi trabajo,— al ménos á la escasez y las angustias domésticas de una vida trabajosa. Elvira iba á deberme toda fruicion y toda comodidad, todo goce y toda felicidad, y me era muy grato considerar que todo habia de provenir de mi trabajo, estimulado por el tierno amor, la virtud y los hacendosos cuidados de mi esposa. Yo veia colmados mis deseos; pues, por una parte, habia sido muy adicto al matrimonio desde mi adolescencia, persuadiéndome despues la reflexion que la vida del hombre jamas puede ser suficientemente honrada y llevadera, si le falta un hogar permanente, asegurado con la garantía de afectos nobles y de la union conyugal indisoluble, resúmen de lo más fecundo y benéfico que hay en la sociabilidad humana; y por otra, no ambicionaba riquezas, sino simplemente el bienestar y la dignidad en la vida privada, sin deber mi posicion á la dote de una mujer rica ni ménos á la proteccion de un suegro acaudalado.

Con toda ingenuidad digo que, ni entónces, ni en época alguna de mi vida he ambicionado riquezas. Me ha parecido siempre que una considerable riqueza, no solamente priva ó amengua al alma de mucha parte de su generosidad de sentimientos y la aleja ó distrae del bello ideal que ella haya podido formarse, sino que impone una verdadera esclavitud. He sufrido cruelmente en muchas circunstancias de mi vida, al tener que estar cuidando de grandes valores ajenos de cuyo manejo era responsable, y nunca he tenido tranquilidad ni verdadera libertad moral, sino cuando he quedado libre de aquella responsabilidad. Si así acontece con lo ajeno

¿qué no sucederá con la posesion de una fortuna considerable, cuya vista incesante va engendrando en el alma ciertos hábitos de avaricia, y cuyo manejo despierta cada dia instintos codiciosos? La grandeza moral, el goce intelectual, la dicha en el amor infinito y la suprema fuerza de la luz y la gloria, componian mi ideal, sin cuidarme de solicitar la riqueza. Reconozco que, al ser conocido mi ideal, yo tenia que pasar á los ojos del comun de los hombres por loco ó majadero; pero nunca he tenido miedo á estos calificativos, si he de merecerlos por una conducta noble y desinteresada.

Yo fuí feliz, enteramente feliz durante los dos primeros meses de mi matrimonio y la mayor parte del tercero; pero un espantoso drama de familia vino á perturbar mi dicha, y más aún, á condenarla á pasar por las más terribles y dolorosas pruebas.

Tanto por consideraciones de otro órden como por completar el contentamiento de Elvira, tomé interes en que se allanaran las dificultades que habia para el casamiento de Martin y Elisa, y al cabo éste se verificó el 20 de Abril. Tenia Elisa extravagante aficion, enteramente impropia de una mujer, al tiro de pistola, en el cual habia adquirido mucha destreza, lo que no obstó para que una tarde hubiese estado á punto de matarme, á la vista de Elvira y Martin, disparando inoportunamente su pistola, en la huerta de su casa. Casáronse los dos enamorados jóvenes, y no obstante su dicha cometieron la imprudencia de tirar al blanco, operacion que una amiga les hizo suspender. Fuéronse al campo á pasar la luna de miel, y al completarla estaban de regreso en Bogotá. Tornaron á la insensata manía de tirar pistola, por exigencia de Elisa, y cuando Martin preparaba las pistolas poniendo y apretando los fulminantes, sin recordar que las habia cargado veinte dias ántes, partió el tiro de las manos del imprudente esposo y Elisa quedo instantáneamente muerta.....

Las consecuencias de este trágico suceso fueron terribles para mí. Elvira, que estaba en cinta y algo indispuesta, recibió súbitamente la noticia de lo ocurrido miéntras yo andaba por la calle; corrió enloquecida de nuestra casa á la de Elisa, en un trayecto de 12 cuadras, y cuando llegó y encontró muerta á su cara prima y amiga íntima, cayó sobre el cadáver abrumada y perdió el sentido por algunas horas. Una completa disloca-

cion interior y una grave y peligrosa afeccion histérica, á más de profundísimas penas morales, fueron para Elvira las consecuencias inmediatas de la trágica muerte de Elisa, y nuestro porvenir quedó muy sériamente amenazado.......

Aquel terrible acontecimiento y sus consecuencias y antecedentes, así como mis relaciones con Elvira, combinados con cuadros de costumbres nacionales, fueron asunto de la primera de mis novelas, que dí á la estampa años despues, intitulada : *Las coincidencias*. Absténgome, por tanto, de narrar aquellos episodios que tánta importancia tuvieron en mi juventud.

VII

SITUACION POLITICA DE 1851.

Si por su lado los artesanos se agitaban constantemente, produciéndose entre los de uno y otro bando frecuentes conflictos, y en todo caso un marcadísimo antagonismo, no era ménos ardiente la lucha moral en el seno de la juventud. Más de una centena de jóvenes, entre catedráticos y alumnos de la Universidad y otros, organizámos una sociedad denominada *Escuela Republicana*, que vino á ser entre la juventud liberal como el zarcillo compañero ó cuerpo equivalente de la Democrática. A su vez los conservadores organizaron sociedades para oponerlas á las nuéstras : á las *Democráticas*, las *Populares*, y á la *Escuela Republicana*, la *Sociedad Filotémica*. Vinieron así estos cuerpos permanentes de pública discusion, peticion y propaganda de espectáculo, á ser elementos poderosos de gobierno, por un lado, y de oposicion revolucionaria, por el otro ; y lo más curioso era que por oponer sociedad á sociedad, tribuna á tribuna y periódico á periódico, el partido conservador se modificaba, sin caer en la cuenta, se liberalizaba adoptando los medios de accion empleados por los liberales, é iba habituando á su juventud y sus masas á discutirlo todo y cambiar por completo la antigua táctica del conservatismo. Con el tiempo los prohombres conservadores tuvieron que contar con aquellas nuevas fuerzas y nuevas costumbres políticas, y se hallaron en sérias dificultades que les aparejaron la division en sus filas.

La Escuela Republicana se ocupaba, en política, li-

teratura, filosofía y áun bellas artes, sobre todo en la política de club, y no sólo tenia frecuentes sesiones ordinarias, sino que á las veces las tenia muy solemnes ó de grande espectáculo, que eran muy concurridas. En ellas se recitaban poesías y pronunciaban discursos político-filosóficos; y si bien podian producirse perlas y diamantes, porque la mayor parte de los socios eran jóvenes de mucho talento, tambien solian pronunciarse los más grandes y escandalosos dislates, ya contra las ideas de órden social generalmente aceptadas, ya contra los principios y reglas del buen gusto literario. El romanticismo, en política y literatura, estaba allí en su fuerza y vigor, y puede decirse que casi todos nos emborrachábamos con nuestros pensamientos y palabras y nos desvanecíamos al ocupar la tribuna.

Con todo, la *Escuela Republicana* se distinguió constantemente por la altísima nobleza y generosidad de sus sentimientos, por la sinceridad de sus aspiraciones filántropicas y por su tendencia á formar *escuela de doctrinas*, á fin de que el liberalismo no se dejase arrastrar por pasiones malsanas. Muchas veces censuró los actos de la *Democrática* y de varios funcionarios públicos; protestó enérgicamente contra los horrendos desórdenes del Cauca, y áun pidió al Gobierno (por medio de una comision que fué confiada á Camacho Roldan y á mí) la destitucion, ó por lo ménos la inmediata suspension de los gobernadores Matéus y Mercado, á quienes se acusaba generalmente como á responsables de lo que acontecia en las provincias del Cauca y Buenaventura.

Puede decirse que la *Escuela Republicana* fué la crisálida del partido radical, fraccion toda juvenil del viejo partido liberal, que, moralmente encabezada por el doctor Murillo, fué con el tiempo uno de los más poderosos elementos de nuestra política. Aun el sobrenombre que se les dió á los radicales por sus adversarios nació de la *Escuela Republicana*. Todos éramos en ella socialistas, sin haber estudiado el socialismo ni comprenderlo, enamorados de la palabra, de la novedad política y de todas las generosas extravagancias de los escritores franceses (lo que tambien acontecia al doctor Murillo); y hablábamos como socialistas con un entusiasmo que alarmaba mucho al General López y á todos los viejos liberales. En uno de mis discursos pronun-

ciados en la tribuna de la *Republicana*, invoqué en favor de las ideas socialistas é igualadoras al mártir del Gólgotha, y hablé de éste lugar como del Sinaí de la nueva ley social. Pusiéronme en la prensa de oposicion el sobrenombre de *gólgota*, y luégo, por ampliacion, nos lo acomodaron á todos los que, tambien por espíritu de imitacion, nos llamábamos *radicales*. En puridad de verdad, no éramos sino unos candorosos y honrados demagogos.

Los Jesuitas expulsados del Sur de la República se habian asilado en el Ecuador, y se les acusaba de ser promotores de la insurreccion que estaba á punto de estallar en Pasto. Con este motivo, y otros de queja que tenia nuestro Gobierno contra el Ecuatoriano, se resolvió dirigirle una extensa y enérgica nota de reclamaciones, con el ultimatum del caso, por medio de un correo de gabinete confiado á Jacobo Sánchez.(1) Un dia me llamó el señor Parédes y me dijo: " Aquí tiene usted este voluminoso expediente de documentos. Es indispensable que usted los estudie prontamente, y que en seguida redacte la nota del caso, de modo que á la mayor brevedad podamos despachar un correo de gabinete que es de apremiante urgencia." Recibí el expediente, retiréme de la Secretaría para encerrarme á trabajar, y puse manos á la obra.

Trabajé durante toda la noche, al lado de Elvira, que dormia en un canapé, por no separase de mí, y á las cinco de la mañana tuve leido todo el expediente y tomadas todas las notas necesarias. Tomé luégo un baño, dí un paseo de una hora, y volví á casa á trabajar en la redaccion de la nota. A las cuatro de la tarde la tuve concluida, bien que se componia de cerca de cuarenta páginas en papel de cartas. Es éste el más grande esfuerzo de laboriosidad y de atencion y vigor mental que yo haya ejecutado en mi vida. Al punto fuí á casa del señor Parédes y le presenté el expediente con el borrador de la nota.

—Ya está hecho, le dije, lo que usted me ordenó ayer.

(1) Sánchez habia sido mi pasante en San Bartolomé, estudiaba en el Seminario para ordenarse, y era entónces muy "ministerial;" pero el dia ménos pensado dejó á un lado la Iglesia y se casó, y en 1851 se volvió liberal y democrático. Tornó á ser conservador en 1860, con el Gobierno de entónces, y desde el 61 se convirtió al radicalismo.

—Cómo! exclamó ¿pero entónces usted no ha estudiado los documentos?

—Los he estudiado sin descuidar una sola palabra.

—¿Y escribió tambien la nota?

—Tambien; véala usted.

—Eso es imposible!

— Durante treinta horas no he cesado de trabajar sino en unas dos y média. Por lo demás, usted verá el trabajo.

Don Victoriano se quedó asombrado y me felicitó muy satisfecho. Al dia siguiente se leyó la nota en Consejo de Gobierno y la aprobaron y mandaron poner en limpio, corrigiéndole solamente tres ó cuatro frases. Dos dias despues partió Sánchez con ella para Quito.

Estalló la insurreccion conservadora, encabezada en Pasto por Arboleda y en Antioquia por el General Borrero, y el Gobierno tomó una actitud de vigorosa defensa. Pero la insurreccion iba á ser general, estallando simultáneamente en las provincias de Bogotá, Neiva y Mariquita y otras más, y por fortuna para el liberalismo fué frustrada. Una noche se presentaron con sigilo en la casa presidencial dos acaudalados conservadores y le dijeron al General López:

"Sabemos de un modo positivo que el dia 20 de este mes (era el de Julio) estallará una revolucion general, en Bogotá y en otros muchos puntos; y lo sabemos, porque nos han pedido dinero, como á muchos otros, para los gastos de la revolucion. No denunciarémos á persona alguna, porque esto seria una bajeza cruel; pero siendo, como somos, amigos del órden, ponemos el asunto en conocimiento de usted para que no sea sorprendido."

El Gobierno tomó inmediatamente todas las medidas de precaucion necesarias; descubrió quiénes eran los principales comprometidos y dónde tenian las armas; hizo arrestar á todos aquellos individuos, y cuando todo se hizo público el 19, yá la revolucion estaba frustrada. Así en breve quedó ella sufocada en la provincia de de Bogotá, y sólo hubo que emprender campañas formales en las del Sur, y en las de Mariquita, Neiva y Antioquia. Donde quiera la insurreccion fué vencida en pocos meses, y el Gobierno pudo, algunas semanas despues del movimiento, poner en libertad á todos los individuos

arrestados. Tuve ocasion de solicitar del General López indulto para los señores Caicedos, y lo conseguí.

Miéntras que tres de mis hermanos tomaban las armas para sostener al Gobierno en la campaña de Mariquita, á mí me tocó tomarlas en Bogotá. La Escuela Republicana formó una lucida Compañía de cosa de 140 miembros, cuyo capitan fué don Antonio de Narváez, jóven militar de muy bellas prendas, y Camacho Roldan y yo fuimos elegidos por ella tenientes 1º y 2º respectivamente. Así estuve en servicio activo durante un mes, montando guardia cada tercer dia y haciendo todos los dias el ejercicio; sin que esto me impidiera despachar cumplidamente mi oficina y acompañar en lo posible á mi esposa. Un dia nos hicieron salir á la busca del enemigo por los cerros de Monserrate y Guadalupe, y á nadie encontrámos. La única víctima fué una novilla que matámos en el páramo, movidos por el hambre, y que nos comimos medio cruda y sin sal, sasonada con brandy.

Otro episodio curioso aconteció, en el que la *Republicana* y la *Filotémica* figuraron por activa y pasiva respectivamente. Súpose una noche, desde muy temprano, que los Filotémicos estaban ocultos en una casa, provistos de armas y municiones, y que aquella misma noche iban á salir de Bogotá, en cuerpo militar, para incorporarse en las guerrillas que se habian levantado por los lados de Guasca; y el Gobierno mandó que les aprehendieran, con todas las precauciones convenientes, considerándoles más que como á enemigos, como á unos muchachos locos á quienes se les debia impedir que fueran á perderse. Pero el arresto iban á verificarlo los Democráticos (que detestaban á los Filotémicos) junto con una compañía de tropa veterana.

Al saber yo lo que ocurria, atravesé la calle (pues estaba de guardia en el cuartel de las *Aulas*, que era el de la Republicana) y entré en el palacio á verme con el General López. Le hice presente que los Filoténicos eran jóvenes de talento, delicados y de la mejor sociedad, y que no era justo ni prudente el exponerles á ultrajes de parte de sus aprehensores. En consecuencia, le pedí concediera á la Republicana la comision de arrestar á los Filoténicos y llevarles luégo á su mismo cuartel para tratarles como á camaradas. Accedió con mucho gusto el General López á mi súplica, y dió las órdenes del caso.

La casa donde estaban ocultos los Filotémicos es la

misma (entónces desmedrada y fea) que hoy dia habita, en la calle 4ª al Norte, el doctor Ancízar, con salida sobre ésta calle y sobre el riachuelo de san Francisco. Hácia las nueve de la noche tuvimos situada una compañía de tropa veterana en la salida que daba sobre aquel riachuelo, y otra dispersa en torno de la manzana, y yo me situé, con la mitad de mi Compañía, delante de la puerta principal. Un momento despues llamé á la puerta. Nadie contestó. Volví á llamar, y al cabo se allegó álguien al porton, sin abrir, y fingiendo la voz de una vieja preguntó por qué golpeábamos. Díjele en voz baja:

Soy Samper; he recibido la comision de arrestar á los amigos Filotémicos, que están ahí dentro armados y listos para salir á campaña. Llame usted en mi nombre al señor Zamarra, que es el Capitan de ustedes, y dígale que abra una ventana para hablar conmigo. Queremos impedirles que hagan una locura y que otros les ultrajen y hagan daño. Es inútil que resistan. Aquí están conmigo sesenta de la Republicana; detras de la casa les acecha una compañía veterana, y toda la manzana está cercada de tropa. Lo mejor es, pues, que ustedes se den por arrestados, depongan las armas y se vengan á dormir con nosotros en las Aulas."

Pasaron algunos minutos, que los Filotémicos gastaron en cerciorarse de la verdad, conferenciar y persuadirse de que todas las salidas estaban tomadas y era inútil resistir, siendo ellos unos cuarenta contra más de ciento cincuenta, sin contar toda la guarnicion de la ciudad, que nos podia auxiliar. Al cabo se abrió una ventana y asomó la cabeza el jóven Juan Estévan Zamarra, uno de los hombres más feos y de más clara y poderosa capacidad que habia en la República. Nos cruzámos algunas palabras y quedó ajustada la capitulacion. Pocos instantes despues salieron desarmados todos los Filotémicos, les metimos entre nuestras filas, y miéntras que la tropa rondaba la casa y recogia las armas y municiones, nosotros nos llevábamos nuestros amables prisioneros á cenar, hacer versos y dormir con nosotros en el Salon de Grados y otros del edificio de las Aulas. Allí les tratámos como á hermanos, estuvieron sueltos y pocos dias despues el General López les hizo poner en libertad.

He ahí lo que fué mi primera *campaña* militar, con

el grado de teniente 2º; campaña en que no faltó la oratoria, puesto que casi todos los dias teníamos sesiones de Republicana, y nuestro cuartel era el mismo local donde nos habíamos reunido ántes de estar acuartelados. El fusil no estorbaba á la poesía ni á la literatura, ni la política militante á la filosófica ó de mera teoría.

La situacion de mi esposa iba entretanto á peor, á tal punto que una junta de cuatro ó cinco médicos me hizo un dia esta alarmante declaracion: "La señora de usted corre inminente riesgo de morir el dia de su alumbramiento, si permanece en Bogotá, y su salvacion será un milagro. No aseguramos que se salve yéndose á residir en un pais cálido, donde viva con la mayor tranquilidad posible y sujeta á un régimen de grandes precauciones higiénicas; pero *es posible* que así se salve, y no vemos otra cosa que sea racional hacer."

La impresion que me causó este horrible promóstico fué terrible. ¿Pero qué habia de hacer sino someterme á la necesidad y aceptar todo sacrificio por salvar á Elvira? El mayor de éstos era el de mi carrera pública, que habia de cortar precisamente en los momentos en que iba á ser brillante mi posicion. Cuando presenté al General López la renuncia de mis empleos me hizo saber que precisamente habia resuelto nombrarme Secretario de Relaciones exteriores interino, por licencia que se iba á conceder por cuatro meses al señor Parédes, quien habia indicado que yo desempeñaria con acierto la Secretaría. No podia haber mejor perspectiva para mí, cuando apénas era mayor de veintitres años y tenia toda la vida por delante.

Pero yo no podia titubear. Lo sacrifiqué todo, pues ántes que todo estaban Elvira y mi deber; me alejé de Bogotá en Agosto del mismo año, y con ella fuí á establecerme en Ambalema, tornando á mis anteriores ocupaciones de comercio y foro y dedicándome principalmente á cuidar de la salud de mi esposa. Así concluyó la primera época de mi vida pública, muy temprana, por cierto.

VIII

NUEVA SITUACION.

Como si yo estuviera condenado por un destino ciego á no poderme desprender completamente de la política, tan luégo como me hube domiciliado en Ambalema el Go-

bernador de la provincia me envió de Ibagué el nombramiento de Jefe político del canton, suplicándome como amigo que lo aceptase. Contestéle al punto que habia para mí una dificultad que sólo él podia allanar. "Andan ocultos por los campos en este canton, le escribí, varios individuos de los más comprometidos en la rebelion que acaba de ser debelada. Es natural exigir de la autoridad política que persiga y aprehenda á tales 'facciosos insumisos,' y sobre éstos vendrán seguramente órdenes. Yo no podria cumplirlas, porque no he nacido para semejante oficio, y creo que á nada conduce la persecucion, sino que todo se debe cubrir con una pronta y completa amnistía. Por tanto, sólo aceptaré la Jefatura si usted me autoriza para proceder con lenidad y procurar solamente la paz y confianza de los ciudadanos."

"Cubra usted las apariencias y obre como mejor le parezca, pero acépteme el nombramiento," me contestó el Gobernador, que lo era el doctor Francisco Uscche; "yo pienso lo mismo que usted y no me disgustaré porque usted se haga de la vista gorda." Con esto hube de ceder y entrar en funciones.

La Jefatura tenia el menguado sueldo de cuarenta pesos mensuales, y el que la ejercia tenia que ser al propio tiempo agente del Gobernador, Jefe político del canton y Poder Ejecutivo municipal del distrito cabecera. Comencé por renunciar el sueldo y agregarlo al muy mezquino que tenia el Secretario, á fin de poderme proporcionar para este empleo un colaborador inteligente y de alguna ilustracion, para que la oficina estuviese muy bien servida, y lo conseguí.

Cinco órdenes de actos distinguieron particularmente el desempeño que hice de la Jefatura. Desde luégo quise despejar el campo, poniendo en paz á los ciudadanos, pues habia pendientes más de cincuenta procesos civiles y criminales, obra del antagonismo privado de muchísimos vecinos, y con ellos habian llegado á tal punto las enemistades, en grado extremo de violencia, que la ciudad de Ambalema era inhabitable. Invité á una reunion á todos los enemistados, les dirigí un discurso afectuoso, vehemente y patriótico, acompañado de un servicio de colaciones y refrescos; hubo muchos bríndis; se ajustó la reconciliacion de todos y todos se abrazaron; y en los ocho dias siguientes quedaron arregladas en debida forma todas las desistencias y transacciones ju-

suelen ocurrir en el juego de la política y de los partidos. Tocóme luégo estar bajo las órdenes del señor Paredes, al servir mi segundo y tercer empleo, y siempre me trató con la mayor consideracion y cordialidad.

Acercábase el promedio de 1851 cuando ocurrió un terrible episodio que consternó á Bogotá y ejerció un influjo decisivo sobre mi vida privada y mi carrera pública. Pero ántes de narrarlo brevemente, hablaré de mi situacion doméstica. Satisfaciendo tanto á mi corazon como á mi espíritu, celebré mi matrimonio el 1º de Marzo, cuando me faltaba un mes para cumplir mis veintitres años. Yo sentí verdadera satisfaccion al sustraer á Elvira, si no á la medianía de condicion,—pues yo era pobre individualmente, y sólo contaba y quería contar con mi trabajo,— al ménos á la escasez y las angustias domésticas de una vida trabajosa. Elvira iba á deberme toda fruicion y toda comodidad, todo goce y toda felicidad, y me era muy grato considerar que todo habia de provenir de mi trabajo, estimulado por el tierno amor, la virtud y los hacendosos cuidados de mi esposa. Yo veia colmados mis deseos; pues, por una parte, habia sido muy adicto al matrimonio desde mi adolescencia, persuadiéndome despues la reflexion que la vida del hombre jamas puede ser suficientemente honrada y llevadera, si le falta un hogar permanente, asegurado con la garantía de afectos nobles y de la union conyugal indisoluble, resúmen de lo más fecundo y benéfico que hay en la sociabilidad humana; y por otra, no ambicionaba riquezas, sino simplemente el bienestar y la dignidad en la vida privada, sin deber mi posicion á la dote de una mujer rica ni ménos á la proteccion de un suegro acaudalado.

Con toda ingenuidad digo que, ni entónces, ni en época alguna de mi vida he ambicionado riquezas. Me ha parecido siempre que una considerable riqueza, no solamente priva ó amengua al alma de mucha parte de su generosidad de sentimientos y la aleja ó distrae del bello ideal que ella haya podido formarse, sino que im-impone una verdadera esclavitud. He sufrido cruelmente en muchas circunstancias de mi vida, al tener que estar cuidando de grandes valores ajenos de cuyo manejo era responsable, y nunca he tenido tranquilidad ni verdadera libertad moral, sino cuando he quedado libre de aquella responsabilidad. Si así acontece con lo ajeno

¿qué no sucederá con la posesion de una fortuna considerable, cuya vista incesante va engendrando en el alma ciertos hábitos de avaricia, y cuyo manejo despierta cada dia instintos codiciosos? La grandeza moral, el goce intelectual, la dicha en el amor infinito y la suprema fuerza de la luz y la gloria, componian mi ideal, sin cuidarme de solicitar la riqueza. Reconozco que, al ser conocido mi ideal, yo tenia que pasar á los ojos del comun de los hombres por loco ó majadero; pero nunca he tenido miedo á estos calificativos, si he de merecerlos por una conducta noble y desinteresada.

Yo fuí feliz, enteramente feliz durante los dos primeros meses de mi matrimonio y la mayor parte del tercero; pero un espantoso drama de familia vino á perturbar mi dicha, y más aún, á condenarla á pasar por las más terribles y dolorosas pruebas.

Tanto por consideraciones de otro órden como por completar el contentamiento de Elvira, tomé interes en que se allanaran las dificultades que habia para el casamiento de Martin y Elisa, y al cabo éste se verificó el 20 de Abril. Tenia Elisa extravagante aficion, enteramente impropia de una mujer, al tiro de pistola, en el cual habia adquirido mucha destreza, lo que no obstó para que una tarde hubiese estado á punto de matarme, á la vista de Elvira y Martin, disparando inoportunamente su pistola, en la huerta de su casa. Casáronse los dos enamorados jóvenes, y no obstante su dicha cometieron la imprudencia de tirar al blanco, operacion que una amiga les hizo suspender. Fuéronse al campo á pasar la luna de miel, y al completarla estaban de regreso en Bogotá. Tornaron á la insensata manía de tirar pistola, por exigencia de Elisa, y cuando Martin preparaba las pistolas poniendo y apretando los fulminantes, sin recordar que las habia cargado veinte dias ántes, partió el tiro de las manos del imprudente esposo y Elisa quedo instantáneamente muerta......

Las consecuencias de este trágico suceso fueron terribles para mí. Elvira, que estaba en cinta y algo indispuesta, recibió súbitamente la noticia de lo ocurrido miéntrás yo andaba por la calle; corrió enloquecida de nuestra casa á la de Elisa, en un trayecto de 12 cuadras, y cuando llegó y encontró muerta á su cara prima y amiga íntima, cayó sobre el cadáver abrumada y perdió el sentido por algunas horas. Una completa disloca-

suelen ocurrir en el juego de la política y de los partidos. Tocóme luégo estar bajo las órdenes del señor Paredes, al servir mi segundo y tercer empleo, y siempre me trató con la mayor consideracion y cordialidad.

Acercábase el promedio de 1851 cuando ocurrió un terrible episodio que consternó á Bogotá y ejerció un influjo decisivo sobre mi vida privada y mi carrera pública. Pero ántes de narrarlo brevemente, hablaré de mi situacion doméstica. Satisfaciendo tanto á mi corazon como á mi espíritu, celebré mi matrimonio el 1º de Marzo, cuando me faltaba un mes para cumplir mis veintitres años. Yo sentí verdadera satisfaccion al sustraer á Elvira, si no á la medianía de condicion, —pues yo era pobre individualmente, y sólo contaba y queria contar con mi trabajo,— al ménos á la escasez y las angustias domésticas de una vida trabajosa. Elvira iba á deberme toda fruicion y toda comodidad, todo goce y toda felicidad, y me era muy grato considerar que todo habia de provenir de mi trabajo, estimulado por el tierno amor, la virtud y los hacendosos cuidados de mi esposa. Yo veia colmados mis deseos; pues, por una parte, habia sido muy adicto al matrimonio desde mi adolescencia, persuadiéndome despues la reflexion que la vida del hombre jamas puede ser suficientemente honrada y llevadera, si le falta un hogar permanente, asegurado con la garantía de afectos nobles y de la union conyugal indisoluble, resúmen de lo más fecundo y benéfico que hay en la sociabilidad humana; y por otra, no ambicionaba riquezas, sino simplemente el bienestar y la dignidad en la vida privada, sin deber mi posicion á la dote de una mujer rica ni ménos á la proteccion de un suegro acaudalado.

Con toda ingenuidad digo que, ni entónces, ni en época alguna de mi vida he ambicionado riquezas. Me ha parecido siempre que una considerable riqueza, no solamente priva ó amengua al alma de mucha parte de su generosidad de sentimientos y la aleja ó distrae del bello ideal que ella haya podido formarse, sino que imimpone una verdadera esclavitud. He sufrido cruelmente en muchas circunstancias de mi vida, al tener que estar cuidando de grandes valores ajenos de cuyo manejo era responsable, y nunca he tenido tranquilidad ni verdadera libertad moral, sino cuando he quedado libre de aquella responsabilidad. Si así acontece con lo ajeno

¿qué no sucederá con la posesion de una fortuna considerable, cuya vista incesante va engendrando en el alma ciertos hábitos de avaricia, y cuyo manejo despierta cada dia instintos codiciosos? La grandeza moral, el goce intelectual, la dicha en el amor infinito y la suprema fuerza de la luz y la gloria, componian mi ideal, sin cuidarme de solicitar la riqueza. Reconozco que, al ser conocido mi ideal, yo tenia que pasar á los ojos del comun de los hombres por loco ó majadero; pero nunca he tenido mied á estos calificativos, si he de merecerlos por una conducta noble y desinteresada.

Yo fuí feliz, enteramente feliz durante los dos primeros meses de mi matrimonio y la mayor parte del tercero; pero un espantoso drama de familia vino á perturbar mi dicha, y más aún, á condenarla á pasar por las más terribles y dolorosas pruebas.

Tanto por consideraciones de otro órden como por completar el contentamiento de Elvira, tomé interes en que se allanaran las dificultades que habia para el casamiento de Martin y Elisa, y al cabo éste se verificó el 20 de Abril. Tenia Elisa extravagante aficion, enteramente impropia de una mujer, al tiro de pistola, en el cual habia adquirido mucha destreza, lo que no obstó para que una tarde hubiese estado á punto de matarme, á la vista de Elvira y Martin, disparando inoportunamente su pistola, en la huerta de su casa. Casáronse los dos enamorados jóvenes, y no obstante su dicha cometieron la imprudencia de tirar al blanco, operacion que una amiga les hizo suspender. Fuéronse al campo á pasar la luna de miel, y al completarla estaban de regreso en Bogotá. Tornaron á la insensata manía de tirar pistola, por exigencia de Elisa, y cuando Martin preparaba las pistolas poniendo y apretando los fulminantes, sin recordar que las habia cargado veinte dias ántes, partió el tiro de las manos del imprudente esposo y Elisa quedo instantáneamente muerta.....

Las consecuencias de este trágico suceso fueron terribles para mí. Elvira, que estaba en cinta y algo indispuesta, recibió súbitamente la noticia de lo ocurrido miéntrás yo andaba por la calle; corrió enloquecida de nuestra casa á la de Elisa, en un trayecto de 12 cuadras, y cuando llegó y encontró muerta á su cara prima y amiga íntima, cayó sobre el cadáver abrumada y perdió el sentido por algunas horas. Una completa disloca-

suelen ocurrir en el juego de la política y de los partidos. Tocóme luégo estar bajo las órdenes del señor Paredes, al servir mi segundo y tercer empleo, y siempre me trató con la mayor consideracion y cordialidad.

Acercábase el promedio de 1851 cuando ocurrió un terrible episodio que consternó á Bogotá y ejerció un influjo decisivo sobre mi vida privada y mi carrera pública. Pero ántes de narrarlo brevemente, hablaré de mi situacion doméstica. Satisfaciendo tanto á mi corazon como á mi espíritu, celebré mi matrimonio el 1º de Marzo, cuando me faltaba un mes para cumplir mis veintitres años. Yo sentí verdadera satisfaccion al sustraer á Elvira, si no á la medianía de condicion,—pues yo era pobre individualmente, y sólo contaba y queria contar con mi trabajo,— al ménos á la escasez y las angustias domésticas de una vida trabajosa. Elvira iba á deberme toda fruicion y toda comodidad, todo goce y toda felicidad, y me era muy grato considerar que todo habia de provenir de mi trabajo, estimulado por el tierno amor, la virtud y los hacendosos cuidados de mi esposa. Yo veia colmados mis deseos; pues, por una parte, habia sido muy adicto al matrimonio desde mi adolescencia, persuadiéndome despues la reflexion que la vida del hombre jamas puede ser suficientemente honrada y llevadera, si le falta un hogar permanente, asegurado con la garantía de afectos nobles y de la union conyugal indisoluble, resúmen de lo más fecundo y benéfico que hay en la sociabilidad humana; y por otra, no ambicionaba riquezas, sino simplemente el bienestar y la dignidad en la vida privada, sin deber mi posicion á la dote de una mujer rica ni ménos á la proteccion de un suegro acaudalado.

Con toda ingenuidad digo que, ni entónces, ni en época alguna de mi vida he ambicionado riquezas. Me ha parecido siempre que una considerable riqueza, no solamente priva ó amengua al alma de mucha parte de su generosidad de sentimientos y la aleja ó distrae del bello ideal que ella haya podido formarse, sino que imimpone una verdadera esclavitud. He sufrido cruelmente en muchas circunstancias de mi vida, al tener que estar cuidando de grandes valores ajenos de cuyo manejo era responsable, y nunca he tenido tranquilidad ni verdadera libertad moral, sino cuando he quedado libre de aquella responsabilidad. Si así acontece con lo ajeno

¿qué no sucederá con la posesion de una fortuna considerable, cuya vista incesante va engendrando en el alma ciertos hábitos de avaricia, y cuyo manejo despierta cada dia instintos codiciosos? La grandeza moral, el goce intelectual, la dicha en el amor infinito y la suprema fuerza de la luz y la gloria, componian mi ideal, sin cuidarme de solicitar la riqueza. Reconozco que, al ser conocido mi ideal, yo tenia que pasar á los ojos del comun de los hombres por loco ó majadero; pero nunca he tenido miedo á estos calificativos, si he de merecerlos por una conducta noble y desinteresada.

Yo fuí feliz, enteramente feliz durante los dos primeros meses de mi matrimonio y la mayor parte del tercero; pero un espantoso drama de familia vino á perturbar mi dicha, y más aún, á condenarla á pasar por las más terribles y dolorosas pruebas.

Tanto por consideraciones de otro órden como por completar el contentamiento de Elvira, tomé interes en que se allanaran las dificultades que habia para el casamiento de Martin y Elisa, y al cabo éste se verificó el 20 de Abril. Tenia Elisa extravagante aficion, enteramente impropia de una mujer, al tiro de pistola, en el cual habia adquirido mucha destreza, lo que no obstó para que una tarde hubiese estado á punto de matarme, á la vista de Elvira y Martin, disparando inoportunamente su pistola, en la huerta de su casa. Casáronse los dos enamorados jóvenes, y no obstante su dicha cometieron la imprudencia de tirar al blanco, operacion que una amiga les hizo suspender. Fuéronse al campo á pasar la luna de miel, y al completarla estaban de regreso en Bogotá. Tornaron á la insensata manía de tirar pistola, por exigencia de Elisa, y cuando Martin preparaba las pistolas poniendo y apretando los fulminantes, sin recordar que las habia cargado veinte dias ántes, partió el tiro de las manos del imprudente esposo y Elisa quedo instantáneamente muerta......

Las consecuencias de este trágico suceso fueron terribles para mí. Elvira, que estaba en cinta y algo indispuesta, recibió súbitamente la noticia de lo ocurrido miéntrás yo andaba por la calle; corrió enloquecida de nuestra casa á la de Elisa, en un trayecto de 12 cuadras, y cuando llegó y encontró muerta á su cara prima y amiga íntima, cayó sobre el cadáver abrumada y perdió el sentido por algunas horas. Una completa disloca-

ble misterio de la vida llamado la muerte, me inclinaban ó predisponian á dar cabida en mi mente á este pensamiento: "*Ella* no ha muerto para siempre; solamente ha pasado á otra vida, de dulzura, tranquilidad y beatitud inefables, dejándome sujeto aún á las pruebas de la existencia terrenal, y tarde ó temprano volveremos á juntarnos."

¿Pero dónde y cómo? preguntaba en mi espíritu el demonio de la duda. ¿Será por voluntad directa de Dios que volveremos á juntarnos? Pero entónces ¿por qué nos ha separado violentamente? Si su voluntad interviene en todo y EL es justo ¿por qué ha cometido ó permitido la injusticia de condenarme á sufrir, así como á todos los que amaban á Elvira? ¿Dónde está, pues, la justicia de Dios? ¿En qué consisten su misericordia y su bondad, si nos abandona á las miserias del dolor y del infortunio? ¿Para qué dotarnos de alma inmortal, si ha de ser mortal y pasajero todo lo que ella necesita para su dicha en este mundo? ¿Para qué la engañosa esperanza, si á su lado está siempre la realidad desesperante? ¿Acaso la inteligencia del alma ha de servirnos solamente para vivir sondeando terribles é inescrutables misterios, y al cabo reconocer siempre su propia impotencia? ¿A qué fin acariciar y solicitar incesantemente un ideal de belleza, de verdad y bien, si él huye siempre de nosotros, se esconde entre tinieblas y nos deja en la mitad del camino, desalentados y agobiados por el peso de la tristeza, del desengaño y de la duda?

Yo me hacia todas éstas y muchas otras reflexiones, y todas conducian á producir en mí la incredulidad, dejándome como suspendido en una especie de deismo nebuloso ó de vaga religiosidad que se desvanecia en cavilaciones sobre lo infinito y eterno. Me sucedia una cosa extraña, que no acerté á explicarme sino muchos años despues: cada vez que yo pensaba y escribia en verso, que sentia como poeta, abria mi espíritu á la fe y mis pensamientos eran ingenuamente religiosos; yo sentia una especie de inclinacion espontánea, instintiva y como de mi propia naturaleza á buscar á Dios, récibirle en mi alma, amarle y adorarle en espíritu y verdad, y esperar en EL con absoluta confianza. Y al contrario, todo me alejaba de Dios, todo me encubria los infinitos horizontes de la fe y la esperanza, cada vez que me entregaba á meditaciones puramente filosóficas, es decir, cada vez

que pensaba y escribia en prosa, y que concebia las cosas de la vida á la luz de lo que yo llamaba, como tantos otros, la *ciencia!*

¿ Por qué este contraste en mi sér moral é intelectual? No diré que mi corazon era creyente, puesto que esta víscera no es sino un centro sensibilísimo de repercusion de lo que pasa en el cerebro, y que este órgano supremo es el verdadero asiento y foco de toda sensibilidad, como de todo pensamiento. Pero para expresar claramente la situacion en que me hallaba diré que, así como el elemento sensible y afectivo ó moral de mi alma era creyente (y yo tenia mucho de crédulo y confiado, casi optimista), y me elevaba hácia las más puras y consoladoras concepciones religiosas, al propio tiempo el elemento pensante y consciente ó intelectual de mi espíritu (yá educado por el orgullo de la duda) me arrastraba á la incredulidad : jamas á negar á Dios ni rechazar la idea de la inmortalidad ; pero sí á desconocer la personalidad de Dios y su directa intervencion en los sucesos humanos, así como las condiciones de vitalidad sobrenatural atribuidas al alma por los dogmas del catolicismo.

Y diré más. Si los libros que habia devorado en Bogotá y el comercio con algunos " libres pensadores " me habian puesto desde años atras en el camino de la incredulidad, casi del ateismo, mi súbita desgracia, que me parecia ser del todo inmerecida, aumentó la intensidad de mis tendencias antireligiosas, dándoles como una tinta de rebelion y amargura....Por momentos, al pensar en el tristísimo cambiamiento que se habia operado en mi situacion, sentia algo como una especie de rencor contra la Providencia ; y para no hacerla objeto de amarguísimas quejas, preferia negarla en mi conciencia, y reconocer las fatalidades del destino y de la muerte como inexorables leyes que regirian siempre la vida del sér humano !

En suma, y dicho sea con toda ingenuidad para poner de manifiesto en mí mismo las tristes contradicciones del espíritu humano, habia en mi sér moral como dos almas mal soldadas la una á la otra. Cuando yo me escapaba de mi refugio campestre para ir hasta los afueras de Ambalema á visitar furtivamente el cementerio, y allí, á solas, de rodillas, llorar sobre la tumba de mi esposa y mi hija, léjos de ocurrirme ningun pensamien-

to filosófico, solicitaba á Dios, creia en todo lo que se deriva de la idea de la inmortalidad; y en el olvido de todo lo terrestre, en que me sumia el dolor, ponia el oido atentamente contra el tibio calicanto del sepulcro, creyendo percibir voces misteriosas que se escapaban de su invisible seno.... Asímismo, al desahogar mi dolor en himnos fúnebres, tales como *La Soledad del sepulcro*, *Lágrimas* y *Tu Sombra*, todos mis acentos, bien que profundamente dolorosos, eran de fe religiosa, de esperanza en una vida mejor, de confianza en la inmortalidad....Pero todo esto se desvanecia en gran parte cuando yo me entregaba, movido por la amargura del dolor, á cavilaciones puramente filosóficas. Me rebelaba mentalmente contra el Dios que me habia privado de mi felicidad, ó protestaba contra su Providencia interventora en las vicisitudes de la vida humana, y sólo reconocia el ciego, fatal é inexorable poder creador y modificador del dios Pan ó la Naturaleza....En aquellos momentos yo me burlaba de mí mismo ó de la credulidad del amante y poeta que habia en mí. Tal era el filósofo!

Un incidente muy extraño me ocurrió en la hacienda del *Chorrillo*, que servia de refugio á mi tristeza y mis congojas. Lo he referido por extenso en mis *Coincidencias* y mejor aún en un escrito intulado: *La mano de Dios*; por lo que solamente narraré aquí lo más sustancial.

Varias circunstancias que debo omitir, por no serme exclusivamente personales, exacerbaron mi dolor en cierto dia en que mi cuñado Emilio me hizo una visita y fuí luégo á llorar con él sobre la tumba de Elvira. Regresé al Chorrillo, ya entrada la noche, lleno de desesperacion y con la monstruosa resolucion de suicidarme. Todo lo preparé durante dos horas, escribiendo cuanto era menester, encerrado en un salon muy retirado, y al fin, cómodamente sentado, tomé las pistolas de don Pastor (el bondadoso hacendado que me favorecia con su generosa y cordial hospitalidad) y las monté para dispararme la una sobre el corazon y la otra sobre la frente...... Tres veces, al levantar las pistolas, oí que don Pastor me llamaba desde léjos, y hube de suspender la ejecucion de mi horrible designio. En la tercera, tuve que ocultar las terribles armas, que me fascinaban, porque álguien se acercaba en solicitud mia. Era don Pastor que me llamaba con urgencia.

¿ Para qué me necesitaba ? Para ver si yo podia salvar á un hombre, un pobre labriego á quien acababa de morder una culebra muy venenosa. El hombre se azotaba en el suelo, sobre un cuero de res, sufriendo atroces dolores....Inmediatamente me puse á curarle con el mayor interes, valiéndome del amoniaco, el rom y otros recursos, y á las dos horas el enfermo estuvo enteramente fuera de cuidado y durmiendo tranquilamente....

Creí entónces, sin vacilacion alguna, con toda mi alma, en la Providencia, viendo en el accidente ocurrido lo que llamé " la mano de Dios,"—mano invisible pero misericordiosa, que con un solo movimiento me habia salvado del horrendo y cobarde crímen del suicidio, me habia hecho salvar la vida del pobre labriego, y me hacia deducir esta consoladora conclusion que envolvia la más sencilla doctrina del deber :

" Jamas, en ninguna circunstancia, debe el hombre desesperar, ni ménos atentar contra su existencia, porque en todo momento, por desgraciado que sea, puede hacer algun bien á sus semejantes y servir á Dios "....

Este acontencimiento me hizo volver á la plenitud del *sentimiento* religioso ; sin que, por otra parte, mi espíritu aceptase los dogmas particulares de ninguna religion positiva, pues para esto era necesario que yo tuviera nociones claras sobre la materia, y todas las que habia bebido en los enciclopedistas franceses me mantenian en la mayor perplejidad.

Durante un mes de residencia en el Chorrillo volvió á mi espíritu la calma con la resignacion. Pero la vida en la ciudad me era odiosa, sobre todo en Ambalema, donde se habia consumado mi desgracia, y yo meditaba mucho sobre lo que me convendria hacer para reconstituir mi posicion social. La política me fascinaba y atraia siempre como una especie de fatalidad ó de vocacion inevitable ; pero yo queria mantenerme á todo trance independiente, sin volver á ningun puesto público, tanto por independencia de carácter (que en todo el curso de mi vida ha sido indomable cuando quiera que no se ha empleado conmigo la persuacion y la dulzura), como porque comprendia que el hombre que vive de empleos públicos se vuelve una especie de parasito de la sociedad, inepto para todo lo demas, y siempre pobre, angustiado y sujeto á humillaciones de conciencia. Pensaba,

pues, en dedicarme definitivamente al comercio, si hallaba una plaza conveniente para trabajar, ó en buscar un centro social muy importante donde poder ejercer con provecho y lucimiento mi profesion de abogado y cultivar mucho mi espíritu como literato.

Don Pastor Lezama, el bondadoso propietario del Chorrillo, me sacó de dudas con una proposicion muy aceptable. Era don Pastor hombre sencillo, pero muy entendido en los negocios, y aunque no sabia leer ni escribir manejaba con bastante habilidad su considerable fortuna. Habia quedado huérfano y sin amparo alguno á la edad de 13 años, y reduciendo á dinero para comprar herramientas la miserable herencia que le quedara (cosa de diez y siete pesos), se habia puesto desde entónces á desmontar tierra ajena y cultivar tabacó, en calidad de "arrimado" al *caney* de un arrendatario ó "cosechero." A fuerza de trabajo, economía y buenos negocios fué prosperando, y yá en 1852 tenia en tierras, ganados, casas, mercaderías, tabaco y tros valores un capital de más de $ 170,000.

Sin embargo, reinaba el mayor desórden en la hacienda de don Pastor, así por no haber método en los trabajos ni contabilidad racional, como por las dificultades inherentes á la falta absoluta de ilustracion del propietario y la supina ignorancia de sus dependientes. Tanto por distraerme con el trabajo como por corresponder con algunos servicios á las finas atenciones de mi buen amigo don Pastor, durante las semanas en que él me dió la hospitalidad me apliqué á organizarle su contabilidad, comenzando por hacerle un riguroso inventario de sus bienes, y á procurar que hubiese método y division acertada del trabajo, economía y regularidad en todas las operaciones de la hacienda. Don Pastor se sorprendió al saber cuán rico era y podia ser (no tenia familia, sino apénas su esposa) con sólo tener órden en sus negocios, y comprendió que éstos marcharian incomparablemente mejor al ser dirigidos con inteligencia, sustituyendo la rutina bárbara y el empirismo con trabajos enteramente metodizados.

Propúsome, en consecuencia, que me quedase en el Corrillo para encargarme: en primer lugar, de su contabilidad, correspondencia y caja; en segundo, de la redaccion de todos sus contratos y el manejo de sus asuntos jurídicos (á la sazon muy importantes y valiosos);

y en tercero, de ayudarle en las compras y ventas de mercaderías y de tabacos y en otras operaciones. En compensacion me ofrecia: la habitacion, los alimentos y los caballos necesarios para montar, y un sueldo eventual, calculado sobre las ventas de tabaco que ordinariamente hacia de los producidos en sus tierras, que no bajaria probablemente de $ 2,400 anuales. Pareciéronme muy equitativos estos términos, pero puse una condicion *sine qua non*: que don Pastor aprendiese conmigo á leer y escribir y á calcular conforme á los principios de la aritmética.

—Estoy yá muy viejo para aprender esas cosas, me dijo don Pastor.

—Nunca es uno viejo para adquirir conocimientos, le observé.

—Pero para mí seria dificilísimo, porque soy muy rudo.

—Le respondo á usted de que, sin dificultad, por un sencillo método de calcar y copiar, en seis meses aprenderá á escribir, y al mismo tiempo, sin caer en la cuenta, á leer. En otros seis aprenderá lo elemental de la aritmética.

—Sin embargo.. tengo mucha pereza de aplicarme á esos trabajos.

—Entónces no hay contrato posible.

—Por qué ?

—Porque para mí es cuestion de dignidad, delicadeza y áun reputacion. Yo necesito que usted fiscalice todos mis actos de correspondencia, contabilidad &ª

—¿ Para qué ?

—Para estar ménos expuesto á errores y poder mostrar, como garantía de mi honradez, la aprobacion *concienciosa* de usted.

—Usted gozará siempre de mi absoluta confianza.

—Lo creo; pero ademas necesito contar con la confianza justificada de la sociedad, que ha de verme manejando los muy considerables intereses y negocios de usted.

Don Pastor hubo de claudicar, porque fuí inflexible en mi exigencia. Celebrámos, pues, el contrato con la cláusula exigida por mí, y en consecuencia fuí á Ambalema á despedirme de mi familia y recoger mis libros, papeles y demas efectos de uso personal, así como á liquidar mis cuentas de asociacion con mis hermanos y

24

dejar en completo órden mis asuntos y los de la Jefatura política. Desde principios de Marzo me instalé definitivamente en el Chorrillo, y me entregué asiduamente á todos los trabajos que mi imponia mi nueva situacion.

Un gratísimo incidente sobrevino en aquellos dias. Manuel Pombo, que habia andado en negocios por las provincias que hoy componen el Estado de Antioquia, regresaba á Bogotá por la via de Manizáles y el páramo de Ruiz; me avisó de Lérida su llegada y fuí á encontrarle en las llanuras del camino. ¡ Cuán dulce desahogo no tuvo mi dolor al abrazar á Pombo, uno de mis mejores y más queridos amigos, y conversar largamente con él en mi nuevo domicilio y los campos circunvecinos! Pombo me llevaba, ademas de su querida persona, una preciosa carta de pésame de Gregorio Gutiérrez González, llena de tierna efusion y condolencia. Así, conversando los dos, Pombo y yo, y hablando de Gutiérrez, éramos como los tres juntos, y evocábamos todos los recuerdos amables de nuestra primera juventud. Pombo me hizo leerle unas cuantas de mis últimas poesías inéditas, entre otras la que acababa de escribir: *El Corazon humano*; y al separarse de mí dos ó tres dias despues me dejó más resignado que ántes. ¡ Cuánto no vale en el infortunio escuchar una voz amiga y hallar un corazon generoso que nos ayude á desahogar el dolor que nos atormenta!

Lo propio me aconteció con las numerosas cartas de pésame, de mis parientes y amigos, que por entónces recibí. Cada una de ellas me aliviaba, porque hacia surgir en lágrimas gran parte de la amargura que se habia concentrado en mi corazon, y en su lugar iban quedando la resignacion y la calma......

X.

VIDA CAMPESTRE.

Todas las semanas tenia yo que ir á Ambalema, siquiera una vez, por atender á los muchos negocios de don Pastor, ya interviniendo en sus contratos para redactarlos, y en las entregas de tabacos contratados, ya activando los asuntos judiciales pendientes; pero sufria mucho cada vez que iba á la ciudad, sobre todo al pasar

por delante de la casa donde habia fallecido Elvira, y nunca dejaba de visitar su tumba....

En el Chorrillo mis trabajos eran múltiples. Durante el dia, salvo algunos ratos de variadas lecturas, los que daba al baño, muy matinal, y una hora de siesta que me imponia frecuentemente el ardor del clima, todo mi tiempo pertenecia al despacho de los negocios de don Pastor, que siempre tuve al corriente con el dia. Jamas, desde mi primera juventud, he dejado nada atrasado, porque nunca he pospuesto para el siguiente lo que debia ó podia hacer en cada dia. Como madrugaba siempre á levantarme, entre las cinco y média y seis de la mañana, y ordinariamente me acostaba á las once, adquirí el hábito, que he conservado, de no dormir nunca más de seis horas. Tal vez la única cosa para la cual he tenido pereza es para acostarme, sobre todo cuando he tenido entre manos algun trabajo importante.

En el Chorrillo comíamos entre seis y siete de la tarde. Yo hacia en seguida ejercicio de una hora, ya fuese al rayo de la luna, ya en la oscuridad, paseándome lentamente por la limpia y extensa llanura, cubierta de fina grama, que se dilataba casi en torno de la casa; llanura muy poblada, pues donde quiera la salpicaban las casitas campestres de multitud de arrendatarios. Éstos, entre siete y ocho de la noche, habian regresado yá de sus *caneyes* ó establecimientos de cultivo de tabaco, y descansando de sus faenas frecuentemente se ponian á cantar, por pequeños grupos, en los patios ó á las puertas de sus casitas, al són de tiples y bandolas. Aquellos cantos, melancólicos ó alegres, y aquella música popular y sencilla, tenian siempre un sabor de originalidad y poesía rústica que me impresionaba. Miéntras que aquellas poesías rudimientarias herian los aires, yo, buscando algo en la sombra con los ojos del alma, ó en lo infinito de los cielos iluminados por la luna, iba siempre componiendo algo en prosa ó en verso; y al regresar á la casa me apresuraba á escribir aquello de que llevaba llena el alma.

Si la poesía me ocupaba por momentos, y sus inspiraciones quedaban consignadas en composiciones líricas y fragmentos de un poema á *Marquetá* (*) que despues publiqué en parte, mi tiempo era dedicado en la

(*) Nombre indígena de la antigua provincia de Mariquita.

noche principalmente á escribir mis "Apuntamientos para la historia." Yo habia buscado en la continuacion de esta obra un refugio contra la amargura de mis dolores y pensamientos, y escribia con teson. Por desgracia, esta considerable obra adoleció de un defecto capital: el de no contener citas de los documentos históricos en que yo apoyaba mis afirmaciones. Dependió esto de un desagradable percance que me ocurrió. Yo habia reunido, hasta Agosto de 1851, un considerable y precioso archivo histórico, compuesto de libros, opúsculos, periódicos, hojas sueltas y muy importantes manuscritos, y esperando salvar á Elvira y regresar luégo á Bogotá, dejé todos mis papeles en dos grandes cajas, confiadas á un deudo para que me las guardase como un tesoro. Pero un dia tuvo apuros de dinero, y en vez de ocurrir á mí para que le auxiliase, hizo lo que yo habia hecho en 1844 con las gacetas inglesas de la Biblioteca Nacional: vendió al peso mi precioso archivo, y me dejó privado de todos mis documentos de consulta.... Como yo los habia leido todos y tenia muy frescos los recuerdos, hube de escribir toda mi obra de memoria, y por lo mismo, con el gravísimo defecto de carecer de citas, siendo un libro histórico.

Otros dos defectos graves tuvo mi citada obra. Yo era muy jóven y bastante apasionado y ligero en mis juicios, bien que de buena fe en todo caso; y como mis principales lecturas habian sido de libros y periódicos franceses, estaba en cierto modo empapado en el estilo y la fraseología de los franceses, así enciclopedistas como contemporáneos. Quedó, por tanto, mi obra, plagada de galicismos, y en no pocas apreciaciones se resentia de parcialidad, de espíritu sistemático en el sentido liberal y de vehemencia excesiva.

Con todo, tomando en cuenta el modo y la edad en que escribí mis "Apuntamientos para la historia," he podido enorgullecerme algo de ella. Era un audaz y valeroso esfuerzo, y el primero que se hacia entre nosotros, de historia nacional *filosófica;* estaba escrita con sinceridad y vigor, con mucha soltura y método; contenia una multitud de retratos de personajes importantes, en los que éstos aparecian poco ménos que fotografiados, la mayor parte como por adivinacion; y habia en todas sus páginas un soplo de vida y libertad y una gran prueba de laboriosidad, propios para estimular á la juventud

neo-granadina á emprender trabajos intelectuales de importancia, en lugar de meras poesías líricas y artículos de costumbres ó de polémica de partido.

Por la naturaleza misma de mis quehaceres y por espíritu de observacion, me propuse hacer un estudio completo del tabaco, como elemento social é industrial; es decir, de las condiciones propias de la planta, la composicion de los terrenos, los modos de cultivo, las operaciones de aliño y comercio, las costumbres y condicion social de los cosecheros, la estadística del tabaco, y los medios que debian adoptarse para obtener los mejores resultados. A más de algunos artículos sueltos que publiqué en varios periódicos, el fruto de mis estudios salió á luz principalmente: en 1853, en una serie completa y metódica de artículos publicados en *El Vapor* de Honda, y años despues en un extenso escrito humorístico intitulado: *Viajes y aventuras de dos cigarros*.

A las veces, cuando me sentia muy cansado del trabajo mental y no habia cosa que hacer en el Chorrillo, tomaba mi escopeta y me iba á cazar á pié durante dos, tres ó cuatro horas. Casi siempre volvia á la casa cargado de torcaces y perdices, conejos y *guacharacas*, y en ocasiones con algun venado, porque aquellos campos, sobre todo las hoyadas montuosas, eran muy abundantes en buena caza. Muchas veces, en lugar de perseguirla, me detenia sobre algun peñasco, en algunas de las mesetas gramosas y cubiertas de olorosos bosquecillos que habia en medio de muchas hondonadas, convertidas en dehesas artificiales para la ceba de ganados, regadas por el tortuoso arroyo llamado "quebrada de la Joya" (la Hoya). Habia por allí muchos grupos de palmeras colosales, en medio de verdes, tupidos y olorosos pastales, donde se perdian de vista áun las más hermosas reses, hundidas entre la suculenta verdura; sobre las orillas de las barrancas que dominaban el húmedo vallecito, crecia una vegetacion florida y espléndida, de cuyo seno se escapaban con frecuencia ráfagas cargadas de exquisito aroma de la vainilla; y por todas partes, sobre un horizonte vastísimo y enteramente abierto, se ostentaba el cielo admirablemente azul y despejado. Yo me gozaba partucularmente contemplando, ya las rosadas ondas luminosas que en las madrugadas se desarrollaban á tres leguas de distancia, al oriente, sobre la azulosa serranía de Pulí y San Juan, la más occidental de la inmensa y

poderosa cordillera oriental de nuestros Andes; ya los encantadores arreboles del poniente, que coronaban por la tarde, en la hora deliciosamente melancólica del crepúsculo, las encumbradas cimas nevadas de la cordillera central, sobre cuyos helados desiertos descuellan los sublimes lomos ó cúpulas del *Huila* y el *Tolima*, del *Santa Isabel* y el *Ruiz*.

La contemplacion constante de la Naturaleza elevaba mi alma, encaminándola siempre hácia un ideal de inefable belleza; y al propio tiempo la vida noblemente libre, sana y laboriosa que vivia en el Chorrillo robustecia y vigorizaba todos mis miembros. Así mi envidiable salud física contrastaba con la profunda melancolía y los íntimos pesares que afligian mi alma....

Don Pastor se mostró rebelde á todo aprendizaje. No hubo forma de que recibiese ninguna leccion con seriedad ni quisiese aplicarse á trabajar con el lápiz y la pluma. Decia con frecuencia: "Lora vieja no aprende á hablar," y estaba convencido de la imposibilidad de aprender. Le cité el ejemplo de mi madre, en 1838, y me propuse demostrarle su error de un modo patente. Entre los arrendatarios vecinos de la casa se hacia notar por su buena conducta un mozo llamado Tiburcio Peña, como de veinticinco años, hombre rudo al parecer y excelente peon. Propúsele enseñarle á escribir y leer y se encantó con la idea. Todas las noches, á eso de las ocho, llegaba Tiburcio con sus planas, trabajadas en sus momentos de descanso, y yo le hacia las explicaciones del caso y le iba dando nuevas muestras sucesivamente,—de palotes diversos, partes ó rasgos de letras, signos ortográficos, números, letras enteras, sílabas, palabras y frases,—que él traslucia primero y copiaba despues, tomando por modelos sus propios calcados. Cuando yá fué haciendo letras, sílabas, palabras, &ª, le iba yo diciendo cómo se pronunciaba y qué significaba cada una de ellas; con lo que, al propio tiempo que aprendia á escribir dibujando caractéres, insensiblemente y sin disgusto ni fatiga aprendia á leer lo que escribia. Ello fué que el mozo aprendió á escribir en poco ménos de seis meses, bien que sólo podia disponer para ello de algunos ratos cada dia; y se creyó dichoso con tan ventajosa adquisicion. Pero nada valió esta prueba para don Pastor: ádmiró el hecho, pero persistió en mantenerse en su ignorancia, lo que me fué muy sensible, pues yo le estimaba mucho por sus exce-

lentes cualidades y le queria con verdadero cariño.

Mis sentimientos de filantropía, tanto como las tendencias de mi espíritu, que siempre me inclinaban á la universalidad, y la aficion que desde muy jóven habia tenido á ciertos ramos de la medicina, me movieron á ser en cierto modo el médico del Chorrillo y sus contornos. Las pobres gentes de por allí sufrian mucho, por falta de médico y medicamentos, cuando padecian algunas dolencias, porque éstas se agravaban, por incuria, hasta volverse incurables. Ademas, al saber que yo habia curado al hombre mordido por la serpiente, y despues á un muchacho de la casa que padecia de una grande y vieja úlcera en una pierna, los *chorrillunos* dieron en creer que yo era médico; y en esto se confirmaban, no obstante mis protestas, porque sabian que yo era doctor. Si *doctor* era, tenia que serlo de medicina y no de otra cosa, pensaban ellos. Ello fué que hube de volverme médico, por caridad y *malgré moi.*

Aconsejé á don Pastor que comprara un botiquin con los medicamentos más indispensables, á fin de socorrer en lo posible á los pobres labriegos y sus familias, y lo hizo con aquella generosidad que le era genial, de la que no pocos tunantes abusaban. Yo conocia recetas muy eficaces y el tratamiento conveniente, segun las circunstancias, para las enfermedades más frecuentes ó dominantes en el Chorrillo y sus contornos, á saber: las fiebres intermitentes y disenterias, las úlceras y las mordeduras de serpientes y picaduras de animales venenosos; y valiéndome del aguardiente, el amoniaco y el calomel, de la quina, el cedron y la ipecacuana, de la corteza de granada y la naranja agria, del limon, el ruibarbo, el aceite de almendras y el de palmacristi y otras pocas sustancias, lograba excelentes resultados. Ello fué que en año y medio curé cosa de trescientas dolencias, gratúitamente y mereciendo la gratitud de aquella pobre gente.

Año y medio pasé de aquella vida sana, laboriosa y apacible que reconfortó mi amor al trabajo, apaciguó mi alma, ántes tan turbada, y me dió fuerzas y brio para seguir mi camino por el mundo. Pero al cabo comencé á fastidiarme. Me hacia falta el trato frecuente de la gente culta, y me fatigaba la lucha constante con la ignorancia, la rutina y las costumbres viciosas de los cosecheros, así como con las mil dificultades puramente ma-

teriales de la vida campestre. Yo necesitaba otro campo de accion y otro horizonte, y sentia ya como una especie de nostalgia social. Así, acabé por proponer á don Pastor una reforma considerable de nuestro contrato, reduciéndome á prestarle mis servicios en Ambalema, como abogado, con un modesto sueldo fijo.

Un pleito muy valioso que le habian promovido á don Pastor por la principal de sus propiedades (que llegaron á valer $ 500,000), me obligó á trasladarme á Ibagué, capital de la provincia, donde residia el tribunal de apelaciones. Gané el pleito, y los intereses de mi cliente quedaron asegurados, teniendo yo ademas la ventaja de conocer aquella antigua ciudad, una de las más apacibles, pintorescas y simpáticas localidades de la República. Fuí allí muy bien acogido y querido, concebí cordial afecto por toda la sociedad ibaguereña y particularmente por algunas familias, y siempre he conservado muy gratos recuerdos de aquella tierra privilegiada, ciudad-huerto, jardin y vergel, donde todo es suave y pintoresco, todo risueño, perfumado y poético.....

XI.

NUEVAS TAREAS Y LUCHAS.

Ambalema crecia en 1853 rápidamente, y su prosperidad, debida al cultivo del tabaco, era asombrosa. De todas parte iban á establecerse allí comerciantes, médicos y abogados, especuladores de todo linaje y artesanos y agricultores; en todas las calles se construian nuevas casas sólidas, espaciosas y casi á prueba de fuego; nuevas casas comerciales emprendian negocios y hacian circular grandes caudales; la tierras duplicaban, triplicaban y quintuplicaban rápidamente de valor, y las que habian permanecido incultas eran desmontadas y convertidas en terrenos de labor ó en prados artificiales; los dos puertos de la ciudad sobre la márgen izquierda del Magdalena estaban siempre cubiertos de embarcaciones (champanes, canoas y balsas) para el abasto de víveres y el tráfico mercantil, y el radio de las relaciones de Ambalema se extendia no solamente á Bogotá, Honda, Medellin, Barranquilla y muchas otras plazas de la República, sino tambien á los mercados de Inglaterra y Alemania.

Yo trabajaba en Ambalema de diversos modos: ejercia mi profesion de abogado con crédito y provecho, trabajaba en negocios de comercio y compras, aliños y exportaciones de tabaco y cueros, y administraba un terreno que me habia vendido mi amigo Lezama, donde producian tabaco mis arrendatarios. Al propio tiempo continuaba yo mis trabajos de historia y literatura, y me ocupaba en la publicacion de mis *Apuntamientos*.

La gran reforma hecha en la Constitucion nacional por el Congreso radical de 1853, modificó profundamente las instituciones y ocasionó en toda la República un vasto movimiento electoral. Todas las provincias iban á tener sus Legislaturas y gobierno propio y á darse sus instituciones político-municipales; y por primera vez iban á funcionar en el pais el sufragio universal directo y secreto, la libertad absoluta de la prensa, la separacion del Estado y la Iglesia, y una extensa descentralizacion de rentas y gastos y de la autoridad en lo tocante á política, vias de comunicacion, instruccion pública y sistema tributario. Así los partidos políticos se preparaban á sostener una gran lucha en el campo electoral, y entretanto la sostenian vigorosamente por la prensa.

Ocurrió entónces por la segunda vez un fenómeno político que despues se ha repetido muchas veces entre nosotros. Así como en 1836 el partido liberal, sin contrapeso alguno, se dividió, y de la division surgió despues el partido conservador, formado por la fraccion liberal moderada, del propio modo en 1853, anonadado como estaba el partido conservador, el liberal —por exceso de fuerza y abuso de su preponderancia—se dividió entre liberales y radicales ó "draconianos," y "gólgotas," y la lucha se redujo á su competencia para elegir presidente de la República. Los liberales adoptaron por candidato, como era lógico ó inevitable, tal vez necesario, al General José María Obando, y los radicales al General Tomas Herrera, quien tuvo algun apoyo entre los conservadores.

Pero éstos, que estaban seguros de ser derrotados en la eleccion general, dejaron luchar entre sí á los partidos liberales, y se aplicaron de preferencia á procurarse algunos triunfos en la eleccion de Senadores y Representantes, de Gobernadores de las provincias y de Diputados á la legislaturas provinciales. Habia en esta

política verdadera habilidad, y el partido liberal, desmembrándose de un modo irremediable, iba á encargarse de facilitar á los conservadores el desquite de las derrotas sufridas desde 1848.

La lucha electoral fué sostenida por ambas partes con entusiasmo; pero éste, por desgracia, degeneró en espíritu de intriga y de fraude. Triste cosa es tener que reconocer que desde que comenzó á practicarse entre nosotros el sufragio universal, directo y secreto, los partidos políticos prostituyeron la institucion con numerosos fraudes. En la provincia de Mariquita, y particularmente en el canton de Ambalema, los conservadores dieron el ejemplo con fraudes de muchos miles de votos, ejecutados en Guayabal, Lérida, Ambalema y Venadillo, y los liberales trataron de imitarles en lo posible. Yo fuí candidato de los liberales para Senador de la provincia, y tambien para diputado por los cantones de Ibagué y Ambalema, y obtuve en las tres votaciones, con otros liberales, legítima y evidente mayoría; pero los tres mil votos falsos del miserable caserío de Guayabal nos defraudaron de la senaturía. Con todo, fuí elegido diputado á la Legislatura por el canton de Ibagué. Yá en 1852 habia sido elegido, por el distrito de Lérida, miembro de la Asamblea electoral del canton de Ambalema, y como tal. dí una prueba de honradez política que fué debidamente apreciada por mis constituyentes sufragantes. Éstos me dirigieron una carta en que me decian: "Hemos dado á usted nuestros sufragios, porque tenemos completa confianza en su carácter; pero le suplicamos que vote por el General Obando para Presidente de la República, porque todos nosotros somos *obandistas.*"

Yo era personalmente partidario de la candidatura del General Herrera; pero no titubée un momento: voté en la Asamblea, firmando mi voto, "por el General José María Obando, candidato de mis poderdantes"; y para todo lo demas voté por mis amigos políticos. Siempre he creido que así debe ser servido el pueblo en una república democrática, pues de otro modo se falta á la fidelidad debida á las mayorías legítimamente constituidas y no se *representa* verdaderamente á los que emiten el sufragio.

Hácia fines de 1853 me ocurrieron dos episodios muy curiosos y verdaderamente novelescos que bien

merecen especial mencion como rasgos característicos de nuestras costumbres. El uno fué mi intervencion en un Jurado criminal, institucion que se habia establecido desde 1851 en toda la República ; el otro, un duelo á pistola, sostenido con un abogado que figuraba en Ambalema como jefe de los conservadores. Dedicaré un capítulo particular al segundo de estos episodios, persuadido como estoy que el lector lo hallará un tanto interesante.

Yo habia vuelto á servir en el año de 1853, por condescendencia con el Gobernador de la provincia y con muchos amigos, la Jefatura política del canton. Un dia me separé del empleo, en uso de licencia por algunas semanas, obligado por la necesidad de atender á varios negocios privados que habia descuidado por el servicio público.

Hacia yá como dos ó tres dias que me habia separado de la Jefatura, y trabajaba asiduamente en mi cuarto de estudio compulsando varios documentos, cuando se presentó en casa una mujer. Era una " señora de medio pelo," segun la curiosa expresion popular, porque se hallaba, por su nacimiento, educacion y posicion social, en un término medio entre el " señorío " y " el pueblo ; " mujer blanca y bien parecida, como de ventiseis á ventiocho años, casada y que gozaba en Ambalema de intachable reputacion.

—¿ Puede usted hacerme el favor de concederme una audiencia ? me preguntó al entrar.

—Sin duda ; pero ahora mismo....

—Ah, señor ! perdone usted, pero el caso es urgente y necesito que sea al instante mismo.

—Senora, repuse, estoy ahora muy ocupado ; pero disponga usted de mí.

—Vengo á confiar á usted un gran secreto y pedirle un favor muy importante.

—Muy bien, repuse.

—¿ Está usted solo, señor doctor ?

—Sí ; puede usted decirme lo que tenga á bien, respondí,— no sin pensar : esto huele á novela ó cosa misteriosa.

En efecto, la pobre señora palideció y dejó ver que hacia un supremo esfuerzo de voluntad y sacrificio al ir á buscarme. Un momento despues me dijo, muy avergonzada :

—Señor, le tengo á usted por un caballero y hombre de corazon generoso.....

—Doy á usted las gracias porque me hace justicia.

—Vengo á poner en manos de usted mi reputacion y la honra de mi marido.

—Oh! eso es muy grave......

—¿ Conoce usted, señor doctor á N* N* ? (y nombré á un individuo de la misma clase intermédia que ella, muy conocido en la ciudad.)

—Cómo no ! Aun me ha desempeñado algunas comisiones en mis negocios, y le aprecio por su honradez y buen carácter. Así, tuve la mayor sorpresa al saber que le juzgaban por un grave delito, y encontrarle en la cárcel al hacer, como Jefe político, las visitas semanales.

—Tiene usted razon de estar sorprendido, porque N* N* es inocente.

—Ah! tanto mejor. No recuerdo qué hechos le incriminan......

—Le acusan, señor, de haberse robado unas joyas y alhajas, con efraccion y en altas horas de la noche.

—¿ Y quién es su defensor ?

—Nadie : él no ha querido defenderse. Ha preferido dejarse juzgar y echar encima una horrible mancha, por no probar la coartada y....por lo mismo, su inocencia.

—¿ Y porqué ha procedido así ?

—Por no deshonrar á una mujer que tuvo la debilidad.... de faltar gravemente á su deber.

—Ah ! y esa desgraciada mujer ?....dije poniendo en la mirada una interrogacion.

—Esa mujer, señor, quiere salvarle, y quiere expiar su falta pasando por la vergüenza de confesarla, me contestó la pobre señora agachando la cabeza, llena de rubor y con lágrimas en los ojos.

—Comprendo lo grave de la situacion, y estimo en todo su valor el paso que usted da para salvar al acusado. ¿ Pero qué pruebas se podrian producir en su defensa ?

—La más concluyente es imposible, porque ni N* N* quiere defenderse deshonrándome, ni me es lícito causar la desgracia de mi marido y entregarle á ser el ludibrio de la sociedad.

—Ah ! es decir....?

—Sí. La noche en que sucedió el robo, entre la

una y las dos, la pasó N* N*, desde las diez hasta las cinco de la mañana....en mi casa, estando ausente mi marido....

—Vamos! el caso es sumamente delicado. ¿Y quién y por qué ha podido incriminar á N* N*? pregunté con vivo interes.

—*Fulano*. Este hombre quiso cortejarme y le desdeñé. Estaba rabioso de celos, espió los pasos de N*, y por vengarse le fraguó una abominable trama. Él y un paniaguado y cómplice suyo, que son los verdaderos culpables del robo, han declarado contra N* y hecho declarar tambien á una sirvienta de la señora robada.

—Oh! qué abominacion!

—Así es, señor doctor. Le juro á usted, por lo más sagrado, que he dicho la verdad; y Dios me castigue terriblemente si en algo falto á ella......

Todo en el gesto y el acento de aquella pobre mujer tenia la expresion inequívoca de la sinceridad, realzada con la nobleza del sacrificio que hacia para expiar su falta. Permanecí pensativo durante algunos momentos, pero ella interrumpió mi meditacion diciendo:

—Ah! doctor.... ¿no tendria usted la generosidad de encargarse de la defensa del desgraciado N*?

—Aguarde usted, señora, la contesté, obedeciendo á una súbita inspiracion.

—¿Qué me dice usted?

—Dígame usted, señora: ¿sus criadas vieron á N* en casa de usted?

—Sí señor, me contestó ruborizada.

—¿Cómo se llama la cocinera?

—Pastora.

—¿Y la otra criada?

—Mariana. Mi cocinera abrió y cerró la puerta; y.... creo que la otra sospechaba algo.

—Bien. Retírese usted, por ahora, la dije, sin regresar á su casa, y vuelva á verse conmigo dentro de dos horas.

Inmediatamente tomé mi sombrero y mi baston, y miéntras que mi interlocutora se encaminaba hácia la plaza, me dirigí rapidamente hácia la casa de ella, situada en el barrio de Campoalegre. En breve llegué á la puerta, entré con precaucion é hice llamar á la Pastora, haciendo que la otra se retirase. Cuando estuvimos solos dije:

—Necesito averiguar ciertos hechos que interesan á la autoridad.

—Mi señora está en la calle....

—No importa. Es con usted que necesito entenderme.

—Mande lo que guste el señor *político* *.

—Haga usted la señal de la cruz, y jure decir verdad en lo que se le pregunte.

La mujer obedeció sin titubear, pero asustada, y yo la interrogué bruscamente sobre los hechos que su ama me acababa de revelar. Sorprendida por extremo, me lo confesó todo, confirmando la narracion, y yo la recomendé que guardara un silencio absoluto por amor y consideracion á su ama. Otro tanto hice en seguida con la otra criada, y saqué en limpio que ésta sospechaba con fundamento lo que habia pasado.

De la casa de Campoalegre me dirigí, atravesando casi toda la ciudad, á la cárcel. Hice que el Alcaide llamara á N* N* al postigo interior, y hallándome á solas allí con el preso le dije:

—¿ Con que.... todavía está usted preso ?

—Sí, señor doctor : la causa sigue adelante, me contestó.

—¿ En qué estado ?

—Dentro de poco reunirán el Jurado para juzgarme.

—¿ Quién le ha defendido á usted ?

—Nadie ; sólo mi conciencia y Dios.

—¿ Es usted inocente ?

—Absolutamente inocente de lo que me imputan.

—¿ Por qué no se defiende usted ?

—Porque no puedo.

—¿ Y por qué no puede ?

—Porque.... ah ! señor doctor.... porque no puedo ni debo defenderme.

—Yo sé el motivo.

—Nadie puede saberlo, me replicó sin titubear, pero dejando ver en su semblante una expresion como de inquietud.

—Yo sé dónde pasó usted la noche cuando se hizo el robo.

—Fuera de mi casa, es verdad.

(*) Nombre abreviado que daba el vulgo al Jefe político.

—En casa de.... *Fulana.*

—Doctor! doctor! no diga usted tal cosa, por Dios! Esa señora es mujer honrada, y yo no tengo ningunas relaciones con ella.

—Usted falta á la verdad por lealtad hácia *Fulana.* Ella acaba de confesármelo todo.

El buen hombre inclinó la frente y exclamó:

—Mujer generosa! Dios mio! ¿ Y qué se propone ella con sus revelaciones?

—Salvarle á usted.

—Cómo?

—Persuadiéndome á que le defienda..

—Señor doctor: si para defenderme ha de ser necesario que yo revele ese secreto, prefiero ser condenado y deshonrado!

—Lo sé, y hace usted bien. Así procede un hombre de corazon! Yo haré cuanto pueda por salvarle á usted, sin que se descubra.... el terrible secreto.

—Dios le pagará á usted su generosidad, señor doctor.

Pocos minutos despues volvia á mi casa la mujer del misterio.

—¿ Qué ha resuelto usted, señor doctor?

—Es imposible la defensa pública y directa; pero yo emplearé otros medios eficaces y haré cuanto pueda para salvar á N*

—Ah, señor! bendita sea su buena voluntad!

—Pero es con una condicion.

—Mande usted, señor doctor.

—Inmediatamente procurará usted inducir á su marido á mudar de domicilio, y usted jamas volverá á verse con N.*

—Se lo juro á usted, y tal era precisamente mi propósito! No he caido por corrupcion sino por debilidad; estimo á mi marido, deseo librarme de una situacion peligrosa que él, por fortuna, ignora, y quiero expiar mis faltas con una vida retirada y virtuosa.

Me puse á meditar en lo que haria y al dia siguiente me fuí al Juzgado del circúito, con pretexto de informarme del estado en que se hallaban algunos de mis asuntos judiciales. Era juez un jóven doctor Abadía, y su secretario don Martin Otero, socorrano, hombre muy inteligente y travieso y que habia sido mi secretario en

la Jefatura política. Con maña dí lugar á que se hablara de jurados, y entónces, aparentando indiferencia, dije:

—Cosa curiosa! he sido uno de los promotores de la ley sobre jurados, y hasta ahora nunca me ha *favorecido* la suerte....

—Pues cuando usted quiera ser jurado, es muy fácil conseguirlo.

—¿Sin contar con la suerte?

—Bah! es tan sencillo poner encima de todas las papeletas del sorteo la que contenga el nombre de usted....

—Pero así no hay verdadero *sorteo*.

—¿Y cree usted que no hay muchos por el mismo estilo?

—Es curiosa nuestra administracion de justicia!

—Justamente dentro de dos ó tres dias habrá que hacer un sorteo.

—Para quién?

—Para N* N*

—¿Por qué delito le juzgan?

—Por robo nocturno con efraccion.

—Diantre! mal estreno tendria yo con un ladron!

—Vamos! ¿quiere usted ser *sorteado*?

—Pues no dejo de tener curiosidad de entervenir en algun Jurado.

—Entónces... lo dicho..

—Bueno, don Martin; haga usted lo que guste.

En efecto, la *suerte* me *favoreció*, segun la diligencia de sorteo, y fuí miembro del Jurado que debia fallar en la causa de N* N*

Reunióse el Jurado, se leyó el proceso, y en seguida el Juez proguntó si alguna de las partes tenia algo que producir. Como ambas á dos renunciaron á este derecho, yo pedí que se llamase de nuevo á los testigos que figuraban en la causa, y ademas á los sirvientes de la dueña de las joyas y alhajas robadas. Cuando todas estas personas estuvieron presentes exigí que permaneciesen en una pieza contigua para irlas interrogando una á una. Así se verificó, y sucesivamente las hice preguntas muy apremiautes sobre las personas, la preexistencia y naturaleza de los objetos robados, el modo de la efraccion, la hora de cada hecho, la razon del dicho de cada uno, los antecedentes del delito, y cuantas circunstancias podian esclarecer todos los hechos. El re-

sultado de mi interrogatorio y de las respuestas de los declarantes fué un cúmulo de vacilaciones, de discordancias, de dudas y áun contradicciones que le dieron al asunto aspecto bastante diferente del que habia tenido. Resultaba comprobado, ademas, que la conducta del reo habia sido intachable hasta el dia de ser procesado, así como durante su detencion.

Al cabo interrogué al reo.

—¿Persiste usted en afirmar que no es responsable del delito por el cual se le juzga? le dije.

—Sí, señor. Juro ante Dios que me ha de juzgar, que soy inocente.

—Pero usted habria podido pobrar su inocencia, si ésta es positiva.

—No sé cómo, señor.

—Probando que usted no pudo estar en el lugar donde se cometió el delito.

—No estuve allí, ni en mi casa.

—¿En dónde estuvo usted miéntras se cometia el delito?

—No puedo ni debo decirlo.

—Sin embargo, en ello estriba la defensa de usted.

—Entónces......prefiero ser condenado.

No habiendo otras preguntas qué hacer, el Juez dió la palabra al Agente del ministerio público, quien sostuvo la acusacion, pero concluyó pidiendo se calificase en 2.º grado la responsabilidad del acusado.

—El acusado tiene la palabra, dijo el Juez.

—Renuncio el derecho de defenderme, contestó el acusado.

—¿Ni admite usted un defensor?

—No, señor.

—Entónces el debate está terminado, y los señores jurados se servirán pasar á la sala de sus deliberaciones.

Nos quedámos á puerta cerrada, y me nombraron en seguida presidente del Jurado. Invité á los cuatro cojurados á emitir concepto, y uno de ellos, hombre honradote, pero rudo y de pocos alcances, dijo:

—Es doloroso tener que condenar á un hombre que habia sido hasta ahora honrado, trabajador y de buena conducta; pero todo me parece probado, y me inclino á que sigamos la opinion del Fiscal.

—El empeño con que el reo se ha denegado á ex-

plicarse y defenderse, dijo otro de los jurados, es la prueba moral de su culpabilidad.

Otro de aquéllos guardó silencio, mostrando su conformidad con un gesto de aprobacion.

El cuarto, que era un militar retirado, sujeto muy perspicaz y justiciero, dijo:

—Yo declaro que no las tengo todas conmigo. Si yo hubiera de fallar conforme al expediente, votaria por la condenacion; pero mi juicio ha comenzado á vacilar despues de oir las declaraciones dadas en nuestra presencia. Creo que los testigos no están muy de acuerdo, y que en este asunto hay un misterio......

—Oigamos la opinion del señor Presidente, observó el jurado que habia guardado silencio.

Invitado á exponer mi juicio, dije:

—Señores, ántes de manifestar todo mi pensamiento, ruego á ustedes tengan la bondad de contestarme esta pregunta, con absoluta franqueza: ¿Si en cualquier asunto asegurase yo á ustedes algo bajo mi palabra de honor, no teniendo ustedes pruebas irrefragables en contrario, me darian entero crédito?

—Sin duda! contestaron en coro.

—Pues bien, señores: yo aseguro á fe de hombre de bien y por el honor de mi vida, que el acusado es inocente del crímen que se le imputa; y pido á ustedes que, confiando en mi palabra y en la *seguridad* que tengo de lo que afirmo, den todos un voto absolutorio.

Todos se quedaron asombrados y por algunos momentos guardaron silencio. Luégo uno de los jurados dijo:

—Creo que interpreto con mi sentimiento el de mis compañeros, declarando que en un asunto privado no titubearíamos un momento en acceder á una exigencia fundada en la sola palabra del señor Presidente. ¿Pero qué podremos hacer contra las pruebas del proceso, que son concluyentes?

—¿Podria el señor doctor explicarnos el fundamento de su afirmacion tan absoluta? añadió otro.

—Puedo y no puedo. Voy á referir á ustedes lo que me ha sucedido; pero ocultaré todo nombre y toda circunstancia que hagan descubrir lo que debe permanecer secreto.

Entónces narré todo lo que habia acontecido, é hice ver que yo habia procedido secretamente como un

juez. Prometí, ademas, poner luégo de mi parte todo esfuerzo para que se descubriese á los verdaderos culpables; afirmé que en el proceso habia por lo ménos tres testigos perjuros; encomié la imponderable generosidad del acusado, y la abnegacion de la mujer que habia procurado salvarle; y pedí que, á más de contestar afirmativamente á la primera pregunta: "¿Se ha cometido el delito definido en el artículo....(tal) del Código penal?", y negativamente á la segunda: ¿"N* N* es responsable de esta infraccion?" excitase el Jurado al Juez á iniciar nuevo sumario para averiguar quiénes eran los culpados, y si se habia cometido ademas el delito de perjurio.

Es de creer que me expresé con alguna elocuencia y que todos mis compañeros de Jurado eran hombres de corazon, porque al concluir yo mi exposicion ó alegato todos dijeron con entusiasmo: "Votemos pues, por la absolucion!"

Cuando se abrieron las puertas y notifiqué el veredicto del Jurado, el Juez y el Fiscal se mostraron como asombrados, al propio tiempo que en la fisonomía del reo se pintó una expresion inefable de gratitud y satisfaccion. Una hora despues conferencié con el Juez y le hice las indicaciones convenientes para iniciar el nuevo sumario. Antes de veinte dias estuvo plenamente comprobado que los autores del robo (con la complicidad de la criada de la señora robada) eran precisamente los que habian figurado como testigos contra N * N*. Y en tanto que por este lado se desenlazaba el drama conforme á la verdad y á la justicia, la esposa culpada que habia salvado con sus revelaciones á su amante, se alejaba de Ambalema con su marido, cuya honra, por rara fortuna, habia quedado intacta, á pesar de muchas cavilaciones sobre el misterioso proceso.

XII.

MI SEGUNDO DUELO.

Yo he publicado, con epígrafe distinto del de este capítulo una curiosa narracion del duelo que tuve en Ambalema en 1853. Nada mejor puedo hacer que reproducir aquí aquel relato, modificando solamente algo de la redaccion, para que mi exposicion sea hecha hablando en primera persona. En cuanto á los nombres de los

individuos que figuráron en el episodio, he creido que la generosidad exigia reducir á pseudóminos los de aquellos que hacen en la historieta un papel indigno y vergonzoso. En lo demas, no creo ser indiscreto al publicar bajo una forma personal este episodio, —ya porque el hecho fué un lance muy importante de mi vida, ya porque es interesante como rasgo típico de las costumbres de una época y de un grupo social.

Por los años de 1852 á 1859 la ciudad de Ambalema era centro de un considerable movimiento agrícola y comercial. Con tal motivo afluian allí, ávidos de especulaciones y riquezas que fácilmente se improvisaban, muchos hombres laboriosos, hijos de lejanas comarcas, y con ellos no escaso número de tunantes ó individuos de poca ó ninguna moralidad, cuyo propósito era enriqueserse de cualquier modo, sin escrúpulo alguno.

Entre los *inmigrantes* que procedian de una de las provincias limítrofes figuraba en Ambalema el doctor Fídolo Pinto, jóven abogado, desterrado de su suelo natal por más de una fechoría, pero tan activo, habilidoso y artero en los negocios y las relaciones sociales, que á poco de llegar á la ciudad marquetana se habia procurado una posicion importante, mal grado la pobreza en que poco ántes se hallaba.

Difícil hubiera sido hallar un hombre más aparentemente simpático, más seductivo, sobre todo para los hombres, que el doctor Pinto. Apénas sí frisaba en los veinticinco años, y era de buena talla, delgado, de rostro casi lampiño, sombreado solamente por un gracioso y fino bigote. Como éste, sus cejas y cabello eran muy negros; su rostro, bien ovalado, tenia no sé qué de suave y femenino, con una blancura mate muy simpática. Mostraba siempre las manos limpias y delicadas; la sonrisa de sus delgados labios era casi perpetua y en todo caso amable; y sus ojos, bajo unas cejas finamente delineadas, eran grandes, muy negros, hermosísimos por sus largas y sedosas pestañas, y singularmente acariciadores, por lo que de ordinario seducian. Añádase á todo esto que Pinto tenia la voz de timbre suave, el andar mesurado y silencioso, y las maneras corteses, y se comprenderá la facilidad con que se ganaba simpatías y se habia creado en pocos meses una posicion ventajosa.

Inspiraba confianza á los hombres de negocios y particularmente á las gentes sencillas, y en breve, inqui-

riendo todo lo que podia ser materia de pleitos, principalmente por la propiedad y posesion de tierras cultivables, se habia granjeado, como abogado, numerosa y bien lucrativa clientela. A poco se fué mezclando tambien en todos los asuntos municipales y políticos, y no tardó en ejercer sobre los jueces y concejales de la ciudad influencia irresistible.

La Naturaleza y el Diablo le habian favorecido á porfía: la Naturaleza, dándole facciones, voz y modales instintivos sumamente propios para seducir; y el Diablo, enseñándole el consumado arte de disimular y fingir, ó sea de mentir con suavidad y decoro, é inspirándole la más calculadora codicia y la más refinada hipocresía. En su amabilidad todo era mentira y falsedad, y dentro de su belleza física no habia sido fealdad moral. Pinto era una especie de pantera sin garras, que ocultaba su carácter felino bajo una suave piel de cordero; —hombre capaz de toda indignidad con tal de poder disimularla, y que habria hecho uso del veneno inmediatamente despues de sobarse las manos con aire compungido.

Un tio de Pinto, don Sebastian Escobar, se habia establecido tambien en Ambalema, fundando una casa comercial, y su sobrino era su hombre de confianza y en mucha parte el gerente de sus negocios, amén de su abogado y consejero; y así tenia que ser, porque don Sebastian, si bien era trabajador y activo para los tratos, no tenia la instrucion y cultura necesarias para trabajos de escritorio.

Yo soportaba con filosofía las tristezas de mi precoz viudez, entregándome exclusivamente al trabajo intelectual, al estudio y áun al servicio del público gratúitamente, con verdadera entereza de alma. En el año á que me refiero servia sin sueldo alguno la Jefatura política del canton otra vez, como llevo dicho, y hacia todo el bien posible, áun con detrimento de mis intereses.

El doctor Pinto se habia constituido en mi antagonista, y no solamente procuraba hacerme oposicion en el Cabildo de la ciudad, sino que, apelando á intrigas de muy baja ley y á fraudes electorales, habia logrado establecer su dominio sobre los jueces, y por medio de éstos hacia la guerra, no tan sólo al abogado de quien era émulo envidioso, sino tambien al magistrado. Pero yo miraba con desden las intrigas y maniobras de Pinto,

y pensando apénas en cumplir con mi deber me cuidaba poco de los manejos de mi adversario.

Acaso este desden habia estimulado á Pinto á llevar adelante sus hostilidades hasta lo personal, á tal punto, que no tardó en promover por mano tercera un pleito contra mis intereses particulares y los de mi hermano Silvestre. Pero si yo tenia que respetar mi posicion de magistrado, y por lo mismo tolerar la hostilidad de Pinto, Silvestre no estaba en el mismo caso. Era éste un jóven puntilloso, ágil, esforzado y que aguntaba pocas pulgas, y se habia jurado á sí mismo darle algun dia su merecido al intrigante y codicioso Pinto, si éste se propasaba en sus hostilidades.

Llegó la oportunidad de ejecutar esta resolucion, proporcionada por un lance repentino. Un dia que Pinto, pasaba por una de las calles mercantiles de la ciudad, tropezó con Silvestre y éste se le plantó delante diciéndole :

—Eh ! doctor *codicia!* á un lado !

—La acera es mia, dijo Pinto.

—¿Y qué importa? la cortesía no habla con los bribones.

—Usted me insulta !

—Yá! así parece.

—Pues me la pagará!

—Vaya ! podemos arreglar la cuenta ahora mismo.

—¿En dónde?

—Donde usted quiera.

—Pues vamos.... al cementerio !

—Sobre la marcha.

Y al punto los dos jóvenes se encaminaron, por dos calles diferentes, hácia el norte de la ciudad, en cuyos afueras estaba situado el cementerio.

¿De qué modo ó con qué armas iban á batirse? Segun toda probabilidad, el combate habia de ser un rudo pugilato á usanza de la tierra, del cual sólo resultarian magulladuras y bocas y narices reventadas ; y en semejante lucha, la ventaja aparente estaba de parte de Pinto, mucho más corpulento y robusto que mi hermano. Pero éste, que, como he dicho, era muy ágil, sabia *luchar* desde niño á la manera de los neivanos, y entendia mucho de *echar zancadillas*.

Hallábame en mi despacho de la Jefatura, cuando me avisaron lo ocurrido momentos ántes con mi herma-

no, y al punto corrí á buscar á don Sebastian, el tio del doctor Pinto.

—Señor don Sebastian, díjele al verle: su sobrino de usted y mi hermano acaban de tener una reyerta, y se han ido á combatir, no sé de qué manera. Puede ocurrir una desgracia, y en todo caso esto es un escándalo. Yo no puedo interponer mi autoridad simplemente, por delicadeza; pero si voy junto con usted la cosa es diferente. ¿Quiere usted acompañarme á impedir la riña?

—Con mucho gusto, señor doctor, y agradezco su delicado proceder, contestó don Sebastian.

—Pues vamos corriendo!

—Vamos!

Fuímonos lo más apriesa posible, y en pocos minutos recorrimos las siete ú ocho cuadras que habia de distancia del centro de la ciudad al cementerio.

Al volver un recodo del camino, alcanzámos á ver, detras de un grupo de hobos y ciruelos, las figuras de los contendientes, y por cierto que el momento era crítico. El doctor Pinto se acababa de levantar del polvo del camino, todo cubierto de tierra, desmelenado, sin sombrero, con los vestidos rotos y en lamentable situacion, y lleno de ira y de humillacion se abalanzaba, armado de un agudísimo puñal, sobre Silvestre. Éste, que no tenia más armas que sus brazos, al ver brillar el puñal de su adversario habia desgajado prontamente una rama de ciruelo, árbol muy frágil, y en la actitud de un combatiente armado de maza aguardaba á su enemigo, situado en la mitad del camino, para descargarle un golpe formidable y preservarse de una puñalada mortal.

Hé aquí lo que habia sucedido pocos minutos ántes:

Silvestre, á medida que marchaba hácia el sitio de la lucha, se habia ido despojando de su levita y chaleco de dril de lino, y al detenerse su enemigo los habia arrojado al suelo con su sombrero. Pinto, al verle así medio desnudo, le halló más delgado y pequeño, y como él era alto, fuerte y de vigorosa musculatura, y ademas tenia en el bolsillo un puñal de que jamas se deshacia, mantuvo sobre sí todos sus vestidos, desdeñó á Silvestre y creyó poderle demoler el pecho y las espaldas á puñetazos. Situóse, pues, sólidamente aguardando el ataque de mi hermano, y éste hubo de tomar la ofensiva.

Pero el jactancioso doctor no contaba con la agilidad y el arrojo de Silvestre. Éste saltó encima de aquél como un gato, y al caer sobre su enemigo, en vez de presentarle el cuerpo en toda su longitud, se abalanzó de bruces sobre las piernas de Pinto, le echó una violenta ZANCADILLA y le arrojó á tierra; y teniéndole así tendido largo á largo, le dió tan descomunal trilla de puntapiés que le dejó todo estropeado.

Vestido como estaba, Pinto no habia podido ni moverse siquiera con alguna libertad para defenderse, y aunque pensaba en su puñal para dar desde el suelo una puñalada á Silvestre, no topaba con el arma. Con la caida y la subsiguiente trilla, el puñal se habia salido del bolsillo, dentro de su vaina, y yacia invisible entre la arena amontonada en la refriega.

Al cabo Silvestre satisfizo su cólera, y poniendo fin á la contradanza de puntapiés que bailaba encima del falso discípulo de Témis, se apartó de éste y le dejó resollar. Incorporóse Pinto con dificultad, bramando de humillacion, con los labios crispados, la mirada vidriosa, casi lívido el rostro, el cabello y los vestidos cubiertos de tierra y todo el cuerpo magullado, y al ir á ponerse en pié alcanzó á ver su puñal en el suelo. Cogiólo al punto, y enderezándose con rapidez, movido por la ira más que por sus embotados músculos, se abalanzó sobre Silvestre. Dió éste dos ó tres saltos hácia la orilla del camino, y tuvo la feliz inspiracion de desgajar la rama de ciruelo para defenderse.

En aquel momento llegámos, como he dicho, don Sebastian y yo.

—Ah! exclamó Pinto al vernos; ya viene el Jefe político á proteger con su autoridad á su hermano y llevarme á la cárcel!

—Se equivoca usted, doctor Pinto, respondí, profundamente herido en mi dignidad: no soy capaz de semejante bajeza.

—¿Y entónces á que viene usted?

—Su tio de usted podrá explicárselo.

—Efectivamente, dijo don Sebastian, hemos venido por iniciativa muy delicada y noble del señor doctor Samper, á impedir una riña desgraciada entre ustedes y un escándalo para la ciudad.

—Pero llegaron demasiado tarde! observó Pinto con acento de cólera reconcentrada.

—O acaso ántes de tiempo, añadió Silvestre, con tono burlon, mostrando su gajo de ciruelo y el puñal de Pinto.

—Esto es una alevosía! exclamó el magullado buscapleitos.

—¿Alevosía de quién? pregunté.

—De los que hacen gavilla contra mí.

—¿Y quiénes son los gavilleros? torné á decir, sériamente indignado.

—Usted y su hermano! repuso Pinto.

—Ah! eso no lo tolero! exclamé. Si usted no retira esa palabra, la cuestion será conmigo!

—¿Y qué hay con eso? no la retiro.

—Es usted un miserable!

—¿Yo miserable?

—Y villano y cobarde, puesto que vino armado de puñal.

—Y usted es....

—Silencio! no hay más que hablar. ¿Será usted capaz de aceptar un lance como caballero?

—Nada temo.

—Pero lo quiero á muerte!

—Estoy pronto.

—Prepárese usted, pues, y hasta luégo.

Mi hermano y yo nos despedímos cortesmente de don Sebastian, volvímos la espalda á Pinto sin mirarle, y nos encamináмos hácia nuestra casa de habitacion.

Inmediatamente hice llamar al ciudadano que era mi suplente en la Jefatura política y le dije:

—Mi amigo, tengo imperiosa necesidad de separarme por tres dias, ó acaso más, de la Jefatura; hágame usted el favor de encargarse de ella.

—Como usted mande, contestó el suplente, y recibió la nota oficial del llamamiento.

Una vez desprendido de mi autoridad, me fuí á casa del Comandante don Antonio Rubio Frade, amigo mio y muy hidalgo, le referí lo ocurrido y le pedí el servicio de manejar el asunto como testigo.

—Está bien, dijo el Comandante: usted tiene la razon y está en su derecho; cuidaré del honor de usted como del mio propio. Y se fué al punto á proponer el duelo.

Média hora despues el Comandante entraba en casa y al sentarse me dijo:

—Está aceptado el duelo y escogida la pistola como arma.

—Muy bien. ¿Y para cuándo?

—Para mañana, porque yá hoy es tarde.

—Bueno; tendré tiempo de hacer mi testamento y escribir algunas cartas.

—¿Quiere usted tambien ensayarse algo en el tiro?

—No. A propósito: ¿á qué distancia debemos tirar?

—Será á quice pasos por la primera vez, á doce en la segunda y á diez en la tercera.

—Bueno. Pero....olvidaba preguntar á usted....

—¿Por las pistolas? Mr. Crostwhaite tiene unas excelentes que nos prestará: ni usted ni Pinto las conocen.

—Bueno; pero mi pregunta era otra.

—Diga usted.

—¿Quién es el padrino de Pinto?

—El doctor Dussan.

—Dussan! Oh! pero ese mozo es mi enemigo personal y es un canalla!

—Así lo creo, repuso el Comandante; y justamente observé á Pinto que, siendo su padrino enemigo notorio de usted, por causa de aquella multa....no podria ser testigo ó padrino imparcial.

—¿Y qué respondió?

—Que no se batiria si no tenia por padrino á Dussan.

—Está bien. El padrino y el ahijado son de la misma ralea; mas yo acepto al uno, como si fuera hombre de honor, con tal de poder matar al otro.

Al dia siguiente yo estaba enteramente listo; habia pasado la noche escribiendo, pero despues habia dormido en mi hamaca muy tranquilamente durante el dia.

El Comandante Rubio me halló durmiendo, á eso de la una de la tarde.

—Doctor, me dijo: Pinto ha pasado el dia tirando al blanco, y esto puede ser grave.

—En efecto, él tira *al blanco* porque lo negro y lo blanco se excluyen.

—¿Y está usted para equívocos?

—¿Por qué nó? Saldré bien del lance: mi confianza es absoluta, y sólo me apena la idea de matar á un hombre, siquiera sea un bribon. (1)

(1) Sea dicho de paso que en el Chorrillo me habia ejercitado yo con frecuencia en el tiro de pistola.

—La confianza es una gran ventaja, porque da sangre fria, pulso firme y buen ojo.

—¿A qué hora partiremos?

—A las cuatro.

—¿A qué sitio?

—He sospechado mucho de la lealtad de nuestros adversarios, respondió el Comandante; y temiendo una celada no he querido que designásemos el sitio del combate.

—¿Y entónces?

—Iremos, por distintas vias, á reunirnos en el corral de piedra del *Alto*, y allí se designará el lugar.

—Muy bien pensado.

Dos horas despues el Comandante y yo montábamos á caballo y tomábamos, como de paseo, una calle enteramente opuesta á la que conducia hácia el *Alto*; dimos un hábil rodeo y á poco llegámos al corral.

El *Alto* es una colina que domina la ciudad por el lado occidental; en la cumbre habia una gran casa pajiza que servia de fragua ó herrería, y al lado un corral de cercos de piedra, sombreado por el espeso follaje de tres ó cuatro cauchos. A la sombra de éstos, dentro del corral, nos apéamos, y aguardámos, sin ser vistos desde el camino, á que llegasen los adversarios. Algunos minutos despues aparecieron éstos, subiendo cautelosamente por enmedio de altos matorrales que cubrian la falda de la colina.

Los dos pares de adversarios nos saludámos cortesmente, y en seguida Dussan (novel doctor en medicina que gozaba en Ambaléma de la peor reputacion posible; bien merecida, por cierto) llamó al comandante Rubio hácia una extremidad del corral, donde la cerca daba contra un tupido bosque de árboles y espesos matorrales.

—¿Dónde le parece á usted bueno, señor Comandante, que se verifique el duelo?

—Lo más léjos posible, y en sitio solitario á cubierto de la curiosidad.

—¿Y por qué no aquí mismo? Este corral, como usted ve, es espacioso, de terreno igual, y está solitario y bien sombreado.

—Pero está á la orilla misma de la ciudad y al lado de esa herrería. Al primer tiro tendríamos muchos curiosos encima y habria que suspender la operacion.

—¿A dónde iremos, pues?

—Propongo el llano del *Tachuelo.*

—Oh ! está muy léjos ! dijo Dussan.

—Bah ! unos veinte minutos de marcha ; poca cosa, puesto que iremos á caballo.

—¿ Con que....el llano del *Tachuelo*, dice usted ? repuso Dussan en alta voz.

—Chit ! no hay que gritar ; pudieran oirnos.

—Quién ? por aquí no hay gente.

—¿ Estamos, pues, convenidos ?

—Sí ; *al llano del Tachuelo !* añadió Dussan, alzando otra vez la voz.

– Marchemos ! repuso el Comandante.

Al punto los cuatro volvimos á montar. Cuando pasámos por delante de la herrería, sonaban los martillos á compas sobre el yunque, y el sol, amarillento y tibio, doraba con melancólicas tintas las copas y los troncos de los numerosos árboles y grupos de arrayanes que orillaban por ambos lados el camino. Habia no sé qué de lúgubre en aquel acompasado martilleo de la fragua, y no sé qué de fúnebre en la iluminacion que producia el sol poniente....

El Comandante y yo íbamos adelante, al paso regular de nuestros caballos, y detras, á corta distancia, Pinto y Dussan. A los veinte ó veintidos minutos llegámos al llano del Tachuelo, y en breve, á indicacion del Comandante, nos internámos hácia la derecha, por una senda bien sombreada. Caminámos cosa de cien metros, y nos detuvimos en una especie de plazoleta como de cuarenta metros de longitud y treinta de anchura, rodeada por una circunferencia de árboles (hobos, guásimos, diomates y capotes) y un espeso muro de arrayanes y arbustos, y cubierta de verde y fina grama ó pasto *teatino.*

—Este sitio está como mandado hacer, dijo el Comandante parando su caballo.

—En efecto, no puede ser mejor, añadí, echando pié á tierra.

—¿ Nos apeamos, pues ? preguntó Dussan.

—Está visto, respondió Rubio.

Todos arrendámos nuestros caballos á los árboles más cercanos, y el Comandaute puso en el suelo un bulto que llevaba debajo de su ruana ; era un saco de bayeta que contenia las pistolas y los útiles para cargarlas.

Dussan se apresuró á desliar otro bulto que tambien llevaba, y dijo :

—Hé aquí las pistolas que he escogido.

Las examiné rápidamente y observé:

—Me parecen malas.

—¿Por qué malas? preguntó Dussan.

—Son de corto alcance y mala calidad.

—En efecto, añadió el Comandante observándolas. Ademas, noto que están sucias.

—Cómo sucias! exclamó Dussan.

—Sí; tienen huellas de pólvora, y se conoce que han sido usadas muy recientemente.

—Oh! no, Comandante! replicó Dussan, miéntras que Pinto volvia la cara á un lado como para evitar la mirada perspicaz de Rubio.

Yo les interrumpí diciendo:

—¿Pueden ustedes afirmar bajo su palabra de honor que el doctor Pinto no ha disparado jamas esas pistolas?

Sorprendidos con la pregunta, los dos se miraron uno á otro rápidamente, y luégo Dussan respondió:

—Sin duda....

—Doy mi palabra de honor..... añadió Pinto con imperturbable aplomo.

Ambos á dos mentian como unos bellacos. Pinto se habia estado ensayando todo el dia con aquellas pistolas. No tuve sobre ello la menor duda, y sin embargo dije con desden y frialdad:

—Está bien; que carguen, pues.

El Comandante y Dussan se arrodillaron sobre la grama y cargaron, en tanto que Pinto se sobaba los bigotes y yo permanecia inmóvil, con los brazos cruzados y mirando al cielo.

Es de notar que el Comandante Rubio, á fuer de veterano en el manejo de las armas, tuvo la precaucion de limpiar lo mejor posible una de las pistolas ántes de cargarla. A tiempo que se concluia la operacion, me despojé de mi ruana de algodon, mi levita y chaleco, y dejándolos en el suelo tiré encima el látigo que llevaba para avivar el paso de mi cabalgadura. Pinto hubo de hacer lo propio, aunque con repugnacia, y en seguida se midió el campo.

Cuando yo iba á colocarme en el sitio que me correspondia, Dussan se me acercó, y presentándome la pistola que él mismo habia cargado me dijo:

—Doctor, aquí tiene usted su arma.

—Oh! no! respondí desdeñosamente. Usted no es

mi testigo, y yo he traido el mio para que cargue la pistola que he de disparar.

—Es claro! añadió el Comandante, y me entregó el arma que habia cargado con esmero.

Dussan hizo un gesto de despecho, y Pinto palideció. Un instante despues todos cuatro estábamos en nuestros puestos. Pinto tenia la palidez del terror, y yo me sentia lleno de valor, serenidad y confianza.

Se dió la señal de ordenanza, y se oyó una sola detonacion.....

La bala despedida por mí le habia traspasado á Pinto el ala del sombrero y héchoselo girar, dejándoselo casi colocado de traves; Pinto estaba tembloroso y blanco como un papel, y su pistola no habia dado fuego.

—Mi pistola ha negado, dijo con voz casi apapada.

—Es verdad! Pues que carguen las otras pistolas para tirar á doce pasos, añadí tranquilamente.

—Oh! eso no! exclamó Dussan.

—Cómo que no! dijo el Comandante.

—Sólo debe tirar el doctor Pinto, insinuó Dussan, puesto que su tiro ha fallado.

—La culpa es de usted que no sabe ó....no quiso cargar bien.

Dussan se mordió los labios é insistió en su pretension, contra la cual protestó el Comandante.

—Vamos! exclamé: que resuelva la cuestion mi adversario. ¿Querria usted tirar sobre mi á manosalva?

—Tal creo que es mi derecho....

—Pues tire usted, si tan tritemente comprende la hidalguía!

Y cruzando los brazos, colocado de perfil, miré de hito en hito y con supremo desprecio á mi enemigo.

En efecto, Dussan limpió la chimenea de la pistola de Pinto, le puso nuevo fulminante y se la entregó. Dióse nueva señal para que apuntase y tirase Pinto sin riesgo alguno y....estalló el fulminante pero no salió el tiro.

—He ahí una bajeza inútil, dije friamente. Y añadí para mí: Dios me protege; ese miserable debe morir!

La rabia se pintaba en el semblante de Pinto, y el despecho en el de Dussan.

—¿Qué hacemos ahora? preguntó éste.

—Botemos esas malas pistolas y carguemos las otras, dijo el Comandante.

—Está bien.

—Bien que aquí no hay sino un hombre de honor que me escuche, añadí, extendiendo la mano, declaro á fe de caballero que jamas he visto esas pistolas que ha traído el señor Comandante.

Los dos padrinos se arrodillaron á cargar miéntras que yo, con los brazos cruzados y la mirada ardiente, observaba los movimientos de Dussan. Entretanto Pinto miraba con disimulo hácia unos tupidos matorrales del vecino bosque.

Cuando estuvieron cargadas las pistolas y los testigos se hubieron incorporado, Dussan tornó á dirigirse á mí y decirme:

—Doctor, sírvase usted usar de esta pistola.

—Por qué?

—Ah! usted lo ha visto: no soy muy diestro para cargar....

—Veo que lo es *demasiado* para cargar mal.

—Y como es justo igualar las probabilidades.... añadió Dussan con hipócrita modestia.

—Hola! ¿con que para *igualarnos* debo yo tomar la pistola cargada por usted?

—Así lo creo.

—Está bien; démela usted.

Y al tomarla añadí:

—Comandante Rubio, —va usted á ver que esta pistola ha sido mal cargada intencionalmente para trocarla por la otra: he observado atentamente la operacion, y aseguro que la bala, mal calzada, caerá á corta distancia.

Dussan se inmutó; yo disparé al aire, y la bala cayó á tres pasos de distancia.

—Oh! oh oh! exclamó el Comandante mirando á Dussan con asombro.

—Ya ve usted, Comandante, dije al punto, que ese hombre es un miserable, tan villano como su ahijado. Las armas no se han hecho para combatir con esta canalla, y demasiado he descendido al bajar hasta ella. Yo sé cómo se la debe tratar, y ahora lo verá usted.

Y diciendo esto, recogí mi látigo que estaba en el suelo, y caí velozmente sobre Dussan. Díle cinco ó seis latigazos de lo lindo, y como el tunante y novel Galeno era ágil, se echó á correr para meterse entre el bosque. Cargué entónces sobre el ahijado, y logré administrarle

tambien algunos latigazos y ponerle en vergonzosa fuga.

Entretanto, el comandante Rubio palmoteaba aplaudiendo, reia á carcajadas y gritaba:

—Bueno! muy bien! muy bien! eso es darles lo que se merecen!

En aquel instante, miéntras que yo me entregaba á la terrible delicia de vapular al médico y al abogado sucesivamente, asomaban á la vera de la plazoleta, por enmedio de los árboles, cuatro hombres á pié. Uno de éstos hombres era uno de los jueces de la ciudad, hechura y ciego instrumento de Pinto; otros dos eran testigos de la devocion de Pinto y Dussan, y el cuarto, un zambo muy conocido en Ambalema, tambien, caucano, que servia como asistente en casa de Pinto.

—Ah! esto tambien? exclamé al ver y reconocer á los cuatro hombres. ¿Con que este duelo era un infame lazo, de modo que si yo hubiera sucumbido, muerto me quedaba, y al morir Pinto aquí no más me hubiera aprehendido el Juez y comenzado el sumario?....

—Ese Juez y sus testigos son dignos de nuestros adversarios! observó el Comandante. Ahora comprendo, añadió, por qué Dussan, en el corral del *Alto*, hablaba en alta voz, repitiendo el nombre de este sitio....

En efecto, cuando los dos testigos habian estado designando el lugar del combate, el Juez y sus tres compañeros se hallaban agazapados tras del cerco de piedras y ocultos entre la maleza; oyeron lo que se decia, y al punto, por una senda de leñadores, se encaminaron hácia el llano del Tachuelo. Las dos detonaciones que despues oyeron, les habian guiado hácia el lugar del combate.

—Vamos! dije al montar á caballo junto con el Comandante, —decididamente el duelo es una institucion estúpida.

—Así lo creo, aunque soy militar. Comprendo la guerra, por salvaje y brutal que sea, pero el duelo entre dos hombres....

—Es peor que salvaje, es una torpeza. Porque si el hombre con quien uno se bate es un caballero, es mucha lástima matarle, siendo tan escasos en el mundo, como lo son, los hombres de honor; y si es un canalla, como esos á quienes acabo de vapular, no merecen sino el desprecio ó el presidio.

—Ha hablado usted claro y bien como la ordenanza, observó el Comandante.

XIII.

NUEVOS HORIZONTES.

Mi familia habia continuado residiendo en Honda, bien que algunos de mis hermanos, trabajando todos en compañía, tenian sus establecimientos de comercio en Ambalema, Guáduas y Santamarta, sucursales del de Honda. Pero en Julio de 1853 mi madre, indispuesta, necesitó mudar de clima por algun tiempo, y se fué á Guáduas con mi hermana. "¿No vendrás, hijo mio, á hacerme una visita y solazarte algo por unos dias?" me habia escrito mi buena madre; y yo la prometí ir á verla. Algunos amigos me instaron para que les aguardase hasta el 14 de Agosto, á fin de irnos juntos y aprovechar ellos unas fiestas populares muy sonadas que habian de comenzar en Guáduas el 15, dia de la fiesta de la patrona, es decir, del Tránsito de Nuestra Señora; y en ello quedámos convenidos.

Yo me preparaba entónces para poner por obra muy en breve un proyecto que me halagaba mucho Queria recorrer y conocer todas las provincias (en lo más importante y civilizado) que actualmente componen los Estados de Antioquia, el Cauca y el Tolima, y me proponia hacer uua famosa correría de tres años, bajando por Honda á Nare para entrar por allí y Marinilla y Rionegro á Medellin; rrecorre todo el valle del rio Cauca desde la ciudad de Antioquia hasta la de Popayan, pasando por Salamina, Manizáles, Cartago, Toro, Buga, Cali, Palmira &ª; bajar al sur de la provincia de Neiva por la via de Guanácas, explorarla toda y particumente las famosas y extraordinarias ruinas *americanas* de *San Agustin*, y regresar á mi domicilio por Neiva, Purificacion, el Espinal &ª Yo me prometia sacar mucho fruto, así literario como político, de mi correría, y esperaba que ella me proporcionaria materia para dos ó tres novelas de costumbres y tres ó cuatro volúmenes sobre geografía, estadística é historia nacional.

Pero si tales eran mis proyectos, porque contaba con independencia, salud, libertad de accion y recursos, no habia contado con la huéspeda. En breve recibí una prueba más de aquella gran verdad de todos los momentos: el hombre propone y Dios dispone.

Diez y siete individuos íbamos de Ambalema para Guáduas el 14 de Agosto. Nos embarcámos muy de madrugada, enviando por tierra nuestros criados con las caballerías y maletas, y en el puerto del *Remolino de Olaya* las hallámos listas. Allí montámos, trepámos á poco la ruda y prolongada cuesta de *Chapaima*, y por el alto de *Agua-clara* descendímos al pintoresco y amenísimo valle de Guáduas, uno de los más bellos de Colombia.

A las cinco de la tarde atravesábamos en gran peloton la plaza principal de la ciudad, y como en una de sus casas vivia una familia con quien yo tenia antiguas relaciones, volví la vista, al pasar, hácia las ventanas. A una de éstas estaban asomadas dos señoritas de tipos muy diferentes: la una era mi amiga; (1) la otra me era enteramente desconocida. Las miré con mucha atencion, las saludé, y seguí andando para ir á apearme en la acera del frente, á la puerta de la casa que habitaba mi madre.

Pocos instantes despues de haber abrazado á mi madre y mi hermana y despojádome de los arreos de viaje, notó la segunda que yo miraba con mucha fijeza hácia la casa mencionada, distante como cien varas.

— ¿ Qué miras allá con tanto interes ? me preguntó Agripina.

—¿ Quién es aquella señorita que está allá enfrente con Soledad ? dije á manera de respuesta.

—Ah ! es una jóven muy interesante. ¿ Por qué me preguntas por ella ?

—Porque estoy enamorado.

—Cómo ! de quién ?

—De ella misma.

—Bah ! no te burles de mí.

—No me burlo.

— ¿ Pero no acabas de llegar ?

—Sí ; ¿ y qué importa eso ?

—¿ Y puedes haberte enamorado sin conocerla ?

— ¿ Por qué no ?

—¿ Así....á la pasada ?

—Así. La he visto, su mirada se ha encontrado con

(1) La interesante señorita Soledad Gutiérrez, que años despues casó con el señor Joaquin Alvarez y es al presente muy respetable matrona.

la mia, y tengo el presentimiento de que esa mirada ha decidido de mi suerte.

—¿Seria posible?

—Como te lo digo.

—Pues serias muy dichoso si esa señorita te amara.

Mi hermana me dijo entónces quién era. Yo habia ignorado hasta entónces su existencia, bien que conocia y admiraba mucho á su padre (yá muerto), hombre eminente y verdaderamente ilustre: el General Joaquin Acosta.

Dos años despues supe que en la consabida ventana, cuando yo pasaba á caballo delante de ella con mis amigos, habia tenido lugar este breve diálogo:

—¿Quién es aquel jóven que te saludó? preguntó la señorita prima y compañera de mi amiga.

—Cuál? Todos nos han saludado.

—Aquel que tiene patillas y bigotes, que viste ruana negra y sombrero de ancha cinta y que monta un caballo grande, castaño....

—¿No te imaginas quién sea?

—No, pero me ha llamado la atencion.

—Ese es......Samper.

—¿Samper, el poeta?

—Sí; el mismo de quien hemos hablado muchas veces y cuyos artículos y poesías hemos leido. Te gusta?

—No lo sé, contestó la señorita, que era muy reservada, guardando despues un extraño silencio.

La explicacion de este silencio y del diálogo que lo precedió la obtuve andando el tiempo: el alma profundamente séria de aquella señorita (se llamaba tambien Soledad, y por abreviacion cariñosa la llamaban *Solita*), predispuesta en mi favor sin conocerme, se habia juntado para siempre con la mia en una mirada......

Al dia siguiente de mi llegada á Guáduas fuí á presentar mis respetos á la estimable familia del señor Gutiérrez, cuyo jefe se habia apresurado á visitarme, como de costumbre. Estando en la casa fuí presentado á la señora viuda del General Acosta, dama inglesa de las más bellas prendas y el más delicado trato. Aunque tenia los cabellos yá casi blancos y cumplidos los treita y nueve años, estaba en el esplendor de su hermosura de matrona llena de vida y de frescura (habia sido muy bella mujer), y su conversacion era digna de una cultísima dama, al propio tiempo ilustrada y muy senci-

—Está aceptado el duelo y escogida la pistola como arma.

—Muy bien. ¿Y para cuándo?

—Para mañana, porque yá hoy es tarde.

—Bueno; tendré tiempo de hacer mi testamento y escribir algunas cartas.

—¿Quiere usted tambien ensayarse algo en el tiro?

—No. A propósito: ¿á qué distancia debemos tirar?

—Será á quice pasos por la primera vez, á doce en la segunda y á diez en la tercera.

—Bueno. Pero....olvidaba preguntar á usted....

—¿Por las pistolas? Mr. Crostwhaite tiene unas excelentes que nos prestará: ni usted ni Pinto las conocen.

—Bueno; pero mi pregunta era otra.

—Diga usted.

—¿Quién es el padrino de Pinto?

—El doctor Dussan.

—Dussan! Oh! pero ese mozo es mi enemigo personal y es un canalla!

—Así lo creo, repuso el Comandante; y justamente observé á Pinto que, siendo su padrino enemigo notorio de usted, por causa de aquella multa....no podria ser testigo ó padrino imparcial.

—¿Y qué respondió?

—Que no se batiria si no tenia por padrino á Dussan.

—Está bien. El padrino y el ahijado son de la misma ralea; mas yo acepto al uno, como si fuera hombre de honor, con tal de poder matar al otro.

Al dia siguiente yo estaba enteramente listo; habia pasado la noche escribiendo, pero despues habia dormido en mi hamaca muy tranquilamente durante el dia.

El Comandante Rubio me halló durmiendo, á eso de la una de la tarde.

—Doctor, me dijo: Pinto ha pasado el dia tirando al blanco, y esto puede ser grave.

—En efecto, él tira *al blanco* porque lo negro y lo blanco se excluyen.

—¿Y está usted para equívocos?

—¿Por qué nó? Saldré bien del lance: mi confianza es absoluta, y sólo me apena la idea de matar á un hombre, siquiera sea un bribon. (1)

(1) Sea dicho de paso que en el Chorrillo me habia ejercitado yo con frecuencia en el tiro de pistola.

—La confianza es una gran ventaja, porque da sangre fria, pulso firme y buen ojo.

—¿ A qué hora partiremos ?

—A las cuatro.

—¿A qué sitio ?

—He sospechado mucho de la lealtad de nuestros adversarios, respondió el Comandante; y temiendo una celada no he querido que designásemos el sitio del combate.

—¿ Y entónces ?

—Iremos, por distintas vias, á reunirnos en el corral de piedra del *Alto*, y allí se designará el lugar.

—Muy bien pensado.

Dos horas despues el Comandante y yo montábamos á caballo y tomábamos, como de paseo, una calle enteramente opuesta á la que conducia hácia el *Alto*; dimos un hábil rodeo y á poco llegámos al corral.

El *Alto* es una colina que domina la ciudad por el lado occidental; en la cumbre habia una gran casa pajiza que servia de fragua ó herrería, y al lado un corral de cercos de piedra, sombreado por el espeso follaje de tres ó cuatro cauchos. A la sombra de éstos, dentro del corral, nos apéamos, y aguardámos, sin ser vistos desde el camino, á que llegasen los adversarios. Algunos minutos despues aparecieron éstos, subiendo cautelosamente por enmedio de altos matorrales que cubrian la falda de la colina.

Los dos pares de adversarios nos saludámos cortesmente, y en seguida Dussan (novel doctor en medicina que gozaba en Ambaléma de la peor reputacion posible; bien merecida, por cierto) llamó al comandante Rubio hácia una extremidad del corral, donde la cerca daba contra un tupido bosque de árboles y espesos matorrales.

—¿ Dónde le parece á usted bueno, señor Comandante, que se verifique el duelo ?

—Lo más léjos posible, y en sitio solitario á cubierto de la curiosidad.

—¿ Y por qué no aquí mismo? Este corral, como usted ve, es espacioso, de terreno igual, y está solitario y bien sombreado.

—Pero está á la orilla misma de la ciudad y al lado de esa herrería. Al primer tiro tendríamos muchos curiosos encima y habria que suspender la operacion.

—¿ A dónde iremos, pues ?

—Está aceptado el duelo y escogida la pistola como arma.

—Muy bien. ¿Y para cuándo?

—Para mañana, porque yá hoy es tarde.

—Bueno; tendré tiempo de hacer mi testamento y escribir algunas cartas.

—¿Quiere usted tambien ensayarse algo en el tiro?

—No. A propósito: ¿á qué distancia debemos tirar?

—Será á quice pasos por la primera vez, á doce en la segunda y á diez en la tercera.

—Bueno. Pero....olvidaba preguntar á usted....

—¿Por las pistolas? Mr. Crostwhaite tiene unas excelentes que nos prestará: ni usted ni Pinto las conocen.

—Bueno; pero mi pregunta era otra.

—Diga usted.

—¿Quién es el padrino de Pinto?

—El doctor Dussan.

—Dussan! Oh! pero ese mozo es mi enemigo personal y es un canalla!

—Así lo creo, repuso el Comandante; y justamente observé á Pinto que, siendo su padrino enemigo notorio de usted, por causa de aquella multa....no podria ser testigo ó padrino imparcial.

—¿Y qué respondió?

—Que no se batiria si no tenia por padrino á Dussan.

—Está bien. El padrino y el ahijado son de la misma ralea; mas yo acepto al uno, como si fuera hombre de honor, con tal de poder matar al otro.

Al dia siguiente yo estaba enteramente listo; habia pasado la noche escribiendo, pero despues habia dormido en mi hamaca muy tranquilamente durante el dia.

El Comandante Rubio me halló durmiendo, á eso de la una de la tarde.

—Doctor, me dijo: Pinto ha pasado el dia tirando al blanco, y esto puede ser grave.

—En efecto, él tira *al blanco* porque lo negro y lo blanco se excluyen.

—¿Y está usted para equívocos?

—¿Por qué nó? Saldré bien del lance: mi confianza es absoluta, y sólo me apena la idea de matar á un hombre, siquiera sea un bribon. (1)

(1) Sea dicho de paso que en el Chorrillo me habia ejercitado yo con frecuencia en el tiro de pistola.

—La confianza es una gran ventaja, porque da sangre fria, pulso firme y buen ojo.

—¿A qué hora partiremos?

—A las cuatro.

—¿A qué sitio?

—He sospechado mucho de la lealtad de nuestros adversarios, respondió el Comandante; y temiendo una celada no he querido que designásemos el sitio del combate.

—¿Y entónces?

—Iremos, por distintas vias, á reunirnos en el corral de piedra del *Alto*, y allí se designará el lugar.

—Muy bien pensado.

Dos horas despues el Comandante y yo montábamos á caballo y tomábamos, como de paseo, una calle enteramente opuesta á la que conducia hácia el *Alto*; dimos un hábil rodeo y á poco llegámos al corral.

El *Alto* es una colina que domina la ciudad por el lado occidental; en la cumbre habia una gran casa pajiza que servia de fragua ó herrería, y al lado un corral de cercos de piedra, sombreado por el espeso follaje de tres ó cuatro cauchos. A la sombra de éstos, dentro del corral, nos apéamos, y aguardámos, sin ser vistos desde el camino, á que llegasen los adversarios. Algunos minutos despues aparecieron éstos, subiendo cautelosamente por enmedio de altos matorrales que cubrian la falda de la colina.

Los dos pares de adversarios nos saludámos cortesmente, y en seguida Dussan (novel doctor en medicina que gozaba en Ambaléma de la peor reputacion posible, bien merecida, por cierto) llamó al comandante Rubio hácia una extremidad del corral, donde la cerca daba contra un tupido bosque de árboles y espesos matorrales.

—¿Dónde le parece á usted bueno, señor Comandante, que se verifique el duelo?

—Lo más léjos posible, y en sitio solitario á cubierto de la curiosidad.

—¿Y por qué no aquí mismo? Este corral, como usted ve, es espacioso, de terreno igual, y está solitario y bien sombreado.

—Pero está á la orilla misma de la ciudad y al lado de esa herrería. Al primer tiro tendríamos muchos curiosos encima y habria que suspender la operacion.

—¿A dónde iremos, pues?

—Está aceptado el duelo y escogida la pistola como arma.

—Muy bien. ¿Y para cuándo?

—Para mañana, porque yá hoy es tarde.

—Bueno; tendré tiempo de hacer mi testamento y escribir algunas cartas.

—¿Quiere usted tambien ensayarse algo en el tiro?

—No. A propósito: ¿á qué distancia debemos tirar?

—Será á quice pasos por la primera vez, á doce en la segunda y á diez en la tercera.

—Bueno. Pero....olvidaba preguntar á usted....

—¿Por las pistolas? Mr. Crostwhaite tiene unas excelentes que nos prestará: ni usted ni Pinto las conocen.

—Bueno; pero mi pregunta era otra.

—Diga usted.

—¿Quién es el padrino de Pinto?

—El doctor Dussan.

—Dussan! Oh! pero ese mozo es mi enemigo personal y es un canalla!

—Así lo creo, repuso el Comandante; y justamente observé á Pinto que, siendo su padrino enemigo notorio de usted, por causa de aquella multa....no podria ser testigo ó padrino imparcial.

—¿Y qué respondió?

—Que no se batiria si no tenia por padrino á Dussan.

—Está bien. El padrino y el ahijado son de la misma ralea; mas yo acepto al uno, como si fuera hombre de honor, con tal de poder matar al otro.

Al dia siguiente yo estaba enteramente listo; habia pasado la noche escribiendo, pero despues habia dormido en mi hamaca muy tranquilamente durante el dia.

El Comandante Rubio me halló durmiendo, á eso de la una de la tarde.

—Doctor, me dijo: Pinto ha pasado el dia tirando al blanco, y esto puede ser grave.

—En efecto, él tira *al blanco* porque lo negro y lo blanco se excluyen.

—¿Y está usted para equívocos?

—¿Por qué nó? Saldré bien del lance: mi confianza es absoluta, y sólo me apena la idea de matar á un hombre, siquiera sea un bribon. (1)

(1) Sea dicho de paso que en el Chorrillo me habia ejercitado yo con frecuencia en el tiro de pistola.

—La confianza es una gran ventaja, porque da sangre fria, pulso firme y buen ojo.

—¿A qué hora partiremos?

—A las cuatro.

—¿A qué sitio?

—He sospechado mucho de la lealtad de nuestros adversarios, respondió el Comandante; y temiendo una celada no he querido que designásemos el sitio del combate.

—¿Y entónces?

—Iremos, por distintas vias, á reunirnos en el corral de piedra del *Alto*, y allí se designará el lugar.

—Muy bien pensado.

Dos horas despues el Comandante y yo montábamos á caballo y tomábamos, como de paseo, una calle enteramente opuesta á la que conducia hácia el *Alto*; dimos un hábil rodeo y á poco llegámos al corral.

El *Alto* es una colina que domina la ciudad por el lado occidental; en la cumbre habia una gran casa pajiza que servia de fragua ó herrería, y al lado un corral de cercos de piedra, sombreado por el espeso follaje de tres ó cuatro cauchos. A la sombra de éstos, dentro del corral, nos apéamos, y aguardámos, sin ser vistos desde el camino, á que llegasen los adversarios. Algunos minutos despues aparecieron éstos, subiendo cautelosamente por enmedio de altos matorrales que cubrian la falda de la colina.

Los dos pares de adversarios nos saludámos cortesmente, y en seguida Dussan (novel doctor en medicina que gozaba en Ambaléma de la peor reputacion posible; bien merecida, por cierto) llamó al comandante Rubio hácia una extremidad del corral, donde la cerca daba contra un tupido bosque de árboles y espesos matorrales.

—¿Dónde le parece á usted bueno, señor Comandante, que se verifique el duelo?

—Lo más léjos posible, y en sitio solitario á cubierto de la curiosidad.

—¿Y por qué no aquí mismo? Este corral, como usted ve, es espacioso, de terreno igual, y está solitario y bien sombreado.

—Pero está á la orilla misma de la ciudad y al lado de esa herrería. Al primer tiro tendríamos muchos curiosos encima y habria que suspender la operacion.

—¿A dónde iremos, pues?

vincia, es digno de consideracion un hecho político que se pudo observar al fin de 1853. Todas las provincias (que por entónces eran cosa de cuarenta y cuatro, porque el partido liberal tuvo furor de dividir la República en el mayor número posible de fracciones) hubieron de darse sus particulares constituciones político-municipales, de conformidad con lo dispuesto por la Constitucion nacional de 21 de Mayo, la más liberal que hasta entónces hubiera tenido el país; y en todos aquellos actos se reflejó fielmente el espíritu de los tres partidos existentes. Tuve interes en estudiarlas todas en 1854 y 1855; y veintidos años despues, cuando todas habian sido sustituidas por las constituciones de los nueve Estados en que se refundieron las antiguas provincias, he repetido el estudio, con un doble propósito de investigacion histórica y del carácter de nuestro derecho público interno. Expreso, pues, mi opinion con entero conocimiento de causa.

En 1853 los radicales triunfaron por completo en unas cuantas provincias, tales como las de Neiva, Sabanilla, Santamarta, Socorro y Vélez; en otras se hicieron dueños de la situacion los conservadores, como aconteció en Bogotá, Marquetá, Pasto, Riohacha &ª; y en el mayor número, como en las del Cauca, Buenaventura, Antioquia, Medellin y Soto, obtuvieron la mayoría los viejos liberales, llamados entónces obandistas ó draconianos. Y cada partido, por decirlo así, dió sus constituciones. Las de los radicales, que exageraban el principio democrático, y en economía política el *dejad hacer*, organizaron en cierto modo la anarquía y poco ménos que la supresion del gobierno. Las de los conservadores, sin dejar de ser republicanas ni de mantener el régimen municipal, tendian á centralizar el gobierno en cada provincia, á dar fuerza á la autoridad, y á someter los abusos de los cuerpos municipales á la fiscalizacion y revision de las entidades superiores. Por último, las de los liberales obandistas se mantenian en una especie de término medio entre el radicalismo y el conservatismo. De este modo los hechos ponian de manifiesto que entre nosotros no habia lucha por los *principios* fundamentales de la república y del gobierno representativo en todas sus escalas, ni por los axiomas económicos, sino por los *grados* de desarrollo de aquellos principios y estos axiomas, y más aún,—fuerza es reconocerlo,—por intereses personales y tradicionales pasiones de bandería.

XIV

EL AÑO DE 1854.

El año de 1854 comenzaba para mí como una época de esperanza y de noble ambicion de felicidad y gloria. Deseando principalmente saber á qué atenerme en lo tocante á las ilusiones que habia hecho nacer en mi alma el encuentro con la señorita Acosta, en Enero de aquel año me encaminé hácia Bogotá, con ánimo de hacer proposiciones formales en caso de ser aceptado.

Una rara coincidencia habia llamado mi atencion al tratar en Guáduas á la señorita Acosta. Precisamente su padre habia dado hospitalidad en su casa al General López, cuando éste, despues de asistir al entierro de Elvira y despedirse de mí el 15 de Enero de 1852, se habia embarcado en el puerto de Ambalema para dirigirse hácia Guáduas y en seguida regresar á Bogotá.... De este modo, por una misteriosa *casualidad* (yo veo más bien en ello la voluntad de la Providencia) el General López, mi grande y buen amigo, servia de lazo de union entre la esposa muerta y la que despues habia yo de aspirar á tener......

Y ¡cosa más extraña aún, que me fué revelada en Agosto de 1855! Cuando el General López refirió en casa del General Acosta las circunstancias de la muerte de Elvira y la triste situacion en que me habia dejado, á poco rato hubo este diálogo entre el segundo General y su hija:

—Pobre jóven! dijo ella, aludiendo á mí.

—¿Y por qué te interesas tánto por él, si ni siquiera le conoces?

—Porque comprendo su desgracia y estimo ciertas cualidades que parece tener.

—Esa desgracia será transitoria.

—¿Por qué, padre?

—Porque *ese jóven*......volverá á casarse.

—¿Con quién supone usted que se case?

—Contigo.

—Conmigo? oh!

—Contigo! sí; contigo! repuso el General en tono muy serio y extraño.

Cinco semanas despues el General Acosta, que era hombre robusto y vigoroso, morio en la flor de su ener-

gía y de su gloria, y otra vez se enlutaba uno de los hogares visitados por el General López......

Al llegar á Bogotá me hospedé en casa del doctor Murillo, que entónces era mi amigo y me trataba con las mayores consideraciones y mucha cordialidad. Él sabia mostrarse obsequioso y amable, y su digna señora, fria de temperamento y taciturna, pero muy inteligente, instruida y reportada en sus maneras, se hacia estimar y respetar. Desde luégo, al habitar la casa del doctor Murillo, jefe reconocido del jóven partido radical, me hallé en el centro mismo del movimiento político suscitado por el radicalismo, que era entónces una mezcla de aspiraciones generosas, convicciones poco reflexivas sobre reformas demasiado audaces, ciego culto tributado á la lógica de las ideas, desinteresada y quijotesca filantropía, espíritu novelero y de imitacion del radicalismo revolucionario de los franceses, y petulante confianza en el porvenir de la República radical, organizada por la Constitucion de 1853.

Reinaba en Bogotá la más ardiente agitacion en los ánimos, síntoma seguro de los conflictos que iban á surgir del próximo congreso. El General Obando, sus Secretarios y demas corifeos del viejo liberalismo que le rodeaban, no podian avenirse con los Gobernadores libremente elegidos por las provincias, que forzosamente habian de ser los agentes constitucionales del Poder Ejecutivo nacional ; ni con la tendencia que mostraban los radicales —triunfantes en las elecciones de Representantes y en muchas de las de Senadores—á disminuir mucho y áun abatir la institucion militar ; ni con el espíritu de reforma que, patentizado con la Constitucion y muchas leyes, señoreaba la opinion del mayor número de liberales. Así la Administracion tomaba precauciones para asegurarse los necesarios elementos de fuerza, y se preparaba lo mejor posible para sostener la lucha en el Congreso, donde iba á encontrarse frente á frente con los radicales y los conservadores.

Los radicales mirábamos á Obando y á sus amigos con suma desconfianza, persuadidos como estábamos del propósito reaccionario que les animaba contra las nuevas instituciones ; y estábamos seguros de que no tardaríamos mucho en tener que sostener con las armas, por un camino ú otro, la causa que ardorosamente sosteníamos

por la prensa é ibamos á sostener inmediatamente en las Cámaras.

Los conservadores, por su parte, procediendo con habilidad consumada, se hacian aparentemente á un lado, dejando el campo de la lucha á los partidos radical y liberal; pero á la sombra de este antagonismo, no solamente se habian adueñado del gobierno de varias provincias, al favor del sufragio universal y de la amplia descentralizacion establecida, sino que habian ganado mayoría en el Senado. Era, pues, necesario contar con ellos, y les llegaba el momento de ser cortejados por los dos partidos liberales, despues de haber sufrido rudos agravios de unos y otros, principalmente en Bogotá y en las provincias del Cauca. Si el sentimiento natural y el principio cristiano no fueran de suyo parte á inducir á los hombres á respetar el derecho y obrar conforme á la justicia, deberia por lo ménos ser de mucha fuerza para los partidos políticos la consideracion de lo instable de la victoria y del poder, ya que la fortuna coloca hoy en la cumbre á los que ayer estuvieron en la profunda sima del infortunio. ¿Pero á qué esperar de los partidos, cuando proceden sin contrapeso, sentimientos de equidad ni sana prevision de las vicisitudes humanas?

Los hermanos Echeverría, jóvenes venezolanos, notables por su habilidad tipográfica, tenian establecida en su imprenta la publicacion de un periódico que con bastante notoriedad se habia inclinado á servir á la causa radical. Habláronme con empeño para que tomase á mi cuidado la redaccion de dicho periódico, intitulado *El Pasatiempo*,—que era tanto político y noticioso como literario, — y acepté el encargo, bien que gratúitamente y sin contraer un compromiso de larga duracion. Entretanto se instaló el Congreso, y la Cámara de Representantes me eligió su Secretario, empleo que no me fué posible rehusar. De esta suerte mi vida fué otra vez sumamente laboriosa, y mi tiempo estuvo sin cesar repartido entre el culto amoroso de Solita, los trabajos de la Cámara y la redaccion muy activa del *Pasatiempo*.

Subió en breve de punto la exaltacion política, las sesiones del Congreso fueron frecuentemente agitadas, y dos elementos de los que servian de apoyo al General Obando se hallaron en fermentacion: el Ejército, comandado en Bogotá por el General José María Melo, y los artesanos liberales ó miembros de la Democrática. Mili-

tares y democráticos de un lado y radicales ó golgotas del otro, éramos enemigos declarados y nos detestábamos cordialmente; á tal punto, que cualquier accidente podia hacer estallar el antagonismo de un modo violento. Era notorio á los ojos de la oposicion que el Gobierno preparaba un golpe de Estado, y casi todos los dias se llegaba en los corrillos hasta indicar la fecha señalada para el atentado.

El 16 de Abril, dia domingo, dos circunstancias me hicieron comprender que el peligro era inminente. Primero supe en casa de la señora Acosta que allí acababa de estar de visita el General Valerio F. Barriga, Secretario de Guerra, y que, interrogado sobre la situacion por las señoras alarmadas, habia dicho: "Creo que algo muy grave está á punto de suceder en estos dias." Despues, hácia las cinco de la tarde, encontrándome con el mismo personaje, en la extremidad sur del átrio de la Catedral, le pregunté qué habia de cierto sobre los rumores que circulaban de un inminente golpe de Estado, y me contestó de un modo misterioso y evasivo: "Qué sé yo! las cosas están muy críticas y....quién sabe lo que sucederá."

Por la noche fuí al Club del Comercio, establecimiento muy concurrido que sostenia el español Villalba. Habia allí muchísima gente y todos anunciaban como inevitable el golpe de Estado para la madrugada del dia siguiente. Varios amigos me dijeron: "Póngase usted en guardia, porque le irá muy mal si le atrapan los draconianos." Y cada cual anunciaba que se iba á ocultar fuera de su casa.

¿Qué habia sucedido? El General Melo, poco tiempo ántes, al salir de un banquete y retirarse al cuartel de San Francisco, donde vivia, se habia encontrado en la plaza de Santander (la del cuartel) con un cabo Quiros que sin licencia andaba por la calle en altas horas de la noche; y, fuese porque el Cabo se insolentase al ser sorprendido, fuese porque Melo llevase muy cargada la cabeza con los humos del banquete, tiró éste de la espada y atravesó de parte á parte al infeliz subalterno, causándole la muerte. Fué el suceso asunto de mucho escándalo y recriminaciones contra el militarismo, y el Juez del crímen inició el sumario correspondiente. Al cabo se supo que el Fiscal habia pedido se declarase con lugar á formacion de causa contra Melo, por el delito de homicidio

voluntario, y como el Juez (doctor Francisco de P. Tórres) era hombre íntegro y de carácter independiente y resuelto, nadie dudaba que el 17 de Abril pronunciaria su auto y mandaria reducir á prision al sindicado, que no gozaba de fuero.

Melo, viéndose amenazado, propuso dar un golpe de Estado con el ejército y los democráticos, y á fin de hacer aceptar el plan que su interes personal le sugeria obró con empeño sobre el ánimo del Presidente Obando, presentándole el hecho como una necesidad política. Obando y algunos de sus Secretarios se opusieron, por unas ú otras razones, observando el primero que "todavía la *breva* no estaba madura;" y Melo, viendo que el peligro era inminente para él y no teniendo virtud para someterse á la ley, pues para él sólo tenia valor el sable, resolvió dar el golpe por sí solo; con la intencion, segun parece, de proclamar despues la dictadura de Obando, si el golpe de Estado se consumaba ventajosamente en toda la República. Tal es la version que se ha dado del acontecimiento del 17 de Abril, fundada en revelaciones ó indiscreciones privadas de muchos de los principales actores en tan escandaloso drama.

Ello fué que me retiré del Club en la noche del 16 (magníficamente luminosa en altas horas), y que á eso de la una de la mañana, al dirigirme á casa del doctor Murillo, me encontré con una de las patrullas de tropa veterana que, con otras de milicianos democráticos, andaban preparando el golpe. Tomé el opuesto lado de la estatua de Bolívar y me esquivé y torcí lo más que pude para no ser conocido, y logré pasar sin novedad. Al llegar á la casa encontré á la señora Murillo en vela en su salita y enteramente sola. Desde algunos dias ántes Murillo, muy amenazado y poco animoso para lances peligrosos, dormia muy léjos de su casa y enteramente oculto. La más elemental delicadeza me obligaba á permanecer en la casa, á fin de proteger á la señora, cualquiera que pudiese ser mi suerte.

—¿Qué sabe usted de Murillo? me preguntó la señora, muy alarmada, cuando hube entrado á saludarla.

—Está en lugar seguro, la contesté. Y usted, mi señora Anita ¿por qué está levantada á estas horas?

—Temo que esta noche den el golpe, segun los informes que me han dado, y quiero estar lista para lo que ocurra.

—Bien. Entónces, si algo ocurriere, la llamaré á usted, repuse.

—Cómo ! y usted se queda en la casa ?

—Sin duda.

—No ; váyase usted ! usted corre gran peligro aquí.

—De ningun modo me iré miéntras usted permanecia en la casa.

Mi alcoba distaba poco de una de las ventanas que daban sobre la calle, y la casa del doctor Murillo estaba situada á unos cuarenta metros de la esquina que llamaron del Camarin de la Concepcion ó de las Secretarías, en la calle que hoy se llama Carrera 2ª al Occidente. A eso de las dos y média de la mañana dieron fuertes golpes en la ventana, y una voz muy conocida nos llamó á Murillo y á mí. Abrí con precaucion, y afuera estaba don Patricio Pardo, quien me dijo: "Váyanse volando, porque en este momento estalla la revolucion y una partida de democráticos vendrá á prenderles. Lo sé porque mi hermano Bernardo está metido en la danza y me acaba de dar el aviso, como hermano mason, para salvarles á ustedes.

Llamé al punto á la señora Murillo, ordené á mi criado que se quedara cuidando la casa y no abriese miéntras no diese tiempo á que nos alejásemos, y tres minutos despues salí á toda priesa con la señora, con ánimo de encaminarnos por la calle de Santa Clara abajo (hoy dia 2ª al Sur), pero sin saber hácia dónde. Apénas sí habiamos llegado á la esqnina inferior del antiguo monasterio de Santa Clara, cuando un fuerte peloton de gente armada y de ruana asomó por la esquina de las Secretarías (hoy dia del *Gran Hotel*) y marchó derecho á asaltar la casa del doctor Murillo. Bajábamos á toda priesa, encontrando la calle enteramente solitaria, cuando oímos la primera descarga de fusilería hecha sobre la puerta y las ventanss de la casa. Recordé entónces que dos cuadras abajo vivia una familia de Ambalema, muy poco conocida en Bogotá, — la de mi amigo el señor Braulio Angarita, — y me ocurrió que aquel seria el más seguro asilo. En efecto, llegámos en breve al porton de la casa de este amigo, y por la primera ventana llamé por su nombre á la señora. Nos abrieron, y al punto estuvimos en seguridad.

Grande fué nuestra ansiedad al oir en seguida los

cañonazos que disparaban en la plaza de Bolívar: con ellos y las más ruidosas dianas celebraba el ejército su insigne traicion del 17 de Abril, y entretanto se hacia toda diligencia por aprisionar á los miembros del Congreso y otros ciudadanos que más estorbaban á los autores de aquella revolucion de cuartel......En nombre de la libertad se proclamó la dictadura, se decretó la disolucion del Congreso y se declaró en suspenso la Constitucion vigente, y en parte restablecida la de 1843, como una ficcion de elemento de gobierno.

En casa de Angarita pasámos el dia, y como nadie sabia dónde nos habíamos asilado, la señora Murillo estaba impaciente por volver á su casa é informarse de lo que hubiera ocurrido. Así lo hizo con singular valor y entereza de ánimo, y encontró que todo en la casa habia sido destrozado y robado. Hasta habian hecho la sandez de clavar con las bayonetas el retrato del doctor Murillo y el mio, que pendian de la pared en el saloncito de la señora. Mi criado habia defendido el zaguan todo lo possble, y al cabo, al sentir que trataban de echar abajo las ventanas, habia abierto el porton. Le maltrataron cruelmente, sólo por ser mi criado, le llevaron preso á un cuartel y luégo le tuvieron de soldado durante todo el tiempo de la guerra civil, dándole de palos con frecuencia. Tal era la recompensa que aquellos desenfrenados demagogos nos daban á los que habíamos sido los más ardorosos tribunos de la democracia......Por mi parte, reconozco que algo nos la merecíamos, pues con nuestras enseñanzas habíamos extraviado, sin quererlo, á una muchedumbre ignorante que áun no estaba educada para el gobierno verdaderamente democrático.

Los asaltadores se habian robado de mi alcoba todo lo que pudieron hallar á la mano: mi caja de rapé, de oro, diez ó doce cóndores y otros objetos de valor; pero habian dejado un gran sombrero de paja, un *bayeton* ó manta de viaje, mis navajas de barba, mis pistolas, y un buen cuchillo de monte, que tenia yo en un baúl. Todos estos objetos me los envió la señora Murillo, en tantó que yo me preparaba resueltamente para salir por la noche á buscar otro asilo, pues la delicadeza me impedia permanecer oculto en una casa donde sólo habia señoras y señoritas, para quienes podia ser gravosa mi permanencia en su modesto domicilio.

Hácia el fin de la tarde me afeité las patillas y la pera, me pinté de negro los cabellos y bigotes, me calcé alpargates, ensuciándolos adrede, y luégo, cubriéndome con la manta y calándome mi gran sombrero de viaje, quedé coupletamente inconocible. A las siete de la noche salí á la calle, llevando mi cuchillo al cinto y mis pistolas en las manos, resuelto á vender cara la vida si era reconocido y trataban de atacarme ó de aprehenderme. Todas las calles estaban iluminadas por órden superior, pero nadie me reconoció en las tres primeras cuadras que recorrí en direccion á la calle de San Juan de Dios (hoy dia calle 2ª al Norte), una de las más concurridas de la ciudad.

Yo me encaminaba hácia la casa del señor Aquilino Quijano, mi antiguo, inmejorable amigo, seguro de hallar en ella un excelente asilo, miéntras me procuraba médios de salir de Bogotá, sin mayor peligro, para ir á tomar las armas en defensa de la causa constitucional. Apénas sí habia vuelto la esquina y pasaba por delante de una botica que tenia por allí el doctor Antonio Várgas Réyes, cuando me encontré en el mayor riesgo. Bajaba un batallon de doscientos democráticos comandados por el Coronel José María Barriga, que marchaban á ocupar prontamente la importante posicion de Honda; y como yá me habia encontrado con dos ó tres personas conocidas que no me habian reconocido, resolví afrontar el peligro con audacia. Paréme en la puerta de la botica y alcé la frente con desembarazo y tranquilidad para que nadie sospechara en mí un individuo que trataba de ocultarse ó queria no ser reconocido. Todo el batallon desfiló rozándose conmigo, y nadie paró la atencion en mí. Algunos instantes despues golpeaba yo á la puerta de don Aquilino, y su graciosa hija Virginia, casi niña todavía, salió á abrirme. Quedé al punto instalado como en mi casa y tratado con las más exquisitas atenciones y finezas. Allí me enteré, ademas, de todo lo que habia pasado, y desde luégo comprendí que la insurreccion militar era poderosa y no podria ser vencida, sino emprendiendo una gran reaccion y campañas en regla, acaso prolongadas y muy sangrientas, en toda la República.

En la noche siguiente tuve un compañero inesperado y el más agradable que hubiera podido desear: Salvador Camacho Roldan. En la madrugada del 17 se

habia ocultado él en casa de una familia Gálvis, en la calle de *los Curas* (hoy dia carrera 5ª al Occidente); pero á eso de las ocho de la noche la casa fué rondada por los democráticos, y Camacho hubo de escapar saltando tapias hasta llegar al riachuelo de San Francisco, sobre cuya orilla izquierda daba la puerta falsa ó de la caballeriza de la casa de don Aquilino. Por casualidad se sintió que golpeaban suavemente á esa puerta, la abrieron y Camacho pudo salvarse.

Al dia siguiente se nos apareció, saltando por encima de los tejados, Cárlos Martin, que habitaba la casa contigua y permanecia oculto. Mucho conversámos y conferenciámos allí los tres amigos y camaradas sobre la situacion creada y lo que debíamos hacer nosotros. Martin esperaba que la insurreccion no tendria apoyo y seria de corta duracion, y se inclinaba (porque siempre ha tenido cierto espíritu de conjuracion) á que se promoviese en Bogotá mismo una contrarevolucion, apelando á tres ó cuatro Jefes y algunos Oficiales que no estaban enteramente comprometidos con Melo, ó que habian sido arrastrados por sorpresa al movimiento ejecutado. Camacho y yo creímos que tal medio no era conveniente, ni realizable, y que lo mejor era salir á levantar prontamente los pueblos de Mariquita, Neiva y el Cauca, contra la dictadura militar y traidora y en defensa de la Constitucion. Y este fué nuestro partido. Martin permaneció en Bogotá, sin novedad alguna, durante todo el tiempo de la guerra civil, hasta los últimos dias de Noviemdre.

Miéntras que preparábamos Camacho y yo nuestra salida, con otros amigos, estaba yo muy preocupado en otro sentido, á más de lo que aparejaba la situacion política. Desde el 18 habia hecho saber sigilosamente á la señora Acosta que estaba en salvo y en buena parte, lo que la habia tranquilizado en lo tocante á mí; pero yo estaba inquieto, porque Solita, muy reservada y tímida como era, apénas me habia dejado adivinar su amor, sin explicarse claramente. Ella queria ser profundamente amada, pero tambien adivinada....Yo pasaba los dias de mi encierro llenando en prosa y verso todas las páginas de un lujoso álbum que habia comenzado á preparar para ella, y me proponia enviárselo como un regalo de despedida. Al cabo, el dia de mi partida, al caer la noche, la tia Ana María, que estaba en Bogotá, fué á visitarme

y darme las gracias por el álbum, en nombre de Solita. Al separarse de mí me dijo con la más alentadora amabilidad: "Que Dios le lleve con bien! Váyase *tranquilo* por lo que *espera* y *desea*, y cumpla con su deber como se lo dicte su conciencia. Despues *todo saldrá bien*."

Esto era lo que yo anhelaba, por el momento: me sentí, pues, lleno de confianza y brio para salir de Bogotá á desafiar todo peligro.

A las ocho de la noche salímos sucesivamente Camacho y yo, tomando diferentes caminos, con direccion á la casa del *Dividivi*, que era el punto de reunion señalado; de suerte que me fué menester atravesar casi toda la ciudad, escapando como pude de tres ó cuatro patrullas y logrando no ser reconocido. En el *Dividivi* nos reunímos con los señores Francisco, Domingo y Eustaquio Caicedo, y los cinco, armados y acompañados de un criado que llevaba algunas provisiones, emprendímos, protegidos por la oscuridad, la marcha á pié hácia los *Laches* (campo que hace parte del extenso y poderoso cerro de Guadalupe), por cuyos lados teníamos que ir á pasar el rio Fucha. Este grande y penoso rodeo era necesario para evitar todos los destacamentos que Melo tenia situados en los afueras de la ciudad, del lado meridional.

A eso de las cuatro de la mañana llegámos, mojados, ateridos de frio, rendidos de cansancio y muy estropeados por las malezas y asperezas de los cerros, á las casas de la hacienda de *San Isidro*, que entónces pertenecia al doctor Antonio Herran, Vicario general del Arzobispado. Allí descansámos durante dos horas y conseguímos algunas provisiones y una bestia de carga para que las transportase con nuestras exiguas maletas. Pero cuando yá estábamos en la orilla del rio Tunjuelo nos ocurió un percance tan desagradable como grotesco.

Súbitamente nos alcanzó corriendo un mozo de la hacienda y nos dijo: "Corran, porque viene gente armada!" Huir era difícil, pues en un extenso campo habríamos estado á la vista y nos hubieran dado alcance. Lo mejor era ocultarnos como pudiéramos inmediatamente. Pudo el peon ocultarse con la bestia detras de un matoral, del otro lado del rio; pero nosotros, los cinco, sólo tuvimos un recurso: hundirnos en un charco del rio (cuya agua estaba tan helada que parecia cortar como cuchillo), á la sombra de un espeso grupo de alisos, cuyas

ramas caian sobre el rio; y nos metímos hasta el cuello, con resolucion de consumir la cabeza, si esto era menester para no ser vistos.

Llegó, en efecto, á la márgen derecha del rio un oficial con un piquete de caballería, observó en todas direcciones, y no hallando nada sospechoso se alejó en seguida. Pocos minutos despues salímos de nuestro pozo con los miembros entumecidos y sin poder casi dar un paso.

Pasámos el rio como pudimos, y comenzámos al punto á subir la cuesta por el camino de Pasquilla. Tan empapados estábamos, que nuestros vestidos pesaban muchísimo y casi no podíamos caminar. Cuando ya estuvimos algo léjos y cubiertos por los grandes peñascos salientes de un cerro, hicimos alto, nos desnudámos y envolvimos en nuestras mantas, nos tendimos sobre la grama y el *frailejon* y pusimos á secar la ropa al sol.

Tres horas despues estábamos en la alta planicie del *Páramo de Pasquilla*, que en aquella época y otras posteriores ha sido excelente campamento de guerrilleros. Dondequiera la vegetacion era allí triste y raquítica, la soledad absoluta, el cielo estaba nublado y de color gris y el huracan nos azotaba el rostro........Yo describí la escena y las impresiones de aquel dia en una composicion poética intitulada *El Páramo*. Yá muy adelantada la tarde, pasámos por la orilla de un laguito llamado de los *Colorados*, excavado por los derrumbes y las lluvias en el fondo del páramo ó ventisquero del mismo nombre. Es profundo, de aguas oscuras y tranquilas, y tendrá poco más de cien metros de largo por cincuenta de ancho. Aquel paraje tiene todo el sello de la desolacion y de la más ruda tristeza.

Lográmos llegar más adelante á una miserable casucha, donde pernoctámos, cenando tolerablemente y durmiendo en el suelo como pudimos.

Al siguiente dia marchámos desde las siete de la mañana por un abominable camino, muy difícil de transitar áun á pié: pasámos hácia la una por Pasca, pobre aldea de indios que hizo histórica la nobleza de alma del conquistador Lázaro Fonte; y á eso de las cinco de la tarde cruzábamos el llano de Fusagasugá. Allí tuvimos otro percance. Al caer al llano oímos sonar la corneta de una compañía veterana enviada por Melo para cubrir aqulla via, que es una de las que comunican á Bogotá con el alto Magdalena. Temerosos de que nos alcanzasen

á ver, al atravesar una parte de la llanura que habia muy escueta y plana, tuvimos que caminar en cuatro piés, al abrigo de una valla de piedra, en un trayecto como de 300 metros. Pero, en fin, no hubo novedad, pasámos luego el rio Cuja, y á las siete de la noche recibíamos hospitalidad de los señores Muñoces en la hacienda de la Puerta.

Si don Francisco Caicedo Jurado (que ha sido uno de los más insignes caminadores á pié en esta tierra) iba muy fresco y sin novedad, los demas llevábamos los piés hinchados y casi lívidos y destrozados por las malezas y piedras del camino. Habíamos andado durante una noche y dos dias, y no podíamos dar un paso, sobre todo Camacho y yo. Despues me he endurecido con sufrimientos y campañas, pero en aquellos dias las jornadas á pié eran casi novedades para mí. Por gran fortuna conseguímos bestias, bien que por más del doble de su precio de alquiler, y pudimos seguir á caballo, por Melgar y el Cármen, hasta Santa Rosa.

Pero qué figuras las que llevábamos! En lugar de sillas de montar nos habian proporcionado simplemente *jamugas*,—especie de enjalmas hechas con calcetas ó bejucos de corteza de plátano,—y no teníamos frenos para guiar las cabalgaduras ni estribos para apoyar los piés. Hice para mi jamuga estribos con unos lazos plegados, atravesándoles en lo bajo unos palitos para asentar los piés sobre ellos. Cuando estuvimos á caballo, aderezados á la diabla, parecíamos todos *pajes de San Juan* derrotados; pero continuámos la marcha alegremente y nos creímos seguros, recorriendo aquellos hermosos campos solitarios, una vez que dejámos atras el impetuoso y profundo rio Inconozo, sobre cuyo abismo tendió la mano de Dios el maravilloso *Puente de Pandi*.

Horas terribles fueron las primeras de la noche, que pasámos subiendo la larguísima cuesta del *Muerto*, con lluvia, en la más profunda oscuridad y andando por atolladeros y barrancos; y despues, dignas de la pluma de un hábil escritor de costumbres las escenas de la posada que pudimos procurarnos. En un romance intitulado: *El canto del gallo*, que dediqué á Camacho Roldan, describí mucha parte de aquellos incidentes.

En el puerto de Santa Rosa me separé de mis compañeros. Camacho siguió con los Caicedos para Purificacion, y despues él solo para el Cauca á trabajar acti-

vamentente en el sentido de la reaccion constitucional, y yo me embarqué en una pequeña canoa, con Cárlos Abondano, bajé el rio al sol y al agua y llegué al dia siguiente á Ambalema.

XV.

EN CAMPAÑA.

Al desembarcar en Ambalema, abrumado de cansancio, con los piés todavía hinchados, asoleado y quemado, y áun hambriento,—porque casi no habíamos hallado qué comer en las orillas del rio,—encontré á mi hermano Silvestre en gravísima situacion. Estaba enfermo en cama, solo en su casa, pues apénas le asistia un criado inepto para el caso, y la fiebre le devoraba de tal modo que no me reconoció cuando le hablé. Eran las seis de la tarde, y al punto, sin consultar á nadie, resolví llevar á mi hermano á Honda.

Inmediatamente dispuse preparar una canoa toldada y comprometer los remeros necesarios, y miéntras esto se hacia tomé las convenientes providencias para dejar la casa y los intereses de mis hermanos en buena guarda y con la debida seguridad. Á la una de la mañana todo estaba listo. Hice trasladar á Silvestre, en una camilla, muy bien abrigado, al puerto del embarque, y cuando estuvimos dentro de la canoa les dije á los remeros ó bogas:

"Amigos; doble paga si nos llevan á Honda en ménos de seis horas (1)"

La oferta produjo el mejor efecto, porque ántes de las siete de la mañana, vogando sin cesar, estuvimos en el puerto superior de Honda, llamado del *Retiro*. Inmediatamente mi hermano fué puesto en manos de nuestro tio el doctor Alejandro Angulo, excelente médico y cirujano de mucho acierto, y gracias á sus eficaces recetas y á los cuidados de mi madre y toda la familia, al dia siguiente estuvo Silvestre fuera de todo riesgo.

Por lo que hacia á las cosas políticas, en Honda estaban yá organizando la defensa y preparando elementos para la campaña el coronel Mateo Viana, gobernador de la provincia, el coronel Arboleda (Julio), jefe de la incipiente columna *Tequendama*, que despues combatió

(1) Se gastan ocho ordinariamente en champan y en canoa.

con gloria, y el señor Justo Briceño, que habia dado en la Mesa, el primer grito de reaccion contra Melo, como gobernador de la provincia de Tequendama, y formado el múcleo de la columna, con el cuerpo del presidio y la escasa tropa que lo custodiaba.

En Honda me presenté inmediatamente á tomar servicio militar, pero el señor Viana prefirió darme una comision civil, transitoria, muy importante.

Gran parte de la poblacion era *melista* y hostil á nuestra causa, pero sin atreverse á manifestarlo. Era menester, por una parte, neutralizar aquella disposicion con la influencia de mi padre y la mia, y por otra, procurar prontamente recursos á las tropas y organizar la milicia de la ciudad. Con tales fines me nombró Alcalde el señor Viana. Acepté, trabajé con suma actividad, y en ménos de veinte dias se realizaron todos los objetos de mi nombramiento. Marché en seguida para Bogotá, junto con las tropas organizadas, que emprendian campaña de acuerdo con el ejército levantado en el Norte por el General Herrera, y que comandaba directamente el General Manuel María Franco, hombre de indomable y ciega intrepidez, que nos fué funesta. Los desastres sufridos por Herrera en Cipaquirá y Tíquiza, en los combates del 20 y 21 de Mayo, lo hicieron perder todo por el momento, y nos obligaron á contramarchar, hacernos fuertes en Honda y organizar la defensa en mayor escala, haciendo de todo el alto Magdalena la línea de operaciones del ejército del Sur.

Un incidente tan desagradable como característico me sobrevino entónces. Seguia yo funcionando como Alcalde cuando un dia, estando en mi oficina, oí los clamores de un sujeto á quién llevaban preso para la cárcel con órden terminante de ponerle en capilla para fusilarle al dia siguiente. El preso era el señor Mauricio Rizo, y la órden habia sido dada por el coronel Arboleda. Averiguando las cosas, resultó que habia sucedido lo siguiente:

Don Mauricio, que preparaba una embarcacion con mercaderías para llevar á su hacienda de Girardot, pensando sólo en su negocio habia enganchado unos tres ó cuatro soldados para llevárselos á ser colonos de sus tierras. En el momento en que los soldados, disfrazados de paisanos, se embarcaban, fueron sorprendidos, y como declarasen la verdad, el coronel Arboleda habia

reputado á Rizo como sujeto á la ordenanza militar y enviádole, con escolta, *á capilla*, diciendo solamente que le mandaria fusilar. Nunca creí que tal fuera su verdadera intencion, sino la de asustar á don Mauricio para imponerle una fuerte contribucion de guerra y procurarse así recursos para la tropa.

Pero es lo cierto que yo detuve la escolta, declarando qne Rizo no estaba sujeto á la autoridad militar sino á la civil, revoqué la órden de capilla y dí la de arresto ordinario, levanté inmediatamente el sumario del caso, y puse al sindicado á disposicion del juez competente. Arboleda, al saber lo que yo habia hecho, se enfureció contra mí y soltó expresiones muy ofensivas. Tuvimos por ello muy fuertes palabras, y acabámos por desafiarnos ruidosamente. Pero el General Paris, que acababa de llegar á Honda, y los señores Viana y Briceño intervinieron amigablemente y evitaron el escándalo de un duelo entre dos autoridades y dos defensores de una misma causa.

En cuanto á don Mauricio, pasó su susto y una mala noche en la cárcel, propuso composicion, y acabámos por arreglar las cosas mediante satisfaccion dada á la autoridad, un suministro en dinero y unos pocos soldados enganchados á su costa.

No pasaré en silencio un episodio dramático de aquellos dias, en el cual hube de figurar como uno de los actores principales.

La casa que entónces habitaba mi familia era la que hace esquina en Honda entre la calle que del puente de hierro del Gualí desemboca en la calle *Real* (llamada ahora, no sé á derechas si de *América* ó de los *Mártires*), y la prolongacion que de esta misma calle, paralela á dicho rio, conduce hácia el Magdalena. Así el patio de la casa domina, por el norte, la orilla derecha del Gualí, y por el oriente el vasto pedregal de la izquierda del Magdalena, lo que ofrece suma facilidad para bajar por el interior de la casa á bañarse ó coger agua en el primero de esos rios.

Hacia dos ó tres dias que habia llegado yo á Honda, cuando una tarde, en el empedrado patio, cercado de murallas y ruinas de poderoso calicanto, me mostraba mi hermana Agripina las muchas flores que habia logrado cultivar y hacer prosperar allí. Súbitamente oímos un grito que dieron desde el puente (el antiguo puente de

madera, hoy dia reemplazado con uno de hierro muy sólido y elegante), grito angustioso que decia:

"Socorro, que se ahoga un muchacho!"

Instantáneamente comprendí que quien se ahogaba en el rio, muy profundo debajo del puente, debia de ser uno de tantos muchachos, aguadores ó traviesos, que se bañaban frecuentemente en aquel sitio; y sin reflexionar en lo que hacia, sino siguiendo mis instintos, dí unos cuantos saltos hácia la orilla del rio, y al propio tiempo fuí quitándome levita, chaleco y pantalones y tirándolos al suelo. Quitéme en la márgen los botines, sobre un derruido bastion que sobresalia del agua, y me arrojé á las ondas vestido aún con la ropa interior.

Habia alcanzado á ver, en la mitad del rio(que allí tiene como cien metros de anchura) la cabeza del muchacho que se ahogaba, ya casi todo hundido, y dando unas diez ó doce braceadas le dí alcance. Pero no traté de agarrarle, porque sabia por experiencia lo peligroso que es salvar así á los que se ahogan; por lo que, dando un rodeo en torno del muchacho y consumiéndome, le dí una fuerte cabezada en las asentaderas, con lo cual le imprimí considerable impulso. A cada cabezada mia el pobre chico adelantaba, inerte, dos ó tres metros hácia la orilla, y al cabo le puse fuera del agua, á la vista de toda mi familia y de multitud de curiosos que desde el puente contemplaban el suceso.

Al punto levanté al chico en mis brazos, llevándole boca abajo, y así le colocámos sobre una silleta en el patio de casa. Por fortuna mi tio Alejandro estaba á la mano, porque vivia en la casa de enfrente, y á los dos minutos estuvo haciéndole remedios al ahogado. Entre tanto, la desolada madre del muchacho, que habia sabido que su hijo se ahogaba, le buscaba con angustia primero, y con desesperacion despues, en la orilla opuesta del rio.... Supo al cabo que le habian salvado, y yá puede el lector calcular cuán profunda no seria la emocion de alegría y gratitud de la acongojada mujer al hallar en casa á su hijo, bastante repuesto yá de las consecuencias del accidente.

Era esta la tercera vez que yo tenia la fortuna de salvar á un individuo que se ahogaba; pues á la edad de nueve años salvé de muerte casi segura á mi hermano Antonio, en *Chirirí*, y en 1840 á mi hermano Rafael, que se ahogaba en un profundo pozo del Gualí, al pié del

puente *Viejo*. Muy útil es saber nadar, y en casos tales el arrojo es quien mejor salva.

Tan luego como en Honda, á mediados de Mayo, recibímos noticia de la marcha resuelta de los Generales Herrera y Franco, en direccion hácia Cipaquirá y Bogotá, con el ejército improvisado en las provincias del Norte, todo colecticio, al propio tiempo que el General Paris se aproximaba á la Sabana con algunos voluntarios, por el lado de la Mesa, Viana y Arboleda resolvieron que de Honda nos moviésemos por el camino de Guáduas y Villeta, con el propósito de salir tambien á la Sabana, por el lado de Facatativá, y concurrir á operaciones generales en concierto para debelar las fuerzas de Melo y restablecer el Gobierno constitucional en la capital de la republica. Emprendí marcha, por tanto, incorporado como voluntario en la columna que comandaba el Coronel Viana.

Una noche pasámos en Guáduas y al dia siguiente, cuando nos movíamos sobre Villeta, recibímos la terrible noticia que á todos nos consternó. El General Herrera, con los doctores Pastor Ospina, Ramon Matéus, Ricardo Vanégas y otros ciudadanos, acababa de llegar al segundo de aquellos lugares, y venia de sufrir los lamentables desastres del 20 y 21 en *Cipaquirá y Tíquiza*. En el primero habian sucumbido el bizarro General Franco y otros patriotas, que imprudentemente se comprometieron en una accion innecesaria y absurda; y en el segundo se habia disuelto, derrotado casi sin combate, el ejército del Norte. Concertóse por lo pronto un plan de reaccion, reducido á defender la línea del Magdalena, organizar el Gobierno constitucional en Ibagué y fomentar la organizacion de un nuevo ejército del Norte, cuya base se formaria en la Costa del Atlántico; y tornámos hácia Honda para defender este punto estratégico de capital importancia.

De paso me ocurrió en Guáduas un incidente jurídico muy curioso que vale la pena de ser referido.

En Guáduas habia estado sufriendo la pena de reclusion una mujer célebre como insigne criminal, y ésta habia logrado fugarse de la casa de castigo, favorecida en su evasion por una muchacha, á quien su amante habia instigado con este fin. La pobre muchacha, acusada por este delito, estaba sometida á juicio, y habia confesado su culpabilidad de llano en plano. Mi hermano Manuel, que á la sazon residia en Guáduas con su familia, habia sido nombrado por el Juez de la causa, defensor

de la muchacha, y el dia mismo en que yo iba á regresar á Honda, siguiendo la retirada de la Columna, debia celebrarse el juicio ante el Jurado.

Aprontábame yo para montar, cuando mi hermano me dijo :

—Tengo que pedirte un servicio.

—Cuál? mánda lo que sea, respondí.

—Bien sabes que nada entiendo de abogacía......

—Pues!

—Y hoy tengo que hacer una defensa ante un Jurado. ¿ Quieres hacerme el servicio de llevar la palabra en mi lugar?

— ¿ Pero qué diablos podré yo decir sobre una causa que absolutamente no conozco?

—Oirás leer el proceso, improvisarás la defensa, y en todo caso lo harás mejor que un lego como yo.

No habia remedio : la observacion de mi hermano era muy fuerte, y yo debia complacerle. Nos fuímos juntos para el Juzgado, y pocos momentos despues se abrió la sesion del Jurado. No habia defensa posible : el delito de evasion estaba comprobado hasta la evidencia, y la confesion de la acusada excusaba toda prueba ó alegacion en contrario. ¿ Qué podia yo hacer? "Aquí del *golgotismo* ! " me dije, cuando, despues de leido el proceso y oida la acusacion del Agente fiscal, me llegó el turno de hablar. Improvisé la más *golgótica* ó radical perorata que jamas se hubiera imaginado en la difunta *Escuela republicana*, delante de un numerosísimo auditorio de vecinos y de conservadores en campaña, entre los cuales figuraban el coronel Julio Arboleda y el doctor Ospina.

Mi tésis fué la siguiente : La mujer es y será siempre lo que el hombre quiera que sea, porque el poder de éste, para el mal, es irresistible ; si la acusada ha facilitado la evasion de la criminal reclusa, por sugestiones de su amante, interesado en el hecho, este individuo, no sometido á juicio, es el responsable, y no ella, que obró bajo una presiion moral ineludible. Sobre este tema fabriqué la más extravagante perorata, toda dirigida á mover el corazon y ofuscar la razon de los jurados; y éstos, pasmados de admiracion, quedaron tan persuadidos que, con escándalo de casi todos los oyentes, pronunciaron un veredicto absolutorio....

El doctor Murillo y Ricardo Vanégas, que estaban

de paso en Guáduas, reian á carcajadas, celebrando aquel triunfo del radicalismo.

Uno de los jurados(Don Timoteo Márquez) decia con gran satisfaccion:

"Son incontestables los argumentos del doctor Samper."

Y don Rafael Arango, viejo comerciante, muy conservador, machucho, tosco en su decir y de educacion burda, le decia á mi hermano, en tono de despecho:

"Cómo siento, don Manuel, que su hermano don Pepe esté afiliado en esa canalla de los *gólgotas*...."

Con lo que mi hermano reventaba de risa.

XVI

CONTINÚA LA CAMPAÑA.

Inmediatamente despues de los desastres de Cipaquirá y Tíquiza, el General Herrera expidió en Villeta, como encargado del Poder Ejecutivo nacional, un decreto de convocatoria del Congreso que Melo habia dispersado, para reunirse en Ibagué en el mes de Junio. Como Secretario que era yo de la Cámara de Representantes, mi concurrencia á Ibagué era necesaria, pues habiéndose efectuado súbitamente la disolucion de hecho del Congreso, no se podia contar con documento alguno, y sólo yo podia, de memoria, suministrar una multitud de informes importantes. Así, hácia fines de Junio púseme en camino para Ibagué, con ánimo de prestar los servicios más indispensables en la Cámara y salir luégo á campaña.

Un recuerdo muy doloroso, entre otros muy gratos, me quedó de las dos semanas pasadas entónces en Ibagué: la despedida del general Herrera. Habia este gallardo militar y noble patriota sufrido cruelmente á causa de sus derrotas de Cipaquirá y Tíquiza, pues muy pundonoroso y susceptible como era, le exasperaba la idea de que le imputasen á debilidad respecto de Franco, á ineptitud ó á cobardía la pérdida del primer ejército del Norte, y con ella los enormes sacrificios que habian de hacerse. En una hermosa tarde, víspera del dia en que Herrera debia partirse de Ibagué con Ricardo Vanégas y otros compañeros de campaña, el General estaba muy triste. Vanégas y dos ó tres amigos más nos paseábamos con él, del lado sur de la ciudad, por la orilla de la altísima

barranca, cubierta de grama y olorosos arbustos, que domina el abismo por cuyo fondo corre el impetuoso y espumante Combeima. Departíamos haciendo cálculos sobre la fecha en que concluiria la guerra civil y los resultados que produciria nuestra victoria, cuando súbitamente Herrera se volvió hácia mí diciendo :

—Ah ! nada de eso veré yo !

— ¿ Por qué, General ? le pregunté con alguna extrañeza.

—Porque yo he de morir en la próxima campaña.

—Morir ? oh ! repuse, — nadie sabe qué suerte correrá !

—Sí ; yo moriré, porque *necesito* hacerme matar ! exclamó.

—No veo la razon que haya para ello.

—Es menester que yo muera combatiendo para dejar bien puesto mi honor militar.

—Oh ! General ! deseche usted esas ideas, repliqué. Su honor militar está muy bien puesto, así como su reputacion de patriota.

—No hablemos más de eso....

En efecto, todos callámos y luégo mudámos de conversacion.

Al dia siguiente muchos le acompañámos hasta el *Vergel.* Allí, al darme el abrazo de despedida, me dijo : "Adios....y para siempre ! "

Y no volví á verle, sino muerto, en la noche del 4 de Diciembre, en Bogotá....El denodado General le cumplió á la Muerte su terrible palabra !

Jamas ninguna pequeña localidad, entre nosotros, se vió tan colmada de hombres eminentes como Ibagué, con motivo de haberse fijado allí provisionalmente la capital de la República. Allí se hallaron el señor de Obaldía y sus Secretarios José María Plata (liberal), Pastor Ospina (conservador) y Ramon Matéus (radical) ; magistrados como los ilustres José Ignacio de Márquez y Lino de Pombo ; mienbros eminentes del Congreso, como Mallarino, Gutiérrez Vergara, Fernández Madrid y Murillo, y viejos veteranos de la independencia, como los Generales Ortega y Vélez.

Llegó al cabo el General López, senador, nombrado General en Jefe del ejército del Sur, quien venia del Cauca, donde habia prestado yá importantísimos servicios, y como él queria que yo le acompañase y era grande mi

impaciencia al ver que no se reunia *quorum* para restalar el Congreso, resolví no perder más tiempo en Ibagué. Redacté, pues, un extenso y laborioso informe sobre los trabajos que la Cámara de Representantes habia ejecutado hasta el 15 de Abril; acompañé á tal informe mi renuncia de la Secretaría y de todo sueldo y viático; recomendé á Manuel Pombo como el más propio para reemplazarme, y salí á campaña con mi venerable amigo el General López.

Debo hacer notar, porque el hecho me honra y no es comun, que hice toda la campaña, desde Julio hasta Diciembre, á mi costa. Llevé á ella dos caballos propios y jamas monté ningun bagaje de brigada; llevé en cóndores y recibí despues de Ambalema, por junto, más de $ 1,000, y los gasté íntegramente, sobre todo en atender á préstamos y petardos. Fuí provisto de un sencillo uniforme de bayeta (blusa y pantalon) y de espada, pistolas y trabuco, y en nada gravé al Tesoro público. No recibí sueldo alguno ni racion; y el 5 de Diciembre, al dia siguiente de la victoria definitiva, presenté al Secretario de Guerra un memorial en él cual renuncié no sólo todos los sueldos y raciones militares, sino tambien los ascensos á Capitan y Sarjento-Mayor con que sucesivamente me honró el General López.

La villa del Espinal habia sido designada como cuartel general. Al llegar allí, el General López me nombró Teniente 1º, con funciones de uno de sus ayudantes ó edecanes, y me dió una comision muy importante: la de ir al punto como jefe de una Comision de Estado mayor, á levantar, con dos alumnos del Colegio militar (Alejandro Caicedo y N. Bohórquez) el mapa del rio Magdalena, en el trayecto comprendido entre sus afluentes Saldaña y Coello. La comision era muy penosa y no poco peligrosa; y la desempeñámos á entera satisfaccion del Estado Mayor general, presentando yo, con el mapa, un extenso y minucioso informe que elaboré sobre todo lo relacionado con los elementos de ataque y defensa y condiciones estratégicas de las márgenes del rio en todo el trayecto mencionado.

Al desempeñar aquella comision nos ocurrió un caso curioso. Con la imprevision propia de unos jóvenes sin experiencia de la guerra, partímos del Espinal sin llevar ninguna clase de provisiones de boca. Á duras penas hallámos algo que comer en las orillas del Sal-

daña, y despues, por la noche, en un rancho de la márgen izquierda del Magdalena, entre las desembocaduras de los rios Saldaña y Luisa, hubimos de conformarnos, ántes de dormir tirados en el suelo, con tomar en *totuma* un poco de agua de panela cocida, acompañada con plátano verde asado.

Al dia siguiente fué peor. Las orillas del Magdalena estaban desiertas, y cuando atracámos la canoa al pié de alguna casucha no hallámos cosa alguna que nos quisiesen vender. En cierto sitio solitario encontrámos un pescador que nos vendió unos cinco pequeños peces de los llamados *tolombas*, y nos los comímos asados á la diabla, sin sal y con acompañamiento de panela. Al pa sar por enfrente de Peñalisa hubímos de hacerlo con alguna precaucion, porque sabíamos que en ese lugar (punto fuerte y dominante sobre la banda derecha del rio) habia estado dos ó tres horas ántes un destacamento de las fuerzas de Melo.

Llevábamos nuestra canoa muy cerca de la orilla izquierda, en un trayecto solitario, abajo de Peñalisa, cuando alcanzámos á ver un hermoso venado que se abrevaba tranquilamente en la playa de la márgen derecha, á una distancia como de más de doscientos cincuenta metros. Al punto hicimos parar la canoa contra la corriente, porque yo llevaba un excelente rifle que me habia prestado el doctor Francisco Caicedo Jurado, me arrodillé á médias, puse la puntería y disparé. El venado dió un enorme salto sobre el arenal, cayó, se levantó y se fué lentamente hácia la orilla del cercano bosque, donde se agazapó.

"Está mortalmente herido! grité; voguemos hácia la opuesta orilla!"

En efecto, fuímos hácia ella con mucha rápidez, y cuando llegámos á la playa vi que el venado se agitaba entre las ramas, y no le dí tiempo para huir, sino que con una carabina de caballería le disparé otro tiro. Nos acercámos y hallámos el animal muerto: era una hermosísima venada de bello pelaje bayo ó amarillo pálido y rojizo. Al punto la llevámos á la canoa, y continuámos alegremente nuestros trabajos de cartografía y estrategia, seguros de que con tan bella caza podríamos proporcionarnos buen alimento.

Efectivamente, al arribar al pueblecito de Coello, en la desembocadura de este rio, hicimos el trato en una

casa de que nos sirvieran una opípara comida en cambio de casi toda la venada. De ésta nos comimos las asaduras solamente, pero la *patrona* ó casera nos dió excelente caldo de huevos, gallina asada, puchero ú *olla*, pescado, leche, dulces y cuanto quisimos tomar. De este modo un tiro bien aprovechado nos proporcionó los alimentos que de otra suerte no hubiéramos conseguido. Y digo esto, porque la "patroncita" no queria vendernos cosa alguna por nuestro dinero, ni nadie en el pueblo, y el halago de la hermosa venada, con cuya adquisicion hacia muy buen negocio, fué el que la introdujo á servirnos una abundante, variada y sabrosa comida.

¡Cuántas veces no acontece en nuestras tierras calientes del valle del Magdalena una de dos cosas curiosas: ó que uno puede viajar sin dinero, atenido enteramente á la generosa hospitalidad de los comarcanos, muy rara vez desmentida; ó que, llevando reales, corre el riesgo de morirse de hambre en algunas campiñas solitarias ó poco pobladas, ya por no encontrarse comestibles, ya porque algunas campesinas que los tienen los ocultan y absolutamente rehusan venderlos! De estos casos contrarios me han ocurrido algunos en los Estados del Tolima, Cundinamarca y Santander.

Apénas regresé al Espinal cuando inmediatamente me confió el General en Jefe una comision áun más delicada: la de ir á comunicar verbalmente y someter á la aprobacion del Gobierno el plan de campaña que se acababa de concertar; plan que era peligroso reducir á escrito en pliegos oficiales, porque en el camino y en Ibagué habia no pocos melistas. Caminé, acompañado solamente por un soldado de caballería, durante la noche entera, haciendo esfuerzos de memoria para no olvidar ni confundir ni el menor detalle del plan de campaña; á las nueve de la mañana estuve en Ibagué y lo expuse minuciosamente delante del Consejo de Gobierno, y á medio dia, provisto de un pliego oficial que decia simplemente: "Aprueba el Gobierno en todas sus partes lo que acabais de hacerle comunicar verbalmente," y con instrucciones tambien verbales, regresé hácia el Espinal.

Llegué á eso de las once de la noche, y yá el lugar estaba desierto. El General López habia emprendido marcha con el ejército y pasado el Magdalena, dejándome, con el patriota cura doctor Gálvis, instrucciones escritas sobre lo que debia hacer. A las pocas horas conti-

nué mi marcha, llevándome toda la gente que se habia quedado rezagada, por falta de alguna cosa ó por enfermedad leve, pasé luégo el rio por Peñalisa, y me incorporé al ejército en Tocaima. A los dos ó tres dias de nuestra llegada á la Mesa, en Agosto, hubo Camacho Roldan (que era el Secretario-ayudante mayor del General en Jefe) de ausentarse para concurrir al Congreso como Representante; y en reemplazo de él me nombró Secretario suyo el General López, ascendiéndome á Capitan

La vida que pasámos en la Mesa fué de suma actividad, de continua vigilancia, de gran trabajo para la concentracion y definitiva organizacion del ejército, así como para dirigir los movimientos estratégicos hácia la sabana de Bogotá y combinar las operaciones con el ejército del Norte, que comandaba en jefe el General Mosquera, y de constantes penalidades, ocasionadas éstas por continuos alarmas, por indiciplina de varios Jefes voluntariosos y de unos cuantos batallones (sobre todo los cuatro antioqueños), por la falta de agua y de buenos víveres, y por las enfermedades que comenzaron á reinar. La disenteria se volvió epidémica, y yo, muy fuerte, robusto y resistente, al cabo hube de pagar mi tributo á la epidemia.

Yo tenia tantas ocupaciones y trabajaba tan asiduamente, que llegué á hacer varias veces este esfuerzo mental: dictar á un tiempo tres comunicaciones distintas á tres ayudantes, en tanto que yo redactaba y escribia otra. El General López se aturdia de mi actividad y laboriosidad, y cada dia me estimaba y queria más. Caí gravemente enfermo y estuve en peligro de muerte, á tal punto, que una noche, interrogados los médicos con ansiedad por el General López (uno de ellos era el que habia operado á Elvira en Ambalema), le declararon que si dentro de tres horas no hacia crísis mi mal, á virtud de ciertos remedios heroicos que iban á aplicarme, moriria al dia siguiente. Por fortuna, fueron eficaces dichos remedios, hubo crísis y me salvé.

Un caso curioso de fecundidad para improvisar en verso, me ocurrió en el mes de Octubre, durante la estacion en la Mesa; caso que fué la sublimacion de otros dos algo semejantes.

Recuerdo que una noche, siendo estudiantes y condicípulos Manuel Pombo y yo (en 1845 ó 1846), concurrímos á una tertulia en casa de las amables señoritas

Peñas, muy dignas de aprecio y muy sociables, que bailaban primorosamente, y no perdimos el tiempo. Bailámos con entusiasmo y sin perder ni una pieza, y como á título de poetas principiantes fuímos invitados á brindar muchas veces en verso, lo hicimos, tanto en la sala como en el comedor, con suma verbosidad. No sólo estuvimos improvisando allí mil bagabunderías chistosas durante unas cuatro horas, sino que luégo, al salir de la tertulia, seguímos charlando en verso por las calles ; y habiéndome dado Pombo hospitalidad en su cuarto aquella noche, seguímos hablando en verso á oscuras, no poco achispados, hasta que Morfeo tuvo á bien cerrarnos los ojos y la boca.

La víspera del dia en que habíamos de seguir de Guáduas para Villeta, en Mayo de 1854, el Coronel Arboleda, que era muy aficionado á sorpresas militares, hizo dar á las nueve de la noche un falso toque de alarma para probar las disposiciones de la tropa ; y cuando hubo pasado todo el movimiento, el mismo Arboleda nos llevó á varios amigos á su alojamiento á tomar una copa de vino. Como él era insigne poeta, y entre los presentes habia tres más de la cofradía (Lázaro María Pérez, Pedro Alcántara Camacho P. y yo), en breve nos pusimos á brindar en verso, y durámos cosa de tres horas hablando mucho y sin decir una palabra en prosa. Arboleda estuvo maravilloso en sus improvisaciones.

El caso se repitió una noche, en la Mesa, en el mes de Octubre, pero en mayores proporciones. Muchos Jefes y Oficiales comíamos en una fonda que sostenia un extranjero, y una noche, al acabar de merendar, á eso de las siete y média, álguien recitó ó improvisó, por acaso, alguna cosa en verso. Quién dijo tal !

Al punto respondió Arboleda en verso, con mucho garbo, y como todos estábamos de humor convinimos en que sólo se hablaria en verso, añadiendo esta dificultad : que toda estrofa que se improvisara habia de tener por pié ó punto de partida el último verso que se pronunciara. El que hablara en prosa debia ser multado en una botella de cerveza, y toda la provision de multas debia ser despachada en seguida por nosotros. A más de Arboleda, Pérez, Camacho Pradilla y yo, estaban en la reunion Rafael Pombo y otros dos ó tres poetas ; y armámos tal gazapera de improvisaciones, que aquello fué, durante siete á ocho horas, el más curioso chisporroteo de fuegos

artificiales sostenidos con la palabra, en constante lucha de chispas, agudezas y oportunísimas ocurrencias.

De tal modo solté la vena, por mi parte, que si tenia alguna chispa de cerveza y vino, por las muchas copas que bebí, áun mayor era la de versificacion: una verdadera embriaguez de versos, producidos y oidos en todos los metros posibles. A eso de las tres de la mañana nos dispersámos, y todavía yo, — como un reloj con la cuerda reventada, — seguia solo hablando en verso por la calle, en direccion al Cuartel general; y al dia siguiente me contaron que yo habia estado durante cerca de média hora apostrofando en redondillas, cuartetas y quintillas á unos tres árboles que habia en la plaza de la ciudad.

De la casa que era cuartel general me trasladaron á otra, convaleciente y en muy delicada situacion, para que una buena señora me asistiera, así como al jóven Isidoro Ricaurte, sobrino del General López, que se hallaba en estado idéntico al mio; y el General tuvo la fineza de dejarnos al cuidado de su mejor médico, al emprender operaciones sobre la Sabana.

Hacía veinticuatro horas que el Ejército del Sur habia marchado todo hácia la Sabana, por las escabrosas vias de San Antonio y Cincha, para salir á Tequendama, reunirse allí y emprender operaciones decisivas sobre Bogotá, por Soacha y Bosa, cuando una mañana, al despertar, le dije á mi compañero de convalecencia:

—Parece que la mañana está muy hermosa é incita á salir al campo.

—Así lo creo, respondió Ricaurte.

—Diantre! ¿no le parece á usted que nuestra situacion es muy ridícula?

—¿Por qué, mi Capitan?

—Bah! Sufrir uno durante unos cuantos meses todas las penalidades de la campaña, y al cabo, cuando todos los compañeros marchan para ir á combatir, quedarse en una cama, tomando sagú y aguas cocidas y aplicándose fomentaciones, en la menguada condicion de convaleciente de una disenteria!

—Esto es realmente doloroso!

—Pues pongámosle remedio.

—¿De qué modo?

—Apeándonos de la cama para montar á caballo.

—Qué idea tan feliz!

—Pues, manos á la obra!

—Bueno; ¿pero qué dirá el doctor Díaz?

—Le harémos mil argumentos, y si estos no valieren, nos alzarémos contra la dictadura de Hipócrates.

Al punto mandámos traer nuestros caballos y el de nuestro médico. A poco rato llegó éste á visitarnos y le propusimos nuestro proyecto. Tuvo en el primer momento sus escrúpulos de responsabilidad; pero luégo reconoció que el ejercicio lento á caballo y el cambio de aires, dejando los de la Mesa, infestados, por los puros y fortificantes del camino, nos harian gran provecho, apresurando nuestra convalecencia. Una hora despues montámos trabajosamente, pues éramos dos esqueletos y carecíamos de fuerzas.

Apénas bajámos de la *Punta* de arriba, de la Mesa que fué de Juan Díaz y luégo se llamó simplemente la Mesa, y pasámos por el paraje denominado *Guayabal*, cuando nos sentímos revivir y empezando á regenerarnos. Más adelante, en el *Hospicio*, tuvimos apetito y tomámos chocolate, alimento reputado muy pesado para unos convalecientes como nosotros, pero que nos sentó mejor que el empalagoso sagú. En Tena nos brindaron con un trago de buen brandy, y nos hizo admirable provecho. Muy adelante llegámos á pedir agua en una casa y estaban comiendo: nos invitaron cordialmente, sin conocernos, y tomámos suculenta mazamorra, sabroso puchero y una chicha.... capaz de resucitar muertos. Adios disenteria! ni rastro de ella quedó. Dormímos á orillas del Bogotá, en la *Playa*, filosóficamente tirados en el suelo sobre nuestras mantas, y al dia siguiente éramos hombres. Luégo almorzámos opíparamente en *Cincha*, y cuando ménos lo pensó el General López le alcanzámos en las casas de Tequendama.

Durante los últimos dias de mi enfermedad habia regresado Camacho Roldan al Cuartel general y recuperado su puesto de Ayudante Secretario. No pudiendo el General en jefe tener dos capitanes entre sus ayudantes, le insinué que me rebajara el grado para poder seguir con él, ó que me diese la más humilde colocacion para poder combatir. Pero él prefirió darme el mando de una nueva compañía del escuadron *Guías*, que se estaba reorganizando. El comandante del escuadron era el hermoso, hercúleo, simpático y valientísimo Clodomiro Ramírez, que habia ejecutado en Roldanillo proezas asom-

brosas; la primera companía, mandada por un capitan negro, cumplido caballero, se componia de negros del Cauca, muy valientes pero de difícil manejo; la segunda, que se me confió, se componia de jóvenes de Bogotá, muy resueltos á cumplir con su deber. Recuerdo entre otros al sargento Isidoro Ricaurte, al sarjento (doctor) Pedro Alejo Forero, á los cabos Teodoro Valenzuela (doctor) é Ignacio Ortiz, y á muchos soldados que eran finos cachacos bogotanos.

XVII

OPERACIONES Y BATALLAS.

No referiré los detalles de la campaña, durante los dias de organizacion y asedio que pasámos sucesivamante en *Puerta-grande*, *Terréros* y *Fucha*, y me limitaré á referir algunos episodios personales de aquella ruda é inolvidable campaña en que todos cosechámos algunos laureles, — yo talvez el que ménos.

Yo no tenia idea de lo que era una batalla, en calidad de actor. La de *Bosa* me inició en los peligros del combate, pues aunque no todo mi escuadron combatió materialmente, nos hallámos en medio de la humadera, prontos á todo, á doscientos metros del *Puente de Bosa*, donde el Coronel Enao sostuvo lo más recio de la pelea. Hubo un momento terrible en que el General Espina se legó á nuestro escuadron, formado en columna en la mitad del camino, y le dijo al Comandante:

— ¿ Tiene usted en su escuadron algun buen tirador de rifle?

—Ahí está el capitan Samper, contestó Ramírez señalándome.

— ¿ Puede usted cedérmelo por unos minutos?

— ¿ Para qué, mi General?

—Hay entre la tropa de Melo, del otro lado del rio, una compañía de tiradores, parapetada detras de un vallado de céspedes, que nos hace mucho daño. Uno solo talvez de esos tiradores nos ha matado yá cosa de doce ó trece hombres en un punto reducido, y necesitámos librarnos de tan certero enemigo.

—Capitan Samper, ¿ quiere ustéd ir? preguntó él Comandante.

—Haré lo que usted me mande y la disciplina permita

—Pues vaya usted y vuelva pronto.

Llegámos al pié de las tapias del puente, habiendo dejado yo mi caballo atras en manos de un soldado de mi escuadron que me acompañaba. El fuego allí era nutridísimo y terrible. Allí estaban peleando como soldados el viejo General Vélez y don José María Plata. Seguí por el pié de la trinchera que se habia improvisado á la márgen izquierda del rio, y vi unos cuantos hombres tendidos en el suelo, muertos ó heridos. Al punto observé de qué lado provenia el certero fuego que nos hacia tanto daño. Cojí á un soldado y le dije:

—Llénese usted de yerba y paja las espaldas y la cintura, entre la camisa y la blusa, y vaya sacando el cuerpo lentamente en la extremidad de la trinchera, de modo que le vean el bulto del cuerpo, pero que sólo asomen la blusa y la paja.

—Estoy listo! dijo el soldado, acabando de aderezarse, en tanto que yo, con una bayoneta, perforaba los cespedones de la trinchera para poder observar por el agujero y apuntar luégo con el rifle que me habian dado.

—Ahora! grité.

El soldado sacó el bulto falso con precaucion, y un instante despues un balazo le atravesó la paja con que se habia acolchonado.

—Bueno! exclamé; ya sé dónde está mi hombre.

Ensanché el agujero, introduje el cañon del rifle, preparé y apunté, y en seguida dije al soldado:

—Vuelva á sacar el bulto.

Apénas lo hizo, cuando sobresalió en la trinchera del enemigo, entre dos cespedones, la cabeza del tirador melista, y movió los brazos para tender su fusil y apuntar. No le dí tiempo: hice fuego, y el hombre cayó para atras, soltando el fusil.... No perdímos allí ni un solo hombre más, y cumplida mi comision volví á incorporarme á mi compañía. Pero durante una semana no pude dormir en paz: despierto ó en sueños, veia la cabeza del hombre á quien habia matado....y sentia horror, bien que habia cumplido con mi deber.

La batalla de Bosa pudo ser muy distinta de lo que fué: una victoria completa y decisiva, en lugar de un prolongado y sangriento rechazo del enemigo, que nos atacó bizarramente y al cabo huyó dejándonos dueños del campo y libre el camino de Bogotá, pero con no pocos muertos y muchos heridos en nuestro campamento. Se-

gun el plan combinado por el General López, de acuerdo con su Consejo de Generales y con la aprobacion del General en Jefe de los ejércitos, que lo era el General Herran, nuestro ejército debia situarse así: en el ala izquierda, una columna comandada por el Coronel Viana que ocuparia las casas de la hacienda de Olarte, excelente posicion, para defender los puntos vadeables del rio, impedir que nuestro centro fuese flaqueado, amenazar constantemente la derecha del enemigo, y, llegado el caso, atacarle por retaguardia. En nuestra derecha, la columna Tequendama, comandada por el Coronel Arboleda, situada en *Casa-blanca* para formar el equivalente de la de Viana, y con órden de vadear el rio, llegado el momento oportuno, y caer sobre la retaguardia enemiga. En el centro, á vanguardia, el batallon Salamina, situado en el Puente de Bosa, con órden de hacer una falsa defensa y ceder luégo el punto para inducir al enemigo á lanzarse por el largo camellon hácia la *Cruz de Terréros*, entre dos filas de tapias; y á lo largo de estas tapias todos los cuerpos de inmediato combate del centro, con la reserva, principalmente de caballería, en la misma Cruz de Terréros.

Una de dos cosas tenia que suceder: ó Melo nos atacaba en toda regla, empeñando batalla con el grueso de sus fuerzas, y éstas habrian sido destrozadas y cogidas á tres fuegos en el centro, obteniéndose de una vez una victoria decisiva; ó se limitaba á tratar de tomarnos el puente de Bosa, y podíamos flaquearle por Casa-blanca, pasar rápidamente por allí todas nuestras fuerzas, y en breve, á traves de campos enteramente abiertos, irnos sobre Bogotá y tomarlo, dejando á Melo sin base de operaciones, ni parque ni recursos, en la Sabana.

Pero Arboleda propuso otro plan distinto, más audaz y ménos seguro, que le rechazaron, y disgustado por esto, no sólo no obró como debia, sin cooperar eficazmente por nuestra derecha, sino que indujo á Henao á desobedecer las órdenes que se le dieron. Con una expresion que podia tener dos sentidos: "Diga usted al General que el batallon Salamina *no sabe* retirarse," palió su desobediencia, y se la hizo perdonar con su heroismo.

No quiso ceder una línea del *Puente* de Bosa, peleando sólo con 200 hombres contra más de 2,500, y entónces hubo que cambiar prontamente las operaciones, enviando batallon tras de batallon á sostener al Salamina,

acercando todos los cuerpos del centro y de la reserva al teatro del combate, moviendo varias compañías de caballería para amenazar á Melo por Olarte, y empleando nuestra artillería para desconcertar su reserva, que estaba en *Chamicera*. Así la batalla duró cosa de siete horas, casi concentrada sobre el Puente, y al cabo el enemigo tocó retirada y nos dejó dueños del campo, con el camino libre, el de Soacha á Bogotá, para atacar la ciudad por el sur y el sudoeste.

Aquella noche mi escuadron estuvo constantemente en guardia, en el centro de un potrero, á cosa de 400 metros de las tropas de Melo. Con frecuencia alcanzábamos á oir los ¡ quién vive ! de centinelas apostados sobre las tapias divisorias de los potreros, en las avanzadas que habia cerca de las casas de Chamicera. Cada uno de nosotros, sentado en el suelo húmedo y entre charcas (pues el invierno era riguroso) tenia del diestro su caballo, pronto para lo que pudiera suceder. A eso de las diez de la noche sentí, como muchos compañeros, una sed devoradora, pues por todo alimento habíamos tomado, despues del desayuno de las seis de la mañana, panela y aguardiente. Dejé mi caballo al cuidado de un soldado y me fuí por la profunda oscuridad del llano, en cuatro piés, buscando algun charco donde hubiera agua.

Qué agua podia hallar que no fuera inmunda ! todo era fango líquido en el cual no se podia beber de ningun modo. Me ocurrió entónces una idea feliz, que aconsejo á los que lleguen á encontrarse en caso igual : á falta de ruana, porque la habia dejado con mi montura, ó de otra tela fuerte, saqué mi pañuelo de bolsillo, lo hice una bolsa y con la mano libre llené esta bolsa de barro líquido ; torcí luégo el pañuelo, y el agua fué pasando como por un filtro. La bebí así con delicia, y en breve, comunicado á otros el recurso de que me habia valido, todos los del escuadron aplacaron la sed, empleando como filtros unos las ruanas y otros hasta sus blusas. Recuerdo que Teodoro Valenzuela, al beber el agua de barro, de rodillas sobre la márgen del pantano, decia : "En realidad, aunque aquí no haya cumbre sino un hoyo, esta es la fuente de Hipocrene." Y nos pusimos á improvisar versos.

Al dia siguiente Melo habia desaparecido con todas sus tropas, retirándose por el camellon de Occidente para volver á Bogotá, encerrárse allí torpemente, como el avestruz que esconde la cabeza en un hoyo, y aguar-

dar el ataque combinado de los ejércitos del Sur y Norte. Al punto se nos dió la órden de marchar para ir á tomar todo el terreno de las cercanias de Bogotá, comprendido entre el barrio de Santa Bárbara y el riachuelo Fucha; operacion que fué bárbaramente ejecutada, pero sin dar un tiro ni sufrir cosa alguna nuestro ejército. Digo que fué bárbaramente ejecutada, porque, pudiendo haber pasado á traves de los potreros hasta situarnos con seguridad en la línea del Fucha, y en seguida ir tomando posiciones ventajosas desde el Aserrío, arriba, hasta Tres-esquinas ó más abajo, todo el ejército fué embocado á lo largo de todo el camino real, encerrado entre tapias como en una calle, con riesgo inminente de encontrar allí terribles y numerosas emboscadas y ser destrozado sin poder dañar al enemigo. Por fortuna, Melo estaba atolondrado ó no entendia de dirigir ejércitos, sino sólo disciplinar soldados y pelear valerosamente cuerpo á cuerpo, y nada hizo para cerrarnos el paso. Cuando nos atacó en el arrabal de las *Cruces*, el mismo dia, yá estábamos sólidamente establecidos en nuestro extenso campamento.

El combate fué muy rudo aquel dia en toda la línea del camino trasversal entre la plazuela de Las Cruces y Tres-esquinas. El campo de batalla era un laberinto de potreritos, huertos y solares cercados de tapias y de vallados hondos ó inversos (vulgo *chambas*) con innumerables árboles y muchas casas. No habia punto alguno desde el cual pudiera dominarse el campo para dirigir la accion, y se peleaba á la aventura contra numerosas y fuertes emboscadas de la infantería de Melo. El General López se subió sobre una casa en Tres-esquinas, y allí, montado en el caballete, con su corneta de órdenes al lado, daba las suyas. Le silbaban las balas casi tocándole, y con noble impavidez y tranquilo heroismo lo que procuraba era proteger con su cuerpo á su corneta, un negrito como de puince años.... Aquel dia el General López fué sublime.

Al cabo de cuatro horas de combate, dos movimientos de flanco hechos, uno por el General Rafael Mendoza por abajo de *Ninguna-parte* ó los potreros de la *Estanzuela*, y otro ejecutado al oriente sobre las primeras colinas del cerro en direccion á *Belen*, obligó al enemigo, temeroso de ser cortado, á retirarse y dejarnos dueños del campo y de casi todo el barrio de Santa Bárbara.

Un episodio hubo en que ocurrieron extrañas casualidades y circunstancias.

Entre los escuadrones de nuestra caballería figuraba uno, compuesto de llaneros de San Martin y comandado por el Coronel Hipólito Gutiérrez y el Comandante Francisco (ó Raimundo) Cisnéros, hombres de gran valor. Aquel escuadron, venido del Oriente poco ántes de la batalla de Bosa, nos habia llamado á todos la atencion y ganado nuestras simpatías, por la originalidad de los tipos, el lenguaje y las costumbres de sus llaneros. En él estudié y de él tomé el tipo de *José Nicolas* que luégo hice figurar en mi comedia de costumbres nacionales intitulada : *Percances de un empleo.*

Aquel escuadron estaba situado á orillas del Fucha, aguardando órdenes como el mio, que se hallaba á muy corta distancia. Llegó un ayudante á toda priesa con la órden de que el escuadron que primero pudiera ir fuese volando á Tres-esquinas. Los llaneros se echaron á brincos por todo el Fucha, que estaba crecido, porque habia llovido horriblemente y llovia aún, para salir al camellon de Santa Catarina ; en tanto que los del *Guias* partímos á todo galope por el llano, esperando llegar primero. Pero dímos con un ancho y profundo vallado lleno de agua, y al saltarlo muchos caímos dentro, saliendo al otro lado con gran dificultad. Esto nos hizo perder cuatro ó cinco minutos, y cuando llegámos á Tres-esquinas, donde llovia aún más plomo que agua, yá Gutiérrez y Cisnéros, por su desgracia y nuestra fortuna, nos habian ganado de mano.

—Vaya usted volando, le dijo el General Herran á Gutiérrez, á tomar la plazuela de Las Cruces, donde está un escuadron enemigo. (Era el de Habacuc Franco, con quien Francisco E. Alvarez se batió cuerpo á cuerpo, recibiendo en la nunca un piquete de lanza).

—Iré, mi General, dijo Gutiérrez ; pero.... ¿cómo podré pelear con enemigos invisibles que están detras de las tapias ?

—Ah ! tiene usted miedo ? replicó el General.

—No me lo dice usted dos veces, mi General ! repuso el intrépido llanero ; pero ojalá se venga usted detrasito de mí !

Y partió como un rayo con su escuadron, por todo el camellon cerrado que comunica directamente á Tres-esquinas con la plazuela de Las Cruces. Al pasar por de-

lante de una tapia aspillerada, estalló detras una descarga cerrada y cayeron muertos y heridos siete ú ocho de los llaneros: entre los muertos....Gutiérrez y Cisnéros....Tal suerte nos hubiera tocado á mis compañeros de escuadron y á mí, sin los cinco minutos de demora que la casualidad nos habia hecho sufrir!

Hácia las seis de la tarde, al llegar á la quinta de Fucha (sobre el camino del Aserrío) que nos designaron para cuartel, ocurrió un caso de grave insubordinacion de un soldado de mi compañía, mozo díscolo y de mal carácter. Le reconvine, me faltó al respeto, y le castigué haciéndole arrestar por tres horas en un cuarto cualquiera de la casa. Á las nueve le hice soltar para que montara guardia, y promovió conversacion haciendo el papel de excusar su conducta. Estaba algo bebido y le dije: "Basta por ahora; despues dará usted explicaciones."

Pero el perverso mozo, casi ebrio, lo que habia procurado con sus aparentes excusas era acercárseme mucho, y miéntras hablaba, sacaba del bolsillo una navaja de barba y la abria: al volverle yo la espalda, se lanzó sobre mí á degollarme....Pero uno de mis compañeros habia estado observando, por casualidad, los movimientos del perverso borracho, entró en sospecha, y cuando éste levantó el brazo, el otro le dió una sacudida por debajo, paró el golpe y le arrancó la navaja. Así me libré de ser tristemente degollado por un mal hombre, ebrio y furioso, y mi salvador fué el doctor Pedro Alejo Forero....Consigno aquí el hecho como un testimonio de indestructible gratitud, que me ha hecho querer y estimar siempre mucho á ese antiguo amigo.

Todavía despues del combate de las Cruces, y ántes de la toma de Bogotá, tuvimos ocasion de vernos cara á cara con el enemigo. Frecuentemente nos veníamos muchos jóvenes, faltando más ó ménos á la disciplina, de la línea del campamento (ésta se extendia, por *Santa Catarina* y el riachuelo Fucha, desde *Tres-esquinas* hasta el *Aserrío*, formando un cuadrilátero irregular) hasta la calle principal del barrio de Santa Bárbara, y allí conversábamos con muchas personas de la ciudad, buscábamos provisiones en las tiendas, recibíamos los regalos que nos llevaban las señoras, y casi todos los dias provocábamos á los melistas, no sin que, de cuando en cuando, á manera de saludo, nos enviasen tiros de fusil desde el puente de San Agustin.

Un dia que Melo salió con la mayor parte de sus fuerzas á situarse en el punto llamado *Casas del Egido*, inmediatamente se concertó un ataque de nuestra parte que debia ser dirigido por el General Paris. Cuando yá todos los cuerpos escogidos habian tomado posiciones, y un batallon iba á caer casi por detras de Melo para forzarle al combate, este General efectuó á toda priesa su retirada hácia la ciudad. Ramírez, el comandante de mi escuadron, que era un loco arrojadísimo, nos hizo cargar ántes de tiempo, en batalla y al galope, sobre Melo, y éste, al vernos galopar así en la llanura, creyó que nuestro audaz movimiento era la señal de un ataque general, y sintiéndose débil en campo raso emprendió precipitadamente la retirada, con lo que se frustró la batalla.

XVIII

LA TOMA DE BOGOTA Y SUS CONSECUENCIAS.

La insurreccion de Melo, si como manifestacion de hecho era muy personal, por sus antecedentes y tendencias habia sido un acto político de mucha importancia. Por una parte, el militarismo quiso dominar la República, sobreponiéndose á la voluntad popular y á las ideas de gobierno civil. Por otra, el viejo partido liberal cogiendo miedo á las reformas, arriaba su bandera y quería restablecer la antigua centralizacion. Al hallarse dueño del poder, se acomodaba con los medios de accion de la antigua política conservadora; y así ponia de manifiesto que sus corifeos y sus muchedumbres democráticas no tenian principios, sino pasiones é intereses personales ó de partido.

Y con todo, tan fuertes elementos habia tenido Melo de su parte en un principio, —los recursos del Gobierno y el fanatismo de las turbas democráticas,—que hubiera podido señorearse de la República, por sorpresa, si hubiese tenido algun talento militar y político. Llegó á tener bajo su mando once mil hombres de muy buenas tropas, y las fué perdiendo en operaciones parciales ó en la inaccion, hasta tener que encerrarse en Bogotá para sucumbir de un modo inevitable.

Hubo, sin embargo, un momento crítico en que la situacion pudo haberse complicado muy seriamente. Si Obando, al ver á Melo fuerte pero inepto, se hace sacar

de su simulada prision del palacio de gobierno, asume el mando como Presidente constitucional (ántes de ser suspendido por el Congreso de Ibagué), pone preso á Melo, siquiera en apariencia, y concede una amnistía y llama á los pueblos en su apoyo, nos habríamos hallado en una gran dificultad. Sin duda que López, ni Herran, ni Paris, ni Mosquera, ni Herrera, ni Arboleda, Viana, Gutiérrez y tantos otros Jefes, ni muchísimos subalternos, no habríamos caido en el garlito; pero cuántas defecciones no habrian disminuido nuestros ejércitos, que las apariencias hubieran hecho figurar como enemigos, en vez de defensores de la Constitucion!

Por fortuna, Obando se dió por muerto, viendo perdida la causa dictatorial, y no se atrevió á irse á echar en brazos de los constitucionales, y Melo se dejó destruir en detal, sin acertar á combinar cosa alguna. La reaccion del pais fué poderosa, y conservadores y radicales aliados (con algunos pocos liberales abnegados y leales, como López y Plata) obrámos fuertemente unidos para debelar la dictadura militar. Tanto se procuraba la union de los constitucionales, que el General López se abstuvo de atacar decididamente á Bogotá, pudiendo tomarlo él solo con el ejército del Sur, por aguardar á que Mosquera y Herrera llegasen con el del Norte Al cabo de algunos incidentes importantes, entre otros el amago de batalla en los *Egidos*, donde Melo huyó sin dar un tiro, asediámos la ciudad con 9,000 hombres de los dos ejércitos, circundándola por todas partes, y el 3 de Diciembre comenzábamos el ataque desde muy temprano, tomando casa por casa y avanzando de manzana en manzana, hasta que á las cuatro de la tarde del dia siguiente se rindió Melo á discrecion con los seis mil hombres que le quedaban; costando la batalla de dos dias mucha sangre, pues los ejércitos enemigos perdieron entre muertos y heridos cosa de ochocientos hombres.

No referiré, de los incidentes de los dos dias de combate, sino algunos que me son personales.

Entre siete y média y ocho de la mañana del tres estaba mi escuadron formado en un pequeño prado cercano á las casas de Tres-esquinas, cuando llegaron los Generales López y Paris con sus Estados mayores y los Jefes de muchos cuerpos. Diéronse allí todas las órdenes é instrucciones para la batalla, y al punto nos alejámos todos del sitio, en distintas direcciones, para ir cada cual

á cumplir con su deber. No hacia cinco minutos que habíamos partido de Tres-espuinas, cuando una bomba arrojada del centro de la ciudad por la artillería de Melo cayó y estalló en el lugar mismo donde acababan de reunirse todos nuestros Jefes....Mi escuadron atravesó los potreros de la Estanzuela, pues las caballerías del Sur debian reunirse con las del Norte en la calzada de Occidente para apoyar, por San Victorino, el ataque confiado á la columna del Coronel Viana y á un cuerpo del Norte que habia de penetrar por la alameda vieja. Durante horas enteras sufrímos en la calzada, y áun en la plazuela de San Victorino, el fuego que nos hacian de muchos puntos, y particularmente de la torre de San Juan de Dios y de los puentes del riachuelo de San Fra ncisco. La columna de Viana combatió tan bizarramente,que desde las cuatro de la tarde pudo en parte dominar la pazuela de San Victorino, ocupando las casas de Ugarte.

A eso de las ocho de la noche me dieron la peligrosa comision de recorrer, con la mitad de mi compañía, toda la línea divisoria de los dos campamentos, en l,a parte sur, es decir, desde la plazuela de San Victorinor por la calle *Honda*, la orilla derecha del San Francisco y la calzada de Ninguna-parte, hasta las Cruces, pasando por Tres—Esquinas, donde estaba el principal hospital de sangre. Iba yo á trote muy corto con mi média compañía por la plazuela, á tomar la calle Honda, cuando una voz nos dijo desde uno de los numerosos balcones de las casas de Ugarte:

—"Alto! miren ustedes que les van á fusilar!

—Cómo! de dónde? pregunté mirando hácia el balcon.

—De allí, de la casa de los Gaitanes. Hay un piquete en las ventanas, con los fusiles tendidos en direccion hácia la bocacalle; si ustedes pasan por enfrente, les tumbarán como naipes con una descarga.

El que esto decia era Honorato Barriga srestaba acostado boca abajo en el suelo del balcon, observando á los enemigos en la oscuridad, miéntras que su tropa descansaba adentro en los altos de la casa.

Reconocí en efecto la inminencia del peligro, y como el arrostrarlo á nada conducia, resolví retroceder y dar la vuelta por la cercana "Huerta de Jaime," hoy dia plaza de los *Mártires*. Al alejarme dije:

—Mil gracias, amigo Barriga! nos ha salvado usted de una emboscada.

— Pues que les aproveche y pasen buena noche, contestó riendo el agudo militar cachaco.

Al caer de la plaza de los Mártires sobre la parte baja de la calle Honda, nos dieron el ¡ quién vive ! del caballete de una casa alta de la plazuela de la Carnicería, donde estaba trepado un piquete de tropa de Melo. Contestámos y hicieron fuego sin dañarnos, y en seguida desaparecieron. Sin novedad llegámos á Tres-esquinas y despues á la plazuela de las Cruces. Donde quiera nuestra gente velaba y estaba en guardia. En Tres-esquinas nos habíamos detenido á la puerta de la venta á tomar un trago de brandy, porque hacia mucho frio. Muy cerca se paseaba el centinela á la puerta del hospital de sangre. Dos ó tres minutos despues de habernos alejado de allí, cayó una bomba y estalló en la puerta de la venta, matando al centinela !....Verdaderamente la Providencia me protegia !

En la tarde del dia 4, al dispararse los últimos tiros en San Victorino, un soldado de Melo bajaba corriendo por la calle de San Juan de Dios con su fusil al hombro á discrecion, pasó por el puente y se dirigió hácia mi escuadron preguntando por mí. Llegó, tiró el fusil al suelo y me abrazó una pierna saludándome con efusion.. Era mi criado José Díaz, á quien los melistas habian tenido de soldado desde el diez y siete de Abril. Le habia tocado situarse con su compañía en la torre de San Juan de Dios, y desde allí, cuantas veces pudo, estuvo haciendo fuego....sobre los melistas que alcanzaba á ver. Al cabo pudo escurrirse de la torre, salir á la calle y escaparse á la busca mia. Jamas he tenido un criado tan fiel ni honrado como aquél, ni que me quisiese con tánto cariño ! Por desgracia, al volver á Ambalema perdió su madre y con esto se desesperó de tal modo, que se dió á beber y se separó de mí. Dos años despues murió de *delirium tremens* y tristeza.

Son indescribibles las emociones que experimenté al llegar, con mi escuadron y todos los demas cuerpos vencedores, á la plaza de Bolívar. Solita estaba con su madre y unas amigas en el balcon de una antigua casa (hoy dia, casi reedificada, es la de habitacion de mi hermano Manuel): me vió con infinito gozo, la ví con suprema felicidad, la saludé con mi espada, y al cruzarse nuestras miradas nos dijimos mil cosas....Aquella mirada era el premio de mi campaña y mi verdadera gloria, y mi espa-

da, más que un cortés saludo, la ofrendaba toda mi alma....

Apénas sí me hube apeado en mi cuartel (la quinta de la Paz), cuando pedí licencia para tornar á la ciudad, y fuí á saludar á la señora Murillo y en seguida corrí á ver á Solita. Pero ésta y su madre no estaban en su casa, porque se habian salido de ella desde la víspera, con motivo de la batalla, asilándose en otra muy distante. Dirigíme entónces á la casa donde se habia apeado el General López para felicitarle por la victoria y por el acierto con que la habia obtenido.

"Ay! qué cara nos cuesta! exclamó. Hemos perdido muchos compatriotas, pero sobre todo al heroico y desgraciado General Herrera!"

Aquella noticia me sobrecogió profundamente, así por lo que yo estimaba á Herrera, como por lo que él me habia predicho en Ibagué. En realidad, buscó la muerte en Bogotá, como la habia buscado en los *Cacaos*, y se *hizo matar*....

Al retirarme de casa del General López me dijo éste:

—Mañana recibirá usted su ascenso al grado de Sarjento-Mayor.

—¿Y eso para qué, señor General? le observé.

—¿Cómo para qué!

—Pero si la guerra ha concluido y todos volvemos á la vida civil....

—No importa: usted merece, por sus servicios y sacrificios, un testimonio de aprecio.

—Gracias, señor General: esa palabra de usted vale para mí mas que todo; pero yo voy á emprender otra campaña muy diferente, junto con varios amigos.

—Cuál?

—La de salvar á los prisioneros y evitar persecuciones á los vencidos.

—Bien! muy bien!

Y el General me apretó cordialmente la mano.

En efecto, tuvimos que emprender la campaña de defensa y amparo, y en ésta fuimos compañeros de accion principalmente Murillo, Sántos Gutiérrez, Salvador Camacho, Ricardo de la Parra y yo. El General Mosquera, para quien la victoria jamas fué completa sin fusilar prisioneros, puso grande empeño en que se fusilase inme-

diatamente á Melo y los principales Jefes vencidos, y no faltaron personajes políticos que apoyasen esta pretension. Por fortuna el señor Obaldía y varios de sus Secretarios opusieron firme resistencia, fuertemente apoyados por muchos radicales y sobre todo por el General López; con lo que se logró que solamente fuesen desterrados los principales Jefes ostensibles de la insurreccion.

En cuanto á los artesanos ó "demócráticos" prisioneros, lográmos que muchos fueran plenamente indultados; pero en su mayor número, cosa de trescientos, fueron confinados al itsmo de Panamá, por sugestiones del General Mosquera, con el apoyo de varios personajes políticos; y muchos de ellos perecieron miserablemente al rigor del insalubre clima de las costas panameñas. Cúpome la satisfaccion de haber primero cumplido con mi deber durante la guerra civil, y despues de la victoria haber hecho todos los esfuerzos posibles en defensa y amparo de los vencidos, que al cabo no eran sino hermanos extraviados.

El 5 de Diciembre se celebraron las exequias de los Jefes y Oficiales que habian sucumbido gloriosamente en el ataque de la ciudad: entre ellos, los Generales Herrera y Camilo Mendoza y el mayor José Diego Caro. El ejército entero concurrió en formacion, y la ceremonia fué solemne y magnífica. Tocóme entónces dejar de ser soldado para tornar á ser orador, improvisando un discurso en honor de todas las víctimas de nuestra causa, y particularmente del valiente, noble y caballeroso Herrera.

Al dia siguiente pasámos revista cosa de once mil hombres de los dos ejércitos unidos; y en seguida fuí á renunciar mi empleo militar y el ascenso, así como á donar al Tesoro nacional los sueldos que habia devengado durante la campaña. Con muy honrosas expresiones se me aceptó lo uno y lo otro, y sentí grande alivio al volver á la vida de hombre civil y simple ciudadano.

Desde aquel momento quise consagrar todas mis potencias exclusivamente al culto del amor y al cultivo de las letras. Dichoso en lo primero, en breve tuve fijada la fecha de mi casamiento para el dia del cumpleaños de mi novia; y en cuanto á lo segundo, púseme de acuerdo con los Echeverrías para fundar un periódico político, literario y noticioso, esencialmente doctrinario é independiente, que sirviese de órgano al honrado radicalismo

que tan ingenuamente profesaba yo entónces. Llevámos á ejecucion la idea, y el 1º de Enero de 1855 apareció *El Tiempo*, periódico que en breve tuvo mucho crédito y numerosísimos lectores, y que ejerció grande influjo en la política nacional.

Bien yo que contaba con la colaboracion de varios amigos personales y políticos, hube de trabajar casi sin descanso, pues á más de los artículos de fondo que escribia como redactor principal, sostenia el *folletin*, la seccion de *crónica interior* y la de *variedades*. Allí comencé á publicar una rápida *Historia del 17 de Abril*, y sucesivamente dí á luz, á más de muchos artículos literarios y políticos y de algunas poesías, mis *Pensamientos* (sobre moral, política, religion &ª) y un extenso estudio histórico-político intitulado : *La federacion colombiana*.

Mis colaboradores fueron Camacho Roldan y Manuel Pombo. De gran satisfaccion ha sido para mí el haber trabajado muchas veces junto con Camacho : en 1851, en la redaccion de *La Reforma*, siendo él principalmente redactor; en 1855, en *El Tiempo*; en 1864, en la *Opinion*, fundada por Camacho; en 1868, en *La Paz*, que redactábamos juntos; y en 1875 en *La Union Colombiana*, fundada y sostenida por mí. Camacho suministraba al *Tiempo* principalmente artículos sobre cuestiones económicas y de estadística, que son su fuerte. Pombo, escritor de pluma de oro, se encargó de la seccion humorística, y bajo el título de *Revista de Bogotá* escribió una série de artículos primorosos, llenos de gracia y agudeza, que procuraron al *Tiempo* numerosísimos lectores. Si bien es cierto que en el mes de Mayo hube de separarme de la redaccion del periódico, por necesidades privadas, le fuí fiel por muchos años con mi apoyo y colaboracion (siempre desinteresados y gratúitos), así residiendo en el país como en el extranjero.

En el mes de Diciembre de 1854 me habló el señor Plata, secretario de Hacienda, instándome en nombre propio y del señor Obaldía (que continuó encargado del Poder Ejecutivo hasta el 31 de Marzo siguiente) para que aceptase y sirviese el importante empleo de Jefe de la Direccion de Rentas. Hícele presente que, por una parte, yo no tenia voluntad de ser empleado público ni vocacion para oficinista, y por otra, queria mantenerme del todo independiente al redactar el periódico que iba á fundar con los Echeverrías. El señor Plata halló débiles

mis razones, me exigió que no diese por perentoria mi negativa, y me expresó vivos deseos de que yo fuese uno de sus colaboradores en la Secretaría de Hacienda.

Al dia siguiente volvió á buscarme é insistió en su exigencia, manifestándome: primero, pue mi independencia de periodista seria perfectamente respetada por el Gobierno; segundo, que se exigia de mí un gran servicio, porque habia que trabajar enormemente, pues la Direccion de Rentas estaba completamente desorganizada y con diez y seis meses de retraso en su despacho. Así, habia miles de negocios por despachar, y sólo un hombre sumamente laborioso podia servir la oficina con provecho. Estas razones del señor Plata me sedujeron y picaron el amor propio, mayormente cuando el señor Obaldía mostraba muy benévolos deseos de asociarme á su Administracion.

—Acepto, pues, le dije al señor Plata; pero con una condicion.

—Cuál?

—Que precisamente se me aceptará mi renuncia el dia que yo tenga la Direccion al corriente con el dia.

—Oh! oh! exclamó don José María.

—De otro modo no acepto.

—Bueno! convenido! repuso el señor Plata sonriendo, pues creia imposible que en ménos de un año se lograse lo que yo me prometia.

—Palabra dada y segura, repuse. Puede usted mandar que extiendan mi nombramiento.

Al dia siguiente me aposesioné del empleo y me puse á trabajar con furor. No sólo trabajaba en la oficina y hacia trabajar á mis subalternos durante seis horas cada dia, sino que me llevaba montones de expedientes para despacharlos de noche en mi casa. Tanto despachaba, que no pudiendo el señor Plata dedicar el tiempo necesario para revisar mis resoluciones y proyectos de resolucion, me dió carta blanca y se redujo á echar todos los dias firmas y firmas á ojo cerrado. Mis amigos se aturdian de ver que yo tenia tiempo para redactar el *Tiempo*, despachar la *Direccion de Rentas*, cultivar todas mis relaciones y hacer la corte asiduamente á mi novia; pero yo estaba en mi elemento. porque vivia de amor y trabajo.

Poco más de tres meses llevaba yo de servir la Di-

reccion, cuando un dia le presenté al señor Plata un abultado monton de papeles que contenia:

Todos los expedientes que hasta las once de la mañana habian llegado á mi mesa, despachados;

Un cuadro demostrativo de los negocios despachados en poco más de noventa dias, que excedian bastante de *tres mil*, sin quedar ninguno pendiente; y

Mi renuncia del empleo.

Pasmado se quedó el señor Plata al ver aquellos documentos, y me declaró que no consentia en la renuncia.

—Palabra de rey no puede faltar, le dije; usted me prometió....

—Es verdad; pero no llegué á pensar que usted fuera un trabajador tan prodigioso.

—En fin, usted ve que la Direccion está *hoy con el dia*. Me es sensible el separarme de usted; pero no quiero ser empleado público, y mi resolucion es irrevocable.

El Gobierno hubo de aceptar mi renuncia, y lo hizo en los términos más honrosos. Conservo el documento, legajado en un grueso volúmen que contiene todos los títulos y comprobantes esenciales de mi vida pública.

No pararé por alto un episodio del mes de Diciembre de 1854, relativo al General Obando. Yo era su amigo personal, y fuí a visitarle el dia 7 en la vieja casa (despues convertida en dos), de la antigua calle de la Carrera donde habia estado el Colegio Militar. Allí estaba en calidad de preso, con guardia pero muy bien tratado, con facilidad para recibir visitas y toda la libertad posible en su deplorable situacion.

—Señor General, le dije al verle: usted sabe que he combatido su causa, segun mi conciencia y mis principios; pero soy personalmente fiel amigo de usted.

—Lo sé y lo creo, me contestó estrechándome las manos. Mas....añadió ¿porqué dice usted que ha combatido mi causa? Nada he tenido de comun con la insurreccion y dictadura de Melo.

—Yo celebraria infinito, General, repuse, que usted comprobase su inocencia.

—La comprobaré! He sido la primera víctima; y en éste como *en otros* acontecimientos muy graves, me ha tocado *pagar por todos*....

Comprendí la alusion y añadí:

—General ¿podré servir á usted en algo? Disponga usted de mí.

—Mucho estimo y agradezco el ofrecimiento de usted, y justamente habia pensado nombrarle como á uno de mis defensores....

—Estoy pronto á aceptar el cargo.

—Pero ya el doctor Aguilar se ha encargado de mi defensa.

—Muy bien, señor General.

Pobre doctor Aguilar! Aquella defensa fué un libramiento que giró contra sí mismo : seis años y medio despues se lo cobró el General Mosquera....enviándole por sorpresa al patíbulo!

Miéntras que yo trabajaba con tanta laboriosidad en los asutos públicos, no por esto descuidaba mi grande asunto del alma.... Vivia gozando en toda su ardentía y pureza los inefables encantos del amor bien correspondido, y aspirando en el hogar elegante y pulquérrimo de la señora Acosta un perfume de suavidad y distincion, de castidad y gracia que me procuraba las más deliciosas fruiciones. Frecuentemente, por las noches, cuand yo iba á visitar la casa, la señora se sentaba al piano y tocaba clásicas oberturas con mucho sentimiento y exquisito gusto ; en tanto que Solita y yo, juntos en un gabinete lleno de libros y graciosamente adornado con muchos objetos de arte, nos entreteníamos en la más deliciosa tarea. Ella me pedia cada noche una improvisacion en verso, para lo cual habia destinado un hermoso álbum que tenia guardado en blanco, y me designaba siempre asunto, metro y tiempo fijo para cada composicion. Yo salia de aquesta dificultad lo mejor posible, y en seguida mi adorable novia, que dibujaba con talento, improvisaba en el álbum una viñeta en el encabezamiento de cada poesía y otra al fin, alusivas al asunto de la composicion. De esta manera llenámos entre los dos todas las hojas de aquel libro, que conservamos, por su valor para nosotros, como un precioso monumento de nuestro amor.

Por desgracia enturbiaba mi felicidad la situacion de mi padre. Estaba gravemente enfermo, y se habia hecho llevar á Bogotá con la esperanza de lograr aquí, si no su curacion, por lo ménos alguna mejoría. Pero ninguna sensible habia obtenido, y áun llegó á tal punto su mal que le creímos en peligro de muerte. Un sacerdote

amigo personal suyo, el doctor Pedro A. Vezga, fué á visitarle y ofrecerle sus auxilios espirituales. Mi padre le dió las gracias, y, con mucha serenidad, no sin algo de ironía le dijo, poco más ó ménos:

"Doctor, no dude usted que tengo algunas creencias. Creo en Dios y en su infinita sabiduria y misericordia; creo en la inmortalidad del alma, seguro de que iré á mejor vida, y creo en el bien, que he procurado hacer en lo posible. Pero no me confesaré, porque no creo en la virtud de la confesion; y en cuanto á lo que recen por mí despues de mi muerte, dejo en libertad á mi familia para que haga lo que mejor la parezca."

El doctor Vezga se cansó de hacerle argumentos á mi padre, respecto de lo que no creía, pero éste se mostró inflexible; y cuando al cabo rindió el alma á Dios en mi ciudad natal, hasta el último instante se mantuvo en sus convicciones, en calma y entero juicio, sin petulancia de incredulidad y sin molestarse porque le fuesen á ofrecer auxilios espirituales.

Juzgo que mi padre hizo bien y murió como un justo. Si no creía; si no podia creer más que aquello que componia su deismo cristiano, era digno y honrado el no profanar la religion católica con actos que su conciencia rechazaba. Lo que es menguado, lo que es despreciable es la conducta de aquellos que, sin creer en nada de lo que hacen á última hora, y habiendo rechazado la fe en vida y con salud, en el momento supremo (sólo por *miedo á la muerte* ó por *salvar las apariencias*, creyendo engañar á Dios ó á la sociedad) se someten á todas las prácticas de una religion que han despreciado, y si confiesan con la boca la fe de Cristo no la confiesan con el alma.... Dios tenga misericordia de los que tal hacen!.........

....

Sin querer en manera alguna eludir la mínima parte de la responsabilidad que debió aparejarme mi conducta anticatólica, no puedo ménos que reconocer la influencia que las ideas de mi padre ejercieron sobre mi espíritu, bien que jamas procuró él inocular su incredulidad relativa en el alma de sus hijos. Yo, por cierto respeto á la sociedad, casi toda creyente, y por consideracion á mi esposa, ardiente católica, no obstante ser su madre protestante anglicana, no me declaraba abiertamente anticatólico; pero subsistia y se acrecentaba en mi alma aquella mezcla de *sentimiento* profundo religioso

y cristiano y de *espíritu* hostil á la *Iglesia* católica, que se habia apoderado de mi sér moral desde muchos años atras; dualidad que se ponia de manifiesto en mis escritos, pues yo era siempre religioso *en verso*, cuando hablaban en mí el corazon y la imaginacion, é incrédulo ó volteriano *en prosa*, cuando, sin caer en la cuenta, me expresaba con la persuacion de la vanidad filosófica y de cierto espíritu de reforma social exagerada.

No rechazaba yo en manera alguna la calidad de sacramento dada al matrimonio. Al contrario, consideraba la union conyugal como esencialmente divina y áun como suficiente para la sociedad, al ser bendecida por la Iglesia, por cuanto así la consideraba la conciencia pública y la habian consagrado las costumbres. De esto provino que yo no celebrase mi matrimonio civil sino algunos meses despues del religioso, bien que, como publicista, habia sido uno de los más decididos promotores de la ley que organizó el matrimonio puramente civil. Las leyes del honor, sancionadas por las costumbres, tendrán siempre más fuerza obligatoria para los hombres de corazon que todas las leyes civiles.

Al cabo celebré mi matrimonio el 5 de Mayo, bendecido por el Arzobispo de Bogotá, señor Herran, que desde entónces me llamó su *ahijado* y me estimó con mayor aprecio. Al dia siguiente, con la bendicion de mis padres, nos fuimos á pasar la luna de miel en la quinta de Chapinero que despues perteneció, primorosamente mejorada y embellecida, al Illmo señor Arzobispo Arbeláez. Allí pasámos en la soledad algunas semanas de suprema felicidad, entretenidos todos los dias en deliciosos paseos á pié y á caballo, en componer versos y dibujar paisajes, y en las más gratas lecturas literarias. Debe de haberme tenido Dios en gran cuenta mi felicidad conyugal, puesto que, acaso para librarme de la soberbia en la dicha, me ha probado con grandes y numerosos infortunios, independientes de voluntad ó culpa de mi siempre buena, abnegada y adorada esposa....

XIX.

LUCHAS POLÍTICAS Y LITERARIAS.

Durante la lucha armada de 1854 hubo de hacerse nueva eleccion de Vicepresidente de la República. Los viejos liberales, casi todos *mélistas*, ó á lo ménos obandis-

tas, no tuvieron ni pudieron tener candidato. Los conservadores y los radicales, bien que aliados en la guerra, sostuvieron sus campos electorales respectivos, y el doctor Manuel María Mallarino, candidato de los primeros, fué elegido Vicepresidente, en competencia con el doctor Murillo. Todavía en aquel tiempo era notoriamente débil el partido radical, aunque en la lucha armada se mostró decidido, abnegado y valeroso.

Obando fué solemnemente condenado á la destitucion por el Senado, bien que en seguida le absolvió la Corte Suprema de los cargos por delitos políticos; y así quedó consumada en los hechos como en la opinion la ruina del viejo liberalismo. En lo sucesivo la lucha ó competencia de los partidos iba á ser más sustancial que nunca, sostenida entre el conservatismo y el radicalismo,— el primero con muchos puntos de teocrático entónces, y el segundo marcadamente socialista.

Por fortuna Mallarino, si bien era decididamente conservador y creyente, nada tenia de absolutista ni teocrático. Era sincero republicano, hombre justo, conciliador y amigo del progreso, amante en supremo grado de las letras y de la buena compañía y hombre *civil* en toda la extension de la palabra. Inició gloriosamente la política de la tolerancia, la conciliacion y la honrada neutralidad del Gobierno en las luchas de los partidos,— política noble y fecunda que hasta hoy dia no ha sido imitada ni seguida por ninguno de nuestros gobernantes, salvo, en parte, por el General Sántos Gutiérrez y el doctor Núñez; — política salvadora, (sobre todo despues de una época de crísis muy peligrosa y cruenta guerra civil) que venia á reemplazar la practicada hasta entónces por cada uno de nuestros presidentes: la de gobernar exclusivamente con su partido y casi tambien solamente para su partido.

Mallarino, y esta será para su nombre una gloria inmarcesible, gobernó con la Nacion y para la Nacion, y su política fué, por lo mismo, generosa, confiada y desinteresada. Rodeóse de hombres muy notables de todos los partidos, y con ellos dió á todos seguridad y garantías. Fueron sus Secretarios: de Gobierno, el doctor Vicente Cárdenas, muy ilustrado conservador; de Hacienda, Plata, viejo liberal y hombre de recursos para el manejo práctico de los intereses fiscales; de Guerra y Marina, el doctor Rafael Núñez, radical de doctrina

y elevados sentimientos ; y de Relaciones Exteriores don Lino de Pombo, que tenia al propio tiempo mucho de liberal y de conservador, con lo que su persona era, por decirlo así, la encarnacion misma de la política que habia de seguir la administracion de Mallarino. A poco de estar éste gobernando, confió la cartera de Gobierno, por renuncia ó excusa del titular, al doctor Cerbeleon Pinzon, otro hombre conciliador, de gran capacidad y notoria ilustracion ; con lo que puede decirse que en el ministerio la mayoría era liberal, en completa armonía con un presidente conservador.

Bien conideradas las cosas, durante la administracion Mallarino no hubo oposicion ; por la sencilla razon de que ella era neutral, inofensiva, decidida por la legalidad, y estaba desarmada. Debiendo gobernar la República cuando ésta acababa de salir de una sangrienta guerra civil, de juzgar y destituir á su Presidente y de adoptar algunas medidas severas para castigar á los culpados, sin embargo, redujo el ejército á 400 hombres y mandó desmantelar todas las fortalezas y vender los cañones de todas ellas y de los principales parques. Se echó en brazos de la Nacion, confiando sin reserva en su lealtad, y la Nacion correspondió á esta confianza.

Varios contratos que celebró el señor Plata fueron censurados por el *Tiempo* y toda la prensa radical, mas no como actos políticos, sino como actos de administracion. Mucho le tachámos su manera de hacer frente á las dificultades del Tesoro : recibia sumas en papeles de deuda pública, dotadas con algun dinero, y por el todo reconocia deudas á muy elevado interes. Esto era vivir de expedientes, gravando sériamente el mañana por salir á médias de los apuros de cada dia. Verdad es que la situacion del Tesoro era cruel : era la de un negociante que debe pagar mucho más del monto de sus entradas posibles, y recurre á mil expedientes ingeniosos, á las veces poco dignos y casi siempre ruinosos, por no tener que presentarse en quiebra.

Otro asunto de censura contra Mallarino fué su resistencia, en 1855, á la abolicion á la pena de muerte por delitos comunes ; que por los políticos estaba abolida desde 1848. En su mensaje de objeciones á la ley de abolicion, Mallarino expuso razones muy poderosas, y la principal fué ésta : La ley suprime la pena de muerte, pero no crea, en su reemplazo, los establecimientos de

castigo necesarios para castigar y corregir á los criminales y ofrecer á la sociedad ejemplos y garantías. ¿No se seguirán de esto la impunidad, la inseguridad, y por lo mismo la desmoralizacion? Colocada la cuestion en el punto de vista práctico ó de sensata administracion de justicia, no tenian réplica racional las objeciones del Presidente. Para los radicales, esencialmente téoricos y doctrinarios hasta entónces, la cuestion era de puro derecho natural. "La vida del hombre es sagrada, inviolable." Sobre este tema rodaban todos nuestros razonamientos; pero es obvio que si la filosofía política estaba de nuestra parte, la filosofía penal estaba en contra. Procedíamos como pensadores lógicos ó meros ideólogos, sin tomar en cuenta la situacion ni las costumbres del país.

Ello fué que hicimos mucho ruido con la cuestion del cadalso, apasionándola con declamaciones. El doctor Pinzon, hombre humilde y convencido, era abolicionista, y prefirió dejar la cartera de Gobierno por no suscribir las objeciones, bien que estaba en tan apurada pobreza que necesitaba del sueldo literalmente para comer. El doctor Luciano Jaramillo, miembro de una de las cámaras, tuvo el valor de aceptar aquella cartera y presentarse ante el Congreso á sostener las objeciones, así como se habia opuesto á la ley. Los radicales de entónces, con sobra de pasion, glorificámos á Pinzon, y dimos á Mallarino y á Jaramillo el dictado de *patibularios*. Pero uno y otro de aquellos hombres públicos cumplian con su deber, porque obraban conforme á sus convicciones y guiados por muy honrados propósitos. El radicalismo se mostró en aquella ocasion sobrado intolerante, apasionado, sistemático, y, por lo mismo, injusto. En cuanto á la ley de abolicion, faltóle al cabo la suficiente mayoría para una insistencia eficaz de las Cámaras, y no tovo efecto, quedando en su fuerza las objeciones del Poder Ejecutivo.

Una ley de 1855, dada á virtud de facultad constitucional expresa, creó el Estado de Panamá, compuesto de las provincias del Ismo. Así se daba el primer paso decisivo en la adopcion del sistema federal; pues era evidente que, una vez solicitada y decretada la creacion de un Estado, las demas provincias seguirian el ejemplo, y la cabo de pocos años toda la República seria transformada en una federacion. Al constituirse el Estado de Panamá, eligió sus Senadores y Representantes para el

período de 1856 y 1857, y yo fuí del número de los segundos. Yo era totalmente desconocido en Panamá (salvo por mis escritos, pues áun habia sido colaborador de *El Panameño*, periódico que dirigia con habilidad don Mariano Arosemena), y al elegirme el Estado quiso, por una parte, tener en el Congreso (con Ancízar, tambien elegido Representante) dos diputados residentes en Bogotá que le apoyasen con vigor en sus justas exigencias; y por otra, premiar los esfuerzos que yo, como publisista, habia hecho constantemente en favor de la adopcion del régimen federal.

Y aquí es pertinente que yo explique *cómo* y hasta que grado era federalista. Yo distinguia, como era justo, dos órdenes de intereses sustancialmente distintos: el de los políticos y el de los administrativos. En el órden político, yo queria que á todo trance se mantuviese la *unidad nacional*, entendiendo por tál todo aquello que, en las instituciones y la estructura del gobierno, habia de mantener *un solo pueblo* compuesto de la *totalidad* de los neo-granadinos, con unos mismos *derechos* y *deberes* y un *territorio comun*, y por tanto, una sola *nacion soberana*. Así era que en manera alguna queria yo la creacion de Estados *soberanos*, ni tengo noticia de que nadie la hubiera solicitado hasta 1860, época en que el General Mosquera, con el fin de dar una bandera fascinadora á la injustificable revolucion armada que encabezó con los radicales, proclamó por primera vez la extravagante ficcion de la *soberanía* de los Estados constituidos de 1855 á 1857 á virtud de leyes del Gobierno *central*.

En mi sentir, la soberanía era una é indivisible, por tradicion nacional, por necesidad imperiosa de buen gobierno y de paz y seguridad, y por consecuencia lógica de los principios de la ciencia constitucional. Crear Estados *soberanos* habria sido un acto de demencia, de destruccion de la unidad histórica y etnológica de nuestro pueblo, para sustituir al gobierno de la Nacion la anarquía y la guerra civil permanentes. Nadie pensó en promover tal monstruosidad, y es notorio que todas las leyes de 1855 á 1857 que crearon los Estados, y la Constitucion de 1858 que organizó la indebidamente llamada *Confederacion* granadina, fueron calcadas sobre la idea, universal en el pais, de mantener la unidad nacional del pueblo neo-granadino y de su territorio y sus instituciones fundamentales de República democrática.

No acontecia lo propio en lo tocante á los intereses administrativos. Era evidente, por una parte, que el número de nuestras provincias (cosa de 44 en 1853) era excesivo. Todas eran impotentes, por falta de rentas, de buenas vias de comunicacion, de suficiente personal hábil y de otros elementos necesarios, para procurarse la acertada administracion interior que comportaba el régimen de amplia descentralizacion establecido por la Constitucion radical y semi-federal de 1853. Pero al mismo tiempo que existia y era por todos reconocida aquella impotencia, no habia modo de agrupar las 44 provincias pequeñas en seis, siete ú ocho grandes *provincias* que tuviesen, segun sus analogías, los recursos y elementos necesarios para lograr una buena y fecunda administracion. Ninguna queria ser absorbida por otra, mediante una simple anexion ó un agrupamiento puramente legal. En todas se habian creado ya hábitos de administracion *propia* y nuevos intereses y movimientos administrativos; y sólo un agrupamiento en *Estados federales* podia, dándoles mayor *rango político* ó de nombre, suprimir entre ellas la susceptibilidad local é inspirarles conformidad para sacrificar su rango y categoría de divisiones *nacionales* ó provincias.

Por otra parte, habia en 1855, como hay actualmente y habrá por largo tiempo, causas etnológicas y topográficas muy decisivas, de diversidad en *el modo de obrar* de los numerosos grupos de poblacion neo-granadina creados por las circunstancias. Diferencias de raza muy notables; costumbres y producciones muy distintas; climas tan variados que son hasta opuestos; formidables cordilleras que separan los valles y las altas planicies de mayor poblacion; distancias enormes, sin buenas comunicaciones; diversidad notable en las condiciones de la riqueza, y por lo mismo en los elementos de los impuestos y de los recursos admitistrativos; y una inmensidad de territorio, con la cual no guardada proporcion alguna la masa de nuestra poblacion: todo esto hacia necesario dividir la Nacion en un reducido número de entidades con administracion propia independiente, capaces de obrar con homogeneidad y energía para procurar el buen desarrollo de todos sus intereses.

A este fin conducia, en mi sentir, la popular creacion de los *Estados federales* en la *unidad nacional*; y precisamente por esto fué inconveniente la libertad que

se otorgó á los Estados para darse legislacion *civil* y *penal* propia, pues ninguna necesidad habia de diversificar en este punto la legislacion, lo que aparejaba en cierto modo la division de la *soberanía.*

La federacion, tal como la comprendíamos todos hasta 1857, no era realmente una reconstitucion política del pais, sino una reorganizacion de las entidades en que estaba dividida la República, adoptada con el objeto de facilitar una gran revolucion legal administrativa, abriendo amplio cauce al progreso y desarrollo de todos los intereses sociales. De ningun modo se trataba de dividir al pueblo neo-granadino en ocho ó nueve pueblos más ó ménos antagonistas, como luégo han venido á ser, ni de dividir la autoridad verdaderamente política entre numerosas entidades *soberanas.*

Este fué mi federalismo, y por su triunfo me agité con empeño, siendo, como publicista y legislador, uno de los que más adiente y laboriosamente trabajaron por popularizar y hacer efectiva la reforma. No me pesa el haber procedido así, no obstante el inmenso cúmulo de males que han sobrevenido á mi patria, desde 1859; mayormente cuando por ellos ninguna responsabilidad pesa sobre mí, pues ni participé de la revolucion de 1860, que explícitamente condené muchas veces desde Europa, ni aprobé mucha parte de la Constitucion del 63, que critiqué desde Lima, ni jamas consideré acertada, sino artificial, ficticia y funesta, la decantada *soberanía* de los Estados, proclamada por la Convencion de Rio-Negro. A más de esto, como se verá en la tercera parte de estas *Memorias* ó historia de mi alma, al regresar del extranjero comencé inmediatamente á combatir los excesos y abusos del liberalismo triunfante, y desde entónces (1864) he estado casi constantemente del lado de la oposicion y sosteniendo ó preconizando una politica de conciliacion entre los dos grandes partidos nacionales, de estricta legalidad y de reforma constitucional, que corrigiese los males causados por la guerra, la adulteracion de nuestro régimen federal y la perversion del espíritu de partido.

Hácia fines de 1855 me habló el señor Ernesto del Villar (dueño entónces de la imprenta llamada del *Neo-Granadino*, que habia pertenecido sucesivamente á los señores Ancízar, Pradilla y Murillo) para que tomase á mi cuidado la redaccion del periódico. suspendido entón-

ces, que habia salido desde 1848 de las prensas manejadas por los Echeverrías. Convine en ello, dando nueva forma al periódico, y haciéndolo bisemanal y de considerables dimensiones; con lo que volví á sostener la lucha tipográfica como redactor único del *Neo-Granadino*. No solamente dí mi nombre, sino que afronté resueltamente la lucha política, literaria y social, pues en aquel tiempo no habia competencia entre el Gobierno y oposicion alguna, sino entre las ideas, las tendencias y la accion de los dos grandes partidos: el conservador, fuertemente unido, y el radical. El viejo partido liberal habia caido con Melo y Obando, y estaba anulado.

Bien que yo solo sostenia con mi pluma cinco ó seis secciones del *Neo-Granadino* (la editorial, el folletin, las crónicas interior y exterior, las variedades y revista de Bogotá y la seccion de literatura), colaboraban algunas veces varios jóvenes de talento que no habian ganado aún reputacion de escritores. Recuerdo entre ellos principalmente á José María Baraya, Ricardo Becerra, Aníbal Galindo y Nicolas Pardo. A no pocos de mis colaboradores lavé con esmero la *ropa sucia*, es decir, que les corregia sus artículos, fruto del entusiasmo y del talento sin experiencia ni suficiente ilustracion; con lo que salian á luz legibles, y sus autores fueron haciéndose conocer.

De los cuatro que particularmente he citado, Baraya, despues de hacer carrera política muy mediana, no obstante su gran capacidad, acaso por tener carácter muy independiente y por motivos de otro órden, se lanzó en la guerra de 1876, del lado del Gobierno y acabó por ser Doctor-General, como tantos otros. Murió de muerte natural á mediados de 1877, querido por muchos, sin un enemigo, sin haber hecho mal á nadie en su vida pública, y dejando á su numerosa familia en suma pobreza.

Becerra, dotado de clarísimo talento, mucho valor moral, suma elasticidad intelectual, carácter muy vigoroso y ardiente y gran deseo de instruirse, á poco se alejó del pais, y en Carácas no sólo se formó por completo como un periodista distinguido, sino que llegó á ser una potencia como redactor del *Federalista*. Guzman Blanco le hizo salir huyendo de Venezuela, y, refugiado entre nosotros, volvió á figurar en el periodiosmo con honor en el muy reducido teatro de Barranquilla. Fuése despues para el Perú, como secretario de legacion, se vió luégo en graves conflictos por su intervencion en la prensa, y al

cabo halló en la noble tierra chilena, pais de gente ilustrada y juiciosa, un asilo ó segunda patria. Allí vivió con honor y brillo, contribuyendo eficazmente á la gloria de las letras americanas y á la direccion de la política; y pudo decirse de él, sin exageracion alguna, que era uno de los más eminentes diaristas del mundo que escribe y habla castellano. En 1880 ha regresado á Colombia, donde ha servido con integridad y lucimiento las Secretarías de Instruccion pública, Relaciones Exteriores y Fomento.

De Galindo....casi nada diré. Lo mucho bueno que yo dijera de él, seria mal recibido por algunos de mis compatriotas; y lo malo, podría parecer fruto de extinguidos resentimientos políticos ó personales. Es demasiado conocido para que yo haya menester describir su carácter y calidades, ni calificar sus actos; y sólo añadiré que, á pesar de nuestras discordancias religiosas, luchas políticas y desavenencias personales de años anteriores, le quiero y estimo con sinceridad. La inteligencia de Galindo es una de las más claras, amplias y elásticas que yo haya conocido, entre los colombianos de su generacion, y son notabilísimas sus dotes de escritor y orador y sus aptitudes administrativas; por desgracia, estas grandes cualidades no están equilibradas con una cantidad equivalente de modestia, prevision, discrecion y consistencia de carácter....

En cuanto á Nicolas Pardo, hizo carrera en la magistratura, en los cuerpos representativos y algo en el servicio consular; no poco desavenidos estuvimos desde 1873, bien que no le tuve mala voluntad ni le guardé rencor; y le vi poner de manifiesto su talento en la mayor parte de sus escritos. Despues de haber formado por largo tiempo, desde su primera juventud, en las filas del radicalismo, desde 1879 perteneció á la fraccion liberal "independiente," ó moderada, en la que han figurado Zaldúa, Núñez, Camacho Roldan, Trujillo, Ibáñez, Payan, Santodomingo Vila, Campo Serrano, Wilches, Otálora, Hurtado y muchos otros hombres notables. Murió Pardo en su tierra natal en el presente año, despues de mucho sufrir, cristianamente y entristecido por amargos desengaños.

Por aquel tiempo, de 1855 á 1857, mi laboriosidad literaria corrió parejas con mi actividad política. Particularmente me sentí atraido entónces por el arte dramático, sin descuidar por eso del todo la poesía lírica,

y mi primer ensayo fué un drama en cinco actos y en prosa, intitulado: *La Conspiracion de Septiembre*, en el cual ponía en escena á los principales personajes que figuraron en los acontecimientos del 25 de Septiembre de 1828.

Tenia este drama, como obra de arte, dos defectos capitales y un grave inconveniente. Los defectos eran, el tono y estilo declamatorios (que no eran solamente mios, sino de mi tiempo, mi generacion y mi escuela radical), y no pocos monólogos, algunos excesivos, que indican por lo comun pobreza de recursos artísticos ó escaso conocimiento del arte escénico. El inconveniente grave era éste: que en 1856 eran casi recientes los sucesos de 1828, y gran número de espectadores ó lectores del drama, que habian conocido á sus actores, no podian ménos que perder mucho la ilusion necesaria para el buen éxito de las piezas dramáticas, y hacer perjudiciales comparaciones entre los actores representados y los representantes. En cuanto á la sustancia, mi drama adolecia de un gravísimo defecto histórico: era muy apasionado contra Bolívar y su partido, porque, sobre la fe de los antibolivianos cuyo espíritu habia educado el mio, yo admitia como verdades históricas algunos hechos que no han sido comprobados y han quedado en la categoría de suposiciones ó imputaciones de partido. Con todo, mi primer drama fué muy popular, y ha sido representado en muchos teatros del país y de otras Repúblicas americanas.

Muy superior era, como pintura gráfica de una situacion política y como obra de arte, mi segundo drama: *El hijo del pueblo.* El dato era verdadero, segun las circunstancias sociales del país; el estilo, tambien declamatorio y patético, era el de la juventud, del periodismo y de casi todas las obras literarias de la época, sobre todo las de los radicales; y las tendencias y escenas del drama correspondian al gran movimiento de reforma que se operaba en la República desde 1849. Con todo, mi segunda obra adolecía de muchos defectos de estilo, plagado como estaba entónces de galicismos y ampulosidades el de casi todos los radicales.

Mucho mejor inspirado estuve al escribir mi tercer drama: *Dios corrige, nó mata.* No solamente la versificacion era generalmente sonora, suelta y esmerada (que se me permita decirlo), sino más acertada la distribucion

de toda la accion y más originales el asunto y el modo de tratarlo. El objeto esencial del drama era combatir la idea de la venganza como medio de cubrir el honor ofendido, – la pena de muerte impuesta de hecho para castigar la deshonra de una mujer; y poner de manifiesto que, al contrario, el remedio debia consistir en esto: traer al ofensor, por sus pasos contados, al arrepentimiento para que al cabo reparase la ofensa. Toda la moral del drama estaba compendiada en esta cuarteta del final del acto primero:

"La honra no se rescata
Con sangre del seductor!
Que el puñal castiga ó mata,
Pero queda el deshonor!"

Dos circunstancias curiosas ocurrieron con motivo de la representacion de este drama en el teatro de Bogotá. La primera fué una extraña coincidencia que dió á la verisimilitud de la pieza toda la fuerza de la realidad. Yo la tenia escrita desde mediados de 1856, cuando ocurrió en la calle más pública de Bogotá la trágica muerte de Ricardo Vanégas, muerto á manos del padre de una señorita con quien el gallardo publicista debia casarse para cumplir con un deber de honor y de conciencia; y este acontecimiento escandaloso venia en cierto modo á ser, *a posteriori*, el argumento de mi drama.

El padre homicida, mal informado, creyó que yo iba á exhibirle en las tablas y profirió sérias amenazas; con lo que el público tuvo mayor curiosidad é interes por el drama. No hice caso de amenazas ni decíres, y la pieza fué representada y muy aplaudida, sin que ocurriese novedad alguna.

La otra circunstancia fué esta: estaba yo ayudando al doctor Lléras, director del teatro, en los ensayos de mi drama, cuando el Alcalde del distrito, un viejo Coronel Arce, mandó anunciar que no permitiria la representacion, por cuanto no le habian sometido la pieza á su previa censura. Esto era, sobre ilegal, ridículo, pues la censura previa estaba legalmente abolida, y el pobre Alcalde, si bien antiguo servidor de la patria, no era hombre de alcances para criticar en bien ni en mal una pieza dramática. El incidente se allanó, pero yo, irritado con la intimacion del Alcalde, juré en el escenario

que le castigaria poniéndole en ridículo en su calidad de alcalde viejo y viejo alcalde. De aquí nació inmediatamente mi más espontánea, verdadera y original, mi mejór y más popular pieza dramática: *Un Alcalde á la antigua*.

En efecto, hacia dias que yo deseaba ensayar mis fuerzas en la comedia de costumbres, y agitaba en la mente el asunto y los rasgos principales de una enteramente gráfica. Tenia muy vivos recuerdos de personajes de pueblo, estudiados á lo vivo en Honda y Guáduas, en Ibagué, Ambalema y la Mesa, y me proponia combinarlos todos con el tipo del *cachaco* bogotano, y aunar á verdaderas escenas de costumbres un buen cúmulo de burlas y sátiras políticas. Excitado por el incidente del Alcalde de Bogotá, me propuse escribir mi comedia, en un acto, aquella misma noche, si la musa me ayudaba; y no me parecia esto mucha empresa, cuando habia escrito en ocho ó quince dias cada uno de los tres dramas anteriores.

Tenia yo á las ocho de la noche trazado todo el plan de mi comedia, con la exposicion de todo el argumento y la division en escenas, cuando entró en mi cuarto de estudio Manuel Pombo á visitarme, y me encontró tomando café negro. Aquella noche, para combatir el sueño, me tomé cosa de seis tazas.

— ¿Qué tienes ahora entre manos? me dijo Pombo al entrar. ¿Algunos cinco dramas para despues de los que están representándote?

—No: ahora es una comedia. Quiero saber si esta es mi cuerda más bien que la del drama.

—Tu cuerda? bah! tienes tántas, que lo difícil para ti es tirar de una sola.

—Pues esta noche escribo una comedia de costumbres en un acto. Yá iba á comenzar cuando llegaste.

—Entónces me voy.

—Sí; vete Manuel, porque me siento inspirado: mi *Alcalde* se me sale por todos los poros.

— ¿Cuando lo hayas acabado me lo leerás?

—Sin duda; pero no será mañana, porque estaré muy ocupado.

Salió de casa Pombo y me encerré á escribir. A eso de las cinco de la mañana acabé mi comedia: salió de una sola pieza y en un acto demasiado largo, y con tal

exuberancia de versificacion que habia que suprimirle mucho.

A medio dia, cuando la compañia dramática estaba reunida para dar el último ensayo á mi drama, me presenté con mi comedia, que simplemente se intitulaba: *Un Alcalde á la antigua*. Nadie queria creer que yo hubiera escrito la obra en nueve horas, y el doctor Lléras me miraba con asombro, porque no dudaba de mi palabra. Leyó en seguida mi comedia y me dijo:

"Hay asunto en la obra de usted para una bellísima comedia en dos actos. La que usted ha escrito es demasiado larga para sainete. Divídala en dos, desarrollando la idea y con más extensa trama, y le quedará excelente."

Así lo hice en los seis ú ocho dias siguientes, transformando la obra, y resultó la comedia que todos conocen, intitulada: *Un alcalde á la antigua y dos primos á la moderna*, la que en breve fué representada muchas veces con universal aplauso.

A poco escribí otra comedia en verso, en un acto. Habíase introducido en Bogotá la pésima costumbre de hacer apuestas entre hombres y mujeres por *los Aguinaldos*, y con este motivo se cometian muchos y graves abusos, no sólo en las casas y las calles á toda hora, sino tambien en las misas que se decian de madrugada, ocurriendo muchos desórdenes en las costumbres, así en los atrios de las iglesias como dentro de ellas. Yo quise no sólo corregir, sino matar aquellas malas costumbres, y para ello escribí mi comedia en verso: *los Aguinaldos*. Fué representada en el teatro de Bogotá y produjo todo su efecto. Se acabaron enteramente las *apuestas*, las *madrugadas* imprudentes, las *entrevistas* sospechosas y muchos otros abusos de los Aguinaldos, lo que fué un triunfo para mí y para el arte dramático.

Pero un crítico mordaz que no podia soportar que otros fuéran aplaudidos, me lanzó un ataque por los *Aguinaldos*. ¿ Qué hice ? vengarme retratándole en uno de los personajes más ridículos de otra comedia en verso y cuatro actos, que escribí inmediatamente bajo este título: *Percances de un empleo*. Todos los espectadores, al ver el personaje de *don Mariano*, el poeta-crítico, dijeron al punto: Ese es *Fulano*. Y *Fulano* me cogió miedo é hizo paces conmigo.

Si los *Percances de un empleo* ponian de manifiesto y de relieve muchos rasgos de las costumbres nacionales

y cuatro ó cinco tipos sociales *nuéstros*, muy caracterizados, como el *llanero* de San Martin, el *cachaco* bogotano, &ª, en otra comedia, que en seguida escribí, la mayor parte en prosa, pinté á lo vivo las costumbres que habia en Bogotá, motivadas por el descrédito fiscal, el agio y el triste estado de la Tesorería nacional. Así, la escena de *Un dia de pagos*, con diez y siete personajes, pasaba en los salones mismos de la Tesorería, y todo era retratado con absoluta fidelidad.

Despues he escrito otras piezas dramáticas, entre otras: *Un drama de familia* y *Las muelas*; pero no he querido darlas á luz, porque nada es más ingrato entre nosotros que el trabajo dramático. Para edificacion de los que quieran escribir piezas para el teatro colombiano referiré un solo hecho. Yo vivia casi en frente del teatro, calle de por medio, y constantemente, á título de vecino, era víctima de los petardos de los actores, siempre pobres y mal traidos, y prestaba muchos servicios eficaces al Director, entre otros el de facilitarle muchos objetos y recursos para las representaciones y ayudarle frecuentemente á ensayar las piezas que hacia representar. En fin, mi pluma (con cuatro de mis piezas dramáticas, representadas con muy buen éxito,) le hizo ganar más de cinco mil pesos netos en poco tiempo. Y sin embargo.... el Director no llegó á obsequiarme ni con una boleta de entrada; no le ocurrió siquiera que el autor debia entrar *grátis*, y *siempre* pagué mi entrada para hacer ejecutar mis piezas. El Director creia hacerme un favor con darlas á la escena, y si ellas me dieron alguna reputacion no me procuraron, por otro lado, sino gastos y pérdidas. Tal es la suerte del autor dramático en Colombia, y la misma ha cabido, con poca diferencia, á Caicedo Rójas, Lázaro María Pérez y otros autores.

Pero acaso mi queja sea infundada, en lo tocante á nuestro pais; acaso nuestra sociedad sea todavía demasiado jóven, de suerte que no le haya llegado su época teatral. Quizas por mucho tiempo, miéntras no tengamos verdadera historia, tradiciones claras y costumbres bien formadas, no saldremos del primer período literario: el de la poesía lírica, talvez el poema épico y la novela puramente descriptiva de costumbres y de cuadros de nuestra rica, variada y admirable Naturaleza. Tiempo llegará en que el teatro sea una necesidad permanente, una verdadera institucion social, y dé alimento y esti-

mulos á la literatura dramática. Los que en Colombia hemos querido cultivarla, desde Fernández Madrid y Luis Várgas Tejada hasta José Manuel Lléras, Cárlos Posada y Joaquin M. Pérez, recientes artistas muy inteligentes y bien inspirados, nos hemos anticipado un siglo ó poco ménos en el propósito y trabajo de crear un *Teatro colombiano.* Los que vengan despues serán más afortunados.

XX.

EPISODIOS CRÍTICOS.

Al marcar los principales incidentes de mi vida ocurridos durante los años de 1856 y 1857, debo insistir en una explicacion relativa á mis ideas religiosas. Yo era, como lo comprueban casi todas mis obras literarias, verdaderamente religioso; y no solamente religioso por el sentimiento con que concebia, amaba y adoraba Dios, sino tambien profundamente cristiano por mis convicciones. Y más digo: respetuoso por las creencias ajenas, cualesquiera que fuesen, con tal que fueran profesadas con sinceridad y desinteres, jamas, en mis tiempos de mayor incredulidad y más acre volterianismo, ataqué ningun *dogma* ni procuré apartar á persona alguna de su fe religiosa.

Pero yo tenia desde mi infancia fuerte y casi invencible prevencion contra el clero católico de mi pais; yo creia que el catolicismo practicado por mis compatriotas tenia más de superticion que de fe religiosa, más de paganismo tradicional disimulado que de prácticas verdaderamente cristianas; y persuadido de que el catolicismo así practicado era más funesto que provechoso á la civilizacion y moralidad de todo el pueblo neo-granadino, me parecia muy de buena fe acto patiótico y laudable el emprender con valor y entereza, desafiando todo peligro, una cruzada por medio de la prensa contra la disciplina de la Iglesia neo-granadina y la conducta de su clero.

De esta conviccion provino la extensa y muy ruidosa serie de artículos que publiqué en el *Neo-granadino*, en 1856 y 1857, y reproduje en un volúmen, la cual suscitó una gran borrasca, me procuró muchos desagrados, conflictos y desengaños, é hizo desencadenar contra mí la indignacion de muchos creyentes sinceros, así como el furor y el odio de varios tartufos y algunos clérigos que

comprobaron no ser muy cristianos. El más violento de éstos contra mí, por mi obra, intitulada: *El clero ultramontano*, fué un presbítero Cera, clérigo suelto y confesor de monjas, presuntuoso en sus predicaciones, afeminado en su porte y amigo de la ostentacion, que luégo puso de manifiesto mayor rebeldía que yo contra la Iglesia, y fué sumamente desgraciado......

Predicaba un dia el presbítero Cera en la Iglesia de la Concepcion, al lado de la imprenta que publicaba el *Neo-Geanadino*, y abusando doblemente de su ministerio, cometió dos graves faltas: la una, nombrarme personalmente en la cátedra sagrada y llenar mi nombre de improperios y ultrajes; la otra, declararme excomulgado, sin que el prelado superior hubiese calificado mis escritos, y señalarme al odio y la persecucion de los fanáticos como á un terrible enemigo *de Dios y de su Iglesia*. Tomé la cosa por el lado burlesco, y por toda venganza dí cuenta en mi periódico de los furores del presbítero, y publiqué á la cabeza de un número este decreto que hizo reir mucho y acrecentó la furia del padre Cera:

" Nos, el redactor del *Neo-Granadino*, por autoridad de la opnion pública y en nombre de la civilizacion, declaramos que el presbítero N. Cera queda excomulgado ó excluido de la comunion de los hombres cultos y de sentido comun."

Y luego añadí por todo comentario:

" El presbítero Cera nos ha excomulgado en un sentido, desde lo alto de la cátedra de San Pablo. Nosotros le excomulgamos, en otro, desde lo alto de la tribuna de Guttemberg. Con lo cual, excomunion por excomunion, quedamos en paz."

Yo no conocia ni de vista siquiera á mi terrible adversario. Dos ó tres dias despues de mi última publicacion (era un domingo) subia yo, á eso de las dos de la tarde, por la acera del palacio de Gobierno, al cual está contigua mi casa, y como llevaba la derecha contra la pared é iba leyendo una carta que acababan de darme en la calle, caminaba distraido y enteramente desprevenido. Súbitamente tropecé con una persona que se plantaba á disputarme el paso (entre nosotros se acostumbra cederlo siempre al que lleva la derecha del lado del muro, á ménos que haya circunstancias de mayor respetabilidad en el otro) y una voz imperiosa é insolente me gritó:

—Á un lado, blasfemo!

—¿Cómo es eso? dije con asombro, alzando los ojos y viendo que mi hombre era un sacerdote, airado, agresivo en su porte y de talla corpulenta.

—A un lado, repito! tornó á gritar el clérigo.

—Jamas disputo por la acera, le contesté; pero jamas la cedo cuando me la exígen con grosería. ¿Quién es usted y con qué motivo me insulta?

—Yo soy el doctor Cera! exclamó colérico.

—Ah! celebro mucho conocer á usted, repuse irónicamente.

—Miserable impío! hereje! blasfemo! gritó el pobre padre.

—Vamos! déjese usted de insultos, le dije, porque no los tolero!

—Yo soy ministro de Dios!

—Será usted ministro de un Dios frenético, pero no del manso y humilde Jesucristo, repliqué. Y en todo caso, si usted ejerce un ministerio, yo ejerzo tres: soy padre de familia, soy Representante del pueblo y soy periodista. Respéteme usted, pues, si quiere ser respetado.

Por toda respuesta el presbítero me dió un violento empellon que me hizo retroceder dos pasos. Mi esposa, que leia en su gabinete, al oir los gritos habia salido al balcon y presenciaba con afan la escena. En frente estaban agrupados, á la puerta del Teatro, como ocho individuos de la compañía dramática, y varias personas habian salido á las puertas de las tiendas. Yo no podia dejarme ultrajar tan indignamente, so pena de envilecerme á los ojos de mi esposa, de muchas personas y de mí mismo...... Yo era entónces muy esforzado, y la cólera causada por el ultraje duplicó mis fuerzas. Las recogí todas, agarré por los brazos al presbítero, le alcé en peso y le tiré largo á largo en el caño......

Levantóse el doctor Cera y se lanzó sobre mí como un furioso, dándome de golpes con su paraguas, golpes que paré con el brazo izquierdo; pero como él persistia en el ataque con furor inaudito, perdí toda paciencia, le asesté una formidable bofetada y él volvió á rodar por el caño.... Hubo entónces de darse por vencido y retirarse, bien que amenazándome terriblemente y dirigiéndome las más atroces injurias. Tomé nota de los testigos que habian presenciado el hecho y me entré en casa.... Por la tarde concurrí tranquilamente á la iglesia de los Capuchinos y en seguida al cementerio, al entierro masó-

cuico del doctor Emilio Pereira, amigo muy estimado. que acababa de morir casi súbitamente. Ninguna novedad me ocurrió.

Al dia siguiente estaba yo en la Cámara de Representantes, cuando me entregaron una esquela del señor Arzobispo, mi excelente padrino. Me decia en ella que tenia la mayor urgencia de hablar conmigo, y me suplicaba le señalase una hora en que él pudiese ir á mi casa. Salí al punto á la barra y dije al individuo que habia llevado la esquela: "Sírvase usted decir al señor Arzobispo que le suplico me perdone el no contestarle por escrito, pués tengo pedida la palabra y voy á hablar en este momento; pero que tendré el placer de ir á su casa tan luégo como quede libre."

Comprendí que se trataba del asunto del padre Cera, que yá era conocido por todos en la ciudad y habia causado grande escándalo. Una hora despues salí, encaminándome hácia la imprenta de los Echeverrías, (esquina noroeste de la plaza de Bolívar), á quiénes debia suministrar para el *Tiempo* un diario abreviado de los debates de la Cámara, que yo mismo redactaba en mi sillon, durante las sesiones.

Al salir á la calle, vi un cartel impreso recien pegado en la puerta exterior del local de la Cámara: era un libelo anónimo contra mí, en el cual, citando como autoridad una bula pontificia, se me declaraba excomulgado *latæ sententiæ*, se excitaba á los fieles á negarme el saludo, el agua, el pan y el fuego, y se proclamaba que era acto de virtud el matarme sin escrúpulo como á un perro. Me reí de aquel pasquin de energúmenos, que atribuí al padre Cera, y fuí á la imprenta del *Tiempo*, donde sólo me detuve un instante.

Al salir para dirigirme á la casa arzobispal, dos hombres se atravesaron delante de mí, á corta distancia, mirándome con fijeza. El uno era un conocido sacristan de capa raida, y el otro un hombre del pueblo, desconocido para mí, vestido de ruana y sombrero de paja.

"Conózcalé usted bien!" dijo el sacristan señalándome á las miradas del otro. "Este es! este es!"

No hice mayor caso, pero no eché en saco roto la advertencia. Así, en vez de ir directamente á la casa arzobispal, fuí primero á la mia, me eché en los bolsillos un par de pistolas y tomé un baston que tenia muy fuerte, elástico y con cachiporra.

Apénas sí salí á la calle, cuando en el porton vecino encontré al hombre de la ruana plantado en la acera. O tuvo miedo de atacarme de frente, ó en el primer momento no me reconoció, pues solamente movió los brazos, ocultos debajo de la ruana, y se puso á seguir mis pasos.

Al volver yo la esquina de arriba, siguiendo mi camino, la calle trasversal estaba solitaria; mi hombre apuró el paso y comenzó á injuriarme y decirme que me queria "beber la sangre."

"Haga usted la diligencia!" le contesté, parándome y haciéndole frente con una pistola montada.

Era un cobarde miserable y nada hizo. Medité rapidamente en mi situacion y me dije: "Este hombre puede resolverse á atacarme, y yo tendré que matarle; pero aquí no hay ni un solo testigo para comprobar el ataque y la defensa, y me puedo perder por un miserable fanático. Me importa llegar pronto á la calle de la Moneda."

En efecto, caminé aprisa, sin dejar de contener á mi hombre con la pistola, y al llegar á la esquina vi que allí estaba el Alcalde del distrito y que habia gente. De paso y sin detenerme, pero caminando yá lentamente, le dije al Alcalde: "Procure usted salvarle la vida á ese hombre que viene detras de mí, pues trata de asesinarme, y si me ataca tengo de matarle."

No hizo caso el Alcalde, talvez por no creer séria la cosa, pues era y es hombre honrado y de conciencia, y el hombre siguió mis pasos, bien que á unos treinta de distancia. Entré en la casa arzobispal y me creí seguro. Por lo mismo que mi perseguidor era un fanático, pensé que no me atacaria dentro del palacio del Arzobispo, y recorrí sin zozobra el zaguan y el claustro bajo. Subia yo la escalera, cuando sentí detras pasos cómo de un perro. Volví á mirar, y era mi hombre que corria tras de mí, sin ruido, con un gran cuchillo en la mano.

De un salto me puse en el descanso de la escalera, armé una pistola, esgrimí con la otra mano mi temible baston, y grité: "Miserable asesino!" El hombre se detuvo en la escalera, cobarde y rabioso, en actitud de ataque y profiriendo injurias. Á mi grito salieron al claustro alto dos familiares del Arzobispo, presenciaron la escena y despidieron al fanático vituperándole severamente su infame conducta.

Aquel pobre hombre, que vivia en el barrio de Egip-

to, se retiró furioso por no haber podido darme el golpe; acalorado, se bañó la cabeza en una fuente pública, abajo de la capilla, le sobrevino un ataque de aplopleglía y murió al dia siguiente, sin confesion ni auxilios religiosos eficaces; pero le hicieron buen entierro sus amigos. Algunas beatas dijeron que habia muerto "por castigo de Dios....por no haberme dado el golpe"... El fanatismo religioso, como todo fanatismo, da de todo: mártires sublimes é implacables y viles verdugos. Lo mismo acontece en la política, cuyas pasiones producen héroes maravillosos....é inmundos y feroces septembritas.

Un instante despues de la escena de la escalera, tomé asiento en el gran salon de recibo del Arzobispo. Salió á verse conmigo el digno prelado y le vi lleno de congoja. Me dijo al punto que el objeto de la entrevista era suplicarme que me prestase con buena voluntad á un arreglo que pusiese fin al conflicto, en obsequio de la Iglesia y de la sociedad y por el bien mio y del mismo señor Arzobispo, á quien muchos católicos habian ido á pedirle que procediese contra mí con energía. Me hizo presente que mi falta era de la mayor gravedad posible, por haber puesto manos violentas en un sacerdote; que la sociedad estaba escandalizada, y que mi familia y yo tendríamos mucho que sufrir por causa de la exaltacion que habia contra mí; y concluyó interponiendo el vínculo que me unia á él, como que era su ahijado espiritual.

En sustancia le contesté al bondadoso prelado, despues de referirle cómo habian pasado las cosas:

"He sido injuriado primero en el púlpito y entregado al odio popular por el doctor Cera; y despues, como puedo comprobarlo con numerosos testigos, he sido ultrajado y atacado por él de la manera más violenta, en la calle, sin provocacion alguna de mi parte. Por tanto, para mí la cuestion no es de haber cometido una falta contra la Iglesia, por tratarse de un sacerdote, sino una cuestion personal como cualquiera otra. Si he castigado rudamente al doctor Cera, él ha ofendido en mi persona á un ciudadano y periodista que tiene libertad constitucional para emitir sus opiniones, á un honrado padre de familia y á un representante de la Nacion, que goza de inmunidad. Por mi carácter condescendiente y por muchas consideraciones personales y sociales, yo habia es-

todo dispuesto á un acto de conciliacion; pero despues de los pasquines impresos, de orígen clerical, que se han fijado en las esquinas, y del atentado de que acabo de estar á punto de ser víctima, no puedo ceder; mayormente cuando los fanáticos me han declarado la guerra de todos los modos posibles. Que me ataquen; yo me defenderé, y seré defendido por mis amigos. Las consecuencias podrán ser muy graves."

Ningun resultado tuvo la entrevista, sino el de inducir al señor Arzobispo, bien penetrado yá de la verdad, á procurar que se calmaran los ánimos y que no se recurriese á vias de hecho contra mí, á fin de dejar abierto el camino de la conciliacion.

Por la noche, el sirviente y dos de las tres criadas que habia en mi casa, nos abandonaron, diciendo que se iban porque les habian dicho que se condenarian si seguian sirviendo en la casa de un excomulgado. Al dia siguiente por la mañana tuvimos que hacer comprar pan, leche y otros bastimentos por medio de una de mis cuñadas, porque en las tiendas y panaderías no quisieron vender nada directamente para mi casa. Mi dinero estaba tambien excomulgado.

Iba yo á salir de casa para ir á la sesion de la Cámara, cuando se me presentaron dos comisiones: una á nombre de la juventud, y otra enviada por la Sociedad Democrática, que subsistia compuesta solamente de artesanos. Ambas iban á ofrecerme escolta de individuos armados para acompañarme en la calle y defenderme donde quiera. Les dí las más expresivas gracias, pero no acepté el ofrecimiento y salí solo, siquiera bien armado y resuelto á repeler todo ataque. Despues supe que muchos jóvenes y artesanos armados habian seguido mis pasos por todas partes, con el propósito de defenderme de cualquier atentado.

Estaba yo en la Cámara cuando me avisaron que el Arzobispo me aguardaba en casa. Salí al punto (mi casa sólo distaba unos 50 metros del local de la Cámara) y tuve una conferencia muy breve, porque me urgía volver pronto á la sesion. El Arzobispo estaba sumamente alarmado, y me instó nuevamente para que conviniese en un arreglo. Le dije entónces, para concluir: "No hay sino un arreglo posible: que el doctor Cera me presente primero sus excusas y me pida perdon, como á un caballero, y yo en seguida haré lo mismo con él. Que me respe-

ten y dejen en paz los fanáticos, si quieren evitar un conflicto." A instancias del señor Herran convine en tener con él una nueva conferencia á las tres de la tarde para saber si era posible un avenimiento honroso. Nos separámos y volví á la Cámara, donde yo hacia falta en una discusion muy importante.

A las tres estuve en la casa arzobispal. Estaba yo en conferencia con el señor Herran, sin probabilidades de arreglo, cuando le anunciaron que una comision de la Sociedad Democrática solicitaba verle. Me dejó por algunos momentos y salió á la antesala. Comprendí que se iba á tratar de mi asunto, y no resistí á la tentacion de acercarme á la mampara y escuchar. Cinco artesanos componian la comision, y el que la presidia, Emeterio Heredia — herrero y armero muy honrado, inteligente, hábil y bastante instruido — le dijo al Arzobispo:

"¡Venimos á manifestar á Usía Ilustrísima, de órden de la Sociedad Democrática, que ella sabe muy bien que se preparan nuevos atentados contra el doctor Samper y está resuelta á defenderle y vengarle á todo trance. Si el doctor Samper llegare á ser víctima de los fanáticos, azuzados por el clero, nosotros nada respetarémos: matarémos todos los sacerdotes que hay en Bogotá, exceptuando al señor Arzobispo y á los doctores Saavedra y Vezga."

El señor Herran se quedó mustio, y volvió á conversar conmigo, visiblemente alarmado y asustado, tan luégo como se retiró la comision democrática. No me dí por entendido de lo que acababa de oir, y me mantuve firme. Al cabo me propuso el señor Herran que tuviésemos una entrevista con el doctor Cera en casa del venerable canónigo Saavedra para poner fin al incidente, en la forma que yo habia exigido.

—Pero el doctor Cera es muy soberbio, le observé, y no se prestará á satisfacerme.

—Yo le obligaré á ello con mi autoridad, si la razon no bastare.

—Vamos, pues.

Fuímos inmediatamente á casa del doctor Saavedra, junto con el secretario del Arzobispo, y no le hallámos. Entónces el señor Herran propuso:

—¿Quiere usted que vamos á casa del doctor Cera?

—Oh! eso no puede ser! Mi dignidad......

—Le aseguro á usted que quedará bien puesta.

—Si Usía Ilustrísima me promete que de todo se extenderá una acta para hacer constar los hechos......

—Sí; se lo prometo á usted, ahijado mio; y su generosa docilidad será objeto del mayor encomio.

Tuve la condescendencia, talvez la humildad, de prestarme á lo que el Arzobispo pedia, y con él y su Secretario fuí á casa del doctor Cera. Cuando éste, al salir á recibirnos, advirtió mi presencia, hizo un gesto de cólera patente, y llevó su descortesía hasta el extremo de no contestarme el atento saludo que le hice ni ofrecerme asiento. El doctor Herran, invitándome á sentarme, se apresuró á decir:

"Señor doctor Cera, hago notar á usted que el señor doctor Samper se ha prestado con la mayor condescendencia, por súplica mia, á venir á la casa de usted, ya que no era posible la entrevista en la del doctor Saavedra."

En seguida el señor Arzobispo expuso el objeto de la entrevista, resumió brevemente los hechos, segun lo que tenia averiguado, y concluyó invitándonos á una franca reconciliacion.

—Yo no puedo reconcilarme con un monstruo de impiedad y herejía! exclamó el presbítero en el tono más soberbio.

—Ese lenguaje es muy impropio, señor Cera! dijo con severidad el Arzobispo.

—Es el que puedo usar respecto de un blasfemo que ha ultrajado á la Iglesia en mi persona! repuso el presbítero.

—Entónces, señor Arzobispo, dije poniéndome en pié, esta entrevista á nada conduce, y mi dignidad me obliga á retirarme.

—No, señor doctor; no se retire usted, se lo suplico! exclamó el señor Herran afanoso. Y añadió, mirando con indignaccion al doctor Cera:

—Si usted no atiende á las consideraciones que el bien de la Iglesia, el amor á la paz y la cortesía le imponen, atenderá á mi autoridad. Como prelado superior, le ordeno á usted la reconciliacion.

—Entónces, solamente por obediencia....haré lo que de mi parte se exige; pero....

—No, señor! interrumpí. No quiero tal reconciliacion por obediencia.

—He sido atrozmente ultrajado! exclamó el padre Cera.

—La culpa ha sido de usted, le observé. Usted me atacó sin motivo alguno, y yo tuve que repeler el ataque.

—Pero la Iglesia ha sido ultrajada en mi persona!

—Y usted ha ultrajado en la mia á una familia, al Congreso y á la sociedad.

—Pero yo soy sagrado como ministro de Jesucristo!

—No tratémos ese punto. Yo no soy católico, y para mí la cuestion es, prescindiendo de circunstancias personales, de igual á igual......

—Oh, ahijado! por Dios....interrumpió el señor Herran.

—En conclusion, repuse: si el señor doctor Cera me pide perdon y me presenta sus excusas, prometo que haré otro tanto para desagraviarle; si nó, el asunto quedará terminado.

—Sí; así será, dijo el Arzobispo con firmeza.

El doctor Cera tuvo que claudicar, pidiéndome perdon y retirando todas sus ofensas; y yo en seguida hice lo mismo para con él. Se convino en que se extenderia acta de esta reconciliacion; el señor Arzobispo nos abrazó muy conmovido, y declaró que todo quedaria terminado; con lo que al punto nos retirámos. Al dia siguiente el señor Herran expidió una pastoral, que fijáron impresa en las puertas de la Catedral y de las iglesias, en la cual declaraba que la dignidad de la Iglesia y de la sociedad habia quedado salva, é invitaba á los fieles, en consecuencia, á recobrar la calma y dar á completo olvido el incidente.

Como no faltaron adversarios y áun falsos amigos políticos que atribuyesen á debilidad mia el desenlace (así como hubo personas del otro lado que censuraran al señor Arzobispo, por no haberme excomulgado y entregado al odio de los fanáticos), tuve que referir en una hoja impresa todo lo que habia pasado. Nadie se atrevió á desmentirme, ni persona alguna me molestó despues.

Peró el episodio sí me sirvió para conocer la versatilidad y cobardía de muchos amigos políticos y personales. Constantemente me aplaudian y estimulaban á sostener la lucha contra el Clero, y mis publicaciones eran objeto de sus encomios. Pero el dia que me vieron en gran peligro sacaron el cuerpo, y, como para hacerse perdonar su anti-clericalismo, me calificaban de imprudente y ligero, por las publicaciones que habia hecho.

Sólo la juventud y los artesanos democráticos supieron portarse conmigo, en aquella crítica situacion, con lealtad y valor, prontos á desafiar todo peligro por defenderme; y yo comencé á sentir desprecio por el carácter de unos cuantos de mis copartidarios, y á comprender que no debia contar, principalmente cuando emprendiese alguna campaña peligrosa, por servir al liberalismo, sino con mi propia entereza y energía.

Si en el Congreso de 1856 habia sostenido yo los debates con ardor y constancia, defendiendo sin temor alguno los principios que entónces profesaba el partido radical; si apoyé muchas reformas de la legislacion ó procuré que otras fueran adelantadas; si, en fin, trabajé cuanto pude á beneficio de los legítimos intereses del Estado de Panamá, mi principal empeño fué el de favorecer el desarrollo de las instituciones que habian de convertir la República en una federacion de Estados convenientemente distribuidos y gobernados. Contribuí, pues, mucho en el Congreso de 1856 á la creacion del Estado de *Antioquia*, y en el de 1857 á la del Estado de *Santander* primero; y en seguida á la de los otros cinco que en el último año fueron establecidos, á saber: *Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca* y *Magdalena*.

Sin embargo, hubo en el Congreso curiosas circunstancias que merecen mencion. El partido conservador, que siempre habia sido centralista, estaba en mayoría en las Cámaras, y sin embargo los federalistas obtuvimos mayorías para establecer la federacion. Dos razones explican tan extraño hecho. Por una parte, todos los Senadores y Representantes de Antioquia nos apoyaron, ya por fidelidad á su Estado, ya por el interes de sustraerlo á la accion é influjo de las instituciones radicales consignadas en la Constitucion de 1853 y en casi todas las leyes dadas desde 1849. Por otra, yá no era posible retroceder, sino seguir adelante y completar la federacion, una vez que existian dos Estados federales como partes componentes de la República, central en su mayor extension. Ademas, las Legislaturas de las provincias habian sido consultadas sobre la reforma, á virtud de una ley, y de las 44, unas cinco se habian abstenido de pronunciarse, apénas cuatro habian dado su voto negativo, y todas las demas pidieron prerentoriamente la adopcion del sistema federal.

Pero si para crear los Estados los federalistas liberales

encontrámos apoyo en más de diez ó doce conservadores, al tratarse de la division territorial ó estructura de los Estados apareció el antagonismo de los intereses de partido. Ni unos ni otros procuraban que la composicion social y territorial de los Estados se acomodase á la conveniencia pública ó los intereses de los pueblos y de la Nacion entera, sino á los intereses electorales, más ó ménos transitorios.

En este grave asunto mi conducta fué dictada por la honradez y la imparcialidad, sin tomar en cuenta ningun interes de partido; y por lo mismo, la mayor parte de mis ideas no fueron aceptadas. Segun el plan que yo proponia en la Cámara, la República debia quedar dividida en siete Estados, á saber:

Antioquia, agregándole el distrito de Nare, sobre el Magdalena, y toda la banda derecha del bajo Atrato.

Bolívar, compuesto de los actuales Estados de Bolívar y Magdalena, pero dejando al de Panamá las islas de San Andres y Providencia, á Santancer toda la provincia de Ocaña, sobre el bajo Magdalena, y á la República, como territorio federal, la Goagira.

Boyacá, componiéndolo íntegramente de las provincias de Tundama, Tunja y Vélez, y dejando la mayor parte de la de Casanare para ser Territorio federal.

Cauca, tal como fué constituido, pero dejando á Panamá gran parte del Chocó occidental, entre el bajo Atrato y el Pacífico, y á Antioquia la oriental, y quedando el Caquetá erigido en Territorio federal.

Cundinamarca, tal como fué creado, comprendiendo el actual Estado del Tolima, pero dejando el territorio de San Martin con el carácter de Territorio federal, con la provincia de Casanare.

Panamá. como existia, con las dos agregaciones indicadas.

Santander, sin parte alguna de la provincia de Vélez, y con la totalidad de la de Ocaña.

Aun hoy dia sostengo que esta disposicion de los Estados era incomparablemente más racional que la que se adoptó en 1857, y estoy persuadido de que de la mala distribucion que se hizo del territorio nacional han provenido muchos de los conflictos ó dificultades que se han originado de la defectuosa práctica del régimen federal.

Para finalizar esta segunda parte de mi historia, tor-

naré á ocuparme brevemente de mi posicion puramente personal.

Yo me habia casado la primera vez por estimacion cordial y afectuoso interes por mi novia, así como por decidida vocacion matrimonial. La segunda vez lo hice tanto por profundo amor á Soledad, como por un cálculo de moralidad y educacion propia. Por una parte, yo estaba convencido de esta verdad : por punto general, el hombre soltero es infecundo para la sociedad, y no teniendo verdadero hogar, no reune todas las condiciones necesarias para vivir con honradez, reprimir sus pasiones y servir convenientemente á Dios y á sus conciudadanos. Por otra, yo sentia la necesidad de que una alta inteligencia femenina, auxiliada por las dotes de la educacion, la más pura virtud y un carácter vigoroso ejercieran sobre mi espíritu y mi corazon una influencia continua y saludable, no sólo contribuyendo con sus estímulos al desarrollo y buena direccion de mi mente, sino tambien corrigiendo las asperezas de mi carácter, los ímpetus de mi temperamento tan ardiente é impresionable, y los defectos de mi incompleta educacion.

Soledad habia colmado todas mis aspiraciones, me habia hecho enteramente feliz, y yo la adoraba....Hoy dia, cuando yá comienzo á peinar canas, despues de veintiseis años de dulce union conyugal, mantengo con fidelidad el tierno y ardoroso culto por mi esposa, y bendigo mil veces la hora en que Dios me permitió conocerla y amarla.

Yo deseaba con vehemencia viajar. Comprendia que un hombre que no ha viajado para observar y estudiar el mundo, es incompleto, y sentia la necesidad imperiosa de abrir á mi alma nuevos horizontes. Ademas, deseaba mucho, por amor á mi esposa y á mi inmejorable madre política, que se habian educado en Francia, procurarlas aquellas fruiciones que sólo pueden obtenerse viajando por paises muy cultos y residiendo en ellos,

Por otra parte, me hacian falta muchos conocimientos prácticos, me faltaba mundo, y no obstante el vigor de mi plena juventud, me sentia algo fatigado de la lucha política, tan ardiente y devoradora entre nosotros, y de ordinario estéril. Y el momento era oportuno para alejarme del pais y aprovechar algunos años entregado á un estudio tranquilo que me preparase para servir mejor á

mi patria; sin que nadie pudiera acusarme de abandonar mi bandera en un momento de peligro.

La República estaba en paz y enteramente tranquila. Todos los Estados iban á entregarse al trabajo de su organizacion interior, y la práctica de la federacion habia sido confiada por la voluntad nacional al partido conservador, puesto que el resultado de la lucha electoral de 1856 habia sido la derrota del candidato radical, el doctor Murillo, y el triunfo de los conservadores ó de la candidatura del doctor Mariano Ospina, aposesionado de la presidencia el 1.º de Abril de 1857.

Yo no podia ser neutral en política: tenia que formar en las filas ministeriales ó en las de la oposicion. Formar en las primeras, porque el Gobierno nacional se condujese bien, era comprometer mi posicion, pues aquello equivaldria á unirme á los conservadores. Formar en las segundas, cuando se iba á poner en práctica la federacion, siquiera fuesen los encargados de la obra mis adversarios políticos, habria sido luchar contra mis propias ideas y las instituciones á cuya adopcion habia contribuido yó tánto. La ausencia era para mí lo mejor, dejando la República en paz y aprovechando el tiempo para instruirme. En fin....la atmósfera de las pasiones políticas me asfixiaba, y yo queria saber cómo se vivia en frances, en inglés, en italiano y en buen castellano...

Resolví, pues, emprender un dilatado viaje por el Viejo Mundo, fuí haciendo mis preparativos, y en Enero de 1858 realicé mis propósitos, llevando en mi compañía mi familia.

Esta se componia yá de cuatro personas, pues yo habia tenido la inefable dicha de que Dios me diera dos hijas. La primera, nacida el 31 de Julio de 1856, llevaba en sí misma la expresion de mis ideas, pues la habia hecho dar el dulce nombre de *Bertilda*, anagrama de *Libertad*, inventado por mí. La segunda, *Carolina*, llevaba el nombre de su adorable abuela materna, y habia nacido en Guáduas el 15 de Octubre de 1857. Extrañas coincidencias! la primera habia nacido bajo la advocacion de San Ignacio de Loyola, de quien yo detestaba, y la segunda, bajo la de Santa Teresa de Jesus, de quien yo me burlaba, como Voltaire, por " su devota necedad "..

TERCERA PARTE.

I

EL PRIMER VIAJE.

Al poner de manifiesto las impresiones é ideas que me procuraron mis primeros viajes por paises extranjeros, deberé condensar mis observaciones y pensamientos lo más posible, pues de otra suerte no haria casi otra cosa que repetir, salvo en lo tocante á la situacion de mi alma y al giro que tomaron mis ideas, lo que ya tengo publicado. Fruto directo de aquellos viajes fueron cinco volúmenes, escritos sucesivamente en Europa. El primero y segundo, publicados en Paris en 1860 y 1861, * contienen la descripcion de mi viaje desde Honda hasta Paris, por Mompox, Cartagena, Sain Thomas, Southampton, Lóndres, Dover y Calais; del que hice al Sur de Francia (por Lyon y Marsella) y á España, regresando por Bayona, Burdéos, Angulema y Orleans; y del que posteriormente verifiqué por el Sudeste de Francia, Saboya, Suiza, la Alemania del Rin y Bélgica, regresando á Paris por Lila y Amiens. A estos dos primeros volúmenes, cuyas ediciones se han agotado enteramente, añadí pequeños mapas de los paises respectivos, que elaboré con el objeto de indicar los itinerarios.

El tomo 3º fué publicado en forma de folletin, en el *Comercio* de Lima, en 1862 y 1863. Su objeto fué hacer un estudio comparativo de la civilizacion de Inglaterra y Francia, tomando por bases de comparacion á Lóndres y sus alrededores más notables, y Paris y los suyos, considerados los dos grandes centros en todos sus aspectos: físico, moral é intelectual. Acaso es éste el más original y curioso estudio que yo haya hecho, y probablemente el más instructivo de todos mis trabajos relatives á viajes, por el cúmulo de observaciones y consideraciones políticas, geográficas, literarias, económicas, artísticas y

---

* *Viajes de un colombiano en Europa* – *Tomos* 1º y 2º — Paris, Thunot & Cª

morales que me surgirió la atenta observacion de las dos grandes capitales y los pueblos ó lugares circunvecinos.

Comprendía el tomo 4º la completa descripcion de uno de mis viajes más interesantes: de París hácia el Nordeste de Francia y el Rin, por Metz, Espira, Báden, Estutgart, Munic, el alto Danubio y Viena, el bajo Danubio hasta Pesth-Buda; de allí á Berlin, por Presburgo, Viena, Praga, el alto Elba y Dresde; y de Berlin á Lóndres, por Hamburgo, Hanóver, Utrech, Amsterdam, la Haya, Leyda, Roterdam y Antuerpia.

En fin, el tomo 5.º narraba mis excursiones por la Gran Bretaña, ya tratando de las ciudades de la Mancha, como Brighton, Hastings &ª, ya siguiendo el itinerario de Oxford, Bath, Cheltenham, Bristol, Gloucestèr, Worcester, Birmingham, Manchester, Hudersfiel, Liverpool, Chester, Bangor y Holyhead; Dublin, el centro de Irlanda, Londonderry y Belfast; Glagow, los lagos Lommond y Katrine, Sterling y Edimburgo; y el regreso de allí á Lóndres, por Newcastle, York, Leeds y Sheffield.

Los gastos que hice en los viajes y publicación de dichos libros fueron tan considerables, que me vi obligado á dejar inéditos los tomos 4º y 5º, y en su simple edicion de periódico el 3º El buen éxito que tuvieron el 1º y 2º me ha hecho pensar que los otros tres, áun más nuevos para los Hispano-americanos y más interesantes por muchos motivos, habrian obtenido todavía mejor acogida del público; pero yá es muy tarde para imprimirlos, por muchas razones obvias, y ademas la escaces de mis recursos no me permite emprender una costosa edicion, despues de haber disipado todo un capital en publicar libros, folletos y periódicos.

No diré que al alejarme de mi patria sentí gran pesadumbre. Me apenaba la ausencia por mi madre, mis hermanos y amigos, y comprendia que, al comenzar á ser *entranjero*, saliendo de mi patria, se suspenderia para mí la vida de *ciudadano*, que me era tan importante y cara. No ménos sentia que me faltasen mi tierra, mi atmósfera, mi cielo y todos los componentes físicos de mi patria, y áun en mucha parte mi lengua materna y mil tradiciones queridas.

Pero tambien, en gran parte, yo llevba la patria conmigo. Mi amada esposa y mis hijitas eran la más encantadora y adorable prolongacion de este cúmulo de bienes y cosas amadas que llamamos *la Patria*. Mi ardien-

te patriotismo, siempre atento á la marcha de los sucesos en mi pais, habia de preservarme de todo egoismo de viajero y mantenerme, desde léjos, íntimamente conciudadano de mis compatriotas. La poesía, la memoria y la imaginabion me mantenian muy fuertemente ligado á todas las cosas bellas y nobles de mi tierra natal; mayormente cuando yo llevaba el propósito de trabajar cuanto me fuera posible por hacer conocer mi pais en el extranjero. Por último, mi ardiente deseo de instruirme, estudiando y viajando para ser útil á mi patria, era un poderoso elemento de prolongacion moral de aquesta en las tierras extrañas, para mi espíritu sediento de luz y ansioso por adquirir fuerza.

Confieso que salí del suelo colombiano dolorosamente impresionado. A pesar de los muchos y grandes defectos de Bogotá, aquí la civilizacion está bastante adelantada relativamente; por lo que yo estaba habituado, dentro de mi estrecho horizonte, al pié del Monserrate y el Guadalupe, á cierto órden de adelantamiento social. Pero al bajar hácia el Atlántico, el espectáculo me pareció, en general, lamentable. En las dos extremidades de la navegacion habia incuria, estancamiento y ruinas: Honda, una ciudad vegetante y llena de escombros; Cartaguna, una capital interesante, culta, gloriosamente histórica, pero miserable y muerta; y todo el bajo Magdalena y el Dique de Calamar en deplorable atraso, en semi-barbarie y justificando pocas esperanzas de regeneracion y progreso....

El espectáculo del océano me impresionó de un modo extraño, sin sorprenderme. Tánto habia leido yo relativamente al océano y lo habia contemplado con la imaginacion, que me pareció triste y feo. Tristeza majestuosa y fealdad imponente! El mar, dígase lo que se quiera, no es verdaderamente *bello*, visto desde la tierra y cuando la mirada se pierde en lo relativamente ilimitado. Impresiona profundamente con sus rugidos, que dan idea de lo monstruoso, formidable y terrible; causa una especie de miedo físico, al propio tiempo que despierta una vaga curiosidad de lo desconocido y lo insondable; desarrolla á los ojos de quien lo contempla un horizonte casi tenebroso, á fuer de inmenso y moviente; da al espíritu la enseñanza más objetiva posible, palpable, de lo infinito y eterno; y arrastra el alma á solicitar un supremo ideal, en cuyo fondo se percibe, como

en lejanísima perspectiva, lo incomprensible y misterioso por excelencia: Dios....Todo esto es *sublime*, profundamente *grande*; pero no es *bello*, segun la más habitual concepcion de la belleza.

Al contrario, si uno contempla el océano desde á bordo de un barco, en su combinacion topográfica y estética con la tierra, ya encerrado en una bahía al pié de altas colinas ó montañas, ya en una estrechura de mar, como la Mancha ó el estrecho de Gibraltar, ó en el mar de Irlanda, entre ésta y Escocia, el aspecto varía completamente. Allí el océano, la tierra visible y el cielo se combinan para fomar la más admirable armonía; y de esta trinidad de magnificencias que se complementan recíprocamente resulta la más acabada belleza que el hombre puede contemplar en el limitado horizonte de su planeta.

Tales han sido siempre mis impresiones en lo tocante al mar. El océano inmenso, con sólo el cielo por pabellon, me ha parecido trsite y desolado, monstruosamente vago, — porque en él falta ....la *Humanidad*; pero visto en combinacion con la tierra, es decir, con las costas, he hallado en él la completa hermosura que comprendia al *Hombre*, representado por la tierra firme.

Saint Thomas, á pesar de sus negros medio bozales, con su detestable *papiamento*, — idioma que la ignorancia y la necesidad han formado de cinco ó seis lenguas cultas y literarias; — Santo Tomas, repito, me dió la primera nocion objetiva y directa de la civilizacion europea. La estructura de las casas; el movimiento de las gentes, de los almacenes y de los carruajes; el excelente servicio de correos, que en gran parte centraliza los del mundo entero; y la grandeza y variedad de barcos de vapor y de vela anclados en la bahía: todo contribuye á preparar el ánimo del viajero para recibir poco despues, al llegar á Inglaterra, las impresiones que causa la más adelantada civilizacion.

En Saint Thomas me parecia que estaba yo como entre dos aguas y dos civilizaciones: entre el mundo hispano-americano y el mundo europeo. Allí, realmente, me despedí en cierto modo de mi patria y comencé á sentirme verdaderamente extranjero.

Lo que me aconteció á bordo del vapor *Thames* primero y del *Paraná* en seguida, me dió la primera prueba de lo poco que vale una educacion puramente teórica. Yo creia conocer la lengua francesa, porque la habia es-

tudiado en muchos libros y la escribia corrientemente, de tal modo, que áun habia compuesto buenos alejandrinos franceses. En cuanto á la lengua inglesa, apénas la traducia medianamente y hablaba muy poca cosa. Desde que estuve á bordo y hablé con franceses é ingleses, sentí mi vergonzosa ignorancia: ni yo entendia nada de lo que me decian, ni nadie me comprendia. Por qué? Porque yo no habia educado el oido ni la boca para oir y hablar como convenia, y ademas ignoraba casi todos los modismos de las lenguas de Molière y Shakespeare. Gran trabajo me costó aquella educacion, y sólo con la práctica en Europa, y particularmente en Paris y Lóndres, logré acelantar mucho en el frances y algo en el inglés.

La impresion más clara que me dejaron todos los tipos sociales y todas las escenas que observé á bordo del *Thames* y del *Paranú*, fué ésta: que en ninguna parte pone tanto de manifiesto el hombre sus defectos (mucho más que sus cualidades) y particularmente su vanidad y egoismo, como á bordo de un barco y en viaje marítimo. Precisamente allí es donde más le amenaza y le rodea el peligro; donde ménos estrechos y durables son sus vínculos sociales; donde sus intereses son ménos visibles y apreciables; donde su posicion social es más desconocida, y sus sentimientos debieran ser más espontáneos y nobles y su lenguaje más sincero. Y sin embargo, allí el egoismo humano raya en lo feroz ó en lo ridículo; la vanidad se desarrolla prodigiosamente; casi todos tratan de engañarse y echarse polvo en los ojos con falsas historias y anécdotas, y casi todos procuran parecer bellos y graciosos y darse por nobles, ricos, grandes personajes ó celebridades.... Mucho es lo que un observador atento y de buen humor, que no se marea, puede divertirse y aprender, estudiando la Humanidad compendiada (razas, costumbres, lenguas diversas, clases sociales, &ª) á bordo de un gran vapor marítimo.

Un grave incidente me ocurrió á bordo del *Paraná*, que pudo haberme causado muchos disgustos,

Entre los pasajeros se hallaba un señor Manuel Argumánes, hombre fatuo y grosero, á quien muy pocos hacian caso, por su ser su trato y modales antipáticos, pero que se daba grande importancia, creyendo valer mucho por su dinero. Se habia enriquecido con negocios de huano, en calidad de agente del Gobierno peruano en Lóndres; tenia como cuarenta y cinco años, era tieso y adusto,

y atormentaba sin misericordia á un sobrino que le servia de aguanta-penas. Su camarote estaba muy cerca del mio, y con tal motivo yo habia tenido varias veces que prestarle pequeños servicios, llevandole té y otras aguas cocidas en momentos de indisposicion. Así era que, á pesar del mal carácter del hombre, de quien todos se apartaban, yo habia mantenido con él buenas relaciones de cortesía.

No fué esto parte á impedir que Argumánes insultase un dia groseramente á mi familia. El tiempo estaba borrascoso, la mar muy agitada, y unas cuantas señoras (entre ellas mi esposa y mi madre) se refugiaron durante dos horas en un pasadizo á modo de saloncito que los hombres ocupaban ordinariamente, porque ellas no podian soportar el movimiento de balance y cabezada del vapor en el salon de popa. Quiso Argumánes sentarse á jugar *whist*, y no hallando sitio adecuado se puso á echar pestes con suma grosería, diciendo en alta voz que "*esas mujeres* le tenian fastidiado, porque se habian apederado del saloncito donde se reunian los hombres." Este sólo rasgo patentizaba que Argumánes, opulento y todo, era incomparablemente más patan que caballero.

Pocas horas despues de este incidente, ignorado por mí, comisionaron á mi esposa, por ser hispano-americana y hablar muy bien inglés, para que, en union de una señora inglesa y otra francesa, suplicaran á todos los pasajeros que contribuyesen con algo para formar un fondo en dinero y distribuirlo entre los miembros (sirvientes del *Paraná*) de la excelente banda de música que todos los dias nos obsequiaba, durante algunas horas, con deliciosas oberturas y aires musicales. Al llegar las tres señoras á un grupo del cual hacia parte Argumánes y solicitar el óbolo, este hombre contestó con la mayor insolencia: "Eh! yo no me dejo escamotár! No doy nada!" Y en seguida volvió la espalda.

Mi esposa le miró con soberano desprecio y devoró el ultraje en silencio, pero al retirarse no pudo reprimir las lágrimas que hizo brotar de su noble alma tan inmerecido y soez insulto. Un instante despues uno de los Oficiales del vapor, que hablaba bien frances y me habia tomado cariño, indignado de aquello se acercó á mí (yo estaba en el puente leyendo) y me refirió lo que acababa de suceder. Inmediatamente bajé al entrepuente y pregunté á mi esposa y mi madre qué era lo sucedido

No deseaban ellas que yo lo supiera, por evitarme un lance desagradable, pero las fué forzoso referirme, llenas de indignacion, los dos incidentes.

Al punto fuí á buscar á Argumánes, y le hallé con dos ó tres pasajeros junto á la baranda que protegia la máquina del barco y encerraba el abismo en que ésta funcionaba. Me acerqué y le dije:

—Señor Argumánes, vengo á pedir á usted satisfaccion de los ultrajes que ha inferido á mi señora esposa y mi señora madre política.

—¿Qué dice usted? esclamó aquél con desdeñosa insolencia.

—Que usted ha insultado indignamente á mi madre y mi esposa, contesté, y es menester que ahora mismo vaya usted á pedirlas perdon delante de testigos.

—Bah! repuso el hombre con mayor altivez, yo tengo muy alta posicion y no me degrado pidiendo á nadie perdones.

El insolente creia tener muy *alta posicion* por haberse enriquecido mucho en Lóndres, defraudando á su gobierno en las ventas de huano!

—Entónces.... repliqué, tendré que castigar á usted severamente, como se lo merece.

—Bah! bah! á mí?

—A usted, sí.

—¿Y cómo se atreveria usted á *castigarme?*

—Por ejemplo, escupiéndole la cara.

—Atrevido!

—Y si esto no bastare, le echaré á usted al suelo y le daré de puntapiés como á un perro.

El peruano me lanzó una mirada de cólera y desprecio.

—¿Pedirá usted perdon? le dije con la calma de una resolucion tomada. A la una!

—No! contestó Argumánes.

—A las dos! pedirá usted perdon?

Nada contestó el hombre.

—A las tres! ¿pedirá usted perdon?

—Eh! vamos! digo que no!

Apénas sí habia el hombre dicho *no*, cuando, recogiendo toda la saliba que mis glándulas pudieron secretar, se la arrojé á la cara gritándole:

—Miserable!

El hombre se desató en improperios, á tiempo que yá se hahian reunido en torno como ocho pasajeros.

—Silencio! exclamé. Si usted me insulta con una palabra más, le tiraré á puntapiés encima de la máquina.

El hombre enmudeció de rabia y limpiándose la cara con su pañuelo se alejó de mí, en tanto que varias personas se interponian.

Comprendí que, no obstante el pleno derecho con que habia procedido, yo habia ejecutado un acto censurable, por cuanto envolvia una via de hecho, y que me importaba poner de mi parte la buena opinion de todos á bordo y evitarme un nuevo disgusto. Así inmediatamente me dirigí al cuarto del Capitan, con tres de mis *amigos* de á bordo, le referí todo lo que habia pasado, citando testigos de uno y otro sexo, y concluí diciéndole:

—" No obstante la exasperacion á que me han reducido los ultrajes hechos á mi familia por el señor Argumánes, y la conducta que conmigo ha observado, comprendo que he cometido una falta para con Su Majestad la Reina de Inglaterra, en cuyo territorio estoy, y para con el digno Capitan y los Oficiales que la representan aquí. Por tanto, pido perdon y presento á usted mis excusas por la falta que haya cometido, en defensa de la dignidad de mi familia, y si fuere necesaria otra satisfaccion, estoy pronto á darla á usted."

Muchos Oficiales del barco y pasajeros atestiguaron espontáneamente que yo habia dicho la verdad en todo, y el Capitan, tendiéndome la mano y con ademan de aprecio y consideracion, me dijo:

—Señor, usted ha procedido como un vérdadero *gentleman;* acepto con placer sus nobles excusas, y le declaro dispensado de todo.

En seguida hizo llamar á Argumánes y le reconvino severamente por su indigno proceder; y como éste recibió la reconvencion con mucha insolencia, calificando ademas de parcial al Capitan y negándole toda autoridad para reconvenirle, el vigoroso marino le dijo:

—Retírese usted y modérese; y sepa que tengo autoridad para castigar toda insolencia.

—Á mí no me puede castigar usted! repuso Argumánes. Soy ciudadano peruano!

—Puede usted ser ciudadano del Perú, del sol ó de la luna; pero está usted en territorio inglés y aquí ejer-

zo yo la autoridad de Su Majestad Británica y de las leyes de Inglaterra.

Refunfuñó el Peruano con violencia, y el Capitan añadió:

—Si usted continúa dando escándalo, le enviaré al fondo de la cala, y si es necesario le haré poner una barra.

Con esto se amansó el muy alto y soberbio señor Argumánes, y en seguida se redujo á amenazarme, diciendo que al llegar á Inglaterra la cosa me costaria muy caro y tendria yo que darle espléndida satisfaccion.

Todos los Oficiales del Paraná y casi todos los pasajeros me felicitaron por mi conducta, y los primeros me obsequiaron por la noche con un té especial en el que hubo gasto á discrecion de excelente champaña. Argumánes, al contrario, se vió tan aislado, tan despreciado por todos, que hubo de encerrarse en su camarote durante cuarenta y ocho horas, hasta que, al tocar el *Paraná* en Plymouth, saltó á tierra y siguió prontamente para Lóndres. Como profirió muchas amenazas, todos los Oficiales y muchos pasajeros ingleses me ofrecieron sus testimonios para cualquier lance que ocurriera en Inglaterra, y con tal fin me dieron sus tarjetas con sus direcciones domiciliarias. Yo creia que Argumánes me provocaria despues á duelo, si tenia algun sentimiento de dignidad; pero todos me decian que el duelo era severamente prohibido en Inglaterra, y que de seguro la venganza de aquél seria puramente judicial. En breve sabrá el lector de qué manera concluyó el episodio.

Profundas fueron las impresiones que sentí desde que avistámos la costa de Inglaterra, cerca de Plymouth, hasta el desembarque en Southampton. Por una parte, era imponente el espectáculo de centenares de barcos de vela y de vapor, amén de muchísimos pescadores, que en todas direcciones se cruzaban sobre las agitadas ondas del canal de la Mancha; espectáculo que, dando idea de un prodigioso movimiento de navegacion y comercio, contrastaba por extremo con la desoladora soledad que habíamos encontrado en el mar de las Antillas y en la travesía del Atlántico. Por otra, los grandiosos diques y muelles del puerto de Southampton y la gran multitud de naves de todo porte allí aglomeradas, preparaban mi ánimo para comenzar á darme cuenta de la inmensidad de la marina británica y de las proporciones asombrosas

de su comercio; impresion que habia de ensancharse y profundizarse despues en mi espíritu con la contemplacion de unos puertos tan importantes como los de Lóndres y Dover, Brístol, Liverpool, Glagow y otros.

Esto, en lo tocante al aspecto comercial de la civilizacion europea que yo me proponia estudiar. En lo tocante al aspecto físico de Inglaterra, se me ofreció desde las cercanías de Plymouth un espectáculo que me era enteramente desconocido: el de la tierra cubierta de nieve, y como élla, todas las casas, arboledas y demas elementos de los paisajes visibles. Estábamos en los principios de Marzo, y nevaba con excepcional abundancia. Todo estaba cubierto por una inmensa mortaja blanca; parecia que incesantemente llovia algodon desmenuzado en ligerísimas puas y aristas; los árboles tenian el aspecto de grupos de espectros envueltos en destrozadas sábanas ó harapos de blanquísimo lino; las casas parecian enormes y extravagantes sepulcros, y las aldeas y villas cementerios monstruosos.... Todo tenia el aspecto de la desolacion y la muerte, y era lúgubremente sorprendente para mí, hijo de la zona tórrida, habituado desde mi niñez á ver siempre en mi bello pero inculto pais los árboles y plantas vegetando, las campiñas verdes y lozanas, las fuentes y los rios y arroyos saltando cristalinos y espumosos, y en todas partes la vida, la expansion, el calor y la actividad de la Naturaleza....

Mi pobre esposa, que con su admirable conducta se habia hecho más digna de mi estimacion y ternura, habia sufrido cruelmente á bordo del *Thames* y del *Paraná*, y al llegar á Southampton estaba extenuada. Iba criando á nuestra hija Carolina, que no tenia cuatro meses cumplidos cuando nos embarcámos en Cartagena, y á más de eso tenia los más tiernos cuidados para con Bertilda, chiquilla inquieta de diez y ocho meses; y como sufria horriblemente del mareo y casi no podia retener alimento alguno, puede decirse que al nutrir con sus pechos á la recien nacida, la alimentaba literalmente con su propia vida.... Oh! cuán bella y sublime es la abnegacion de una madre, y cuánto no las suele costar á todas la ternura infinita con que aman á sus hijos y les mantienen y desarrollan la vida que les han dado!

Era conveniente una detencion de algunos dias en Southampton para que mi familia descansara algo de las

fatigas del viaje, y aquellos dias no fueron perdidos. No obstante la crudeza del invierno y el estar todo cubierto de nieve, no perdí una hora en cinco dias sin recorrer todas las calles y observarlo todo, visitar las iglesias y otros edificios públicos, recorrer detenidamente los díques y muelles del puerto, presenciar todo lo que hacian en el vasto embarcadero del ferrocarril y ver funcionar el telégrafo; todo lo cual me era desconocido, salvo por lectura y vistas de láminas y periódicos ilustrados.

Tan prevenido estaba yo contra el catolicismo, por su disciplina, sus ritos y áun algunos de sus dogmas, que sentí una especie de placer relativo, pero no de *sentimiento* sino de *pensamiento*, al visitar en Southampton las primeras iglesias protestantes. Me parecieron excelentes, no obstante su frialdad glacial, su desnudez prosaica y su desabrimiento, sólo porque en ellas no habia imágenes ni verdaderos altares. Con el tiempo, despues de mucho viajar y comparar, me persuadí de esta verdad: que en lo tocante á religion cristiana, no hay verdadero *culto* sino en el catolicismo; y me pareció que, dados los dos puntos opuestos de partida, — la fe y el libre exámen positivista, — sólo eran lógicos dos caminos: el del catolicismo y el del deismo racionalista.

En las religiones protestantes no hay propiamente *culto externo*, porque todo tiene el carácter de *social*, más bien que *divino*. Una reunion de protestantes en su iglesia no parece estar congregada allí para orar, oir la palabra divina y hacer oblaciones á Dios, sino para discutir ó tratar de asuntos muy prosaicos ó de interes procomunal. Faltan allí el altar, que hace mirar hácia el cielo; los crucifijos y las imágenes de María, que invitan á evocar la sublime historia de Jesus y su pasion; los cuadros religiosos, que enseñan objetivamente las virtudes supremas de la fe, la caridad y la esperanza, y de la abnegacion llevada hasta el martirio; y faltan el órgano, cuya sonora voz levanta las almas hácia el invisible *Ideal*; el incienso, cuyo aroma hace sentir íntimas emociones de oblacion y adoracion, y cien circunstancias que dán al culto católico incuestionable superioridad de belleza, elocuencia y grandiosa filosofía sobre todos los demas cultos conocidos.

Apénas sí habíamos llegado á Lóndres y nos instalámos en una gran fonda (*The London Bridge Hotel*) cuando me entregaron una carta de mi hermano Rodulfo. Él habia

estado viajando por négocios en Europa, y yá iba á regresar á Nueva Granada; y como yo le habia dado noticia de mi llegada á Southampton y de la direccion del alojamiento que tomaria en Lóndres, se habia anticipado á informarme de lo ocurrido con él en el asunto de Argumánes.

Este se habia apresurado, al llegar á Lóndres, á poner su causa en manos de dos abogados (modo especial y muy *huanero* de enteder las cuestiones de honor), y los *lawyers*, informados, nunca supimos cómo, de que en la metrópoli estaba un Samper, le confundieron conmigo y fueron á pedirle satisfaccion. Mi hermano se apresuró á decirles:

"El sujeto á quien ustedes solicitan es mi hermano, se ha detenido Southampton y llegará de hoy á mañana. Ignóro qué sea lo acontecido á bordo del *Paraná*, pero sea lo que fuere, estoy seguro de que mi hermano ha procedido bien, y si se trata de una cuestion de honor estoy pronto á responder por él, aceptando todas las consecuencias."

Los abogados se retiraron presentando excusas á mi buen hermano, y dijeron que aguardarian mi llegada, por lo cual dejaron su direccion, que era un rincon de cierto *Inn* (plazuela encerrada entre edificios) en la *City* de Lóndres.

Al dia siguiente me presenté en el despacho de los *lawyers*, llevando, escrita en frances, porque yo me expresaba muy mal en inglés, una exposicion circunstanciada de lo ocurrido con Argumánes, y acompañando una larga lista de testigos que comenzaba por el Capitan y Oficiales del *Paraná*, con indicacion de sus domicilios.

Me recibieron muy bien los dos abogados, mostrándose muy agradecidos de mi prontitud y cortesía; y como yo empecé por decirles que, áun siendo el primer ofendido me ponia á la disposicion de mi adversario, si se trataba de un lance de honor, se apresuraron á declararme que en Inglaterra no podia haber lances de esa clase, y que no se trataba sino de una satisfaccion *civil* escrita, y en caso necesario, judicial. Entónces les referí con calor lo ocurrido y les entregué mi exposicion. Vi patentemente que ambos reconocian mi sinceridad, sin decírmelo, y comenzaban á simpatizar conmigo y mi causa. Les dejé mi direccion y me prometieron informarme del resultado lo más pronto posible.

Tres ó cuatro dias despues me escribieron una carta

muy atenta, en la cual me declaraban: que habian averiguado los hechos con el Capitan y Oficiales del *Paraná*, y que, resultando confirmada en todo mi exposicion, el asunto quedaba concluido, pues ellos, como hombres justos y de honor, no podian patrocinar la causa de Argumánes.

Así finalizó este desagrable episodio, sin que Argumánes tuviese nada que hacer conmigo durante los veinte dias que pasé en Lóndres. Dos meses despues me encontré con mi hombre en Paris, súbitamente y de manos á boca, y fué tal su terror al verme, que se echó á correr por el *boulevard* Montmartre y se escondió como un gato en la galería del Comercio. Nunca volví á verle, y creo que de ello le quedarian á él pocas ganas.

Reservo para mejor ocasion el emitir de un modo general el juicio que formé respecto de Lóndres y de Inglaterra, procurando no repetir cosa alguna de lo que tengo publicado sobre la materia. Por ahora sólo diré de de paso dos cosas. Lo que más me sorprendió en Lóndres fué, en lo material, este hecho: la inmensidad combinada con la enormidad; y en lo social, este otro: el órden más maravilloso en la completa libertad y en el prodigioso bullicio de lo aparentemente desordenado.

La *City*, como llaman al viejo Lóndres, es una ciudad-boa, una capital-vorágine que de tanto absorber y devorar ciudades, villas y aldeas circunvecinas, pertenecientes á tres ó cuatro condados (provincias), se ha convertido de capital en metrópoli-monstruo. Pero que monstruo! un monstruo de magnificencia y esplendor, de actividad y opulencia, de ciencia y de gobierno. Es una potencia de cuatro millones de almas aglomeradas en el corazon de Inglaterra y sobre las orillas del Támesis; potencia que gobierna el mundo por medio del dinero, de la industria, del comercio, de la marina y de la diplomacia.

Allí todo es enorme, colosal, y tiene el sello de lo inmenso, en cuanto lo inmenso puede caber en las obras humanas. *San Pablo* y la abadía de *Westminster*, el *Museo Británico* y el *Palacio del Parlamento*, *Hyde Park* y el *Jardin Zoológico*, el *Puente de Lóndres* y los embarcaderos de los Ferrocarriles, los *Diques* y el *Ferrocarril subterráneo*, el bajo Támesis y sus colosales barcos de vapor, el *Banco de Inglaterra* y la *Lonja*, el palacio de *Kensington* y las principales calles, la casa de *Correos* y el *Tunel* ó

Socavon: todo allí es enorme; todo parece hecho para gigantes y titanes ó para servir á la Humanidad entera, representada por la más vasta aglomeracion de hombres que el mundo haya visto reunida bajo una sola autoridad municipal. Así la belleza de Lóndres no consiste en su gracia ó su elegancia, sino en sus proporciones, que dán idea de lo fabuloso en la civilizacion.

¿Pero cómo vive, se mueve y se agita aquella inmensidad, en cuyo seno se cruzan más de cuatro millones de hombres de todas las naciones, á pié y en centenares de miles de carruajes? ¿Como se sostiene allí el prodigioso movimiento de los correos y los telégrafos, del comercio y del periodismo, de la navegacion de los acarreos terrestres, y de tantos sevicios admirablemente organizados para facilitar la vida de tanta gente? Todo es obra del *órden*, del buen *gobierno*, de la *armonía* social, y este órden, este gobierno y esta armonía son el resultado del equilibrio de dos fuerzas incuestionables: la accion de la libertad y el respeto por la autoridad colectiva; ó en otros términos: todo es obra de la LEY. De la ley, que es simultánea y correlativamente la garantía de todo derecho y de todo deber.....

Todo inglés sabe, por intuicion de raza, ó por tradicion ó educacion, una cosa: que si el derecho y el deber naturales del hombre emanan de Dios, la ley social es la que, en resolucion, interpreta y formula la ley de Dios (en lo político y civil), tal como puede comprenderla y presentarla á la sociedad el hombre constituido en gobernante. La ley social es, pues, para todos la expresion relativa del bien, de la justicia, del órden, de la conservacion, de la regularidad en la vida comun y en el progreso humano. La ley dice á cada cual: este es tu *derecho*, y los demas *deben* respetarlo; este es tu *deber*, y los demas tienen razon para *exigir* que lo cumplas. Y todos se someten, todos respetan la ley, porque la ley les protege y ampara por igual.

De ese respeto nacen simultáneamente la libertad y el órden, ó mejor dicho, nace una libertad ordenada, una libertad que funciona con regularidad. La policía, que es una de las maravillas sociales de aquella civilizacion, es acaso la más patente expresion del órden característico de la libre sociedad inglesa.

II

LA VIDA PARISIENSE.

No me propongo describir á Paris minuciosamente, trabajo que está hecho desde 1862 y hace parte de mi obra intitulada : *La civilizacion anglo-francesa*. Prefiero seguir en estas Memorias otro método : el de hacer que la descripcion de los principales rasgos de Paris y de toda Francia vaya resultando de la narracion sencilla, frecuentemente anecdótica, de la vida que viví en aquel pais y sobre todo en su capital. Así aparecerá la fisonomía de muchos hombres importantes ó eminentes, y de muchos grupos sociales; se pondrá de manifiesto el carácter de la sociedad francesa; quedarán de relieve muchos rasgos característicos de las instituciones y la civilizacion de aquel gran pueblo hijo de Rabelais y de Voltaire, transformado en gran parte por su revolucion de 1789; y se irá viendo el movimiento de mi espíritu en el *medio* que le rodeaba, y la influencia que este *medio* social fué ejerciendo sobre mi alma, modificando en gran parte mis ideas y dando nuevo giro á mis sentimientos.

Desde luégo tenia que resolver, al llegar á Paris, un problema muy grave y delicado : el de mi instalacion. El hispano-americano que no ha viajado por Europa, no tiene idea de lo decisiva que es la instalacion para el buen ó mal éxito del viaje. De la orilla derecha á la izquierda del Sena no hay materialmente más de cien métros; pero cuán grande no es la distancia moral, económica y social !

Vivir en el lado derecho significa hacerse víctima, en mayor ó menor grado, del lujo y el placer, de la moda y la disipacion, de la elegancia ruinosa y la novelería, de la estéril vanidad y el capricho de todo el mundo; á ménos que el ejercicio de una profesion ó industria lucrativa haga necesario el hallarse uno constantemente en el centro de los negocios, siempre con el gran peligro de ser absorbido por la vorágine del mundo disipado.

Vivir en el lado izquierdo significa, al contrario, acomodarse con modestia y economía *para sí mismo y su familia*, y no *para el qué dirán* ; significa asegurarse la independencia y la quietud, rodearse de elementos de de trabajo y estudio serio, situarse al lado de la Univer-

sidad y del Luxemburgo y á la sombra de una sociedad sensata y reposada, en los barrios que no son del dominio de los estudiantes ni de los petimetres á la moda.

Lóndres acababa de enseñarme una cosa muy importante: que en la inmensidad de las capitales europeas todo individuo es anónimo; que es un cero, un mero bulto de la inmensa turbamulta social, y que el extranjero, más áun que los ciudadanos de aquellas capitales, deben aprender á vivir conforme al buen sentido y á sus recursos, y no á la necia vanidad, que á muchos alucina hasta el punto de hacerles creer que llaman ó pueden llamar la atencion de álguien, derrochando en balde su dinero por hacer viso.

Así al instalarme en Paris busqué la comodidad, el contentamiento de mi familia y los elementos de un provechoso estudio, dejando la vida elegante para los que pudieran gastársela y gustaran de la ociosidad presuntuosa. Me fuí á vivir á la calle del *Oeste*, número 50, donde tenia: todo el primer piso de una casa, que amoblé á mi gusto y con lo mio; buenos vecinos en la misma casa y en las cercanías; aires saludables, y jardin adentro para que en él jugaran mis hijitas, y al frente, en la acera opuesta, la vasta extension del espléndido jardin del Luxemburgo, abierto para todos. No muy léjos iba yo á tener la *Sorbona* y el *Colegio de Francia* para asistir á cursos públicos de literatura, historia y ciencias físicas y políticas, así como iba á tener á mi alcance el *Instituto frances*, magníficos museos y bibliotecas, excelentes librerías, admirables templos, el teatro del *Odeon*, el *Observatorio* y otros establecimientos científicos.

Despues de instalarme, mis primeros cuidados fueron tres: adquirir el mayor conocimiento posible de la lengua francesa, procurarme muy buenas relaciones, y tratar de aprender el *arte* de vivir bien en Paris, — arte que muy pocos extranjeros aprenden ni conocen jamas. Para lo primero me propuse: no tener jamas vergüenza ó empacho para hablar con cualquier frances, y evitar lo más posible las lecturas y conversaciones frecuentes en castellano; procurarme el auxilio de un *profesor* que me enseñase los modismos, las delicadezas y la *ciencia* de la lengua francesa, que no se aprenden en las gramáticas, así como ciertas finezas de gimnástica en la pronunciacion; asistir con frecuencia á los mejores teatros, donde se hablase el frances puro y clásico,

como en el teatro *Frances* y el del *Odeon*, y el frances familiar más espiritual, agudo y original, como en el teatro del *Palacio Real*; — y leer constantemente los mejores libros y los periódicos y revistas más corectamente escritos. Esto era tanto más necesario y conveniente para mí, cuanto habia celebrado un contrato con el editor propietario del *Comercio* de Lima para enviarle, por quincenas, revistas ó correspondencias completas sobre la política de Europa.

Tanto me apliqué á llenar mi propósito, que á los tres meses mi excelente profesor, un señor Marais, me abandonó, como hombre de conciencia, diciéndome que yo no habia menester de más estudios prácticos y literarios de la lengua. Ello fué que aprendí á escribir y hablar en frances tan rápidamente como en castellano, y que despues tuve ocasiones repetidas de improvisar discursos y conferencias en Paris, Vichy, Clermont-Ferrand, Lausaua y otros lugares, sin que se me notara otra cosa que algun *acento* de extranjero. Asimismo escribí en frances para revistas, diccionarios y periódicos, sin dificultad alguna. Aconsejo á los hispano-americanos que hayan de viajar por Europa, que sigan el mismo sistema que yo, y obtendrán buenos resultados.

El arte de vivir en Paris y en toda gran capital no se obtiene sino pagando el noviciado, observando muy atentamente las cosas, y aplicándose mucho á sacar provecho de las enseñanzas que se reciben de la experiencia y de los hombres sensatos del pais que uno habita. Pero la regla cardinal y fundamental es ésta: persuadirse de que, por mucho que uno haga, nunca llamará la atencion de nadie, perdido en la inmensidad de la masa y de la localidad, y de que en aquellas grandes capitales el *qué dirán* es absurdo y lo que se llama *todo el mundo* no es nadie; por lo que á todo trance debe echarse la vanidad á un lado, sin tratar de comprar con dinero una ostentacion personal que ha de pasar y pasa siempre enteramente inadvertida. Desgraciado del que en aquellas capitales trate de vivir para *los demas*, mediante un un cúmulo de tonterías ostentosas!

La segunda regla que adopté y me fué muy útil fué ésta: evitar los *pequeños* gastos, los gastos en fruslerías, que son precisamente los más costosos. Cuando uno tiene que desembolsar 100, 200, 500 ó más francos, se mira mucho, considera el estado de su bolsillo y obra

con prudencia y bien entendida economía. Pero á cada momento se hacen gastos innecesarios, meramente caprichosos, de 5, 10 y 20 francos; y como un *franco* de suyo vale poca cosa, el chorrito va corriendo incesante é insensiblemente, y cuando uno ménos acuerda ha despilfarrado en futilezas centenares y miles de francos. Esto es lo que arruina. Yo compraba ó mandaba hacer sin miedo vestidos completos para mi familia ó para mí; pero me inspiraban terror pánico las cintas, los encajitos, los lindos *nadas* y los cachibaches.

En ninguna parte es tan necesaria como en Europa la práctica constante de esta regla de prevision: hacer siempre su severo presupuesto de rentas y gastos, y tenerlo delante á todas horas, á fin de no gastarse uno sino aquello que *puede*. De otro modo, con las tentaciones infinitas que en Europa seducen los sentidos y la vanidad, el viajero imprevisor tiene que caer en uno de estos tres abismos: ó ir al hospital de caridad, ó deshonrarse como deudor tramposo, ó mendigar auxilios de sus compatriotas y vegetar como un parásito petardista, cuando no apelar á los indignos expedientes de un caballero de industria.

Cuarta regla: considerar la influencia que ejercen sobre la economía de las familias ó el monto y naturaleza de los gastos, la geografía y topografía de los lugares en todas las ciudades, y sobre todo en Lóndres y Paris. De una calle á otra cercana, el mismo vestido igual en calidad, corte &ª, cuesta sumas muy diferentes, segun el mayor ó menor lujo del establecimiento y que el sastre ó la modista estén más ó ménos en voga. Se paga mucho por decir con insulsa vanidad: "A mí me viste Fulano ó Fulana." Una comida que cuesta 40 francos en el *Café Inglés*, cuesta 15 á dos ó tres cuadras del *Boulevard*, en otro buen restaurador, donde no hay exhibicion ni come uno *para los demas*, es decir, para los que le ven entrar, sentarse, pagar y salir. De este modo es patente que, de los 40 francos gastados en la primera de esas comidas, figuran 15 que uno se come y se bebe, y 25 que paga por el sitio, por el lujo de los espejos y dorados, por los fracs y corbatas blancas de los mozos sirvientes, y por el gusto de decir á sus amigos: "Hoy comí en el Café Inglés."

Todas estas y otras buenas reglas practiqué en Europa, muy bien apoyado por el buen sentido de mi espo-

sa y mi madre (mi suegra ó *bella madre*, como dice la galantería francesa), y con tal práctica me fué muy bien. Viví siempre cómoda y decentemente y con dignidad y tranquilidad, y me gasté en libros, viajes y adquisicion de conocimientos y buenas y útiles relaciones, lo que muchos compatriotas é hispano-americanos suelen dilapidar, sin provecho alguno, en majaderías, cuando no en vergonzosos placeres. Así, confieso sin empacho que merecí de todo en todo el juicio que de mí formaban muchos jóvenes compatriotas. Cuando departian acerca de mí, en sus corros de los cafés de boulevard, decian:

" El doctor Samper es un hombre sin elegancia y nada *comm' il faut*; vive metido en el barrio de la vieja aristocracia, en la Sorbona y el Colegio de Francia, y malgastando su tiempo en los museos y las bibliotecas; se ha dejado hacer miembro de varias sociedades sábias; jamas concurre á las *Variedades* ni á los *Bufos*, sino á los teatros clásicos; no se hace vestir en las grandes sastrerías; no sabe hacer *calembours* ni hablar con el *esprit parisien*; anda por las calles sin guantes; carga él mismo, en vez de dárselos á un *commissionnaire*, los libros, los *bombones*, los *bouquets* y demas menudencias que compra en las tiendas; comete la enormidad de andar muchas veces en ómnibus, y busca de preferencia la sociedad de los sabios y los *hombres de letras*....Es un hombre perdido ! "

Muchas y excelentes relaciones cultivé en Paris, que fueron para mí tan gratas como provechosas. Naturalmente he de mencionar en primer lugar las de mis compatriotas. Visitáronme desde mi llegada, dejando á un lado la costumbre francesa * muchos compatriotas estimables, entre otros mis viejos amigos José María Torres Caicedo, José Triana y Fernando Conde, los señores Rafael y Francisco García, don Juan de Francisco Martin y don Pedro Díaz Granádos con sus familias, y don Manuel Vélez Barrientos. El último se habia expatriado de Bogotá, amedrentado por las ideas socialistas que aquí pululaban desde 1852, y los señores de Francisco Martin y Díaz Granádos representaban á la sazon á la Confederacion Granadina en Paris, el primero con el carácter de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario, y el segundo con el de Cónsul general. El excelente don Pedro, hombre campechano y caballerote, habia sido compañero

* En Francia se acostumbra que el que llega visite primero, si quiere mantener relaciones, lo que es más conforme con la libertad personal.

de mi padre en el Senado, y con tal motivo yo le habia tratado desde muchos años ántes.

No habia tenido yo ocasion de trabar amistad con el señor de Francisco Martin y su familia, y por cierto que desde el primer dia de nuestras relaciones en Paris se ganaron de tal modo mi cordial aprecio, que jamas, desde 1858, he dejado de tenerles en la mayor estima. Era el señor de Francisco (*) un sujeto que habia figurado en la República, no solamente como acaudalado negociante, sino tambien como hombre político, notable por su cordura, su gran perspicacia en los negocios públicos, sus maneras cultas y accesibles, su versacion en los asustos de hacienda y crédito público, y su antigua y fiel adhesion al Libertador y á su gloriosa memoria. Llegó á ser dos veces millonario, y ni hacia ostentacion de su riqueza, sino que trataba á todos sus amigos y relacionados con amable llaneza y benevolencia, ni dejaba de tratarse con la comodidad que su fortuna le permitia procurarse. Sus salones estaban siempre abiertos para sus compatriotas que llegaban á Paris, así como sabia mostrarse para con sus amigos obsequioso y francamente hospitalario.

Si conservo muy buenos recuerdos del señor de Francisco, áun más afectuosos los mantengo respecto de su dignísima viuda, doña Ana, una de las más estimables y cumplidas matronas que yo haya conocido. Jamas llegaba á Paris un colombiano, sin que ella le enviase inmediatamente una tarjeta de saludo, cuando no iba en persona, en su coche cerrado, á la puerta de la fonda donde aquél estaba alojado, á saludarle con exquisita amabilidad y ofrecerle sus servicios. Aquella señora era en Paris la providencia de los neo-granadinos, hoy dia colombianos, y de muchos otros hispano-americanos. Sólo por el lujo de su coche y la distincion de su porte podia crerse que ella vivia en la opulencia, pues sus maneras eran tan sencillas y su trato tan amable y bondadoso, que uno se sentia al lado de élla como al de una vieja amiga, estimulado á la confianza y á la franqueza. Ninguna dama ha representado tan bien y graciosamente á Colombia, en la sociedad de Lóndres, Paris y Madrid, como la señora de Francisco. Falleció en Madrid en 1881,

* En 1868 asistí al otorgamiento de su testamento y luégo á su entierro, en un pequeño lugar cercano á Paris.

y al tributar á su memoria este homenaje, siento vivísima satisfaccion mezclada de tristeza.

Si mis frecuentes conversaciones con el señor de Francisco me fueron muy útiles, por las muy importantes anécdotas históricas que me refirió, como actor ó testigo ocular, respecto de la antigua Colombia y del Libertador, no ménos gratas me fueron las relaciones de Tórres Caicedo. Y aquí debo detenerme algo, tanto por la importancia personal de aquel compatriota, como por cierta influencia que sobre mi espíritu ejercieron sus relaciones.

Habíamos sido los dos muy buenos amigos desde el colegio, y despues la política nos separó hasta el punto de desavenirnos, cuando él redactaba el *Dia*, en 1849 y 1850, y yo el *Sur-Americano*. Estábamos desavenidos cuando ocurrió el sangriento duelo de Tórres Caicedo con German Piñérez, del cual resultó el primero casi mortalmente herido. No oí más que á mi corazon, é inmediatamente corrí á ver á Tórres y ofrecerle mis pequeños servicios. Moribundo y despedazado, el pobre José María me tendió la mano izquierda con cariño, diciéndome: "Procedes conforme á tu carácter; olvidémoslo todo, y si logro salvar la vida, seremos buenos amigos."

Por fortuna para nuestra patria y para toda la América española, Tórres Caicedo se salvó, siquiera quedando inválido por algun tiempo y con una onza de plomo debajo del homoplato derecho. Yo me aturdia del valor para luchar y sufrir, de la grande alma que se albergaba en aquel cuerpecito como de adolescente. Tórres soportó con incontrastable firmeza y valor, así en Bogotá como en el extranjero, las más dolorosas operaciones, y en toda circunstancia ha justificado el famoso dicho de Cervántes, mostrando la mayor entereza para arrostrar todo peligro y aceptar las consecuencias de sus escritos ú opiniones.

Gran fortuna fué para Colombia y para Tórres Caicedo que éste no hubiera logrado sanar en Bogotá de la herida, ni viese en 1850 prospecto de poder vivir en Bogotá con la seguridad y ventajas apetecidas; pues súbitamente tomó la resolucion de irse para Nueva York, y esta medida fué el principio de su feliz y brillantísima carrera, gloria de nuestra patria. Si se hubiera quedado entre nosotros, en caso de recobrar toda su salud habria vivido esta triste y agitada existencia de los hombres

políticos y servidores de las letras en Colombia: luchando con mil dificultades, desafiando peligros, objeto de la implacable envidia de muchos, perseguido por la intolerancia y el odio de sus adversarios, cuando no contrariado por las rivalidades y flaquezas de sus copartidarios, y sin teatro donde desplegar su actividad y lucir sus talentos; y despues de todo habria sido....Representante, Diputado, Secretario de Estado ó cualquiera de estas cosas tan envilecidas yá entre nosotros; ó le habrian muerto en un duelo ó en menguados combates civiles, cuando no miserablemente asesinado por cualquier motivo....

En lugar de todo esto...Tórres ha llegado á ser.... el eminente Tórres Caicedo que toda la América y mucha parte de la sociedad europea conocen. ¿Y de qué manera? Por sus solos esfuerzos, haciendo prodigios de talento, habilidad y laboriosidad, creándose una brillante y excepcional posicion que le autoriza para decir con orgullo: "Soy hijo de mis obras." Logró apénas en los Estados Uuidos curarse de su tremenda herida, merced á nuevas operaciones y nuevos cuidados; mas viendo que en aquel pais no habia perspectiva de prosperidad para su espíritu y carácter esencialmente latinos, resolvió irse, con valor y confianza, á buscar la buena fortuna y crearse una posicion en Paris, y lo consiguió mejor que nadie, en igualdad de circunstancias.

Una revolucion habia comenzado á operarse en mi espíritu desde que llegué á Europa, y luégo, en parte, mis conversaciones con Tórres Caicedo concurrieron al mismo fin, como voy á explicarlo. Casi desde mi niñez, primero en los colegios y despues en la Universidad y fuera de ella, yo habia estado sujeto, casi sin interrupcion, al influjo de las pasiones de partido y de aquella especie de atmósfera moral que compone la política, el más deletéreo de todos los ambientes, cuando es dirigida por la ambicion ignorante y desenfrenada y la violencia del espíritu de partido. Este espíritu de partido, en el sentido liberal primero, radical despues, habia venido á ser como una segunda naturaleza, no solamente mia, sino de todos los hombres de mi pais que se interesaban en las cosas públicas. Ese espíritu habia engendrado la intolerancia, y ésta era defecto universal en la República, siquiera fuese cada cual intolerante á su modo. Yo me habia habituado á creer, no obstante lo que veia, que el partido conser-

vador era esencialmente malo y funesto, y el liberal virtualmente bueno y benéfico; y por lo mismo, con igual prevencion miraba mal á los conservadores y estimaba á los radicales.

Desde que me sustraje al influjo de la atmósfera moral ó política de mi pais, y empecé á vivir en Paris y á visitar sucesivamente las diversas capitales y naciones europeas, comencé á notar que mi punto de vista cambiaba mucho; que mi horizonte moral se extendia en vastísimas proporciones; que yo veia mucho más claro que ántes los hechos ó fenómenos sociales; que mi idealidad tomaba nuevo giro, y que los hombres y acontecimientos de mi pais se me presentaban, de léjos, con aspecto muy distinto del que habian tenido de cerca. Dos hechos curiosos me patentizaron, involuntariamente, la modificación que iban experimentando mis ideas.

Por una parte me sorprendí á mí mismo, sin saber cómo ni cuando, en flagrante *debilidad* de tolerancia, pues fuí notando que me era muy grato tratar en Paris y Lóndres con exquisita cortesía y benevolencia á unos compatriotas muy estimables, pero de opiniones notoriamente diferentes de las mias, tales como los señores de Francisco Martin y Díaz Granádos, Manuel María Mosquera y Tórres Caicedo, Velez Barriéntos, Eloy Ordóñez, los Garcías y otros. Por otra, léjos de serme grato (porque el espíritu de partido es esencialmente maligno) censurar la conducta de los hombres eminentes del partido contrario, comenzaba á sentir verdadera mortificacion cada vez que álguien, en pais extranjero, les atacaba en mi presencia.

Recuerdo que un dia tomábamos café unos cuatro ó cinco neo-granadinos, todos liberales, en el café *Mazarino*, junto con dos ó tres franceses que hablaban castellano, dependientes de una casa comisionista. Se ofreció hablar de los asuntos de la República, y con motivo de la guerra civil del Estado de Santander hicieron fuertes acusaciones al doctor Ospina, á la sazon Presidente de nuestra malhadada Confederacion Granadina; y precisamente uno de los franceses apoyó las censuras.

—No, señor, le dije: el Presidente Ospina no ha sido conspirador contra la paz ni traidor al régimen federal.

—Cómo! exclamó uno de mis compatriotas ¿ usted defiende á Ospina?

—Sí.

—Pero usted le miraba con horror ántes......

—Sí; *allá* en Bogotá, donde el espíritu de partido me dominaba casi en absoluto.

—Y aquí?

—Aquí soy *neo-granadino* más que liberal. Aquí no tengo *bandera de partido*, sino la bandera *nacional* de mi patria, y no consiento en que delante de mí y de ciudadanos que no son compatriotas, se insulte al *presidente de mi país*.

Con esto concluyó la discucion, y yo me retiré, pensativo al considerar que el patriotismo era una segunda religion y que yo, insensiblemente, iba modificando mi criterio político y moral.

Con mucha frecuencia me veia con Tórres Caicedo y conversaba con él sobre poítica europea y americana, y cada vez que ponia fin á una de aquellas gratas conversáciones, — muy instructivas para mí, porque Tórres habia adquirido, como publicista y hombre de extensas y excelentes relaciones, muchos conocimientos prácticos, — me iba pensando que los dos, marchando de buena fe en opuestas direcciones, nos íbamos acercando mucho en opiniones ó ideas. En efecto, Tórres se habia *liberalizado* mucho, en el buen sentido de la palabra, con sus viajes, sus lecturas, sus trabajos mismos y su residencia en Europa; y yo, por mi parte, sentia que la exageracion de mis ideas iba perdiendo terreno; que el radicalismo iba mermando á mis ojos mucho en su prestigio; que cada dia la política de *sistemas* se me antojaba falsa y empírica, y que insensiblemente iba descubriendo lo bueno que habia en el conservatismo. Ello era que Tórres me decia frecuentemente que "tarde ó temprano estaríamos de acuerdo en todo," y que yo iba creyendo que sí podia haber un liberalismo conservador ó un conservatismo liberal aceptable para todos los hombres patriotas, sinceros y desinteresados en su amor al bien.

Tuve ántes de emprender mi viaje la feliz inspiracion de hacer desde Bogotá proposiciones al Editor-propietario del *Comercio* de Lima, diario muy conocido en la América española, para enviarle correspondencias desde Europa, las que muy gustosamente fueron aceptadas. Una vez instalado en Paris, comencé por escribir cada quince dias correspondencias puramente políticas; mas en breve comprendí que mi laboriosidad

podia extenderse á mucho más, al propio tiempo que mi esposa, renunciando á su anterior timidez, se resolvia á probar sus fuerzas como escritora, principalmente en los ramos de la crítica y las narraciones novelescas, en lugar de reducirse, como ántes en Bogotá, á ser mera traductora.

Modifiqué, pues, mi contrato con el Editor del *Comercio*, recibiendo una dotacion de 12,000 francos anuales, pero comprometiéndome á enviarle dos veces por mes cinco órdenes de escritos que nos imponian laboriosísima tarea. En tanto que mi esposa enviaba (con el pseudónimo de *Bertilda* y el título de *Revistas de la moda*) extensas correspondencias sobre bibliografía, bellas artes, literatura, algo de observaciones de viajes, y movimiento de la moda elegante en Europa, yo redactaba cuatro muy diferentes: una sobre los acontecimientos políticos, tratados tan á fondo cuanto me era posible; la segunda, sobre el movimiento literario en todos sus aspectos (teatro, novelas, poesía, crítica, filosofía, bibliografía, ciencias, &ª) ; la tercera sobre todos los rasgos notables de la economía industrial, el crédito público, la situacion fiscal y la estadística de Europa ; y la cuarta, que comprendia las narraciones metódicas de todos mis viajes.

Imagínese cuánto no trabajaria yo y cuán activa no seria mi existencia ! Para poder escribir tánto con alguna propiedad y procurar al *Comercio* todo el auge que adquirió con nuestras correspondencias, teníamos que verlo y observarlo todo, leer y viajar mucho, estudiar continuamente, aplicar á los hechos y á las cosas un criterio múltiple, y mantener muy numerosas y ventajosas relaciones ; todo lo cual nos costaba bastante dinero y no pocas jaquecas, pero nos aprovechaba mucho. La mayor parte de lo poco que sé lo he aprendido principalmente escribiendo, porque cuando uno escribe mucho, piensa mucho y adquiere grande hábito de coordinar y profundizar las ideas y buscar la verdad con buen método y criterio, sin atenerse al juicio ajeno ni exponerse á incurrir en involuntarios plagios. Así el mucho escribir, y para ello observar, viajar, estudiar y pensar, favoreció inmensamente la educacion de mi espíritu en Europa y abrió á mis ideas muy vastos horizontes.

Persuadido yo como estaba de la verdad de la famosa máxima de Cárlos V: " que un hombre vale tantas veces ó es tantas veces hombre cuantos idiomas conoce, " al

propio tiempo que adelantaba prácticamente en la posesion de la lengua francesa, me propuse ejercitarme en el inglés y aprender el italiano. Aun quise acometer la ardua labor de adquirir el aleman; pero me desalentaron diciéndome que era un idioma enormemente difícil, por su riqueza, variedad de formas y combinaciones y gimnástica de pronunciacion, y desistí de la empresa, cosa irrealizable á la edad de treinta y un años y cuando yo no habia de residir en Alemania.

Busqué un buen profesor de inglés y trabajé con él asiduamente, por el método de Sadley, durante cuatro meses. Despues mi esposa y yo, queriéndonos preparar en regla para hacer un provechoso viaje por Italia, nos pusimos á estudiar el italiano puro con un estimable profesor florentino, emigrado, el señor Vimercati, autor de una excelente gramática acomodada al sabio método de Robertson. A los tres meses de haber comenzado por la pronunciacion del alfabeto escribíamos correctamente en la lengua del Tasso y del Dante, y yo conversaba con desembarazo con todos los italianos que encontraba. Siento haber descuidado despues el cultivo verbal de esta preciosa lengua, salvo en mis viajes, por no haber encontrado en Bogotá, Lima, Carácas &ª, con rarísimas excepciones, italianos con quienes me fuese dado conversar, á ménos que tratase de organitos, de coches, de ollas estañadas ó de botines por remendar.

III.

LA SOCIEDAD FRANCESA.

Habiendo vivido en Francia durante algunos años y visitádola varias veces, nunca tuve ocasion, sin embargo, ni pretendí proporcionármela, de tratar de cerca las dos clases extremas de la sociedad francesa: ni la aristocracia de sangre ó nobleza, ni lo que se llama en Europa *el pueblo*. De una y otra clase he podido formar juicio por su trato indirecto solamente y por el espectáculo de sus actos; pero ni visité los salones suntuosos de los nobles ni los desvanes y boardillas de los obreros. Sin duda que esto debia dejar incompletas mis observaciones; mas por fortuna la clase *média ó bourgeoisie* participa en Francia del pueblo y de la aristocracia, confina con la una y la otra de estas grandes fuerzas, y ella misma es

una gran potencia, la más poderosa y la *más francesa* en realidad de verdad; por lo que, aplicándome á mantener ó trabar relaciones con muy diversos grupos de la clase média, logré darme cuenta del verdadero espíritu de la sociedad francesa y adquirir muchos conocimientos teóricos y prácticos que me fueron de grande utilidad. Procuraré dar idea con algun método, de las impresiones que sucesivamente recibí del comercio cortés con la sociedad francesa.

Mis primeras relaciones hubieron de ser naturalmenmente con un respetable comisionista y banquero, pues no puede uno manejar sus asuntos domésticos con economía y seguridad, en las populosas capitales europeas, si no comienza por procurarse los servicios, debidamente retribuidos, de una casa negociante que le reciba y mantenga en buena colocacion bancaria sus valores disponibles, le suministre fondos oportunamente para sus gastos, y le dé direcciones para obtener con ventaja muchos de los objetos de consumo de que puede necesitar.

El respetable señor B. Fourquet, jefe en 1858 de la casa Fourquet y Vaud, fué desde un principio mi banquero y comisionista; y si como tál fué siempre honrado, liberal y sin tacha, sirviéndome con entera confianza y á toda mi satisfaccion, como amigo fué tambien fino, caballero y obsequioso. Ningun colombiano que hubiera tenido relaciones con el señor Fourquet podria olvidarle ni desestimarle. Ganó él enorme fortuna como banquero y comisionista de gran parte del comercio de Cuba, Colombia y muchas Repúblicas hispano-americanas, y supo en todo caso corresponder á la confianza que en él se depositaba, y tratarnos con particular benevolencia y obsequiosidad á todos los hispano-americanos.

Las relaciones con el señor Fourqnet y algunas otras casas de comision y comercio, de librería &ª, me procuraron facilidades para conocer la índole de la parte mercantil de la clase média francesa. Es notable este grupo social por sus tendencias moderadamente liberales, bien que de ordinario favorables á todo gobierno, sea el que fuere, que no se pique de revolucionario y dé garantías á la propiedad y al trabajo; por su espíritu práctico, positivista y metódico hasta ser rutinario; por su aficion ardiente á la especulacion y la ganancia, su constante adhesion á todo lo *acostumbrado*, y sus hábitos de órden, economía y regularidad en las transacciones y en

el trabajo: todo esto algo neutralizado por la lentitud en la accion, por cierta informalidad relativa en la aplicacion del tiempo, y por una inclinacion algo exagerada á sacar provecho de la mitología del *tanto por ciento*. En cuanto á las ideas políticas y religiosas, yo notaba que, en general, entre los hombres de negocios los de edad provecta ó avanzada eran católicos é imperialistas, y los jóvenes, incrédulos y republicanos; pero así como los imperialistas lo eran á estilo cesariano, los republicanos no comprendian sino una especie de república socialista, con todo el poder en manos del Gobierno, y en perjuicio de la libertad individual. Casi ninguno admitia la posibilidad de que el pueblo frances viviera sin tutor y andaderas.

Tres círculos hubo de hombres eminentes, en cuyo centro me hallé en frecuentes relaciones con los profesores y amigos de las ciencias llamadas naturales y exactas: los de los señores Duhamel (Constant), Boussingault y Jomard. Valiéronme para esto más que otra cosa, las excelentes relaciones que con aquellos sabios ilustres habian cultivado el General Acosta (mi suegro) y su señora; y en verdad que, aparte de su hija y de su nombre, nada pudo haberme proporcionado el padre de mi esposa, con sólo su memoria, tan provechoso como aquellas relaciones, en cierto modo heredadas.

El señor Duhamel era un insigne profesor de matemáticas, miembro de la Academia de Ciencias, tan considerado por su saber como estimado por su inmejorable carácter. Hombre llano, sencillo y obsequioso, breton de nacimiento, de talla y de espíritu, siempre estaba de buen humor, recibia en su casa con exquisita amabilidad, conversaba con jovialidad chistosa y amena, se encantaba con los viajes (que hacia siempre con su esposa, por todas las comarcas europeas), y cuando se fatigaba de trabajar en sus intrincados problemas de altas matemáticas se entretenia tocando violin ó leyendo versos. Tenia todos los cabellos blancos y el aspecto de un anciano gallardo, vigoroso, contento y de buen humor. Su esposa, tambien bretona, sencilla y de muy buen sentido, era la más servicial dama que yo haya conocido; y era un encanto ver cómo se amaban tiernamente los dos ancianos, cual jóvenes recien casados, y con cuánto gozo reunian todos los miércoles en torno de su mesa

y en su sencillo salon á todos sus parientes é íntimos amigos para obsequiarles con exquisita cordialidad.

¡Triste cosa! años despues de mi tercer viaje á Europa, falleció Mr. Duhamel en avanzada edad, y su anciana viuda sufrió tan intenso dolor que se volvió loca! Sus últimos dias son, pues, de un infortunio enteramente inmerecido de que ella misma no tiene conciencia, despues de haber pasado largos años amando á su esposo y sus parientes, socorriendo á los pobres y colmando a sus amigos de finezas. La ciencia hizo enorme pérdida con el fallecimiento del sabio Duhamel. En el salon de este eminente frances se reunian principalmente sabios muy distinguidos, tales como los señores Joseph Bertrand, Roulin y L' Ermite, cuyo trato me fué siempre tan grato como provechoso.

Mr Roulin era para mí un recuerdo viviente de Colombia. Casi me habia visto nacer, cuando vivió entre nosotros, contratado como profesor para dar en Bogotá enseñanzas de física, y frecuentemente me comunicaba, ora intersantes nociones científicas relativas al rio Meta y las antiguas provincias de Bogotá y Mariquita, ora importantes noticias biográficas é históricas, adquiridas como testigo presencial, en lo tocante al Libertador y á los acontecimientos ocurridos en mi pais de 1824 á 1829. Se complacia mucho en recordar que habia "*fait le portrait du* LIBERTADOR *d' après nature,*" y que este retrato, pintado al óleo en el palacio mismo de Gobierno, era el más fiel y verdadero que habia de Bolívar, tal como el grande hombre tenia el rostro y cuerpo en 1827, y el que habia servido primero para un busto en bronce que vació David D.' Angers, y despues para las estatuas fabricadas con grande habilidad por Teneranni.

En casa de Mr. Duhamel me hacian siempre, con el mayor interes, mil preguntas sobre la Fauna, la Flora y la composicion geológica de mi pais, así como sobre las costumbres y los usos sociales; y yo me esforzaba por dar mis informes con la mayor veracidad y propiedad posibles, bien que avergonzado siempre de mi ignorancia en ciencias naturales. Solia la simple tertulia de conversacion (de suyo muy agradable, porque no hay sociedad que tenga en tan alto grado el talento y dón de la buena y grata conversacion, como la francesa) complicarse con baile y concierto; y como esto acontecia en casi todas las tertulias, yo iba adquiriendo cada dia

mayor gusto por la música, y aprovechaba las ocasiones que se me ofrecian para contentar mi gran pasion por la danza. Generalmente se admiraban de verme bailar correcta y elegantemente cuadrillas, polkas y valses de Strauss, porque candorosamente se imaginaban, en su ignorancia de las cosas de América, que en el Nuevo Mundo casi todos éramos poco ménos que salvajes. Lo que me aconteció en casa de Mr. de Lamartine y referiré adelante, corroborará chistosamente mi observacion.

En las tertulias parisienses me llamaron desde luégo la atencion dos circunstancias que me agradaron por extremo: la primera, la costumbre establecida de que nadie se atreviese á invitar á una señora ó señorita á bailar, sin tener con ella amistad ó haberla sido presentado,—lo que á la verdad, sobre ser más culto, precabe en lo posible á las damas de someterse á bailar con individuos que las desagradan ó no saben danzar;—y la segunda, la sencillez encantadora con que visten las señoritas, á quienes es prohibido usar joyas ni costosos adornos. Simples trajes de tafetan ó de muselina, y alguna flor ó modesto lazo de cinta en la cabeza, son los atavíos de las señoritas; y por muy ricos que sean sus padres, nunca adquieren ellas el pernicioso hábito de la ostentacion y el lujo. Cuando se casan, la cosa es muy diferente; pero entónces tienen que acomodar sus gastos á la renta de que disponen.

Mr. Boussingault (que aún vive, por fortuna, y para honra y provecho de las ciencias) era un tipo, así como su estimabilísima señora, muy diferente del de Mr. y Mme. Duhamel. En su casa, donde tuve muchas ocasiones de tratar al ilustre geólogo Mr. Saint-Cler de Ville, reinaban en mayor grado la sencillez y la cordialidad; pero los caractéres eran distintos. Mr. Boussingault, á fuer de parisiense, era agudo y chistoso, pero su conversacion se referia de preferencia, conmigo, á la antigua Colombia, la Nueva Granada y el Libertador, y con los demas, á multitud de cuestiones técnicas de agronomía, física, química, geología y mecánica. Miembro eminente como era de la Academia de Ciencias, dictaba sus cursos durante el invierno en el *Conservaotrio de Artes y Oficios*, y se iba á pasar los veranos y hacer experiencias agronómicas en una hacienda que tenia en Alsacia, cerca de Haguenau.

Solazábase Mr. Boussingault refiriéndome interesantes anécdotas "del Libertador" (nunca nombraba de otro modo á Bolívar), de quien habia sido edecan titular, por entusiasmo y admiracion, durante una de las campañas del Sur. Lo mismo que Mr. Roulin, Mr. Boussingault vino á Colombia en 1824, en calidad de profesor de varias ciencies naturales, contratado por el ilustre Zea; pero tánto simpatizó con la causa de nuestra independencia y le sedujeron de tal suerte el genio y la gloria de Bolívar, que durante algun tiempo dejó de mano el profesorado en Bogotá por irse á correr aventuras por Popayan, Pasto, Quito y Guayaquil, al lado del Libertador y con el título de edecan.

Mr. Boussingault era una prueba viviente de lo mucho que valen para la ciencia la observacion personal y la experimentacion. Era muy jóven cuando vino á Colombia, y poseia yá considerable cúmulo de conocimientos; pero tánto estudió y aprendió prácticamente en las cordilleras y los valles y costas de la Gran Colombia, que al regresar á Europa, en 1830 ó 1831, era yá un sabio eminente, sobre todo en lo tocante á los diversos ramos de la química y la física. Suministróle nuestro pais materia para muy notables *memorias* científicas, que hizo publicar la Academia de Ciencias y tradujo é hizo reimprimir el patriota cuanto sabio y laborioso General Joaquin Acosta.

La señora Boussingault, vigorosa y robusta alsaciana, nos agradaba singularmente por su carácter franco y expansivo, y su animada conversacion, llena de ingenuidad alemana. Era locuaz y muy amable, así como sus hijas se distinguian por su claro talento y sólida educacion. Recuerdo que la señora Boussingault nos habló varias veces de un hispano-americano que la habia llamado la atencion por su raro carácter, dos ó tres años ántes, y á quien habia hecho una terrible prediccion, burla burlando. Aquel individuo, que años despues hizo tan extraño papel en Sur-América, era Gabriel García Moreno, el antepenúltimo de los Presidentes que ha tenido el Ecuador.

Contábame la señora Boussingault que García Moreno habia visitado su casa en Paris muchas veces, que profesaba las más extrañas ideas políticas (su resúmen era la adopcion de un inflexible despotismo para hacer el bien), y que esperaba poderlas plantear algun dia,

abriéndose camino para llegar al poder. "Usted es un gran ambicioso, por lo que es cuenta, le decia Madama Boussingault riendo, y tendrá mala suerte, á juzgar por sus extrañas ideas: ó sucumbirá en la lucha, sin lograr lo que se propone; y si algun dia triunfa será para caer despues de un modo no sólo violento, sino trágico."

Esto nos referia la señora Boussingault, á mi familia y á mí, en 1858; y cuando, muchos años despues, en 1875, llegó á Bogotá la noticia del asesinato del Presidente García Moreno, lo primero que me ocurrió pensar fué esto: "La ambicion del jóven ecuatoriano alcanzó la victoria con que soñaba desde mucho tiempo ántes; pero al cabo....la terrible profesía se cumplió! Las mujeres suelen tener una especie de segunda vista, ó por lo ménos particular talento para hacer predicciones."

Mi antiguo maestro el doctor Ezequiel Rójas me habia dado en Bogotá una excelente carta de introduccion para Mr. de Lamartine, á quien yo ardientemente deseaba conocer de cerca. La gloria de este gran poeta y escritor, uno de los más nobles é ilustres del siglo, habia sido para mí particularmente seductiva: yo conocia todas sus obras y las leia y releia con encanto, y sabia cuán popular y admirado era él entre mis compatriotas. Así, no tardé muchos dias, despues de mi instalacion en Paris, en presentarme en casa de Mr. de Lamartine, haciéndole entregar mi tarjeta junto con la carta muy honorífica del doctor Rójas.

Recibióme al punto el gran poeta y publicista, tratándome con majestuosa benevolencia—pues él era majestuoso en todo,—y á poco de ofrecerme asiento me preguntó primero si en mi pais estaban en paz, y luégo, si las obras de él eran conocidas entre los neo-granadinos. Por fortuna pude responder afirmativamente á lo primero; y en cuanto á lo segundo, díjele, conforme á la verdad, que él era inmensamente popular (con Víctor Hugo y Alejandro Dumas) en toda la América española; que su admirable historia de los Girondinos habia droducido prodigioso efecto, y que entre nosotros el *Telémaco* de Fenelon y el *Viaje á Oriente* del mismo Mr de Lamartine eran los libros favoritos con cuya lectura aprendíamos todos á traducir frances. Esto agradó mucho al inmortal autor de las *Armonías* y las *Meditaciones*, bien que para su gloria ninguna falta podia hacerle el saber lo que de él se pensaba y decia en

Nueva Granada. Pero este era precisamente el flaco de Mr. de Lamartine, insaciable de gloria y no poco engreido con la que tan justamente habia alcanzado.

Despues de unos doce minutos de conversacion se levantó y me dijo: "Pido á usted perdon; mi tiempo no me pertenece y estoy excesivamente ocupado. Recibo todos los domingos á mis amigos, y me será muy grato que usted venga á verme en uno de esos dias, por la noche. Tendré entónces el placer de presentarle á Madama de Lamartine y á varios amigos cuyas relaciones podrán ser muy agradables para usted."

Me retiré muy agradecido y prometiendo volver, y no salí de la casa sin suscribirme al famoso *Curso familiar de literatura* que publicaba á la sazon Mr. de Lamartine. Vivia él entónces en la calle *Ville L' Evèque*.

Cosa de dos semànas despues fuí una noche á casa de Lamartine. Era domingo; el salon era decente, pero modesto y poco extenso. A más de la señora de Lamartine y otras cuatro ó cinco señoras, estaban reunidos unos cuantos literatos, entre ellos tres de gran reputacion: Julio Sandeau, Emilio Augier (dramaturgo insigne) y Alejandro Dumas, hijo. Estos señores contestaron á mi saludo con cortesía, pero me hicieron muy poco caso, miéntras su curiosidad no fué excitada por estas palabras que pronunció Lamartine, despues de presentarme á su señora, señalándome: "Este caballero es un poeta y literato, orador y publicista de la Nueva Granada, y me ha sido recomendado en términos muy honrosos por un amigo que tengo en Bogotá."

Al punto las señoras y los caballeros presentes me miraron, no diré con atencion, sino con una especie de simpatía mezclada de viva curiosiodad, y me hicieron un fuego granado de preguntas relativas á mi pais. Como tenian por poco ménos que salvajes á todos los pueblos hispano-americanos, sin duda debió de parecerles animal muy curioso un poeta y literato neo-granadino que era ademas abogado, publicista y orador. Acaso no concebian esto en un semi-salvaje; pues, sea dicho de paso, no hay hombres, en general, más ignorantes que los franceses en lo tocante á historia y geografía de los países extranjeros, y particularmente de los muy lejanos de Europa.

Para contestar á las muchas preguntas que me hacian (admirándose de que yo hablase frances con bastan-

te correccion, bien con algun acento), hube de decirles alternativamente que en mi pais hacia parte de la educacion de la juventud masculina, á más de muchas ciencias y de la lengua castellana y la gramática general, el estudio de la historia universal y de los idiomas latino, inglés y frances; que las señoritas traducian por lo ménos frances y leian muchas obras francesas; que se cultivaban las bellas artes en lo posible, sobre todo la música, y en todas las casas de familias habia piano; que teníamos teatros y autores dramáticos; que casi todos nuestros jóvenes bien educados se formaban con facilidad escritores públicos y escribian con talento; que habia entre los neo-granadinos mucha verbosidad y facilidad para la oratoria; què abundaban los poetas, abogados, médicos y hombres políticos, pero escaseaban los ingenieros y naturalistas; que no sólo eran gallardamente valerosos los neo-granadinos, sino demasiado valerosos, por lo que las guerras civiles eran fáciles y frecuentes; que en tiempo de guerra todos tomábamos las armas y, sin previo aprendizaje ni trenes considerables, hacíamos las campañas y combatíamos en regla, en calidad de soldados ó de oficiales, ó como jefes ó generales, y luégo volvíamos á la vida civil sin acordarnos de los cuarteles; que teníamos instituciones republicanas muy adelantadas, legislacion completa, gobierno bien establecido, administracion pública muy bien organizada, universidades, colegios y escuelas primarias gratúitas, ejército regular, literatura é industria propias. &c. &c. Todo esto sorprendia muy agradablemente á mi ilustrado auditorio.

Mr. de Lamartine, por su parte, á más de una ó dos preguntas relativas á Bolívar, me inquirió con otras sobre si en Nueva Granada se cultivaban los duraznos, las manzanas, las peras, las uvas, el trigo y la cebada. Él creia que solamente comíamos pan de maiz. Díjele que cultivábamos todo aquello, pero que todos los frutos de las zonas templadas degeneraban en nuestra zona intertropical, por exceso de vegetacion permanente y falta de rotacion de estaciones, pues la temperatura era perpetuamente igual en todas partes, segun la altura sobre el nivel del mar y ciertas influencias topográficas. Hube de explicar todo esto, y causó maravilla que en Bogotá hubiera primavera eterna, y en los valles profundos y las costas perpetuo verano (con ó sin lluvias), y siempre flores, frutos y verdura en la vegetacion.

La última de las preguntas con que me acribilló Mr. de Lamartine provocó una respuesta mia que acaso lastimó algo por su ironía.—¿ Cultivan papas en la Nueva Granada ? me dijo el ilustre poeta historiador de los *Girondinos*. —Oh ! señor ! le contesté, justamente fué de mi país (de las montañas del istmo de Panamá) de donde las trajo un frances en el siglo XVII para hacerlas conocer en Francia y aclimatar aquí su cultivo.

Pero lo que más gracia me hizo fué el cuchicheo de las señoras. Me miraban con curiosidad y hablaban pasito, y al cabo noté que una de ellas decia con mucha insistencia á Mme. de Lamartine : "Pero mírele usted y repare que es rubio ! habrá cosa más rara ?" Cuando caí en la cuenta de que esta observacion se referia á mí, me acerqué á la señora que la hacia y la dije :

—Pérdon, mi señora ; pero.... me parece que usted extraña mucho que yo sea rubio....

—Efectivamente.

—¿ Y me permitirá usted preguntarla por qué ?

—Cómo ! pues no son todos morenos ó.... aceitunados en el pais de usted ?

—Ah ! repuse riendo ; sin duda usted habia creido que por allá todos somos más ó ménos hijos de indios ó descendientes de africanos....

—Es general esta...... preocupacion en Francia. Aquí nada sabemos de las Américas.

—Pues sepa usted, mi señora, repuse, que somos en gran parte descendientes puros de españoles. Mi abuelo paterno era de Zaragoza, y por eso mi padre era muy rubio y yo lo soy tambien, así como varios de mi familia.

En suma, la conversacion en casa de Mr. de Lamartine fué para mí muy divertida, y me retiré muy edificado respecto de la instruccion de los franceses ilustrados y de alta sociedad, en lo concerniente al Nuevo Mundo.

Por lo demas, en el salon de Mr. de Lamartine reinaba mucha compostura. Nadie hablaba allí en voz alta ni se movia de un lugar á otro, y habia no sé qué de religiosidad ó de veneracion en el respeto con que se escuchaba al gran poeta ó se le dirigia la palabra. Él hablaba con solemnidad sentenciosa, y como escuchándose ; permanecia sentado en un gran sillon, miéntras los demas no ocupábamos sino silletas, y mantenia las manos

metidas por delante entre el chaleco y los pantalones. Confieso que esto, á lo cual se añadió cierto incidente posterior, me hizo perder algunas ilusiones en lo tocante al carácter del gran poeta, quien me pareció demasiado satisfecho de sí mismo y un tanto *regio* en sus maneras y lenguaje.

Dos ó tres meses despues tuve ocasion de verle mostrar tan buen sentido como verdadera modestia, con motivo de una súplica importante que le hicimos dos neo-granadinos. Un dia que Tórres Caicedo y yo hablábamos con admiracion de las bellas biografías, sobrado poetizadas, es cierto, que Mr. de Lamartine habia publicado en el *Civilizador* y áun en su *Curso familiar*, nos ocurrió que seria admirable cosa una biografía de Bolívar escrita por aquél mismo. Esto era reunir el brillo de la más gloriosa pluma al de la más gloriosa espada, y hermanar en la historia dos grandes genios de los dos mundos. La idea nos sedujo y resolvimos ir un dia juntos á proponérsela á Lamartine, tanto más deseosos de lograr nuestro objeto, cuanto así prestábamos al propio tiempo un buen servicio á nuestra patria, y procurábamos al ilustre escritor, muy angustiado por conflictos pecuniarios, el medio de escribir un libro de gran novedad que le proporcionaria considerables recursos.

Mr. de Lamartine nos recibió con mucha amabilidad (acaso más por Tórres Caicedo que por mí), y al punto le expusimos nuestra idea, ofreciéndole poner á su disposicion todos los retratos, mapas, libros y documentos históricos é informes escritos y verbales que pudiera necesitar; pero el insigne autor de las biografías de Ciceron, Guttemberg, Juana de Arco, Colon y tantos otros personajes históricos nos hizo perder toda esperanza, diciéndonos con mucha sensatez:

"Nada podria serme más grato ni más honroso que completar mi vida escribiendo la biografía del gran Bolívar, libertador de tantas Repúblicas Americanas; pero, sin falsa modestia, declaro á ustedes que no me siento capaz para ello. La biografía de un grande hombre, y sobre todo de un hombre como Bolívar que luchó agitando, electrizando, moviendo, libertando y gobernado pueblos, es y tiene que ser en gran parte la biografía de esos pueblos, del teatro en que han figurado y de su época. He podido escribir las de Ciceron, Guttemberg y tantos otros, porque el teatro donde figuraron es por

todos conocido, y los lectores podian familiarizarse, lo mismo que yo, con todos los hechos, los rasgos típicos y caractéres de los personajes y los pueblos, por antiguos que fuesen, y áun con el aspecto y las circunstancias de los lugares. Pero para escribir con propiedad la biografía de Bolívar, seria necesario que yo conociese á fondo, no sólo al personaje, siquiera fuese por narraciones y retratos, sino á los pueblos y jefes que le ayudaron ó le combatieron en su empresa; y todavía más: todos los lugares que él recorrió en sus campañas y sus actos, los obstáculos que venció, los elementos con que pudo contar, y en fin, todas las condiciones de su época, que precisamente agigantan su obra. Carezco de todo esto y me es imposible adquirirlo. Así, no obssante mi buen deseo, no puedo ser el biógrafo del *gran Bolívar*."

Todo esto era sumamente sensato, y Tórres y yo hubimos de desistir nuestra bella idea.

IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Mi excelente profesor de frances me hizo un importante servicio: el de presentarme en casa de Mr. Julio Simon, eminente escritor moralista, que despues ha hecho gran papel como hombre político en Francia. Vivia el elocuente profesor de moral y filosofía en la plaza de la Magdalena, número 10, y recibia á sus amigos todos los juéves por la noche. Allí concurrian solamente republicanos y en su mayor número periodistas, llamándome la atencion principalmente los señores Légouvé, (de la Academia francesa), Garnier Pagès, miembro del Gobierno provisional de 1848 é historiador de su época, Martin, insigne historiador de Francia, Edmond Texier, Taxile Delord y otros escritores notables de la *Presse*, el *Siècle*, el *Charivarí* &ª, amén de Mr. Barni y Mr. Vacherot, filósofos muy distinguidos. El trato y las maneras de Mr. Julio Simon me fueron particularmente agradables. Hombre bonachon, sincero, modesto y sencillo, profundamente convencido y que profesaba ideas de un republicanismo verdaderamente liberal y honrado, siempre instruia con su conversacion, en todo caso séria, digna y útil; y á todos se nos acercaba, á todos nos dirigia la palabra con benevolencia y cordialidad. No sólo mostraba grande interes por el progreso de las Repúblicas Ame-

ricanas y el triunfo práctico y definitivo de las instituciones libres en el Nuevo Mundo, sino que frecuentemente citaba como ejemplos las buenas soluciones que habíamos logrado dar en América, con la libertad, á muchos problemas políticos y económicos, verdaderamente sociales, que estaban por resolver y eran temibles en Europa.

Yo pasaba tres ó cuatro horas deliciosas cada vez que iba á casa de Mr. Julio Simon. El comercio con muchos periodistas, literatos y hombres políticos franceses me instruia mucho, abriendo á mi espíritu nuevos horizontes; no habia allí pedantes ni personajes de aquellos que *posent* ó se ostentan en los salones como sentados delante de un retratista ó del aparato de un fotógrafo, sino hombres de buena compañía, de espíritu libre y corazon patriota, que sabian luchar cuanto podian por la libertad y el progreso de su querida Francia, oprimida y explotada por el desvergonzado cesarismo napoleónico; y yo tenia la doble ventaja, al cultivar aquellas relaciones, de aumentar la cultura de mi espíritu y ponerme al corriente todas las semanas de mil secretos y cosas importantes de la política y la crónica francesas, que la prensa, enmordazada, no podia nunca revelar. Se comprenderá que yo sacaba gran partido de todo aquello para mis correspondencias quincenales.

Particularmente me llamaban allí la atencion, aparte del excelente Mr. J. Simon, dos hombres: Mr. Légouvé, académico muy estimable, y Mr. Garnier-Pagés. El primero, de afable y muy dulce carácter, era eminente poeta, y dos ó tres veces tuvo la condescendencia de recitar composiciones suyas, tan notables por la belleza del estilo y la nobleza y energía de las ideas, como por lo castizo del lenguaje, que era un modelo.

Mr. Garnier-Pagès era un hombre político por esencia, austero en sus costumbres, incorruptible en sus convicciones, y de maneras al propio tiempo sérias y agradables. Todo en él era respetable y digno: era hombre alto, delgado, flaco, de rostro pálido, anguloso y largo, enteramente afeitado, y usaba la cabellera larga, lacia y pobre, peinada hácia atras. Como yo habia aplaudido con entusiasmo la revolucion francesa de 1848, veia en Mr. Garnier-Pagès un símbolo viviente de tan gran acontecimiento, y le miraba con respetuosa simpatía y estimacion.

A dos pasos de mi casa, en la misma calle del

Oeste, vivia un hombre ilustre y de particulares cualidades personales, cuyas obras habia leido yo en parte y leí despues íntegramente. Este era Mr. Jules Michelet, el famoso historiador. Mi suegro habia tenido muy buenas relaciones con él hasta su fallecimiento, y áun las dos familias habian vivido en la misma casa, calle de *Postes* (Postas ó Correos) en 1848 y 1849. Sirviéronme de motivo estos antecedentes para dirigir una esquela á Mr. Michelet, en la cual solicitaba el honor de visitarle y presentarle mis respetos. Al punto me contestó en los términos más amables; al dia siguiente le hice mi primera visita, me acogió con suma benevolencia, así como su señora, me invitó poco despues á comer, y me presentó á otros convidados muy notables, tales como los señores Eugenio Pelletan, Estéban y Manuel Arago y Luis Ulbach. Durante muchos años, hasta el fallecimiento del célebre escritor, cultivé con él las mejores relaciones, y conservo de él, como reliquias preciosas, muchas cartas que son como fotografías de su carácter y su estilo.

La sociedad de aquel círculo apacible y de sujetos de alto mérito merece que yo la consagre aquí muy especial recuerdo.

Mr. Michelet,—que sin disputa ha sido uno de los más originales y eminentes escritores franceses del presente siglo,—era un hombre singular en todo. Nacido, durante la gran revolucion francesa, en una iglesia católica desamortizada y convertida en local de imprenta, é hijo de un impresor protestante, reunia en su temperamento, su carácter y la índole de su ingenio como una mezcla de reflejos de todos los influjos bajo los cuales naciera: habia en él mucha religiosidad, libre y vaga en las ideas, pero profunda como sentimiento; un espíritu vehementemente revolucionario y filantrópico; gran tendencia á investigar las cosas de la Edad Média, en cierto modo representadas por la iglesia en cuyo recinto habia nacido; una insaciable curiosídad de la verdad, propia de los libres pensadores que vienen de familias protestantes, y una imperiosa necesidad de prodigarse, como propagandista, por medio de los tipos y las prensas qne habia visto manejar desde la cuna. Ademas, habia en Mr. de Michelet un maravilloso contraste de senectud y juventud; pues si su edad y sus cabellos enteramente blancos le hacian anciano y venerable, en la

fisonomía, en el gesto, en el espíritu y el corazon mantenia todos los caractéres de la juventud.

Yo me encantaba conversando con Mr. Michelet (por cierto muy amigo de los jóvenes y animado de grandes simpatías por los pueblos juveniles del Nuevo Mundo), y recuerdo que una noche, entusiasmado al oirle departir sobre el progreso humano, le repetí lo que de él habia dicho en un juicio crítico de varias de sus obras, publicado en el *Comercio* de Lima: "Me confirmo en mi idea, que ha parecido á usted muy original, de que usted tiene en el cerebro una especie de matriz moral é intelectual, de la cual provienen simultáneamente un inmenso amor *maternal* á la humanidad, y una imperiosa necesidad de concebir y de producir ó *dar á luz* nuevas obras." El gran pensador me contestó que no andaba yo descaminado en mi comparacion, que le hizo reir satisfecho.

Tenia la fisonomía franca, abierta, sincera, llena de una expresion de dulzura y benevolencia; el gesto vivísimo, cual si tuviera dentro de sí una pila de Volta; la voz fuerte, lenta, amartillada y cadenciosa; y de tal modo prolongaba las palabras al acentuarlas, que parecia poner acentos circunflejos sobre casi todas las vocales que llevaban el acento tónico. Hablaba como sacudiendo las frases, cortadas en breves períodos, conforme al estilo que él mismo, Víctor Hugo y otros escritores habian puesto en boga, y al cual se presta fácilmente la lengua francesa, á causa de su precision y de su libertad para admitir modismos que abrevian las frases y las amartillan

La señora de Mr. Michelet (y él la amaba con ardor y pasion, con ternura y candor) era digna, no obstante la gran diferencia de edad que habia entre los dos, de ser la compañera de aquel gran pensador. Le amaba con ternura y admiracion, y al mismo tiempo como á un buen preceptor; le ayudaba en muchos de su trabajos, le cuidaba con esmero y le acompañaba en todas sus excursiones. Mujer de talento y curiosa de saber, habia adquirido considerabie instruccion, conversaba como dama instruida, pero sin la menor petulancia, hacia siempre agradable su hogar, y se interesaba con cordura en todos los asuntos de moral, política, ciencias naturales y literatura que se trataban por la prensa ó en las tertulias íntimas de su casa.

Mr. Pelletan me llamó la atencion desde la primera noche que le vi en casa de Mr. Michelet. Yo habia leido algunos de sus brillantes escritos, pero no le conocia personalmente, y esperaba hallar en él un hombre algo vehemente y locuaz, de simpática fisonomía y cuya conversacion fuese muy seductiva. Hallé un hombre digno y serio, de fisonomía melancólica, á la que dan rara expresion las cejas, muy espesas y que casi forman una sola línea; hombre apasionado y de sentimiento, en el fondo, pero casi taciturno, de pocas palabras y reposado continente. Me agradó mucho, no obstante su aire poco comunicativo,

Con él formaba contraste Mr. Manuel Arago, hombre corpulento y vigoroso, de fisonomía franca y abierta, lenguaje enérgico, rápido y expansivo y gesto de hombre de accion. Su tio, Mr. Estévan Arago, era yá hombre de edad avanzada, alto, flaco, serio, lleno de dignidad en sus maneras, pero no ménos enérgico en sus pensamientos, á juzgar por su conversacion, moderada en la forma y vigorosa en el fondo.

En fin, Mr. Luis Ulbach era sujeto de amena conversacion, á fuer de novelista, muy gordo, de fisonomía bonachona y simpática. Sus novelas me gustaban mucho. Estas y otras personas que yo encontraba algunas veces en casa de Mr. Michelet contribuian á hacerme sumamente gratas las horas que yo solia pasar, siempre de noche, en la compañía del ilustre historiador y *naturalista literario.* Su fallecimiento, acaecido en 1875, me causó gran pena (recibí la noticia en Bogotá), pues aunque discordábamos mucho en ideas,—en lo tocante á religion y filosofía principalmente,—yo le estimaba con veneracion, le queria con verdadero cariño y le admiraba como á uno de los más ilustres pensadores y más fecundos escritores franceses de este siglo.

De él adquirí una costumbre que me ha sido muy útil. Me decia él que jamas habia corregido ningun manuscrito suyo, ya por falta de tiempo para hacer poner cosa alguna en limpio, ya porque, siendo la letra manuscrita una cosa muy *personal,* nunca podia el escritor caer en la cuenta de todos sus errores de fondo ó faltas ó imperfecciones de estilo, si corregia *su propio* manuscrito. Lo más conveniente era, y así lo hacia Mr. Michelet, dar á la imprenta sus borradores, tales como salian de la pluma, y despues corregir mucho en va-

rias pruebas, con suma atencion y severidad, la composicion tipográfica. Perdiendo ésta, como pierde siempre, mucho de lo personal del escrito, hay más claridad de criterio y mejor gusto para juzgarlo y corregirlo, sobre todo si se repiten las lecturas y correcciones de pruebas, y mucho mayor probabilidad de llegar ó acercarse á la perfeccion. Desde 1859 he seguido este método (que era tambien el de Balzac), y me ha dado buenos resultados, sobre todo en lo tocante al estilo.

La primera de las obras que me propuse ejecutar en Paris fué causa de numerosas y excelentes relaciones de otro género que contraje desde 1858. El General Acosta habia publicado en Paris, en 1847, un mapa de la Nueva Granada, trabajado por él, que era lo mejor conocido en nuestro pais. Pero la edicion estaba enteramente agotada, y ademas el mapa adolecía de algunas deficiencias é imperfecciones que era fácil subsanar, bien que en manera alguna me picaba yo de geógrafo, por más que me agradasen é interesasen vivamente los estudios de geografía. Era tanto más necesaria una nueva edicion del mapa, acomodada á la nueva division territorial en ocho Estados federales, cuanto yo mismo habia publicado en Bogotá, en el año anterior, un *Ensayo aproximado* (obra de mucha laboriosidad) sobre la geografía y estadística de los Estados componentes de la Nueva Granada.

Cuando estuvo hecha la nueva edicion, corregida y acomodada al régimen federal de 1858, fuí, conforme á una disposicion legal, á presentar dos ejemplares de la obra en el Depósito de mapas geográficos de la Biblioteca Nacional (entónces *imperial*), cuyo Director era el sabio señor Jomard. Recibióme con mucha amabilidad el venerable anciano, y al ver que yo mismo era el corrector de la segunda edicion y saber que era el yerno del General Acosta, su antiguo y muy apreciado amigo, me trató con la mayor cordialidad y me ofreció su amistad con exquisita sencillez. Al dia siguiente escribió á mi madre saludándola con particular aprecio, y pocos dias despues recibí con ella y mi esposa una invitacion para concurrir á sus tertulias de los domingos, que se abrian nuevamente al acabarse el otoño.

Esta era la parte seductiva de mis relaciones con Mr Jomard, así como las interesantísimas y frecuentes conversaciones que con él tenia, en su casa ó en la Biblioteca Imperial, acerca de la geografía, la geología y

las antigüedades de la Nueva Granada. Pero lo que me puso en grandes apuros fué su empeño de hacerme recibir miembro activo ó titular de la Sociedad de Geografía de Paris. Se imaginó que yo tenia notables conocimientos en la materia, sólo porque examinó las correcciones que yo habia hecho en el mapa, y porque leyó, en todo ó en parte, algunas obras mias que le obsequié, relativas á la Nueva Granada; y con tal motivo me anunció que, si yo venia en ello con gusto, me propondria en la Sociedad de Geografía, de la cual era Presidente, para ser miembro de tan sábia corporacion.

Le declaré con toda ingenuidad que yo era un ignorante en geografía; que mis estudios habian sido principalmente de ciencias políticas, historia y literatura, y que de ningun modo me creia digno de ser miembro de aquella ilustre corporacion, donde estaria fuera de mi terreno. Mas fuese por suma benevolencia, ó por deseo de reclutar nuevos miembros para la Sociedad, ó porque me reputase instruido pero modesto (yo no merecia ninguno de estos calificativos), insistió en su empeño, y el dia ménos pensado recibí aviso de la admision oficial. No hubo remedio: me vi habilitado de geógrafo, á semejanza del médico de Molière, y forzado á estudiar mucha geografía y familiarizarme con mapas, libros de viajes, &c, para no hacer muy triste papel en la sábia Sociedad. De este modo Mr. Jomard me obligó, sin pensarlo, á ser mucho ménos ignorante de lo que era.

Y no paró en esto mi situacion habilitada de *científica*. Dos ó tres meses despues el mismo Mr. Jomard, asociado á un ilustrado jóven, Mr. de Rosny, me propuso tambien para miembro activo ó titular de la Sociedad *Oriental y Americana de Etnografía*. Fuí incorporado en ella con la misma benevolencia que en la de Geografía, y á poco recibí invitacion para ingresar en otra Sociedad estudiosa, entre literaria y científica, denominada *Círculo de las Sociedades sábias*. Ello fué que me vi en el caso de justificar aquellas admisiones, ya presentando varias obras mias á esas sociedades, ya emitiendo en comision informes sobre varias memorias científicas, ora escribiendo exprofeso varios trabajos, más ó ménos extensos, que fueron publicados en los Boletines mensuales de aquella sociedades. Con el tiempo tuve la satisfaccion de que ellas honraran con su aprecio mis volúmenes de *Viajes*, mi *Ensayo* sobre las revoluciones

políticas y la condicion social de las Repúblicas Hispano-Americanas, y un estudio especial sobre *La Confederacion Granadina y su poblacion.*

Las tertulias en casa de Mr. Jomard eran muy gratas, pues á más de sostenerlas con exquisita amabilidad él, su digna hija y su yerno, en aquel hogar de la ciencia venerable se reunian multitud de hombres ilustrados de casi todos los paises civilizados, y particularmente varios miembros de la Academia de Inscripciones y Bellas letras, de la cual era ilustrado ornamento el anfitrion. Mr. Jomard habia sido uno de los miembros de la Comision científica que el General Bonaparte llevó á Egipto á fines del siglo pasado; y en 1862, yá con 85 años de edad y frecuentemente atormentado por la gota, trabajaba sin descanso, ora como miembro de la Academia y de unas cuantas sociedades científicas, ora como Director del Depósito de Mapas en la Biblioteca Imperial, ora, en fin, ocupándose en su casa en interesantes y laboriosos estudios sobre antigüedades americanas, europeas y orientales. Estaba muy impuesto de todo lo conocido en materia de antigüedades de la Nueva Granada y del Perú, Méjico y Centro-América, y conservaba una rica y preciosa coleccion de objetos de oro, piedra, cobre, barro y otras materias, dignos del mayor interes para un anticuario americano.

La tertulia en casa de Mr. Jomard tenia la principal cualidad de ser esencialmente cosmopolita, así por el personal que de ordinario la componia, como por los asuntos que en ella se trataban. En todos los grupos de los salones se hablaba simultáneamente de ciencias y bellas artes, de literatura, geografía y antigüedades, de viajes y descubrimientos de comarcas; y la conversacion era siempre tan amena como variada. Solamente de política, de modas ni de cosas fútiles jamas se hablaba una palabra, bien que concurrian señoras y que nos reuníamos muchos hombres adictos del estudio de las cosas públicas.

En suma, en todas las tertulias que he mencionado, y muchas otras que omito por no extenderme demasiado, encontraba yo, en todos los dias de la semana, cuando no preferia ir al teatro ó á otras reuniones, grandes motivos de complacencia, gracias al exquisito trato de la culta sociedad francesa; y al propio tiempo medios seguros para conocer la parte más sólida y valiosa de esa so-

ciedad (la clase média) y facilidad para adquirir muchas nociones sobre muy diversas materias, que acaso no hubiera hallado en los libros ni aún haciendo muy detenidos estudios.

Por via de contraste haré notar que, salvo en las tertulias de don Juan de Francisco Martín, generalmente eran muy distintos los goces y las conversaciones en las casas de hispan-americanos á donde yo iba de cuando en cuando. Allí el mayor empeño de las damas concurrentes era deslumbrar con el lujo de vestidos, joyas y adornos, y comprobar que estaban acicaladas conforme á las últimas modas de las actrices en boga; miéntras que la mayor gloria de los caballeros hispano-americanos consistia en ostentar que tenian erudicion de *boulevard*,—es decir, de noticias escandalosas y novedades,—y que iban adquiriendo gran caudal de equívocos ó *calembours*. Generalmente unos y otros, caballeros y damas, estropeaban la lengua española, sazonando su conversacion con atroces galicismos, como para comprobar que aprendian bien la francesa. Con franqueza diré que, en general, aquellas reuniones me parecian pedantescas é insípidas, y sus conversaciones demasiado pueriles. Me indignaba, sobre todo, el desden que ostentaban muchos hispano-americanos por la humilde y cara patria que habian dejado en el Nuevo Mundo, como si desdeñando lo propio se hubiera podido adquirir, imitar ó fingir el mérito de la civilizacion europea.

Yo no tenia relaciones de ninguna clase, ni podia tenerlas en razon de mi modesta posicion, con la alta aristocracia que lleva el calificativo de *financiera*. Tales relaciones, cuando se obtienen sin humillacion ni mengua, cuestan, en todo caso, demasiado caro, porque para cultivarlas hay que mantener un costosísimo tren de mobiliario, carruajes, vestidos, joyas y tertulias. Sinembargo, en casa de Mr. Duhamel tuve ocasiones de tratar un tanto á las familias de dos opulentos banqueros, los señores Isaac y Emilio Péreire, emparentadas por afinidad con la señora de nuestro ilustre anfitrion. Estas someras relaciones me valieron una invitacion de los señores Péreire para concurrir con mi madre y esposa á un espléndido concierto, combinado con baile y ambigú, en el suntuoso palacio que ellos tenian en calle del *Arrabal de San Honorato*.

Ambos señores Péreire eran israelitas de orígen

portugues, entre los dos poseian cosa de ochenta millones de francos, y era muy grande la importancia que tenian como empresarios en considerables especulaciones. Se distinguian aquellos señores por su caridad y filantropía y sus maneras sencillas y accesibles, y gozaban generalmente de muy buena reputacion como hombres inteligentes y negociantes de grande iniciativa.

Concurrí al concierto con mi madre y mi esposa, y observé que habia entre casi todos los concurrentes de uno y otro sexo una sencilla distincion de maneras y porte, muy distinta de la estirada altivez que yo aguardaba encontrar en una sociedad que naturalmente, segun mi prevencion, habia de componerse de banqueros. Era notable el lujo de muchas señoras, espléndidamente aderezadas, algunas literalmente cubiertas de diamantes, esmeraldas y perlas; pero en general no se notaba en las gentes aquella altanería que de ordinario ostentan los opulentos que pertenecen á la clase média. Verdad es que en la concurrencia habia gran número de sabios, literatos y áun artistas eminentes. Yo me apliqué de preferencia á escuchar con embeleso las cavatinas que cantaron la Alboni y otras artistas; á contemplar los bellos cuadros de pintura al óleo y figuras de bronce y alabastro que habia en todos los salones; á conversar con un notable literato frances y algunos otros hombres ilustrados, y á gustar deliciosos helados en un invernáculo, en compañía de multitud de plantas de la zona tórrida que me hacian recordar la espléndida vegetacion de mi pais.

Pocos meses ántes habia leido yo un curioso libro del señor Arsène Houssaye intitulado: *El Rey Voltaire*; y como yo habia tenido mucho de volteriano, aproveché la ocasion para escribir un juicio crítico sobre aquella obra, que fué publicado en el *Comercio* de Lima. Estaba yo en el invernáculo saboreando un helado, cuando entró allí y se sentó muy cerca de mí un jóven como de treinta y dos años, alto, rubio, delgado, bien parecido y de fisonomía simpática y expresiva. Como los franceses son siempre comunicativos, y yo estaba casi sólo, aquel sujeto, al tomar asiento, gustando tambien un helado, me dirigió la palabra.

—Es deliciosa la temperatura de este sitio, me dijo, despues de salir de la ardiente atmósfera de los salones.

—Ciertamente, le contesté : la transicion no puede ser más agradable ; y para mí lo es más, sin duda, que para usted, señor.

—Ah ! y por qué ?

—Estoy en este invernáculo como en mi pais.

—Ah ! no es usted frances ?

—No tengo el honor de ser frances, pero tengo la dicha de ser hijo de la Nueva Granada.

—Se echa de ver que usted es al propio tiempo galante para con los franceses y patriota.

—No es una galantería lo que he dicho, señor. Amo y admiro profundamente á este gran pais, y desde mi adolescencia he nutrido mi espíritu con las producciones del ingenio frances.

El caballero con quien yo hablaba me mostró entónces simpatía, y viendo que yo cultivaba las letras y mostraba inclinaciones poéticas, trabó conmigo una larga conversacion cuyo tema principal fué éste : la influencia que ejercia y podia ejercer la literatura francesa sobre el espíritu de los pueblos hispano-americanos. Yo le hice notar á mi compañero que el espíritu volteriano que predominaba en aquella literatura, esencialmente cosmopolita, si bien se adptaba á la índole *rabelesiana* del pueblo frances, daba una idea falsa, en el exterior, sobre la solidez del espíritu frances, en general, y producia efectos, entre los hispano-americanos, que acaso estaban léjos de corresponder á lo que se proponian los escritores franceses. En efecto, sus escritos les daban reputacion de ligeros en sus juicios, cuando en realidad ningun pueblo del mundo se distinguia más que el frances por su buen sentido.

Ello fué que con esta conversacion descubrí que mi elegante interlocutor era Mr. Arséne Houssaye, y que él se mostró muy complacido al saber que yo habia publicado un juicio crítico sobre el *Rey Voltaire.*

Tuve así acasion, en una conversacion que se volvió interesante y duró cosa de hora y média, de formar opinion bastante exacta sobre las ideas, tendencias y costumbres de los literatos franceses servidores de la causa liberal ; y me persuadí de que, si en la clase literaria que llamaban *la Bohemio*, habia mil aberraciones y extravagancias, y no pocas luchas terribles del ingenio desgraciado, empeñado en abrirse camino, en las altas regiones de la literatura francesa habia mucha más dignidad y se-

riedad de lo que muchos suponen. Los hombres de aquellas regiones me parecieron generalmente dignos del mayor respeto, como unos pensadores laboriosos que tenian conciencia de los destinos, la grandeza y la gloria de la literatura francesa.

Una circunstancia casual, viajando por España, me proporcionó la fina amistad de dos caballeros franceses muy estimables, hijos de la Auvernia. Despues de hacer un fructuoso y entretenido viaje por Andalucía nos separámos en Córdoba, más no sin prometerles yo que en el otoño del mismo año (1859) les haria una visita, cediendo con gusto á sus benévolas instancias. Tuve así ocasion, no solamente de conocer muy interesantes departamentos del centro-sur de Francia, sino tambien de penetrar un tanto en las costumbres y vida de la buena clase média francesa, tal como ella se pone de manifiesto en las pequeñas ciudades y en los campos. Al tratar de mis diversos viajes hechos desde Paris, por el continente, tendré ocasion de hablar de mis dos amigos citados, los señores Mazeiller Blatin y Dufour Doubesset, así como de aquella sociedad que no es parisiense. Merece bien un capítulo especial esta parte de mis estudios prácticos hechos en Europa.

V

MI VIAJE A ESPAÑA.

Dos circunstancias me movian, desde un principio, á desear vivamente conocer á España, empezando por ella la serie de excursiones y viajes que me proponia hacer por los diversos paises europeos. Por una parte, yo estaba imbuido, —á fuer de radical colombiano de entónces, y por la falta de comunicaciones y relaciones en que se hallaban mi pais y la madre patria,— en la preocupacion de suponer que España era en todos sentidos el pais más atrasado de la Europa cristiana; y me parecia que, para viajar con agrado y provecho, lo más conveniente era ir ascendiendo en la escala de la civilizacion, como viajero, es decir, pasando de lo más atrasado y antiguo á lo más adelantado y moderno. De ahí mi propósito de recorrer primero á España é Italia, ántes de viajar por toda Francia, Suiza y Alemania, Bélgica, Holanda é Inglaterra.

Por otra parte, yo era profundamente español por el sentimiento, no obstante el ardor de mi entu-

siasmo republicano y de mi espíritu progresista. Mi alma se habia educado principalmente con las inspiraciones del ingenio español, bebiendo en las inagotables fuentes que han hecho de la literatura peninsular un inmenso tesoro; y ademas, á pesar de mis convicciones republicanas y educacion democrática, yo cultivaba con veneracion el afecto á la tierra de mis *mayores* y á la caballeresca raza cuya sangre bullia en mi corazon.

Yo ansiaba, pues, como lo decia á mi familia, por "vivir en castellano," siquiera fuese andando solo y tan de paso como puede hacerlo un viajero. Parecíame tambien que España estaba en camino de solicitar grandes réformas en el sentido democrático, —acaso de experimentar una gran transformacion política y social,— y creia llegado el momento de que los hispano-americanos y los españoles nos diésemos la mano y mancomunásemos nuestros esfuerzos, á fin de levantar á la mayor altura posible nuestra raza, no poco abatida y desacreditada en casi todo el mundo moderno, despues de haber hecho el primer papel en siglos anteriores.

Yo habia preparado, en cierto modo, mi viaje á España con algunos escritos enviados á Madrid desde Paris; y mi nombre no era enteramente desconocido entre los escritores madrileños, merced á dos series de artículos y algunas composiciones poéticas, referentes á la América española y á sus relaciones con España; escritos que habian sido publicados en Madrid en la *Discusion* (órgano del partido democrático y diario que tenia por principales redactores á Orense, Castelar y Rivero), y en la *América*, semanario muy interesante que publicaba mi hoy dia lamentado amigo don Eduardo Asquerino. Ademas, la casualidad me fué propicia, por las relaciones que contraje, en mi tránsito de Valencia á Madrid, con don José María Orense (marqués de Albaida), jefe del partido republicano; y esas relaciones me proporcionaron muchas otras, muy propias para facilitarme un viaje provechoso.

Napoleon III, á fuer de emperador advenedizo, que habia obtenido el cetro por asalto y ejercia un poder cesariano, habia adoptado un sistema, para fortalecer su trono y dinastía, que se condensaba en estas dos ideas: deslumbrar y corromper al pueblo frances, haciéndole

olvidar sus derechos soberanos con el artificio de una política que fingia la grandeza. Uno de los medios de esta política era el fomento insesante de cuestiones internacionales que mantuviesen comprometidas en el exterior la bandera y la gloria de la Nacion francesa, y que hiciesen creer á los franceses, patriotas en alto grado y que se pagan fácilmente de ideas cosmopolitas, que el honor nacional estaba interesado en empresas de regeneracion relativas á otros pueblos. Así, despues de haber lanzado á Francia en la guerra de Oriente, Napoleon III queria lanzarla en la de Italia, á reseva de precipitarla poco despues en la vergonzosa aventura de la creacion del Imperio Mejicano. La guerra de Italia estaba, pues, en la lógica de los hechos y era inevitable en 1859.

El otro medio principal empleado por el Emperador consistia en dar trabajo á las clases obreras y fomentar los intereses de los especuladores, á virtud de una transformacion artificial de todas ó casi todas las capitales francesas, y principalmente de los grandes centros donde habian predominado las ideas republicanas; transformacion que, corriendo parejas con el sufragio universal y la hinchazon del quijotismo internacional, habia de deslumbrar al pueblo frances, haciéndole creer que se le procuraba una fabulosa prosperidad, que se le daba un gobierno de orígen democrático, y disponiéndole á no ver en su propio suelo el reinado de un despotismo corruptor, disimulado con las ficciones de una política que andaba desfaciendo agravios en ajenos territorios.

Si en Paris habia observado yo la vasta combinacion de demoliciones y reconstrucciones con que se transformaba toda la capital del Imperio, deseaba vivamente conocer las principales ciudades francesas, sobre todo las del Sudeste y Sudoeste, ántes de que hubieran desaparecido sus antiguos rasgos más característicos. Así, fueron muy gratas las impresiones que experimenté al conocer primero á Dijon, Lyon, Aviñon y Marsella, cuando iba de Paris para España, á fines de Marzo de 1859, y despues las ciudades de Bayona, Burdeos, Angulema y Poitiers, cuando tornaba á Paris de regreso de mi excursion por la peninsula Ibérica.

Si Lyon me llamó notablemente la atencion por su topografía (tan interesante á causa de la confluencia de los rios Ródano y Saona, de sus grandes y numerosos puentes, de sus colinas cercanas y la extensa y riquísima

llanura circunvecina), por sus monumentos, sus museos, su muy considerable masa de poblacion (que entónces era de cerca de cuatrocientas mil almas), y áun por el espectáculo de los Alpes, que en lontananza descuellan con magnificencia sobre la Saboya; aun más picaba mi curiosidad por una circunstancia: la naturaleza particular de sus industrias. En mi espíritu habia siempre una combinacion del idealismo del poeta y de las tendencias investigadoras del economista y hombre político; por lo que, si desde lo más alto de la colina de Fourvières contemplaba yo en Lyon con embeleso las nevadas cimas de los Alpes y las campiñas de los ricos valles del Saona y el Ródano, al propio tiempo me hacia esta pregunta: " ¿A qué se deben la existencia de esta gran ciudad, la segunda de Francia, y la inmensa riqueza aglomerada en estos valles?"

Y pensando en ello, me decia: "Todo eso se debe á dos cosas muy pequeñitas, aparentemente insignificantes: una frutilla y un insecto. La frutilla, bendicion del cielo, es la uva, que da al consumo universal los más variados vinos y licores de la Borgoña, del Delfinado, de la Provenza y de otras regiones de Francia; y el insecto es el gusanillo que produce la seda, con la cual el espíritu creador del hombre ha fomentado incalculables elementos de actividad y riqueza. ¡Qué de millones y de grandes consecuencias no se derivan del cultivo de la viña, es decir, de la produccion de aquella dulce frutilla, cuyo jugo divinizó el Salvador representando en él su própia sangre redentora! Qué de prodigios no ha creado la civilizacion con la seda, para gloria del arte y de la industria, merced á este hecho de la más admirable sencillez: la educacion de un gusanillo, dirigida por el hombre, para convertirlo en servidor de la industria y artista primitivo de una produccion que dá orígen al desarrolo y brillo de numerosas artes!"

De esta meditacion á que me indujo la observacion de los hechos económicos que tienen su centro en la ciudad de Lyon, deduje un provechoso aprendizaje: comprendí entónces cuán grande es ó puede llegar á ser lo aparentemente pequeño, —como la uva y el gusano de seda,— del propio modo que es y puede ser muy pequeño lo aparentemente grande; por ejemplo: el poder de los mandarines que deben su autoridad á la violencia ó al fraude, y el orgullo de los hombres que creen posible

infringir impunemente ó concular de un modo durable las eternas leyes de equilibrio de fuerzas y de justicia que Dios ha impuesto al mundo moral.

Marsella me atraia, no solamente despertando en mi alma sentimientos de simpatía, sino diciéndome desde léjos: "Yo soy la Marsilia de los inmortales Fenicios y el primer puerto del Mediterráneo, el más sagrado para la civilizacion, el lugar histórico por excelencia." Parecíame que, al pisar las playas rocallosas de Marsella, habian de bañar mi frente efluvios, todavía errantes en las brisas, del viejo Egipto, de la inolvidable Cartago, de la extinguida Troya de Homero, de la gentil Mauritania (que en un tiempo impusiera su civilizacion y diera su sangre á la española raza), de la gloriosa Grecia, madre del heroismo, de las artes y de la filosofía, y de los puertos de Italia, la península clásica, patria del amor y asiento de las grandes maravillas de la civilizacion latina.

Parecíame tambien, al discurrir por las calles de Marsella, que sentia resonar las notas del himno electrizador al cual habia dado su nombre la ardorosa ciudad; y como yo era un liberal vehemente, grande admirador de la epopeya popular de la Revolucion francesa, y habia nutrido tánto mi espíritu con lecturas relativas á la historia de esa revolucion, me alucinaba con la idea de recibir, con la luz del sol de Marsella, algo como un baño en la sagrada fuente del entusiasmo revolucionario. ¿Quién me dijera entónces que mi espíritu, desengañado é iluminado años despues, habria de experimentar una verdadera y profunda revolucion en el sentido anti-revolucionario!

Si la travesía de Marsella á Barcelona, en medio de una fuerte borrasca, me dió la mejor prueba de mi fortaleza para resistir á los balances y las cabezadas de un barco de vapor y al mareo, que no alcanzó á invadirme, la activa y opulenta capital de la Cataluña me predispuso á impresionarme mucho en favor de España. La actividad de Barcelona no parecia ser verdaderamente española, y si su industria y su comercio me daban idea de un progreso considerable, sus magníficos teatros y otros monumentos y su aventajado periodismo me indicaban que allí la civilizacion moderna habia echado yá fuertes y sólidas raices. Ademas, por primera vez comenzaba yo á observar costumbres y oir conversaciones enteramente españolas, lo que picaba por extremo mi curiosidad. Nie-

to de aragoneses, castellanos y andaluces, yo tenia e más vivo interes en observar de cerca la vida de los peninsulares representantes de mis abuelos; por lo que, soltando riendas á mi carácter expansivo, no solamente me mezclaba con llaneza en cuantas conversaciones se trababan delante de mí, sino que las suscitaba con el objeto de instruirme en todo lo que deseaba conocer en España.

Con todo, en breve pude comprender cuán fundada era la creencia general que calificaba á la Cataluña como una especie de *nacionalidad etnográfica* distinta en todo y apénas refundida en la *nacion* española. La vigorosa y áspera lengua catalana, hablada por más de cuatro millones de habitantes, ha hecho nacer una literatura completa, y nada despreciable, que se pone de manifiesto en el periodismo, en las escuelas y los teatros, en las bibliotecas y librerías. El pueblo catalan es, por su orígen, una variedad del provenzal, con infusiones sucesivas de sangre siciliana y morisca; y aunque por la continuidad de territorio y muchas causas históricas se relaciona estrechamente con los pueblos aragonés, castellano y valénciano, conserva mucho de sus cualidades propias etnográficas. Sobre todo, en su seno predominan el espíritu democrático y el industrial, que sábiamente combinados son siempre fecundos en muy felices resultados.

Con todo, si la industria y el comercio de Cataluña me parecieron relativamente muy adelantados, no dejé de comprender que en este adelantamiento mismo habia algun estancamiento, y no poco de artificial. Mucho de lo que allí se produce es obra de un sistema de proteccion oficial muy estrecho, sostenido por medio de la tarifa aduanera; y aunque siempre he tenido fe en los resultados definitivos del libre cambio. no dudo que al entrar España por este camino, las fábricas de Cataluña sufririan fuertes descalabros, durante los primeros años de competencia con la fabricacion inglesa, francesa y alemana.

Despues de visitar á Barcelona y algunos pueblos comarcanos, y en seguida las ciudades de Tarragona y Réus, fuí á conocer en Valencia la primera poblacion donde podia encontrar, en las gentes, los monumentos, la arquitectura comun y el estado y organizacion de la agricultura, las señales más patentes de

la mezcla que durante siete siglos se produjo entre la sangre y civilizacion de la raza española y las de la raza árabe morisca. Todo en Valencia tiene el sello de esas dos civilizaciones combinadas y da idea de la considerable fusion que se operó entre las dos razas; todo es allí curioso y pintoresco, y todo me pareció indicativo de fuertes pasiones y de un exaltado sentimentalismo.

En el primero de mis cinco tomos de *Viajes por Europa*, narré las curiosas circunstancias que me procuraron la fortuna de viajar desde Valencia hasta Madrid en compañía de don José María Orense. Sólo añadiré aquí que la conversacion con este campechano grande de España, republicano bonachon y hombre práctico y enérgico, me instruyó en muchas cosas relativas á la política de España; y que su amistad me fué muy útil para procurarme numerosas y excelentes relaciones entre los hombres distinguidos del partido demócrata, en tanto que con las cartas de recomendacion que llevaba de Paris me proporcioné las de otras personas importantes de Madrid, Sevilla y Valladolid.

No habian pasado dos horas despues de mi llegada á Madrid y mi instalacion en una fonda de la calle de Alcalá, mny cercaña á la Puerta del Sol, cuando entró en mi cuarto, con la llaneza de un viejo amigo, el estimable señor Orense. Me habia cobrado cariño, así por ser yo republicano de raza española y colaborador de la *Discusion*, como por la ingenuidad de mi carácter, que cuadraba enteramente con la franqueza y sencillez del buen marqués, digno jefe de los demócratas de España. Iba á cogerme de bracero para llevarme á visitar á Asquerino, á Rivero, al yá popular y muy brillante Castelar, y á otros escritores liberales. De este modo me relacionaba yo, con los mejores auspicios, apénas al llegar á Madrid, con multitud de hombres de talento con quienes simpatizaba naturalmente, así por la comunidad de ideas políticas como por la identidad de aficion literaria.

Desde el primer momento me impresionó ventajosamente Castelar, y formé respecto de sus talentos y su porvenir una opinion que despues el tiempo ha confirmado. Aquel pensador tenia, siendo muy jóven aún, aire de hombre serio y provecto, —seguramente por la combinacion de su frecoz calvicie, su rostro lleno, su frente amplia y majestuosa y sus espesos y grandes bi-

gotes;— y en su conversacion se poniau de manifiesto la elocuencia del orador, la rica imaginacion del poeta, la erudicion prematura de un espíritu admirablemeute cultivado (á quien la pobreza y la virtud no habian dejado tiempo que perder en ocio alguno, sino que todo lo aprovechaba en el estudio), la austeridad de los sentimientos más puros, el poder de una maravillosa memoria de nombres, hechos históricos y textos, y una tendencia muy marcada al idealismo y á dar á la política las tintas de hermosura propias de la poesía y las formas fascinadoras del arte. Parecióme desde Abril de 1859 que si Castelar habia de ser un erudito profesor, un tribuno admirable y un escritor brillante y amenísimo, nunca seria un político capaz de imprimir fuertemente su sello en los acontecimientos, un hombre de Estado que impusiese su voluntad ni hiciese sentir los efectos de su prevision. Parecióme que en la rica mente de Castelar la imaginacion del poeta perjudicaba con sus encantadoras visiones á la sólida combinacion de miras del hombre político; que el brillante saber del literato neutralizaba la percepcion de los hechos sociales y de las necesidades del gobierno, y que el sentimiento estético del grande artista seria un rival vencedor del espíritu práctico del hombre de Estado.

Un incidente curioso me ocurrió en Madrid, relacionado con la política europea. Entre las personas para quienes llevaba cartas de introduccion, presenté nna de Paris á un señor Indo, vascongado y banquero, sujeto de muy agradable trato. Invitóme un dia á comer en el café del *Cisne*, y me obsequió muy bien. De sobremesa, al tomar el café, me preguntó cuál era mi más íntima conviccion respecto de las probabilidades de una guerra, tal como la que se temia pudiese estallar en Italia, entre Francia y Austria; y le contesté:

—Mis relaciones en Paris me han procurado un conocimiento indirecto, pero seguro, de las resoluciones de Napoleon III. Sé que él lo tiene todo preparado para declarar la guerra, y que sólo aguarda para realizar su propósito, que es yá una imperiosa necesidad de su falsa posicion, á que ocurra un pretexto que su política está suscitando. En mi opinion, no llegará el 20 de este mes (estábamos á 5 de Abril) sin que se haya declarado la guerra."

—¿Es decir, me preguntó el señor Indo, que si usted

fuera especulador en negocios de bolsa contaria con la baja segura de los tondos públicos?

—Sin duda alguna, le contesté.

—Pues entónces estoy en grave peligro de perder más de treinta mil duros, porque he especulado hasta hoy mismo en la persuasion de que no habria guerra y ganaria con el alza.

—Siento mucho que así sea, porque usted perderá.

—Pero todavía hay remedio. ¿Qué motivos tiene usted para estar persuadido de que la guerra es inminente?

Le expuse al señor Indo lo que yo sabia, y las fuentes (sin nombrar personas de Paris) de donde tenia los datos; y de tal modo se convenció, que acabó por decirme:

—Tengo fe en lo que usted me afirma. Desde mañana cambiaré mis especulaciones, y espero evitar así la pérdida ó neutralizarla.

Lo hizo, en efecto, y el 16 del mismo mes llegaron á Madrid muchos telegramas que anunciaban haber declarado la guerra al Austria Napoleon III y Victor Manuel. El 21 partí para las Andalucías, y al regresar de ellas, á fines de Mayo, el señor Indo me dijo abrazándome con suma cordialidad:

—Amigo, me salvó usted!

—Ah! mi prediccion se confirmó, es verdad. ¿Y qué resultado tuvo para usted la guerra?

—Que cambiando mi juego, no sólo neutralicé una pérdida anterior de más de treinta mil duros, sino que alcancé á ganar más de cinco mil.

Dí al señor Indo mis cordiales parabienes por su triunfo, y lo celebrámos con delicioso jerez y riquísimo champaña, comiendo juntos aquel dia.

Lo más curioso es que en el mes siguiente, acabando yo de regresar á Paris, recibí carta del señor Indo en la cual me cosultaba sobre si la guerra de Italia se prolongaria ó nó, y me decia tener entera confianza en mi opinion. Le contesté dándole las irrefutables razones en que me apoyaba para creer que la guerra cesaria muy en breve, — tan luégo como Napoleon III ganase una gran batalla que le permitiese detenerse en el peligroso camino que llevaba, y hacer las paces para no fomentar el espíritu liberal en Francia y revolucionario en Italia, ni granjearse las hostilidades de la Confederacion Alema

na. El señor Indo tuvo confianza en mi opinion, especuló contando con el alza, y a los cinco dias de haberle llegado mi carta se suspendieron las hostilidades en Italia, firmando Napoleon III su armisticio con el Emperador de Austria, como consecuencia de la batalla de Solferino. Indo hizo buenas ganancias.

Referiré una curiosa anécdota que da idea de las costumbres cortesanas de los posaderos, y de la suma importancia que en Madrid tiene el Nuncio apostólico.

Al instalarme en la fonda de las Diligencias, tomé para mi servicio una modesta salita con su alcoba, en el interior del primer piso, y noté que el posadero me consideró como un viajero de *menor cuantía*, ya por mi modesto equipaje (un baúl y una maleta), ya porque no pedí vivienda lujosa. Comenzaron los criados á hacerme algunas reverencias cuando vieron que el Marqués de Albaida entraba preguntando por mí, y salia en seguida á la calle cogiéndome de bracero. Pero á los dos dias el termómetro de mi importancia subió á 100 grados, por causa de una curiosa circunstancia.

Monseñor L. Barili, á la sazon Nuncio apostólico en España, lo habia sido en Bogotá algunos años ántes, y yo habia cultivado muy buenas relaciones de amistad con él, y con su hermano don Francisco y su adjunto el abate Petrarca. Dió la casualidad que me encontré en la calle de Alcalá con don Francisco Barili, con lo que nos abrazámos cordialmente y él me llevó al palacio de la nunciatura. Allí hicimos muy gratos recuerdos de Nueva Granada, y en tanto que el amabilísimo abate me preguntó por todas las muchachas bonitas de Bogotá, don *Francesco* me pidió noticias de los más insignes *cachacos* de la misma capital.

Dos dias despues fué el Nuncio á visitarme, y como iba en su gran carrosa de etiqueta, con dos lacayos, al verla parar en la puerta de la fonda se alborotó en ésta todo el mundo, cual si la visita fuera de la Reina. Cuando el hostelero supo que Monseñor Barili me buscaba, quiso recibirle en el gran salon de la fonda, y se quedó muy asombrado al ver que yo insistia en hacerle introducir en mi modesta vivienda. Miéntras duró la visita, los criados y áun algunos huéspedes anduvieron atisbando y cuchicheando por el pasadizo donde quedaba mi puerta; y al despedirse el Nuncio se desbarataron muchos haciendo mucho ruido y mil genuflexiones.

Desde aquel momento empezaron muchos á creer en la fonda que yo era un gran personaje disimulado, alguna especie de príncipe que viajaba de incógnito; y aquella tarde, al ir á sentarme á la mesa redonda, encontré que me habian cambiado mi puesto para colocarme á la cabecera, y noté que todos me miraban con mucho interes y consideracion. Comprendí que el error en que estaban podia costar muy caro á mi modesto bolsillo, y me apresuré á explicar el orígen de mis buenas relaciones con Monseñor Barili, á quien podia tratar con bastante confianza, sin embargo de ser yo un humilde ciudadano neo-granadino.

VI

OBSERVACIONES Y ANÉCDOTAS EN ESPAÑA.

Un dia que fuí temprano á visitar al señor Orense, —pues á él no le gustaban las visitas de etiqueta,— me dijo, con aquel aire y tono campechanos que le distinguian:

—Tenemos la costumbre de reunirnos cada tercer dia los redactores de *La Discusion*, en la oficina de la Redaccion, á comunicarnos impresiones é ideas, discutir los asuntos públicos y distribuirnos los trabajos.

—Eso es muy bueno, observé. Sin tal procedimiento no podria redactarse bien un diario.

—Bien. Y como usted es nuestro amigo y colaborador, hoy le llevaré á la junta de redactores.

—¿Pero qué podré comunicarles yo que les sirva de algo?

—Bah! en todo caso sus ideas, y cuando ménos su entusiasmo y calor. Estamos un tanto frios y desorientados, y nos conviene la infusion de sangre republicana de América.

Asentí al cabo á lo que el señor Orense me proponia, y una hora despues estuvimos juntos en la oficina de la Redaccion. Allí estaban Rivero y Castelar, Becerra y Roberto Roberts. A poco de conversar entre ellos y Albaida (así llamaban simplemente ellos al marqués de Albaida), no sin divagar algo sobre las necesidades de la política y las tendencias de la democracia española, en tanto que yo guardaba un discretísimo silencio, el Marqués me dijo:

—¿Y usted qué piensa de nuestra política, amigo Samper?

—Oh, señor don José María! le respondí. ¿Cómo quiere usted que yo emita opinion sobre la política española, si apénas comienzo á conocer á España?

—No importa, repuso el republicano Marqués. La causa republicana es una misma en todo el mundo, y usted, hijo de una república, debe de tener mucha más experiencia y comprender los intereses democráticos más claramente que nosotros, republicanos teóricos, que apénas tratamos de preparar lo que ustedes tienen en Colombia desde 1821.

—En efecto, añadió Rivero; yo querria saber de qué manera ve el amigo Samper las perspectivas de la democracia española.

—Temo que mis observaciones sean desagradables para ustedes, dije con algun embarazo.

—Pues díganos usted cuanto quiera, repuso Orense.

—Y si ha de haber censura ó contradiccion de usted, más me gustará oirle, añadió Rivero.

Hube de ceder, y les dije, en sustancia, lo siguiente:

" Creo, mis amigos, que ustedes están sirviendo á la causa democrática sin prevision, sin plan y sin método; que en ustedes y todos los demócratas reside una gran fuerza, pero que no la dirigen y condensan como conviene. La evolucion política de 1854, que pudo ser una *revolucion*, porque provenia de grandes necesidades sociales y políticas, se redujo á la triste categoría de *insurreccion* de cuartel, y ha quedado la situacion en manos de Generales cuya habilidad se reduce á vivir de expedientes, como el de la actual *Union liberal*, cuyo único resultado es corromper el régimen constitucional y parlamentario, explotando el interes de unos partidos que no tienen verdadera conciencia ni profesan principios. Tarde ó temprano ha de venir otra gran revolucion, que acaso barrerá todos los poderes actuales, y para entónces será necesario que ustedes hayan creado una *conciencia* democrática en la nacion española; un órden de *ideas* y *convicciones* capaces, por su consistencia, de sobreponerse á los intereses de partido y á las combinaciones dinásticas y personales.

" Y en mi concepto, ustedes no están engendrando, con la *Discusion*, ideas y convicciones populares, sino pasiones sociales; pasiones que ustedes mismos, llegado el caso, no podrian contentar. Ustedes atacan al Gobierno con toda la destreza necesaria para evitarse multas ó sus-

pensiones, juicios de imprenta y hasta la supresion de su diario; pero como sus ataques no son *demostraciones*, resultará que sus lectores detestarán del Gobierno actual y de la monarquía, pero no por eso adquirirán ni amarán los *principios* democráticos, ni cosa alguna que pueda llamarse *ciencia* y *arte* de gobernar. El señor Castelar (y que su modestia me perdone el decirlo en su presencia) es un admirable escritor y un maravilloso tribuno; pero es un escritor *académico*, y sus escritos parecen ir todos dirigidos á literatos ó eruditos, ó por lo ménos á gentes capaces de comprender y apreciar la erudicion histórica, mitológica y artística; y sus discursos, encantadores para un auditorio de poetas ó de hombres avezados al estudio de obras de imaginacion, de estética y de historia, no son para entendidos por el pueblo, — no son propios para formar convicciones, pero ni áun claras nociones políticas, en las muchedumbres. Ustedes tienen que buscar su mayor fuerza en las clases médias y en lo que se llama el *pueblo;* y en estos dos elementos la inmensa masa es iliterata, ignorante. Por tanto, para inculcarla la verdad, es menester decírsela con suma sencillez, sin figuras de retórica, sin imágenes, sin tecnicismo alguno, sin alusiones cuya inteligencia requiera extensos conocimientos de historia, mitología, religion, filosofía, &c. De otro modo, los lectores de escritos democráticos no comprenderán los *intereses* sociales y políticos que se trata de hacer dirigir y combinar conforme á la justicia, y no comprendiendo claramente los elementos de ningun problema, para ellos la democracia no será una *doctrina*, una aspiracion lógica de la civilizacion cristiana, sino una borrasca de odios y resentimientos, de envidia contra las clases ricas y gobernantes, de funestas pasiones, sin criterio alguno, que nadie podrá contener el dia que una revolucion las desencadene.".…

No obstante el profundo respeto que yo tenia y mostraba por el carácter, los talentos, el saber y las virtudes del señor Castelar, mis observaciones debieron delastimar su amor propio de escritor y orador; mayormente cuando el señor Orense me interrumpió para decir que cabalmente él habia pensado del mismo modo, y habia tomado siempre el mayor empeño en que se diese á la democracia española, por medio de la *Discusion* y de otras publicaciones, una direccion enteramente práctica.

—¿Y que haria usted, señor Samper, me preguntó

Castelar, visiblemente picado, si fuese español y redactor de la *Discusion*?

—Yo obraria directamente sobre el buen sentido del pueblo español, que es admirable, y trabajaria conforme á la más patente de las leyes económicas: la division del trabajo, metódicamente aplicada.

—Exponga usted su plan, repuso Castelar, y veremos.

Poco más ó ménos dije lo siguiente:

" Lo que más necesita el pueblo español es que le demuestren que las actuales instituciones son muy malas, y que, por tanto, es necesario cambiarlas. Pero como él no las *conoce*, por mucho que sienta sus malos efectos, es menester ponérselas á la vista, explicándoselas en lenguaje muy sencillo, para que vea en ellas las causas del malestar social. Así detestará de esas instituciones, que son los gérmenes del mal, y no de los hombres que las ejecutan, y por lo mismo, adquirirá convicciones en el sentido de la libertad, como las hay en Inglaterra, y no pasiones contra las clases superiores, como las que agitan los ánimos en Francia. El señor Castelar, á más de sus muchos y generales conocimientos, es especialista, como profesor de la Universidad, en lo tocante á instruccion pública. El señor Orense conoce mucho todo lo relacionado con la agricultura, la propiedad agraria y la policía rural. El señor Rivero, á fuer de abogado eminente y médico tambien, sabe por completo cuán defectuosamente organizados están los tribunales, los procedimientos y todos los servicios relacionados con los derechos y deberes civiles, la penalidad, la administracion de justicia y la higiene pública. El señor Pi y Margall es fuerte en el conocimiento de los asuntos fiscales y económicos, asuntos muy vastos y complicados y de inmensa importancia. Y en fin, los señores Becerra, Roberts y demas servidores de la causa democrática, pueden tratar muchísimos puntos de legislacion política, municipal &c.

" Pues bien: repártanse ustedes el trabajo y propónganse, cada cual en lo de su competencia, tratar todos los dias, en la *Discusion*, uno, dos ó mas puntos de legislacion, exponiendo los hechos con claridad y sencillez, analizando los males que de cada institucion ó práctica gubernativa ó administrativa se derivan, deduciendo lógicamente las consecuencias, indicando los remedios necesarios, y haciendo ver que éstos no pueden emanar sino de un gobierno libre, verdaderamente electivo y alternativo, suje-

to á fiscalizacion y responsable, es decir, democrático. Ademas, apelen ustedes al recurso de la comparacion, que es muy eficaz, porque la mayor parte de las verdades se adquieren por comparacion y método objetivo. No desdeñen ustedes, como ordinariamente lo hacen en España, el ejemplo de los pueblos libres, y procuren hacer conocer aquí la instituciones de estos pueblos, ora sean de razas latinas ó anglo-sajonas, haciendo resaltar el bien que de ellas derivan las naciones que las han conquistado y planteado. Particularmente procuren hacer notar la similitud que debe haber entre el pueblo español y los de su misma raza que, no óbstante su atraso y sus guerras civiles, están comprobando en el Nuevo Mundo que la libertad más amplia, pero limitada por la justicia, léjos de ser incompatible con el órden, es la condicion necesaria de la estabilidad, de la civilizacion y del poder.

" Si ustedes se entregan con método y perseverancia á esta gran labor, ántes de diez años tendrán formada en España una *conciencia pública* democrática, una opinion liberal ilustrada, irresistible como potencia política y social, capaz de dominar á todos los partidos y hacer entrar sus ideas en todas las instituciones. Entónces, si la dinastía y los círculos gobernantes tuvieren cordura y patriotismo, cederán, y se verificará una gran revolucion pacífica que engrandecerá mucho á España, con beneficio para toda la raza española: ó si resistieren para perderse, la revolucion armada será inevitable y estallará; pero ustedes podrán conducirla á buen término, porque contarán con una democracia ilustrada, es decir, con un pueblo guiado por convicciones fecundas, y no por pasiones malsanas. De otra suerte, si sólo han de insurreccionarse pasiones, sin ideas, la revolucion será estéril, y ustedes las víctimas de cualquier movimiento popular."

Muchos años despues, hallándome en Paris, cuando habia sucumbido la revolucion española y acababa de caer el imperio napoleónico, tuve el dolor de ver á Castelar proscrito, despues de haber sido Ministro de Estado, legislador y Presidente de la República Española, que tuvo tan efímera existencia; y hube de recordarle lo que yo habia dicho y predicho en 1859, en la redaccion de *La Discusion*, y de hacerle notar una vez más que las revoluciones fecundas no se hacen sino comenzando por crear en los pueblos las *convicciones* que sirven de sustentáculo á

la idea del derecho y del deber, y á las instituciones que los hacen efectivos.

Volviendo á mis impresiones de viaje por España, resumiré algunas, las más importantes, para no repetir lo que narré en mi primer volúmen de *Viajes*.

Desde luégo haré notar lo que me parecieron ser el *periodismo*, la *nobleza*, los *cafés públicos*, los *teatros*, las *plazas de toros*, la *agricultura*, las *vías de comunicacion*, las *bellas artes* y los *partidos políticos* de España.

No poco ha mejorado, así en lo sustancial como en su estilo y sus formas, hasta el presente, el periodismo español; pero á decir verdad, en 1859 me pareció ser generalmente insustancial, seguramente por la poca ó ninguna libertad con que podia expresarse bajo la ruda autoridad del General O'Donell. Noté, sobre todo, que estaba inficionado de galicismos, así en las palabras como en la estructura de las frases y en los giros, y que, léjos de poner de manifiesto la originalidad del ingenio español, se aplicaba, con malas traducciones, á reproducir lo ajeno. Los mejores escritores eran académicos que rara vez colaboraban en el periodismo, por lo que no era de extrañar que esta forma literaria hiciese aparecer tan desventajosamente á España.

La casualidad, y sólo la casualidad, me procuró ocasiones de tratar á algunos nobles españoles, si bien muy de paso á casi todos. En Barcelona conversé y áun discutí mucho sobre política, en la fonda donde estuve hospedado, con un gran marqués muy absolutista, partidario de doña Isabel II. Despues, desde Valencia, di con el marqués de Albaida, que fué en España uno de mis mejores amigos, y que, en vez de absolutista, era, como he dicho, el jefe del partido republicano. En Madrid trabé amistad, en el café Suizo, con un baron isabelimo, senador de pocos alcances y noble de nuevo cuño. Yendo de Madrid para Toledo, fuí en un mismo compartimiento del tren con un marqués toledano, gran caballero muy bondadoso, á quien quedé muy obligado por sus finezas. En Córdoba tuve ocasion de tratar, durante dos horas, al duque de Almodovar, descendiente del rey Boabdil, con motivo de una visita que me permitió hacer á su palacio, que es un primoroso museo. En Cádiz trabé conversacion varias veces, en la mesa redonda de mi posada, con un Coronel retirado del servicio, que era conde de vieja alcurnia. Todos aquellos caballeros, no obs-

tante la diversidad y áun oposicion de sus ideas, me parecieron hombres excelentes por su trato llano y sencillo, su fácil sociabilidad, sus patrióticos sentimientos y sus maneras enteramente afables. Conversando con todos ellos (y por cierto que me mostraban buena voluntad y simpatía por el hecho de ser hispano-americano), y estudiando lo mejor posible la situacion política y social de España, me persuadí de que, ni en las instituciones, ni en las costumbres, habia lo que se llama una *aristocracia*. Lo que hay en España es *nobleza*, y nobleza incomparablemente patriota y benévola. No creo establecer una paradoja al afirmar que es una nobleza democrática. Para el noble español, el título no significa un privilegio ni una valla que le separe del pueblo, de la masa entera de sus conciudadanos, sino un derecho reconocido á su estirpe de hombrearse más ó ménos con el Rey-soberano; un certificado tradicional de la hidalguía, del valor, del patriotismo y la grandeza de sus antepasados; una prueba inequívoca de que estos antepasados hicieron algo ó mucho por la libertad, la preponderancia ó la gloria de España. Así la nobleza no es para los nobles españoles asunto de autoridad política ni de ventajas sobre sus conciudadanos, sino asunto de dignidad histórica y de honra personal y de familia.

España podria dejar de ser un pueblo relativamente libre, en el punto de vista de las instituciones y del gobierno, y sin embargo conservaria todas las apariencias de la más adelantada libertad, si se viese siempre á los españoles congregados en los cafés públicos. No he conocido pais alguno de Europa ó América donde los cafés ofrezcan espectáculo tan interesante y curioso como el que ofrecen los de España. Allí, al són del piano y de las copas y tazas, se habla cuanto se quiere, desde lo más alto de la política hasta lo más trivial de la vida privada, sin que la policía se atreva siquiera á mostrar veleidades represivas ni asomar adentro las narices. Las costumbres han establecido una especie de pacto tácito que pudiera formularse así: el Gobierno podrá obrar á su arbitrio en muchos casos, y áun confiscar algunas veces todas las libertades públicas; pero siempre respetarará en los cafés la absoluta libertad de la palabra. De esta libertad usan y abusan á su sabor los españoles; de suerte que en los cafés se revelan hasta los más íntimos secretos de la Corte y se discuten todas las reputaciones y todas las

cosas posibles. De allí salen casi todos los chascarrillos de la prensa y los dichos que andan luégo por las ciudades de boca en boca hasta convertirse en proverbios característicos de la situacion. Puedo decir que las tres cuartas partes de los informes que obtuve sobre la política, las costumbres y las reputaciones literarias y militares de España, los recogí en los cafés de Barcelona y Valencia, Madrid y Aranjuez, Toledo y Valladolid, Granada y Málaga, Cádiz, Sevilla y Córdoba, Palencia y Santander, Bilbao y otras ciudades españolas.

Es general, entre los hispano-americanos que no han viajado por Europa, la opinion de que los franceses son el pueblo que tiene más gusto por el teatro; y así lo creen estos mismos, acaso por su general disposicion á *representar* en el trato social y en lo político, cual si casi todos tuvieran algo de comediantes. En cuanto á los españoles, se les imputa que su única ó principal aficion es la de las corridas de toros, y no se presume, por tanto, que tienen predileccion por el teatro. En esto hay error. Así como el pueblo italiano es el más artista, en el sentido de las artes plásticas y de las formas y los vestidos, el aleman el más musical, y el frances el más artista en las actitudes y en las combinaciones del lenguaje, el español es el más dramático ó teatral. Toda su vida ha sido un inmenso drama, y ningun pueblo puede presentar en su historia dramas tan prolongados, patéticos, heroicos ni conmovedores como el de la época de los Moros, que duró siete siglos, y el de más de tres que duraron la conquista, colonizacion y guerra de la independencia de la América. El español lleva y siente el drama en su propio sér, en su suelo pátrio y en toda su historia, y esto explica la prodigiosa é incomparable fecundidad del ingenio español para las creaciones dramáticas. En mi concepto, la aficion á la tauromaquia, á más de enlazarse en España con muchas tradiciones históricas, —entre otras, los circos romanos y los juegos de cañas moriscos,— corresponde principalmente al sentimiento popular dramático. El circo de los toros es un teatro, y la lucha que allí se sostiene un terrible drama, mezcla animadísima de tragedia y comedia. Si los españoles tienen tambien grande aficion á las loterías y á todo linaje de juegos, es porque en el juego hay siempre mucho de dramático, mucho que excita la imaginacion con el áspero interes de lo misterioso. No

he conocido, relativamente á la poblacion total y á la importancia de las capitales, pais alguno que tenga mayor número de teatros ni de compañías dramáticas que España, ni más asiduos concurrentes á los teatros, ni número igual de buenos autores dramáticos. En este punto de vista los españoles son superiores á todos los demas pueblos, con excepcion, en algunos respectos, de los franceses.

Es pertinente el referir aquí una anécdota curiosa. Varias veces vi trabajar en el teatro del Príncipe á los dos actores más renombrados de España: don Julian Romea y su esposa, doña Matilde Diez; y por cierto que salí siempre encantado. Una noche, al acabarse la representacion, mi amigo Asquerino, que era notable dramaturgo y habia leido casi todas mis piezas dramáticas, me llevó á presentarme á Romea y su esposa, y me recomendó como autor dramático hispano-americano. Picóle esto la curiosidad á Romea, y me dijo:

—Las obras de usted deben de ser enteramente nuevas para nosotros, si son nacionales, porque aquí no conocemos lo que escriben los americanos.

—Efectivamente, contesté. Con excepcion de dos dramas en verso, cuyas escenas pasan en España y en Francia, todas mis piezas son enteramente *nacionales*.

—Y creo que algunas podrian ser representadas en Madrid con buen éxito, añadió Asquerino.

—¿Querria usted mostrarme algunas de su predilección? me preguntó Romea.

—Con el mayor gusto, le respondí, aunque no presumo sean bien recibidas.

—Por qué?

—Qué sé yo.

—Ah! es usted modesto?

—No, señor; no adolezco de esa bella y generalmente falsa cualidad. Pero....

—Vamos!....

—Mis piezas tienen todas un sabor tan republicano..

—Endiablado sabor! exclamó Romea, riendo.

—En todo caso, será usted complacido, añadí.

Al dia siguiente me llevó Asquerino á casa de Romea, y le dejé el tomo más considerable de mis piezas dramáticas, indicándole de preferencia tres: *Un Alcalde á la antigua, Percances de un empleo, Dios corrige,*

no mata. El grande actor me dijo que esperaba leerlas en cinco ó seis dias....

Al cabo de unos diez torné á verle en su casa y me dijo:

—He leido con vivo interes sus piezas de usted y con verdadero placer de artista. Me gusta mucho, por la idea, la versificacion y el sentimiento, el drama *Dios corrige, no mata;* pero creo que usted tendria, para darlo á un teatro español, que hacer como Dios: corregirlo; porque tiene algunas escenas falsas, seguramente por haberlo imaginado usted desde léjos, sin conocer á España. En cuanto á las dos comedias, me encantan como obras de ingenio, de sátira y costumbres, y su versificacion es excelente; pero los tipos me son completamente desconocidos, por ser del todo neo-granadinos, si bien con mucho sabor español, y aunque yo los conociera no los representaria.

—Por qué? le pregunté.

—Ni la censura dejaria pasar las comedias de usted, ni yo las pondria en escena.

—Ah! las ideas....

—Cabal. Mire usted: yo soy artista á mi modo, es decir, con entera conciencia. Soy absolutista en política y muy monarquista, y no podria pronunciar ni hacer pronunciar unas sátiras tan amargas, como las que contienen las comedias de usted, contra la forma de gobierno que aquí tenemos, á Dios gracias.

—Aplaudo la concienciosa entereza de carácter de usted, le dije, y me encanta su franqueza.

Con esto pusimos fin á la conversacion, quedando muy buenos amigos.

Por lo visto, Romea era *un carácter*.

No tienen idea mis compatriotas, si juzgan por las corridas de toros de Colombia, de lo que son las españolas. En éstas se sublima el arte de la matanza, y el salvajismo se eleva hasta las proporciones de lo heroico, al propio tiempo que reviste el aspecto de lo terriblemente grotesco. El pueblo español se exhibe en el circo, como artista de la más gentil ferocidad, y en el anfiteatro, como espectador, con toda su originalidad, su vehemencia de pasion, su entusiasmo por toda alma qué sabe desafiar el peligro, y el espíritu de partido y de crítica zumbona que le caracteriza. Así como la política adquiere en España frecuentemente el carácter de una gran corrida de toros,

cuyo circo es la nacion y cuyos espadas, picadores y toreadores son los gobernantes, periodistas y oradores parlamentarios, las corridas de toros, á la inversa, suelen ser copias de las luchas políticas. En todo caso, son la más característica expresion de la índole y las costumbres del pueblo español.

Si hemos de exceptuar las comarcas de Cataluña y de las Andalucías, las provincias vascongadas y la *Huerta de Valencia*, donde hay verdaderos cultivos, sostenidos con inteligencia, perseverancia y energía, puede decirse que las campiñas españolas, sobre todo en las Castillas, dan deplorable idea de los progresos agrícolas de España. Debe de haber adelantado notablemente la agricultura española, á virtud del fomento que han operado los ferrocarriles y de algunas medidas de gobierno; pero, en general, en 1859 los campos estaban á la buena de Dios, sin regadíos, solitarios y mal preparados por los cultivadores, cuando no abandonados á crias de ganados muy defectuosamente dirigidas. La falta de buenas vias de comunicacion, el estancamiento en que estuvo una inmensa porcion de la propiedad raiz, y el exceso de *proteccion*, ejercida por medio de las instituciones aduaneras, habian causado un retroceso patente en la agricultura de las Castillas, la Extremadura y Aragon; y al recorrer estas provincias el viajero no podia ménos que contristarse considerando que la época de Don Quijote subsistia intacta en unas campiñas fértiles de suyo y que la industria de los Moros habia fecundado maravillosamente durante muchos siglos. Es de observar, por punto general, que la agricultura fundada en cosechas de los frutos de plantas permanentes, como el olivo y el alcaparro, la vid y la higuera, el naranjo y el limonero, el almendro y el avellano, si bien produce una riqueza relativa, fomenta la pereza en los labriegos y no desarrolla una actividad rural que les dé suficiente ocupacion y bienestar durante todo el año. Esta es, en gran parte, la condicion agrícola de España: ésta es una inmensa huerta, más bien que un pais de campiñas labradas por el arado y la azada, en tanto que sus tierras productoras de trigos no son suficientemente cultivadas; y de ahí resulta una relativo estancamiento de las facultades productivas del pueblo español y del rico pero muy seco suelo que cultiva, suelo retostado en gran parte por los vientos del Africa, y demasiado protegido por sus cadenas de montañas contra los vientos húmedos del Norte.

El Gobierno español habia comprendido desde 1854 la imperiosa necesidad que tenia España de buenas vias de comunicacion, por lo que, á más de emprender la construccion de gran número de carreteras, y de hacer mejorar la navegacion de los canales, los rios y las aguas marítimas, habia ido otorgando numerosas concesiones para construir ferrocarriles, algunos con capitales españoles y en su mayor número con capitales franceses. Yá en 1859 se habia adelantado bastante, y en los veintidos años posteriores el progreso ha sido considerable. Sin embargo, no puede negarse que, en este punto de vista, España es uno de los paises más atrasados de los que componen el Occidente, Centro y Sur de Europa. Tuve ocasion de viajar por las provincias españolas de todos los modos posibles: á caballo, en tartana, en diligencia, en barca de canal tirada por caballos, en barcos de vapor y en unos nueve ó diez ferrocarriles; y por cierto que nada me pareció tan incómodo, semisalvaje y detestable como el servicio de las tartanas y diligencias. Todo esto irá pasando, y algun dia casi será sólo del dominio de la tradicion, para gloria del siglo XIX.

Si en varios puntos de vista políticos y económicos halló á España relativamente atrasada, en lo tocante á bellas artes me pareció ser un pais de maravillas, por lo que hace á la arquitectura y la pintura. En ninguna parte se pueden comparar mejor que en España las creaciones de los tres grandes estilos arquitectónicos: el gótico, el arábigo y el del Renacimiento; ni hay tesoros en otros museos, templos ó palacios, más valiosos que los de las ciudades españolas, en punto á pinturas de los maestros españoles y flamencos, si bien son relativamente escasas las italianas, y más aún las francesas. Pero salvo uno que otro cuadro de mérito de algunos artistas del presente siglo, tales como los de Madrazo, y pocos monumentos, como el teatro Real de Madrid y los de Barcelona, puede decirse que las obras de pintura y arquitectura pertenecen á las generaciones pasadas. Casi ha perdido España la tradicion de sus antiguos artistas, y sobre todo, ha perdido el genio creador.

Los maestros ó compositores músicos me parecieron muy medianos é inferiores á los de cualquier otro pais europeo, á juzgar por las zarzuelas y operetas á cuya representacion asistí en siete ú ocho capitales; composiciones que sólo me parecieron notables por su monoto-

nía y falta de originalidad y vigor. En cuanto á la escultura, nada encontré en España que me indicase su auge entre los contemporáneos, ni progreso alguno.

Para concluir este capítulo, acaso demasiado extenso, bien que nunca será excesivo lo que en Colombia se diga ó escriba con relacion á la madre patria, emitiré brevemente el juicio que formé de sus partidos políticos y su gobierno.

Parecióme enteramente falseado el régimen constitucional y parlamentario, fuese por causa del antagonismo de tendencias dinásticas, fuese por falta de comprension, del mayor número de monarquistas, de los principios, las necesidades y la lógica del gobierno constitucional. Casi no hay ejemplo de que al hacerse elecciones de senadores ó diputados, no triunfe en ellas el Gobierno, sea cual fuere el partido gobernante; lo que patentiza la muy escasa realidad de la independencia del sufragio y del régimen representativo.

De ordinario, el gobierno y la administracion han sido fruto de coaliciones de círculos políticos, las cuales, si bien han mantenido por algun tiempo el órden público, han relajado con la intriga los resortes de la moralidad pública. Y no ha podido ménos que mantenerse el sistema de las coaliciones artificiales, habiendo tan numerosos partidos en España, y tal discordancia en las ideas, que ninguno de ellos ha tenido fuerza bastante para impulsar la Nacion y caracterizar la política. En 1859, cuando yo viajaba por España, habia un partido absolutista carlista y una fraccion de carlistas constitucionales; habia *isabelinos* de varias clases, llamados moderados, templados y progresistas; habia demócratas monarquistas y demócratas republicanos; habia "clericales" ó "ultramontanos"; habia una fraccion de tendencias militaristas, y comenzaba á formarse un grupo de radicales con marcadas inclinaciones socialistas.

¿Tenian razon de ser todos aquellos partidos y parcialidades? Mucho lo dudé, y me pareció que esa diversidad artificial y anárquica era fruto del sistema de intrigas corruptoras que sucesivamente habian practicado los Esparteros, los Narváez, los O'Donell y demas gobernantes. Una gran revolucion me parecia ser inevitable en España, como desde entónces lo anuncié en mis escritos, y creí que, si allí seria muy difícil, y acaso funesto durante muchos años, que se plantease la repú-

blica, ningun pueblo tenia mejores condiciones, por su carácter y su historia, para adoptar instituciones juiciosamente democráticas y alcanzar con ellas estabilidad y progreso.

VII.

OTROS VIAJES POR EL CONTINENTE.

Habíame propuesto hacer, inmediatamente despues de mi viaje á España, otro por Italia, con mi esposa, con la ventaja de poder dejar mi domicilio seguro, puesto que mi madre, muy contenta en Paris, podia quedarse allí cuidando de mis hijas. Pero la guerra de Italia trastornó mis proyectos, ya porque subsistia cuando regresé á Paris, ya porque á causa de ella los gobiernos de los Estados Romanos, Nápoles y Venecia se mostraban por extremo suspicaces, y su policía suscitaba mil embarazos y dificultades á los viajeros. Yo no queria limitar mi excursion al norte de Italia, es decir, al Piamonte, la Lombardía y los Ducados, porque esta era la parte ménos interesante, en los puntos de vista del arte, de la historia y de las costumbres de los pueblos italianos; y me parecia que no sacaria gran provecho de un estudio incompleto. Preferí aguardar mejor ocasion, y entre tanto dirigirme hácia otras camarcas, dando la vuelta por los departamentos del oriente de Francia, Saboya, Suiza, la Alemania del Rin, Bélgica y los departamentos franceses del Norte. Tal fué nuestra excursion de 1859, tan agradable como instructiva.

Al llegar á Paris de regreso de España (via de Bayona, Burdéos, Angulema, Poitiers, Blois &ª) encontré en casa una carta del señor Defrancisco Martin, que me puso en algun cuidado. Me decia en ella, en sustancia, lo siguiente:

"Durante la ausencia de Usted ha venido á la legacion un alto funcionario de la policía imperial á manifestarme que el Gobierno sabe, por informes de su Ministro residente en el Perú, que Usted es el corresponsal *parisiense* del *Comercio* de Lima; que las correspondencias de Usted tratan muy duramente al Gobierno imperial y al Emperador y toda su familia, y que si Usted continúa escribiendo en el mismo tono, la policía tendrá que tomar providencias. Yo he contestado que suponia hubiese error al atribuírsele á Usted las dichas corres-

pondencias; que en todo caso, Usted era un viajero pacífico, inofensivo, padre de familia, únicamente ocupado en hacer en Francia y otros paises de Europa estudios teóricos y prácticos sobre ciencias, literatura &ª; y que, si llegaba á confirmarse lo que afirmaba el Ministro frances residente en Lima, yo esperaba que mis consejos amigables bastarian á inducirle á Usted á moderar sus escritos. Como en guerra avisada no muere gente, es bueno que Usted esté advertido de este incidente, al llegar á Paris, y abra el ojo."

La advertencia no me fué inútil, pues tomé mis precauciones para que la policía (si acaso, como lo supuse y luégo se verificó, me invigilaba) no hallase en mi conducta el menor asidero á sus sospechas. Entre otras precauciones, tomé las siguientes: fechar mis correspondencias en diversas capitales europeas, y particularmente en Bruselas; no escribir yo mismo los sobres de mis gruesos paquetes de cartas políticas, literarias, estadísticas &c, ni franquearlas en las oficinas de mi barrio, sino en muy lejanos barrios, donde ningun empleado de correos me conocia; y no visitar nunca á Mr, Jules Simon y demas amigos republicanos de un modo directo, sino tomando en algun punto el ómnibus necesario, apéandome de éste á alguna distancia de la casa que habia de visitar, y caminando en seguida algunas cuadras á pié. Procuré tambien que muchos de los periódicos á que me suscribia fuesen dirigidos á *Madama Acosta* (mi madre política), é hice cuanto pude por mostrarme tal cual era: un viajero inofensivo.

En Madrid y Sevilla habia recibido yo dolorosísimas noticias de mi pais que me tenian muy acongojado: habia estallado la guerra civil en el Estado de Santander así como ántes en Riohacha (Estado del Magdalena), y todo me inducia á temer que en breve se propagasen los movimientos revolucionarios, de tal manera que se confirmase la profesía de don Lino de Pombo. Este eminente hombre de Estado habia anunciado desde 1857, al establecerse el régimen federal, que la federacion "seria entre nosotros el carnaval de los guapetones"; y si los conservadores, que se jactaban de ser amigos de la paz y la legalidad, daban el ejemplo de la rebeldía en dos Estados de gobierno radical, claro era que los liberales no tardarian en imitarlo en los Estados donde gobernaban los conservadores.

Ello era que la sangre habia corrido yá en los campos de la Confederacion Granadina, que la práctica del régimen federal se pervertia, confiada á la violencia, y que yo tenia que pasar por la vergüenza, cada vez que me preguntaban en España, en Francia, en Alemania, &ª si mi pais estaba tranquilo, de confesar que mis compatriotas se estaban despedazando en guerra civil. A las insurrecciones citadas siguieron la de los liberales en el Estado de Bolívar (1859), la de los conservadores en el del Cauca, y luégo la de los liberales y radicales encabezados por el General Mosquera, quien se declaró en abierta rebelion contra el Gobierno nacional en Mayo de 1860. No solamente me acongojó la guerra civil por los males que de suyo acarreaba y el descrédito en que hacia caer á mi pais en Europa, sino que me alarmó mucho en lo personal, porque comprendí que iba á verme en dificultades de intereses y de familia, si llegaban á interrumpirse las comunicaciones entre Bogotá y Paris, por causa del conflicto en que se hallaban los Estados.

Bien que natural del occidente del antiguo Estado de Cundinamarca, donde siempre habia contemplado desde léjos las alturas nevadas de los Andes centrales, yo no conocia ninguno de aquellos admirables cuadros y fenómenos que se observan en las neveras. Así el espectáculo de Suiza y Saboya me encantó, y los objetos que allí encontré me causaron muy nuevas y profundas impresiones. Aunque en Colombia hay muchos lagos, yo no habia tenido ocasion de conocer ninguno, salvo las abiertas y tristes lagunas de la sabana del Funza. Nada es comparable á los encantadores lagos de Suiza, así por sus formas y sus aguas como por la civilizacion creada en sus orillas, y aquel pais me indujo con su historia, sus instituciones y su modo de ser á hacer muy importantes reflexiones sobre el maravilloso poder del ingenio humano para acomodarse á todas las exigencias de la naturaleza y sacar partido de todo, áun de las dificultades, y sobre la yuxtaposicion en que pueden hallarse los pueblos de más diversa índole y más variadas circunstancias históricas y etnográficas.

Mi esposa y yo íbamos escribiendo simultáneamente nuestras impresiones de viaje, y era curioso comparar la diversa manera con que los objetos impresionaban á dos almas unidas por el amor, el patriotismo y la educacion, pero de distinto sexo y diferente carácter. Mi

esposa se fijaba de preferencia en los objetos naturales y artísticos, y yo en los hechos sociales y políticos; y cuando teníamos que observar simultáneamente un mismo objeto, por ejemplo un paisaje, un monumento ó un cuadro de pintura, Soledad daba la preferencia á lo que la parecia raro, antiguo y de expresion muy delicada, miéntras que yo la daba á lo que contenia algo muy enérgico, nuevo, como rasgo de civilizacion, y de tendencias espiritualistas, en lo artístico, ó democráticas, en lo social.

Tres hechos sobre todo,— natural el uno, político-sociales los otros,— llamaron particularmente mi atencion en Suiza: la mutualidad de vida que emana de los Alpes para gran número de pueblos europeos; la coexistencia fraternal de diversas razas y civilizaciones, al amparo de las instituciones republicanas y de la libertad é igualdad religiosa; y la facilidad, conforme á las leyes divinas, con que unos pueblos viven y prosperan con el auxilio espontáneo de otros.

Los Alpes son una inmensa y formidable masa de granito, en gran parte cubierta de neveras; de éstas nacen, en todo ó en parte, grandes rios que en opuestas direcciones llevan la vida á muchas comarcas europeas (el Tesino y el Pó á Italia, el Ródano á Francia, el Rin á la Alemania, Bélgica y Holanda, y ántes tambien á Francia, y el Danubio al Austria, Hungría, la Rumania, &ª), y sobre las faldas ó vertientes de aquel colosal grupo de montañas y sus ramificaciones y valles viven y prosperan muchísimos millones de hombres de muy diversas razas, sujetos á las más variadas instituciones. Esta diversidad en la unidad; esta comunidad de interes en favor de la paz y la justicia, creada por la Providencia por medio de los Alpes, contiene la más profunda enseñanza de filosofía y política. Como tál, me impresionó por extremo el espectáculo de los Alpes, y estos me hicieron al propio tiempo comprender la historia de Europa y las leyes de la civilizacion, y juzgar de la insensatez á que pueden llegar los pueblos y los gobiernos que se despedazan con la guerra, cuando no han alcanzado á concebir el divino plan á que está sujeto el desarrollo de la vida humana.

Grisones (ó antiguos romanos degenerados) ó Italianos, Franceses y Alemanes de diversa procedencia:

unos conservadores y católicos, otros radicales y protestantes, sean calvinistas ó luteranos, todos viven en paz, los hijos de la Helvecia, distribuidos en veintidos Cantones ó Estados federales; y entre estos hay tan notoria desigualdad de fuerzas, territorio y poblacion, que no cabe comparacion alguna, por ejemplo, entre el poderoso Berna y el humilde y primitivo Unterwalden, limítrofe el uno del otro. ¿Cómo han podido avenirse todos esos pueblos para vivir juntos, en paz y prosperidad, despues de muchos siglos de dominacion extranjera y de un antagonismo que parecia irremediable? La neutralidad y la tolerancia, la libertad y la igualdad han resuelto todos los problemas que habian agitado á los pueblos helvéticos, y en su seno coexisten en armonía las diversas religiones é instituciones, sin que haya el menor peligro de que renazca el viejo antagonismo, conjurado desde 1848.

La Suiza es un pais naturalmente pobre, de muy pequeño territorio, y en mucha parte impropio para el cultivo. Sus montañas son espléndidas y sus lagos bellísimos, pero con ellos no pueden alimentarse los habitantes, si no es de un modo indirecto. ¿Quién sostiene ó alimenta á los Suizos? El mundo entero; es decir, los inumerables viajeros que, atraidos por la maravillosa hermosura del pais, van á él, durante los veranos, y le dejan cada año millones de francos, como precio de los servicios prestados por los hoteles y cafés públicos, los guias y cargeros de sillas, los ferrocarriles, vapores y demas medios de transporte, y de las curiosidades que produce la industria de los montañeses.

Ademas, no pudiendo la Suiza ser un pais comercial ni agrícola, si no es en muy reducida escala, se ha creado la riqueza con su fabricacion, principalmente de relojes, tejidos de seda, juguetes, curiosidades y obras de arte, cigarros, quesos y otros artículos; y así patentiza el pueblo suizo que la pobreza natural no es un mal irremediable, puesto que la industria humana puede sacar partido de todo, convirtiendo en prosperidad lo que pudiera ser miseria. La Suiza es, pues, un pais que contiene para el viajero que lo observa con atencion, muy provechosas enseñanzas objetivas.

En dos épocas distintas visité con mi esposa la Alemania y la Bélgica. En 1859, al salir de Suiza, recorrimos todas las comarcas importantes del gran valle del

Rhin y toda la Bélgica; y en 1860, partiendo de Paris hácia la Alsacia, la Lorena y la Baviera rineana, dimos una gran vuelta por Báden, Wurtemberg, Baviera, Austria, Hungría, Bohemia, Sajonia, Prusia, las ciudades Anseáticas, Hanóver, Holanda y parte de Bélgica otra vez, para concluir el viaje en Lóndres, donde íbamos á establecer nuestro domicilio. Para no repetir lo que dije en varios volúmenes de *Viajes*, me limitaré á emitir algunas impresiones relativas á los paises mencionados.

La Alemania es pais tan vasto, relativamente, como interesante y variado, así en sus regiones montañosas, las del Sur y del Rin y partes del Centro, como en sus desapacibles pero bien cultivadas llanuras del Norte. En los puntos de vista histórico y artístico es tan maravillosamente notable y rica la Alemania entera (comprendiendo la parte austriaca), que el viajero casi se aturde y pierde el claro recuerdo de los objetos, al visitar tantos museos, bibliotecas y monumentos, observar los testimonios de mil tradiciones de los siglos pasados y reparar en las costumbres populares, que dán idea de un profundo y universal espíritu idealista y sentimiento musical. Se pasma uno al considerar la inmensidad de riqueza que el arte humano ha aglomerado en Heidelberg, Francfort, Nuremberg, Estrasburgo, Colonia y Aquisgram; en Estutgart, Munic y Viena; en Praga, Dresde, Berlin y Hanóver, y en varias otras ciudades alemanas.

Y lo curioso es que el pueblo aleman ofrece los más extraños contrastes. Al verlo tan dado á fantasías, tan soñador y adicto á la filosofía, y tan entusiasta por la música, los museos de antigüedades y pinturas y los bellos monumentos, se siente el viajero inclinado á tenerle por muy espiritualista. Pero luégo, al observarle en sus costumbres íntimas, se nota que es muy codicioso de dinero, que es sumamente gloton y tosco ó inculto en sus maneras, que su idealismo es en gran parte de pura fantasía ó imaginacion y fácilmente cae en el materialismo de los apetitos. Al observarle en sus costumbres domésticas, sobre todo en las comarcas del Sur, se le halla sencillo y natural, espontáneo y áun accesible y hospitalario; pero tan pronto como hay negocio de por medio, el aleman aparece no sólo interesado y poco escrupuloso para procurarse la ganancia, sino hasta judaico. Es fiel en alto grado á sus viejas tradiciones, á sus afectos y compromi-

sos íntimos; pero su ambicion política llega hasta la petulancia, y como negociante solicita la riqueza con acre vehemencia de pasion.

La Alemania me pareció una gran *nacion*, etnográficamente hablando, artificialmente dividida en muchos Estados, deseosa de condensar sus fuerzas por interes social, orgullo de raza y celos respecto de Francia, pero que concebia muy vagamente los problemas relativos al gobierno. No tenia la Alemania en 1860 un hombre de Estado que comprendiese claramente sus necesidades é intereses generales, y no acertaba á desatar el embrollo de su inextricable política. Le faltaba un Cavour que la dirigiese en el sentido de la unificacion. Así, he considerado despues á Bismarck como el verdadero hombre de Estado de Alemania y el *más aleman*, por su espíritu, su carácter y sus procedimientos, de todos los políticos de aquel vasto imperio. Su tenacidad para perseguir la realizacion de un propósito; su destreza para servirse de todos los partidos alternativa ó simultáneamente, acomodándose á todas las necesidades de la política; y su facilidad para encubrir los designios más positivistas tras las apariencias de lo misterioso y nebuloso, son calidades ó facultades enteramente alemanas. En apariencia, el aleman se muestra apasionado en su conversacion y en la política; pero en realidad es frio, calculador, tenaz hasta la terquedad y positivista en todas sus empresas.

Confieso que si tuve muchas satisfacciones en Alemania, rarísima vez fueron de carácter social, tales como la casualidad me las proporcionó en Francfort y en Dresde. Casi en todas partes el goce me entró únicamente por las ojos y los oidos, mediante el espectácula de algunas representaciones de ópera y algunos conciertos públicos, las visitas que hice á los museos y monumentos, y la observacion de las costumbres populares. La falta del conocimiento de la lengua alemana era un tormento para mí, porque en el mayor número de casos no me servian el frances ni el inglés para hacerme entender (salvo en los hoteles), ni mucho ménos el castellano ni el italiano.

A esta dificultad se añadia la extravagancia de la escritura alemana, mantenida, por una aberracion inconcebible, en caractéres góticos. Si los carteles, periódicos y libros alemanes hubieran estado compues-

tos en caractéres de uso universal, yo hubiera podido comprender muchas cosas con el auxilio del latin y el inglés y el conocimiento siquiera de los artículos, pronombres, conjunciones y preposiciones, que no era difícil adquirir; pero toda inteligencia del aleman se me volvia imposible. No dudo que la lengua alemana seria fácilmente propagada, á pesar de sus dificultades, y que la Alemania ejerceria mucho mayor influencia en el mundo, si su escritura fuese asimilada á la de los demas pueblos de adelantada cultura.

Holanda y Bélgica son dos pueblos hermanos, bien que en la primera influye poderosamente la infusion de la sangre y civilizacion germánicas, en tanto que sobre la segunda ejercen notabilísima influencia la sangre y civilizacion francesas. Lo abierto de las llanuras del Norte, maravillosamente cultivadas; el gran movimiento social y comercial que se deriva del servicio de los canales; la semejanza que hay en la estructura de los monumentos y de las ciudades y aldeas, particularmente en todas las regiones del bajo Rin, del Escalda y de la zona marítima; las grandes afinidades que tienen las lenguas holandesa y flamenca: todo contribuye á mantener palpables analogías entre los dos paises, mayormente cuando tuvieron vida comun durante siglos, hasta 1830.

Si la Holanda es principalmente comercial y marítima, y en segundo lugar agrícola y horticultora, la Bélgica es un admirable modelo de la reunion de todas las manifestaciones de la industria humana. Holanda es un pais curiosísimo por la arquitectura de sus ciudades y la prodigiosa canalizacion de sus tierras; y aunque no sea su poblacion muy comunicativa, bien que nada tiene de antipática, es singularmente respetable por su carácter honrado, enérgico y perseverante, y se hace estimar por las pruebas que ha dado al mundo de su gran poder de voluntad para luchar con las dificultades opuestas por una ingrata y avara naturaleza. Acaso no exagero al decir, emitiendo con franqueza el resultado de mis impresiones de viajero, que el pueblo holandes, no obstante su relativa exigüidad, es el más perseverante y respetable del mundo. Ninguno mejor que él ha sabido comprender la sabiduría con que la Providencia ha dotado de recursos al hombre para procurarse bienestar y engrandecimiento; y al prolongar, por decirlo así, su limitadísimo y casi inun-

dado territorio propio, ya en la extension de los mares, ya en apartados continentes, ha patentizado que la pequeñez material no es para el ingenio humano obstáculo bastante á impedir la adquisicion de la grandeza moral.

El espectáculo que ofrece Bélgica es consolador para todo filántropo que sabe admirar los progresos de la civilizacion y la suma de bien que contiene siempre la libertad limitada y dirigida por la justicia. En aquel privilegiado pais, —pequeña Inglaterra continental por sus instituciones, su gobierno y su industria,— todo prospera y todo da idea de una grande armonía de los intereses sociales. Allí reina desde 1830, de padre á hijo, un rey-ciudadano, tan patriota como prudente; allí las bellas artes y la literatura y las ciencias corren parejas con la actividad del comercio; allí las vias de comunicacion han alcanzado prodigioso desarrollo, y su multiplicacion y variedad sólo son comparables con su baratura; allí la minería, la agricultura y la fabricacion se perfeccionan de asombrosa manera, y se disputan el campo de la produccion y la riqueza; y en lo político, el ciudadano se siente correcta y dignamente libre, así como el extranjero viaja por todas partes respetado y con seguridad. Si la Bélgica, como territorio, es el crucero de la Europa central y occidental, como pueblo y nacion es la más elocuente enseñanza que la civilizacion moderna puede ofrecer á la Humanidad y á la Historia.

¿Y á qué se debe tan admirable situacion? A la seguridad de la paz. Desde el dia en que la neutralidad de la Bélgica fué garantida por las grandes potencias europeas, ese afortunado pais quedó libre de conflictos internacionales, de zozobras en lo tocante á la política europea, y de complicaciones que lo comprometiesen. Teniendo asegurada la paz exterior y la independencia, pudo aplicar tranquilamente todas sus fuerzas al perfeccionamiento de sus libres instituciones y al desenvolvimiento de todos sus intereses industriales. No ha habido allí problema alguno de política ó de economía, cuya resolucion no haya sido facilitada por la paz; y dos pueblos distintos por su lengua, sus tradiciones y sus antiguos intereses económicos han podido amalgamarse en uno solo bajo una comun bandera: la de la libertad en el órden, guiados por un comun propósito: el de asc-

gurar la dignidad de su civilizacion. Bélgica, con poco más de cinco millones de almas y un reducido territorio, es moralmente más grande que los más vastos y poderosos imperios.

VIII.

VARIAS EXCURSIONES.

Si Paris es un inmenso conjunto de maravillas de todo linaje, y el receptáculo de todo lo que el mundo civilizado puede producir en literatura, ciencias, política, modas, diversiones y encantamientos,—circunstancias que, más que la capital de Francia, hacen de aquella admirable ciudad la capital del mundo culto y el centro cosmopolita por excelencia;—si Paris contiene mil y mil seducciones para todos los espíritus y todos los temperamentos y caractéres, y muchos años de atenta observacion no lo dan á conocer por completo, hay en sus alrededores numerosísimas localidades que atraen tambien, con sobrada razon, las curiosas y atentas miradas del viajero.

No sólo hay mucho que ver y observar en Chantilly, Montmorency, Sceaux, Saint-Cloud, San Dionisio, Charenton, Vincennes y muchos otros lugares, ya simplemente bellos ó pintorescos, ya interesantes en los puntos de vista histórico, científico y artístico, sino que con sólo visitar á Versalles, San German y Fointainebleau hay asunto para interesantísimos estudios, entrenimientos y observaciones. No es mi ánimo emitir concepto sobre las bellas obras de arte que vi en aquellos palacios, tan engrandecidos por las creaciones del genio como por acontecimientos históricos de suma trascendencia; pues en lo tocante á bellas artes apénas tengo el gusto artístico necesarto para mi propio gasto, y soy incompetente para emitir juicios críticos que no sean plagios, ridículos á mis ojos como á los ajenos.

La impresion que me causaban los monumentos y museos que contemplaba era profunda, así en Paris como en las demas ciudades; pero siempre deducia de la observacion de aquellas maravillas una consecuencia filosófica en favor del espiritualismo que estaba en el fondo de mi alma, á pesar de las ideas adquiridas desde 1846 con la lectura de los Enciclopedistas. Yo encontraba en todas las obras maestras del arte, ya fuesen de música ó pintura, de arquitectura ó de escultura, la explicacion ó el verdadero sentido de la gran palabra del Génesis, que

tánto ha servido de pretexto á los incrédulos para imputar el vicio de antropomorfismo á la teogonía bíblica y cristiana: "Dios hizo al Hombre á su imágen y semejanza."

¿Qué le hizo para hacerle á su semejanza? Le hizo *creador*. No creador omnipotente, porque así le habria hecho su igual, y no su semejante; pero sí creador limitado, relativo, en su restringido campo de maravillosa actividad. No crea el Hombre la belleza, la fuerza, la vida, la verdad, porque éstas residen en todo lo creado, inclusive el alma que las lleva en su propia naturaleza, las siente, las concibe, las comprende y explica y las reproduce en inmortales manifestaciones. El poder de reproducirse en un lienzo, de inmortalizar el sentimiento en una sinfonía, de hacer palpitar un gran pensamiento en un palacio, un arco triunfal ó un templo, de dar vida y alma á la piedra, convertida en estatua de finísimos contornos, ese es el poder creador; así como lo es el del poeta, el del orador, el del escritor y el sabio que crean las más acabadas formas para la expresion de los más profundos y verdaderos pensamientos, ó descubren los maravillosos secretos de la Naturaleza y las combinaciones que puede tener la aplicacion de las fuerzas residentes en todo lo creado.

El palacio de Versalles, con su inmensidad, sus primores de arte y sus encantadoras seducciones, me ofrecia asunto para una comparacion muy natural. Los déspotas y tiranos mandan construir magníficos monumentos, creyendo perpetuar con ellos no solamente su memoria, sino tambien su obra política y social; y al llevar á cabo sus inspiraciones, principalmente personales, agotan sus tesoros y esfuerzos para crear sus obras, que han de producir el deslumbramiento de los pueblos.... Pasan los tiempos, los acontecimientos se suceden, á las veces produciendo grandes catástrofes, en ocasiones grandes beneficios, y á la postre, de la obra de los déspotas sólo subsiste lo que no les pertenece: lo que es solamente inspiracion y creacion del genio! El despotismo se desploma, como un andamio artificial y falso que sirvió para levantar el monumento, y éste *vive* y llama la atencion del mundo, no como testimonio del poder de los déspotas, sino como prueba irrecusable del fecundo poder del ingenio humano, eternamente creador, libre y verdadero....

Impresion muy rara y enteramente nueva me causaron los grandes bosques y florestas que rodeaban los palacios de Versalles, San German, Fontaineblau &c. Yo no tenia idea sino de los bosques primitivos, de las vastas selvas de Colombia, en cuyo seno todo es obra de la Naturaleza, sin que el arte haya introducido ninguna de sus creaciones; selvas exuberantes y bravías cuya asombrosa magnificencia y prodigiosa riqueza y variedad de árboles y arbustos, léjos de comprobar el poder del hombre comprueban su debilidad en muestras inmensas y desiertas comarcas. En éstas, el Hombre es todavía esclavo de la Naturaleza; es de ordinario su tributario impotente y su víctima, por falta de ciencia y arte, que son los verdaderos elementos de la fuerza humana....El jaguar, el puma y el oso negro, el ciervo y el tapir se pasean libremente por entre las enmarañadas selvas de Colombia, y son los soberanos de la soledad.

No así en las florestas y selvas de la civilizada Europa, y particularmente de la Europa central y occidental. En ellas, salvo la selva Negra, todo está civilizado y como hecho á escuadra y compas. Allí el arte se combina con la Naturaleza para obtener, á voluntad del hombre, cuanto se quiere para hermosear la tierra, sin exuberancia ni salvajismo alguno. Todo es correcto y esmerado: los caminos son como calles, y los senderos tienen el aspecto de líneas trazadas con ingenio y abiertas con artificio; todo es hermoso y magnífico; pero la hermosura tiene órden y regularidad, y en la magnificencia hay suavidad, proporcion y simetría. Así entre las selvas de Colombia y las florestas de Francia, Inglaterra, España &c, hay la misma diferencia que entre los hombres políticos, los gobiernos y las instituciones, y lo que en América impresiona y abruma, por la majestad de lo naturalmente enorme y grandioso, pero espontáneo, desordenado y excesivo, en Europa encanta, por la gracia de lo artístico, regular y acompasado.

De todas las excursiones que hice en Francia, ya hácia varios puertos, como el Havre, Boloña, Dieppe y Calais, ya hácia muchas pequeñas ciudades y localidades circunvecinas de Paris, ninguna me causó mayor agrado que la hecha por el centro de los departamentos franceses, en direccion hácia el Sur, con el propósito de visitar la Auvernia, antigua provincia, segun la nomenclatura monárquica, de la cual han salido, en todo ó en parte,

los actuales departamentos del Allier, Puy-de-Dôme y Dordoña.

Mucho se burlan los franceses de sus compatriotas *les auvergnats*, ya á causa del dialecto que hablan, que es un frances muy corrompido, con numerosas reminiscencias del latin de la época de César y algunas palabras castellanas que han degenerado; ya porque los pobres de la Auvernia, un tanto nómadas por la necesidad de salir á buscarse la vida en Paris y otras grandes ciudades, ejercen allí por lo comun la profesion de mozos de cordel, lo que les da la triste ventaja de ser sumamente conocidos como insignes veteranos en el oficio de *lleva y trae* ó mandaderos de todo el mundo. Pero el pueblo auvernés no me pareció merecedor de burla alguna, porque es característicamente honrado, laborioso y sufrido, y su rudeza misma, particularmente manifiesta en las comarcas montañosas, le imprime cierto carácter de originalidad interesante.

La Auvernia se compone de dos regiones muy distintas: una de llanuras, entrecortadas á trechos por altas colinas, como lo es la comarca de Vichy,—regiones donde predomina la agricultura, muy valiosa, por cierto, pues se cultivan en vasta escala trigos, remolachas y vides;—y otra de montañas, donde abundan las fuentes de aguas minerales, los árboles frutales, como el castaño, el cerezo y el peral corpulentos y el nogal, y se mantienen en praderas naturales numerosos rebaños de ganados diversos, principalmente vacuno. No se comprende cómo los franceses, tan aficionados á viajar por Suiza y otros paises pintorescos, miran con indiferencia su Auvernia, ó ignoran lo que ésta vale como pais admirablemente variado en su naturaleza, interesante en los puntos de vista geológico é histórico, y digno de muy atenta observacion. A lo sumo los que, por achaques de salud ó por moda, frecuentan algo los distritos donde se hacen curas hidrotermales, visitan y dan animacion á lugares como Vichy, San Nectario, Royat y Mont d'Ore, donde abundan multitud de fuentes minerales, unas propias para bebidas y baños saludables, y otras sólo adecuadas para producir curiosas é interesantes petrificaciones artificiales.

Al propio tiempo que yo desaba conocer la Auvernia,—pais donde subsisten tradiciones muy notables de la época de la dominacion romana, de la cual quedan

muy curiosas iglesias que datan de los siglos VII á XI,—tenia como uno de mis principales objetos el de visitar á mis amigos Mazelhier Blatin y Dufour Doubesset, con quienes habia viajado muy agradablemente por las Andalucías. El primero residia en Clermont-Ferrand, capital del departamento de Puy-de-Dôme, y el segundo en Thiers, pequeña ciudad que es en Francia, aunque en mucho menor escala, la que desempeña el papel de la Sheffield de Inglaterra, por su fina fabricacion de tijeras, cuchillería y muchos artículos de hierro y acero.

Alojado sucesivamente en las casas de mis dos amigos, y tratado por ellos y sus familias con exquisita cordialidad y franqueza, tuve ocasion de conocer dos de los aspectos más simpáticos de la sociedad francesa: la vida y costumbres de la clase média en las pequeñas ciudades, donde no reina la tiranía de las modas ni se vive con el artificio y bullicio de las grandes capitales; y la vida verdaderamente campestre, tal como se manifiesta en las haciendas ó *fermes*, grandes ó pequeñas, y en las aldeas y poblaciones enteramente rurales. Formé idea bastante exacta de lo que es el Frances de la clase média que vive con sencillez, sin el estiramiento ni la vanidad de las gentes que habitan las ciudades cortesanas. El Frances de aquellas condiciones se distingue particularmente por su buen sentido. su tenaz adhesion al terruño, su vivo interes por los asuntos locales, su patriotismo inquebrantable, mezclado de cierta vanidad nacional y provincial, su aficion constante á la discusion,—pero no sostenida con regularidad y método, sino contradictoria, animada por la rapidez de la respuesta y la réplica, y de ordinario intolerante y sistemática,—su escasa versacion en la geografía, la literatura y la política y estadística de los paises extranjeros, su inclinacion á esperarlo todo del Gobierno, en lo tocante á los intereses sociales, su tendencia á la agudeza ó los juegos del espíritu, con notable preferencia dada frecuentemente á las formas del lenguaje, su disposicion á la rutina en la industria, la política, la administracion pública y la vida de familia, su pasion por la igualdad democrática, áun con detrimento de la libertad individual y política, su deliberada disposicion á considerar el matrimonio como un contrato y asunto de cálculo y posicion mucho más que como sacramento ni combinacion vitalicia de afectos profundos

ni poéticos, su facilidad de conversacion y de acceso en las relaciones, su deliciosa galantería de maneras y lenguaje, y su disposicion al trato fácil y amable, que hacen de la sociedad francesa, en todas sus clases, la más simpática y realmente hospitalaria de toda la Europa.

No solamente me complací mucho en Auvernia con la visita hecha á muy curiosos momentos y el trato de una parte de la buena sociedad de la clase média (*), sino que á más de los objetos, interesantes observados en Clermont-Ferraud, mis amigos me procuraron deliciosas impresiones, ya haciéndome conocer unas cuantas fábricas muy importantes, ya acompañándome en muy variadas excursiones, ora en direccion hácia Riom y sus cercanías, ora hácia Thiers (la *Ville noire* descrita en una interesante novela de Jorge Sand), ora dando la vuelta de San Nectario, el lago y castillo de Muriol, el *Mont d'Ore* y el *Puy-de-Dóme*, vasto cráter apagado de un extinguido volcan, ora, en fin, hácia las aguas de Royat y las montañas vecinas.

A más de una considerable refinería de azúcar de remolacha, que visité en la llanura, no muy léjos de Riom, tuve ocasion de observar todos los trabajos de una fábrica de artículos de caucho, de otra de papel, de una, existente en Clermont-Ferrand, de zapatos de madera, y de varias que producen gran cantidad de pastas alimenticias, dulces y confites. Algunos de aquellos establecimientos industriales (inclusive la *Fontaine pétrifiante* que existe en un arrabal de la ciudad) me llamaron particularmente la atencion.

Es sumamente curioso ver cómo en una fábrica de papel, en pocas horas se transforma la materia, convirtiéndose lo inmundo, fétido y vil en admirable, á virtud del maravilloso poder de las máquinas de vapor. Comienza uno por ver despedazar los trapos más asquerosos, recolectados de entre las familias y gentes más miserables,— harapos que representan el colmo del infortunio social y de la inmundicia humana;— los ve despues hervir en grandes calderos para quedar purificados y convertidos en una masa plástica; en seguida

(*) Entre las personas con quienes trabé amistad en Clermont-Ferrand, recuerdo muy particularmente á Mr. Bardoux, abogado de mérito y muy inteligente poeta, hombre modesto, de nobilísimo carácter, con muy buenas dotes de escritor y orador, y que ha hecho notable papel bajo el gobierno republicano, así en el Parlamento como en los ministerios liberales moderados.

los encuentra convertidos en un líquido lechoso transparente y purísimo, que va transformándose á ojos vistas en una inacabable tira muy ancha de papel; y cortada ésta por una máquina en hojas iguales, apareee luégo lo que fué vil paja y asqueroso monton de trapos, pronto á recibir, en resmas de magnífico papel, la expresion de la cosa más grande, sublime y fecunda en el órden de lo relativamente pasajero: del pensamiento humano!

No ménos curioso, descendiendo á otro modo de produccion industrial, —es decir, de lo que sirve á los piés, en lugar de lo que sirve al pensamiento creador,— es el trabajo de una fábrica de calzado de madera. En casi toda Francia la gente pobre, sobre todo la campesina y de las pequeñas poblaciones, calza grandes zapatos de madera; calzado muy sencillo, muy durable y de poco costo: 2 á 4 francos el par de zapatos, reducidos á la suela, la capellada y un talon bajo, todo de una pieza; y es curioso ver con qué facilidad se camina y áun se corre con aquel calzado enteramente suelto, cuando se adquiere el hábito de usarlo. Tiene la ventaja tambien de ser muy seco, áun transitando por entre el lodo, y juzgo que nada seria más benéfico que su fabricaciou y uso en Colombia.

Las maderas que se aplican para fabricar este calzado son los troncos y ramas gruesas de viejos nogales, cerezos y castaños; y es verdaderamente maravilloso ver en la fábrica, que en pocos minutos lo que entra bajo el diente de la sierra, en la forma de grueso y tosco tronco, queda en el último salon convertido en muchos pares de zapatos perfectamente perfilados, alisados y barnizados, á punto de ser dados á la venta. Cuán grande no se ve así el pensamiento humnano, obrando con la irresistible precision de la sierra, del berbiquí, del formon y el escoplo, del compas y la escuadra y de otros instrumentos, servidos por la fuerza del vapor y la infalible sabiduría de la mecánica!

La Auvernia, pais de formacion volcánica en gran parte, tiene, por causa de esta formacion, no solamente muchísimas fuentes de saludable uso, así para beber sus aguas como para baños, sino tambien algunas que, llevando en disolucion fosfato de cal, azufre y otras sustancias, producen las más curiosas petrificaciones y sirven de fundamento á una industria que, si es limitada en su desarrollo, no carece de importancia. Las más notables de estas fuen-

tes son las de Clermont y San Nectario. Las aguas surgen de hondas cavidades, y al salir al aire libre son recibidas en escaleras y otros aparatos convenientemente dispuestos para que, cayendo gota á gota sobre moldes de metal ó de madera, ó pequeños cestos ú otros objetos artísticamente aderezados, vayan convirtiéndose en petrificaciones. No pocos artistas se ocupan en grabar retratos, bajos relieves, bustos y figuras diversas, así en metal como en madera, en los huecos de los cuales se va incrustando el líquido mineral que ha de producir la petrificacion, y así se obtienen obras de arte muy preciosas que luégo reciben esmerado pulimento.

Tengo muy vivo recuerdo de ciertas impresiones sentidas en Auvernia, ora al bañarme en el lago de Muriol ó coronar las más altas cumbres de las montañas de aquel bello pais, ora al transitar por sus bosques, entre Mont d'Ore y Clermont-Ferrand, ó al reposarme, arriba del pintoresco Royat y los vecinos caseríos, á la sombra de espesos grupos de magníficos castaños. Una triple emocion me dominaba profundamente: por una parte, me sentia tan léjos de mi patria, áun más en el sentido moral que en el material, y tan *solo*, tan aislado, no obstante la compañía de mis amigos de Clermont-Ferrand, que me parecia estar como separado de todo el mundo conocido y cual si habitara otro planeta; por otra, junto con aquella idea de aislamiento y soledad, que me causaba melancolía, experimentaba una especie de alivio íntimo, puramente del alma, al poder abstraerme de los recuerdos políticos,—de todo lo que me habia agitado ó amargado la vida,—como si mi sér moral quisiera reconstituirse en una nueva existencia; y en fin, al contemplar aquellos bosques y paisajes, aquellas cumbres y crestas de montañas y elevadas planicies, si bien me parecian objetos nuevos y pintorescos y en todos hallaba estampado el sello de la civilizacion, se me antojaban enanos y raquíticos, al compararlos mentalmente con los salvajes pero grandiosos aspectos de los montaños de Colombia....

De esta suerte, habia en los movimientos simultáneos de mi alma una mezcla de reminiscencias patrióticas, dulces unas, dolorosas otras, y aspiraciones á una nueva vida moral é intelectual; y esto era seguramente fruto de la nueva educacion, así objetiva como de variadas y sólidas lecturas, que mi espíritu iba recibiendo en el seno

de las sociedades europeas..... El hombre esencialmente *americano* comenzaba á ceder el paso, en mi sér moral, cuando yá casi se despedia de la primera juventud, al hombre *cosmopolita*, modificado por las enseñanzas del Viejo Mundo, que comenzaba á entrar en la madurez de sus impresiones y pensamientos.

IX.

MIS TRABAJOS LITERARIOS, CIENTÍFICOS Y POLÍTICOS.

Muy recien llegado á Paris estaba yo, en 1858, cuando, por encargo de mi hermano Rodulfo, que deseaba proporcionarse una buena biblioteca de economistas, y tambien por obtener para mí algunos libros importantes, fuí un dia, calle de Riehelieu, á la librería de Guillaumin & Cª A poco de conversar, notando el señor Guillaumin que yo mostraba criterio al aceptar ó rechazar las obras que él me iba ofreciendo, me preguntó si yo cultivaba las ciencias económicas y si era español. Satisfice su curiosidad y le dije que en mi país teníamos yá resueltos muchos problemas económicos, mediante las libres instituciones adoptadas en materia de comercio y navegacion, industria, transmision y admision de propiedad, impuestos &; y á propósito de esto me manifestó sentir mucho que en Francia no se tuviesen conocimientos exactos sobre la estadística y los progresos económicos y fiscales de las Repúblicas Hispano-Americanas.

Con tal motivo me mostró el digno librero de los economistas los primeros pliegos de un gran *Diccionario Universal, teórico y práctico, del Comercio y de la Navegacion*, que estaba comenzando á publicar, y me hizo notar que sólo habia podido procurarse tres artículos relativos á la Nueva Granada, de ellos uno intitulado: *Carthagéne*, y eso, por extremo deficiente, pues se fundaba en informes que databan de 1822! Comprendiendo que yo era publicista y tenia vivo interes en hacer figurar á mi pais en el Diccionario, me pidió para éste el señor Guillaumin los artículos que tuviese á bien escribir, y á ello accedí con mucho gusto. Yá estaban impresos los pliegos comprensibos de la *A* y la *B*, por lo que no pude escribir, como lo deseaba, los artículos relativos á *Ambalema*, *Barranquilla*, *Bogotá* y *Bucaramanga*; pero sí alcancé á corregir muchos errores y llenar vacíos en el artículo *Carthagéne*, que estaba yá en prueba, y suministré cinco ó seis más, enteramente mios ó que corregian los de otros escritores,

referentes á *Honda*, *Medellin*, *Sainte Marthe* y varias otras ciudades de la Confederacion Granadina.

La índole de los estudios que habia hecho yo en Bogotá; la inclinacion que me habia movido á cultivar simultáneamenle todos los ramos de la política y la literatura; la suma laboriosidad con que sostenia mis variadísimas correspondencias para el *Comercio* de Lima,—sin perjuicio de los escritos frecuentemente enviados al *Tiempo* y el *Comercio* de Bogotá y á la *América* y la *Discusion* de Madrid;—y los trabajos que me habia visto obligado á ejecutar en Paris en lo tocante á geografía y etnografía, habian dado á mi espíritu una direccion que, solicitando la verdad en todos sentidos, me apartaba de toda especialidad, seguramente con detrimento de la fijacion de mi estilo y la profundidad de mis ideas. La tendencia á la universalidad, á los trabajos de generalizacion y vulgarizacion de todo, tenia que serme y me ha sido perniciosa, porque, procurando saber algo de todo, no he logrado conocer ni poseer cosa alguna á derechas ni á fondo. El mal es yá irremediable, porque estoy sobrado viejo para descubrir mi verdadero camino intelectual, educar de nuevo mi espítitu y reducirme con riguroso método al órden de estudios y trabajos que mejor pudiera convenirme.

Ello es que yo trabajaba simultáneamente en Paris en numerosísimos y muy diversos campos. Allí escribí no pocas poesías, entre ellas algunas de las mejor inspiradas, como *El Hogar*, *El Espíritu en la Materia*, *El Tequendama*, (visto con la memoria y la imaginacion mucho mejor que de cerca con los ojos), y *El Guardia nacional en Hispano-América*; allí escribí la primera de las novelas, de composicion formal y séria, que he publicado: *Las Coincidencias*, que en sustancia era la historia de mi primera juventud, y no pocos artículos de costumbres, entre otros: *La literatura fósil* y *los Hispano-Americanos en Europa*; de allí dirigí al marqués de Albaida una serie de cartas políticas. ("De un republicano de Sud-América á un republicano de España"), que fueron publicadas en la *Discusion* de Madrid y años despues reproduje en volúmen, en Bruselas, junto con varios *Discursos políticos*; y á más de los pequeños trabajos que presenté á las Sociedades de Geografía y de Etnografía, allí escribí muchos millares de páginas sobre política, economía, estadística, literatura, crítica y viajes, que

remití á los periódicos de Lima y Bogotá con quienes tenia compromisos como corresponsal.

Una importante observacion psicológica pude hacer en aquella época. Me sentí mucho más capaz de describir en Paris, con el poder de la imaginacion y la memoria, multitud de impresiones sentidas y de objetos observados en mi pais, pocos ó muchos año ántes; y así lo experimenté con no pocos de mis escritos literarios y políticos. Esta observacion hecha en mí mismo me indujo á reconocer una verdad : que las descripciones más verdaderas y vigorosas que se hacen de los objetos que nos impresionan y que excitan fuertemente nuestro sentimiento y nuestra imaginacion, no son las que nacen á la vista ó *bajo el dominio inmediato* de tales objetos, sino las que se producen de léjos, cuando ellos nos dejan libres todas las facultades de la mente, y en especial las de la percepcion por medio de la memoria, de la reflexion reposada y de la fantasía que evoca lo lejano ó ausente. Así, por ejemplo, yo he escrito, en épocas muy apartadas, cuatro poesías dedicadas á la gran maravilla del Salto de Tequendama, y tres de ellas han sido comenzadas en mi cartera, teniendo á la vista aquel prodigio natural; pero la mejor de todas, sin contradiccion, es la que escribí en Paris, en 1859. En el fondo de mi gabinete me alucinaba creyendo estar asomado á mirar el abismo, á contemplar la catarata con los ojos del alma, á oir con el corazon el trueno formidable de la gran mole de ondas turbias que se despeñaba sobre la vertiginosa profundidad ; y así veia, oia, concebia y admiraba más y mejor la hermosura y grandeza de un espectáculo que, por estar á más de dos mil leguas de distancia material, no me embargaba los sentidos.... El alma es siempre más grande y luminosa, miéntras mayores son su libertad de vuelo y su concentracion ó recogimiento de fuerzas.

Desde mi llegada á Paris en Marzo de 1858, me habia propuesto un plan de estudios teóricos y prácticos, y lo puse por obra en breve y lo seguí con perseverancia. Á más de lo que habian de enseñarme las buenas lecturas, las relaciones con hombres ilustrados, la frecuente concurrencia á los teatros, y los viajes y excursiones por diversas comarcas, yo esperaba sacar gran provecho de todos los museos y exhibiciones artísticas é industriales, así como de los cursos públicos que me pro-

puse seguir asiduamente en la Sorbona y en el Colegio de Francia.

En efecto, durante cerca de cuatro años pasados en Paris, en dos épocas, de 1858 á 1862, seguí los cursos que más me interesaban, á saber: de Derecho constitucional, Economía política y Estadística, de Historia de la Filosofía é Historia crítica de la Literatura, y de Física experimental, Química elemental y Fisiología. Todos estos cursos eran dictados, por el método de lecciones orales, por profesores muy distinguidos, tales con Saint-Marc Girardin, Baudrillart, Filarètes Chasles, Bellart y otros, y yo asistia á ellos con vivo interes y tomaba en mi cartera, con suma rapidez, nota de todas las enseñanzas importantes. Sin embargo, no omitiré decir que nada nuevo ni bien interesante oí de la boca de los profesores de Economía política y Derecho constitucional frances, no porque estos catedráticos no fuesen muy notables, sino porque les era prohibido tratar ningun asunto delicado que pudiera rozarse con la política, ni emitir ideas verdaderamente liberales. Cada profesor de alguna ciencia política tenia que comunicar previamente sus lecciones al ministerio del Interior, con sujecion á la previa censura, y soportar despues, en la clase, un censor que se le sentaba al lado, pronto á cortarle la palabra y llamarle al órden, si se excedia en algo de lo que debia decir conforme á la leccion aprobada. Poco era, pues, lo que yo podia aprender, en materias políticas, con los profesores del Imperio.

Tambien asistí con frecuencia á unas *Conferencias* libres que organizaron algunos pensadores republicanos, en un salon de la calle de la *Paz*, con el propósito de difundir ideas avanzadas y exhibir y popularizar á ciertos escritores y oradores que no hallaban modo de sostener sus doctrinas por la prensa ni en la tribuna pública. El Gobierno toleró aquellas Conferencias por algun tiempo, y el señor Leroy, que las dirigia y era uno de mis relacionados de las tertulias de Mr. Jules Simon, me instó para que, por mi parte, hiciese algunas sobre la naturaleza y costumbres tropicales de América y las instituciones de las Repúblicas Hispano-americanas. Al cabo, aunque con algun temor de que mi pronunciacion francesa pareciese algo defectuosa, accedí á la invitacion de Mr. Leroy, y yá tenia yo preparadas las dos primeras de tres conferencias que me proponia hacer, cuando el Go-

bierno prohibió la institucion, considerándola oposicionista, y mandó cerrar el salon.

Muchas ocasiones tuve en las Sociedades de Geografía y Etnografía y en el círculo de las Sociedades sábias, de improvisar pequeños discursos en frances, y generalmente salia bien del paso, porque tenia la ventaja, á más de expresarme en todo caso con brio y confianza,—lo que agrada mucho á los franceses,—de emplear siempre locuciones de libro, nada vulgares, precisamente porque no habia aprendido la lengua francesa en Francia, sino en mi pais, estudiando buenos libros, casi todos clásicos, y reservándome para adquirir en Paris la pronunciacion correcta y los modismos del idioma. En un gran banquete de aniversario que celebrámos los miembros de la Sociedad de Geografía en el hotel del Louvre, improvisé un discurso completo sobre la importancia y los frutos de las ciencias y los trabajos y descubrimientos geográficos, y tuve la doble fortuna de que me aplaudiesen y felicitasen mucho todos mis cofrades (que eran como ciento veinte presentes), y mandasen publicar, en un diario de Paris y en el *Boletin*, mi discurso, recogido por la estenografía.

Bien que el conocimiento de una civilizacion tan adelantada como la que tiene su centro en Paris requiere largos años de observacion y estudio, yo comenzaba, casi á mediados de 1860, á sentir el deseo de trasladarme á Lóndres, no porque esta residencia pudiera serme más grata ni provechosa que la de la capital francesa, sino porque creia necesario á la educacion de mi espíritu el estudio de las costumbres y principales instituciones británicas, y una concienciosa comparacion de los hechos sociales más culminantes de Inglaterra y Francia.

Algunas circunstancias domésticas me indujeron á ejecutar prontamente el propósito de trasladar mi domicilio á Lóndres. Mi conducta civil era de todo punto irreprensible, y ningun pretexto podia ofrecer para que la policía imperial se ocupase en lo que yo hiciera ó dejara de hacer, ni ménos para hacerme objeto de sus inquisitoriales maniobras. Pero yo habia continuado escribiendo con entera independencia de investigacion, narracion y criterio todas las correspondencias que enviaba á Lima; y como yo nada ocultaba de lo que descubria y mis juicios eran generalmente contrarios al Gobierno de Napoleon III y á su familia, seguramente el

Ministro frances residente en el Perú habia vuelto á señalarme como un adversario de pluma, y acaso por este motivo la policía me invigilaba.

Un dia cambiámos en casa de cocinera, y á poco se notó que la nuevamente recibida escribia mucho todas las noches y procuraba ocultarlo. Despues fué sorprendida tres ó cuatro veces registrando los papeles de mi escritorio, con pretexto de arreglar mi gabinete; y un dia la criada niñera que teníamos la vió en el jardin del Luxemburgo conversando como en secreto con un comisario de policía. Dias despues, á mi vez, alcancé á ver en el mismo jardin á otro corchete, jayan buen mozo y bien formado, galanteando ó fingiendo galantear á la niñera, muchacha inglesa que habíamos tomado á nuestro servicio en Southampton, hacia más de dos años; lo que me hizo sospechar que, con pretexto de amorcejos, la Policía trataba de meterse indirectamente en mi domicilio. Repetidas veces noté que cartas de la ciudad que me llevaba el cartero, tenian señales patentes de haber sido despegadas y abiertas ántes de llegar á mis manos. Por último, un dia la portera, excelente mujer que nos habia cogido cariño y mimaba mucho á mis hijas, me reveló que un comisario de policía habia ido al zaguan de la casa á interrogarla mañosamente sobre todos los actos de mi vida privada, y particularmente quiénes me visitaban, á qué periódicos y revistas estaba suscrito, en qué me ocupaba ordinariamente, y si yo tenia relaciones con personas importantes, ó con italianos ú otros extranjeros sospechosos.

Las respuestas de la portera fueron excelentes en mi favor; la cocinera escritora fué despedida, y la niñera nada importante podia decir, porque entendia y hablaba poquísimo el frances; pero de todos modos era evidente que la Policía trataba de incomodarme con su vigilancia, llevada hasta la nimiedad,—pues yo no tenia importancia alguna para merecer tal celo;—y esto me movió á resolver mi inmediata traslacion á Inglaterra para vivir tranquilo. Yo tenia concertado con mi esposa nuestro gran viaje de tres meses por Alemania, Austria, Hungría, Holanda &c., del cual he dado idea en uno de los últimos capítulos. Así, dejé á Soledad por unos dias en casa de Mme. Duhamel, me fuí con mi madre y mis hijas para Inglaterra, dejándolas en un *lodging* ó casa de alojamiento en familia, en *Balham*, no léjos de Lóndres,

torné á Paris á juntarme con mi esposa, tomámos la vía de Metz, en direccion hácia el Rin, hicimos nuestra larga excursion, que duró tres meses, y al cabo, bajando por el Escalda, atravesando el mar del Norte y remontando el Támesis, fuimos á establecernos en Lóndres, tomando allí en alquiler una casa completa, amoblada, al frente de los hermosos jardines de *Sloane Square.*

En Lóndres íbamos á tener muy pocas relaciones, pero tambien íbamos á contar con algunas ventajas. Por una parte, la vida independiente, como en casa propia, pues allí no vive uno, si tiene familia, acuartelado con muchas gentes extrañas en una sola casa de cinco, seis ó más pisos, como sucede en Paris, sino en domicilio exclusivo, desde el sótano de la cocina hasta la *nursery* (habitacion de los niños) del tercer ó cuarto piso; y por otra, en Lóndres tenia yo la seguridad de vivir en un pais libre y de garantías, donde nadie habria de incomodarme en tanto que yo respetase la ley y viviese como un hombre inofensivo. En lo tocante á relaciones, mi familia iba á tener las de numerosos y muy respetables parientes de mi suegra, establecidos en Inglaterra; las de Mr. Illingworth y su familia, que habian residido en Bogotá y nos estimaban cordialmente; las del respetable señor don Manuel María Mosquera y su dignísima señora, dama encantadora, y las de algunos compatriotas establecidos en Lóndres por negocios de comercio, amén de dos casas de comisionistas á cuyos buenos servicios iba yo recomendado.

Muy pocas semanas hacia que me hallaba en Lóndres, cuando tuve ocasion de ocuparme en nuevos trabajos. Por una parte, el dia ménos pensado recibí carta muy atenta de un gran editor-geógrafo de Glasgow, en la cual me pedia el servicio de corregirle lo mejor posible los mapas de las tres Repúblicas de la antigua Colombia y de Centro-América, que hacian parte de un Atlas completo que iba á publicar; y en efecto, me envió los mapas, — en mucha parte defectuosos, por no estar al corriente con la nueva situacion geográfica de las tres Repúblicas Colombianas,— y se los devolví con todas las correcciones que fuí capaz de hacerles. Este mismo servicio hice á Colombia en 1862, con ocasion de otro Atlas que publicó en Paris Mr. Garnier, mi respetable amigo y colega de la Sociedad de Geografía.

Por otra parte, acababan de fundar en Lóndres, con el título de *El Español de ambos mundos*, un periódico en castellano, destinado á servir de órgano de publicidad y comunicacion fraternal entre los pueblos de raza española de los dos mundos. Sus redactores, que eran un estimable chileno y dos españoles (don José María Mora, hijo del eminente literato americano don José Joaquin, y el ilustrado crítico y lingüista señor Benjumea), tuvieron la galantería de invitarme, por medio de una carta, á colaborar en su periódico; y yo no me hice rogar, porque hacia algun tiempo que maduraba las ideas y el plan de un trabajo histórico-crítico relativo á la educacion colonial recibida por los pueblos de Hispano-América y á sus revoluciones, así de la Independencia, como intestinas posteriores. Escribí, en efecto, una serie metódica y continua de diez y siete artículos, que dí á luz en *El Español de ambos mundos*, y con ellos, ordenados en un volúmen, compuse una de mis mejores obras (*); in correcta, sin duda, como eran entónces mis escritos, pues yo estaba tontamente reñido con los puristas castellanos, pero incuestionablemente original, sincera, vigorosa y de tendencias verdaderamente históricas. Así lo digo, porque para mí la historia sin filosofía ni crítica es mera crónica, de incompleta verdad y escasa enseñanza.

X

RESIDENCIA EN LÓNDRES Y EXCURSIONES EN LA GRAN BRETAÑA.

La vida del extranjero en Lóndres contrasta completamente con la que puede vivir en Paris. Bien que en la inmensa capital británica haya un admirable servicio de correos y de todos los ramos relacionados con la policía de aseo, salubridad, ornato y seguridad, casi todo tiene allí el aspecto y carácter de esfuerzo y accion de la libre iniciativa individual, de obra destinada á satisfacer las necesidades y asegurar ó hacer efectivos los derechos de los individuos, respetados por la ley y la autoridad con escrúpulo severo. Salvo el caso de alojarse transitoriamente en un hotel ó fonda, la familia tiene hogar propio y es dueña de sí misma, ora se aloje en una casa, que tiene su servicio independiente y com-

Ensayo sobre las revoluciones, &ª 1 vol. de 350 pp.—Paris, 1861.

pleto, ora en un *lodging* ó pension, siempre con alguna independencia.

No así en Paris, donde todo está hecho y calculado para una especie de vida comun, así en las calles y plazas y demas lugares públicos, como en el interior de las habitaciones; donde la autoridad interviene en todo y lo hace todo, ejerciendo una tutela permanente sobre la sociedad; donde reina el más caracterizado socialismo, desde las orillas y los malecones del Sena hasta el más precioso gabinete de un museo ó el salon de descanso (*foyer*) de cualquier teatro. En Paris casi todo está hecho para el público, y muchas de las fruiciones que se le proporcionan son aparentemente gratúitas, bien que todos, sean parisienses, provincianos ó extranjeros, las costean indirectamente, ya pagando fuertes y numerosas contribuciones, yá reembolsándoselas, en la forma de altos precios adicionales, á los hosteleros, restauradores, sastres, zapateros, comerciantes y mercaderes de todo linaje.

En Lóndres, salvo el servicio de policía y beneficencia, pocos gastos pesan colectivamente sobre los particulares, porque la autoridad pública procura restringir lo más posible el tutelaje que la necesidad del órden social la obliga á ejercer sobre esos mismos particulares. Cada cual consume lo que ha menester y puede proporcionarse con sus recursos, desde el agua para beber hasta los goces más espirituales; no está obligado por el socialismo oficial á consumir lo que no necesita ó no le conviene, por no estar á su alcance natural; paga directamente y con la dignidad de quien desembolsa lo propio con entera libertad, y se siente favorecido por la ley comun de la libre competencia, que facilita todas las transacciones.

No quiere esto decir que Lóndres carezca de establecimientos ó lugares públicos de aquellos que prestan servicios á todo el mundo y son costeados necesariamente por el Gobierno nacional ó las municipalidades. Si en los jardines Botánico y Zoológico, en el *Coloseum*, en el Ateneo y el Palacio de Kensington, en el Túnel, los Jardines de Cremorne y muchos otros establecimientos ó monumentos que pertenecen á empresas privadas, hay que pagar la entrada, como en cualquier teatro, café ó restaurante, tambien hay monumentos maravillosos, como el Museo Británico, San Pablo, la Abadía de

Westminster, el Palacio del Parlamento, la Lonja, la Torre de Lóndres, los Diques, el Museo de Pinturas &c., que pueden ser gratúitamente visitados con gran provecho para el viajero que los observa y estudia con atencion.

Yo he descrito á Lóndres y algo de sus alrededores, por extenso, en los tomos 1º y 3º de mis *Viajes*. Así en el presente capítulo reduciré mis observaciones á los hechos sociales y políticos que me parecieron ser los rasgos más característicos de la sociedad británica.

El campo de los estudios prácticos en Lóndres es difícil, á causa de la inmensidad relativa de la ciudad, que hace enormes casi todas las distancias; pero allí los elementos de observacion comienzan desde el hogar mismo. En él todo está calculado y arreglado para la comodidad personal, la compostura y la conveniente separacion de todos, desde el *parlor* ó pieza de recibo para los negocios y lo que no es asunto de amistad ó de familia, hasta la *nursery* ó vivienda del último piso, donde duermen los niños y las niñeras. El cartero, al llegar con cartas ó periódicos, da en el porton un golpe seco y sonoro, que parece decir, con el laconismo de la ley: yo represento el servicio público y la autoridad. La cocinera se ocupa en sus faenas silenciosamente, las desempeña con la conciencia de cumplir con un deber que se ha impuesto y es religiosamente retribuido, y así como ella respeta profundamente á todos los amos de la casa, es respetada por éstos, en palabras y en obras. Los proveedores de víveres llegan todas las mañanas á la verja exterior de la casa que dá entrada al piso subterráneo dónde está la cocina, y con la exacta puntualidad de un reloj entregan los efectos que se les han encargado y la nota de su importe. Así, todo tiene el sello de la regularidad, del órden y de la severidad en el cumplimiento del deber.

Un incidente de familia me dió ocasion para conocer algunos rasgos sociales curiosos. Nació en Lóndres, el 5 de Noviembre de 1860, la tercera de mis hijas, María Josefa, y naturalmente hube de contratar un médico especialista para asistir á mi esposa. En los momentos en que nacia mi hija, el médico le administró á Soledad, desfalleciente, una gran copa de muy buen vino jerez, y pocos instantes despues del alumbramiento la hizo beber una copa de *brandy*. Durante algunos dias subsistió el

régimen del vino, y en breve supe, y tuve nuevas ocasiones de verificar el hecho, que estaba en boga entre los médicos ingleses el tratamiento de muchas enfermedades y dolencias por medio del brandy y los vinos generosos. No deja de ser simpática para muchos hombres sanos, áun más que para los enfermos, esa terapéutica de los Galenos ingleses.

Así como habia tenido que comprobar ante la oficina respectiva que todas las personas de mi familia estaban vacunadas—lo que me gustó mucho, porque me hizo ver que el servicio de la vacunacion estaba muy bien organizado,—dentro de los tres dias de nacida mi tercera hija hube de hacer la respectiva declaracion en el Registro encargado de formar y llevar la lista civil. En ambas oficinas me informaron que eran rarísimos los casos de contravencion á las reglas legales establecidas; y no hubo circunstancia alguna de aquellas en que la vida privada se relaciona con la autoridad, en que no viese yo la prueba patente del profundo respeto con que toda la sociedad inglesa considera y obedece las leyes.

Acaso se dirá que este hecho es inherente al temperamento de los ingleses; pero es claro para mí que, si los pueblos tienen un temperamento físico que proviene de la raza misma, de la situacion geográfica y del clima, tienen tambien un temperamento moral que en mucha parte es efecto de sus instituciones y gobierno. Si el pueblo inglés es tan liberalmente conservador, es decir, religiosamente respetuoso por la ley, es porque está seguro de que ésta, al imponerle deberes, le reconoce derechos inviolables y se los garantiza y hace efectivos. Así el pueblo más liberal de Europa, por su espíritu cosmopolita y sus instituciones de cierto linaje, es al propio tiempo el más conservador, por su espíritu de órden y las instituciones con que dá fuerza á la autoridad para que proteja el derecho en todas las formas que éste pueda revestir.

Numerosas fueron las excursiones que hice en 1861 por las cercanías de Lóndres y hácia la costa del canal de la Mancha, ora por hacer una nueva visita á *Greenwich* y al astillero militar de *Chatham*, ora al Palacio de Cristal, á Richemond y los Jardines botánicos de *Kew*; ya á *Windsor Castle* y *Hampton Court*, ó á las carreras de caballos de *Epson*; ya á las interesantes ciudades de *Hastings* y *Brighton*, lugares marítimos muy frecuentados

por los ingleses. Donde quiera encontré los mismos rasgos característicos de la sociedad británica. Todos sus monumentos, sus establecimientos científicos é industriales, sus hoteles y palacios, sus paseos públicos y sus buques mercantes ó de guerra, sus astilleros y diques, sus puentes echados sobre el Támesis y sus embarcaderos de ferrocarriles, sus periódicos y sus circos de caballos, sus parques públicos ó privados, sus calles y sus templos, tienen el sello de lo grandioso y poderoso. No se tiende hácia lo delicado, espiritual y seductivo, sino hácia lo formidable, gigantesco é imponente; y en todo caso lo agradable ó gracioso cede el paso á lo útil.

Aun sin conocer la historia ni la estadística de Inglaterra, el extranjero que la visita comprende, por las manifestaciones de fuerza y poder que se observan en todas las cosas, que aquel pueblo es el cajero y banquero del mundo; que su espíritu es esencialmente altivo y orgulloso, á fuer de insular y libre, y cosmopolita, á fuer de comercial; que su accion política y marítima se extiende á todas las regiones del globo; que su sistema colonial tiene profundas raices desde los mares del Norte, del poniente de Irlanda y del Mediterráneo hasta las más apartadas zonas de los archipiélagos y continentes; y que si otros pueblos más pulidos, de tendencias artísticas y literarias muy pronunciadas, como Francia, Alemania, Italia y España, se encargan de dar á la civilizacion su refinamiento y sus aspectos más simpaticos, la mision de la Gran Bretaña es procurar á esa civilizacion su fuerza y á la Humanidad entera el movimiento de la riqueza y la expansion de una fraternidad universal representada por .os intereses.

En Junio de 1861 emprendí dar una vuelta completa por las más importantes comarcas de Inglalerra, Irlanla y Escocia. La primera línea que recorrí, partiendo de Lóndres, tocaba sucesivamente en Oxford, Bath, Cheltenham y Bristol. Si Bath es una ciudad apacible, de pintoresca estructura, que se despliega como en anfiteatro sobre risueñas colinas y atrae á muchísimos enfermos ó paseantes que van á tomar baños, me llamó principalmente la atencion porque allí vivió y murió el ilustre Zea, sabio, orador y legislador colombiano. Si Cheltenham me agradó, como ciudad graciosa y elegante, muy visitada por la gente aristocrática de Inglaterra, nada particular hallé en ella, en ningun sentido. Pero Oxford

y Bristol me interesaron vivamente, la una por su renombrada Universidad y la otra por su curiosísima topagrafía.

La idea que uno tiene de las universidades, tales como las ha conocido en Hispano-América, en España y Francia y en Italia y Alemania, queda del todo modificada el visitar las universidades de Inglaterra, sobre todo las de Oxford y Cambridge. Bien que en Paris, por ejemplo, hay unos cuantos colegios y liceos dependientes de la Universidad, ésta mantiene cierta unidad y cierto aislamiento social que le dan un carácter como de privilegio ó de entidad aparte en medio de la sociedad. En Oxford, la Universidad absorbe, por decirlo así, á la ciudad entera. Allí los profesores, empleados y estudiantes son todo, y los ciudadanos nada ó casi nada.

En efecto, hay cosa de diez y ocho á veinte colegios separados, todos de fundacion distinta y áun diverso régimen y gran variedad de enseñanzas, y cada uno de ellos es un espléndido palacio; ya de un estilo arquitectónico, ya de otro, rico en objetos de arte, bibliotecas, archivos, bienes y rentas, privilegios, regalías &ª Todos concurren á formar la Universidad, pero todos mantienen su autonomía. En las fondas y casas de huéspedes, en los restaurantes y cafés, en las calles y plazas, en los jardines públicos y en las *régatas* ó apuestas de canoas del Támesis, no se ven sino profesores, empleados de los colegios y estudiantes á miles. Allí es donde se forma para la ilustracion y la política la aristocracia inglesa; allí se educa lo mejor de aquella clase média, honra y fuerza de Inglaterra, compuesta de literatos y oradores, de publicistas y ministros de la iglesia anglicana, de sabios naturalistas y economistas, de lingüistas eruditos y de hombres destinados al servicio diplomático y consular, ó que han de hacer despues estudios especiales para servir en la milicia ó la marina.

Bristol es una ciudad mixta: su parte baja y antigua es enteramente comercial y marítima, y como tál, complicada, desapacible, fea y llena de aquel bullicio que acarrean los negocios activos. Tiene de particular una gloriosa tradicion: allí se armó y de su puerto partió la expedicion de Sebastian Caboto, descubridor positivo y bien determinado de Norte-América. Así Bristol es el Palos de Ingalterra. La parte alta, llamada propiamente Clifton, contrasta por entero con la baja, por-

que es pintoresca, apacible y admirablemente simpática por su topografía y sus graciosos aspectos.

Sobre el valle en cuyo fondo demora la vieja ciudad, en otro tiempo el más importante puerto de todo el occidente de Inglaterra, se alza una extensa meseta, cubierta de calles y graciosas quintas en gran parte, y cortada en su centro, como á tajo, por un profundísimo rio. Sobre el vertiginoso abismo formado por toda la abertura del rio y su cauce, estaba recien construido un magnífico puente colgante, que es, sin duda, en su género particular de construcciones, una de las más pintorescas y grandiosas construcciones de Inglaterra.

Bristol, Birmingham, Manchester, Liverpool y otros grandes centros mercantiles ó industriales, tienen de comun con Lóndres una particularidad social que es propia de la vida inglesa, y que en raras partes, como acontece en Hamburgo, es imitada. Me refiero á la completa separacion que el negociante inglés establece y mantiene entre su domicilio privado y su domicilio mercantil, entre su familia y sus negocios. El negociante inglés tiene su casa de habitacion fuera de la ciudad mercantil, ora en las pequeñas localidades de las cercanías, ora en graciosas casas de campo ó *cottages*, y allí duerme tranquilo, se abandona por completo á los apacibles goces de familia, no permite que se le hable de negocios, y se muestra con sus amigos hospitalario, sencillo, obsequioso, á las veces comunicativo y aficionado á la música ó las cosas amenas.

Pero desde el momento en que almuerza y entra en un ómnibus ó en un tren de ferrocarril para dirigirse hácia el centro de la ciudad, donde tiene su domicilio comercial, el inglés es puramente negociante, y parece no tener familia ni pensar sino en los negocios. Desde aquel momento hasta la hora de cerrar las oficinas, torna á ser lacónico, positivista, severo en todo asunto de *tanto por ciento*, avaro del tiempo, que es dinero, perentorio en sus preguntas y respuestas, económico en sus gastos, exclusivamente negociante. Si suspende el trabajo á la una de la tarde para ir á tomar su *luncheon* ó refrigerio, lo toma en pié y á toda priesa, y es metódico para comer y beber.

Si permanece en su oficina, no hace caso de persona alguna que éntre ó salga, miéntras ella no le solicite en particular. Si sale á diligencias de negocios, á nadie sa-

luda en la calle, y solamente hace y dice lo que le interesa, en el tiempo estrictamente necesario. Á las cinco de la tarde cierra sus oficinas ó almacenes, dejándolos confiados á la guarda segura de la policía, y vuelve á su hogar á ser padre de familia y hombre campechano.

Esta vida metódica y bien equilibrada, es sana y fecunda, porque está en armonía con las reglas higiénicas, con las leyes de la fisiología y la psicología y con la gran ley económica de la division del trabajo. Así el inglés nunca confunde su posicion doméstica con la que le dan sus negocios, y al propio tiempo mantiene la serenidad de su espíritu de hombre, y el vigor de su actividad en la obra comun de la produccion de riqueza.

Nada particular tienen, salvo sus hermosas catedrales góticas, las ciudades de Worcester y Gloucester; por lo que no me detuve en cada una de ellas sino durante pocas horas. No así en Birmingham, vasta ciudad de más de trescientas mil almas, gran centro de la produccion metalúrgica de Inglaterra. De allí salen las más comunes herramientas para el consumo del mundo entero, así como los más delicados y elegantes artículos de plaqué, cobre, oro, plata y otros metales; y sólo es comparable la enormidad de las masas de obreros allí aglomeradas, con la de los capitales aplicados á la produccion, en las fundiciones ó ferrerías, las fraguas y fábricas, de una inmensa cantidad de artículos, casi sin competencia por su baratura.

Espectáculo admirable es el que ofrecen las campiñas de Birmingham, sobre todo cuando uno las recorre en un tren nocturno. Puede decirse que allí las campiñas desaparecen por completo, sembradas de innumerables ferrerías, fraguas y fábricas, y surcadas de numerosos canales y tranvías que sirven para movilizar el hierro, el carbon y las demas materias primas de aquella enorme produccion metalúrgica, y para llevar luégo sus productos á la ciudad. En el silencio de la noche, en medio de una oscuridad natural interrumpida en todas partes, se siente el mayor asombro al ver tantos hornos gigantescos y colosales chimeneas repletos de fuego y arrojando columnas de humo negro y espeso qne enturbian y encapotan la atmósfera, y al percibir todos los confusos ruidos de martillos y martinetes, de máquinas y fuelles, de aparatos y trabajos diversos que están contribuyendo á la fundicion y transformacion de los meta-

les. Aquello es una gran parte de la sociedad inglesa convertida en Vulcano; es la iluminacion sombría de las tinieblas; son el fuego y la fuerza hechos inteligencia para el bien la Humanidad; es un mundo de hierro y carbon que se torna en maravillas industriales.

Manchester, Bradford y Hudersfield son las ciudades fabricantes de tejidos. La tercera los hace principalmente de telas de lana y tramas de lana y algodon (paños, alfombras, &ª), y las dos primeras consumen para sus géneros de algodon inmensas cantidades de materia prima y tienen en innumerables fábricas, —palacios de uniforme y muy económica construccion,— el más vasto tren de maquinaria que el mundo haya podido reunir en un solo centro. Las dos ciudades están contiguas y forman como una sola, con una poblacion total que hoy dia excede de 800,000 almas, bien que tienen su administracion municipal separada.

Es verdaderamente pasmoso el desarrollo y progreso que han alcanzado esas ciudades industriales y comerciales, hoy dia enormes, —Lóndres, Birmingham, Bradford, Manchester, Liverpool, Glasgow, &ª, —que no hace un siglo tenian muy reducidas proporciones. Lóndres, ántes encerrado entre sus muros de la *City*, ha absorbido á una multitud de ciudades y municipios circunvecinos, y hoy dia tiene por sí sólo la poblacion de un Estado y el poder de una nacion formidable. Liverpool, que hace ménos de un siglo era un caserío miserable de 3,000 almas, tiene en la actualidad más de 600,000, y es una de las más espléndidas ciudades de Europa y uno de los más opulentos puertos del mundo, en cuyos diques monumentales se abrigan las flotas mercantes que surcan todos los mares.

Inglaterra, principalmente á causa de la gran extension que de su snelo está ocupada por las ciudades, villas y aldeas, y por los parques y palacios de su aristocracia, no tiene la tierra suficiente para producir las materias que su poblacion necesita para alimentarse. Gran parte de esas materias tienen que ir del exterior, áun desde muy lejanas comarcas, como la Rusia meridional, la Turquía, Egipto y los Estados Unidos del Norte; y para obtenerlas por medio del cambio, Inglaterra, por una parte, ha prolongado su territorio, con su inmensa flota mercante y sus escuadras protectoras, hácia todas las regiones marítimas del globo, y por otra,

se ha constituido en prodigiosa fábrica de transformacion de las materias primas que recibe de todo el mundo, á fin de proveer á éste de cuanto puede necesitar como producto de las más populares manufacturas.

De este modo, la natural trabazon de los intereses comerciales hace afluir constantemente á la Gran Bretaña las materias primas necesarias para una maravillosa fabricacion, y las sustancias que han de completar la alimentacion de sus activísimas masas productoras; y hace tambien salir hácia todos los paises que son, á su vez, consumidores de los productos británicos, una portentosa masa de valores, agentes de la comun prosperidad. No es, por tanto, de extrañar que el trabajo fabril y comercial haya ocasionado en la Gran Bretaña enormes aglomeraciones de poblacion, así en torno de los astilleros, diques, bancos, almacenes y todo linaje de establecimientos mercantiles, como de los grandes grupos de fábricas; aglomeraciones que se ponen de manifiesto en el fabuloso crecimiento de Lóndres, Liverpool, Glasgow, Bradford, Manchester, Birmingham, Belfast, Bristol, Newcastle, Leeds, Sheffield y otras ciudades de gran movimiento, que son centros del comercio y de la fabricacion.

Esta misma aglomeracion de poblacion en vastísima escala, que se ha verificado en muchas ciudades británicas, ha sido causa de una revolucion pacífica, de suma trascendencia, verificada en las instituciones. Si, por una parte, había que respetar el derecho de las enormes masas de riqueza, brazos, inteligencias y opinion concentradas en aquellas ciudades, lo que ha conducido á modificar profundamente las condiciones del sufragio y dar á la política y al gobierno bases notablemente democráticas, en combinacion con las tradicionales, que habían sido esencialmente aristocráticas; por otra, proponiéndose la Gran Bretaña ser de preferencia y por necesidad manufacturera y comercial, le ha sido preciso tambien renunciar á las antiguas tarifas protectoras, simplificar muchísimo su régimen fiscal, abrir francamente los puertos de la metrópoli y de todas sus colonias al tráfico del mundo, y dar grandes ejemplos y hacer muchos esfuerzos internacionales en el sentido del libre cambio.

Se comprende que Liverpool, teniendo más de 600,000 almas, ha de ser una ciudad de muy vastas proporciones; pero como es un emporio comercial, sus prin-

cipales monumentos son por necesidad aquellos que sirven directamente al comercio y á la navegacion. La parte baja de la ciudad, la más extensa, es un complicado laberinto de calles y callejuelas donde todo pertenece á los negocios, y allí no hay para qué buscar elegancia ni graciosos aspectos. La parte alta, enteramente nueva, es graciosa, apacible, elegante, como que sirve de verdadero *hogar* á tantos negociantes, y en sus pintorescos barrios se encuentran aquellos establecimientos, como los Jardines Botánico y Zoológico, algunos teatros y museos, &c., que, no perteneciendo al órden de los progresos comerciales, son, sin embargo, testimonios simpáticos de una civilizacion muy adelantada.

Pero el gran espectáculo de Liverpool, verdaderamente admirable, es el que ofrecen el rio Mersey y sus diques, muelles, atracaderos y astilleros. El rio, invadido por la marea, que le dá las proporciones de un brazo de mar, aparece inmenso bajo su casi ilimitado horizonte; sus orillas son una inacabable sucesion de muelles y atracaderos, de diques–almacenes donde se aglomeran los buques y productos del mundo entero; el movimiento de vapores ès incesante, así para el tráfico interior, ascendente y descendente y de orilla á orilla, como para remolcar los barcos de vela que llegan de todas partes ó emprenden nuevos viajes; y causa asombro el prodigioso reguero de flotas mertantes estacionadas desde los puertos hasta las aguas libres del mar.

Grande es el contraste que observa el viajero entre el prodigioso movimiento y bullicio de Liverpool y la tranquilidad y el silencio de la vieja ciudad de Chester, á la cual se llega en unas dos horas de ferrocarril, tomando la direccion hácia el norte del pais de Gales, la Suiza de Inglaterra, en miniatura. Chester no es notable sino por su afamado mercado de quesos, sus calles viejas, compuestas de galerías cubiertas muy curiosas, y su primoroso cementerio, que parece aunar la tristeza de la muerte, — pero tristeza apénas elegiaca, sin dolor desgarrador ni amarguras profundas, — á la coquetería y la gracia de los más amenos verjeles y jardines. Es notable la inclinacion de los ingleses á dar un aire gracioso á sus modernos cementerios, cual si quisiesen hacer armonizar esos recintos con una idea delicada y nada melancólica de la muerte.

Si el norte del pais de Gales me pareció pintoresco

y de muy variados relieves, así por sus pequeñas montañas y sus risueños pueblecitos, como por sus ruinas de viejos castillos feudales, me interesó particularmente por el imponente espectáculo que ofrece su profundo Estrecho de Menay, pepueño brazo de mar, dominado por dos magníficos puentes, colgante el uno, y el otro unido, de hierro, que es el famoso *Tubular bridge* del ferrocarril que conduce á *Holyhead*. Allí se combinan con encantadora armonía lo pintoresco y lo grandioso; la obra de la Naturaleza, llena de gracia y variedad, con la obra del Hombre, en la cual brilla, sobre todo, el poder de la ciencia.

Habia cerrado la noche cuando me embarqué á bordo de un vapor en Holyhead, punto avanzado de Inglaterra sobre el mar de Irlanda. La travesía debia durar unas cuatro horas para ir á Dublin, pero duró más de ocho, porque la mar estaba sumamente agitada. Dublin me pareció una hermosa ciudad, por su estructura general, pero en todas sus calles encontré muchos signos de miseria que me contristaron. Lo mejor de todo, aparte del espectáculo del puerto, son la catedral de San Patricio y el Panóptico; y aunque la capital irlandesa contenia más de 300,000 almas, no hallé en sus calles y puertos un movimiento proporcionado á su importancia política y social.

El Panóptico de Dublin es seguramente uno de los mejores del mundo, así por sus proporciones como por su sistema de correccion y trabajo y los resultados obtenidos. Allí se ha combinado el régimen del aislamiento celular con el del trabajo en comun, aunque en silencio, y con estímulos para el buen comportamiento, y el Establecimiento tiene su caja de ahorros para ir preparando á cada recluso un pequeño capital, fruto de una cuota parte del valor de su trabajo. Este sistema mixto y de verdadera correccion y prevision, sin crueldad, ha dado los mejores resultados, y parece ser yá el que prevalece en las naciones más adelantadas.

Notábase, sin embargo, que en este sistema, lo mismo que en el de presidios, subsistia el grave inconveniente de no poderse colocar los individuos que salian del Panóptico, enteramente corregidos, ya fuese como sirvientes en las casas, ya como obreros, dependientes ó empleados en los establecimientos industriales. El solo hecho de haber estado en reclusion, como reos de algun

delito, era justo motivo de desconfianza, y ésta le cerraba el camino de la rehabilitacion á todo ex-recluso. Para obviar este inconveniente, muchas personas caritativas, de uno y otro sexo, imaginaron la creacion de una *Sociedad de colocaciones*, encargada de recomendar á los ex-reclusos de conducta ejemplar, á virtud de un conocimiento concienciozo de sus cualidades y antecedentes y de las pruebas notorias de su correccion, y de procurarles colocacion para trabajar y ganarse la vida honradamente, ora en casas particulares, ora en diversos establecimientos industriales ó comerciales. Aquella filantrópica sociedad ha obtenido resultados excelentes.

Yo hubiera deseado recorrer toda la Irlanda; pero me faltaba tiempo para ello, y como el sur de la isla no es notable principalmente sino por sus bellezas naturales, preferí limitarme á recorrer los campos y pueblos de la region central, que son enteramente agrícolas, y en seguida, dando la vuelta de Londonderry y Belfast, conocer lo mejor de la parte septentrional. La impresion que me causaron las localidades, las campiñas y los lagos (estos de muy poca profundidad y orillas casi planas) de la region central, fué de tristeza. Todo me daba allí idea de la miseria extrema, la inanicion social, la ruina de todas las esperanzas de una nacionalidad sojuzgada, y el estancamiento de aquellas propiedades condenadas al marasmo por los mayorazgos, las vinculaciones y las hipotecas. Ademas, era patente el contraste entre la vida social, enteramente irlandesa, y por tanto tradicional, católica, deprimida, y la vida política, enteramente sujeta al predominio de las instituciones inglesas y á la supremacía de la religion anglicana. Todo esto se ha modificado bastante en los últimos tiempos; pero era evidente á mis ojos, en 1861, la degradacion en que habia caido la vieja Irlanda, oprimida durante siglos.

De Londonderry (puerto del noroeste, que dá frente al Atlántico) á Belfast, situado sobre la costa oriental ó del mar de Irlanda, no sólo puede conocer el viajero algunas curiosidades naturales interesantísimas, tales como la célebre *Calzada de los Gigantes*, sino que encuentra un considerable desarrollo de civilizacion, así agrícola y comercial como industrial. El contraste que forman el norte y sur de Irlanda es patente; á tal punto, que lo que en el sur es estancamiento y miseria, en el norte es movimiento y gran riqueza. Es de notar que el norte

está es gran parte poseido por propietarios que no tienen sus fincas hipotecadas, y que allí la industria de tejidos de lino y cáñamo, muy adelantada, se combina con la agricultura. En aquella region predomina el protestantismo, seguramente por causa de constantes inmigraciones de escoceses que, llevando fuertes capitales para aplicarlos á la industria, han desarrollado un progreso muy considerable, del cual da testimonio la activa, hermosa, rica y populosa ciudad de Belfast.

La travesía del mar de Irlanda se hace en tres horas, de Belfast á la desembocadura del rio Clyde, y es muy entretenida, así porque constantemente tiene uno á la vista las costas de Irlanda, al sudoeste, y las de Escocia, al norte y nordeste, como por la gran multitud de barcos de vapor y de vela, mercantes y pescadores, que surcan aquel mar tan estrecho, encerrado en medio de las dos grandes islas británicas.

Desde que uno entra en el bello rio Clyde y empieza á remontarlo, tiene á la vista un admirable espectáculo, testimonio de la más adelantada civilizacion industrial. No solamente interesa vivamente al viajero el gran movimiento de los barcos, remolcadores ó remolcados, que remontan el rio hácia Glasgow ó lo descienden de allí ó de los diques ó puertos intermedios, sino que por todas partes sa ve un semillero de complicadas y variadísimas construcciones. Ya son, hácia los dos lados de la desembocadura, las fortalezas militares que la defienden y protegen para el caso de guerra, ya los establecimientos del resguardo de aduanas; ora vastísimos artilleros, donde se construyen los más grandes barcos de vapor y de vela, mercantes ó de guerra, para todos los gobiernos y todas las compañías de navegacion del mundo, ora innumerables fábricas, fraguas y toda clase de establecimientos manufactureros que contribuyen á la enorme produccion de que es centro la opulenta y poderosa Glasgow. Construccion, aderezo y armamento de buques, tejidos de lana, de algodon y de lino, fabricacion de cerveza, y varios otros ramos de industria, son materia de una produccion incesante y vastísima que dá aplicacion á medio millon de inteligencias y brazos y á una prodigiosa masa de capitales. Cuando uno llega á la ciudad, cuya poblacion excede yá en mucho de 500,000 almas, se siente verdaderamente maravillado, y todo en ella induce al viajero á rendir homenaje, con su admira-

cion, á la grandeza de un genio industrial y comercial que hace sentir su poder en todas las regiones del globo.

La interesante navegacion de los lagos *Lomond y Katrine*, que se suceden eslabonados por un rio; la contemplacion de las tristes montañas que habitan los *highlanders*, generalmente escasas de vegetacion; la visita de Sterling, ciudad curiosísima por su antigüedad, su gran castillo fuerte y su dominante situacion sobre una colina áspera y severa; y los objetos que en algunos puntos del camino consagran la memoria del inmortal novelista Walter Scott: llaman la atencion del viajero en Escocia, ántes de llegar al espléndido Edimburgo, una de las más bellas ciudades del mundo.

El escocés es muy notable por su carácter serio y positivo, su laboriosidad incontrastable, su firmeza de propósitos y convicciones, su moralidad, principalmente fundada en un fuerte sentimiento religioso, y su tendencia al cultivo de las ciencias y la filosofía. Escocia es un pais de pensadores y hombres serios, y no obstante su union política con Inglaterra mantiene mucho de su historia y su autonomía, así en sus instituciones y sus monumentos como en sus costumbres y todo su modo de ser. Donde quiera, en las ciudades escocesas, se encuentra una interesante combinacion de lo espiritual y lo industrial, de lo pintoresco y lo económicamente útil, de lo antiguo y lo moderno, de lo severo y lo gracioso; y Edimburgo, que todo lo reune, es precisamente la más hermosa concentracion y muestra de todos esos elementos, desde las alturas donde eleva su negra mole el viejo *Castillo*, hasta los muelles de la risueña bahía de *Portobello*, puerto que es como un barrio de la capital escocesa, unida á ésta por una inmensa calle ó avenida de elegantes quintas y establecimientos comerciales é industriales. Todo es interesante en Edimburgo, y digno de muy atento estudio, y al alejarse uno de esa ciudad lleva en el alma la impresion de una gran belleza conocida y comprendida que reviste las más nobles y variadas formas.

Al tornar á Lóndres, partiendo de Edimburgo, llaman la atencion del viajero las ciudades de Newcastle, York, Leeds, Sheffield, Coventry y Cambridge. La primera, de considerable movimiento de negocios en la region oriental de Inglaterra, es particularmente notable como uno de los más valiosos centros de la explotacion

de minas de carbon; en tanto que York es un centro agrícola muy importante, é interesa por su bella catédral gótica y su historia, ligada á los más grandes acontecimientos de la vieja Inglaterra. Si Leeds es muy notable como centro productor de paños y otros tejidos de lana, Sheffield lo es por dos motivos: por su enorme produccion de cuchillería y muchos instrumentos ú objetos metálicos, y por haber sido el principal centro del partido radical, así en cuestiones políticas como económicas.

Por último, Coventry llama la atencion por su bella, variada y rica fabricacion de artículos de seda (cintas, tafetanes, pañuelos y otros tejidos), que en gran parte rivaliza, en cuanto á la baratura, á las ciudades francesas, alemanas y suizas productoras de sederías; y Cambridge, que compite con Oxford, como centro universitario de primera importancia.

Si Inglaterra es tan poderosa por su fabricacion y su comercio, que dondequiera ofrecen un espectáculo grandioso á los ojos del viajero, su agricultura no está ménos adelantada ni es ménos interesante como objeto de estudio. Es verdaderamente encantador un viaje por cualquiera de las comarcas de Inglaterra, pues por todas partes se ve una primorosa sucesion de parques y praderas, de ganados mayores y menores, graciosas construcciones campestres y sementeras de todo linaje, entre las cuales llaman particularmeute la atencion las que producen el lúpulo, cuya verdosa flor da su delicado amargo á la cerveza, que es el vino popular de los paises septentrionales.

Inglaterra, si bien es un pais políticamente hospitalario, por sus libres instituciones, no lo es en el sentido social, por el carácter frio y poco accesible y las costumbres de su poblacion. Pero su sociedad es sumamente respetable en todos sentidos, y acaso no hay ninguna en Europa, en mayor grado que ella, cuya observacion apareje muy fructuosas enseñanzas para el viajero hispano-americano.

XI.

NUEVA RESIDENCIA EN PARIS.

Un año de residencia en Lóndres y de viajes y excursiones por la Gran Bretaña, me habian servido para

adquirir algunos conocimientos prácticos, hacerme olvidar completamente de la Policía francesa, que tan tontamente me habia invigilado en Paris, sólo porque yo escribia correspondencias anti-imperialistas para Lima, y acopiar elementos intelectuales de resolucion de algunos problemas políticos, en tanto cuanto me era dado resolverlos, para mi propio gobierno, mediante la comparacion de los principales pueblos europeos, y particularmente de los dós más poderosos y civilizados.

Resolví, por tanto, en Agosto de 1861, volver á fijar mi residencia en Paris, ya para completar mis estudios prácticos, ya para adelantar, en mejores condiciones de comodidad y baratura, las publicaciones que me habia propuesto hacer, unas, por acrecentar, si era posible, mis pocos merecimientos literarios y de publicista, y otras, por servir, en cuanto de mí dependiese, á la causa americana en Europa y á la propagacion de conocimientos útiles en Hispano-América.

Entre tanto, yo sufria profundamente, por extremo acongojado á causa de los acontecimientos de que era teatro mi pais. La revolucion liberal habia tomado cuerpo en la Confederacion Granadina, y toda ella estaba en confragracion desde mediados de 1860. Mi juicio sobre esa revolucion, formado desde léjos, pero con frio conocimiento de los antecedentes y los principales hechos, se resumia en estas conclusiones:

El partido conservador, al aceptar la federacion, que era institucion liberal, y organizarla con la Constitucion de 1858, que contenia las más adelantadas ideas liberales, habia ejecutado un grande acto de abnegacion y patriotismo, si procedia con sinceridad, puesto que era dueño del Gobierno general y contaba con mayorías en el Congreso federal.

Pero si despues de obrar así, fomentaba la reaccion contra las ideas é instituciones federalistas, no sólo faltaba á su deber, sino que jugaba un juego muy peligroso para él y para la República; y en todo caso habia razon para que la *opinion* nacional le fuese adversa.

Sin embargo, yo no hallaba justificada la apelacion á las armas. El gobierno del doctor Ospina y del partido conservador habian cometido, desde 1857, graves *faltas* políticas; pero no eran culpados de *delitos*, ó de grandes violencias que justificasen la revolucion, y la paz era preferible á todo. Con ella era posible, y áun fácil, alla-

nar todas las dificultades y salvar el régimen federal moderado que se habia establecido.

En todo caso, el partido radical cometia una falta enorme por el hecho de lanzarse á la revolucion, y otra mayor al aceptar la jefatura ó autoridad dictatorial del General Mosquera, convertido, por despecho, ambicion y ódios personales, en caudillo de un alzamiento. Este General no tenia convicciones liberales, ni sinceridad alguna en favor de la causa federalista, y habiendo sido ántes, como jefe conservador, el verdugo del partido liberal y un encamizado enemigo del radicalismo en Nueva Granada, mal podia servir con desinteres y lealtad á esta causa, generosa hasta 1859.

El partido radical, esencialmente doctrinario hasta entónces,—porque habia sido una escuela humanitaria más bien que un partido,—al apelar á las vias de hecho renegaba su credo y arriaba su bandera; y al situarse en los campamentos y aceptar una direccion dictatorial, se exponia á militarizarse y corromperse indefectiblemente, ó a tener luégo que luchar, como vencedor, si lograba el triunfo, con los mismos elementos de violencia suscitados por la revolucion, despues de haber contribuido á destruir el principio salvador de la legitimidad constitucional, triunfante en 1831, en 1841, en 1851, y en 1854, á despecho de todo partido rebelde.

La República tenia que arruinarse con una guerra desastrosa, desacreditando sus instituciones y su nombre, y todo otro mal era preferible, en tanto que no llegasen los gobernantes hasta fundar una tiranía insoportable ó un despotismo evidente.

Todas estas y otras razones me habian inducido, desde 1859, á mirar con desagrado la revolucion, y mi sentimiento fué más pronunciado desde mediados de 1860, como se lo manifesté en numerosas cartas á mis principales amigos. Al saber que se complicaba la situacion conflictiva del pais, me ocurrió proponer desde Lóndres un avenimiento, y con tal fin escribí un extenso folleto, en el cual sugeria varios medios de transaccion, entre otros el de adoptar de comun acuerdo la candidatura de don Lino de Pombo para la presidencia de la República, renunciando los conservadores á la del General Herran (que luégo abandonaron para perderse), y los liberales á la del General Mosquera; candidaturas que por sí solas eran un escándalo, porque representa-

ban el antagonismo del suegro y el yerno delante del pais. Pero no logré la publicacion de mi opúsculo, porque, habiéndoselo enviado á Cartagena el señor Juan Bautista Núñez, éste cometió la indiscrecion de mostrárselo al General Juan José Nieto, jefe de la revolucion en el Estado de Bolívar, y éste caudillo creyó que no convenia á la causa revolucionaria ningun plan de transaccion ó avenimiento.

Posteriormente escribí en Lóndres otro opúsculo conciliatorio, que remití á mi hermano Miguel para que lo publicase en Bogotá; pero él no juzgó oportuno ni prudente el darlo á luz, porque aquél llegó cuando los dos ejércitos enemigos estaban á punto de despedazarse en el centro de Cundinamarca.

Cuando yá la situacion se habia complicado por extremo, el partido federalista pareció no ser hostil á la candidatura del General Herran, sujeto muy honrado y patriota, conciliador, amigo de la paz y sinceramente adicto al régimen federal. Pero el partido conservador, cual si estuviera decidido á perderse y perder la República, cometió el gravísimo error de abandonar súbitamente aquella candidatura, que podia ser salvadora, trocándola de un modo subrepticio por la del señor Julio Arboleda, personaje á quien los federalistas temian mucho en el gobierno. Desde aquel momento, todos ellos pensaron que sólo la guerra podia salvar su causa, y á ella se lanzaron áun los liberales, como Plata, López y otros, que ménos podian estar dispuestos en favor de una sangrienta apelacion á las armas, ni á ponerse bajo las órdenes dictatoriales de Mosquera.

Ello fué que el Gobierno general, cayendo de error en error y de falta en falta, mal preparado para la guerra, y áun impropio para combatir, porque le perjudicaban muchas circunstancias locales y personales, fué sufriendo descalabro tras descalabro, hasta sucumbir en Bogotá, el 18 de Julio de 1861, despues de darse el triste espectáculo de cuatro sangrientas batallas libradas en las esplanadas del Funza y sus contornos. Por primera vez caia en la República el Gobierno constitucional ó legítimo y lo sustituia una dictadura militar; dictadura que, para mayor vergüenza del pais, inauguraba su triunfo con las horribles ejecuciones del 19 de Julio, consentidas, si no aplaudidas, por un partido que habia profesado el filantrópico principio de la abolicion abso-

luta del cadalso, suprimido, por unánime asentimiento, desde 1848, en lo tocante á los delitos políticos. Mal podian los revolucionarios vencedores llamar delitos los actos de los que habian servido al Gobierno constitucional; y era tanto más vergonzoso el fusilamiento del 18 de Julio, cuanto en este acto de salvajismo habia entrado por mucho la venganza personal del caudillo de la revolucion.

Acababa yo de establecerme nuevamente en Paris con mi familia, cuando me anunció repentinamente su llegada el doctor Manuel Murillo, mi antiguo amigo y correligionario político, hombre que me habia dado inequívocas pruebas de consideracion y aprecio, y por quien yo habia hecho sacrificios y sometídome á muy peligrosos lances, así por afecto al amigo personal, como por adhesion al jefe del radicalismo neo-granadino. El Gobierno revolucionario, al reorganizar provisionalmente la República, habia dado á ésta la denominacion de "Estados Unidos de Nueva Granada," y con el fin de asegurarse una posicion respetable, y acaso más con el de proporcionar buenas colocaciones, oportunamente salvadoras, á dos radicales muy comprometidos en la política, el General Mosquera se apresuró á nombrar al doctor Murillo con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante las cortes de Francia, Italia y Holanda, y al doctor Antonio María Pradilla, con igual carácter, ante la corte de Inglaterra.

Al llegar á Paris el doctor Murillo, me hizo saber que llevaba consigo mi nombramiento de Secretario de su legacion, lo que algo me sorprendió, porque yo no lo esperaba del General Mosquera, mayormente cuando en Bogotá sabian mis amigos que yo no habia simpatizado con la revolucion. Mucho vacilé, durante algunos dias, meditando sobre si debia ó nó aceptar el nombramiento. Me movian á la negativa dos consideraciones: la de haber sido moralmente adverso á la revolucion que acababa de triunfar, y á la jefatura del General Mosquera; y la de ser amigo personal del señor Defrancisco Martin, Ministro Plenipotenciario del Gobierno vencido el 18 de Julio, y que se hallaba en ejercicio de sus funciones, acreditado desde 1858 ante los Gobiernos de Inglaterra y Francia. Parecíame que al aceptar el nombramiento que me enviaba el nuevo Gobierno, en cierto

modo me ponia yo en antagonismo con el jefe de la antigua legacion.

Pero tambien hacian mucha fuerza en mi ánimo otras consideraciones en opuesto sentido. Por una parte, siendo el Gobierno de mi patria una persona moral, yo debia servirle en el exterior, si me lo exigia, cuando precisamente se trataba de hacerlo reconocer por las potencias europeas y de regularizar sus relaciones con éstas. Por otra, aunque yo no hubiera sido favorable á la revolucion hecha por mis copartidarios, algun gobierno habia de reconocer y sostener en mi patria, y una vez que yá existia con toda la autoridad necesaria, aunque no legitimado por una Convencion nacional, el de los Estados Unidos de Nueva Granada, yo tenia el deber indeclinable de prestarle acatamiento y obediencia.

Otra consideracion de conciencia asaltó mi espíritu, y me la reforzó el mismo doctor Murillo. Este Ministro llevaba encargo de desempeñar muy importantes comisiones, y como no tenia ningun conocimiento práctico de Europa, ni relaciones personales allí, ni hablaba una palabra siquiera de frances, inglés ni italiano, le habria sido muy difícil servir la legacion con provecho, al no contar con el auxilio de un Secretario experimentado, relacionado en Paris y capaz de servirle de intérprete en muchísimos casos.

Por último, yo le debia mucha adhesion personal al doctor Murillo, y le profesaba un afecto tan ardoroso como leal; y no estaria bien, por otra parte, que yo me excusase de servir el empleo, por no haber sido adicto á la revolucion, cuando en ella estaban comprometidos casi todos mis hermanos (sobre todo Miguel, Manuel y Antonio), así como mi cuñado Ancízar, nada ménos que Secretario de Estado del General Mosquera.

Todas estas consideraciones, y el deseo de ayudar al doctor Murillo á desempeñar su mision lo mejor posible, me indujeron á vencer mis escrúpulos y aceptar el puesto de Secretario de la Legacion. Nada me ha pesado más que esto despues, porque de las circunstancias que ocurrieron en mis relacioces con el doctor Murillo en Paris, se originó (sin que yo lo descubriera sino al cabo de algunos años) la secreta animadversion que me declaró este personaje; animadversion que fué causa de muchos desengaños, contratiempos y desgracias para mí.

Tan luégo como me aposesioné del empleo, me

ordenó el doctor Murillo que redactase una nota personal que él habia de firmar, dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, con el objeto de hacerle saber la mision que traia y solicitar que se le recibiese con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Nueva Granada, fijándosele, al efecto, dia para la recepcion en audiencia pública. Yo debia obedecer la órden de mi superior, mas no sin hacerle primero las observaciones del caso; y como comprendí que el doctor Murillo estaba impaciente por hacerse recibir, y poco versado en las prácticas diplomáticas, le hice presente que, por una parte, no habia urgencia alguna de que solicitase su recepcion oficial, y por otra, era muy imprudente el hacerlo tan pronto, exponiéndose á un rechazo. En sustancia, le hice las siguientes reflexiones:

1ª Que existiendo en Paris una legacion legítima de la "Confederacion Granadina," mal podia el Gobierno frances recibir otra de los "Estados Unidos de Nueva Granada" (á poco rebautizados "Estados Unidos de Colombia"), miéntras no fuesen previamente reconocidos el nuevo Gobierno y la nueva organizacion política de nuestro pais, cuando todavía estábamos en guerra civil y el señor Julio Arboleda funcionaba en el Cauca llamándose Presidente de la Confederacion constituida en 1858.

2ª Que conforme á las prácticas diplomáticas, debia preceder al reconocimiento del nuevo Gobierno una especie de negociacion confidencial, pues de otro modo el admitir la legacion nombrada por ese Gobierno equivaldria á declarar implícitamente que la anterior habia dejado de ser legítima; lo que no era de esperar del Gabinete frances, mayormente cuando su espíritu y política eran abiertamente adversos al liberalismo.

3ª Que era regla de las potencias europeas, para evitarse dificultades y contradicciones respecto de nuestras Repúblicas Americanas, tan expuestas á muy repentinas mutaciones de gobierno y áun de constitucion, el no reconocer ningun nuevo Gobierno, miéntras no estuviese reconocido y obedecido por todo el pais de su jurisdiccion, y suficientemente legalizado segun sus prácticas constitucionales; y que, no habiéndose llenado estos requisitos, para el Gabinete frances la legacion

legítima era y continuaria siendo la que representaba al Gobierno de la "Confederacion Granadina."

4ª Que yo sabia perfectamente que el Gabinete imperial estaba muy prevenido contra la persona del doctor Murillo, por informes que en perjuicio de éste habia enviado el Ministro frances residente en Bogotá, motivados por publicaciones hechas en *El Tiempo* contra toda la familia del Emperador, y particularmente contra la Emperatriz; lo cual hacia temer un rechazo.

5ª Que en todo caso era mejor aguardar, entendiéndose primero con el Ministro de Relaciones Exteriores de un modo confidencial, para asegurarse, no sólo del reconocimiento del Gobierno que presidia el General Mosquera, — verdadero gobierno de hecho, — sino tambien en cuanto á la admision personal del señor Murillo; discrecion tanto más indicada por las circunstancias, cuanto no habia nigun asunto urgente que reclamase nuestra accion diplomática en Francia.

Por estas y otras razones, fuí de concepto que no debíamos solicitar la admision y recepcion, sino que era mejor valernos de gestiones puramente confidenciales, miéntras, allanada toda dificultad y vencida toda objecion, si esto era posible, no viese claramente el Gabinete frances que el triunfo del Gobierno de los Estados Unidos de Colombia sobre el de la Confederacion Granadina era definitivo, y que la persona del nuevo Ministro era aceptable.

Pero el doctor Murillo, que se distinguia por su genio impaciente y poco soportaba la contradiccion cuando podia imponer su autoridad, insistió en que yo redactase y llevase al Ministerio la nota de solicitud de admision; y obedecí su desacordada órden, pero diciéndole: "Tenga usted por seguro un rechazo." En efecto, entregué personalmente la nota al Jefe del gabinete del Ministro, quien me recibió con mucha cortesía y me prometió avisarme oportunamente del resultado. Cuatro dias despues me dirigió una esquela de invitacion para conferenciar con él, fuí al Ministerio, y me dijo, á vueltas de algunos circunloquios galantemente preparatorios: "que el Gobierno imperial tenia muchas razones para no admitir la nueva legacion; pero que desearia, en lugar de rechazarla, que el señor Murillo retirase su nota y las cosas permaneciesen *in statu quo*, miéntras no se aclarase la situacion

política de la Confederacion Granadina y no se allanasen otras dificultades."

No me fué difícil comprender la diplomática fraseología del Jefe de gabinete, particularmente en lo relativo á las "otras dificultades," que sin duda se referian al doctor Murillo; y me persuadí de que se deseaba ahorrar una humillacion al nuevo Gobierno y á su Enviado. Pero éste, por desgracia, era hombre mucho más impaciente que diplomático y atento á las fórmulas; por lo que, al informarle yo de lo ocurrido en el Ministerio de Relaciones Exteriores, me dijo resueltamente: "Vale más salir del paso de una vez; vaya usted y dígale al Jefe del gabinete del Ministro, que no retiro mi nota, y aguardaré la respuesta que tengan á bien darme."

Hícelo así, con repugnancia y pena, y á los dos dias recibí, con una esquela verbal muy atenta, la nota en que Mr. Thouvenel, Ministro de Relaciones Exteriores, avisaba haber recibido la del señor Murillo, y declaraba que el Emperador no podia admitirle como Enviado Extraordinario y Ministro de los Estados Unidos de Nueva Granada, "por razones que serian expresadas al Gobierno de Bogotá por el Ministro frances residente en esta capital." Así el rechazo no era solamente formal y terminante, sino hasta desdeñoso en su forma, á ménos que el Gabinete frances hubiera querido, más bien que abstenerse de toda inteligencia con el señor Murillo, evitarle el sonrojo de las razones que se le dieran para rechazarle.

Al propio tiempo que Murillo era rechazado en Paris por Mr. Thouvenel, corria la misma suerte Pradilla en Lóndres, al dirigirse á lord John Russel, Ministro del *Foreing Office*, solicitando su recepcion. Era evidente que los dos Gabinetes obraban de acuerdo, en fuerza de sus reglas y prácticas sobre reconocimiento de Gobiernos de hecho y recepcion de legaciones de éstos, en reemplazo de las acreditadas por poderes constitucionales. Por lo mismo, debia suponerse que los Gobiernos de Italia y Holanda procederian de idéntica manera, y que todo paso que respecto de ellos se diese, seria infructuoso.

Sin embargo, el doctor Murillo tuvo la extraña idea de invitarme á que redactase notas para avisar á los Gobiernos italiano y holandes que él estaba nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de

los Estados Unidos de Nueva Granada ante los soberanos de Italia y Holanda, y que se proponia ir á desempeñar su mision lo más pronto posible. Le hice presente al doctor Murillo que las notas que él queria dirigir eran cosa enteramente inusitada en diplomacia, por cuanto los Ministros no tenian derecho de representacion, ni aún para dar simples avisos, sino cuando estaban dentro del país ante cuyo Gobierno estaban acreditados; y que mucho ménos producirian efecto alguno las notas, cuando se trataba de una nueva legacion, acreditada por un Gobierno que acababa de emanar del triunfo de una revolucion contra el Gobierno legítimo ántes reconocido. Por tanto, yo creia que los Gabinetes de Italia y Holanda dejarian sin respuesta alguna las notas que les dirigiese el doctor Murillo.

Pero este señor se obstinó en que yo escribiese y enviase las notas, y hube de hacerlo, muy á mi pesar. Casi innecesario es decir que mi jefe de legacion sufrió un nuevo chasco, pues nunca se recibió contestacion alguna á las desacordadas notas de anuncio de presentacion en Florencia y la Haya para ejercer las funciones de Ministro Plenipotenciario. Seguramente los dos desengaños sufridos mortificaron el amor propio del señor Murillo; pero acaso le fué más mortificante el que yo le hubiese pronosticado, al oponerme á sus resoluciones, lo que habia de acontecer.

Como era natural, mis relaciones con el señor Murillo se hallaban en Paris sobre el pié de la mayor cordialidad, como ántes en Bogotá; por lo que él se valia de mí para toda comision importante que le ocurria, así en sus asuntos personales como en los de la Legacion, la cual funcionaba de un modo extra-diplomático, pero entendiéndose con las personas que tenian algo que tratar con nuestro Gobierno. El doctor Murillo compraba y leia muchos libros nuevos, sobre todo políticos, y novelas de Jorge Sand, Balzac y otros autores franceses, se entretenia constantemente con la lectura de los diarios, y se daba vida regalada, lo que iba aflojando su bolsa á toda priesa. Su más importante labor, en la que yo le ayudaba, consistia en escribir cada mes para nuestro Gobierno una revista sobre la política de Europa, juzgada ésta, en mi sentir, con no poca ligereza de criterio y mucho absolutismo de idas preconcebidas.

Sólo en tres asuntos importantes hubo de ocuparse

la Legacion, miéntras el señor Murillo residió en París: la venta de unas esmeraldas que le habia confiado el Gobierno en Bogotá para enajenarlas en Inglaterra ó en Francia; el arreglo posible de la cuestion pendiente con los acreedores de la República, y la correspondencia con los cónsules de élla residentes en Francia, Italia y Holanda.

Se quiso hacer mucha bulla con el asunto de las esmeraldas, que casi todas eran de muy mala calidad, y áun se hicieron sobre esto imputaciones de peculado al señor Murillo, absolutamente infundadas. Como el señor Murillo no hablaba ni una palabra en frances, bien que traducia esta lengua muy correctamente, y lo natural era que el Secretario se ocupase más que el Ministro en lo que no tenia carácter propiamente diplomático, me encargué del asunto de la venta de las esmeraldas, que fué hecha al joyero Fontana, por medio de la casa de Fourquet y con todos los requisitos y diligencias previas que era necesario adoptar para obtener el mejor éxito posible. Así el señor Murillo sólo tuvo que intervenir prestando su asentimiento al contrato que celebraron Fonrquet & Baud y autorizándolo con su firma de aprobacion, despues de haberse hecho en Lóndres diligencias infructuosas para la venta, por medio del señor Manuel María Mosquera. Apénas, si mi memoria no me es infiel, las esmeraldas, bien vendidas al que más ofreció, produjeron una suma como de 47,000 y pico de francos; y las cuentas de venta y de inversion, rendidas al Gobierno, fueron aprobadas sin reserva.

El General Mosquera, entre muchos otros errores de su gobierno dictatorial, habia cometido el de declarar nulo el Convenio celebrado en 1861 con los acreedores extranjeros, representados por el *Comité* de Lóndres, sobre pago de nuestra deuda exterior; Convenio que relativamente era muy ventajoso para la República. Segun las instrucciones recibidas, la Legacion debia hacer esfuerzos para recábar un nuevo arreglo, procurando entenderse no sólo con los tenedores de bonos representados por el Comité de Lóndres, sino tambien con los residentes en Holanda, que no reconocian á ese cuerpo como representante de sus intereses. Yo redacté numerosas notas para tratar el asunto, y el resultado fué lograr, por una parte, que algunos fuertes tenedores holandeses apoyasen en Inglaterra nuestras gestiones, y que

el señor Powles, presidente del Comité de Lóndres, consintiese en ir á conferenciar con nosotros en Paris.

Como el señor Murillo no hablaba en inglés ni en frances, ni comprendia estas lenguas, sobre todo la segunda, sino leyendo, fueron muy difíciles sus conversaciones con el señor Powles, y yo tuve que intervenir en todas como intérprete; lo que (así como muchas conversaciones con franceses é italianos que servian ó pretendian obtener consulados) colocaba al Ministro en una posicion subalterna, de hecho, respecto de su Secretario, sin que éste tuviese la menor culpa. Ello fué que acabámos por confirmarnos en nuestra anterior conviccion, á saber: que era imperiosa la necesidad, para levantar el crédito de la República y que los acreedores extranjeros influyesen en favor del nuevo Gobierno, de reconocer el Convenio que el General Mosquera habia desconocido. El doctor Murillo me encargó de redactar una extensa Memoria ó nota sobre este asunto, con la completa exposicion de los antecedentes y de las diligencias hechas y la demostracion del verdadero interes de la República, y la enviámos al Gobierno. Años despues supe que el General Mosquera, al recibir en Facatativá la Memoria escrita por mí, habia llamado al punto al doctor Aníbal Galindo y díchole. "La demostracion que se hace en esta nota, no tiene respuesta, y estoy convencido. Redacte usted inmediatamente, para firmarlo hoy mismo, un decreto de revocacion del que ántes dicté sobre desconocimiento del Convenio relativo á la deuda exterior."

Así se salvó por entónces el crédito de la República, y se obtuvieron muy importantes resultados, entre otros el de facilitar despues la contratacion en Lóndres de un empréstito para la construccion del camino carretero de Buenaventura; empresa que, habiendo podido ser muy fructuosa, fué mal dirigida y muy desgraciada en todos sentidos.

Tambien hube de ocuparme, de acuerdo con el señor Murillo, en otros dos asuntos. Fué el uno, impedir ciertas negociaciones que se iniciaron en Bélgica y Alemania, por parte de varios amigos del vencido Gobierno de la "Confederacion Granadina," para la compra de armas y municiones que habian de ser enviadas á los partidarios de ese Gobierno; negociaciones que fracasaron, en tanto que ayudámos desde Paris al buen éxito de una negociacion contraria, encargada por el General Mosquera á un

comisionado especial. El otro asunto consistió en defender y acreditar al nuevo Gobierno de la República, por medio de artículos que escribí para el *Siècle*, la *Presse* y otros diarios de Paris, y para *L'Indépendance belge*, de Bruselas; artículos que produjeron buen resultado.

Sinceramente deseoso yo de procurar al señor Murillo todas las buenas relaciones que yo tenia en Paris y que podian agradarle, me apresuré á presentarle en casa de los señores de Lamartine, Jules Simon, Michelet, Jomard y Boussingault, y áun aproveché la ocasion de hallarse por algunos dias en Paris Mme. Jorge Sand (alojada en la calle Racine) para presentarle á ella, con quien yo tenia algunas relaciones epistolares de etiqueta. Dondequiera, penoso me es decirlo, hizo muy desairado papel el señor Murillo, ya por su imposibilidad de explicarse en ninguna lengua que no fuese la castellana, ya porque su instruccion era muy limitada y superficial, en cuanto no se tratase de asuntos políticos, y esto, siempre viendo las cosas desde el punto de vista del jacobinismo frances, que era toda la filosofía política del jefe de nuestro radicalismo. Sólo en casa de Mr. Jules Simon logró conversar algo el señor Murillo, porque allí le presenté á Mr. Garnier-Pagès. Este ilustrado republicano entendia el castellano, aunque no lo hablaba, y así, hablando él en frances y el doctor Murillo en castellano, se entendian á médias y platicaban sobre política francesa y europea.

El doctor Murillo se fastidió en Paris muy en breve, porque no comprendia los hechos que le rodeaban (por falta de inteligencia de la lengua hablada y de su pronunciacion, que no logró adquirir ni malamente con un profesor), y acaso tambien porque lo que más le llamaba la atencion era lo que más podia fastidiarle en Paris. No quiso visitar museos, bibliotecas, bellos monumentos ni exposiciones, ni asistir á conciertos ni otros espectáculos de esta clase, porque le repugnaba todo lo que se relacionase con las bellas artes, con la industria, con las académias literarias ó con las ciencias que no fuesen políticas. Así, se dormia fácilmente en los teatros de ópera, drama y comedia á donde yo le llevaba, y casi todo objeto gracioso ó elegante, ó noblemente serio, le fastidiaba mortalmente.

Ello fué que al cabo de tres ó cuatro meses se fué á vivir en un *lodging* de Lóndres, enteramente reñido con

Paris y la Francia entera, sin *conocer* nada de este pais, y que luégo, fastidiado tambien en Lóndres, se fué para los Estados Unidos de América con el carácter de Ministro Plenipotenciario, á virtud de nombramiento que solicitó del General Mosquera. Sin que yo tuviese entónces ni la menor sospecha del injusto resentimiento que me guardaba el señor Murillo, por causa de las humillaciones que sufrió su amor propio, confieso que desde 1862 modifiqué mucho el concepto que, obcecado por el afecto personal y político, habia formado del carácter, la inteligencia y la instruccion del jefe de nuestro partido radical. Me pareció que era un hombre sin espontaneidad ni generosidad de corazon, sin gusto alguno por las cosas delicadas, sin verdadera elevacion ni nobleza de pensamiento, y privado de todo sentimiento estético; que tenia el espíritu falseado y extraviado por lecturas superficiales, incompletas y hechas sin método, é ideas de un absolutismo liberal ó revolucionario poco ó nada científicas; que no era un pensador, sino un sectario político, envanecido yá con su falsa gloria de jefe de un partido, desorientado y desprovisto de lógica en sus procedimientos; que no procuraba descubrir ó adquirir la verdad con el desinteres de un espíritu investigador, sino confirmar ideas sistemáticas ó preconcebidas; y que su horizonte moral é intelectual era tan limitado, como era ilimitada su ambicion.

En cuanto al carácter del doctor Murillo, un incidente desagradable me dió la prueba de su debilidad poco escrupulosa. Alguien, por un interes privado, tenia empeño en Paris en que la Legacion colombiana le diese un certificado muy honroso y de recomendacion. El doctor Murillo me invitó á firmar con él dicho certificado, y me denegué á ello rotundamente, no obstante el deseo que tenia de favorecer al individuo de quien se trataba, porque, siendo inexactas las afirmaciones contenidas en el documento, como que ocultaban ú omitian ciertos hechos de importancia capital, equivalian, segun mi criterio y conciencia, á falsas afirmaciones. Disgustóse el doctor Murillo de mi resistencia, aunque sin mostrar enfado, y no me habló más del asunto; pero al cabo de pocos dias resultó que, no obstante el certificado suscrito por él solo, la falta de mi firma fué suficiente para destruir, sin que yo lo pudiese evitar, todo el efecto que se quiso producir con tal documento.

Estas y otras lecciones de honradez y respeto por la dignidad de la Legacion, que hube de darle, sin intencion ofensiva, engendraron en el doctor Murillo, segun creo, mala voluntad secreta hácia mí; y de este mal sentimiento recibí numerosas pruebas algunos años despues.

Yo habia sido nombrado por el Gobierno colombiano, para el caso de no admision ó ausencia del doctor Murillo, Encargado de negocios de la República ante el Gobierno frances; y posteriormente se me envió á Paris el mismo nombramiento para funcionar en Bélgica y Holanda. Arreglé mi conducta á los usos diplomáticos, é interponiendo el favor de Mr. Michel Chévalier,—personaje de influjo y que habia sido amigo de mi ilustre suegro,—logré entrar en relaciones confidenciales con Mr. Thouvenel, Ministro de Relaciones Exteriores. De este modo, silenciosamente y muy á contentamiento del Gabinete imperial, logré llevar á buen término una gestion muy importante y reservada que me encomendó mi Gobierno; así como presté algunos otros servicios no insignificantes, con entera aprobacion del Gabinete de Bogotá.

No por servir mis empleos diplomáticos (de un modo extra-oficial para los Gobiernos ante los cuales fuí acreditado, por cuanto la guerra civil continuaba en Colombia y sus nuevos Poderes públicos no podian ser reconocidos), dejé de continuar mis estudios teóricos y prácticos, mis viajes y excursiones, mis trabajos de escritor ni mis publicaciones. Me abstuve, eso sí, desde que estuve en puestos diplomáticos, de toda correspondencia política para los periódicos de Lima y Bogotá, y me contraje á escribir sobre otros asuntos. Tan constante y activa fué mi laboriosidad durante cerca de cinco años pasados en en Europa, desde principios de 1858 hasta fines de 1862, ya viajando, ya residiendo en Paris, Lóndres y Fontainebleau, que alcancé á producir casi veinte volúmenes de á 300 páginas en artículos y correspondencias sobre política, economía, estadística, crítica dramática y bibliográfica, historia, geografía, etnografía, viajes y diversos ramos de literatura; amén de lo mucho que estudié para instruirme en las lenguas castellana, francesa, inglesa é italiana, y en numerosas materias pertenecientes á muy diversos ramos. La mayor parte de las verdades que pude adquirir penetraron en mi espíritu por el método objetivo, es decir, observando y oyendo, comparando y deduciendo; y aunque al cabo de tanto estudiar me sentia muy

ignorante y atrasado en todo, á lo ménos percibí con inefable gozo que mi horizonte moral é intelectual se habia ensanchado inmensamente, que habia ganado mucho en gusto y en el desarrollo y la depuracion y elevacion de mis sentimientos, y que mi criterio filosófico, religioso, literario y político se habia aclarado notablemente, ganando tambien en solidez y vigor. Y sin embargo ¡ cuán léjos no estaba aún de la verdad y del grado de ilustracion á que aspiraba !

Aparte de todo lo que publiqué en periódicos de Lima, Bogotá, Paris, Lóndres, Madrid y Bruselas, y de unos tres volúmenes de *Viajes y Opúsculos* que dejé inéditos, hice la edicion, en la capital francesa, de cuatro tómos y un folleto, todo á mis expensas y sin omitir trabajo ni gasto alguno. Así, en 1860 publiqué los *Ecos de los Andes*, * segunda coleccion de mis poesías, algo escogidas, escritas desde la edad de veintiuno hasta la de treinta y dos años ; en 1861, mi *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, &c, con un apéndice, escrito primero en francés, sobre *La Confederacion Granadina y su poblacion*, † y un opúsculo de 60 páginas intitulado : *El prográma de un liberal;* en 1862, los tomos 1º, sobre Colombia, Inglaterra, Francia y España, ** y 2º, sobre Francia, Saboya, Suiza, la Alemania del Rin y Bélgica, †† de *Viajes de un colombiano en Europa ;* y yá desde 1858 habia publicado tambien, á mi costa, la segunda edicion del Mapa de la Nueva Granada, del General Acosta, corregido, adicionado y adaptado por mí á la division en Estados federales.

Llené, pues, hasta donde pude, el deber que me habia impuesto de procurar que mis laboriosos y costosos viajes y estudios fuesen útiles á mi patria ; y si no conseguí cuanto deseaba, por insuficiencia intelectual, á lo ménos puse de manifiesto que el patriotismo y el amor á las letras habian guiado siempre mi pensamiento y mis esfuerzos.

---

* Un volúmen de 400 páginas en 12º

† Un volúmen de 360 pp. en 12º

** Un volúmen de 570 pp. en 12º, con mapa de itinerarios.

†† Un volúmen de 450 pp. en 12º, con mapa de itinerarios.

XII.

OBSERVACIONES POLITICAS Y LITERARIAS.

En tanto que yo servía á mi pais del mejor modo posible, segun las dificultades de la situacion y mis alcances y relaciones, desempeñando cargos que, si eran diplomáticos á los ojos de mi Gobierno, apénas podian ser confidenciales para los Gobiernos ante quienes estaba acreditado; y en tanto tambien que con mis costosas y variadas publicaciones procuraba ser útil á mis conciudadanos, una revolución profunda se iba verificando en mi espíritu. Mis ideas políticas y literarias habian ido modificándose insensiblemente, merced á las nuevas impresiones recibidas, á las nuevas y muy diversas nociones adquiridas, á una distinta percepcion de los fenómenos de la belleza y de las leyes del buen gusto, y al alejamiento en que me hallaba del teatro nacional, donde me habia envuelto una atmósfera de pasiones, de cuyo influjo pernicioso estaba exento, en mucha parte, en Europa.

En lo tocante á literatura, un incidente curioso me habia abierto los ojos. Antes de publicar en volúmen, con cierta correccion relativa y algunos complementos importantes, la *Primera serie* de mis narraciones de *Viajes*, yo habia dado á luz la mayor parte de la obra, en forma de *folletin*, en *El Tiempo* de Bogotá.-Mi cuñado Ancízar me dirigió á Paris una larga epístola, de aquellas tan conceptuosas y sensatas que él ha sabido escribir, y en ella, al par que me hacia muchos elogios íntimos de mi obra, analizándola detenidamente,—elogios relativos á lo animado del estilo, la originalidad de las observaciones, la ingenuidad y novedad del relato, y la intencion y el espíritu que lo guiaba,—me hacia notar que mi lenguaje estaba plagado de galicismos y que se echaba de ver que en *mi literatura* la lengua francesa prevalecia sobre la española.

La exactitud de esta crítica me pareció evidente, y al caer en la cuenta de ello, no solamente advertí que era muy defectuosa mi última obra, sino que lo eran tambien las anteriores, sobre todo en el punto de vista de la correccion castiza. Dócil como he sido siempre á toda correccion hecha con cariño y de buena fe, y poco inclinado á envanecerme con mis escritos, reconocí los

graves defectos de que éstos adolecian y al punto resolví corregirme. Esto era bastante difícil, ya porque yo vivia en el seno de una sociedad europea, teniendo que hablar frecuentemente en varias lenguas y á cada instante en frances, ya porque mi educacion intelectual y literaria habia sido muy defectuosa, ya, en fin, porque me faltaba tiempo para emprender y continuar, con método y perseverancia, nuevos estudios de los clásicos españoles.

Pero sí podia yo hacer mucho para enmendarme, ora ordenando mis lecturas mejor que ántes y prestando mayor atencion á los buenos escritores de España, ora aplicando á mis escritos una crítica severa y procurando, sobre todo, reprimir y castigar la exuberancia de mi estilo. El entusiasmo con que en todo caso sentia, la inquietud de mi ardiente imaginacion, mis tendencias poéticas y de generalizacion y universalidad, y la suma prontitud con que concebia las cosas y facilidad con que expresaba mis pensamientos, ya fuese de palabra ó por escrito, me habian arrastrado siempre á pecar contra la sobriedad; y mi genio, tan comunicativo y expansivo como era, no sabia sujetarse bien á regla y medida. Yo siempre decia, de palabra ó por escrito, más de lo conveniente ó necesario, con una exuberancia de expresion y formas que, á más de debilitar mi pensamiento, por exceso de amplitud, podia desagradar en lo íntimo á mis lectores. El lector gusta siempre de aquellos escritos en los cuales se deja algo ó mucho á su malicia, ó su sagacidad ó inventiva; en que se le deja campo para completar con sus propias reflexiones ó cavilaciones las que le expone el escritor; y si en todo caso la sinceridad es mérito y virtud en quien escribe, no siempre corre buena suerte la ingenuidad con que el escritor expresa todo lo que siente y piensa.

Al comprender estas verdades, si bien continué pecando, sin caer en la cuenta de mis yerros, por lo ménos hice el propósito de corregirme, procurando no delinquir á sabiendas contra las leyes del casticismo y del buen gusto: y es lo cierto que, si he merecido hasta el presente muchas críticas por mis pecados de incorreccion y de estilo, no cabe comparacion entre lo que yo escribia en Europa hasta fines de 1861 y lo que mi incorrecta pero bien intencionada y penitente pluma ha producido en los últimos tiempos. En efecto, desde 1862 me propuse, por una parte, castigar cuanto me fuese posible

mi exuberancia fraseológica y los galicismos que habian inficionado mi lenguaje, y por otra, extirpar en mi espíritu las viejas preocupaciones románticas que me dominaban, cual resabios de la primera juventud, y familiarizarme con los grandes clásicos de mi propia lengua y mi raza, estudiándoles con amor, con metódica atencion, y aun con cierto sentimiento como de orgullo de familia. La importante casa de Garnier Frères, de Paris, que hacia considerables ediciones de libros clásicos españoles, y la de Rosa & Bouret, con quienes tuve relaciones desde 1858, me suministraron numerosas y excelentes obras, á medida de mi deseo; y no solamente saqué de ello provecho para la educacion de mi espíritu y mi gusto, y me aficioné decididamente á los estudios de literatura clásica, sino que en mis posteriores publicaciones se fué notando mucho menor incorreccion y ménos exuberancia de estilo.

Pero esta modificacion que en mí se operaba, en órden al trabajo literario, no era únicamente fruto de las reflexiones á que me habia traido el llamamiento al órden hecho por mi ilustrado, juicioso y querido hermano Ancízar. Con este incidente coincidia un hecho psicológico que lentamente se habia verificado en mí. Por una parte, al llegarme á Europa los libros y periódicos que se publicaban en Hispano-América, y particularmente en Bogotá, Lima y Carácas, percibia yo la hinchazon de que generalmente adolecia el estilo hispano-americano, fuese por causa del envanecimiento democrático, ó por exceso de imaginacion y entusiasmo, ó porque el romanticismo europeo del presente siglo hubiese ejercido desastroso prestigio entre los jóvenes escritores del Nuevo Mundo. Poco brillaban á mis ojos por su solidez ó su seriedad la mayor parte de los escritos de mis cofrades hispano-americanos, y no estando yo bajo el influjo de la atmósfera que hasta 1857 me habia rodeado, mi criterio se aclaraba y adquiria imparcialidad, hasta el punto de juzgar con cierta severidad y mucha menor satisfaccion lo que el patriotismo, obcecado, me habia hecho estimar ántes como perfecto ó poco ménos.

Por otra parte, tánto habia tenido yo que leer, en materia de libros, revistas y periódicos, y tanto que ver y oir en los teatros, las academias, &c, para poder escribir durante más de cuatro años centenares de correspondencias y artículos sobre literatura, crítica, bibliografía,

materias políticas y otros ramos, comparando estilos de escritores, de escuelas literarias y artísticas y de pueblos muy cultos é ilustrados, que insensiblemente habia, no sólo cobrado mucha aficion á la crítica, sino adquirido nociones y habitos intelectuales en este órden de estudios y trabajos; sin debilitarse por eso mi inclinacion á crear cuanto me fuera posible, como expresion de mis impresiones é ideas propias.

Y miéntras más leia ó estudiaba yo escritos ajenos ó me impresionaba con obras de arte, más y más me iba penetrando de dos grandes verdades: la primera, que todos los errores del espíritu humano habian provenido y provendrian siempre de una desacordada aspiracion á lo absoluto, ya fuese en el conocimiento y la posesion de la verdad en todas las cosas, empezando por nuestro propio sér, ya en las fórmulas descubiertas ó imaginadas para expresar la concepcion de aquello que se tiene por verdad. Despues de haber sido absolutista como liberal, como poeta y libre pensador, yo empezaba á comprender claramente que lo absoluto no podia caber en lo relativo, así como lo infinito no cabia en lo limitado; que si los medios de que el hombre puede disponer para descubrir y adquirir la verdad son limitados en extension ó alcance, en fuerza y duracion, mal pueden ser infinitos ni completos los resultados que se obtengan; y que harto hace el espíritu humano con ir atesorando para toda la Humanidad, á traves de los tiempos, una sucesion de verdades relativas que le engrandecen y mejoran, pero que tambien se van modificando y corrigiendo, á medida que se ensanchan los horizontes moral é intelectual, que se perfeccionan los instrumentos de investigacion y de vision, y que se eleva el nivel mismo de los objetos observados.

La grave y decisiva consecuencia que fuí derivando, cada dia con mayor fuerza de lógica y persuacion, fué la conviccion de que habia un principio fundamental de error en todo sistema, por lo mismo que toda ilacion sistemática conducia á solicitar forzosamente principios absolutos y á imaginar y combinar doctrinas de este linaje. Y al contrario, que así como todo *sistema* era falso, porque tendia á la unidad, prescindiendo de la variedad, á lo absoluto, desdeñando lo relativo, no era posible hallar verdad alguna ni crear algo positivo y fecundo, sin *método;* elemento tan necesario para la observacion y la investigacion experimentales

como para la induccion intuitiva y la deduccion lógica. Hallar el verdadero método era, pues, á mis ojos, colocarse en el camino de la verdad posible; y como yo sentia en mí mismo diversidad de facultades, que de distinto modo pero conjuntamente me servian para solicitar la verdad y hallarla en alguna medida, no podia ménos que rechazar toda doctrina que me forzase á servirme de un sólo procedimiento intelectual. De ahí la conviccion que adquirí de la imposibilidad de separar el esfuerzo inductivo, del experimental; el intuitivo, del deductivo; la conviccion racional, de la persuacion puramente espiritual ó psicológica; la nocion de lo *sentido* con el alma, de la de lo percibido con los sentidos. Tal conviccion me condujo á ser eclético en filosofía, es decir, á buscar la verdad sin sujecion á ningun sistema, y tomando de todos los métodos de investigacion todo aquello que, acomodándose á mis facultades mentales, pudiese ponerlas en constante y armónico ejercicio para llegar á la posesion del mayor caudal posible de luz; pero sin aspirar jamas á poseer la totalidad de la luz ó lo absoluto de la verdad.

La otra conviccion que penetró en mi alma, en el órden de las ideas generales, y particularmente de las formas literarias, fué ésta: que el secreto de la fuerza y la eficacia de toda expresion del sentimiento y del pensamiento, no consistia tanto en la novedad de concepcion de las ideas, ni en su grandeza de inventiva ó de elevacion, ni en su profundidad sorprendente ó su filosofía, cuanto en la personalidad indestructible del estilo, en la universalidad de las tendencias, en la sinceridad del sentimiento, en la nobleza del propósito, en la proporcion y armonía de la forma, y en la oportunidad de la expresion. Yo habia tenido fe en la belleza y sentido el instinto de lo bello, la irresistible inclinacion á buscarlo y admirarlo en todas las cosas; pero no habia concebido ideas bien claras sobre los fenómenos estéticos hasta el punto de comprender que habia y tenia que haber una *ciencia de lo bello*. El dia que adquirí esta nocion, comencé á sospechar la falsedad de los sistemas literarios, del absolutismo de los clásicos y de los románticos; y como la belleza es inseparable de la verdad, ó es una de las condiciones esenciales de ésta, porque no cabe la fealdad en lo completamente verdadero, y lo erróneo, lo falso carece

en realidad de belleza, llegué á la conviccion de que sólo con un trabájo constante de comparacion y depuracion de las producciones de los grandes ingenios, podria formarme un gusto literario conforme á los sanos principios de la estética y la crítica, con entera independencia de opiniones preestablecidas.

De mayores consecuencias aún fué para mi espíritu la modificacion que se verificó en mi criterio, en lo tocante á los hechos políticos y á las ideas y doctrinas de este órden. Yo habia llegado á Europa penetrado, con toda la intolerancia de una conviccion sistemática y de las pasiones que habian educado mi juventud, de una idea absoluta, á saber: que fuera de la República democrática no habia ni podia haber justicia, libertad ni gobierno fecundo para los pueblos civilizados. Ademas, habia en mi radicalismo, como en el de todos mis copartidarios de Colombia hasta fines de 1857,—época en que yo me habia alejado de Bogotá,—no pocos puntos de socialismo, mal comprendido y peor digerido, y una tinta muy pronunciada de jacobinismo, bebido en las páginas de los historiadores de la revolucion francesa. Verdad es que yo, por sentimiento y por admiracion de la grandeza del patriotismo generoso, habia sido siempre mucho más *girondino* que *jacobino*; pero tambien es cierto que mis ideas habian provenido mucho más de un órden sistemático de preocupaciones, fruto de lecturas de libros de enciclopedistas y revolucionarios, que no de madura y desapasionada reflexion, y ménos aún de una atenta observacion comparativa de las sociedades políticas.

Al observar y comparar la situacion y marcha de los pueblos europeos, y considerar desde léjos la política de las Repúblicas Americanas, mi espíritu se abrió insensiblemente á nuevas percepciones, nuevas reflexiones y nuevas naciones relativas á la soberanía, á la libertad, al órden social, al destino de los pueblos, á la mision y el poder real de los gobiernos, y a la armonía ó el equilibrio de las fuerzas humanas y de los fenómenos de la civilizacion.

Desde luégo, si la democracia me parecia ser el gobierno más adecuado á la práctica de la justicia relativa, tambien me parecia ser el más ocasionado á despertar el sentimiento de la envidia, á suscitar conflictos de todo linaje, y á poner la sociedad bajo el predominio del cau-

dillaje ó de las nulidades presuntuosas y audaces. Ninguna forma de gobierno podia requerir de parte de los gobernantes mayor caudal de experiencia, de ciencia del derecho y de la economía de las sociedades, que la democrática, y por tanto, al no estar muy bien educadas las muchedumbres é ilustradas las mayorías populares, dueñas del sufragio y del poder, nada podia ser más peligroso que la dominacion del número, muchas veces sobrepuesto á la inteligencia y la virtud.

De ahí la necesidad de tomar precauciones salvadoras de la sociedad, no sólo adoptando una sábia, incontrastable division de los poderes públicos, y regularizando y limitando el sufragio, sino tambien asegurando á las minorías, por medio de garantías de independencia en el gobierno, los medios de defensa propios para impedir la accion tiránica ó irresponsable de las mayorías. Estas reflexiones me condujeron á ser abiertamente adversario, por una parte, del escrutinio de lista, ó sea de la eleccion de todos los representantes de cada Estado ó gran demarcacion política por un sólo voto y mediante un sólo escrutinio; y por otra, del predominio de los cuerpos legislativos, calificados de soberanos por los doctrinarios del jacobinismo.

Yo veia en Francia patentemente comprobado por los hechos que el espíritu democrático, siempre exagerado por la pasion de la igualdad, venia arrastrando á los franceses alternativamente á uno de dos abismos: ó el rojismo comunista, fruto de la exaltacion de la envidia popular; ó el socialismo cesariano, el despotismo del sable y de la corrupcion bonapartista, frutos del sofisma de igualdad con que engañaba al pueblo el poder militar. Tanto preconizaba Napoleon III el sufragio universal para sostener su despotismo socialista, haciéndose discernir plebíscitos por las muchedumbres á quienes fascinaba y oprimia, como lo magnificaba el partido rojo, haciendo del voto de las muchedumbres el espantajo de la propiedad y de las clases ilustradas. Era patente la falsedad científica de un sistema de sufragio que lo mismo podia dar fuerza al despotismo que venia de arriba, cubierto con el manto imperial, que al que trataba de levantarse de abajo, entre los pliegues de la bandera roja.

Yo veia reinar la más amplia libertad en Inglaterra, bajo la direccion política de una aristocracia territorial,

rica y poderosa, sobrado apegada á sus privilegios y tradiciones, pero eminentemente ilustrada y patriota. Y al observar las grandes cosas que emanaban de la nacion británica, á virtud de la combinacion de los elementos monárquico, aristocrático y democrático, y del irresistible poder de la opinion pública, libre y ordenadamente formada, no podia yo ménos que reconocer que no habia virtud específica en ninguna forma de gobierno, sino que la libertad, el progreso y la conservacion provenian del respeto con que toda la sociedad mirase la ley, y del concurso y equilibrio de todas las fuerzas sociales, preparadas por un poder providencial y un órden indestructible de leyes naturales.

Yo veia la lucha diez veces recular, así en Italia como en Alemania, del *municipalismo* y el *unitarismo*, ya con unas formas, ya con otras, sin que ninguno de los dos sistemas políticos hubiese dado la prueba de que en él sólo residian la fuerza y la verdad; sino, al contrario, la demostracion práctica de este aforismo de la filosofía: que fuera de la tolerancia no podia haber justicia, ni fuera de la justicia sólido progreso.

Yo veia tambien que, allí donde la neutralidad política hacia subsistir la paz,—como acontecia en Bélgica y Suiza,— todos los problemas sociales se iban resolviendo fácil y seguramente, sin que hubiera ningun progreso que no emanase de la conciliacion y yuxtaposicion de todos los elementos de fuerza social y de autoridad.

Yo veia igualmente patentizarse en Rusia y Turquía la impotencia del despotismo autocrático, combinado con un ilimitado poder teocrático,—cristiano en el un imperio, mahometano en el otro;—y esa impotencia me parecia ser fruto principalmente de la tiranía de las conciencias, ejercida por la autoridad de las dos potestades confundidas, y de la enervacion y corrupcion que el ejercicio del despotismo acarreaba á los mismos que de él se servian.

Yo veia que en España, despues de tantas luchas dinásticas ó de partidos exclusivistas, lo único que daba idea séria y seductiva de los beneficios de la libertad, era el simpático grupo de las provincias vascongadas,—pueblos que habian hecho inseparables la idea del derecho, la tradicion de las virtudes populares, la sinceridad de las creencias religiosas y la ingenuidad y entereza del patriotismo.

Y veia, en fin, desde léjos, que en las Repúblicas

Americanas jamas se podia contar con estabilidad, no porque faltasen abundantes elementos de bienestar, sino porque las luchas de los partidos eran en todo caso un antagonismo de sistemas absolutos,—jamas un esfuerzo combinado de principios de conservacion y libertad que tratesen de armonizar ó conciliarse.

El resultado de todas mis observaciones y meditaciones fué esta conviccion: que era imposible el buen gobierno, ni, como consecuencia de éste, la estabilidad y prosperidad de ningun pueblo, sin una sábia combinacion de liberalismo y conservatismo. Yo habia aquilatado en gran parte mis ideas liberales, y al purificarlas ó corregirlas les daba más consistencia en mi mente con una considerable infusion de ideas conservadoras. Yo era científicamente liberal, como lo exigian mis convicciones, en armonía con mi temperamento; pero tambien comenzaba á ser científicamente conservador, no obstante el cúmulo de recuerdos y afectos que me alejaban del *partido* conservador de mi pais.

Bastábame para confirmarme en mis nuevas ideas una consideracion. El gobierno es, por su esencia, conservador, así del individuo y de sus negocios, como de la familia y del Estado. Si todos los partidos políticos aspiran á gobernar, claro es que en todos, áun los más liberales, hay un instinto conservador, y que todos al obtener la posesion del gobierno tienen que obrar como conservadores, en mayor ó menor medida, segun su temperamento y las necesidades de la situacion en que se hallan. Esto patentiza que la verdad política no está ni puede estar en ninguno de los dos sistemas antagonistas, sino en su conciliacion y ponderacion.

Pero otras impresiones agitaban tambien mi alma: las que, relacionándose con la religion, presentaban delante de mí espíritu el formidable problema de la fe, en desacuerdo, real ó aparente, con la razon. Yo sentia que todo el edificio levantado en el fondo de mi alma por la filosofía de los enciclopedistas primero, y despues por la de los positivistas, áun más radical y desoladora, comenzaba á flaquear, cual si le faltasen puntos de apoyo muy necesarios para su equilibrio y consistencia. Yo habia devorado libros y libros y meditado mucho sobre religion, y despues de todo me hallaba en una falsa situacion: era simplemente deista unitario, de suerte que, aceptando la unidad absoluta de

Dios y la moral del cristianismo, no reconocia la divinidad de Jesucristo, ni admitia ninguna autoridad humana en religion; y al propio tiempo, por respeto y amor á mi familia y respeto á la sociedad, me habia casado ante la iglesia católica, habia hecho bautizar mis cuatro hijas como católicas, y consentia de muy buen grado en que fuesen educadas como tales (*).

Esta situacion era tan complicada como contraria á la lógica de mis convicciones. Si el amor, el respeto y la tolerancia justificaban lo uno, el orgullo de mi razon protestaba en el sentido opuesto, y me parecia que la dignidad de mi conciencia no se compadecia con mi manera de ser como padre de familia. "Si lo que yo hago con mi esposa y mis hijas, me decia lleno de íntima inquietud, está bien hecho, no hay razon para que mi alma siga otro camino; ó si yo estoy personalmente en el de la verdad, no debo dejar á mi familia en la via del error, de la supersticion y del envilecimiento de la conciencia, á ménos de incurrir en una especie de prevaricacion contra mis convicciones por el interes de mantener la paz doméstica."

"¿Acaso la fe y las prácticas del catolicismo serán buenas solamente para las mujeres, pensaba yo, pero á los hombres, que tenemos más entereza de voluntad y amplitud de espíritu, lo que conviene es un deismo que nos mantenga en la plenitud de la independencia moral?".... Pero esta reflexion no resistia al criterio más elemental. Ni era cierta la inferioridad intelectual de las mujeres,—pues toda la diferencia consiste en el grado de fuerza ó de finura, de perspicacia ó de extension, de tendencias políticas ó de tendencias morales y afectivas con que se distinguen, segun su esfera de accion, las inteligencias femeninas de las masculinas;—ni era racional admitir que dos sexos inseparables, sin cuya union no existe el Hombre, — que componen al *Hombre* mismo, maravillosamente *uno* en su diversidad de formas, — pudieran estar sujetas á distintas leyes de estética, de moral, de psicología ni de filosofía religiosa. Lo que podia ser la verdad para las hijas y la madre, tenia que serlo tambien para el padre, puesto que la verdad es indivisible y no puede ser contraria á sí misma.

(*) La cuarta, Blanca-Leonor, habia nacido en Paris el 6 de Mayo de 1863.

Ello es que yo me sentia fuera de quicio y de nivel como padre de familia. Mi esposa poseia mi alma, y yo era dueño de la suya, y nuestras almas armonizaban en el culto por la belleza, en su patriotismo y en sus esfuerzos por adquirir luz en todos sentidos; y sin embargo, faltaba entre los dos la comunidad en la cosa más elemental de la vida: en las relaciones de nuestras almas con la Divinidad. Yo idolatraba á mis hijitas, que eran mi mayor encanto y mi más poderoso estímulo para todo esfuerzo; y sin embargo, llegaria un tiempo en que ellas, al creer y tener conciencia religiosa, no estarian en comunidad de creencias y culto conmigo, faltándonos así uno de los más poderosos vínculos de confianza, de intimidad y destino. Yo adoraba á mi madre, de quien habia recibido como herencia una fe, y sin embargo, habia entre los dos un abismo de sentimiento y de esperanzas....

Pero si por el lado de los afectos mi alma se hallaba tan fuertemente combatida por sagradas consideraciones, tambien lo estaba por los hechos y las reflexiones que obraban sobre mi razon. Desde luégo mis recientes lecturas me habian obligado á admitir, como un principio demostrado, incontrovertible, la indestructibilidad de la materia, como cosa sujeta al poder de las leyes naturales. Era yá verdad demostrada que la materia no es susceptible de destruccion (á virtud de las fuerzas que la rigen y abstraccion hecha de la voluntad de Dios), sino de indefinidas transformaciones, más ó ménos visibles y considerables. Pero si la materia así considerada, es eterna, ¿seria admisible la desaparicion, la destruccion del alma, del elemento moral é intelectual que anima á esa materia en su forma de sér humano? Proponer este problema era resolverlo, puesto que la lógica más elemental rechazaba la afirmativa.

Segun la ciencia de los positivistas, sólo era admisible como verdad lo positivamente descubierto y comprobado en el órden natural de los hechos visibles, sin que lo invisible, lo inanalizable debiera ser considerado por la razon humana. ¿Pero acaso el campo de la razon está exclusivamente reducido á los hechos materiales ó morales que son del dominio de lo positivo? ¿No abarca tambien ella lo invisible, lo impalpable, lo sobrenatural, lo infinito pasado y lo infinito futuro? ¿No es el primer agente de toda

investigacion el alma, la cosa más indemostrable por los medios muy limitados de que se sirve la filosofía positiva?

Segun la ciencia de otra escuela sistemática, la de los llamados experimentalistas, fuera del campo de la experiencia no hay verdadera ciencia: el espíritu humano sólo puede admitir como cierto lo que está comprobado como una realidad por el método experimental. ¿Pero acaso los fenómenos del alma no son tambien experimentales? ¿No experimenta cada cual los prodigios del entendimiento, de la conciencia y de la voluntad, ya estudiándolos y observándolos en sí mismo, por medío de un trabajo interno, ya observándolos en los demas, mediante el estudio y la comparacion de todos los actos externos, reveladores más ó ménos seguros del hombre psicológico y afectivo? ¿Ha podido el hombre *crear* algo en los tiempos conocidos, entendiendo por crear, no la simple transformacion de las cosas materiales que son de su dominio, ni la mera concepcion de ideas ó expresion de sentimientos? ¿Ha logrado modificar el conjunto de lo creado ó las leyes que rigen la Creacion? ¿Ha podido siquiera modificar á traves de los tiempos la esencia de su propio sér? La respuesta que dá la experiencia á estas preguntas es negativa. Todas estas negaciones son perfectamente experimentales. ¿Pero ha dejado de subsistir la Creacion con todos sus elementos conocidos y sus leyes evidentes, desde los primeros tiempos de la Humanidad hasta los presentes? ¿Ha dejado la Humanidad de tener los caractéres que la distinguen? ¿Se han asemejado en algo al hombre los séres de los reinos inferiores? ¿Se han suspendido de algun modo los fenómenos que constituyen la lógica de la historia? No. Luégo hay un principio eterno superior á todo lo que existe en el órden experimental; hay una inmortalidad que escapa á toda experiencia y se patentiza ante la razon; hay una ley divina que todo lo envuelve y lo rige, sin que á su poder alcance á sobreponerse la voluntad humana; y hay un destino particular del hombre, como sér moral, que le distingue y separa sustancialmente de todos los demás séres animados.

Si todas éstas y muchas otras reflexiones pesaban yá poderosamente sobre mi espíritu, su resultado habia sido muy importante, pero no definitivo. Yo habia lle-

gado á una filosofía religiosa, enteramente espiritualista en sus tendencias psicológicas y enteramente cristiana en su punto de vista moral; pero estaba muy léjos de aceptar una *fe religiosa determinada* ó un órden preciso de *dogmas positivos.* Y aun confieso que habia en el fondo de mi alma, junto con el sincero deseo de creer algo dogmático y definitivo, una fuerte resistencia á someterme particularmente á los dogmas del catolicismo.

Con todo, yo tenia tomada desde 1862 una firme resolucion: la de resolver de algun modo el problema de mis creencias religiosas y sacudir la tiranía de la duda, que me parecia ser un poder esterilizante; así como el indeferentismo se me antojaba propio para relajar la conciencia y empequeñecer los más nobles caractéres. En todo caso, era cosa resuelta por mí el no aguardar, para resolver aquel problema, á que la debilidad física y moral obrasen algun dia sobre mis definitivas determinaciones; sino adoptarlas en pleno vigor de juventud y robustez, de independeneia y serenidad de espíritu, á fin de que, despues de fijarme en una religion positiva, si á este punto habia de llegar, me quedase la seguridad de haber obrado con entera libertad de juicio, y de poder estimarme á mí mismo, por el respeto que yo mostrase por la dignidad de mi conciencia.

Una ventaja tenia yá, hácia mediados de 1862, para seguir adelante en mis meditaciones: podia proceder por el método de la eliminacion, despejando de muchos estorbos el campo de mis estudios. La propia experiencia me habia probado que no me era posible resolver el problema de mi vida futura con ninguno de los sistemas filosóficos preconizados por los libres pensadores. A pesar de todas las inepcias del ateismo se levantaba ante mis ojos la evidencia de la Creacion, de la Historia y de la vida independiente y libre del Alma humana. Yo sentia mi alma, la sentia inmortal y personal, y por encima de los absurdos del ateismo, de la impotencia del positivismo, de la incapacidad moral del panteismo y de las contradicciones del racionalismo se alzaban las supremas esperanzas de mi alma, que me encaminaban hácia Dios, y las indomables inclinaciones de mi corazon, que no hallaban la satisfaccion del amor ni del instinto estético en ninguna de las degradantes promesas del materialismo.

En cuanto á las religiones positivas más extendidas

en el mundo civilizado, yo veia en la vida de los pueblos más considerables la prueba de la impotencia de aquellas mismas religiones para dar asiento seguro á la civilizacion y justicia plena á las relaciones humanas. En la China, alcanzaba á ver el estancamiento y la petrificacion; en la India, el sibaritismo embrutecedor y la desigualdad, originados del bramanismo; en el Imperio Turco y sus asimilables, el inepto fatalismo, la degradacion de la mujer y la imposibilidad del progreso, por consecuencia del islamismo; en Rusia y los pueblos de religion griega, una especie de cristianismo bárbaro, yuxtapuesto á la servidumbre de cien millones de hombres y á las más odiosas formas del despotismo; y en Inglaterra y Escocia, en Suecia y Noruega, en Alemania y Dinamarca, las discordancias del protestantismo, el antagonismo de los pueblos y las dinastías, la esterilidad moral de numerosas sectas, sin que éstas hubiesen logrado oponer un principio decisivo de los problemas sociales y políticos, capaz de contrarestar el principio de unidad del catolicismo.

Por último, en los Estados Unidos de América, la gran diversidad de sectas cristianas sólo habia conducido á estos resultados: formar un gran conglomerado social, audaz sin escrúpulos, sin ningun sentimiento estético ni verdadero carácter nacional; encaminar la democracia hácia un materialismo puramente calculador, propio sólo para rebajar los más nobles instintos del alma y convertir la idea suprema del derecho en asunto de *fuerza* y *éxito;* y dejar en pié la formidable cuestion de la esclavitud, como un gérmen de conflictos que sólo una espantable guerra podia suprimir, en un sentido ú otro, pero siendo tambien un semillero de futura desmoralizacion.

En cuanto al catolicismo, yo veia el espectáculo que con él ofrecian Francia é Italia, España é Irlanda y las Repúblicas Hispano-Americanas, y estaba muy léjos de hallar satisfactoria su manera de ser, por mucho que me pareciese haber en ella un elemento de salvacion encarnado en el principio de unidad, diez y ocho veces secular. Con todo, miéntras más consideraba yo las más grandes obras de la civilizacion, más me persuadia de que ellas habian tenido su principal inspiracion en el catolicismo, á pesar de todos los errores profesados y todas las faltas cometidas al amparo ó en nombre de esta religion.

En suma, mi alma se hallaba en una época de crísis, mi conciencia estaba torturada por el ardiente anhelo de hallar la verdad y emanciparse de la duda, y una revolucion decisiva tenia que operarse en mis ideas, convicciones y creencias. Tal era mi situacion, cuando los acontecimientos políticos que se verificaban en Colombia me obligaron á tomar una extraña resolucion: la de prolongar mi ausencia, buscando teatro para mi actividad en el Perú, en vez de aprovecharme del que mi propio pais podia ofrecerme.

XIII

VIAJE AL PERU.

Mi posicion personal respecto del partido vencedor en Colombia era difícil. Bien que yo estaba seguro de la buena acogida que en todo caso me daria el partido liberal, al regresar á mi pais, mayormente cuando mi reputacion literaria era en 1862 incomparablemente superior á lo que habia sido hasta fines de 1857, parecíame inevitable una serie de conflictos entre mi conciencia y las tendencias que predominaban entre mis copartidarios. De una parte, yo no aceptaba muchos de los actos que se habian consumado durante la revolucion, jamas aprobada por mí, por mucho que pareciese legitimarlos la victoria; de otra, yo no podia ser *mosquerista* ó sujetarme á la direccion que el espíritu dictatorial del General Mosquera queria dar al liberalismo, pervirtiéndolo y extraviándolo con el militarismo y la violencia; y en fin, yo, que habia sido y persistia en ser federalista sincero y tolerante en religion, — más que tolerante, partidario de la más amplia y efectiva libertad religiosa,—no podia admitir, ni la idea de exagerar la federacion con la soberanía de los Estados, exponiendo la República á la disociacion ó la anarquía, ni el sistema de persecucion contra la iglesia católica — la única existente en Colombia — que habian puesto en práctica los vencedores.

Era, pues, seguro, — precisamente porque yo me mantenia fiel á las más sanas doctrinas liberales, y libre del contagio de los odios y enconadas pasiones que la guerra civil habia desencadenado, — que al volver yo á Colombia, cuando no habia concluido aún la lucha y estaba á punto de reconstituirse legalmente la República,

me veria hostilizado por todos los hombres exaltados que, de oscuras nulidades anteriores, se habian levantado á ocupar posiciones importantes, merced al trastorno general y sangriento que se habia verificado. Los acontecimientos habian dado la palabra al sable, y tan general era la apostasía en que habia caido el liberalismo colombiano, convertido de doctrinario en espoliador, militarista y perseguidor de los vencidos, que yo, al oponerme á los abusos consumados ó por consumar, habria sucumbido en una lucha estéril.

Por otra parte, como la lucha continuaba, los Gabinetes europeos persistian en no reconocer el nuevo Gobierno colombiano, que estaba muy léjos de obtener la legitimacion necesaria en una República; y no pudiendo yo hacerme recibir como Encargado de negocios en Francia, ni en Bélgica, ni en Holanda, la delicadeza me prohibia continuar percibiendo un sueldo que excedia á la importancia ó al valor de los servicios hechos por mí á la República en mi empleo diplomático. Resolví, por tanto, aceptar las proposiciones que desde meses atras me habia dirigido el señor Amunátegui, propietario del *Comercio* de Lima; y una vez que tomé tal resolucion envié á Bogotá mi renuncia del empleo de Encargado de negocios.

Consistia mi compromiso en irme á residir en Lima para ser allí el redactor principal del *Comercio*, con un sueldo mensual de cuatrocientos pesos y habitacion para mí y mi familia; * propuesta que admití movido por un triple interes: el de instruirme en el conocimiento inmediato de las Repúblicas del Pacífico; el de ganar tiempo miéntras se aclaraba en Colombia una situacion equívoca y que para mí era muy difícil, mejorando entre tanto mi posicion de fortuna, pues habia consumido en mis viajes casi todo lo que tenia; y el de contribuir con mis esfuerzos á la propagacion de las buenas ideas liberales en el Perú y las Repúblicas vecinas, no sin procurar á Colombia la mayor influencia posible.

Muy halagüeñas proposiciones me hizo, en Septiembre de 1862, una gran casa de librería de Paris para realizar, junto con otros cinco ó seis escritores, un vasto plan de publicaciones en castellano y en frances. Pero

* Despues de seis meses tendria derecho, ó á un sobresueldo de doscientos pesos, ó á una parte en las utilidades que pudiera ser equivalente.

yo estaba yá comprometido y no podia recoger la palabra dada al señor Amunátegui; por lo que hube de desechar un partido que en todos sentidos me hubiera convenido mucho más.

A la sazon habia estallado en los Estados Unidos de América la famosa guerra civil producida por el levantamiento separatista de los Estados del Sur, al propio tiempo que Napoleon III iniciaba con el convenio de Biarritz su desatentada empresa de la expedicion y conquista de Méjico, combinada con el permiso dado al Gobierno español para tratar de apoderarse del Perú. Propúsome el señor Amunátegui que me fuese á pasar una temporada en los Estados Unidos para ser allí el corresponsal del *Comercio* durante la guerra, y proseguir despues mi viaje hasta Lima. Pero no vine en ello, ya porque la guerra y mi situacion transitoria tenian que encarecerme mucho la vida, ya porque no habria de serme muy provechosa la residencia en el seno de una gran nacion destrozada por la formidable revolucion que habia puesto á dura prueba sus destinos. Yo no podria ménos que formarme ideas falsas respecto de la Union Americana así comprometida, ni me podria ser fácil viajar ni estudiar cosa alguna con provecho en tal situacion. Preferí, pues, partir directamente para Lima, y el 7 de Noviembre me embarqué en Saint Nazaire, con toda mi familia, con direccion á Colon y Panamá, via Saint Thomas.

No omitiré recordar que durante dos años tuve el vivísimo placer de hallarme, en Lóndres y Paris, con mi querido hermano Rafael, cuya compañía me fué tanto más grata cuanto él quiso, durante algun tiempo, vivir conmigo en todo y por todo. Gozábase mucho mi hermano con los viajes que hacia, y sabia conciliar con sus placeres de viajero y hombre culto y amable los negocios que le ocupaban en el comercio, como socio de otros hermanos con casa en Bogotá; negocios que dirigia con mucha inteligencia. Encantábase Rafael, que era muy afectuoso y obsequioso, agasajando á mis chiquillas, y haciéndolas, así como á mi esposa y á mi "madre," muy frecuentes regalos; y la vida que vivíamos nos hacia recordar constantemente los bellos dias de nuestra primera juventud.

En 1862 llegó tambien á Paris, en la doble calidad

de viajero estudioso y comerciante, mi hermano **Miguel**, á quien, á más de entrañable cariño de hermano, he profesado siempre gran respeto, por su inteligencia y cordura, su sólida ilustracion, su acertado criterio, su carácter suave y generoso y sus ejemplares virtudes. Muchas cosas vimos y observámos entre los tres hermanos, trasmitiéndonos recíprocamente nuestras observaciones; y formando en Paris algo como un compendio de nuestra yá dispersa pero siempre *unida* familia solariega, nos parecia que en el hogar parisiense manteníamos, á pesar de la distancia, un pedazo íntimo de la querida patria. Mi hermano Miguel se embarcó en Saint Nazaire junto conmigo, y como él regresaba á Bogotá debíamos separarnos al llegar á Colon.

Profunda fué mi emocion de gozo el dia que, despues de muy cerca de cinco años de ausencia de la patria, divisé desde léjos, en alta mar, las montañas del itsmo de Panamá. El regreso á la patria es y será siempre uno de los más profundos goces del alma, cualesquiera que sean las circunstancias en que uno se halle al verificarlo, y siquiera sea ese regreso un mero tránsito de pocos dias ó de horas. Mas tal parecia como si las ondas del mar itsmeño nos rechazasen. Durante los últimos dias de nuestra navegacion habia ocurrido un terrible temporal que, á más de causar grandes desastres en la rada de Colon y en el Itsmo, mantenia el mar tan violentamente agitado, que no permitia tentar el desembarco. Tres tentativas infructuosas hizo el Capitan de nuestro vapor para acercarse á Colon, y siempre tuvimos que ir á refugiarnos en la profunda, salvaje y tranquila bahía de Portobelo. Al cabo, con ruda mar y todo, no sin serio peligro de claudicar en el puerto, lográmos desembarcar en Colon, con cuatro dias de demora; pero como el vapor que debia seguir para Cartagena habia sido destrozado por el temporal, mi hermano Miguel se halló en una dura alternativa: ó detenerse en el Itsmo durante quince dias hasta que llegase de Saint Thomas otro barco de la línea de la *Mala Real* (única que entónces hacia el servicio), ó desandar parte de lo andado, perdiendo ocho dias de navegacion, es decir, regresar á Saint Thomas para luégo volver á Colon y seguir rumbo á Cartagena. Tánto temia mi hermano la insalubridad del clima del Itsmo, que optó por el segundo partido, no obstante lo mucho que sufria á bordo y la du-

plicacion de los pasajes. Gran pena sufrí al despedirme de mi hermano y verle alejarse del puerto.

Cuatro dias mortales tuve que pasar con mi familia en Colon, aguardando con ansiedad á que, gracias al trabajo activo de cuatrocientos obreros, reparasen provisionalmente los ingenieros del ferrocarril de Panamá los enormes daños que habian causado en la via el reciente temporal y una formidable avenida del rio Chágres. El puente de este rio habia sido casi destruido, y las aguas, salidas de madre, habian cubierto algunas millas del ferrocarril. Así, la travesía del Istmo fué para nosotros el caso mas dramático que nos hubiera ocurrido en nuestros viajes. Partímos de Colon casi al anochecer, y el tren, que andaba sobre rieles mál asentados en un terreno movedizo, llegó, en medio de la más profunda oscuridad, al extremo norte del puente destrozado. Allí se detuvo, y todos los pasajeros hubimos de pasar por una tabla sobre el hondo abismo, rodeados de tinieblas, en cuyo fondo blanqueaba amenazante el rio, con inminente peligro de precipitarnos, sin esperanza de salvacion. Hube de pasar y repasar catorce veces aquella sombría trampa de muchos metros de extension, llevando sobre la nuca á mis cuatro hijas, y de la mano, detras de mí, casi arrastrándose, á mi esposa, mi madre y la niñera que nos acompañaba; pero la Providencia nos favoreció, y todo se verificó sin accidente en las personas.

Tomámos el tren de Panamá, que nos aguardaba en la extremidad meridional del puente, y á poco se produjo la escena más extraordinaria y románticamente bella. Salió la luna, espléndida, cuando el tren navegaba sobre los rieles, cubiertos en prolongadísima extension por uno, dos y hasta tres piés de agua: el ferrocarril era otro Chágres, y las aguas, visiblemente encerradas entre los espesos bosques de los dos lados de la via, semejaban un ancho rio, reverberante al pálido fulgor de la luna...... Las ruedas de los carros se hundian en gran parte ó del todo en las aguas, y el tren se detenia con frecuencia, porque casi se apagaba el fuego de la locomotora. Aquel espectáculo, como todo lo que en aquella noche vi y sentí, dejó imborrables impresiones en mi alma, y en muchos momentos llegué á pensar que claudicaria con toda mi familia. Sólo los yankees, como empresarios, son capaces de realizar cosas por el estilo de

las que aquella noche realizaron para restablecer el tráfico interocéanico.

Eran las dos de la mañana cuando, agitados moralmente, —porque lo ocurrido era muy propio para hipertrofiarnos súbitamente el corazon á todos,— y rendidos de hambre, sueño y cansancio, llegámos á Panamá, atravesámos unos cuantos muladares y calles sucias de la zona más cercana al mar, y fuimos á alojarnos de cualquier modo en un hotel. A las siete de la mañana todos los pasajeros fuimos llamados á toda priesa, porque iba á zarpar del puerto el vapor que debia transportarnos al Callao. A causa de los accidentes y demoras ocurridos, el vapor tenia que partir sin dilacion, y por este motivo hizo rumbo directamente á Paita. Así, ni pudimos conocer realmente á Panamá, ni tuvimos ocasion de tocar en Guayaquil.

Viva impresion, pero puramente moral, me causó la vista del océano Pacífico, y comprendí por su magnificencia y transportando el espíritu á los grandes sucesos del siglo XVI, cuán grande y profundo debió de ser el sentimiento de satisfaccion, gloria, esperanza y legítimo orgullo del heroico y desventurado Núñez de Balboa, al divisar, primero que ningun otro hombre del Viejo Mundo, aquella inmensidad líquida y tranquila, promesa de varios imperios y de la solucion de grandes problemas para la Humanidad; y con cuánta voluptuosidad de descubridor habria de lanzarse, caballero en su poderoso bridon, á tomar posesion, entre las olas del golfo de San Miguel, en nombre del heroismo y de los Reyes de España, de todos los misterios y todas las maravillas de un océano desconocido.

El Pacífico me pareció merecer su nombre, sobre todo por comparacion con el Atlántico, y realmente la navegacion fué muy tranquila y agradable. Pero si mi sentimiento de nacionalidad se complacia cada vez que yo consideraba la prodigiosa extension de costas que Colombia poseia en los dos Océanos, y la ventaja de ser dueña de la maravillosa garganta del itsmo de Panamá; tambien se abatia mi orgullo patrio al observar que nuestros litorales eran desiertas soledades, inmensas y casi inexploradas selvas donde la civilizacion habia comenzado apénas, y en muy reducida escala, su glorioso trabajo de conquista sobre la barbarie.

Sin embargo, tuve al atravesar el itsmo de Pana-

má una intuicion que desde 1862 comuniqué á muchas personas en Lima. Bien que al transitar por el ferrocarril, de noche y en circunstancias tan dramáticas, no habia podido formarme la menor idea de las diferencias de nivel ó altura, ni de la naturaleza aparente de los terrenos, me pareció tan suave la inclinacion de la via férrea, que concebí, como instintivamente, esta idea: si alguna vez puede haber un canal interocéanico, será, segun toda probabilidad, siguiendo la via trazada por el ferrocarril.

Yo habia tenido ocasion, en Paris, de estudiar y tratar el grande asunto de las comunicaciones interocéanicas. Uno de mis colegas de la Sociedad de Geografía, Mr. de la Roquette, me habia pedido con instancia, en 1861, que le suministrase un tratado histórico–geográfico relativo á todos los proyectos ó vias imaginadas de canales interocéanicos, desde los tiempos de Hernan Cortés, el primero que imaginó tal medio de comunicacion, hasta el momento en que me iba á dedicar á tan interesante estudio. Lo emprendí con viva curiosidad de colombiano y de aficionado á la ciencia, y hallé que habian sido propuestas ó indicadas nada ménos que diez y nueve vias distintas, —algunas de ellas combinadas en parte,— desde el itsmo mejicano de Tehuantepec hasta el llamado impropiamente itsmo de San Pablo, formado por la cordillera que separa las aguas del Atrato de las del San Juan, en nuestro Estado del Cauca. Mr. de la Roquette presentó á la Sociedad de Geografía una extensa memoria de tan importante materia, pero tuvo la lealtad de manifestar que debia los datos ó elementos principales de ella á mi paciente estudio y laboriosidad. En cuanto á mí, lo que me asombró al hacer aquellos estudios, fué la fecundidad de ingenio proyectista ó de investigaciones topográfico–hidrográficas de tantos hombres que se habian ocupado en solicitar medios de canalizacion interocéanica, de los cuales diez y seis tenian por base el territorio colombiano.

Persuadíme desde entónces, y más aún al atravesar el istmo de Panamá, de que tarde ó temprano se acometeria sériamente la empresa internacional de la excavacion del canal, en el territorio de Colombia, y concebí las más halagüeñas esperanzas sobre la prosperidad y el engrandecimiento de mi patria. Entretanto, mil bellas ilusiones me hacian ver en lontananza, en el Perú, un

pais donde mi espíritu podia darse vuelo, en una generosa propaganda de ideas elevadas y de amplio americanismo. Yo habia soñado siempre con una alianza de las Repúblicas Hispano-Americanas,—alianza no solamente política, sino de doctrinas é instituciones progresistas y de intereses económicos, — que permitiese á nuestros pueblos asegurar su soberanía y la autonomía y la influencia de su raza, delante del coloso norte-americano, muy poco simpático para mí; y esperaba que la guerra civil en que se hallaban envueltos los Estados Unidos seria fecunda en benéficos resultados, si sabíamos aprovechar la coyuntura los que nos habíamos visto más sériamente amenazados por el poder invasor de aquéllos.

Cuán pronto iban á desvanecerse mis ilusiones delante de la brutalidad de los hechos! En breve tenia que adquirir la triste conviccion de que el Perú estaba muy léjos de ser una República donde un filántropo americano, un *hijo de Colombia*, libertadora de ese pais, no fuese llamado *extranjero* y hostilizado como tal por el egoismo y la pequeñez de alma de los hombres que hacian de la política una especulacion, en vez de un conjunto de doctrinas y actos de patriotismo!

La costa peruana fué mi primer desengaño. No obstante lo que yo habia leido ó sabido por informes sobre la aridez y el desolado aspecto de los arenales que cubren casi toda la costa del Perú, me sorprendieron la esterilidad, tristeza y desolacion de aquel territorio, tal como apareció á mi vista desde las cercanías de Paita. Las barrancas que allí dominan el mar, compuestas de un conglomerado que parece atestiguar la antiquísima inmersion de toda la costa bajo las ondas del Pacífico; el aspecto como de ranchería miserable que tienen los grupos de casas en aquella ribera privada de lluvias y verdor; la vastitud de un horizonte sobre cuya monótona línea no se ve asomar ninguna arboleda, ninguna colina que tenga amenidad, sino solamente la cenicienta capa de un cielo incendiado y desapacible: todo contribuye á preparar el ánimo á impresiones de desencanto y tristeza.

El aspecto de la naturaleza y de las construcciones no me pareció mejor en el Callao; pero allí al ménos encontré el movimiento propio de muchos barcos surtos en el puerto, de los negocios ocasionados por la primera aduana de la República, y del servicio del ferrocarril que conduce á Lima. Mala impresion me causó el saber allí

mismo dos cosas muy significativas: primera, que se hacia escandaloso contrabando en la Aduana, con el cual especulaban muchos empleados, comerciantes y personas intermediarias; segundo, que aquel ferrocarril de tan pocas millas, que enlazaba el primer puerto peruano con la capital, pertenecia, lo mismo que el de Lima á Chorrillos, á un particular, á un capitalista chileno, y que éste, como dueño exclusivo de la Empresa, daba completamente la ley al público, así en lo tocante al servicio como á la tarifa, á virtud del privilegio que tenia.

El 28 de Noviembre de 1862 hacia yo pié en el Callao y en Lima, con toda mi familia, y desde aquel momento comenzaba para mí, segun lo esperaba, nueva vida. Léjos de ser así en realidad sólo iba á abrir en mi vida un paréntesis, desagradable casi en todos sentidos.

XIV

MI RESIDENCIA EN LIMA.

De ordinario, cada situacion notable de la vida de un hombre público tiene su anverso, de ilusiones, favores y prosperidad, y su reverso, de contratiempos, desagrados y desengaños; ó tiene, si se quiere, su domingo de *Ramos* y su *Pasion*. Puedo decir que los dos primeros meses de mi residencia en Lima fueron para mi nueva situacion como un continuado domingo de Ramos. De trescientas cincuenta á cuatrocientas personas, más ó ménos notables, de la sociedad culta, me visitaron, haciéndome manifestaciones de consideracion y aprecio; aunque, á decir verdad, llegué á pensar que las más fueron á verme por curiosidad, más bien que por simpatía, á causa de la reputacion que me habian creado en el Perú, durante cinco años, mis incesantes y variadas correspondencias, escritas en Europa, con las cuales *El Comercio* de Lima habia alimentado diez ó doce de sus números en cada mes. En concepto de unos, yo era un demócrata y liberal muy avanzado, casi un demagogo, capaz de inspirar el temor de que haria daño al país con mis escritos; y los "conservadores" que así pensaban querian juzgar, por el trato personal conmigo, si yo seria realmente, como hombre político y redactor principal del primer diario del Perú, tan peligroso como lo suponian. Otros, al contrario, se prometian que yo iria á encabezar en la prensa

una propaganda democrática y reformadora muy pronunciada; mas no dejaban de tener algun recelo del ascendiente que tal actitud pudiera procurarme, acaso en perjuicio de algunas aspiraciones rivales. Otros, en fin, á fuer de servidores de las letras, tales como Vigil, Llona, Palma, Althaus, Salaverri, Paz Soldan Unanue, Ochoa y muchos más, me acogian con aquella benevolencia desinteresada y de *familia* que caracteriza de ordinario á los amigos de las ciencias, de la literatura y de todo lo que dá alimento y fecundidad á la prensa.

Como quiera, unos y otros me mostraron desde los primeros dias estimacion, aprecio, simpatía, ó benévola curiosidad, ó cuando ménos el deseo de favorecerme con sus relaciones; mi familia fué rodeada de atenciones por gran número de las de Lima; me llovieron invitaciones para almuerzos y comidas, paseos y tertulias; los periódicos de la ciudad y de otras localidades saludaron en términos muy favorables mi llegada; las logias masónicas de Lima y del Callao me dieron testimonios de aprecio muy marcados; y fué notorio el interes con que se comenzaron á leer mis escritos. Así, á pesar de las dificultades con que tropecé para mi costosa instalacion, y mucho más aún para acomodarme, así como mi familia, á los raros usos domésticos que las costumbres tenian establecidos, á las condiciones del clima, á la complicadísima nomenclatura de las calles, á la extraña combinacion del lenguaje comun (mezcla en gran parte de *quichua* ó quechua, castellano anticuado y frances corrompido ó alambicado), y á muchas particularidades locales, es lo cierto que durante los dos primeros meses estuve por lo general muy complacido, sin que mis ilusiones sufrieran menoscabo.

Muy pocos dias despues de mi instalacion en Lima entré en el ejercicio de mis funciones como redactor principal de *El Comercio*; mas no sin trazarme primero un plan de trabajos y de conducta, indicado al propio tiempo por las circunstancias excepcionales y delicadas de mi posicion y las condiciones especiales de aquel diario y de la prensa peruana. Sintiéndome extranjero, no obstante mi nacionalidad colombiana, mi notorio americanismo y mi marcado interes por la prosperidad del Perú, yo tenia que proceder de manera que, ni mis escritos lastimasen la susceptibilidad de los peruanos, por una excesiva ingerencia mia en la política puramente

nacional, ni mis cofrades sintiesen su amor propio afectado por la influencia que mis artículos pudieran ejercer, ó por el tono y estilo que los distinguiese. Sólo así podrian *perdonarme* casi todos el servicio que mi pluma hubiese de hacer á la causa de la libertad democrática y republicana, de la civilizacion y del buen gobierno en el Perú; mayormente si se me veia proceder con dignidad y entera independencia, con desinteres y buena fe, y con absoluta pureza de intenciones y actos.

De una parte, la redaccion del *Comercio* me ofrecia dificultades, ya provenientes de mi ignorancia de la mayor suma de las instituciones, de la historia íntima y de los hechos componentes de la política del pais, ya de las circunstancias particulares de publicidad que caracterizaban aquel diario. Sus editores y propietarios eran extranjeros, (el que á la sazon lo dirigia, don Manuel Amunátegui, era chileno); chileno era uno de los redactores subalternos encargado de varias secciones de *Crónica;* y pronto caí en la cuenta de que entre esos redactores habia rivalidades, así como celos respecto de mí. Aunque *El Comercio* parecia tener tendencias liberales y democráticas, estaba muy léjos de ser doctrinario, ni de representar propiamente una causa política ó social. Obedecia más que todo á intereses personales y de especulacion, cuando no á influencias oficiales más ó ménos disimuladas; y aun muchos de sus artículos, publicados como editoriales, tenian su orígen en los ministerios.

De otra parte, como en el Perú no habia verdaderos partidos políticos, tampoco habia ni podia haber prensa verdaderamente doctrinaria; y *El Comercio* era el tipo de una excesiva libertad de publicaciones individuales, firmadas ó anónimas, notables por su virulencia, por su lenguaje y tono incorrectos, malignos y frecuentemente inciviles, por su tendencia á vulnerar reputaciones y vidas privadas, y por la suma facilidad con que pululaban, sin más sujecion á regla ni medida que la de acomodarse, en calidad de *sueltos*, *remitidos*, *comunicados* y *variedades* de crónica, á la tarifa de precios del diario. Pagar *tanto* por columna, era lo esencial para *El Comercio*, por cuanto éste era simplemente un negocio de publicidad; y todo el que pagaba podia fácil ó impunemente escupir en aquellas columnas lo que á bien tuviese.

Ya que me era imposible modificar sériamente aquel

extraño sistema de publicidad, puse empeño en dos cosas: la una, esforzarme por hacer corregir en las oficinas del diario aquellas crudezas de estilo y de lenguaje que tanto afeaban muchas de las columnas, redactadas por *todo el mundo*, por no decir por *Pasquino;* y la otra, salvar mi responsabilidad moral ante el pais, y al propio tiempo dar á los artículos de fondo un carácter elevado y una tendencia francamente doctrinaria. Me apresuré, pues, á declarar que sólo me constituia responsable moral, legal y personalmente de los artículos de fondo publicados en la primera seccion editorial, exclusivamente sostenida por mí, y de los literarios ó científicos que en otras secciones apareciesen con mi firma; procuré ocuparme en altos asuntos de gobierno y de política nacional y extranjera, de literatura, industria, comercio y otros ramos de interes comun; y me abstuve completamente de inmiscuirme en asuntos personales, de círculos ó banderías, y de política de alcobas ó de conciliábulos ó especulaciones con el gobierno.

Bien que escribia tres ó cuatro editoriales por semana, amén de otros trabajos, en breve comprendí que *El Comercio*, por pertenecer en cierto modo á todo el mundo y ser esencialmente noticioso y mercantil, ni podia ser convenientemente amenizado, ni ofreceria teatro suficiente á mi actividad. Le propuse al Editor la creacion de un periódico quincenal, adicional á la empresa, de ciencias, política doctrinaria, literatura, revistas noticiosas del pais y del exterior, y artículos sobre bellas artes, costumbres, crítica, viajes, &ª; y como viniera en ello el señor Amunátegui, fundámos al punto la *Revista Americana*, periódico de impresion elegante, correcto, variado, serio y digno, constante de veinticuatro páginas de dos columnas en gran folio, en cada número, y dividido en diez secciones.

Puedo afirmar que la *Revista Americana*, cultísimo auxiliar del *Comercio*, fué honra para la prensa de la América española y título de honor para mi esposa y para mí. Alcanzó á llegar hasta la página 288, de suerte que su composicion equivalió á cosa de tres gruesos volúmenes en 12º, y (con excepcion de algunas páginas) fué obra mia y de mi esposa, porque, si bien hice grandes esfuerzos por lograr la colaboracion de los escritores peruanos, rarísimos quisieron suministrar alguna cosa. El egoismo de unos, y la preferencia que los más daban á la

prensa maldiciente y personalista, nos dejaron sin colaboradores. Así, mi esposa sostenia con su pluma dos ó tres secciones, y yo con la mia las siete ú ocho restantes; y á fin de atender á tal variedad, yo tenia que hacer prodigios de diversificacion de estilo y de estudio y tratamiento de materias, procurando, para mantener la ilusion de los lectores y hacerles creer que colaboraban muchos otros escritores, diversificar los nombres y pseudónimos con que mis artículos, novelas, cuadros de costumbres &.ª aparecian suscritos.

Así, fué grande é incesante mi actividad en Lima, y viví constantemente ocupado en labores que me absorbian mucho tiempo; lo que no me impedia cultivar mis relaciones sociales, informarme cada dia de los asuntos políticos, observar las costumbres nacionales, y tomar lenguas sobre cuanto podia conducirme al conocimiento de los hechos particulares del pais.

Lo primero que supe con certeza, al cabo de poco tiempo, fué que en el Perú no habia partidos políticos ó doctrinarios, es decir, fuerzas organizadas para servir á determinados órdenes de ideas. Rarísima vez oia yo hablar de "liberales" ni "conservadores," denominaciones exóticas y casi desconocidas en la nomenclatura política nacional de 1863. Cuando los hombres querian caracterizar sus opiniones, á lo sumo se llamaban "ministeriales" ó "gobiernistas," unos, y otros "oposicionistas," si bien los últimos eran muy poco numerosos; pero las más comunes denominaciones eran las de "vivanquistas," "castillistas," "echeniquistas," y otros *istas*, derivados de nombres de caudillos.

Sólo hallé un pequeño núcleo de liberales doctrinarios y hombres de ideas y tendencias civiles, entre los cuales el Padre Vigil, el doctor Mariátegui y el señor José Gálvez eran los más notables, aparte del señor Gregorio Paz Soldan que encabezaba un grupo separado. Gálvez, jóven de gran talento, severa probidad, espíritu serio y mucho juicio, modesto y desinteresado, era el verdadero jefe del liberalismo civil que se iba marcando en el Perú; pero su círculo era reducido, y pocos años despues sucumbió gloriosamente en el combate del 2 de Mayo, en la defensa del Callao, dejando sin su mejor corazon y su mejor cabeza á los liberales de aquel pais.

Muchas veces me ocurrieron diálogos como éstos,

con hombres políticos, particularmente miembros del Congreso y escritores:

—¿Es usted absolutista ó partidario del establecimiento de la monarquía? preguntaba yo á alguno de los *vivanquistas*.

—No, señor, me contestaba.

—¿Y entónces por qué es usted vivanquista?

—Porque deseo que gobierne el General Vivanco.

—Pero él es decididamente monarquista, y sus ideas corresponden á un conservatismo absolutista....

—No importa. Prefiero que sea él quien gobierne.

Luégo me entendia con otro y le decia:

—Supongo que usted es partidario del gobierno civil.

—Oh! sin duda, me respondia.

—No comprendo por qué es usted *castillista*....

—¿Y por qué no?

—Porque el General Castilla jamas ha practicado sino la política del sable, política dictatorial y muy favorable al militarismo.

—Así será; pero ha sido el Jefe de los viejos liberales, y le prefiero á todos los demas jefes.

—Y usted, señor doctor, le preguntaba yo á un tercero ¿por qué persiste en ser *echeniquista*, si la política de Echenique fué derrotada y vencida desde hace cosa de siete años y no tiene razon de ser ninguna?

—Persisto, me decia, porque el General Echenique fué el hombre de mis afecciones.

—¿Y qué representa él, si no es el derroche que sufrieron los caudales públicos, y la vergonzosa caida que él y sus sostenedores aceptaron en Lima, por impotencia, impopularidad y carencia de ideas?

—Representa un órden de cosas al cual estuvieron vinculados grandes intereses y un vasto tren de empleados.

A propósito del tren de empleados, á poco de estar en Lima observé que habia tres Administradores generales de Correos, tres Administradores de la Casa de Moneda, tres Subsecretarios de Relaciones Exteriores, y muchos otros empleados, altos ó subalternos, duplicados ó triplicados. En cada caso, sólo uno ejercia las funciones del empleo, y todos percibian el sueldo...... "¿Cómo se explica esta irregularidad, desconocida en las demas Repúblicas Americanas?" le pregunté á un

amigo; y éste mé dió la siguiente explicacion, que me dejó asombrado.

"Aquí, con excepcion de los empleos de Ministro, Senador y Diputado, y del de Presidente de la República, todos los destinos públicos son *propiedad* del empleado. Como ha habido dos revoluciones que han cambiado violentamente el tren de empleados, resulta que los de la tercera edicion tienen, con las funciones de sus empleos, los sueldos respectivos, en tanto que los de las dos primeras ediciones, políticamente tumbadós, no ejercen las funciones de sus antiguos empleos, pero muchos de ellos han logrado que les reconozcan el derecho á sus sueldos, y el Tesoro se los paga."

"Bendita tierra del Presupuesto inagotable!" exclamé cuando recibí tan increible informe.

Pero mi asombro cesó cuando, picada mi curiosidad al saber que la viuda de un General gozaba de la pequeñez de cinco mil pesos de pension anual, un sujeto, muy instruido en asuntos de legislacion, me dijo:

"Es regla establecida aquí que la viuda y los hijos de un militar tienen derecho á una pension igual al sueldo de actividad de que disfrutaba el difunto. Así las "mariscalas" cuentan con siete mil pesos anuales, las "generalas" con cinco mil, las "coronelas" con tres mil, y las "comandantas," "capitanas," &.ª en proporcion."

"Razon tienen de sobra las peruanas, observé, para ser tan entusiastas por los militares y preferirles en calidad de maridos. Decididamente la milicia es aquí una mina mucho más rica que las del cerro de Pasco, y no es de extrañar que los hombres civiles sean, en general, insignificantes é impotentes en el órden político."

En breve supe, con absoluta certeza, hechos comunes como éstos:

En Lima, en sólo la ciudad de Lima gastaba el Gobierno, de 26 millones de pesos que importaba el Presupuesto nacional, 14 en sueldos, pensiones y gracias personales.

La mayor parte de los empleos y no pocas sentencias judiciales y providencias administrativas, se obtenian por medio de influencias femeninas.

Muchas veces, cuando alguna dama queria obtener algo de un personaje político ó magistrado, si no tenia hija ó sobrina bonita que la acompañase á visitar al

favorecedor, se la pedia prestada á cualquiera de sus amigas, á fin de producir mejor efecto al "echar el empeño."

Habia juez que públicamente invitaba, por medio de esquelas enlutadas, con su firma, al entierro de una hija, cubierta con el apellido de un *Don Fulano*, esposo de la madre; y los "hombres honrados y respetables" aceptaban la invitacion, á sabiendas del carácter putativo del entierro, por miedo al resentimiento del señor Juez.

Habia empleados de la Aduana del Callao, con sueldos de 40 á 60 pesos, que podian, sin tener capital alguno, pasearse en coche propio y sostener el doble tren de una familia legítima en Lima y otra de contrabando en la ciudad marítima. Así de un contrabando nacia otro.

Habia muchos *títulos*, resagos de la época colonial, que subsistian en el seno de aquella titulada República; y no sólo hacian mucho hincapié en su nobleza de pergaminos, haciéndose llamar condes y marqueses, sino que era un medio seguro de adulacion, para muchos que se decian demócratas, el empleo de tales designaciones, cuando hablaban con aquellos personajes hueros.

Las rentas públicas costaban muy poco á los peruanos, puesto que de 26 millones en total, 23 provenian del huano y el salitre monopolizados, y sólo 3 de impuestos ó contribuciones.

Así, raro ciudadano tenia interes en defender el Tesoro ni en que se economizaran ó gastaran bien los caudales públicos; al contrario, desde el Presidente hasta el último empleado, y desde el más elevado personaje hasta el último ganapan, todos procuraban vivir del huano, directa ó indirectamente.

En general las mujeres valian en Lima incomparablemente más que los hombres, así por la viveza de su inteligencia, excepto para los negocios, como por su desinteres relativo y la energía de su carácter.

El pais era gran productor de plata (de las riquísimas minas del cerro de Pasco), y tenia en Lima una costosa y bien montada casa de amonedacion; y sin embargo, ni acuñaba su plata ni tenia moneda propia, sino que recibia la ley de Bolivia, inundado de *cuatros* bolivianos, especie de medios pesos pésimamente acuñados, que debiendo tener el valor legítimo de 50 cen-

tavos ó 2½ francos, por lo ménos, sólo valian, en realidad, unos 35 centavos, por ser obra de una falsificacion oficial.

Ningun partido representaba una causa nacional, ni principio alguno, y las luchas aparentemente políticas no eran, en verdad, sino luchas de intereses personales.

Los caudales públicos eran derrochados sin escrúpulo, por el Congreso y por los gobernantes, porque nadie se afanaba por economizar unas rentas que no provenian de la riqueza social, sino del monopolio de los huanos y salitres.

No se pensaba sériamente en convertir en obras públicas reproductivas, contratadas con honradez y acuciosidad, los tesoros que producia aquel monopolio; y muchos creian que la renta de huanos y salitres seria eterna.

En la prensa, rarísimo era el artículo decente y de verdadera discusion, producido por algun escritor digno y de conciencia. Casi todo lo que daban á luz los diarios era fruto de la venalidad, de la especulacion interesada, y enteramente ilegible, por su detestable estilo y su desvergonzado lenguaje. Escritores habia que, vendidos á representantes de gobiernos extranjeros, servian con el mayor cinismo á estos gobiernos en perjuicio de su propio pais.

En el ejército faltaba el sentimiento de una lealtad incorruptible, y en tanto que casi todos los Jefes eran hombres "políticos," avezados á la intriga y á las más extrañas volteretas, muchísimos de los oficiales se distinguian por su maneras afeminadas y la nulidad de su educacion y sus conocimientos.

Miéntras que la poblacion propiamente limeña se ocupaba en gozar de sueldos y pensiones, ó en la política interesada, los negocios estaban en manos de extranjeros ó forasteros. Casi todos los abogados eran de Arequipa ó Trujillo; los médicos, colombianos, ecuatorianos ó europeos, pero muy pocos peruanos; la prensa estaba casi toda en poder de chilenos, y los negocios bancarios y otras empresas valiosas pertenecian á ingleses, americanos y chilenos. Las especerías y pulperías pertenecian enteramente á los italianos; las tiendas de modas, peluquerías y fotografías, á los franceses; las cigarrerías, joyerías y relojerías, á los alemanes; los molinos harineros y las panaderías, á los españoles; los grandes almacenes

de telas de algodon y quincallería, á los ingleses; y la marina, á todo el mundo.

Un rasgo enteramente gráfico lo dice todo. Cuando yo regresaba del Perú, á fines de 1863, venia á bordo el mayor de los Monteros,—dos hermanos que yá metian algun ruido y que despues han dado mucho qué hacer y qué decir en calidad de personajes. Aquel sujeto anunciaba en sus conversaciones que iba para Piura (via de Paita) con el propósito de hacerse elegir senador. Puso á bordo mesa de monte, con escándalo de casi todos los pasajeros, y sostuvo el juego en calidad de tallador ó banquero; y cuando hubo ganado unos novecientos pesos levantó el fondo, diciendo con cínica seguridad: "No juego más, porque con lo que he ganado tengo de sobra asegurada mi eleccion de senador."

¿A dónde habria de ir á parar el Perú con tales hombres de Estado? A un abismo: á la bancarota, la concusion sistemática y general, la pérdida completa del sentimiento nacional, la práctica de una política bizantina ó de *bajo imperio*, la humillacion y el hundimiento de una derrota llena de ignominias; á una caida irremediable...... Yo anuncié todo esto, desde 1863, en Lima: lo insinué con la debida discrecion, por la prensa, y se lo dije sin ambajes á muchos amigos, como los señores Lastarria y Benavente, ministros de Chile y Bolivia, Pereira Gamba, encargado de negocios de Colombia, Amunátegui, Pedro Paz Soldan y otros.

Constantemente procuré con mis escritos producir, en cuanto de mi esfuerzo pudiera depender, tres resultados: inclinar los ánimos hácia el doctrinarismo, á fin de que los partidos dejasen de ser personales y especuladores y fuesen verdaderamente políticos; elevar y engrandecer el sentimiento nacional, hasta darle las proporciones de un patriotismo generoso y capaz de entusiasmo, desinteres y sacrificio; y fomentar la creacion de obras públicas bien combinadas y dirigidas, necesarias y reproductivas, que trasladasen al continente, para lo futuro, las riquezas de las islas de Chincha que rápidamente se iban dilapidando. Pero si toda predicacion era inútil respecto de los dos primeros puntos, en lo tocante al tercero sólo se vió que los gobernantes la aceptaban al reves: emprendieron multitud de obras descabelladas, no por el bien del Perú ni para aprovechar unos tesoros naturales, sino para tener

ocasion de practicar el peculado en inmensa escala y causar la ruina general, con provecho solamente para algunos concusionarios.

Entre los incidentes que me ocurrieron como periodista en Lima, referiré los más importantes.

El Gobierno peruano habia querido establecer vapores de guerra en el rio Marañon ó alto Amazonas, y mandado construir dos ó tres en Europa, sin reparar en gastos. Quizo luégo hacerlos entrar por Pará, y como las autoridades brasileras se opusieron á ello, los capitanes respectivos, despues de algunos dias de detencion, forzaron el paso y remontaron el Amazonas. Pero yá bien arriba, al pasar por delante de una fortaleza brasilera, fueron cañoneados y sufrieron graves daños. De estos incidentes se originó un conflicto entre los dos Gobiernos que, por fortuna, al cabo fué amigablemente arreglado.

Hubo escritor peruano que, vendido al Cónsul brasilero, sostuvo contra su patria, en su diario, la causa del Brasil, y nadie se mostró indignado. Yo tenia que tratar el punto en el *Comercio*, y para poder hacerlo con propiedad comencé por aprender á traducir corrientemente el portugues, sin lo cual no podia enterarme de lo que narraban y sostenian los diarios de Pará y Rio-Janeiro. Estudiando mucho una gramática y un diccionario de aquel idioma, que me procuré, en veinte dias me puse al corriente de todo; y así pude, con entera conciencia y con mi genial desinteres, sostener enérgicamente la causa del Perú, que me parecia justa.

Suscitáronse tambien graves cuestiones relativas á las inmigraciones de chinos y polinesios ó *Canacas*, con motivo de las crueldades que los especuladores y hacendados cometian con unos y otros, faltándoles á los contratos celebrados y tratándoles como á brutos. El modo de atrapar ó cazar á los Canacas, en las islas del Grande Océano, era infame, y aquellos desgraciados morian á miles al llegar al Perú, hacinados en los buques traficantes cual si fueran fardos de mercancías. Aquello era una *trata* de nueva especie, tanto más vergonzosa cuanto se hacia protegiéndola con el pabellon de una República americana. Yo protesté enérgicamente contra tales infámias, y como el Ministro de Francia tomó á los Canacas bajo su proteccion, el Gobierno peruano acabó por hacer

justicia y tributar homenaje á la humanidad, mandando que, por su cuenta, fuesen reembarcados los supervivientes de aquéllos, y restituidos á sus islas.

Desde 1862, al partir yo de Francia, habia tenido noticia segura de lo concertado en Biarritz respecto de expediciones europeâs sobre varias Repúblicas Hispano-Americanas. Tan luégo como empecé á redactar el *Comercio*, insistí en lo que habia afirmado en una correspondencia escrita desde Paris: que era cosa convenida entre el Gobierno de Napoleon III y el Gabinete O'Donnell (de España) el distribuirse ciertas empresas políticas en América, de tal suerte que el Gobierno imperial emprenderia la conquista de Méjico, en tanto que el español, á más de apoderarse de la República Dominicana, expedicionaría contra el Perú.

Cuando afirmé estas cosas en Lima, procurando que el Perú obrase con cautela y se preparase con tiempo para rechazar un ataque, fuí groseramente injuriado en un diario que se decia peruano y era sostenido por peruanos, y las injurias aparecieron suscritas por unos cuantos molineros y panaderos españoles. No tardaron mucho en confirmarse mis anuncios, cuando yá el peligro era inminente, y el Perú tuvo que sostener guerra con España, ver ocupadas sus islas huaneras por la escuadra española, (precipitada por el Comisario Mazarredo á cometer graves atentados), y rechazar casi de improviso el bombardeo del Callao.

Hacia algunos meses que yo redactaba el *Comercio* y la *Revista Americana*, cuando ocurrió un incidente que me causó mucho desagrado. Yo escribia con entera independencia, mostrando igual moderacion cuando aplaudia ó censuraba los actos del Gobierno. En cierta ocasion en que el Gobierno tenia mucho interes en que la prensa le aprobase y justificase un acto notable, digno de censura, hicieron esfuerzos conmigo varios sujetos ministeriales para que yo torciese mi opinion; pero resistí á toda instancia, dando mis razones, y mandé componer en la imprenta del *Comercio* el editorial que tenia escrito sobre el asunto. No me dieron oportunamente pruebas para corregirlo, y fué demorada su publicacion por un dia. ¡Cuál no seria mi sorpresa, despues de poner el: *Tirese*, del caso, respecto de lo editorial, que era exclusivamente mio, al ver en la misma seccion, á continuacion de mi artículo, otro que me contradecia punto por

punto, como si su desconocido autor hubiese tenido á la vista mi manuscrito!

Procedí inmediatamente á pedir la explicacion del hecho, y ni el propietario-editor, ni los compañeros de redaccion, ni el director de cajistas pudieron dármela: todos apelaron á subterfugios ó se declararon inocentes del hecho. Me apresuré á declarar en el diario que se habia cometido un error ó un abuso; que el artículo publicado en oposicion al mio no era editorial, y que yo sólo respondia de mis propios escritos, no de los ajenos; y pensé que el caso no se repetiria.

Pero se repitió por tres veces, y como yo me mostraba indignado y buscaba con empeño la explicacion del hecho, un amigo que estaba instruido en muchos secretos me buscó para decirme lo siguiente:

"Usted es víctima de un miserable engaño, y todas las protestas que le hacen son falaces. *El Comercio* está secretamente vendido al Gobierno: recibe una subvencion mensual de trescientos pesos, y ademas, treinta por cada columna que se llene con artículos semi-oficiales. Los editoriales de usted, cuando contienen censuras, son comunicados inmediatamente á los ministerios, para que allí los refuten; y por eso, á continuacion de lo que usted escribe aparecen refutaciones como editoriales. Si usted quiere conocer la evidencia, tome súbitamente en la imprenta la llave del escaparate donde se guardan los originales, y no le quedarán dudas."

Como este informe era tan preciso y positivo, y yo tenia yá muchos datos para creer que el editor de *El Comercio* tenia un contrato secreto con el Gobierno, resolví seguir el consejo. Entré repentinamente en la oficina de correcciones, me apoderé de la llave del escaparate, examiné los paquetes de originales de los números en que habian ocurrido las aparentes trocatintas, y hallé los cuatro artículos contrarios á los mios de puño y letra de uno de los ministros (el coronel Freyre) y dos de los Subsecretarios de Estado. Provisto de estas pruebas irrefutables, entré en el despacho del señor Amunátegui y le dije:

—Hé adquirido las pruebas de lo que yo habia insinuado á Usted como grave motivo de queja: *El Comercio* está secretamente vendido al Gobierno!

—¿Pero qué pruebas tiene usted? me preguntó el señor Amunátegui, creyendo poderme contradecir.

—Véalas usted! le contesté, mostrándole los artículos oficiales, que precisamente habian pasado por sus manos.

Don Manuel inclinó la cabeza en silencio, y apénas se atrevió á decir, muy azorado:

—Qué quiere usted......

—Pero esto no es decente, le observé: he sido indignamente engañado.

—Ah, señor doctor! repuso; la política y los negocios imponen necesidades....

—Sin duda, repliqué indignado; pero tambien es necesario respetar y considerar el honor de los hombres, la dignidad de las ideas y de la prensa, y la reputacion de los amigos con quienes se contrata!

—Pero todo esto puede componerse....

—¿De qué manera?

—Procediendo con cierta maña.... con cierto espíritu de conciliacion....

—Yo no entiendo de mañas ni amaños, repuse con firmeza, y estimo en mucho mi probidad de pensador y mi dignidad de escritor.

—Pero usted sabe, observó el señor Amunátegui, que el *Comercio* tiene por regla una completa libertad.....

—En hora buena: que sea tan libre en sus publicaciones como usted quiera; pero que no se me haga aparecer como cómplice de tratos que me son extraños ni de ideas opuestas á las mias.

El resultado de tan desagradable entrevista fué el siguiente convenio: mi independencia de redactor seria enteramente respetada; jamas se insertaria en la seccion de fondo lo que no fuese mio ó yo no prohijase expresamente, y el Editor-propietario insertaria en las secciones de *comunicados*, *remitidos*, ó *crónica* ó *inserciones* lo que le conviniese; siendo bien entendido que él solo asumiria la responsabilidad legal y moral.

A los ocho ó diez dias fué violado el convenio con otra infidencia ó perfidia como las anteriores, y entónces estallé. Le declaré rotundamente al señor Amunátegui que debia escoger entre el Gobierno comprador y el Redactor independiente; y como aquél, despues de hacerme reflexiones inútiles, me manifestó que no podia romper su convenio secreto de subvencion, porque se arruinaria en sus negocios de lonja y de publicidad, notifiquéle que por mi parte rompia el contrato que me ligaba

al *Comercio*, y le haria saber al público los motivos. Me habló el señor Amunátegui de indemnizacion, si yo la exigia, y le declaré que ninguna reclamaba, puesto que no habia de pagarme él los muchos miles de pesos que me costaban el viaje al Perú, el establecimiento en Lima, y el déficit que todos los meses habia en mi presupuesto, aun viviendo con notoria modestia, por ser la vida excesivamente cara en aquella ciudad.

Tuve la generosidad, por súplicas del señor Amunátegui y de sus parientes, de no divulgar lo ocurrido; y sólo manifesté en el *Comercio*, al despedirme, que me separaba de la redaccion porque así convenia á la independencia de mi carácter y á mis convicciones. Sólo alcancé, pues, á servir la redaccion del *Diario* y la *Revista* durante siete meses, cuando habia esperado servirlas durante cuatro ó cinco años; y en lugar de exigir indemnizaciones sufrí grandes perjuicios, con un desinteres que rayó en tontería.

Apénas habia yo notificado el rompimiento de mi contrato, cuando el doctor José Gregorio Paz Soldan, presidente del Consejo de Ministros,—sujeto que me trataba con mucha deferencia y consideracion,—me fué á visitar y hacerme reflexiones para inducirme á no separarme del *Comercio* y la *Revista*, ni ménos alejarme del Perú.

—No se vaya usted, doctor Samper, me decia. Usted, con las aptitudes que tiene, puede volverse millonario aquí.

—Sí, señor; eso es posible, le contesté; pero seria vendiendo mi conciencia: seria vendiendo mis escritos ó mi silencio, y entrando en un camino de ignominiosas especulaciones. Yo desprecio toda riqueza adquirida de tal modo; y no sólo por carácter honrado, heredado de mi padre, sino tambien por educacion social, recibida en Colombia, donde se estima en mucho la dignidad del escritor, soy absolutamente incapaz de plegarme á las exigencias ó prácticas de un periodismo venal y una política de lonja.

—Usted exagera las cosas, me dijo don José Gregorio.

—Es posible, repuse, que yo dé excesivo alcance á las sugestion de usted, bien que no comprendo cómo podria un periodista volverse millonario de otra suerte. Mas sea como fuere, prefiero irme á vivir en mi patria,

pobre y con dignidad, ántes que estar aquí rodeado de dificultades que un hombre honrado no puede aceptar.

Así acabó mi tarea de periodista en el Perú; y no sin razon, al considerar lo que allí sucedia y conocer á fondo las condiciones de la política que se practicaba, predije con tristeza la mala suerte que, tarde ó temprano, correria la nacion peruana, en cuyo seno prevalecian prácticas bizantinas profundamente corruptoras. Por desgrácia, el tiempo se encargó de justificar mis predicciones; porque, despues de muchos años de despilfarro inaudito, de ignominioso peculado, de traiciones y escándalos de todo linaje, el pueblo peruano ha dado al mundo, en su guerra con Chile, la prueba evidente de que habia perdido el espíritu de la nacionalidad, el sentimiento del patriotismo y la conciencia del deber que le imponian su título de Estado independiente y sus instituciones republicanas.

XVI

MI REGRESO A COLOMBIA.

Desde Julio de 1863 resolví regresar á Colombia; pero aunque podia hacerlo inmediatamente, preferí demorar mi partida, ya por darme tiempo, estando libre de compromisos, para conocer completamente las ciudades de Lima y Callao y todos los pueblos circunvecinos, ya por ejecutar, sin sombra alguna de interes de periodista, un grande acto de reparacion y de justicia. Ademas, mi esposa enfermó gravemente, y hube de demorar mi partida hasta fines de Septiembre.

¿Cuál era el acto de reparacion y justicia que yo queria ejecutar? Para que el lector lo comprenda y estime, referiré los antecedentes.

Desde el dia siguiente de mi llegada á Lima habian aparecido en los diarios de la ciudad varios sueltos editoriales, más ó ménos galantes y laudatorios, en los cuales se me daba la bienvenida y se me dirigian votos por mi feliz residencia en el Perú. Inmediatamente contesté al saludo con un brevísimo artículo publicado en el *Comercio*, en el cuàl daba las gracias por la benévola acogida que se me hacia en la capital peruana, y prometia dedicarme con desinteres, patriotismo y lealtad al servicio de la prensa, como si el Perú fuese mi patria, y mostrando siempre el mayor acatamiento á las

instituciones, costumbres y opinion de aquella República, hermana de Colombia. La impresion que causaron mi contestacion y mis prímeros editoriales me fué muy favorable, de tal suerte que desde un principio me sentí ventajosamente situado delante del público á quien tenia que dirigirme todos los dias.

Entre los periódicos que me dieron la bienvenida figuraba un diario de muy reciente creacion, *El Mercurio*, cuyo propietario y redactor principal era un hombre de especie muy particular y de la más lamentable reputacion posible. Pero á los cinco ó seis dias no más de enderezarme su laudatoria de saludo, y sin que yo hubiera dado motivo alguno para que se me mostrase mala voluntad ni se criticase ningun acto ni escrito mio, el mismo *Mercurio* me lanzó un suelto injurioso y grosero que evidentemente era una provocacion. Muchos creian que el *Comercio* prosperaria notablemente con mi redaccion, y el editor del *Mercurio*, por rivalidad de empresario y por dar alimento é importancia á su diario, pensó que, provocándome, podria entablar una polémica que le procurase asunto para algo nuevo, y por lo mismo, numerosos lectores.

Desde luégo, al recibir el primer ataque del *Mercurio* lo desdeñé por completo, sin contestar una palabra, máxime cuando fué general el desagrado que causó aquella hostilidad del todo inmotivada. Estaba yo resuelto á evitar toda cuestion personal, así por un sentimiento de dignidad y conveniencia, como por no dejarme arrastrar á polémicas de mala ley que complicasen mi tarea de periodista. Cuando los ataques del *Mercurio* pasaron de cinco ó seis, me limité á decirle que, siendo mi propósito el de servir únicamente como escritor á los intereses del Perú y de la América, en vano se me provocaria con injurias personales, que de ningun modo habia motivado yo, ni nunca devolveria injuria por injuria. Pero mi desden exasperó al editor del *Mercurio*, y en seis meses no cesó de lanzarme invectivas y chocarrerías, á las cuales sólo contesté con el desprecio.

Entre tanto, si de una parte adquiria yo muchos conocimientos sobre la historia íntima del Perú y el lenguaje familiar de Lima, de otra, iba recibiendo cada dia de muchos de mis amigos noticias fidedignas sobre la vida y milagros del editor-redactor del *Mercurio*, comprobadas con documentos irrefragables. De tales noti-

cias y documentos resultaba que aquel hombre era el más cínico bribon, el más desvergonzado caballero de industria que pudiera deshonrar la prensa peruana. Llamábase Manuel A. Fuentes, y no habia bajeza, ni indignidad ni infamia de que no se jactase, desde las más viles especulaciones de pluma hasta el robo de los vasos sagrados y alhajas de una iglesia.

No habia suciedad alguna con que aquel miserable no hubiese especulado. Durante muchos años habia hecho el negocio de publicar pasquines para amenazar á cuantos podian temer la maledicencia, y en ellos prodigaba el ultraje que unos le pagaban, ó vendia su silencio, sacando todo el partido posible del miedo de otros. Poco se le daba de haber estado en las cárceles, de haber sido vapulado, ó de estar expuesto siempre á muy severos castigos; lo que le importaba era ganar dinero de cualquier modo para alimentar sus vicios y sostener sus bacanales. Servia á toda opinion, como un suizo de la prensa, y estaba pronto á venderse á todo el que quisiera degradarse hasta el punto de comprarle.

Creyendo sacarme de quicio, ya que sus injurias sólo le procuraban mi desprecio, aquel reptil inmundo se habia cebado en la reputacion de Colombia, y frecuentemente publicaba las más ineptas desvergüenzas contra mi pais. Como no hay papel impreso, por infame que sea, que no encuentre algunos estúpidos lectores que le presten ó finjan prestar crédito, yo me limitaba á reproducir, en defensa de Colombía, los documentos que llegaban á mis manos, sin indicar siquiera que tendian á contradecir las imposturas del *Mercurio;* y como yo nunca le nombraba, la exasperacion de su despecho iba creciendo.

Una de las últimas bajezas que aquel miserable habia cometido, era la de ridiculizarse voluntariamente por especulacion. Mandó hacer su propia caricatura, en forma de *murciélago*, y la puso á la venta. Él mismo se llamaba así, aludiendo al título de un periodiquillo-pasquin con que años atras habia empuercado las prensas de Lima y los muestrarios de algunos caramancheles de librajos y hojas impresas. En cierta ocasion, hallándose ocupado en hacer á don Gregorio Paz Soldan cruda guerra de pasquines, pidió á Europa una gran partida de cierto mueble de alcoba, en cuyo fondo habia mandado estampar, á modo de paisaje, el retrato de aquel emi-

nente ciudadano. Al pasar los bultos por la Aduana, el Fuentes tuvo cuidado de hacer ver dos ó tres de aquellos muebles, y en breve el señor Paz Soldan tuvo que comprar á muy alto precio toda la partida de.... aquellas vasijas, por evitar que su retrato anduviese tan mal empleado.

Y sin embargo de ser una alimaña tan vil y tan inmunda, aquel escritor, y médico, y abogado, y contratista con el Gobierno á las veces, era personaje en el Perú, y medraba con todos los gobiernos! Yo me sentia lastimado por la mezquindad de espíritu de muchas gentes que me miraban como á un extranjero, mayormente cuando comprendia que entre los limeños era general el sentimiento de mala voluntad hácia Colombia, á quien miraban con cierto desden, como á una República de demagogos, ó cuando ménos de innovadores enteramente teóricos, desdeñándola porque tenia un Tesoro público modesto, instituciones muy democráticas y un gobierno sin boato, casi sin ejército, en tiempo de paz, y sin una escuadra de fantasmagoría. Al propio tiempo, yo sentia la necesidad de vengar la prensa, que era el elemento de mi vida, el teatro principal de mi actividad, y me sentia con derecho, por ministerio de mi honradez inmaculada, á dar un ejemplo saludable: el de flajelar, aplastar y pulverizar, en nombre del honor de la política y de la dignidad de las letras, á un salteador público de reputaciones, á un malhechor de la prensa que, contando con la cobardía y las debilidades de muchos, habia pasado largos años especulando con la maledicencia y la calumnia. De esta suerte, no sólo castigaba yo al malhechor, sino que daba una gran leccion á la sociedad que, por miedo y falta de moralidad, le habia tolerado; pues si yo podia desafiar el furor de aquel malvado, diciéndole la verdad sin misericordia, era precisamente porque, siendo yo un hombre honrado y puro, nada tenia que temer de la calumnia.

Así, tan luégo como me separé de la redaccion del *Comercio*, comencé á escribir y publicar en este diario, por capítulos, una obrita que intitulé: "UN VAMPIRO; especie de cuasi-poema lírico, prosaico y estrambótico." Era este escrito la fulminante narracion, en prosa y verso, y sin ambaje ni circunloquio alguno, de la vida y fechorías del renombrado pasquinero Fuéntes; y tan terrible fué la flagelacion, que todos en Lima se quedaron asom-

brados de que álguien tuviese el valor de desafiar la furia del *Murciélago*. Y tal entusiasmo produjo aquel acto de justicia social, que las gentes corrian á comprar los números del *Comercio* en que se iban publicando los capítulos del *cuasi-poema*. No ménos de dos mil ejemplares *extra* habia que tirar de cada número, y cada capítulo iba llamando más y más la atencion.

Por demas está decir que, miéntras el vapulado bramaba de ira, viéndose pintado en cueros y nombrado por su propio pseudónimo, pero sin poder dar coces contra el aguijon, y obligado á encierro continuo, en todo Lima se mostraba la mayor curiosidad por descubrir quién era el autor de "Un Vampiro." En la introduccion habia dicho yo que, miéntras no se acabase la publicacion, se guardaria el más estricto secreto sobre el nombre del autor, pero que éste seria revelado al concluirse la tarea.

Desde luégo fué general la opinion de que sólo yo podia ser el autor, ya por las condiciones de forma y estilo literario del escrito, ya por las mil provocaciones con que el *Murciélago* me habia injuriado ó mortificado, ya, en fin, porque entre los escritores y poetas que habia en Lima, solamente yo podia desafiar la ira de aquel miserable con la seguridad de no poder ser calumniado ni intimidado por el odioso *héroe* del "cuasi-poema."

Pero tambien consideraban muchos de los lectores que yo no podia estar tan instruido en la vida y milagros del *Murciélago*, ni en la historia íntima del Perú, como patentizaba estarlo el autor; que yo no podia haberme familiarizado en seis meses con gran multitud de vocablos y giros del lenguaje limeño, intencionalmente empleados en "UN VAMPIRO" para dar á la obra un sabor más nacional y á la sátira un sentido más burlesco y terrible, y para desorientar la curiosidad de los lectores. Ello fué que el público dividió sus cavilosas suposiciones entre cuatro ó cinco escritores, siendo yo acaso el ménos sospechado, mayormente cuando mostraba copleta indiferencia por la publicacion que hacia el *Comercio*.

Cuando estuvo concluida, diatamente apareciόhacia la obra en forma de libro, y el primer ejemplar que se halló listo fué enviado á Fuentes por órden mia, con encargo de notificarle que yo era el autor; sobre lo cual se circuló la noticia en toda la ciudad. El *Murciélago* permaneció aterrado, escondido en su imprenta y guar-

dando absoluto silencio; la edicion de cinco mil ejemplares que hicieron del "cuasi-poema" fué inmediatamente vendida *; y todo el mundo fué á darme los parabienes y las gracias por el acto de valor y de reparacion social que con ingeniosas formas habia ejecutado.

Durante algun tiempo, y no corto, el *Murciélago* se vió condenado al silencio, y cada vez que mostró luégo veleidades de calumniador ó maldiciente (cuando yá habia regresado yo á Colombia), bastaba para hacerle callar amenazarle con una nueva edicion del *Vampiro*. Dos años despues tuvieron que hacerla, y le redujeron á forzada mudez. En Lima no han olvidado que sólo yo tuve el valor de castigar con vara de hierro candente y látigo sangriento al peor enemigo que tenia la sociedad peruana.

Al celebrarse á fines de Julio de 1863 la gran fiesta nacional de la independencia, tuve muchas ocasiones de exhibirme en Lima en improvisadas tribunas. No he conocido pais donde se celebre la fiesta de la independencia nacional con mayor aparato de paradas militares, procesiones cívicas, grandes banquetes, representaciones dramáticas, exhibiciones universitarias, bailes costosísimos, y lujo y pompa de recepciones oficiales, que en la ciudad de Lima. Dondequiera se prodigaban flores, retratos, música y manjares; dondequiera se escuchaban discursos, cantos del himno nacional y elogios de los fundadores de la República; se gastaba el dinero á torrentes, y todo era espléndido y suntuoso. Cualquiera que juzgase por las apariencias, siendo testigo de aquellas fiestas, sin haber residido ántes en Lima, hubiera podido atribuir muchos quilates al patriotismo peruano, y aun considerar á todos los ciudadanos entusiastas en demasía.

Y sin embargo, habiendo participado de todos los espectáculos, como que en muchos de ellos fuí invitado á improvisar discursos, que pronuncié con mi genial entusiasmo por las grandes cosas que impresionan y apasionan al hombre de corazon, noté en todo lo que compuso la fiesta dos curiosas circunstancias que, bien consideradas, me parecieron características: era la una, la falta de espontaneidad y verdadero regocijo entre la gente culta, la que vivia del presupuesto, ó de la polí-

* Más de dos mil pesos ganó el *Comercio* con las publicaciones, y no necesito afirmar que no quise derivar de ellas lucro alguno.

tica, ó de los grandes negocios; y la otra, el propósito que parecia dominar á todos los oradores de banquetes, paradas, &ª de aludir lo ménos posible á los caudillos, héroes y patriotas colombianos, chilenos y argentinos que habian contribuido, mucho más que los soldados peruanos, á fundar y asegurar la independencia del Perú. Yo no veia verdadero entusiasmo patriótico, sino en una parte de la juventud y en la muchedumbre popular,—*cholos* ó gente "de color,"—precisamente las clases todavía exentas de la vida *capuana* y de la accion corruptora del presupuesto; y en todo caso, el patriotismo peruano me parecia distinguirse muy poco por su buena memoria respecto de los hechos históricos y su gratitud para con los libertadores más conspicuos.

Mi tarea quedaba concluida, no á la medida de mis propósitos, pero sí á la de las circunstancias que me habian rodeado; pues si yo habia ido al Perú resuelto á trabajar con suma laboriosidad y consagracion, en servicio de aquel pais y de toda la América española, no era culpa mia que mis trabajos fuesen interrumpidos por causa de la deplorable situacion en que se hallaban los partidos, la prensa y las costumbres públicas de la nacion peruana. Harto hice con sacrificarle todo, en obsequio de mi conciencia y mi dignidad de escritor, con grave perjuicio para mis intereses; y si no coseché el agradecimiento de los peruanos, al ménos serví cuanto pude á las letras y las ciencias políticas, y no pronuncié una palabra ni escribí una línea que pudiera sonrojarme.

Grande fué mi laboriosidad en Lima. Durante los nueve meses que allí pasé, escribí cosa de ocho volúmenes de á trescientas páginas sobre las más variadas materias, así: más de ciento cincuenta editoriales y artículos dados al *Comercio*, sobre política nacional é internacional, negocios de hacienda, de policía y de crédito público, sistema monetario, instruccion y beneficencia públicas, legislacion y régimen municipales, organizacion militar, obras públicas, costumbres, crítica de teatros y literatura y otros ramos; un volúmen de carácter histórico-satírico *(Un Vampiro)*; una novela de historia y costumbres del Perú *(Los claveles de Julia)* que despues he publicado en Bogotá; y cosa de tres volúmenes en una novela y numerosísimos artículos de la *Revista Americana*, amén de algunas composiciones poéticas y una extensa y variada correspondencia epistolar.

Estaba yo impaciente yá por regresar á Colombia, y sólo aguardaba para partir de Lima que mi esposa recuperase la salud, ó siquiera se restableciese notablemente, cuando recibí la noticia de haber sido yo elegido popularmente, por el Estado de Cundinamarca (el de mi domicilio patrio) Representante á los Congresos de 1864 y 1865. Al propio tiempo fué elegido Presidente de la República el doctor Murillo, con quien yo habia mantenido alguna correspondencia, ménos cordial que ántes, es cierto, miéntras él residia en Nueva York ó Washington y yo en Lima. Iba á llegar la ocasion de practicar sériamente y de un modo regular la nueva Constitucion de Colombia (la expedida por la Convencion de Rio Negro el 8 de Mayo de 1863); y yo, que al leerla y estudiarla en Lima la habia considerado sumamente defectuosa, así por su absolutismo doctrinario y su espíritu enteramente teórico y casi disociador, como por sus muchas imperfecciones de redaccion y aun de doctrina, deseaba vivamente contribuir, por sentimiento de patriotismo y aficion decidida á los trabajos parlamentarios, á que se diese la mejor aplicacion posible á las nuevas instituciones y se asegurase enteramente la paz en Colombia.

Ademas, la patria me hacia yá muchísima falta, así por todas las dulces cosas morales y materiales que la componian, aparte de mi familia, como por las luchas que que me habian faltado, durante casi seis años, de la vida de ciudadano. Torné, pues, á embarcarme, de vuelta para Colombia, tan lleno de alegría porque regresaba á mi patria, como porque me alejaba del Perú, donde habia perdido muchas ilusiones de americano, pero habia tenido motivos para sentirme más orgulloso, por comparacion, de ser colombiano.

Al tocar en Guayaquil,—ciudad pintoresca y de notable actividad mercantil, pero casi devorada por las selvas circunvecinas,—tuve una noticia muy desagradable. Dos oficiales, Coronel el uno, fueron por la noche á buscarme á bordo del vapor que me trasladaba del Callao á Panamá, anclado en el anchuroso y turbio Guayas, enfrente al muelle de la ciudad. Eran dos edecanes del General Juan José Flórez, Comandante en jefe del Ejército del Ecuador, personaje que tuvo la atencion de mandar á saludarme, al propio tiempo que á manifestarme lo siguiente: "que el General Mosquera, Presi-

dente de Colombia, habia expedido recientemente un decreto muy amenazante para el Ecuador; que con tal motivo esta República hacia costosos preparativos de defensa; que allí se deseaba evitar una guerra fratricida; y que el General Flórez y todos los ecuatorianos estimarian en alto grado los esfuerzos que yo hiciese, al llegar á Bogotá, en favor de la paz." Me complací en asegurar á los dos edecanes del General Flórez "que yo agradecia mucho su atento saludo y estimaba debidamente sus sentimientos pacíficos, y que no omitiria ningun esfuerzo posible en el sentido de mantener la paz entre los dos pueblos hermanos."

Parecia estar yo condenado á no conocer á derechas, ni sin peligro de catástrofe, la ciudad de Panamá. En efecto, al llegar á la graciosa y pequeña bahía de Náos, hubimos de trasbordar del vapor inglés que nos habia transportado desde el Callao, á un vaporcito de desembarco, tan incómodo como peligroso; y cuando apénas íbamos andando hácia el puerto de Panamá, estalló una borrasca tan violenta que estuvimos á punto de naufragar. Llegámos al muelle enteramente mojados, y allí nos anunciaron que debíamos tomar inmediatamente el tren para Colon, so pena, en caso de demora, de no alcanzar á embarcarnos en el vapor inglés que de allí debia partir para Cartagena el mismo dia. Todo fué, pues, desembarcar en el muelle de Panamá y entrar en un carro del ferrocarril.

A poco rato de estar yo instalado con mi familia á bordo del vapor *Tyne* (si no recuerdo mal el nombre) comenzámos la marcha de Colon hácia Cartagena, y me senté, como lo acostumbraba, á fumar y leer tranquilamente en el puente de proa. Acercóseme un militar, cuya fisonomía no podia ser equivocada, por el aire de familia muy marcado que tenia, y al saludarme me dijo:

—¿Tengo el honor de saludar al señor doctor Samper?

—Servidor de usted, le respondí.

—Lo celebro mucho.

—Mil gracias. Creo no equivocarme al suponer que usted es de los Piñéres.

—Soy Vicente, yá Teniente-Coronel.

—Muy bien. ¿Trae usted probablemente alguna comision importante?

—Sí; muy importante. El General Mosquera está

en el Sur de la República, comenzando campaña sobre el Ecuador y.....

—Seguramente viene usted á pedir recursos á los Estados del Atlántico....

—No; el General tiene todos los necesarios.

—Ah! entónces?....

—Hay otro interes muy importante.

Noté que el Comandante Piñéres tenia al propio tiempo deseos de ser indiscreto y recelo de explicarse demasiado, y le invité á tomar una copa de champaña. No tardé muchos minutos en saber lo que habia.

El General Mosquera, despues de atropellar por completo los derechos de la Iglesia nacional, confiscándole todos sus bienes, suprimiendo las comunidades religiosas, é imponiendo en todo su voluntad dictatorial, habia desterrado á cuantos obispos y sacerdotes defendian con celo y energía la propiedad eclesiástica, la libertad religiosa y las prerogativas de la conciencia. Exigia que todos los ministros del culto prestasen juramento de obediencia á la confiscacion de bienes y á todas las iniquidades decretadas contra la Iglesia, y proscribia sin piedad á cuantos rehusaban perjurarse. Uno de los proscritos era el Ilustrísimo doctor Antonio Herran, arzobispo de Bogotá, hermano del ilustre General Herran, yerno de Mosquera; sacerdote á quien yo queria y veneraba con singular prediteccion, así por sus virtudes públicas y privadas, sacerdotales y políticas, como por las circunstancias que habian mediado entre los dos.

El Comandante Piñéres llevaba, por su desgracia, la comision de exigir la entrega, en Cartagena, del Arzobispo de Bogotá, refugiado allí, en su tránsito para el exterior, por causa de enfermedad y merced á la hidalguía del General Nieto, Presidente del Estado de Bolívar; y no la entrega para completar la expulsion del humilde y virtuosísimo prelado, sino para conducirle á las insalubres costas de Tumaco y Barbacóas, y de allí llevarle, por fragosas sendas, hasta el campamento de Mosquera en Túquerres ó Pasto. Esto, dadas las circunstancias en que se hallaba el Arzobispo, y las de semejante viaje, equivalia á una disimulada condenacion á muerte, previa una serie de crueles sufrimientos.

Al penetrarme bien del objeto de la comision, resolví hacer cuanto estuviese á mi alcance para salvar al

Arzobispo; y desde luégo le supliqué al Comandante Piñéres (y así me lo prometió y lo cumplió) que no entregase al Presidente de Bolívar los pliegos que para éste llevaba, relativos al doctor Herran, sino dos horas despues de nuestra llegada á Cartagena.

Apénas dejé mi familia medio instalada en un hotel, pedí la direccion de la casa donde estaba alojado el Arzobispo y corrí á verle. Grande fué mi sorpresa cuando, al desprenderme de sus brazos, que me echó al cuello con paternal ternura, pude contemplarle. De muy robusto y vigoroso hasta la lozanía y la obesidad, se habia convertido casi en esqueleto, enfermo sériamente, macilento y demacrado por extremo, no obstante los esmerados miramientos y cuidados de que le habian rodeado en Cartagena.

Al punto le expuse el objeto de mi urgente visita, motivada por la comision que llevaba el Comandante Piñeres, y su primera exclamacion, arrasados en lágrimas los ojos, fué ésta:

"Hagase la voluntad de Dios!"

—Pues la voluntad de Dios, le dije, debe de ser que Vuestra Señoría no sea víctima de esta nueva iniquidad.

—¿Y cómo evitarla?

—Hagamos todo lo posible.

—Bien; ¿y qué le ocurre á usted, ahijado mio?

—Veamos si podemos redactar una fórmula de juramento que pueda ser aceptada por el Presidente del Estado, y deje, sin embargo, ilesos el honor de Vuestra Señoría y los derechos de la Iglesia.

—Lo dudo.

—No; hagamos un esfuerzo.

En efecto, el Arzobispo me expuso su situacion moral, la naturaleza del conflicto en que se hallaba, y lo que para él era imposible conforme á su deber. Medité durante unos minutos, con la pluma en la mano, y no tardé en hallar la fórmula que me pareció más propia para allanarlo todo. La discutímos detenidamente con el señor Arzobispo, y quedámos convenidos en que él la ratificaria ante el Presidente, bajo el juramento que éste le exigiria.

Al punto me dirigí á la casa de la Presidencia, El General Nieto estaba en su despacho, y como éramos amigos desde 1850 y él se distinguia por la más galante

amabilidad, me dió un abrazo muy cordial de bienvenida.

—Sé, me dijo en breve, que usted acaba de llegar, por lo que comprendo que el objeto de su grata visita es principalmente de interes público.

—Ah! ya sabe usted?......

—No me ha entregado los pliegos el Comandante Piñéres, pero sí sé de qué se trata. En todo caso, lo habria adivinado.

—Muy bien.

—¿Y cómo ve usted el asunto?

—Le traigo á usted preparada la solucion, señor General.

—Pues me trae usted una gran fortuna.

—Hé aquí lo que el señor Arzobispo está dispuesto á jurar y suscribir.

—Esta fórmula es enteramente satisfactoria, repuso el General, despues de calarse sus anteojos de engaste de oro y leer atentamente la fórmula que yo habia redactado. Una vez firmado esto, podré escribir al General Mosquera que, si él no se conforma, el señor Arzobispo permanecerá aquí, tratado con las mayores consideraciones, porque yo no consentiré jamas en expulsarle, ni entregarle á nadie. Es huésped de mi Gobierno, y mi Gobierno no es agente de persecuciones.

Nada podia hacer brillar, mejor que esta contestacion, la gallarda hidalguía que era propia del carácter de Nieto.

Ello fué que todo se arregló satisfactoriamente, y que el Comandante Piñéres hubo de regresar al Sur con las manos vacías, temeroso de que Mosquera le hiciese fusilar, por un arranque de despecho. Yo aproveché la ocasion para dirigir una larga carta de reflexiones al irascible Jefe de la revolucion, haciéndole presentes la legalidad del procedimiento de Nieto y el deshonor que se habria originado, para la causa liberal así como para Mosquera mismo, del cumplimiento de las deplorables órdenes dadas por el conducto de Piñéres; y conservo para mi satisfaccion y honra, copia de mi carta y original la contestacion que el General Mosquera me dirigió desde Pasto.

Le ofrecí al señor Arzobispo, no solamente mi compañía y los cuidados de mi familia para regresar á

Bogotá inmediatamente, sino tambien todos mi recursos; pero él tenia que hacer preparativos y no pudo partir de Cartagena sino dos ó tres semanas despues que yo.

Grandes padecimientos y peligros tuvimos que sobrellevar en nuestro viaje desde Cartagena hasta Guaduas. Mi esposa estaba padeciendo una violenta neuralgia gástrica, por lo que casi no podia alimentarse, y durante la penosísima navegacion del *Dique* se complicó su mal con fiebres intermitentes. Llegábamos á Calamar al lento andar de nuestro bote, cuande atracó allí el vapor "*General Mosquera*," en viaje de Barranquilla para Honda, é inmediatamente nos trasbordámos, no sin algun presentimiento desagradable que manifestó mi esposa al notar que la máquina del barco era de alta presion.

Dormíamos tranquilamente cuando, á eso de las dos de la mañana, arriba de Sambrano, una señora (la esposa de don Lázaro Herrera) salió corriendo de su camarote, en paños menores, dando gritos y llamando al Capitan y demas empleados. Habia sentido ella un calor excesivo, porque por su camarote pasaba un tubo de escape de vapor, que estaba casi incendiado. Con un minuto más de demora, la caldera, que no tenia agua, por estar dañada la bomba, pero que contenia enorme cantidad de vapor, producida por exceso de fuego, habria estallado indefectiblemente. Nos salvámos de la explosion, pero los daños eran tan graves que el barco hubo de pararse y quedar anclado en la mitad del rio.

Cuatro dias permanecimos allí, en tanto que intentaban hacer algunas reparaciones al buque, y despues nos trasbordámos al vapor "*Antioquia*," enviado de Barranquilla en nuestro auxilio. Dias despues, en *Fierro*, se rompió y averió sériamente este último barco, y todos los pasajeros tuvimos que trabajar mucho, durante tres horas, para ayudar á la tripulacion á evitar que zozobrase la nave. Al dia siguiente, como el primer ingeniero estaba enfermo de muerte, hubo un gran descuido, al atracar en *Conejo*, y estuvimos á punto de volar. Con mil penalidades, metidos en una estrecha canoa (que se iba volcando al bajar el vapor "*General López*") subimos de Conejo á Honda, á donde llegámos, cansados de sufrir de mil modos, el 1º de Noviembre. Así volvia yo á pisar las playas de mi tierra natal, á los cinco años y nueve meses de haberles dicho el adios del viajero, y daba gracias á la

Divina Próvidencia, que nos devolvia al melancólico pero siempre querido lugar de mi nacimiento........

Yo habia partido del seno de mi patria con sólo dos hijas pequeñuelas, fruto de mi dichoso amor, y tornaba al hogar con otras dos más, nacidas la una en Lóndres y la otra en Paris; con lo cual, si la sangre de todas cuatro era la prueba de un curioso cruzamiento de cinco ó seis razas (anglo-sajona y griega, francesa, española y arábiga), la variedad de lugares que habian sido cuna de esas hijas adoradas era tambien una especie de confirmacion del cosmopolitismo de mis ideas y mis inclinaciones.

Al partir de Colombia, habia dajado en paz á mis conciudadanos y en prosperidad y con buen crédito á toda la Nacion y al Gobierno; y al regresar á Bogotá encontraba dondequiera un vasto hacinamiento de ruinas, ocasionadas por la más cruenta y desastrosa de nuestras guerras civiles posteriores á la que dió por resultado nuestra independencia.

Yo habia emprendido mis viajes con el corazon lleno del ardor de las pasiones políticas, y del espíritu de partido, siempre intolerante y sistemático; y despues de tánto viajar y hacer comparaciones y estudios prácticos, venia sinceramente convencido de la falsedad de todo absolutismo político y de la necesidad de conciliar, en la obra colectiva del gobierno, los principios de órden y libertad, de conservacion y progreso, de soberanía popular y de autoridad de la inteligencia y la virtud, sin los cuales me parecia imposible asegurar en mi patria, ni en pais alguno, la estabilidad de las instituciones libres y de los intereses fundados en el derecho.

En fin, yo habia salido de mi patria en solicitud de luz, pero con el alma atormentada por las congojas de la duda, por la petulancia de una incredulidad ingenua pero obstinada y sistemática, y combatida por las inconciliables contradicciones de diversos sistemas filosóficos y científicos; y al tornar á la vida colombiana venia desengañado de todos los sistemas; cansado de la esterilidad de la duda, y por lo mismo, cordialmente anheloso de creer, en lo tocante á religion y filosofía, en algo que fuese definitivo, satisfactorio, irrefutable; persuadido de la impotencia del orgullo humano para resolver ningun problema; y resuelto á sacudir, por un esfuerzo de inteligencia y meditacion, la tiranía que sobre mi alma hacia

pesar el nimio temor de parecer débil ante los que se llamaban espíritus fuertes.

Nueva vida iba á empezar para mí; ó mejor dicho, al tornar al seno de mi patria, iba á comenzar de nuevo la vida de patriota-ciudadano, yá provisto de considerable caudal de experiencia y no poco modificado en mi estado moral é intelectual. Y nada podia preparar mejor mi alma que las impresiones que iba á experimentar en Honda. Allí, recibiendo con toda mi familia, durante una semana, la gratísima hospitalidad que me dió mi hermano Silvestre, precisamente en la tercera de las casas que yo habia habitado con mis padres, tenia delante, á cien pasos, el campanario de la iglesia á cuya sombra habia crecido yo en la fe de mi madre; por todas partes me rodeaban los coceteros y arboledas que habian encantado mi infancia; á lo léjos rodaban las rumorosas ondas del Magdalena y del Gualí, encantos de mi primera juventud; y miéntras mi esposa se reponia de sus males y mis chiquillas retozaban con la alegría de la inocencia, yo iba por las tardes á visitar el inolvidable cementerio donde, al pié de rústica cruz de mármol, de la sagrada tumba de mi padre se desprendia una silenciosa y sublime enseñanza para mi alma, inagotable en su ternura y ávida de luz y de esperanza.......

EPÍLOGO.

Debo al lector algunas explicaciones relativas á las circunstancias de este libro.

Casi todo él ha sido escrito en Honda, durante las horas de la noche que yo hubiera podido dedicar al descanso de mis rudas tareas de comerciante, emprendidas de nuevo, á poco de regresar á Colombia despues de dos destierros y de tornar á la agitada vida del periodismo político. Mi primera intencion fué trazar el cuadro completo de mi vida, desde 1834, época á la cual alcanzaban mis recuerdos, hasta el fin de 1880; y esperé reducir todo el relato á un grueso volúmen.

Pero luégo, á medida que fuí disponiendo la impresion, pliego á pliego, fuí comprendiendo que me sería imposible encerrarme dentro de los límites del primitivo plan de estas Memorias. Aun condensando mucho mi relato y las reflexiones consiguientes, apénas alcanzaba á comprender en bastante más de quinientas páginas los sucesos de la historia de mi alma verificados hasta fines de 1863. Faltábame un período de diez y ocho años,—acaso el más fecundo de mi vida y el más interesante en el punto de vista de la historia contemporánea de Colombia,—que ha transcurrido desde el principio de 1864 hasta el fin de 1881; pero como este lapso de tiempo es de sumo interes para Colombia en general, y para mí en particular, habia que dedicarle otro volúmen, igual por lo ménos al primero.

De otra parte, los más graves acontecimientos, en los cuales ha estado complicada mi vida, y que han conmovido profundamente á Colombia, datan de 1867, y están todavía, por decirlo así, palpitantes en el corazon de la República y vibrando en mi alma, la más agitada, la más probada, la más adolorida de cuantas han sido combatidas por la borrasca política, social, religiosa y aun científica y literaria. De aquí la necesidad de dar

tiempo al apaciguamiento, así de mi alma que siente, recuerda y narra, como del criterio de los lectores que han de juzgar la narracion.

Mi relato está adelantado de 1864 á 1876; pero he querido detenerme en su publicacion y completarlo con calma y en silencio, á fin de tener toda la seguridad posible de que ninguna prevencion, ningun resentimiento ha de torcer la verdad de lo que relate, ni la rectitud de conciencia con que emita mis juicios. Así he tomado la resolucion de continuar mi obra con tranquilidad y complementar la publicacion con el segundo tomo, cuando la oportunidad sea manifiesta.

Réstame dar una explicacion por lo que respecta á las incorrecciones del presente libro.

Cuando empecé su impresion, me ajusté rigurosamente, en lo tocante á la ortografía, á las reglas que practicaban las Academias Española y Colombiana. Estaba adelantada la impresion hasta el pliego vigésimo séptimo, cuando se tuvo noticia en Bogotá de las recientes mutaciones ortográficas, adoptadas por la primera de dichas doctas Corporaciones y aceptadas al punto por la segunda. Pensé que mi libro quedaria muy defectuoso, si su primera mitad aparecia conforme al antiguo sistema y la segunda acomodada al muy reciente, y que era, por tanto, preferible dejar correr un defecto, de todo punto involuntario en su comienzo, que no me habia sido posible evitar á tiempo.

Por último, he de advertir á mis lectores que la impresion de este primer volúmen se ha ido haciendo con forzadas demoras, independientes de mi voluntad, y aun durante algunas ausencias y muy graves atenciones mias; circunstancias que han ocasionado numerosísimas incorrecciones, principalmente de tipografía, por lo general poco sustanciales. Imploro por todas ellas la indulgencia de mis lectores, mayormente cuando harto más la he menester por el estilo y los conceptos de todo este libro.

Bogotá, Enero 5 de 1882.

JOSÉ M. SAMPER.

CORRECCIONES.

El presente libro adolece de numerosísimas incorrecciones tipográficas: el lector ha de caer en la cuenta de muchas de ellas, sobre todo cuando son de ortografía. Se anotan aquí las sustanciales ó más graves.

Págs.	Líneas.	Dice:	Léase:
2	30	Situada frente..............	Situada en frente
6	23	mis hermanos..............	mis hermanos ?
9	12	le tocó..............	le tocaron
26	35	de *Alto*..............	del *Alto*
30	43–44	tradicciones..............	tradiciones.
45	1–2	meoudeaba..............	menudeaba
„	3	educacado..............	educado
„	9	prespicaz..............	perspicaz
52	11	prespectiva..............	perspectiva
„	16	proporcion y..............	proporcion ni
59	13	odos..............	todos
„	16	tradiccional..............	tradicional
65	7	Ocaña..............	Mompox
73	31	Chocontá..............	Guachetá
75	32	con al..............	con el
89	7	y culpables..............	y culpados
91	42	campaña y para..............	campaña para
101	29	XVI..............	XVII.
102	23	de estudio,..............	de estudios
„	24	pasivas..............	pasiva,
103	7	hoy hoy..............	hoy dia
104	6	imaginable..............	imaginables,
107	1ª.	por calle..............	por la calle
109	10	XVII..............	XVIII.
111	10	cansado..............	causado
„	11	José María..............	José Antonio
114	37	la enegía..............	la energía
115	7	Muy..............	"Muy
„	25	No sé..............	"No sé
„	37	Era..............	"Era

Págs.	Lineas.	Dice:	Léase:
116	11	Si hubiese	"Si hubiese
„	28	vigoroso	vigoroso."
„	38	de us	de su
122	38	de sus	de su
124	2	más jutsos	más justos
126	32	bullicio y	bullicio y la
134	43	gresivo	agresivo
„	44	ombre	hombre
136	44	a historia	la Historia.
138	16–17	ó viodencia	ó violencia
„	19	estremos	extremos
150	19	riudo	ruido
157	6–7	negatia	negaria...
158	1–2	en cantaba	encantaba
160	13	falangues	falanges
„	34–39	Sué	Suë
163	38	siete años	ocho años
„	40	y ocho	y nueve
164	44	en el	al
166	17	cacinero	cocinero
„	31	Señador	Senador
170	9	Sué	Suë
„	40	y ocho años	y nueve años
171	16	ocho años	nueve años
„	42	Y en efecio,	Y en efecto,
172	40	de de mi	de mi...
174	10	como pez	como un pez
178	7	puso	puse
181	35	del juez	de juez
184	44	eal y	leal y
185	3	as :	así :
189	35	en Bogotá	de Bogotá
190	23	no era	no eran
192	23	empleps. Hablárome	empleos. Habláronme
200	16–17	abnecion	abnegacion
„	44	de que e	de que el
201	14	de la	de las
203	5	Relataré,	relataré
„	43–44	de torturia	de tortura
204	20	de de la	de la
205	7	la mayores	las mayores
209	38	y nuestra	y nuestras
213	8	en obsequio mi	en obsequio de mi
216	36	atrasado, el	atrasado el
217	0	117	217
219	28–29	renunciar sino	renunciar, sino
„	33	Dede	Desde
„	40	y sus amigos	y á sus amigos.

Pága.	Líneas.	Dice:	Léase:
221	26	en la huerta................	en el huerto
225	40	de Bogotá,................	Bogotá,
240	41	Corrillo................	Chorrillo
245	37	cargádas de................	cargadas del
„	41	partucularmente	particularmente
249	44	á la................	á las
253	10-11	culpables del	culpados del
256	24	entervenir	intervenir
261	15	no habia sido................	no habia sino
„	27	instrucion	instruccion
269	38	repugnacia................	repugnancia
270	15	casi apapada................	casi apagada
„	29	tritemente	tristemente
279	18-19	provo-arle................	provo-carle
288	7-8	perma-necia................	perma-nezca
303	31	Bohórquez	Búrgos
305	11	la introdujo................	la indujo
314	42	obligó al................	obligaron al
319	20	en l o parte................	en la parte
„	21	Victorinor	Victorino,
„	35	Barriga srestaba..........	Barriga: estaba
325	23	No pararé................	No pasaré
342	15	Dios,................	á Dios,
„	26	supertiction	superstición
356	14	Sain Thomas................	Saint Thomas,
357	17	Lommond	Lomond
„	19	Shefield................	Sheffield
„	41	yo llevba................	yo llevaba
358	24	Cartaguna	Cartagena
365	4	Glagow	Glasgow
369	13	la navegacion de..........	la navegacion, de
371	8	más áun................	más aún
„	9	deben................	debe
373	34	restaurador................	restaurante
383	4	he la................	de la
„	43	hábios de................	hábitos de
389	23	cuarleles;................	cuarteles;
395	13	la humanidad,..............	la Humanidad,
398	42	aquella................	aquellas
402	23	se adptaba................	se adaptaba
411	1	de bolsa................	de lonja
423	40	resulta una	resulta un
429	17	religiosa;	religiosas;
438	1-2	del Allier, Puy de Dôme... y Dordoña................	del Puy de Dôme y Cantal.
„	21	la comarca................	la vecina comarca
„	37	d'Ore,................	Dor,
439	6	de Puy	del Puy

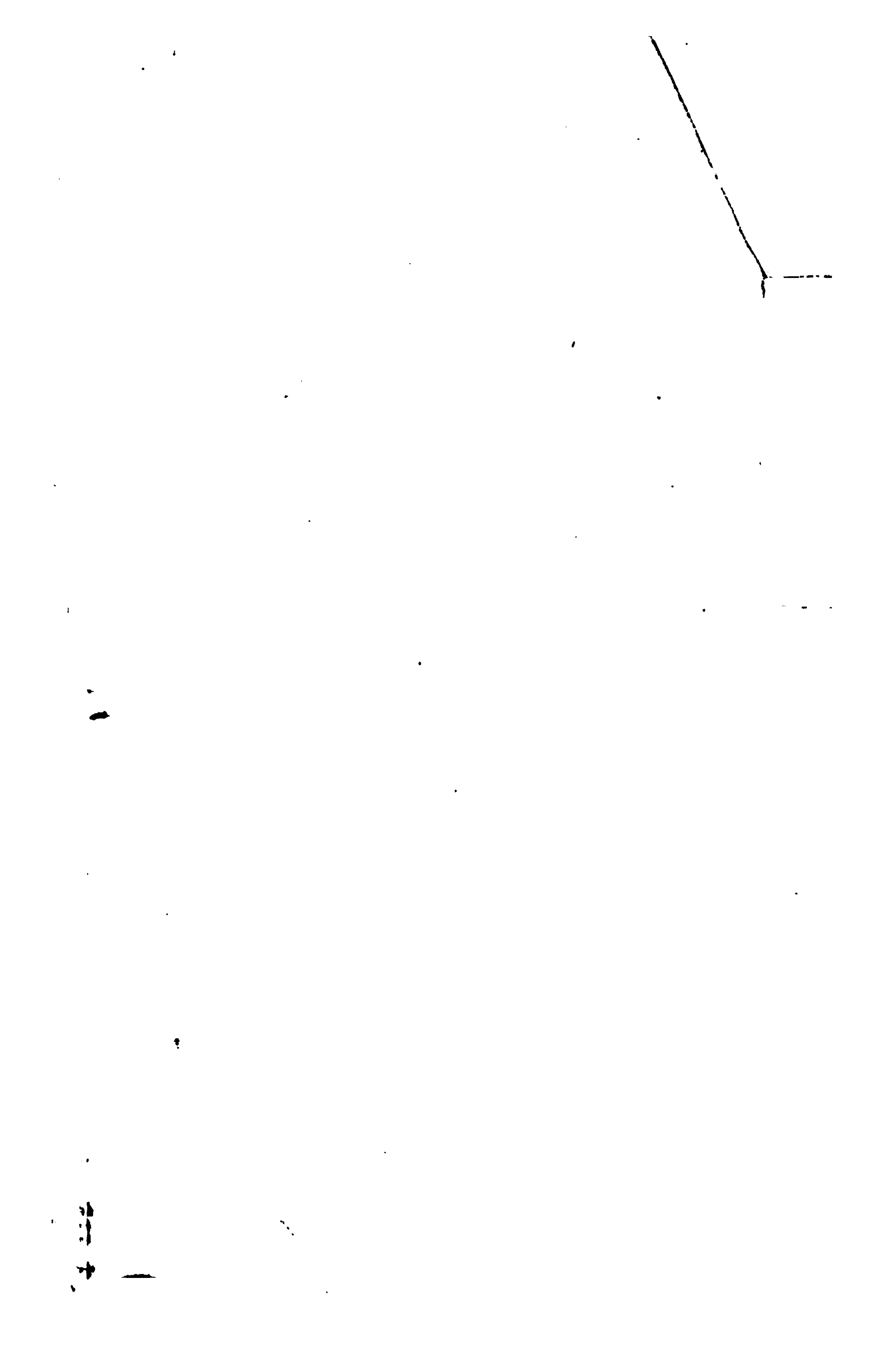
Págs.	Líneas.	Dice:	Léase:
440	16-17	de San Nectario, el lago y castillo de Muriol, el *Mont d'Ore*.........	de *Issoire*, San Nectario, el castillo de Murol, el *Mont Dor*
441	32	humnano......................	humano
442	15	Muriol.........................	Murol
„	17	Mont d'Ore....................	Mont Dor
,,	37-38	los montaños..................	las montañas
443	32-42	*Carthageñe*..................	*Carthagène*
444	9	y el *Comercio*................	y al *Comercio*
454	31	por os..........................	por los
461	8	combinan......................	combinan
465	41	me habian.....................	me habia
466	23	confragracion.................	conflagracion
467	11	encamizado....................	encarnizado
483	11	obras. á........................	obras, á la
486	35	nuevas naciones..............	nuevas nociones
491	11	al creer........................	al crecer
497	25	y el 7 de.......................	y el 2 de
„	25	Saint Nazaire.................	Southampton
498	12	Saint Nazaire.................	Southampton
500	14	á Paita.........................	hácia Paita
501	29	de tan...........................	sobre tan

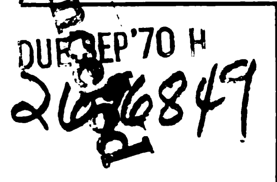
ÍNDICE.

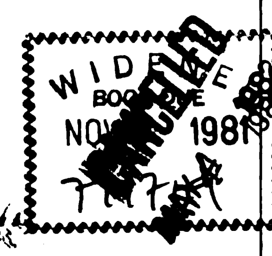
PRIMERA PARTE.

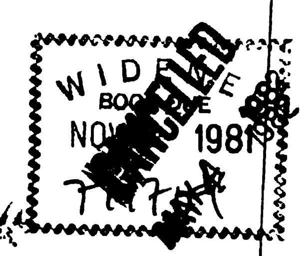
SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.




DUE SEP'70 H


1981


WIDENER
BOOK DUE
NOV 1981
CANCELLED